

CHINGUIZ AITMÁTOV

UN *DÍA*
MÁS
LARGO
QUE
UN SIGLO

se

Lectulandia

En las desoladas estepas del Asia Central, vive Yediguéi, un ferroviario que, desde hace muchos años, trabaja como guardagujas en un insignificante y solitario apeadero. La muerte de un anciano que también llevaba largo tiempo habitando en esas tierras sirve para que Yediguéi pase revista a su vida desde la óptica de un hombre honesto y sencillo para quien el sistema comunista en el que ha desarrollado su existencia aparece como un orden social llevadero.

Del universo vital de sus recuerdos, Yediguéi va extrayendo acontecimientos y episodios que conforman el único patrimonio de su memoria y de su presente: la Segunda Guerra Mundial, las tremendas dificultades de una posguerra durísima en los años del estalinismo, su afable trato con los niños a los que paseaba a lomos de un camello...

El protagonista evoca también las tradiciones propias de la antigüedad kazaja.

«Un día más largo que un siglo» es una novela muy humana que rebasa los límites de la revisión histórica para centrarse en la peripecia vital de unos seres cuya difícil y gris existencia parece una prolongación del duro e inhóspito paisaje de las estepas.

Lectulandia

Chinguiz Aitmatov

Un día más largo que un siglo

ePub r1.0

Titivillus 27.02.2019

Título original: *Y dolsche vieca dlitscia dieni*

Chinguiz Aitmatov, 1981

Traducción: Josep M. Güell

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Este libro, en lugar de mi cuerpo;
esta palabra, en lugar de mi alma.

GRIGOR NAREKATSI,
Libro de la aflicción, siglo X

AL LECTOR ESPAÑOL

El pensamiento artístico debe vivir en su tiempo y ser consciente de él así como del destino del hombre en cualquier época y en cualquier tiempo revolucionario.

Éste es un postulado espiritual irrenunciable. Los últimos cinco años que hemos vivido bajo el signo de la *perestroika* nos han descubierto nuevas leyes objetivas en la creatividad artística que hasta ahora, en algunas ocasiones, entendíamos de manera limitada e incluso deformada. Durante largos años se daba por supuesto que la literatura y el arte deben servir a los intereses políticos e ideológicos y si algunos escritores no respondían a estas exigencias se veían sometidos a persecuciones y represiones, como también puede recordar el lector español que ha vivido la época del franquismo, la dictadura y el monopolio del poder. Por tanto espero que el lector prestará atención a estos temas tan importantes para mí como escritor: temas que expresan la esencia humana, el intento de los hombres de adquirir, de hacer suya en toda época la libertad de espíritu pues en ello está el sentido de la vida.

Me resulta especialmente agradable que esta novela, editada hace tiempo y publicada en muchos países, se ofrezca al lector español en su volumen y contenido completo. Cuando lo escribí me vi obligado, como muchos otros artistas, a escoger una fórmula que posibilitara su publicación: la censura y la vigilancia política se mantenían en guardia sobre la base de los principios del realismo socialista y sólo ahora, al cabo de los años, he logrado acabar aquello a lo que renuncié en su tiempo. Se trata de un relato que he incorporado al texto: «La nube blanca de Chinguizhán». Ahora nos estamos convenciendo de que la auténtica literatura vive incluso en el régimen más cruel, más duro. Ella lucha por la vida y apoya la aspiración auténtica del hombre por la libertad. Por esta razón, la literatura en Rusia ha tenido siempre un estatuto especial; ha constituido una tribuna y una llamada y ha sido también arrepentimiento y manera de ver la belleza del mundo, la belleza de la sustancia humana, del ser humano.

CHINGUIZ AITMÁTOV

1991

CAPÍTULO PRIMERO

Era necesaria mucha paciencia para buscar una presa por las resacas torrenceras y por los pelados y profundos barrancos. Siguiendo las afanosas carreras, embrolladas hasta causar mareos, de las pequeñas criaturas zapadoras, ora removiendo febrilmente la madriguera de un roedor, ora aguardando que un diminuto jerbo escondido bajo el saliente de un antiguo bache saltara por fin a tierra descubierta donde fuera posible estrangularlo en un abrir y cerrar de ojos, la hambrienta zorra ratonera se aproximaba lenta, pero indeclinablemente, desde lejos, al ferrocarril, a ese oscuro montículo del terraplén que se extendía regularmente por la estepa y que la atraía y asustaba a la vez, puesto que en una dirección o en otra pasaban retumbantes trenes que hacían temblar pesadamente la tierra en derredor y dejaban, junto con el humo y el tufo del carbón, unos olores fuertes e irritantes que el viento extendía sobre la tierra.

Al caer la tarde, la zorra se tendió junto a la línea del telégrafo, en el fondo de un pequeño barranco, sobre una islita de agostadas acederas, y después de enroscarse como una bola pardo-pajiza junto a los tallos rojo oscuros cargados de semillas, esperó con paciencia la noche moviendo nerviosamente las orejas y prestando oído al fino silbido del viento rasante al pasar por las hierbas muertas, de duro susurro. Los postes del telégrafo también zumbaban fastidiosamente. Sin embargo, la zorra no los temía. Los postes siempre estaban en el mismo sitio, no podían perseguir a nadie.

Pero el ruido ensordecedor de los trenes que pasaban periódicamente la obligaba cada vez a estremecerse tensamente y a encogerse sobre sí misma con mayor fuerza. A través del suelo vibrante, sentía con todo su frágil cuerpecito, con sus costillas, la monstruosa fuerza de aquel peso que desentumecía la tierra, así como el frenético movimiento de los trenes. Sin embargo, superando el terror y la repugnancia por los olores extraños, no huía del barranco, esperaba su hora, cuando, con la llegada de la noche, la línea férrea estuviera relativamente más tranquila.

Iba a estos lugares en muy contadas ocasiones, sólo cuando apretaba el hambre...

En los intervalos entre dos trenes, reinaba en la estepa una súbita calma, como después de un derrumbamiento, y bajo aquel absoluto silencio, la zorra captaba en el aire un ruido vago y elevado que la ponía en guardia, un sonido apenas audible y que nadie había producido que se cernía sobre la estepa crepuscular. Era el juego de las corrientes de aire, o la señal de un inminente cambio atmosférico. Instintivamente, el animalito lo advertía y se quedaba petrificado, inmóvil, con grandes deseos de aullar amargamente, a pleno pulmón, de gruñir ante el vago presentimiento de una gran desgracia. Pero el hambre ahogaba incluso esta señal de alarma de la naturaleza.

Lamiéndose las plantas de las patas, maltratadas en la carrera, la zorra se limitaba a gemir suavemente.

En aquella época hacía ya frío por la noche, se estaba llegando al otoño. Por las noches la tierra se enfriaba con rapidez, y al amanecer la estepa se cubría de una capa blanca, como unas salinas, con la aparición de una escarcha de breve duración. Se acercaba una época pobre y triste para el animal de la estepa. La escasa caza que en verano habitaba aquellos parajes había desaparecido: cada uno a su sitio, unos habían emigrado a regiones más cálidas, otros se habían ocultado en sus madrigueras, otros inveraban en la arena. Ahora, cada zorra se buscaba su alimento trotando por la estepa en completa soledad, como si en el mundo se hubiera extinguido por completo la estirpe de las zorras. Los cachorros de aquel año habían crecido ya y se habían dispersado por diversos lugares, y la época del celo estaba aún por llegar; en invierno las zorras acudirían de todas partes para nuevos encuentros y entonces los machos se enzarzarían en peleas con tanta fuerza como les ha concedido la vida desde la creación del mundo...

Al llegar la noche, la zorra abandonó el barranco. Esperó un poco, escuchó y se dirigió a pequeños pasos hacia el terraplén del ferrocarril pasando en silencio, continuamente, de un lado a otro de las vías. Buscaba los desperdicios que podían haber arrojado los pasajeros por las ventanillas de los vagones. Tenía que correr mucho rato a lo largo de los terraplenes, olfateando toda clase de objetos que la excitaban y que olían de forma repulsiva, hasta tropezar con algo mínimamente útil. Todo el camino seguido por los trenes estaba ensuciado por fragmentos de papel, periódicos arrugados, botellas rotas, colillas, deformados botes de conserva y otras basuras inútiles. Eran en especial malolientes los cuellos de las botellas intactas: olían a droga. Después de dos experiencias, en las que la zorra sintió que la cabeza le daba vueltas, rehuía ahora inspirar el aire alcoholizado. Resoplaba y saltaba inmediatamente a un lado.

Sin embargo, como hecho a propósito, no encontraba lo que necesitaba, aquello para lo que se había preparado durante tan largo tiempo venciendo su temor. Y con la esperanza de que aún conseguiría malcomer algo, la zorra corría incansable por las vías lanzándose continuamente de un lado de terraplén a otro.

De pronto se quedó inmóvil a media carrera, con la pata delantera levantada como si la hubieran pillado de improviso. Fundiéndose en la luz grisácea de la alta y nebulosa luna, el animal permanecía entre los rieles como un fantasma, sin moverse. El lejano rumor que la había alarmado no desaparecía. De momento sonaba muy lejos. Manteniendo la cola en alto, la zorra se apoyaba indecisa en una y otra pata dispuesta a abandonar las vías. Pero en lugar de hacerlo, de pronto se apresuró y empezó a moverse precipitadamente de un lado para otro esperando tropezar con algo que pudiera alimentarla. Presentía que de un momento a otro caería sobre una presa, aunque desde la lejanía se acercaba inevitablemente el creciente y amenazador chirrido del hierro y el repiqueteo de centenares de ruedas. La zorra no se entretuvo más de una fracción de minuto, y eso fue suficiente para que saltara dando tumbos como una mariposa enloquecida cuando de pronto llegó del recodo el latigazo de los

faros y las luces de las dos locomotoras enganchadas en reata, cuando los potentes proyectores emblanquecieron por un momento la estepa e iluminaron y cegaron todo el terreno que tenían por delante, poniendo implacablemente al descubierto su mortal sequedad. Y el tren rodó arrollador por las vías. El aire olió a acre tufo de carbón y polvo, y se levantó un fuerte viento.

La zorra se alejó a toda prisa, volviendo la cabeza una y otra vez y agachándose de terror hasta el suelo. Y el monstruo de las luces movedizas estuvo aún largo rato retumbando y pasando, largo rato haciendo repiquetear sus ruedas. La zorra dio un salto y se lanzó de nuevo a correr con todas sus fuerzas...

Luego descansó, y de nuevo se sintió atraída hacia allí, hacia el ferrocarril, donde podría saciar su hambre. Pero aparecieron de nuevo unas luces en la vía, de nuevo un par de locomotoras arrastraban un largo y cargado convoy.

Entonces, la zorra fue a dar un rodeo por la estepa, decidiendo que se acercaría al ferrocarril por un lugar por el que no pasaran los trenes.

En estas tierras, los trenes van de oriente a occidente y de occidente a oriente...

Y a ambos lados del ferrocarril se encuentran, en estas tierras, enormes espacios desérticos, el Sary-Ozeki, las tierras Centrales de las estepas amarillas.

En estas tierras, cualquier distancia se mide con relación al ferrocarril, como si fuera el meridiano de Greenwich...

Pero los trenes van de oriente a occidente y de occidente a oriente...

A media noche, alguien se dirigía hacia él, hacia su garita de guardagujas, con larga y tenaz caminata; primero, directamente por las vías; luego, al aparecer un tren de frente, por el terraplén, abriéndose camino como en una ventisca, protegiéndose con los brazos del viento y del polvo que venía a ráfagas de un veloz tren de mercancías (un tren con hoja de ruta preferente: convoy con destino especial que luego tomaría un ramal hacia la zona reservada de Sary-Ozeki-I, donde tenían un servicio ferroviario propio que llegaba hasta el cosmódromo, por decirlo de una vez, por eso los vagones iban cubiertos con unas lonas y había guardia armada en las plataformas). Al instante Yediguéi adivinó que era su esposa la que se acercaba apresuradamente, que esta prisa no sería gratuita y que habría para ello un motivo muy serio. Así resultó ser. El deber del servicio le impedía abandonar el puesto hasta que hubiera pasado el último vagón de cola con el conductor en la plataforma descubierta. Se hicieron señas con los faroles indicando que todo estaba en orden en las vías, y sólo entonces, medio sordo por el estrépito, se volvió Yediguéi a su mujer, que acababa de llegar.

—¿Qué te pasa?

Ella le miró con inquietud y movió los labios. Yediguéi no la entendió, pero comprendió que pensaba lo mismo.

—Apartémonos del viento —la condujo a la garita.

Pero antes de oír de los labios de su mujer lo que ya suponía, le impresionó en aquel momento algo distinto. Aunque antes ya se había dado cuenta de que llegaba la

vejez, esta vez se sintió disgustado, por ella, al ver cómo se ahogaba después de la rápida carrera, con qué extenuación crujía y silbaba su pecho, cómo se levantaban anormalmente sus flacos hombros. La potente luz eléctrica de la pulcra y blanqueada garita le permitió descubrir bruscamente unas irreversibles arrugas en la piel de las oscurecidas mejillas de Ukubala (y era en realidad una morena color trigo, con los ojos siempre de un negro brillante), y también aquella boca mellada, como un argumento más de que incluso la mujer que ha vivido ya su época no debe de ninguna manera ser desdentada (hacía tiempo que debía haberla llevado a la estación para que le colocaran una dentadura metálica; ahora todos, viejos y jóvenes, la llevaban así); y como corolario, aquellas hebras grises, muy blancas ya, que se desparramaban por su rostro bajo el caído pañuelo. Todo ello le hería el corazón. «¡Ay! ¡Cómo te me has envejecido!», se lamentó en su alma con la dolorosa sensación de cierta culpabilidad. Y por ello se sintió aún más inmerso en un silencioso agradecimiento que surgía por todo aquello a la vez, por todo lo que habían vivido juntos en muchos años, y especialmente porque hubiera acudido en aquel momento corriendo por las vías en mitad de la noche, al extremo más alejado del apartadero, por respeto y por deber, pues sabía cuán importante era para Yediguéi. Había corrido a comunicarle la muerte del desgraciado anciano Kazangap, un viejo solitario que había fallecido en una vacía choza de barro, y comprendía que sólo Yediguéi escucharía con calor humano la defunción del hombre que los había abandonado a todos, aunque el difunto no era ni su marido, ni su hermano, ni su padrino.

—Siéntate, descansa —dijo Yediguéi cuando entraron en la garita.

—Siéntate tú también —le indicó ella a su marido.

Se sentaron.

—¿Qué ha sucedido?

—Kazangap ha muerto.

—¿Cuándo?

—Hace un rato fui a echarle una mirada, a ver cómo estaba, por si necesitaba algo. Entré, la luz estaba encendida, él se encontraba en su sitio, sólo que la barba le salía torcida, para arriba, no sé cómo. Me acerqué. «Kazangap», le dije, «Kazangap, ¿quieres que te sirva un té caliente?», pero él ya no estaba. —Su voz se cortó, las lágrimas volvieron a sus afinados y enrojecidos párpados, y después de unos sollozos, Ukubala se puso a llorar dulcemente—. Ya ves cómo han ido las cosas al final. ¡Qué hombre fue! Y al morir, no había nadie para cerrarle los ojos —se lamentó llorando—. ¡Quién podía haberlo imaginado! Y así ha muerto el hombre... —se disponía a decir «como un perro en el camino», pero se calló, no valía la pena precisarlo, aunque ya quedaba bastante claro.

Burani Yediguéi, que así era llamado en el distrito y que había trabajado en el apartadero de Boranly-Buránnny desde los días en que volvió de la guerra, escuchaba a su mujer sentado sombríamente en el banco supletorio, con las pesadas manos,

como troncos nudosos, descansando sobre sus rodillas. La visera de su gorra de ferroviario, bastante manchada y ajada, daba sombra a sus ojos. ¿En qué pensaba?

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó la mujer.

Yediguéi levantó la cabeza y la miró con amarga sonrisa.

—¿Qué vamos a hacer? Lo que se hace en tales casos. Le enterraremos. —Se incorporó como quien ha tomado una resolución—. Tú, esposa mía, vuelve allá deprisa. Pero antes escúchame.

—Te escucho.

—Despierta a Ospán. No te dé reparo que sea el jefe del apartadero, no importa, ante la muerte todos somos iguales. Dile que Kazangap ha muerto. El hombre había trabajado cuarenta y cuatro años en el mismo puesto. Puede que Ospán todavía no hubiera nacido cuando Kazangap empezó a trabajar aquí, cuando por ningún oro del mundo se podía hacer venir aquí, a Sary-Ozeki, ni a un perro. Cuántos trenes habrán pasado en su vida, no hay suficientes cabellos en la cabeza para contarlos... Que lo piense. Díselo así. Y escucha otra cosa...

—Te escucho.

—Despiértalos a todos, uno tras otro. Llama en las ventanas. Cuantas personas estamos aquí: ocho casas, se pueden contar con los dedos... Haz que todos se levanten. Nadie debe dormir hoy, habiendo muerto un hombre así. Haz que todos se levanten.

—¿Y si empiezan a decir palabrotas?

—Nuestro cometido es hacérselo saber a todos, que digan todas las que quieran. Diles que te he mandado despertarles. Hay que tener conciencia. ¡Espera!

—¿Qué más?

—Corre primero al de turno, hoy está Shaimerden de encargado, cuéntale todo lo que hay y dile que piense qué se debe hacer. Puede que me encuentre un sustituto por esta vez. Si hay algo, que me lo comunique. Ya me has comprendido, ¡díselo!

—Se lo diré, se lo diré —respondió Ukubala, pero luego pareció acordarse de algo, como si de pronto acudiera a su memoria lo principal, algo que imperdonablemente hubiera olvidado—. ¡Y sus hijos! Nuestro primer deber es notificarles la noticia. Ha muerto su padre...

Indiferente a estas palabras, Yediguéi frunció el ceño y adoptó una actitud aún más severa. No respondió.

—Sean como sean, los hijos son los hijos —prosiguió Ukubala en tono de justificación, pues sabía que a Yediguéi le disgustaba escuchar aquello.

—Lo sé —dijo él con un gesto indiferente—. ¿Acaso te parece que no sé comprender nada? Ahí está el problema, que no podemos pasarnos sin ellos, aunque, si estuviera en mi mano, ¡no los dejaría ni acercarse!

—Eso no es cosa nuestra, Yediguéi. Que vengan y que lo entierren. Luego habría muchas habladurías, ni en un siglo te las quitarías de encima...

—¿Por qué? ¿Acaso se lo impido? Que vengan.

—¿Y si su hijo no llega a tiempo de la ciudad?

—Si quiere, llegará a tiempo. Anteayer, cuando fui a la estación, le envié un telegrama diciéndole que, bueno, pues mira, tu padre está a las puertas de la muerte. ¿Qué más necesita? Se considera muy sabio, por lo tanto tiene que comprender qué significa cada cosa...

—Bueno, si es así, está bien —aceptó vagamente su esposa los argumentos de Yediguéi, pero pensando aún en algo que la inquietaba, murmuró—: Debería presentarse con su esposa, a fin de cuentas se trata de enterrar a su suegro y no a uno cualquiera...

—Eso que lo decidan ellos. No se les puede sugerir, ya no son unos niños.

—Sí, así es la cosa, naturalmente —aceptó Ukubala, que continuaba dudando.

Guardaron silencio.

—Anda, no te entretengas, ve —le recordó Yediguéi.

Sin embargo, su esposa tenía aún algo que añadir:

—Pero su hija, la desdichada Aizada, está en la estación con su marido, el juerguista empedernido, y con sus hijos; también debería llegar a tiempo para el entierro.

Involuntariamente, Yediguéi sonrió y dio una palmadita en la espalda de su esposa.

—Ahora vas a empezar a sufrir por cada uno de ellos... Aizada está ahí, a la vuelta de la esquina; por la mañana alguien puede ir a la estación y decírselo. Vendrá a tiempo, naturalmente. Tú, esposa mía, debes comprender una cosa: tanto de Aizada como de Sabitzhán, y sobre todo de éste, que es el hijo, el hombre, poco se puede esperar. Ya lo verás, vendrán, no se perderán, pero van a estar aquí como huéspedes extraños, y seremos nosotros quienes le enterremos; así son las cosas... Anda, ve y haz lo que te he dicho.

La mujer echó a andar, luego se detuvo indecisa y volvió a caminar. Entonces Yediguéi la llamó:

—No olvides que lo primero es ir a ver al encargado, a Shaimerdén, que me envíe un sustituto, luego ya recuperaré las horas. El difunto yace en una casa vacía, no tiene a nadie a su lado... Díselo así...

La mujer asintió con la cabeza y se fue. Al mismo tiempo, en el cuadro de sector zumbó el señalizador parpadeando con luz roja: un nuevo convoy se acercaba al apartadero de Boranly-Buránny. Según las órdenes, el ferroviario de servicio debía enviarlo a la vía paralela para dar así paso al tren que venía en dirección opuesta y que también se encontraba a la entrada del apartadero, sólo que por el otro lado. Era una maniobra habitual. Mientras los trenes avanzaban por sus caminos respectivos, Yediguéi miraba intermitentemente a Ukubala, que se alejaba por el borde de la vía, como si hubiera olvidado decirle alguna cosa. Naturalmente, tenía cosas que decirle, como si no hubiera nada que hacer antes de un entierro; no se le ocurrían todas de golpe, pero no volvía por eso la cabeza sino que, precisamente en aquel momento

advertía con amargura cómo había envejecido y se había encorvado últimamente su esposa, y esto resultaba muy visible en medio de la amarilla neblina de la opaca iluminación de las vías.

«O sea, que la vejez ya cabalga sobre nuestras espaldas —pensó—. Bueno, ya hemos vivido: ¡un viejo y una vieja!» Y aunque Dios no le había castigado en lo tocante a la salud, aunque aún era fuerte, la cuenta de los años tampoco era pequeña: sesenta y aún un añito más, sesenta y uno tenía ya. «Sin darme cuenta, dentro de un par de años ya podría pedir la jubilación», se dijo Yediguéi no sin cierta ironía. Sabía que no pediría el retiro tan pronto, que tampoco era fácil encontrar por aquellos parajes a una persona que le sustituyera: era guardavías y mecánico de reparaciones, en cambio sólo hacía de guardagujas de vez en cuando, si alguien caía enfermo o salía de vacaciones. ¿Habría alguien que se dejara seducir por la paga con plus de lejanía y de desertización? Era dudoso. Sí, anda, ve y busca un hombre así entre los jóvenes de hoy.

Para vivir en el apartadero de Sary-Ozeki era preciso tener espíritu, de otro modo uno se marcharía. La estepa es enorme, y el hombre diminuto. La estepa es indiferente, a ella le da lo mismo que lo pases bien o mal, tienes que aceptarla como es, pero el hombre no es indiferente ante las cosas de este mundo, y sufre y se desespera, piensa que en otro lugar, entre otras personas, tendría más suerte, y que se encuentra aquí por un error del destino... Y por ello se desgasta ante la faz de la enorme e implacable estepa, se descarga su ánimo como las baterías del triciclo a motor de Shaimerdén. Éste lo guardaba solícito, no lo utilizaba ni dejaba que lo hicieran los demás. Y el triciclo estaba ocioso, y cuando lo necesitaban no se ponía en marcha, se le había agotado la fuerza motora. Eso también le ocurre al hombre en el apartadero de Sary-Ozeki: si no se aplica al trabajo, si no echa raíces en la estepa, si no asume su vida, le es muy difícil resistir. Hay gente de paso que al mirar por las ventanillas de los vagones se lleva las manos a la cabeza: «Señor, ¿cómo puede vivir gente aquí? ¡No hay en derredor más que estepa y camellos!» Pues allí viven el tiempo que le concede su paciencia. Aguantan tres años, cuatro lo más, y *taman*^[1]: cobran su finiquito y se van cuanto más lejos mejor...

En Boranly-Buránni, sólo dos hombres echaron raíces para toda la vida: Kazangap y él, Burani Yediguéi. ¡Y cuántos otros no estuvieron allí durante este tiempo! De sí mismo era difícil opinar, vivía y no cedía, pero Kazangap había trabajado allí cuarenta y cuatro años, y no porque fuera peor que los demás. Yediguéi no habría cambiado un Kazangap por diez de los demás... Y ahora ya no estaba, Kazangap ya no existía...

Los trenes se cruzaron; uno partió hacia oriente y el otro hacia occidente. Por un tiempo, las vías del apartadero de Boranly-Buránni se quedaron vacías. Y al instante, todo se puso al descubierto en derredor: las estrellas del oscuro cielo parecían brillar con más fuerza, destacaban más, el viento paseaba con mayor fuerza por los

terraplenes, por las traviesas, por la capa de machaca entre los raíles, que ahora sonaban y crujían muy débilmente.

Yediguéi no entró en la garita. Se quedó pensativo, apoyado contra un poste. Ante él, muy lejos, al otro lado de las vías se distinguían las vagas siluetas de los camellos que pastaban en el campo. A la luz de la luna, se los veía inmóviles, esperando que pasara la noche. Entre ellos Yediguéi distinguió a su camello, de gruesa cabeza, quizá el más fuerte y rápido de Sary-Ozeki, que se llamaba, como su amo, *Burani Karanar*. Yediguéi estaba orgulloso de él, de la rara fuerza de aquel animal con el que no resultaba fácil entenderse, pues *Karanar* continuaba siendo un macho: Yediguéi no lo había castrado en su juventud y luego ya no quiso hacerlo.

Entre los demás asuntos que debía hacer a la mañana siguiente, recordó Yediguéi para sí, era llevar a *Karanar* a casa a primera hora y ponerle la silla. Y también se le ocurrieron otras diversas ocupaciones...

Sin embargo, en el apartadero la gente continuaba, de momento, durmiendo tranquilamente. Junto a los pequeños edificios de la estación, pegados a uno de los extremos de las vías, había unas casitas con idénticos techos de dos pendientes, de pizarra —seis construcciones prefabricadas, instaladas por la administración ferroviaria, aparte de la casa de Yediguéi, que él mismo se construyera, de la choza de barro del difunto Kazangap, de diferentes cuchitriles domésticos, y de las cercas de junco y barro para guardar el ganado y otras necesidades—, y en el centro un molino de viento que era el generador-bomba eléctrico, con una bomba a mano para casos de emergencia aparecida allí en los últimos años. Aquélla era toda la aldea de Boranly-Buránnny.

Todo ello junto al gran ferrocarril, junto a la gran estepa de Sary-Ozeki, constituía un pequeño eslabón dentro de un sistema ramificado, como las venas del sistema circulatorio, con otros apartaderos, estaciones, nudos de comunicación, ciudades... Todo ello, como en la palma de la mano, abierto a todos los vientos del mundo, especialmente los invernales, cuando soplaban las ventiscas de Sary-Ozeki cubriendo las casas con montones de nieve hasta las ventanas y la línea del ferrocarril con montículos de nieve compacta amontonada por el viento... Por ello, este apartadero estepario había recibido el nombre de Boranly-Buránnny: Boranly en kazajo, Buránnny en ruso...

Yediguéi recordó que antes de que aparecieran en aquel tramo todo tipo de quitanieves —tanto las que disparaban la nieve a chorros como las que la desplazaban a los lados con sus palas cortantes, como otras muchas— Kazangap y él habían tenido que luchar contra la nieve de las vías, como suele decirse, no a vida sino a muerte. Y parecía que esto había ocurrido en tiempos recientes. En el cincuenta y uno y en el cincuenta y dos hubo feroces inviernos. Sólo en el frente quizá ocurría lo mismo, eso de aplicar la vida a un solo objetivo: a un ataque, al lanzamiento de una granada bajo un tanque... También ocurría aquí. Nadie te mataba. Pero te matabas tú mismo. Cuántos montones de nieve habían quitado a mano, habían arrastrado en

carretillas, o incluso se habían llevado para arriba en sacos; esto ocurría en el kilómetro siete, allí la vía pasaba por un terreno bajo, cortado en un montículo, y cada vez parecía que era la última lucha contra los arremolinamientos de la ventisca, y que por ello se podía vender la vida al diablo sin pensarlo dos veces con tal de no oír cómo rugían las locomotoras en la estepa: ¡dadnos paso!

Pero aquellas nieves se habían fundido, aquellos trenes pasaron ya, aquellos años se fueron... Ahora a nadie le interesaba todo aquello. Existió, ya no existía. Los actuales ferroviarios venían de paso, eran tipos bullangueros, brigadas de controladores y reparadores, y no era que no lo creyeran, lo que pasaba era que no lo comprendían, no podían meterse en la cabeza cómo había podido ser aquello: con las obstrucciones de Sary-Ozeki, ¡sólo había en el tramo unos cuantos hombres con palas! ¡Qué milagro! Entre ellos, algunos se burlaban abiertamente: no sabían por qué había que hacer tales cosas, aceptar tales penalidades, por qué habían de matarse, a santo de qué. «De encontrarnos nosotros en su lugar —decían— no lo haríamos por nada del mundo». ¡A buena hora habrían ido! En el peor de los casos, habrían ido a trabajar a la construcción o a otra parte en la que las cosas marcharan como es debido. Tanto has trabajado, tanto cobrarás. Y si hay una emergencia, que se reúna gente y que se paguen horas extraordinarias... «¡Os tomaron el pelo, viejos, y tontos moriréis!»

Cuando se presentaban tales «valoradores del trabajo», Kazangap no les prestaba atención, como si nada tuvieran que ver con ellos, se limitaba a sonreír como si supiera de su propia persona algo grande que ellos no podían alcanzar a comprender, pero Yediguéi no podía contenerse, estallaba, y a veces discutía, pero no hacía más que quemarse la sangre.

Y sin embargo, entre él y Kazangap había habido conversaciones sobre todas estas cosas de las que se burlaban ahora los tipos recién llegados en los vagones-talleres de reparaciones y sobre muchas otras cosas, y eso fue en años anteriores, cuando estos «sabios» seguramente aún corrían sin calzones. Pero ellos, ya entonces, reflexionaban sobre la vida hasta donde llegaba su entendimiento, y ya luego siguieron haciéndolo continuamente, el lapso de tiempo fue grande, desde aquellos días —del cuarenta y cinco, pero especialmente después, cuando se jubiló y todo fue un fracaso para él: fue a vivir con su hijo a la ciudad y volvió al cabo de unos tres meses. Entonces hablaron de muchas cosas, de cómo y de qué manera funciona el mundo. Era muy prudente el campesino Kazangap. Había muchas cosas que recordar... Y de pronto, Yediguéi comprendió con absoluta claridad, bajo el agudo ataque de pena que le fustigaba, que lo único que le quedaba ahora era recordar...

Al oír el chasquido que conectaba el micrófono del intercomunicador, Yediguéi se apresuró a entrar en la garita. Se oyó un susurro, un silbido, como en la ventisca, dentro del estúpido aparato, antes de que sonara la voz.

—Yediguéi, Yediguéi —roncó Shaimerden, el encargado de servicio en el apartadero—. ¿Me oyes? ¡Responde!

—¡A la orden! ¡Le oigo!

—¿Me oyes?

—¡Le oigo, le oigo!

—¿Cómo se oye?

—¡Como una voz de ultratumba!

—¿Por qué de ultratumba?

—¡Porque sí!

—Ah, ah... O sea, que ha sido el viejo Kazangap.

—¿Qué quiere decir «ha sido»?

—Bueno, que ha muerto —Shaimerdén se esforzó por encontrar palabras adecuadas al caso—. ¿Qué te voy a decir? O sea, que ha recorrido, este..., bueno..., su glorioso camino.

—Sí —respondió lacónicamente Yediguéi.

«Qué *jaibán*^[2] de mente estrecha —pensó—; no puede encontrar ni una palabra humana para la muerte».

Shaimerdén calló durante un largo rato. El micrófono soltó aún con más fuerza los ruidos, los crujidos y el sonido de la respiración. Luego, Shaimerdén roncó de nuevo:

—Yediguéi, por favor, no me vengas con pamplinas. Si ha muerto, qué quieres ahora... No tengo gente. ¿Qué necesidad tienes de sentarte al lado del difunto? El muerto, ya sabes, no se levantará por ello, pienso yo...

—¡Pues yo pienso que no entiendes nada de nada! —se indignó Yediguéi—. ¿Qué significa eso de no venir con pamplinas? Tú hace dos años que estás aquí, y nosotros hemos trabajado juntos durante treinta. Piénsalo. Ha muerto uno de nosotros; es imposible e incorrecto dejar a cualquier difunto solo en una casa vacía.

—¿Y cómo va a saber él si está solo o no lo está?

—¡Pero nosotros sí lo sabemos!

—De acuerdo, no te alborotes, lo que digo, no te alborotes, viejo.

—Te lo estoy explicando.

—Pero bueno, ¿tú qué quieres? No tengo gente. ¿Qué vas a hacer allí? De todos modos es de noche.

—Rezaré. Vestiré al difunto. Le llevaré mis oraciones.

—¿Rezar? ¿Tú, Burani Yediguéi?

—Sí, yo. Sé oraciones.

—Mira por donde, no te digo, después de sesenta años de régimen soviético.

—¡Déjame en paz! ¡Qué tiene que ver aquí el régimen soviético! La gente reza por los muertos desde el comienzo de los siglos. ¡Ha muerto un hombre, no un animal!

—De acuerdo, reza, no te digo; pero no alborotes. Enviaré por Dlínnny Edilbái, si acepta vendrá, no te digo, y ocupará tu puesto... Y ahora al trabajo, se acerca el ciento diecisiete, prepara la segunda vía...

Entonces, Shaimerdén desconectó; la llave del intercomunicador produjo un chasquido. Yediguéi se apresuró a acudir a la aguja, y mientras se ocupaba de su trabajo pensaba en si Edilbái aceptaría e iría. Aumentó su esperanza cuando vio cómo se iluminaban las ventanas de algunas casas; la gente al fin tenía conciencia. Los perros empezaron a ladrar. Aquello significaba que su esposa daba la alarma y que hacía levantar a los habitantes de Boranly.

Al mismo tiempo, el ciento diecisiete se colocó en vía muerta. Por el otro extremo se acercó un tren petrolero, sólo con cisternas. Se cruzaron, uno hacia oriente, el otro hacia occidente...

Eran ya las dos de la madrugada. Las estrellas refulgían en el cielo y cada una de ellas destacaba por sí misma. También la luna brillaba sobre Sary-Ozeki un poco más vivamente, adquiriendo una fuerza complementaria que afluía a ella gradualmente. Y a lo lejos, bajo el cielo estrellado, Sary-Ozeki se extendía sin límites, y sólo el perfil de los camellos —entre ellos el gigante *Burani Karanar*— y las vagas formas de los próximos apeaderos eran perceptibles, todo lo demás, a ambos lados de la línea del ferrocarril, se perdía en la infinitud de la noche. Y el viento no dormía, no dejaba de silbar, de susurrar, alrededor de la chatarra.

Yediguéi entraba y salía de la garita, esperaba con impaciencia que Edilbái apareciera en las vías. Y entonces vio a un animal en uno de los lados. Resultó ser una zorra. Sus ojos brillaban con verdosos y parpadeantes cambios de tonalidad. Estaba bajo un poste de telégrafos, con aire abatido, sin decidirse a acercarse ni a huir.

—¿Qué buscas aquí? —murmuró Yediguéi amenazándola en broma con el dedo. La zorra no se asustó—. ¡Ten cuidado! ¡Mira que te...! —Y dio una patada en el suelo.

La zorra saltó hacia atrás y se sentó con la cabeza vuelta hacia él. Le miraba fija y tristemente, según le pareció a él, sin quitar el ojo ni de él ni de cualquier otra cosa que hubiera a su lado. ¿Qué podía haberla atraído? ¿Por qué había aparecido por allí? ¿Habrían sido las luces eléctricas o habría ido empujada por el hambre? A Yediguéi le pareció extraña su conducta. ¿Por qué no matarla de una pedrada puesto que la misma presa se le ofrecía en bandeja? Yediguéi tanteó el suelo en busca de la piedra más grande. Midió la distancia, levantó la mano y volvió a bajarla. Dejó caer la piedra a sus pies. Incluso le dieron sudores. ¡Pues mira qué cosas se les ocurren a las personas! Cuando se disponía a matar a la zorra recordó de pronto algo que le habían contado, no sabía si alguno de los tipos recién llegados, o el fotógrafo con el que había hablado de Dios, o algún otro; pero no, se lo había contado Sabitzhán, el diablo se lo llevara, siempre salía con diversas maravillas con tal de atraer la atención, con tal de impresionar a los demás. Sabitzhán, el hijo de Kazangap, le había contado lo de la transmigración de las almas.

He aquí lo que le habían metido en su cabeza de charlatán de tres al cuarto. A primera vista, parecía un chico inteligente. Todo lo sabía, todo lo había oído; pero

sacaba pocas conclusiones sensatas de todo ello. Le habían dado estudios, le habían educado en internados, en institutos y el hombrecito no había resultado nada del otro jueves. Le gustaba vanagloriarse, beber y era maestro en pronunciar brindis, pero nada práctico. Una nulidad. Por ello resultaba flojillo en comparación con Kazangap, aunque pudiera alardear de un diploma. No, no lo había conseguido, el hijo no había salido al padre. Pero, en fin, qué se podía hacer si era de esta manera.

Así, pues, en cierta ocasión contó que en la India creían en una doctrina según la cual cuando una persona moría su alma transmigraba a cualquier otra criatura viviente, a cualquiera, aunque fuese a una hormiga. Y consideraba que toda persona, en otro tiempo, antes de nacer ha sido un pájaro, o cualquier otro animal o insecto. Por esta razón, para ellos era pecado matar un animal, aunque se tratara de una serpiente, una cobra, que se cruzase en su camino, y ni lo tocaban, se limitaban a saludarlo con una inclinación de cabeza y a cederle el paso.

Qué maravillas hay en este mundo. Quién puede saber qué hay de cierto. El mundo es grande y al hombre no le ha sido dado conocerlo todo. Y esto fue lo que se le ocurrió cuando quería matar a la zorra de una pedrada: ¿y si a partir de aquel momento estuviera en ella el alma de Kazangap? ¿Y si al transmigrar a la zorra, Kazangap hubiera acudido a su mejor amigo porque en la choza, después de su muerte, todo estaba vacío, desierto y triste?

«¡Me estoy volviendo loco! —se acusó a sí mismo, avergonzado—. ¿Cómo se me pueden ocurrir semejantes cosas? ¡Vaya, hombre! ¡Al final te has vuelto tonto!»

De todos modos, se acercó con cuidado a la zorra y, como si pudiera comprenderle, le dijo:

—Vete, aquí no es tu sitio, ve a tu estepa. ¿Me oyes? Vete, vete. Pero no para allá, hay perros. Ve con Dios, vete a la estepa.

La zorra dio media vuelta y se marchó a pequeños pasos. Una o dos veces volvió la cabeza, luego desapareció en la oscuridad.

Entretanto, entró en el apartadero el tren de turno. Retumbando, el ferrocarril disminuyó gradualmente la velocidad y arrastró una centelleante niebla en movimiento: el polvo que volaba por encima de los vagones. Cuando se detuvo, el maquinista se asomó desde la locomotora, que zumbaba mesuradamente con el motor en punto muerto:

—¡Eh, Yediguéi, Burani! ¡*Salam-aleikum!*

—¡*Aleikum-salam!*

Yediguéi sacó la cabeza para distinguir mejor de quién se trataba. En aquella línea todos se conocían. Era un joven amigo. A éste le encargó Yediguéi que en Kumbel, la estación del nudo de comunicaciones en donde vivía Aizada, le comunicara a ésta la muerte de su padre. El maquinista aceptó de buen grado el encargo por respeto a la memoria de Kazangap, tanto más cuanto que en Kumbel había el cambio de turno de las brigadas ferroviarias, e incluso prometió llevar de vuelta a Aizada y a su familia si ésta tenía suficiente tiempo para prepararse.

Era un hombre digno de confianza. Yediguéi se sintió aliviado, puesto que una de las cosas ya estaba hecha.

Al cabo de unos minutos el tren partió; al despedirse del maquinista, Yediguéi vio que un hombre larguirucho se dirigía hacia él por el borde del terraplén, a lo largo del tren que iba ganando velocidad. Yediguéi aguzó la vista: era Edilbái.

Mientras Yediguéi entregaba el turno, hablaba con Edilbái de lo sucedido, suspiraban y recordaban a Kazangap, entraron y se cruzaron en Boranly-Buránný un par de trenes más. Y cuando, liberado de estos trabajos, Yediguéi se dirigió a su casa, al fin recordó por el camino lo que había olvidado decirle a su esposa, o más bien aquello sobre lo que debía pedirle consejo a su esposa: qué debían hacer con sus propias hijas y yernos, cómo comunicarles la muerte del anciano Kazangap. Las dos hijas casadas de Yediguéi vivían en otro lugar, cerca de Kyzyl-Ordá. La mayor en un *sovjós* arrocero: su marido era tractorista. La pequeña vivió al principio en la estación de Kazalinsk y luego se trasladó con toda su familia, para estar más cerca de su hermana, al mismo *sovjós*, donde su marido trabajaba como chófer. Y aunque Kazangap no era un pariente a cuyo entierro debieran asistir sin falta, Yediguéi consideraba que Kazangap había sido para ellas mucho más querido que cualquier pariente. Sus hijas habían nacido cuando él estaba en Boranly-Buránný. Allí habían crecido, estudiado en la escuela y en el internado de la estación de Kumbel, adonde las llevaban por turno Yediguéi y Kazangap. Recordó a las niñas. Recordó que en las vacaciones, cuando empezaban o terminaban, las trasladaban con el camello. La pequeña delante, el padre en el centro y la mayor detrás, así iban los tres. Unas tres horas en invierno, y aún más, corría al trote largo *Karanar* desde Boranly-Buránný hasta Kumbel. Y cuando Yediguéi no tenía tiempo las llevaba Kazangap. Era como un padre para ellas, y Yediguéi decidió que por la mañana era preciso mandarles un telegrama; luego que hicieran lo que creyeran conveniente... Pero que supieran que ya no existía el anciano Kazangap...

Después, mientras caminaba, iba pensando que lo primero que debía hacer por la mañana era traer del pastizal a su *Karanar*, el cual iba a ser muy necesario. No es sencillo morir, pero enterrar a un hombre con todos los honores de este mundo tampoco tiene nada de fácil... Siempre se descubre que falta eso o aquello, que todo hay que hacerlo con prisas, empezando por el sudario y terminando por la leña del convite funerario.

Precisamente, en aquel instante, algo palpitó en el aire recordando, como en el frente, el lejano golpe de una onda explosiva, y la tierra tembló bajo sus pies. A lo lejos, en la estepa, vio ante sí, hacia el lado en donde se encontraba, por lo que sabía, el cosmódromo de Sary-Ozeki, que algo se elevaba en el cielo envuelto en llamas, creciendo por arriba como un torbellino de fuego. Quedó pasmado: un cohete subía hacia el espacio. Como todos los habitantes de Sary-Ozeki conocía la existencia del

cosmódromo Sary-Ozeki-1, que estaba a unos cuarenta kilómetros de distancia, tal vez a algo menos, sabía que se había tendido hacia allí una línea de ferrocarril especial desde la estación de Torek-Tam, e incluso había oído decir que en aquella parte de la estepa había crecido una gran ciudad con enormes tiendas; había oído infinitas cosas, por radio y en conversaciones, también las había leído en los periódicos, sobre los cosmonautas y los vuelos espaciales. Todo aquello sucedía en un lugar cercano. En el concierto de aficionados que se dio en la capital de la provincia en donde vivía Sabitzhán, y esa ciudad se encontraba mucho más lejos — un día y medio de viaje en ferrocarril—, los niños del coro cantaron una cancioncilla en la que se decía que eran los niños más felices del mundo porque los cosmonautas partían hacia el cosmos desde su tierra; sin embargo, como todo el terreno que rodeaba al cosmódromo era considerado zona prohibida, Yediguéi, aunque no vivía muy lejos de aquellos lugares, se contentaba con lo que oía decir o con lo que se enteraba por terceros. Y he aquí que por primera vez observaba personalmente un cohete espacial envuelto en un torrente de grandes llamaradas que iluminaban la comarca con palpitantes resplandores de luz elevándose impetuosamente hacia las oscuras y estrelladas alturas. Yediguéi se sintió asustado. ¿Sería posible que dentro de aquella hoguera hubiera un hombre? ¿Uno o dos? Y no sabía por qué, viviendo continuamente allí, nunca había visto antes el momento de la ascensión, puesto que habían despegado de allí tantos que uno perdía la cuenta. Quizá las otras veces las naves habían despegado de día. A la luz del sol y a tanta distancia difícilmente podía distinguirse algo. ¿Y por qué aquella había partido de noche? ¿Tendría prisa, o se habría dispuesto así? ¿O quizá abandonaba la tierra de noche y allí, al instante, se encontraba con el día? Sabitzhán contó una vez, como si hubiera estado él mismo, que en el cosmos parecía que cada media hora se pasaba del día a la noche. Tendría que interrogar a Sabitzhán. Éste lo sabía todo. Tenía demasiadas ganas de ser un sabelotodo, una persona importante. Dígase lo que se quiera, trabajaba en la capital de la provincia. Bueno, que no fingiera ser lo que no era. ¿Para qué? Se debe ser lo que en realidad se es. «Yo estuve con uno, con un personaje importante, y le dije esto». Dlínnny Edilbái contó que una vez fue a ver a Sabitzhán a su despacho.

«Nuestro Sabitzhán no hacía más que correr —dijo— de los teléfonos a la puerta del despacho y de ésta a la sala de espera, y sólo tenía tiempo de decir: “¡A la orden, Alzhapar Kajarmánovich! ¡De acuerdo, Alzhapar Kajarmánovich! ¡Al instante, Alzhapar Kajarmánovich!”» Y éste permanecía sentado en su despacho y no hacía más que pulsar botones. De manera que no pudieron hablar como es debido... «Así resulta ser nuestro paisano de Boranly. Dios le guarde, dejémoslo, es así... Quien me da lástima es Kazangap. Sufría mucho por su hijo. Hasta en sus últimos días no dijo nada malo de él. Incluso se trasladó a la ciudad para vivir con el hijo y la nuera, ellos mismos se lo pidieron y se hicieron cargo del viaje. Y qué resultó... Bueno, de esto habría mucho que hablar...»

Con este género de pensamientos iba Yediguéi aquella profunda noche y siguió con la mirada al cohete cósmico hasta su total desaparición. Estuvo mucho rato contemplando aquella maravilla. Y cuando la nave de fuego, cada vez estrechándose más y disminuyendo de tamaño, acabó por desaparecer en el negro abismo convirtiéndose en un puntito blanco y nebuloso, Yediguéi giró su cabeza y echó a andar experimentando unos sentimientos extraños y contradictorios. Al tiempo que admiraba lo que había visto, comprendía que aquello era algo ajeno a él que le provocaba admiración y temor. Entonces le vino a la memoria la zorra que había acudido a la línea del ferrocarril. ¿Qué habría sentido al encontrarse, en la desierta estepa, con aquella antorcha en el cielo? Seguramente no habría sabido dónde meterse...

Pero él mismo, Burani Yediguéi, testigo del vuelo nocturno del cohete al espacio, no sospechaba, ni tenía por qué hacerlo, que se trataba de un vuelo de emergencia, de socorro, de un cohete espacial con un cosmonauta, sin ninguna clase de solemnidades, periodistas ni informes, un vuelo relacionado con un suceso extraordinario ocurrido en la estación cósmica *Paritet*, que se encontraba desde hacía más de año y medio cumpliendo un programa conjunto soviético-estadounidense en una órbita a la que se había dado el nombre convencional de «Tramplin». Cómo había de saber Yediguéi esas cosas. Tampoco sospechaba que aquel acontecimiento tendría que ver con él y con su vida, y no simplemente por la indisoluble relación entre el hombre y la Humanidad en su sentido general, sino de una forma más concreta y directa. Mucho menos podía saber, y ni tan sólo suponer, que cierto tiempo después, tras la nave que había despegado de Sary-Ozeki, en el otro extremo del planeta despegaba del cosmódromo norteamericano de Nevada otra nave con la misma misión, también en dirección a la estación cósmica *Paritet*, a la órbita «Tramplin», sólo que en sentido de giro opuesto.

Las naves habían sido lanzadas urgentemente al cosmos a tenor de una orden llegada del portaviones de investigación científica *Conventsia*, base flotante del Centro Unido soviético-norteamericano para controlar el programa «Demiurg».

El portaviones *Conventsia* se encontraba siempre en la misma zona: en el océano Pacífico, al sur de las islas Aleutianas, en unas coordenadas que se encontraban aproximadamente a la misma distancia de Vladivostok que de San Francisco. El Centro Unido de control —el Centrun— seguía en aquel momento con gran tensión la salida de ambas naves hacia la órbita «Tramplin». De momento, todo iba bien. Faltaba la maniobra de ensamblaje con la estación *Paritet*. La tarea era complicadísima, el ensamblaje de ambas naves no podía tener lugar sucesivamente, una nave tras otra con el correspondiente intervalo, sino de forma simultánea, de una manera totalmente sincronizada por las dos entradas de la estación.

Desde hacía más de doce horas la *Paritet* no respondía a las señales emitidas por el Centrun desde el *Conventsia* ni tampoco respondía a las señales de las naves que

iban a ensamblarse con ella... Había que averiguar qué había pasado con la tripulación de la *Paritet*.

CAPÍTULO II

En estas tierras, los trenes van de oriente a occidente y de occidente a oriente...

Y a ambos lados del ferrocarril se encuentran, en estas tierras, enormes espacios desérticos, el Sary-Ozeki, las tierras Centrales de las estepas amarillas.

En estas tierras, cualquier distancia se mide con relación al ferrocarril, como si fuera el meridiano de Greenwich...

Pero los trenes van de oriente a occidente y de occidente a oriente...

Desde el apartadero al cementerio tribal naimano^[3] de Ana-Beit había por lo menos treinta verstas que se apartaban del ferrocarril, y eso a condición de seguir un camino directo, al azar, por el territorio de Sary-Ozeki. Para no arriesgarse, para no perderse por la estepa, era mejor seguir el sendero habitual que acompañaba continuamente a la vía férrea, pero entonces la distancia hasta el cementerio todavía era más larga. Era preciso dar un gran rodeo por la curva del cañón de Kisiksaisk hasta Ana-Beit. No había otra solución. En el mejor de los casos salían treinta verstas por un lado y otras tantas por el otro. Sin embargo, excepto el propio Yediguéi, ninguno de los actuales habitantes de Boranly sabía a ciencia cierta cómo llegar hasta allí, aunque todos habían oído hablar de aquel viejo Beit sobre el que se contaban toda clase de historias o leyendas, por mucho que no hubieran tenido ocasión de visitarlo. No había habido necesidad. En muchos años, era la primera vez que en Boranly-Buránny, aldehuela de ocho casas junto al ferrocarril, moría un hombre y se preparaba un entierro. Años atrás, cuando una niña murió repentinamente de asma, sus padres la llevaron a enterrar a su tierra natal, en la región de los Urales. En cuanto a la esposa de Kazangap, la anciana Bukéi, descansaba en el cementerio de la estación de Kumbel, pues murió en la clínica de esa población y decidieron enterrarla también allí. Llevar a la difunta a Boranly-Buránny no tenía sentido. Kumbel, en cambio, era la estación más grande de Sary-Ozeki, y además allí vivía su hija Aizada con su yerno, que aunque fuera un inútil y un borracho, no dejaba de ser de la familia. Sin embargo, cuando esto ocurrió, aún vivía Kazangap, quien decidía lo que debía hacerse.

Y ahora estaban pensando qué hacer.

Yediguéi, sin embargo, insistió en su punto de vista.

—Dejaos ya de razonamientos tan poco caballerosos —hizo razonar a los jóvenes—. A un hombre así lo enterraremos en Ana-Beit, donde yacen los antepasados. Donde dispuso el propio difunto. Pasemos de las palabras a los hechos y preparémonos. El trayecto no es corto. Mañana por la mañana nos pondremos en camino cuanto antes...

Todos comprendieron que Yediguéi tenía derecho a tomar una decisión. Y así quedaron. Ciertamente Sabitzhán intentó protestar. Había llegado aquel mismo día en un mercancías, pues los trenes de pasajeros no paraban allí. Que hubiera ido al

entierro de su padre sin saber si éste vivía aún o no, era algo que conmovió, e incluso alegró, a Yediguéi. Y hubo unos momentos en que se abrazaron y lloraron, unidos en un dolor y una tristeza comunes. Luego, Yediguéi se admiraba de sí mismo. Estrechaba a Sabitzhán contra su pecho y, llorando, pues no podía dominarse, no cesaba de decir entre sollozos: «¡Qué bien que hayas venido, querido, qué bien que hayas venido!», como si su llegada pudiera resucitar a Kazangap. Ni él mismo podía comprender por qué había llorado tanto, nunca le había sucedido cosa igual. Estuvieron llorando mucho rato en el patio, a la puerta de la choza de Kazangap, que se había quedado huérfana. Algo influía en Yediguéi. Recordó que Sabitzhán había crecido ante sus ojos, que había sido un pequeñajo, el preferido de su padre, que le llevaban a estudiar al internado de Kumbel para hijos de ferroviarios y que cuando disponían de tiempo libre iban a visitarle, bien aprovechando un tren de paso, bien a lomos de camello. Que cómo lo pasaba en la residencia, que si alguien le había ofendido, que si habría hecho alguna cosa de las prohibidas, que cómo iban los estudios, qué decían de él los profesores... Y en las vacaciones, cuántas veces le habían llevado cabalgando por el Sary-Ozeki nevado, en helada o en ventisca bien tapado con la pelliza, con tal de que no llegara tarde a clase.

¡Ah, días que no habían de volver! Todo eso se había ido, se había alejado suavemente, como un sueño. Y ahora tenía ante él a un hombre adulto que sólo le recordaba muy vagamente al que fue en la niñez: sonriente y de ojos saltones; ahora, en cambio, llevaba gafas, sombrero aplastado y corbata ajada. Ahora trabajaba en la capital de la provincia y sentía grandes deseos de parecer un ejecutivo importante, pero la vida es algo muy pérfido, no es tan sencillo llegar a jefe, como él mismo solía quejarse, cuando no se dispone de apoyos, ya sean conocidos o parientes; y qué era él: el hijo de un tal Kazangap de no sé qué apartadero Boranly-Buránny. ¡Un desgraciado! Ahora no tenía ni a ese padre, y el más insignificante padre vivo es mil veces mejor que un célebre padre muerto, pero ahora ni a éste tenía.

Luego desaparecieron las lágrimas. Pasaron a la conversación, al asunto. Y entonces se puso de manifiesto que el simpático hijito, el sabelotodo, no había ido a enterrar a su padre, sino sólo a salir del paso cavando un poco de tierra y largándose cuanto antes. Empezó a exponer esta clase de ideas: para qué arrastrarse hasta un lugar tan lejano como Ana-Beit habiendo tanto espacio alrededor: la estepa desierta de Sary-Ozeki desde su mismo umbral hasta el fin del mundo. Se podía cavar una tumba en algún lugar cercano, en un pequeño montículo, a un lado de la línea del ferrocarril para que yaciera allí el viejo ferroviario y escuchara cómo corren los trenes por el apartadero en el que trabajó toda su vida. Recordó incluso un viejo proverbio que venía al caso: «La liberación del difunto radica en su rápido entierro». A qué esperar, a qué tantas reflexiones, acaso no daba igual dónde estuviera enterrado. En esos asuntos cuanto antes mejor.

Así razonaba, y parecía justificarse a sí mismo diciendo que en el trabajo tenía asuntos urgentes e importantes que le esperaban, que andaba corto de tiempo y ya se

sabe lo que les importa a los jefes que el cementerio esté lejos o cerca, la orden es la de presentarse al trabajo tal día a tal hora, y eso es todo. Los jefes son los jefes y la ciudad es la ciudad...

Interiormente, Yediguéi se increpó de ser un viejo tonto. Le avergonzó y dolió haber llorado a lágrima viva, emocionado, por la aparición de aquel tipo, aunque fuera el hijo del difunto Kazangap. Se levantó —había unas cinco personas sentadas en unas viejas traviesas colocadas a guisa de bancos junto a la pared— y tuvo que hacer acopio de no poca fuerza sólo para contenerse, para no decir en público, en un día como aquél, algo ofensivo y agravante. Tuvo compasión de la memoria de Kazangap y sólo dijo:

—En los alrededores, naturalmente, hay tanto sitio como quieras. Pero por alguna razón la gente no entierra a sus allegados en cualquier parte. Seguramente será por algo. Porque de otro modo, ¿a quién le podría doler gastar un poco de tierra? —Y se calló, y los de Boranly le escucharon en silencio—. Decididlo, pensadlo, yo me voy a ver cómo van las cosas.

Y se fue con cara hosca y despreciativa para no meter la pata. Sus cejas se juntaron en el entrecejo. Era un hombre difícil, ardiente. Le llamaban Burani porque su carácter estaba a la altura de aquella tierra. De haber estado a solas con Sabitzhán en aquel mismo momento le habría dicho ante sus desvergonzados ojos lo que aquel hombre merecía. ¡Porque sí, para que se acordara toda la vida! Pero no quiso entrar en conversaciones propias de mujeres. Estas murmuraban por lo bajo, se indignaban.

—Ha venido a enterrar a su padre —decían— como quien va a una fiesta. Con las manos en los bolsillos. Por lo menos podría haber traído un paquete de té, y no hablemos ya de otras cosas. Además, su esposa, esa nuera de ciudad, podría haberse mostrado respetuosa y haber venido a llorar y a clamar como está establecido. Ni vergüenza, ni conciencia. Cuando el viejo vivía y tenía cierta prosperidad, un par de camellas lecheras y una docena y media de ovejas y corderos, entonces sí era bueno. Entonces ella vino por aquí hasta conseguir que se vendiera todo. Pareció llevarse al anciano a su casa, pero se compraron los muebles y el coche a la vez, y después el anciano ya resultó inútil. Ahora, no asoma ni la nariz.

Las mujeres querían alborotar, pero Yediguéi no lo consintió.

—No oséis ni abrir la boca en un día como éste —les dijo—, no es cosa nuestra, que se arreglen...

Echó a andar hacia el cercado donde permanecía atado, chillando de vez en cuando con furia, el camello *Karanar* que había traído de los pastos. Dejando aparte que *Karanar* iba un par de veces con la manada a beber a la bomba del pozo, casi toda la semana se paseaba en completa libertad de día y de noche. Se había independizado, el malandrín, y ahora expresaba su descontento mascando furiosamente el pasto con los dientes y aullando de vez en cuando: era una vieja historia, de nuevo la esclavitud, y debía acostumbrarse a ella.

Yediguéi se le acercó muy disgustado por la conversación con Sabitzhán, aunque sabía por anticipado que las cosas irían así. Parecía que éste les hacía un favor por asistir al entierro de su propio padre. Para él, eso era un estorbo del que había que librarse cuanto antes. Yediguéi no quiso gastar palabras superfluas, no valía la pena ya que todo lo debía hacer él mismo, y tampoco los vecinos se quedarían al margen. Todo el que no estaba trabajando en la línea prestó su ayuda en los preparativos del entierro y convite funerario del día siguiente. Las mujeres recogieron vajilla por las casas, pulieron los samovares, prepararon la masa y estaban a punto ya de cocer el pan; los hombres llevaron agua y cortaron leña de unas viejas traviesas que ya habían prestado su servicio, pues en la desierta estepa el combustible y el agua son siempre de primera necesidad. Sólo Sabitzhán vagaba por allí distraído a los demás del trabajo, charlando por los codos sobre esto y aquello, sobre quién ocupaba cada cargo en la capital de la provincia, sobre quién había sido destituido y quién ascendido. Pero no le importaba ni poco ni mucho que su esposa no hubiera ido a enterrar a su suegro. ¡Sorprendente, por Dios! Su mujer, sabéis, tenía no sé qué conferencia a la que debían asistir unos invitados extranjeros. Y de los nietos ya ni se hablaba. Ellos luchaban por el aprovechamiento y asistencia regular a la escuela, para conseguir un mejor diploma y poder ingresar en un instituto. «¡Qué hombres suben ahora, qué gente! —se indignaba en su interior Yediguéi—. ¡Para ellos, en este mundo, todo es importante menos la muerte!» Y esto no le dejaba en paz: «Si la muerte no es nada para ellos, resulta que tampoco la vida tendrá ningún valor. ¿Qué sentido tiene? ¿Para qué y cómo vivirán allí?».

Malhumorado, Yediguéi le chilló a *Karanar*.

—¿Qué ruges tú, cocodrilo? ¿A qué chillarle al cielo como si el propio Dios pudiera oírte? —Yediguéi sólo llamaba «cocodrilo» a su camello en los casos más extremos, cuando estaba completamente fuera de sí. Fueron los ferroviarios forasteros los que le sacaron a *Burani Karanar* este mote por sus fauces dentadas y su talante arisco—. ¡Te cansarás de gritar, cocodrilo, te voy a romper los dientes!

Había que armar la silla sobre el animal, y al ponerse manos a la obra Yediguéi se calmó y dulcificó un poco. Se recreó mirándole. *Burani Karanar* era hermoso y fuerte. Con la mano no le llegaba a la cabeza, aunque Yediguéi era bastante alto. Se las apañó para doblar el cuello del animal, y golpeando con el mango del látigo sus encallecidas rodillas y ordenándole con voz severa, consiguió que se arrodillara. Pese a todo, aunque protestando ruidosamente, el camello, se sometió a la voluntad de su dueño, y cuando al final, ya tranquilo, dobló las patas bajo el cuerpo y apoyó el pecho en tierra Yediguéi empezó su trabajo.

Ensillar un camello como es debido supone un gran trabajo, equivalente a construir una casa. La silla se monta cada vez de nuevo y hay que tener habilidad y no poca fuerza, tanto más cuando se ensilla un animal tan enorme como *Karanar*.

Karanar, que significa «negro», era un nombre que no había recibido porque sí. Tenía la cabeza velluda, con una poderosa barba que crecía a partir de la cerviz; de la

papada le brotaban negros mechones que le colgaban hasta las rodillas en forma de densas y naturales melenas —principal adorno de los machos— y tenía dos flexibles gibas que se elevaban como negras torres sobre su espalda. Y como culminación, el negro extremo de su corta cola. Pero por el contrario, todo lo demás —la parte superior del cuello, el pecho, los flancos, las patas, el vientre— era de un pelaje de color castaño claro. Ésta era la belleza de *Burani Karanar*, por eso era famoso: por su prestancia y por su pelaje. Y en esa época estaba en la justa edad adulta del macho: *Karanar* se encontraba en la tercera decena de años de edad.

Los camellos viven mucho tiempo. Seguramente por ello las hembras no paren a sus hijos hasta el quinto año, y luego no paren cada año sino una vez cada dos, llevando el embrión en su vientre más tiempo que cualquier otro animal: doce meses. Al pequeño camello hay que protegerlo principalmente durante el primer año-año y medio, de los resfriados, de las corrientes de aire de la estepa, pero luego crece de día en día y ya nada lo asusta, ni el frío, ni el calor, ni la falta de agua...

Yediguéi conocía esto perfectamente y mantenía a *Burani Karanar* siempre en buen estado. La primera señal de buena salud y de fuerza eran sus negras gibas, que emergían cual hierro fundido. Kazangap se lo había regalado antes del destete, pequeñito, lleno de pelusa como un pollito de ánade; fue en los primeros años, cuando Yediguéi volvió de la guerra y se instaló en el apartadero de Boranly-Buránni. También el propio Yediguéi era joven, ¡cómo no! Pero no sabía que permanecería allí hasta que se le blanquearan los cabellos de viejo. A veces contemplaba aquellas fotografías y no se daba crédito a sí mismo. Había cambiado de lo lindo: sus cabellos se habían vuelto de un canoso azulado. Incluso las cejas habían emblanquecido. Naturalmente también había cambiado de cara, pero su cuerpo no se había tornado pesado como suele suceder a esa edad. Todo había venido como por sí mismo: primero se dejó el bigote, luego la barba. Y ahora le parecía que andar sin ella sería como ir desnudo. Puede decirse que había pasado toda una historia desde entonces.

En ese mismo momento, mientras ensillaba a *Karanar*, acostado sobre el suelo, mientras le ponía a raya ora con la voz, ora agitando la mano cada vez que el animal enseñaba los dientes rugiendo como un león, girando su negra y velluda cabeza sobre el larguísimo cuello, Yediguéi, en medio de su trabajo, recordaba qué había pasado durante aquellos años y de qué manera; esto aliviaba su alma...

Estuvo largo rato ocupado disponiendo las cosas, arreglando los arreos. Esta vez, antes de montar la silla, cubrió a *Karanar* con la mejor manta que tenía, un objeto de antigua manufactura con largas borlas de diversos colores y filigranas de tapiz. Ya ni recordaba la última vez que había adornado a *Karanar* con aquellos raros arreos que Ukubala guardaba con tanto celo. Ahora, había llegado la ocasión...

Cuando tuvo ensillado a *Burani Karanar*, Yediguéi lo obligó a levantarse y quedó muy satisfecho. E incluso se enorgulleció de su trabajo. *Karanar* tenía un aspecto imponente y majestuoso adornado con la manta de las borlas y con la silla

magistralmente montada entre las gibas. Sí, que se recrearan los jóvenes, sobre todo Sabitzhán, que comprendieran: el entierro de un hombre que ha vivido dignamente no es ninguna carga, no es una molestia, sino un acontecimiento grande, aunque triste, que debe tener además las honras que le corresponden. Para unos se toca la música, se sacan las banderas, para otros se dispara al aire, para otros, en fin, se derraman flores y coronas...

Y él, Burani Yediguéi, al día siguiente por la mañana, montado en *Karanar*, que luciría su manta de borlas, encabezaría la marcha a Ana-Beit acompañando a Kazangap a su última y eterna morada... Y durante todo el camino, Yediguéi pensaría en él al cruzar los grandes y desiertos espacios de Sary-Ozeki. Y pensando en él lo entregaría a la tierra en el cementerio tribal, tal como los dos habían concertado. Sí, había habido este convenio. Fuera el camino largo o corto, nadie le convencería para que dejara de cumplir la voluntad de Kazangap, nadie, ni el propio hijo del difunto...

Que todos supieran que habría de ser así, y que para este objeto había dispuesto a su *Karanar*, ensillado y adornado con aquellos arreos.

Que lo vieran todos. Yediguéi llevó a *Karanar* de la mano desde el cercado y rodeó todas las casas hasta dejarlo atado junto a la choza de Kazangap. Que todos lo vieran. Burani Yediguéi no podía dejar de cumplir su palabra. Sólo que era inútil demostrarlo. Mientras Edigui se ocupaba de los arreos, Dlínnny Edilbái, aprovechando un momento, había llamado a Sabitzhán aparte:

—Ven aquí a la sombra, hablaremos.

Su conversación no fue muy larga. Edilbái no intentó convencerle, le dijo directamente:

—Deberías dar gracias a Dios, Sabitzhán, de que exista en este mundo Burani Yediguéi, el amigo de tu padre. Y no le impidas enterrar a un hombre como es debido. Si tienes prisa, no te retenemos aquí. ¡Ya echaré por ti un puñado de tierra más!

—Se trata de mi padre, y yo sé lo que... —iba a empezar Sabitzhán, pero Edilbái le interrumpió:

—Será tu padre, pero tú no eres de los nuestros.

—Porque tú lo dices —empezó a ceder Sabitzhán—. De acuerdo, no nos peleemos en un día así. Que sea en Ana-Beit, qué más da; simplemente pensé que quedaba un poco lejos...

Con eso terminó la conversación. Y nadie protestó y todos asintieron en silencio cuando Yediguéi, después de exponer a *Karanar* a la contemplación general, volvió y dijo a los habitantes de Boranly:

—Dejaos ya de discursos tan poco caballerosos. A un hombre así le enterraremos en Ana-Beit...

El día y la tarde de aquella jornada los pasaron en común, como buenos vecinos, en el patio de la casa del difunto, gracias a que también el tiempo lo permitía. Después del calor del día llegó el vivo frescor propio de Sary-Ozeki en los días que

preceden al otoño. Una calma majestuosa, crepuscular, sin viento, abrazaba el mundo. Y ya en pleno crepúsculo terminaron de desollar el cordero que habían sacrificado para el convite funerario del día siguiente. Y entretanto, tomaban el té junto a los humeantes samovares y sostenían todo género de conversaciones, sobre esto y aquello... Estaban ya listos casi todos los preparativos del entierro y no quedaba sino esperar al día siguiente para ponerse en camino hacia Ana-Beit. Las primeras horas de la noche discurrían plácidas y apacibles como corresponde al óbito de una persona de edad avanzada que aflige dolorosamente...

Como siempre, en el apartadero de Boranly-Burány entraban y salían trenes, se juntaban procedentes de oriente y occidente y se separaban hacia oriente y occidente...

Así estaban las cosas aquella noche, y todo habría sido normal de no haber ocurrido un incidente desagradable. En aquella hora, Aizada y su marido llegaron en un tren de mercancías al entierro de su padre. Y apenas Aizada anunció su aparición con fuertes sollozos, las mujeres la rodearon y se pusieron también a llorar. Ukubala estaba especialmente conmovida y desesperada junto a Aizada. La compadecía. Lloraron y se lamentaron muchísimo. Yediguéi intentó tranquilizar a Aizada:

—Qué podemos hacer ahora, no nos vamos a morir tras el difunto, hay que aceptar el destino.

Pero ella no se calmaba.

Así suele ocurrir con frecuencia: la muerte del padre le daba ocasión de saciar sus ganas de llorar, de vaciar públicamente su alma, de expulsar todo aquello que desde hacía tiempo no encontraba una salida abierta con palabras. Llorando a voz en grito y dirigiéndose a su difunto padre, despeinada y abotargada, repetía amargamente, al estilo femenino, su mala suerte, diciendo que nadie podía comprenderla ni darle asilo, que su vida había sido un fracaso desde la juventud, que su marido era un borracho, que sus hijos correteaban por la estación de la mañana a la noche sin nadie que los vigilara y reprendiera y que por ello se habían convertido en unos gamberros, y mañana seguramente serían bandidos que saquearían trenes, que el mayor ya había empezado a beber y la policía había ido ya a prevenirla diciéndole que el asunto pronto llegaría a la fiscalía. ¡Y qué podía hacer una mujer sola si ellos eran seis! Y a su padre le importaba un comino...

Y efectivamente, así era; el marido estaba allí sentado con aire turbio y vacío, con cara triste y desesperada —aunque, sin embargo, había acudido al entierro de su suegro— y fumaba unos cigarrillos apestosos, de desecho. Para él, aquello no era nada nuevo. Lo sabía: la mujer chillaría una y otra vez, y acabaría por cansarse... Pero intervino muy inoportunamente el hermano, Sabitzhán. Y ahí empezó todo. Sabitzhán empezó a avergonzar a su hermana: dónde se había visto una cosa así, qué maneras eran aquéllas, para qué había ido, ¿para enterrar a su padre o para oprobriarse a sí misma? ¿Era así como debía llorar a su honorable padre una hija kazaja? ¿No se habían convertido en leyenda ya los grandes llantos de las mujeres kazajas, y en

canciones para los descendientes en cientos de años? Los muertos no resucitaban con tales llantos, pero los vivos que había alrededor se fundían en lágrimas. Y se otorgaba al difunto una alabanza y todos sus méritos ascendían a los cielos. Así lloraban las mujeres de antes. ¿Y ella qué? Soltaba allí sus quejas de huérfana, ¡lo mal que lo pasaba en este mundo!

Aizada no parecía esperar más que esto. Y empezó a chillar con nueva fuerza y furia.

—¡Qué inteligente y sabio nos has salido! Primero debes empezar por dar lecciones a tu mujer. ¡Métele primero estas hermosas palabras en la cabeza! Por algo no habrá venido ni nos habrá mostrado este llanto majestuoso. Y no habría sido ningún pecado que hubiera acudido a rendir tributo a nuestro padre, ya que tanto ella, esa bestia, como tú, que vives canallescamente bajo sus tacones, saqueasteis y robasteis al anciano hasta dejarle en cueros. Mi marido será tan alcohólico como quieras, pero está aquí, y ¿dónde está la sabihonda de tu mujer?

Entonces Sabitzhán empezó a chillarle al marido de Aizada para que obligara a ésta a callarse, pero él montó en súbita cólera y se arrojó sobre Sabitzhán para estrangularle...

A duras penas los vecinos de Boranly consiguieron calmar a los parientes en discordia. Fue desagradable y vergonzoso para todos. Yediguéi se disgustó muchísimo. Sabía lo poco que valían, pero no esperaba que las cosas tomaran aquel cariz. Y, muy enfadado, los previno con extrema severidad:

—Si no os respetáis unos a otros, no manchéis por lo menos la memoria de vuestro padre, de otro modo no voy a permitir que ninguno de vosotros se quede aquí, no tendré en cuenta ninguna circunstancia, ya os arreglaréis...

Pues sí, esta desagradable historia ocurrió la víspera del entierro. Yediguéi se mostraba muy sombrío. De nuevo se le juntaron tensamente las cejas bajo su abatida frente, y otra vez le atormentaron unas preguntas: ¿de dónde habían salido aquellos hijos y por qué se habían convertido en lo que eran? ¿Soñaban acaso en eso Kazangap y él, cuando bajo el calor o la helada los llevaban al internado de Kumbel para que se instruyeran, se abrieran paso en la vida, no tuvieran que helarse en cualquier apartadero de Sary-Ozeki, para que luego no maldijeran su destino diciendo que sus padres no se habían preocupado? Y todo había salido al revés... ¿Por qué? ¿Qué había impedido que se convirtieran en personas por las que el alma no sintiera repugnancia?

Y de nuevo le sacó de apuros Dlínnny Edilbái poniendo de manifiesto una sensibilidad humana que alivió la situación de Yediguéi aquella noche. Comprendió lo que estaba pasando su amigo. Los hijos de un difunto son siempre los principales personajes en un entierro, así está establecido. Y no se los puede meter en otra parte, ni alejar a otro sitio, por desvergonzados y miserables que sean. Para suavizar de alguna manera el escándalo entre hermano y hermana, que había ensombrecido a todos, Edilbái invitó a todos los hombres a su casa.

—Vamos —dijo—, contaremos las estrellas en el patio, tomaremos té, nos sentaremos allí...

En casa de Dlínnny Edilbái, Yediguéi pareció caer en otro mundo. También antes pasaba por allí como vecino y siempre salía satisfecho, su alma se llenaba de gozo por la familia de Edilbái. Ese día deseaba quedarse mucho más rato, la necesidad que sentía era tan grande como si en aquella casa hubiera de reponer alguna fuerza perdida.

Dlínnny Edilbái era ferroviario como los demás, no cobraba más que nadie, vivía como todos en una casita prefabricada con dos habitaciones y cocina, pero allí reinaba una vida muy diferente, limpia, cómoda, luminosa. Era el mismo té de los demás, pero en los cuencos de Edilbái a Yediguéi le pareció transparente miel de abeja. La esposa de Edilbái, bonita y buena como ama de casa, y los niños, unos niños corrientes... «Aguantarán en Sary-Ozeki cuanto puedan —supuso Yediguéi en su interior— y luego se trasladarán a otro lugar mejor. Será una lástima que se vayan de aquí...»

Después de sacarse las botas en el porche, Yediguéi se sentó en la habitación interior doblando bajo el cuerpo los pies en calcetines y advirtiendo por primera vez en todo el día que estaba cansado y hambriento. Apoyó la espalda en la pared de tablas y guardó silencio. A su alrededor, en los extremos de una mesita baja y redonda se instalaron los demás invitados, que hablaban en voz baja sobre unas y otras cosas...

Después se entabló una rara conversación. Yediguéi había olvidado ya el cohete cósmico que despegara la noche anterior. Pero la gente enterada dijo ciertas cosas que le sumieron en meditaciones. No era que hiciera un descubrimiento. Sencillamente, se admiró de sus razonamientos y de su ignorancia en este campo. Al mismo tiempo, se hizo un cierto reproche interior: para él, todos aquellos vuelos cósmicos que interesaban tanto a todo el mundo eran algo muy lejano, casi mágico, al margen de sus ocupaciones. Por ello, también su actitud hacia todo aquello estaba entre el respeto y la inquietud, como ante la aparición de una fuerte voluntad impersonal de la cual, en el mejor de los casos, sólo tenía derecho a tomar nota. Y sin embargo, el espectáculo de la nave que partía para el cosmos le había impresionado y cautivado. Sobre este tema se entabló la conversación en casa de Dlínnny Edilbái.

Al principio se sentaron a beber *subat*, yogur de leche de camella. Era un yogur magnífico, fresco, espumoso, ligeramente alcohólico. Los ferroviarios forasteros, los de la sección de reparaciones, solían beberlo en cantidad y lo llamaban la cerveza de Sary-Ozeki. Y para los platos calientes, se encontró en aquella casa incluso vodka. Cuando ocurría algo así, Burani Yediguéi no solía rechazar la bebida y la tomaba con los amigos, pero aquella vez no lo hizo así, movido por una razón que dio a entender a los demás, es decir, que no convenía distraerse, pues la mañana siguiente traería un día duro y un camino largo. Le preocupaba que otros, especialmente Sabitzhán, hubieran abusado, tomando el vodka con el yogur. El *shubat* y el vodka combinan

muy bien, como un par de buenos caballos que tiran magníficamente de unos mismos arreos, y elevan el ánimo de las personas. En aquellos momentos eso no tenía objeto. Pero ¿cómo ordenar a las personas mayores que no beban? Ellas mismas deberían conocer la medida. Le tranquilizaba, por lo menos, que el marido de Aizada se abstuviera de momento del vodka, pues a un alcohólico le basta con una pequeña cantidad para emborracharse; el hombre sólo bebió *shubat*. Por lo visto comprendía, pese a todo, que sería ya demasiado si se presentaba borracho como una cuba en el entierro de su suegro. Sin embargo, sólo Dios sabía lo que podía durar aquella abstinencia.

Así, pues, estaban sentados conversando sobre diversos temas cuando Edilbái, que obsequiaba a sus invitados con el *shubat* —sus manos larguísimas se abrían y cerraban como la pala de una excavadora—, recordó algo en el momento en que tendía la taza de turno a Yediguéi desde el otro extremo de la mesa y dijo:

—Yediguéi, ayer noche, cuando te sustituí en la guardia, apenas te alejaste, sucedió algo en el cielo, y sentí una sacudida. ¡Miré y vi que salía un cohete del cosmódromo hacia el cielo! ¡Un cohete enorme! ¡Como la lanza de un carro! ¿Lo viste?

—¡No faltaría más! ¡Y con la boca abierta! ¡Eso sí es fuerza! ¡Todo envuelto en fuego llameante y para arriba, arriba, sin límites y sin fin! Daba miedo. Nunca había visto nada semejante desde que vivo aquí.

—Sí, yo también lo vi por primera vez con mis propios ojos —admitió Edilbái.

—Bueno, si tú lo viste por primera vez, los que somos bajitos con mayor razón no habíamos podido verlo —decidió bromear Sabitzhán sobre su estatura.

Dlínny Edilbái se limitó a sonreír de pasada.

—Sí, así soy —eludió el tema—. Miré y no podía creerlo: ¡Una masa compacta de fuego zumbando en las alturas! «Bien», pensé, «alguien más que se va al cosmos. ¡Feliz viaje!» Y a conectar inmediatamente el transistor, que siempre lo llevo encima. «Ahora», pensé, «seguramente lo anunciarán por la radio». Normalmente, viene de inmediato una retransmisión desde el cosmódromo. Y el locutor está tan satisfecho que parece actuar en un mitin. ¡Qué escalofríos por la piel! Tenía muchas ganas, Yediguéi, de saber quién era aquel que yo personalmente había visto en vuelo. Pero me quedé sin saberlo.

—¿Por qué? —se adelantó Sabitzhán levantando significativamente las cejas con aire de importancia. Empezaba a estar borracho. Nadaba en sudor, estaba rojo.

—No lo sé. No comunicaron nada. Y tuve el transistor continuamente sintonizado, pero no dijeron ni palabra...

—¡No puede ser! Aquí hay gato encerrado —sospechó provocativamente Sabitzhán tomando rápidamente otro trago de vodka con *shubat*—. Cada vuelo al cosmos es un acontecimiento mundial... ¿Comprendes? ¡Es nuestro prestigio en la ciencia y en la política!

—No sé por qué sería. También escuché las últimas noticias, y asimismo la revista de la prensa...

—¡Hum! —movió la cabeza Sabitzhán—. ¡De estar ahora en mi puesto, en mi trabajo, naturalmente lo sabría! Me sabe mal, diablo. ¿No será que algo anda mal?

—Quién puede saber lo que anda bien y lo que anda mal, pero a mí me duele —confesó sinceramente Dlínnny Edilbái—. Era algo así como mi cosmonauta. Volaba ante mí. «Quizá», pensé, «haya despegado alguno de nuestros muchachos». Sería una alegría. Podríamos encontrarnos en alguna parte y sería muy agradable...

Sabitzhán le interrumpió apresuradamente, excitado por algo que adivinaba:

—¡Ah, ah, ya lo comprendo! Lanzaron una nave no tripulada. O sea, un experimento.

—¿Cómo es eso? —Edilbái le miró de reojo.

—Bueno, una variante experimental. Comprendes, es una prueba. Un transporte no tripulado va a ensamblarse o a ponerse en órbita, y de momento no se sabe qué resultado va a dar ni qué va a salir de todo ello. Si se realiza con éxito, habrá un comunicado por radio y en los periódicos. Si no, pueden no informar. Un simple experimento científico.

—Pues yo pensé —se rascó Edilbái la frente con amargura— que había despegado una persona viviente.

Todos callaron algo desilusionados por la explicación de Sabitzhán, y posiblemente la conversación habría acabado aquí de no ser por el propio Yediguéi que, sin proponérselo, la desplazó a un nuevo círculo de ideas:

—O sea, majos, que según he comprendido, ha salido para el cosmos un cohete sin nadie dentro. ¿Y quién lo dirige?

—¿Cómo quién? —Sabitzhán juntó las manos con asombro y contempló con aire de triunfo al ignorante Yediguéi—. Allí, Yediguéi, todo se hace por radio. Por orden de la Tierra, desde el control central. Todas las cosas se dirigen por radio. ¿Comprendes? Incluso cuando hay un cosmonauta a bordo, dirigen de todos modos el vuelo del cohete por radio. Y el cosmonauta tiene que obtener permiso para hacer algo por sí mismo... Eso, querido *koketai*^[4], no es cabalgar a *Karanar* por Sary-Ozeki, es algo complicadísimo...

—Pero qué cosas pasan —dejó caer vagamente Yediguéi.

Burani Yediguéi no comprendía ni el principio mismo del control por radio. En su imaginación, la radio era una palabra, un sonido, que se trasladaba por el éter desde muy lejos. Pero ¿cómo se podía controlar por este medio a un objeto inanimado? Si dentro de la nave se encontrara un hombre, entonces sería otra cosa: éste cumpliría las indicaciones, hazlo así, hazlo asá. Yediguéi quería preguntar aún muchas cosas, pero decidió que no valía la pena. Su alma, no sabía por qué, se resistía a hacerlo. Se calló. Sabitzhán ofrecía sus conocimientos en un tono demasiado condescendiente. «Tú —venía a decir— no sabes nada, y aún me consideras a mí una nulidad, y el yerno, el alcohólico perdido, incluso quería estrangularme, pero yo entiendo mucho

más que todos vosotros en estos asuntos». «Bueno, Dios sea loado —pensó Yediguéi—, para eso te dimos instrucción toda la vida. Por algo tienes que saber más que nosotros, los que no estudiamos». Y también pensó Burani Yediguéi: «¿Qué pasaría si un hombre así se encontrara en el poder? Seguramente daría la lata a todo el mundo, obligaría a sus subordinados a fingirse sabelotodos, y a los que no lo hicieran no los toleraría por nada del mundo. De momento no es más que el chico de los recados, pero qué deseo tiene de que le miren a la boca por lo menos aquí, en Sary-Ozeki...»

Con toda seguridad, Sabitzhán se había propuesto asombrar y aplastar definitivamente a los de Boranly, posiblemente para subrayar su propio valor ante los ojos de los demás después del vergonzoso escándalo con su hermana y su cuñado. Y decidió hablar y distraer a la gente. Empezó a contar increíbles maravillas y conquistas científicas, al tiempo que aplicaba una y otra vez los labios al vodka, medio trago tras medio trago, y todo ello acompañado de *shubat*. Esto le enardecía cada vez más, y llegó a contar cosas tan increíbles que los pobres habitantes de Boranly no sabían ya que debían creer y qué no.

Juzgad vosotros mismos —dijo lanzándoles una mirada encendida y embrujadora bajo el brillo de las gafas—, y ved que nosotros, si sabemos comprenderlo, somos los seres más felices en la historia de la Humanidad. Tú mismo, Yediguéi, que ahora eres el mayor de todos nosotros, sabes muy bien cómo se vivía antes y cómo ahora. Por eso lo decía. Antes, la gente creía en Dios. En la antigua Grecia, los dioses vivían, se decía, en el monte Olimpo. ¿Y qué eran esos dioses? Unos pazguatos. ¿Cuál era su poder? No se entendían entre ellos, ésa era su fama, y no podían cambiar el género de vida de los humanos ni lo pretendían. Esos dioses no existieron. Son un mito. Cuentos. Pero nuestros dioses viven muy cerca de nosotros, aquí, en el cosmódromo, en nuestra tierra de Sary-Ozeki, de lo que estamos orgullosos ante la faz de la tierra. Y ninguno de nosotros los ve ni los conoce, ni debe, ni estaría bien, alargarle la mano a cada *Mirkinbai-Shikimbai* para decirle: «¡Bravo! ¿Qué tal estás?». ¡Pero son auténticos dioses! Por ejemplo, a ti, Yediguéi, te asombra que dirijan por radio los cohetes cósmicos. ¡Y eso no es nada, una etapa ya vencida! Los aparatos, las máquinas, funcionan ya siguiendo un programa. Y llegará el día que con la ayuda de la radio se controle a las personas como a esos autómatas. ¿Lo comprendéis? A las personas, de la primera a la última, de la más pequeña a la más grande. Ya existen datos científicos. La ciencia también ha conseguido esto partiendo de elevados intereses.

—Espera, espera, ¡apenas abres la boca ya salen los elevados intereses! —le interrumpió Dlínný Edilbái—. Dime una cosa que no acabo de entender. O sea, que cada uno de nosotros deberá llevar continuamente un pequeño receptor, parecido a un transistor, para escuchar las órdenes. ¡Pues eso ya está en todas partes!

—¡Qué cosas tienes! ¿Acaso se trata de eso? ¡Eso es una bagatela, un juguete infantil! Nadie tendrá que llevar nada encima. Aunque vaya desnudo. Habrá unas

ondas de radio invisibles, las llamadas biocorrientes, que influirán continuamente en ti, en tu conciencia. ¿Y cómo podrás evitarlo?

—¿Conque es así?

—¡Pues qué creías! El hombre lo hará todo a tenor de un programa del centro. Le parecerá que vive y actúa por sí mismo, por su propia voluntad, y en realidad lo hará por una indicación de arriba. Y todo siguiendo un riguroso orden. Si necesitan que cantes, te enviarán una señal y cantarás. Si necesitan que bailes, la señal y bailarás. Si necesitan que trabajes, trabajarás, ¡y de qué manera! El robo, el gamberrismo, la criminalidad, todo se olvidará, y sólo podrás leer sobre ello en los viejos libros. Porque todo estará previsto en la conducta del hombre: todos sus actos, todos sus pensamientos, todos sus deseos. Por ejemplo, ahora hay en el mundo una explosión demográfica, es decir, la gente se reproduce muchísimo y no hay suficiente comida. ¿Qué hay que hacer? Limitar la natalidad. Sólo tendrás trato con tu mujer cuando te den la señal para ello partiendo de los intereses de la sociedad.

—¿Los altos intereses? —precisó no sin sarcasmo Dlínnny Edilbái.

—Precisamente, los intereses del Estado están por encima de todo.

—¿Y si al margen de esos intereses tengo ganas de eso con mi mujer, o de alguna otra cosa?

—Edilbái, querido, no conseguirás nada. Ese pensamiento no te pasará por la cabeza. Imagínate la mujer más hermosa que puedas y no se te moverá ni el ojo. Pues te conectarían biocorrientes negativas. De manera que también en este asunto impondrían un orden perfecto. Puedes estar seguro. O tomemos, por ejemplo, el oficio militar. Si hay que entrar en fuego, se va al fuego, si hay que tirarse en paracaídas, sin parpadear, si hay que estallar con una mina atómica bajo un tanque, de acuerdo, al momento. ¿Por qué?, me preguntaréis. Porque se ha conectado la biocorriente de la intrepidez y listos: el hombre no sentirá temor alguno... ¡Por eso!

—¡Oh, qué manera de mentir! ¡Qué cosas dices! ¿Qué te han enseñado en tantos años? —se asombró sinceramente Edilbái.

Los asistentes se reían abiertamente, se agitaban, movían la cabeza como diciendo: «Cómo miente el joven», pero por otra parte continuaban escuchando, decía diabluras, pero eran interesantes, inauditas, aunque todos comprendían que se había embriagado más de la cuenta bebiendo vodka con *shubat*, por lo que no había que pedirle cuentas, que charlara cuanto quisiera. Aquel hombre había oído algo en alguna parte, y no valía la pena romperse la cabeza para averiguar qué era verdad y qué mentira. Sin embargo, Yediguéi se sintió verdaderamente aterrorizado: no graznaba porque sí aquel charlatán, y se sintió inquieto, porque en efecto había leído algo de eso en alguna parte, o lo había oído de refilón, pues siempre se enteraba al vuelo de dónde había algo malo. «¿Y si efectivamente existiera una gente así, unos grandes científicos que realmente ansiaran dirigimos como si fueran dioses?»

Sabitzhán iba soltando frases sin freno, puesto que le escuchaban. Sus pupilas se ensanchaban bajo las veladas gafas como los ojos del gato en la oscuridad y no

cesaba de aplicar los labios ora al vodka ora al *shubat*. Contaba gesticulando un cuento sobre no sé qué triángulo de las Bermudas, en el océano, donde los barcos desaparecían misteriosamente y los aviones que sobrevolaban aquellos parajes se perdían en lugares desconocidos.

—Había un hombre en nuestra región que hizo cuanto pudo por ir al extranjero. ¡No sé qué tiene de particular! Bueno, pues fue por su cuenta y riesgo. Desbancó a los demás y voló a no sé dónde por encima del océano, no sé si a Uruguay o a Paraguay, y listos. Justo encima del triángulo de las Bermudas el avión desapareció como si nunca hubiera existido. ¡Dejó de existir, eso es todo! Así que, amigos, para qué suplicarle a alguien, para qué conseguir el permiso, para qué desbancar a otros, también podemos pasar sin triángulos de las Bermudas viviendo en nuestra propia tierra y con nuestra propia salud. ¡Bebamos por nuestra salud!

«¡Ya está en marcha! —se dijo interiormente Yediguéi—. Ahora nos va a recordar su cuento preferido. ¡Qué castigo! ¡Así que bebe, pierde los frenos!» Y así fue.

—¡Bebamos por nuestra salud! —repitió Sabitzhán contemplando a los asistentes con una mirada turbia e inestable, pero esforzándose por dar a su rostro una expresión de significativa importancia—. Y nuestra salud es la riqueza más grande de nuestro país. O sea, que nuestra salud es un valor estatal. ¡Así es! ¡No somos gente tan sencilla, somos ciudadanos del Estado! Y quería decir también...

Bruscamente, Burani Yediguéi se levantó de su sitio sin esperar a que terminara de pronunciar aquel brindis y salió de la casa. Hizo retumbar algo en la oscuridad del porche, un cubo vacío, o algo que se le metió entre las piernas, encontró al paso sus botas, que mientras se habían enfriado al aire libre, y se fue a casa amargado e irritado.

«¡Ay, pobre Kazangap! —gimió silenciosamente mientras se mordía disgustado los bigotes—. Pero eso qué es: la muerte ya no es la muerte, ni la pena una pena. ¡Allí está sentado, bebiendo como en una velada, sin que nada le importe! Se ha inventado este endiablado cuento, la salud del Estado, y así cada vez. Bueno, Dios quiera que mañana todo salga a pedir de boca, y así que lo hayamos enterrado y que hayamos realizado el primer convite funerario, ya no va a poner más los pies aquí, nos libraremos de él, ¿de qué utilidad puede ser para nadie, y quién puede serle útil a él?»

De todos modos, se había quedado un tiempo más que regular en casa de Dlínnny Edilbái. Era ya casi medianoche. Yediguéi respiró a pleno pulmón el frío aire nocturno de Sary-Ozeki. El tiempo prometía ser, como siempre, claro y seco, y bastante caluroso. Siempre era así. De día hacía calor y de noche un frío que atería los huesos. Por eso había una estepa seca en derredor: la vegetación difícilmente podía adaptarse. De día, las plantas tienden al sol, se abren, tienen sed de humedad, y de noche las fustigaba el frío. Y sólo quedan aquellas que son capaces de sobrevivir. Diferentes plantas espinosas, en gran parte ajenjo, y en las márgenes de los barrancos mechones de diferentes hierbas que se pueden segar como heno. A veces, el geólogo Elizárov, antiguo amigo de Burani Yediguéi, contaba, o más bien pintaba el cuadro de

otra época, cuando había allí una riqueza herbórea, el clima era diferente y llovía tres veces más. Bueno, estaba claro que por ello la vida también era distinta. Rebaños, hatos y manadas vagaban por Sary-Ozeki. Seguramente, habría sido hacía muchísimos años, antes de que aparecieran allí los más feroces extranjeros, los zhuanzhuan, de los que se había perdido todo rastro a través de los siglos y solamente había quedado la fama. De otro modo, no habría podido instalarse en la estepa tanta gente. No en vano Elizárov decía: «Sary-Ozeki es el libro olvidado de la historia de la estepa...». Consideraba que la historia del cementerio de Ana-Beit tampoco era casual. Algunos son eruditos y sólo reconocen como historia lo que figura escrito en un papel. ¿Y si en aquellas épocas todavía no se escribían libros? ¿Qué hacer entonces?

Al poner atención a los trenes que pasaban por el apartadero, Yediguéi, por extraña analogía, recordaba las tempestades del mar de Aral, en cuyas orillas había nacido, crecido y vivido hasta la guerra. Kazangap era también un kazajo del Aral. Por eso se hicieron tan amigos cuando se encontraron en el ferrocarril. A menudo, en Sary-Ozeki, añoraban su mar, y poco antes de la muerte de Kazangap fueron los dos al Aral; fue como si el anciano hubiera ido a despedirse del mar. Habría sido mejor no haber ido. Era solamente ruina. Por lo visto, el mar se había ido; el Aral desaparecía, se secaba. Recorrieron unos diez kilómetros por el antiguo cauce, una desnuda tierra arcillosa, hasta llegar a la orilla del mar. Y entonces Kazangap dijo: «La tierra valía lo que valiera el mar de Aral. Ahora éste se seca. Para qué hablar de vida humana aquí». Y también dijo entonces: «Entiérrame en Ana-Beit, Yediguéi. ¡El mar y yo nos vemos por última vez!».

Burani Yediguéi se enjugó con la manga una lágrima que le asaltaba, carraspeó para que no le quedara en la garganta aquella mísera ronquera y se dirigió a la choza de Kazangap, donde velaban Aizada, Ukubala y algunas otras mujeres. Las mujeres de Boranly habían ido allí una después de otra, dejando el trabajo, para estar juntas y ayudar en lo que se necesitara.

Al pasar junto al cercado, Yediguéi se detuvo un instante ante la estaca clavada en el suelo junto a la que permanecía *Karanar*, preparado, ensillado y revestido con la manta de las borlas. A la luz de la luna, el animal parecía enorme, poderoso e imperturbable como un elefante. Yediguéi no pudo contenerse y le dio unas palmaditas en los flancos.

—¡Pero qué fuerte eres!

Ya en el umbral de la puerta, Yediguéi recordó sin saber por qué, incluso sin comprender el motivo, la noche anterior. Cómo se había acercado al ferrocarril la zorra de la estepa, cómo él no se había atrevido y había abandonado la idea de arrojarle una piedra, y cómo después, cuando iba para su casa, despegó del cosmódromo, a lo lejos, una flamígera nave que partía hacia el negro abismo...

CAPÍTULO III

En aquella hora, en el océano Pacífico, en sus amplios espacios del norte, eran ya las ocho de la mañana. Un tiempo cegadoramente soleado se difundía en infinita luz sobre una inabarcable calma, centelleante y majestuosa. Fuera de agua y cielo, no existía nada más en aquellos parajes. Sin embargo, precisamente allí, a bordo del portaviones *Conventsia*, se estaba desarrollando un drama mundial que nadie conocía fuera de los límites de la nave, un drama relacionado con un caso inaudito en la historia de la conquista del cosmos, algo sucedido en la estación orbital soviético-norteamericana *Paritet*.

El portaviones *Conventsia* —sede del estado mayor estratégico-científico del Centrun para el programa espacial conjunto «Demiurg»—, que por la causa mencionada había interrumpido inmediatamente toda relación con el mundo circundante, no había cambiado el lugar de su continua ubicación al sur de las islas Aleutianas, en el océano Pacífico. Por el contrario, aún había ajustado más sus coordenadas en esa zona para conseguir una distancia rigurosamente igual, por aire, con respecto a San Francisco y a Vladivostok.

También se habían producido algunos cambios en el propio barco científico. Por indicación de los copresidentes generales del programa, un estadounidense y un soviético, los dos operadores de turno en el bloque de enlace cósmico, un estadounidense y un soviético, que habían recibido la información sobre el extraordinario suceso ocurrido en la *Paritet*, habían sido incomunicados provisionalmente de manera rigurosa, para evitar que se filtraran noticias sobre lo sucedido...

El personal del *Conventsia* fue sometido al régimen de estado de alarma, aunque el barco no tenía un destino militar y ni mucho menos un armamento, y gozaba del estatus de inmunidad internacional por decisión especial de la ONU. Era el único portaviones no militar en todo el mundo.

A las once se esperaba la llegada al *Conventsia*, con un intervalo de cinco minutos, de sendas comisiones responsables de ambos bandos revestidas de indiscutibles poderes para tomar las decisiones extremas y las medidas prácticas que creyeran indispensables para la seguridad de sus países y de todo el mundo.

Así, pues, el portaviones *Conventsia* se encontraba en aquel momento en mar abierto al sur de las Aleutianas, a una distancia rigurosamente igual de Vladivostok y de San Francisco. La elección de aquel lugar no había sido casual. Esta vez se manifestaba con especial evidencia, como nunca se hiciera antes, la original perspicacia y previsión de los creadores del programa «Demiurg», pues incluso la ubicación del barco donde se ponía en práctica el plan de investigación planetológica, elaborado conjuntamente, reflejaba el principio de plena igualdad, de absoluta

paridad en los principios que regían esta colaboración internacional técnico-científica única.

El portaviones *Conventsia*, con todo su instrumental y equipo, con todas sus reservas energéticas, pertenecía por partes iguales a ambos bandos y venía a ser, de esta manera, el barco cooperativa de los Estados socios. Estaba en enlace directo y simultáneo por radio, teléfono y televisión con los cosmódromos de Nevada y de Sary-Ozeki. En el portaviones tenían su base ocho aviones a reacción, cuatro de cada bando, que realizaban continuamente todos los transportes y traslados que necesitaba el Centrun en sus diarias relaciones con los continentes. El *Conventsia* tenía dos paritet-capitán, uno soviético y otro estadounidense: el paritet-capitán 1-2, y el paritet-capitán 2-1; cada uno de ellos asumía la jefatura al entrar de guardia. De igual modo, toda la tripulación de la nave estaba duplicada: los ayudantes del paritet-capitán, los pilotos, los mecánicos, los electricistas, los marineros, los camareros...

La estructura del personal técnico-científico del Centrun en el *Conventsia* se había organizado siguiendo el mismo sistema. Empezando por los directores generales del programa por ambos bandos —los jefes paritet-planetólogos 1-2 y 2-1— todos los subsiguientes científicos de todas las especialidades habían sido correspondientemente duplicados, representando en igual grado a ambos bandos. Por ello, también la estación cósmica, que se encontraba en la órbita «Tramplin», la más alejada del globo terráqueo que jamás se hubiera utilizado, se llamaba *Paritet*, reflejando la esencia de las relaciones mutuas en la tierra.

Como es natural, todo esto fue precedido por grandes y variados trabajos de preparación: científicos, diplomáticos y administrativos por parte de ambos Estados. Se necesitaron no pocos años para que, después de innumerables encuentros y reuniones, ambas partes llegaran a un acuerdo sobre todas las cuestiones generales y particulares del programa «Demiurg».

Este programa se planteaba la más colosal de las tareas en el campo de los problemas cosmológicos del siglo: estudiar el planeta Iks con el objeto de aprovechar sus recursos minerales, que encerraban inauditas —a escala terrestre— reservas de energía interna. Un centenar de toneladas de mineral de Iks, que se encontraba casi libremente sobre la superficie de este cuerpo estelar, podía, tras la pertinente elaboración, liberar una energía interna igual a la que necesitaría toda Europa, en forma de electricidad y calor, en todo un año. Tal era la naturaleza energética de la materia en Iks, surgida en condiciones especiales de la galaxia, bajo la acción de una prolongada evolución planetaria en el curso de muchos miles de millones de años. Lo atestiguaban las muestras de mineral traídas más de una vez por aparatos cósmicos de la superficie de Iks, y lo mismo decían los resultados de las expediciones que habían realizado varias incursiones breves a este rojo planeta de nuestro sistema solar.

El factor decisivo a favor del proyecto de conquista de Iks fue algo que no existía en ningún otro planeta conocido de la ciencia, incluidos la Luna y Venus: la presencia de agua libre en las entrañas de un planeta aparentemente desierto como Iks. La

indiscutible existencia de agua se había comprobado con muestras de perforación. Según los cálculos de los científicos, bajo la superficie de Iks podía encontrarse una capa de agua de un espesor de varios kilómetros retenida en estado inalterable por unas capas inferiores de fría materia pétreo.

La existencia de esta enorme cantidad de agua en la estrella Iks aseguraba el carácter real del programa «Demiurg». En ese caso, el agua no era sólo una fuente de humedad sino también la materia prima para sintetizar otros elementos indispensables para la conservación de la vida y para el normal funcionamiento del organismo humano en las condiciones de otro planeta, y ante todo el aire para la respiración. Además, desde el punto de vista de la producción, el agua jugaba un papel fundamental en la teoría de la flotación primaria del mineral de Iks antes de ser cargado en los contenedores transcósmicos.

Estaba en estudio la cuestión de cómo transformar la energía de Iks: si en estaciones orbitales cósmicas para luego transmitirla a la Tierra a través de órbitas geosincrónicas, o bien directamente en la misma Tierra. El tiempo aún no apremiaba.

Se estaba preparando ya una gran expedición para el desembarco, por largo tiempo, de grupos de perforadores e hidrólogos a los que correspondería montar un conducto continuo, automáticamente controlado, que llevara un chorro de agua desde las entrañas de Iks a un sistema de cañerías. La estación orbital *Paritet* era, utilizando la terminología de los alpinistas, el principal campamento base en el camino hacia Iks. En la *Paritet* se habían instalado ya las necesarias construcciones para el amarre, carga y descarga de las «lanzaderas» de transporte que recorrerían el trayecto entre Iks y la *Paritet*. Con el tiempo, la construcción adicional de unos bloques, podrían instalarse en la *Paritet* más de cien personas en condiciones muy confortables, incluyendo la continua recepción de las transmisiones televisivas de la Tierra.

En esta gran empresa cósmica, la obtención y el análisis del agua de Iks iba a ser el primer acto de actividad productiva realizado por el hombre fuera de los límites de su planeta...

Y se acercaba el día. Todo llevaba a ello...

En los cosmódromos de Nevada y de Sary-Ozeki se llevaban a cabo los últimos preparativos para la operación hidrotécnica en Iks. La *Paritet*, que se encontraba en la órbita «Tramplin», estaba preparada para recibir y reexpedir a Iks al primer grupo operativo de colonos cósmicos.

En esencia, la Humanidad contemporánea se hallaba en el umbral de su civilización extraterrena...

Y precisamente en ese momento, en la víspera del envío del primer grupo de hidrólogos a Iks, los dos paritet-cosmonautas que se encontraban en la órbita «Tramplin», en guardia cósmica de larga duración sobre la *Paritet*, desaparecieron sin dejar rastro...

Dejaron súbitamente de responder a cualquier señal, ni a la hora de las sesiones de enlace establecidas, ni en cualquier otro momento. La impresión era deprimente:

excepto los transmisores, que señalaban continuamente la ubicación de la estación y el canal para corregir su movimiento, todos los demás sistemas de enlace radiotelevisivo estaban inactivos.

Pasaba el tiempo. La *Paritet* no respondía a ninguna interpelación. La inquietud en el *Conventsia* iba en aumento. Se formularon toda clase de pronósticos y suposiciones. ¿Qué había pasado con los paritet-cosmonautas? ¿Cuál era el motivo de su silencio? ¿Habrían caído enfermos, se habrían envenenado con algún alimento impropio? Por lo menos, ¿estaban vivos?

Finalmente, se utilizó el último medio: se conectó la señal del sistema de alarma general contra incendios en la estación orbital. No hubo señal alguna en respuesta a esta aterrizadora acción.

Un grave peligro pendía sobre el programa «Demiurg». Y entonces, el Centrun del *Conventsia* recurrió a su última posibilidad para esclarecer la situación. Se enviaron a la *Paritet*, como emergencia para ensamblarse con ella, dos naves cósmicas con dos cosmonautas: uno desde el cosmódromo de Nevada y otro desde el de Sary-Ozeki.

Cuando se realizó el ensamblaje sincronizado, lo que resultó una empresa sumamente difícil, la primera noticia de los cosmonautas que habían penetrado en la *Paritet* fue pasmosa: después de recorrer todas las cabinas, los laboratorios, los pisos, todo, hasta el último rincón, declararon que no habían encontrado a los paritet-cosmonautas en la estación orbital. No estaban, ni vivos ni muertos...

A nadie se le había ocurrido algo semejante. Ninguna imaginación era capaz de suponer qué había sucedido, dónde se habían metido de pronto los dos hombres que se encontraban desde hacía más de tres meses en la estación orbital y que hasta entonces habían ejecutado con precisión todas las funciones que se les había encomendado. ¡No se habrían evaporado! ¡No habrían salido al cosmos!

La inspección de la *Paritet* se efectuó con enlace radiotelevisivo directo con el *Conventsia* y con la participación directa de ambos copresidentes generales, jefes de los paritet-planetólogos. Se veía muy bien en las muchas pantallas del Centrun cómo los cosmonautas charlaban y pasaban flotando en la ingravidez por todos los bloques y estancias de la estación orbital. Examinaban la estación paso a paso informando al mismo tiempo de sus observaciones. Esta conversación se registró en cinta magnetofónica:

PARITET. ¿Lo observáis? En la estación no hay nadie. No encontramos a nadie.

CONVENTSIA. ¿Hay rastro de objetos destrozados, de alteraciones o roturas en la estación?

PARITET. No. Todo parece estar como es debido, en orden. Todo está en su sitio.

CONVENTSIA. ¿Habéis visto algún rastro de sangre?

PARITET. Absolutamente no.

CONVENTSIA. ¿Dónde se encuentran, y en qué estado, los objetos personales de los paritet-cosmonautas?

PARITET. Pues parece que todo está en su sitio.

CONVENTSIA. ¿Y qué más?

PARITET. Da la impresión de que han estado aquí hace muy poco. Los libros, el reloj, el tocadiscos y todas las demás cosas están en su sitio.

CONVENTSIA. Muy bien. ¿No hay ninguna nota en alguna parte, en la pared o en un papel?

PARITET. No hemos visto nada de eso. Aunque, ¡esperad! El diario de a bordo está abierto con una larga anotación. Para que no flote en la ingravidez, el diario está sujeto con unas pinzas, con las páginas abiertas de cara a quien vaya a entrar...

CONVENTSIA. ¡Leed lo que haya escrito!

PARITET. En seguida lo intentamos. Son dos textos en dos columnas paralelas, uno en idioma ruso y otro en inglés...

CONVENTSIA. ¡Leed! ¡A qué esperáis!

PARITET. Título: «Mensaje a los terrícolas». Y entre paréntesis, una nota explicativa.

CONVENTSIA. Stop. No lo leáis. Se interrumpe la sesión de enlace. Esperad. Dentro de cierto tiempo os llamaremos de nuevo. Estad preparados.

PARITET. ¡Okey!

En este punto, la conversación entre la estación orbital y el Centrun quedó interrumpida. Después de consultarse mutuamente, los copresidentes generales del programa «Demiurg» rogaron que todo el mundo, excepto los dos paritet-operadores de turno, abandonaran el bloque del enlace cósmico. Sólo después de ello se restableció la sesión de enlace a dos bandas. He aquí el texto que dejaron los paritet-cosmonautas de la órbita «Tramplin»:

«Distinguidos colegas: Como sea que abandonamos la estación orbital *Paritet* en circunstancias sumamente extraordinarias, por un tiempo indeterminado que será posiblemente infinitamente largo, pues todo dependerá de una serie de factores relacionados con una iniciativa nuestra sin precedentes, consideramos nuestro deber explicar los motivos de este acto.

»Somos perfectamente conscientes de que nuestra acción parecerá indudablemente no sólo inesperada sino, como es natural, inaceptable desde el punto de vista de una disciplina elemental. Sin embargo, el hecho excepcional con que hemos tropezado a bordo de la estación orbital y en el cosmos, un hecho al que sería difícil imaginar nada parecido en toda la historia de la cultura de la Humanidad, nos permite contar por lo menos con la comprensión...

»Hace cierto tiempo empezamos a captar —entre la infinita multitud de radioimpulsos que proceden del cosmos circundante, y en considerable grado también de la ionosfera terrestre, saturada de interminables ruidos e interferencias— una señal de radio, dirigida, en la franja de onda corta. Esta señal, que era también de muy poca amplitud y por lo tanto fácilmente destacable, se dejaba sentir regularmente, siempre a la misma hora y con los mismos intervalos. Al principio no le prestamos una

atención especial. Pero el radioimpulso continuó dando razón de su existencia insistentemente partiendo de forma sistemática de un mismo punto del universo, orientándose rigurosamente, a juzgar por lo visto, hacia nuestra estación orbital. Ahora lo sabemos de fijo: estas radioondas, artificialmente dirigidas, llegaban al éter ya antes, mucho antes, de nuestro turno en el cosmos, pues la *Paritet* se encuentra en la órbita “Tramplin”, en el lejano cosmos, hace ya más de año y medio. Sería difícil explicar por qué razón, seguramente por pura casualidad, hemos sido los primeros en interesarnos por la emisión de esta señal desde el universo. Sea como sea, empezamos a observar, a registrar, a estudiar la naturaleza del fenómeno, y gradualmente, cada vez más convencidos, llegamos a la conclusión de que su origen era artificial.

»Pero no nos acostumbramos tan pronto a esa idea. Durante todo este tiempo, las dudas no nos abandonaban. ¿Cómo podíamos afirmar la existencia de una civilización extraterrestre apoyándonos sólo en el hecho artificial —así lo suponíamos nosotros— de unas señales de radio que partían de las profundidades ignotas del universo? Nos contenía la circunstancia de que todos los anteriores intentos de la ciencia, que se emprendieron repetidas veces a partir de tareas mínimas —descubrir por lo menos alguna señal de vida, en su forma más simple, aunque fuera en los planetas inmediatos— fueron, como es sabido, desalentadoramente infructuosos. La búsqueda de inteligencias extraterrestres se consideraba algo poco serio, y más tarde simplemente irreal, un trabajo utópico, ya que a cada paso que se daba en la investigación de los espacios cósmicos, las probabilidades eran cada vez menores, incluso en el plano teórico, por no decir que se reducían prácticamente a cero. No nos atrevimos a comunicar nuestras suposiciones. No nos disponíamos a refutar la idea, afirmada en todas partes, del carácter único y sin precedentes del fenómeno de la vida atribuido sólo al planeta Tierra. No consideramos necesario compartir nuestras dudas a este respecto por cuanto el programa de nuestras obligaciones laborales en la estación orbital no contemplaba este género de observaciones. Hablando sinceramente, además de todo lo expuesto, no queríamos encontrarnos en la situación de aquel cosmonauta que sufrió una alucinación y creyó oír un mugido y ver un prado junto a un río con un rebaño de vacas pastando en él, y a quien desde entonces llamaron “el cosmonauta vacuno”.

»Y cuando otro suceso fue la última prueba de la existencia de vida inteligente en el universo, aparte de la terrena, para nosotros ya era tarde. Sufrimos un salto en el conocimiento, un cambio radical, una transformación en nuestras ideas sobre la estructura del mundo y de pronto descubrimos que estábamos pensando en base a unas categorías completamente diferentes de las de antes. Desde el punto de vista cualitativo, el nuevo enfoque de la estructura del universo, el descubrimiento de un nuevo espacio habitado, la existencia de otro poderoso foco de energía mental, nos llevaron a la conclusión de que de momento era indispensable abstenerse de

comunicar nuestro descubrimiento a partir de nuevos conceptos de preocupación por la Tierra. Llegamos a esta decisión en interés de la propia sociedad contemporánea.

»Vamos ahora a la esencia del asunto. Cómo sucedió.

»Por curiosidad, un día decidimos enviar una radioseñal de respuesta, aproximadamente en el mismo espectro de frecuencias, orientándola hacia aquel punto del universo de donde fluían continuamente los enigmáticos y regulares radioimpulsos. *¡Se produjo un milagro! ¡Nuestra señal fue captada inmediatamente! ¡Fue captada y comprendida!* Como respuesta, en nuestra banda de frecuencia empezó a funcionar otra armónica junto con la primera señal, y luego otra más; era un trío de bienvenida, tres radioseñales sincronizadas procedentes del universo durante varias horas seguidas que, como una marcha triunfal, traían el entusiasta mensaje de unos seres inteligentes situados fuera de nuestra galaxia, poseedores de una alta capacidad de contacto con sus semejantes a ultralejanas distancias. Era la revolución de nuestras ideas sobre la biología cósmica, de nuestros conocimientos sobre la estructura del tiempo, del espacio, de la distancia... ¿Sería posible que ya no estuviéramos solos en el mundo, que no fuéramos los únicos de nuestra especie en la inimaginable infinitud desierta del universo, que la experiencia del hombre en la Tierra no fuera la única conquista del espíritu en el universo?

»Para comprobar la certeza del descubrimiento de una civilización extraterrestre, enviamos una radioseñal dirigida con la fórmula de la masa del globo terráqueo, de donde surgió inicialmente nuestra vida y donde todavía ésta habita. Como respuesta recibimos un texto en clave: a su vez nos enviaban una fórmula más o menos igual de la masa de su planeta. Por ella sacamos la conclusión de que ese planeta habitado tenía unas proporciones suficientemente grandes y una fuerza de gravedad completamente aceptable.

»De esta manera, intercambiamos los primeros conocimientos de las leyes físicas, así, pues, entramos por primera vez en contacto con extraterrestres inteligentes.

»Ellos resultaron ser unos activos colaboradores en el sentido de profundizar y acercar nuestros enlaces. Gracias a sus esfuerzos, nuestros contactos se saturaron rápidamente de nuevo contenido. Pronto supimos que disponían de aparatos voladores cuya velocidad de movimiento era igual a la velocidad de la luz. Estas y otras cosas las supimos gracias a encontrarnos en estado de intercambiar pensamientos; primero lo hicimos por medio de fórmulas matemáticas y químicas, pero luego nos dieron a entender que también podían hablar. Se puso en claro que durante muchos años, desde que los terrícolas salieron al cosmos venciendo la fuerza de gravedad de la Tierra y empezaron a habitarlo de forma estable, ellos estudiaban nuestros idiomas por medio de un poderoso sistema de aparatos audioastronómicos que escuchaban profundamente toda la galaxia. Al captar un enlace sistemático por radio entre el cosmos y la Tierra, se las ingenieron, a base de superposiciones y análisis, para descifrar el sentido de nuestras palabras y frases. Y nos convencimos de

ello cuando intentaron entenderse con nosotros en inglés y en ruso. Para nosotros fue otro descubrimiento increíble y apabullante...

»Y ahora vayamos a lo principal. Nos hemos atrevido a visitar este planeta de civilización extraterrestre. El Pecho Forestal, así nos descifraron aproximadamente el nombre de su planeta. Los pechianos nos invitaron, fue idea suya. Y nosotros, después de maduras reflexiones, decidimos ir. Nos explicaron que su aparato volador, que logra alcanzar la velocidad de la luz, llegaría a nuestra estación orbital en veintiséis o veintisiete horas. Los pechianos se comprometieron a devolvernos al punto de partida en ese mismo tiempo así que nosotros lo deseáramos. A nuestra pregunta referente al ensamblaje respondieron que no era problema pues el aparato volador pechiano tiene la propiedad de ensamblarse herméticamente con cualquier objeto de cualquier configuración y construcción. Esta debe de ser, seguramente, alguna propiedad del ensamblaje electromagnético. Decidimos que lo mejor para nosotros, si su aparato volador se ensamblaba con nuestra cabina, sería salir al cosmos y trasladarnos por allí hasta ellos desde la estación orbital. Tenemos intención de regresar por el mismo procedimiento, eso, claro está, si el viaje a Pecho Forestal termina felizmente...

»Así, pues, dejamos a bordo de la estación *Paritet* nuestro mensaje, o si se quiere nuestra nota explicativa, nuestra carta abierta, nuestra llamada... No es eso lo importante... Sabemos a lo que vamos y el peso de responsabilidad que hemos cargado sobre nuestras espaldas. Somos conscientes de que el destino ha creído conveniente ofrecernos precisamente a nosotros la posibilidad de oro de prestar semejante servicio a la Humanidad, por encima de la cual nada reconocemos...

»Y sin embargo, lo más doloroso para nosotros fue superar el sentimiento del deber, de la obligación, en una palabra, de la disciplina... Todo aquello que nos han inculcado las antiguas tradiciones, las leyes y las normas sociales de moral. Si abandonamos la *Paritet* sin ponerlos en antecedentes a vosotros, los jefes del Centrun, ni a ningún otro terrícola, si no compaginamos nuestros objetivos y tareas con nadie de ninguna forma, no es porque rechazamos las normas de la vida social en la Tierra. Éste ha sido para nosotros un tema objeto de duras reflexiones. Nos vemos obligados a actuar así porque no es difícil imaginar qué estados de ánimo, qué contradicciones y qué pasiones van a encenderse apenas se pongan en movimiento las fuerzas que incluso en cada gol del hockey ven una victoria política y una superioridad de su sistema de Estado. Desgraciadamente, conocemos muy bien nuestra realidad terrestre. ¿Quién podría garantizar que la posibilidad de contactos con una civilización extraterrestre no va a convertirse en un motivo más de discordia en la Tierra?

»En la Tierra es difícil, o casi imposible, quedar al margen de la lucha política. Pero al encontrarnos por tiempo prolongado —muchos días y semanas— en el lejano cosmos, pensamos con dolor e impotente disgusto que la actual crisis energética, que ha llevado a la sociedad al frenesí, a la desesperación, y ha acercado a determinados

países al deseo de echar mano de la bomba atómica, no sería más que un grave problema técnico si todos estos países estuvieran en condiciones de llegar a un acuerdo sobre qué es lo más importante...

»Ante el temor de inquietar, de complicar la situación de los terrícolas, ya bastante preñada de peligros, nos hemos atrevido a cargar con una responsabilidad inaudita, la que supone presentarnos ante los portadores de inteligencia extraterrestre actuando en nombre de todo el género humano, de acuerdo con nuestras convicciones y nuestra conciencia. Esperamos, estamos seguros que llevaremos a cabo nuestra voluntaria misión con dignidad.

»Finalmente, en nuestras reflexiones, dudas y vacilaciones, nos preocupaba en no pequeño grado pensar que podíamos causar un perjuicio al programa “Demiurg”, a este grandioso comienzo de la historia geocósmica de la Humanidad, por el que han sufrido tanto nuestros países como resultado de largos años de desconfianza mutua, de flujos y reflujos de colaboración. Y sin embargo, en este caso triunfó la razón y nosotros hemos servido honestamente en la empresa común en la medida de nuestras fuerzas y capacidades. Pero al comparar una cosa con otra, y no deseando someter el programa “Demiurg” a pruebas por el estilo de los temores antes mencionados, hemos elegido nuestro plan: abandonaremos temporalmente la *Paritet* para, en cuanto regresemos, informar a la Humanidad de los resultados de nuestra visita al planeta Pecho Forestal. Si desaparecemos para siempre, o si nuestros superiores consideran que somos indignos de continuar nuestro turno en la *Paritet*, tampoco será tan difícil sustituirnos. Siempre se encontrarán los hombres necesarios, y no van a trabajar peor que nosotros.

»Nos vamos a lo desconocido. Nos lleva la sed de saber, y el eterno sueño del hombre de descubrir seres inteligentes semejantes a él en otros mundos para que así la inteligencia pueda unirse a la inteligencia. Sin embargo, nadie sabe qué encierra en sí misma la experiencia de una civilización extraterrestre: ¿un bien o un mal para la Tierra? Procuraremos ser objetivos en nuestras evaluaciones. Si presentimos que nuestro descubrimiento acarrea algo amenazador, algo destructivo para nuestra Tierra, nos comprometemos a actuar de forma que no podamos atraer ninguna desgracia sobre ella.

»Y ahora nos despedimos. Vemos por la ventanilla una parte de la Tierra. Resplandece como una refulgente piedra preciosa sobre el negro mar del espacio. La Tierra es increíblemente hermosa, de un azul nunca visto, y desde aquí parece tan frágil como la cabecita de un recién nacido. Desde esta distancia nos parece que todos cuantos habitan en el mundo son nuestros hermanos y hermanas, y que no nos atreveríamos a pensar en nuestra existencia sin ellos, aunque sabemos que en la propia Tierra esto dista mucho de ser así...

»Nos despedimos del globo terráqueo. Dentro de algunas horas tendremos que abandonar la órbita “Tramplin” y entonces la Tierra desaparecerá de nuestra vista.

Los extraterrestres pechianos ya se encuentran en camino cerca de nuestra órbita; pronto llegarán. Queda poquísimo tiempo. Los esperamos.

»Otra cosa. Dejamos una carta para nuestras familias. Rogamos encarecidamente a quien se ocupe de este asunto que las envíe a sus destinatarios...

»P.S. Informe para quienes vengan a la *Paritet* para sustituirnos. En el diario de a bordo hemos indicado el canal de emisión-transmisión y la frecuencia de onda para ponerse en contacto con los extraterrestres. En caso de necesidad nos comunicaremos con vosotros por ese canal y transmitiremos nuestros informes. Por lo que hemos podido averiguar, el único medio de enlace por radio con los pechianos es el sistema de a bordo de la estación orbital; las ondas dirigidas directamente a la Tierra no alcanzan su objetivo debido a una insuperable barrera: la potente esfera ionizada de la atmósfera que circunda al planeta.

»Eso es todo. Adiós. Ha llegado ya el momento.

»El texto idéntico de este mensaje se ha redactado en los dos idiomas, el inglés y el ruso.

»Paritet-cosmonauta 1-2

»Paritet-cosmonauta 2-1

»A bordo de la estación orbital *Paritet*.

»Tercer turno. 94 días».

Exactamente en el momento señalado, a las once, tiempo de Extremo Oriente, aterrizaron en las pistas del portaviones *Conventsia*, uno tras otro, dos aviones a reacción con las respectivas comisiones plenipotenciarias a bordo, la de los norteamericanos y la de los soviéticos.

Los miembros de las comisiones fueron recibidos siguiendo estrictamente el protocolo. Acto seguido se les comunicó que la comida se serviría a las doce y media. Inmediatamente después de la comida, las comisiones debían reunirse en la sala general para mantener una sesión a puerta cerrada sobre la extraordinaria situación de la estación orbital *Paritet*.

Pero esta sesión fue súbitamente interrumpida apenas comenzada. Los cosmonautas que se encontraban en la *Paritet* transmitieron al Centrun del *Conventsia* el primer informe que acababan de recibir de los paritet-cosmonautas 1-2 y 2-1 desde la vecina galaxia, desde el planeta Pecho Forestal.

CAPÍTULO IV

En estas tierras, los trenes van de oriente a occidente y de occidente a oriente...

Y a ambos lados del ferrocarril se encuentran, en éstas tierras, enormes espacios desérticos, el Sary-Ozeki, las tierras Centrales de las estepas amarillas.

En estas tierras, cualquier distancia se mide con relación al ferrocarril, como si fuera el meridiano de Greenwich...

Pero los trenes van de oriente a occidente y de occidente a oriente...

Dígase lo que se diga, el cementerio ancestral naimano de Ana-Beit no se encontraba a la vuelta de la esquina; estaba a treinta verstas, y eso si se iba siempre por instinto, por la vía directa a través de Sary-Ozeki.

Aquel día, Burani Yediguéi se levantó temprano. Además, no había dormido como es debido. Sólo dormitó un poco al amanecer. Antes había estado ocupado, preparando al difunto Kazangap. Normalmente, eso se hacía el día del entierro, poco antes del traslado, antes de los rezos generales o *dzhanaza* en la casa del difunto. Esa vez fue preciso hacerlo de noche la víspera del entierro, para poder emprender inmediatamente el camino hacia el cementerio por la mañana, sin retrasos. Hizo personalmente todo lo necesario, si exceptuamos que Dlínnny Edilbái llevó respetuosamente el agua para el lavado. Edilbái se mostraba un poco medroso, se mantenía apartado del cadáver. Era algo horrible, naturalmente, Yediguéi, como por casualidad, le dijo acerca de eso:

—Tú, ya ves, Edilbái, tendrías que fijarte. Te será útil en la vida. Mientras la gente nazca, también será preciso enterrarla.

—Pero si ya lo comprendo —respondió inseguro Edilbái.

—Pues a eso me refiero. Supongamos que mañana me muera. ¿No se encontrará a nadie que pueda vestirme? ¿Me empujaréis a una zanja cualquiera?

—¿Por qué íbamos a hacerlo? —se turbó Edilbái dando luz con la lámpara e intentando buscar un sitio junto al difunto—. Sin ti no sería interesante estar aquí. Es mejor que vivas. La zanja puede esperar.

Se empleó hora y media en vestir al difunto. Pero Yediguéi quedó satisfecho. Lavó bien el cadáver, colocó debidamente brazos y piernas, dio forma al blanco sudario y revistió correctamente con él a Kazangap sin ahorrar tela. Y al propio tiempo enseñó a Edilbái cómo había que dar forma al sudario. Luego, puso en orden su propia persona. Se afeitó esmeradamente, se recortó los bigotes. Tenía unos bigotes fuertes y densos, como también las cejas. Sólo que ya una mancha blanca iba a mezclarse con ellos. Había encanecido. Yediguéi no olvidó sus medallas de soldado, sus condecoraciones e insignias, que clavó y enganchó en la chaqueta preparándola para la mañana siguiente.

Así pasó la noche. Y Burani Yediguéi no salía de su asombro al considerar con qué sencillez y tranquilidad había hecho todo aquello. Si se lo hubieran contado antes

no se lo habría creído, no imaginaba tener tanta capacidad para realizar aquella fúnebre tarea. O sea, que estaba escrito: estaba destinado a enterrar a Kazangap. Era el destino.

Ahí estaba la cuestión. Quién habría podido pensarlo cuando se vieron por vez primera en la estación de Kumbel. Habían desmovilizado a Yediguéi, por haber sufrido una contusión, a finales del cuarenta y cuatro. Exteriormente, todo parecía estar en orden: tenía los brazos y las piernas en su sitio y la cabeza sobre los hombros, sólo que ésta no parecía la suya. Notaba un zumbido en los oídos, como un viento incesante. Caminaba unos pasos y se tambaleaba, la cabeza le daba vueltas, sentía náuseas y quedaba cubierto de sudor, unas veces frío, otras ardiente. Y a veces tampoco la lengua le obedecía, parecía como si hablar fuera un gran trabajo. La onda explosiva de un proyectil alemán le había zarandeado de lo lindo. Matar, no le había matado, pero vivir de aquella manera no tenía razón de ser. Yediguéi, en aquella época, estaba muy desmoralizado. Joven, de aspecto sano, ¿qué iba a hacer cuando volviera a su casa, en el mar de Aral? ¿Para qué serviría? Por suerte, su médico resultó de los buenos. Ni siquiera le puso en tratamiento, sólo le examinó, le auscultó y le exploró según recordaba ahora: aquel robusto campesino de rojo cabello, en bata y blanca gorra, de claros ojos y narigudo le dio unas alegres palmadas en la espalda y se echó a reír.

—Sabes qué, amigo —dijo—, la guerra terminará pronto, de otro modo volverías a tu unidad dentro de nada y aún volverías a combatir. Bueno, ya está bien. Ya nos arreglaremos para alcanzar la victoria sin ti. Pero no te quepa la menor duda: dentro de un añito, y puede que menos, todo funcionará bien, estarás sano como un toro. Eso es lo que te digo, recuérdalo después. Y ahora, prepárate y vete a casa. Y no te amilanes. Los hombres como tú viven cien años...

Aquel médico, de rojo cabello, por lo que se ve, sabía lo que decía. Y así sucedió. La verdad, era muy fácil decir aquello de «un añito». Pero cuando salió del hospital, con su arrugada guerrera, la mochila a la espalda y una muleta por lo que pudiera ser, caminaba por la ciudad como por un denso bosque. Zumbidos en la cabeza, temblores en las piernas, oscuridad en los ojos. Y a quién importaba en las estaciones, en los trenes: había muchísima gente, los fuertes subían y a él le daban de lado. Y sin embargo lo consiguió, llegó a su destino. Al cabo de un mes, aproximadamente, el tren se detuvo de noche en la estación de Aralsk. «El alegre quinientos siete» se llamaba aquel «famoso» tren, y no quiera Dios que nunca tenga nadie que viajar en tales trenes...

Pero entonces incluso con ése se contentó. Bajó a oscuras del vagón como de una montaña, se detuvo desconcertado, no se veía a su alrededor absolutamente nada, sólo en algunos puntos brillaban las luces de la estación. Hacía viento. Y fue el viento quien le dio la bienvenida. ¡Era su viento, su viento querido, el viento del Aral! El mar le dio en la cara. En aquella época estaba allí mismo, chapoteaba junto a la vía férrea. Y ahora no se le divisaba ni con anteojos...

Se le cortó la respiración: llegaba de la estepa el olor apenas perceptible de ajeno podrido, el perfume de la primavera que despertaba de nuevo en los amplios espacios de más allá del Aral. ¡Allí estaba de nuevo su querido terruño!

Yediguéi conocía muy bien la estación, la aldea adosada a la estación a orillas del mar con sus retorcidas callejuelas. El barro se le pegaba a las botas. Iba a casa de unos conocidos para pernoctar allí y salir por la mañana hacia el pueblecito de pescadores de Zhangueldi, su pueblo, situado a considerable distancia. Y ni se dio cuenta de que la callejuela le llevaba a un extremo del pueblo, a la misma orilla del mar. Entonces, Yediguéi no pudo contenerse y fue hacia el mar. Se detuvo junto a la chapoteante franja, sobre la arena. Oculto en la oscuridad, el mar se adivinaba por unos vagos destellos, por la cresta de las olas, que surgían como una ruidosa rúbrica para desaparecer inmediatamente. La luna era ya la que precede al amanecer: una solitaria mancha blanca tras una nube en las alturas.

Ya se habían encontrado, pues.

—Mis saludos, Aral —murmuró Yediguéi.

Luego se sentó en el borde de una piedra y encendió un cigarrillo aunque los médicos le habían aconsejado con insistencia que no fumara teniendo aquella contusión. Más tarde abandonó esa mala costumbre. Pero entonces estaba muy inquieto. Qué importaba el humo del tabaco, lo que no estaba claro era cómo iba a vivir. Para salir a la mar hay que tener fuertes los brazos y la cintura, y lo que es más importante, hay que tener fuerte la cabeza para no marearse en la barca. Antes de ir al frente era pescador, ¿y qué era ahora? No era un inválido, pero no servía para nada. Y sobre todo, su cabeza no servía para el arte de la pesca, eso estaba claro.

Yediguéi se disponía ya a levantarse cuando apareció en la orilla un perro blanco. Correteaba en un trotecillo por el borde del agua. A veces se detenía y husmeaba con aire ocupado la húmeda arena. Yediguéi lo llamó. El perro se acercó con desconfianza y se detuvo a su lado meneando la cola. Yediguéi le dio unas palmaditas en su velludo cuello.

—¿De dónde vienes, eh? ¿De dónde huyes? ¿Cómo te llamas? ¿Arstán? ¿Zholbars? ¿Boribasar?^[5]. ¡Ah, ah, ya entiendo! Buscas pescado por la orilla, ¿verdad? ¡Bravo, amigo, bravo! Claro que el mar no siempre arroja pescado muerto a tus pies. ¡Qué le vamos a hacer! Tendrás que correr mucho. Por eso estás tan flaco. Pues yo, amigo mío, vuelvo a casa. Desde Königsberg. Me faltó poco para llegar a esa ciudad; al final me dieron de tal manera con un proyectil, que a duras penas salvé la vida. Y ahora no dejo de pensar en qué voy a hacer. ¿Por qué me miras así? No tengo nada para ti. Sólo medallas y condecoraciones... Hay guerra, amigo, hambre por todas partes. Pero me das lástima, ea... Espera, aquí tengo unos caramelos de frutas que llevo para mi hijo; seguramente ya sabe andar...

Yediguéi no lo pensó dos veces, desató la flaca mochila en la que llevaba un puñado de caramelos envueltos en papel de periódico, pañuelo para su mujer, comprado en una estación del trayecto, y dos pedazos de jabón adquiridos igualmente

a especuladores. Había también en la mochila dos juegos de ropa interior de soldado, una correa, el gorro, una guerrera de repuesto y unos pantalones. Este era todo su equipaje.

El perro le tomó el caramelo de la mano, lo hizo crujir en la boca meneando la cola mirando atenta y devotamente, con unos ojos que brillaban esperanzados.

—Y ahora, adiós.

Yediguéi se levantó y echó a andar a lo largo de la orilla. Decidió no molestar a la gente de la estación, el amanecer estaba próximo, debía llegar a su pueblo sin más dilaciones.

Sólo a mediodía consiguió llegar a Zhangueldi, caminando siempre por la orilla del mar. Antes de la contusión habría recorrido aquella distancia en un par de horas. Y allí le sacudió una noticia terrible: su hijo hacía ya mucho tiempo que no estaba entre los vivos. Cuando movilizaron a Yediguéi, el pequeño tendría medio año. No era su destino vivir: murió a los once meses. Enfermó de sarampión y no pudo soportar la fiebre interna, ardió, se rompió. No quisieron escribir al padre, en el frente. ¿Adónde escribir? ¿Para qué hacerlo? El pan ya es bastante amargo en la guerra sin necesidad de eso. Si volvía con vida ya se enteraría, se apenaría y sufriría, razonaron a su manera los parientes y aconsejaron a Ukubala que no se lo comunicara. «Sois jóvenes —dijeron—, cuando termine la guerra tendréis más hijos, si Dios quiere. Que se haya roto una rama no es desgracia, lo importante es que el tronco del plátano haya quedado indemne». Y también hubo otros razonamientos que no se dijeron en voz alta, pero que estuvieron en la mente de todos: si ocurría algo, pues la guerra es la guerra, si lo abatía una bala, que por lo menos en el último momento pudiera despedirse de este mundo con una esperanza, la de que en su casa quedaba un brote, que no se interrumpía su estirpe...

Pero Ukubala se culpaba sólo a sí misma. Se deshacía en llanto abrazando al marido recién llegado. Había esperado aquel día con una esperanza y un dolor inagotables, desfalleciendo en una atormentadora espera plena de sensación de culpabilidad. Contó, llena de lágrimas, que las ancianas la habían prevenido al instante: «El niño tiene el sarampión —habían dicho—, es una enfermedad pérfida, hay que envolver al niño lo mejor posible, con una manta acolchada con pelo de camello, mantenerlo en completa oscuridad y darle a beber siempre agua fría, y entonces será lo que Dios quiera, si soporta la fiebre, sobrevivirá». Y ella, desgraciada *beibak*^[6], no escuchó a las ancianas de la aldea. Pidió la carreta a los vecinos y llevó el niño enfermo a la doctora de la estación. Y cuando llegó a Aralsk en la traqueteante carreta ya era demasiado tarde. El pequeño se consumió por el camino. La doctora la reprendió como no cabe imaginar. «Debiste escuchar a las ancianas», le dijo.

Éstas fueron las noticias que esperaban a Yediguéi en su casa y que conoció apenas atravesó el umbral. A partir de aquel momento quedó como petrificado, lleno de dolor. Nunca había supuesto que pudiera echar de menos con tanta fuerza a su

pequeñajo, a su primogénito, al que en realidad no había casi ni acunado. Y por ello era aún más dolorosa la conciencia de su pérdida. No podía olvidar aquella sonrisa infantil, sin dientes, confiada, clara, cuyo recuerdo hizo sufrir por largo tiempo a su corazón.

Empezó con esto. El pueblo se le hizo odioso. En otro tiempo, allí, en las arcillosas pendientes de la ribera, había medio centenar de casas. Pescaban los peces del Aral. Había una cooperativa. Y así vivían. Y ahora no quedaba más que una aldea de chozas bajo el despeñadero. No había ningún hombre, a todos los había barrido completamente la guerra. A pequeños y mayores sin excepción. Muchos de ellos se habían dispersado por otras aldeas koljosianas, o de cría de ganado, para no morir de hambre. La cooperativa se había deshecho. No había nadie para salir al mar. Ukubala también habría podido marcharse a su casa natal, pertenecía a uno de los pueblos de la estepa. Vinieron a buscarla sus parientes y querían llevársela a casa. «En nuestra casa —dijeron— dejarás pasar los años malos, y cuando Yediguéi vuelva del frente volverás en seguida a tu pueblo pescador de Zhangueldi». Pero Ukubala se negó en redondo. «Esperaré a mi marido. He perdido a mi hijito. Si vuelve, que por lo menos encuentre a su esposa esperándole. No estoy sola aquí, hay viejos y niños, los ayudaré y viviremos con el esfuerzo de todos».

Actuó acertadamente. Pero Yediguéi empezó a decir desde los primeros días que no podía soportar la idea de continuar allí, junto al mar, sin hacer nada. En eso tenía razón. Los parientes de Ukubala, que fueron a visitar a Yediguéi, le propusieron que se trasladaran a su pueblo. «Vivirás en nuestra casa —dijeron—, junto a los rebaños de la estepa. Allí, tu salud irá mejorando, trabajarás en algo, podrás sacar el ganado a pastar...» Yediguéi les dio las gracias pero no aceptó. Comprendió que sería una carga para ellos. Hospedarse un par de días en casa de los parientes cercanos de la esposa no tiene importancia. Pero luego, si el huésped no trabaja duro, nadie le necesita.

Y entonces, él y Ukubala resolvieron arriesgarse. Decidieron irse al ferrocarril. Pensaron que sería posible encontrar algún trabajo adecuado para Yediguéi: guardia, vigilante, o bien levantar y bajar la barrera en algún paso a nivel. Allí, necesariamente, acogerían a un inválido de guerra.

Y con eso, partieron en primavera. Nada ataba entonces a la joven pareja. En los primeros tiempos, pernoctaron en diferentes estaciones. Pero no consiguieron encontrar ningún trabajo adecuado. Y con la vivienda se encontraron aún peor. Vivían donde podían, malcomían gracias a diferentes trabajos eventuales en el ferrocarril. Ukubala los sacó entonces de apuros, era fuerte y joven, y era la que trabajaba la mayoría de las veces. Yediguéi, con su aspecto aparentemente sano, se contrataba para diferentes cargas y descargas, pero era Ukubala la que hacía el trabajo.

De esta forma se encontraban un día, ya a mitad de la primavera, en la estación del gran nudo de comunicaciones de Kumbel. Descargaban carbón. Los vagones de carbón se acercaban por vías secundarias hasta los patios traseros del depósito. Allí,

echaban el carbón al suelo para liberar cuanto antes los vagones, y luego lo trasladaban en carretillas cuesta arriba para echarlo en montones enormes como casas. Era la reserva para todo el año. Un trabajo duro, polvoriento y sucio. Pero había que vivir. Yediguéi echaba el carbón a la carretilla con una pala, y Ukubala se llevaba la carretilla para arriba, por el entarimado, la vaciaba y volvía para abajo de nuevo. Otra vez ponía Yediguéi el carbón en la carretilla, y otra vez Ukubala, como un caballo de tiro, arrastraba hacia arriba, con las fuerzas que le quedaban, aquella carga pesada, impropia de la fuerza de una mujer. Por si fuera poco, hacía cada vez más calor, el día era sofocante, y el calor y el polvo de carbón flotante alteraban y daban náuseas a Yediguéi. Él mismo se daba cuenta de cómo iba perdiendo las fuerzas. Sentía grandes deseos de echarse al suelo, directamente sobre los montones de carbón, para no levantarse más. Pero lo que más le abatía era que su mujer, ahogándose en la negra polvareda, tuviera que hacer en su lugar lo que él debería haber hecho. Le resultaba muy duro contemplarla. Una negra pátina de carbón la cubría de la cabeza a la planta de los pies, y sólo el blanco de los ojos, y los dientes, relucían. Y estaba cubierta de sudor; éste, debido al negro carbón, chorreaba en oscuros reguerones por su cuello, su pecho y su espalda. ¿Habría permitido semejante cosa de haber tenido las fuerzas de antes? Habría trasladado él mismo una decena de vagones de aquel maldito carbón con tal de no ver los tormentos de su mujer.

Cuando abandonaron el desierto pueblo pescador de Zhangueldi con la esperanza de que a Yediguéi, un soldado herido, le encontrarían un trabajo adecuado, no tuvieron en cuenta una cosa: soldados como él los había a montones en todas partes. Todos tenían que adaptarse de nuevo a la vida normal. Y menos mal que Yediguéi había conservado sus piernas y sus brazos. Eran muchos los inválidos —cojos, mancos, con muletas, con prótesis— que vagaban entonces por el ferrocarril. En las largas noches, cuando después de instalarse en el rincón de algún local de la estación, abarrotado y pestífero, esperaban que pasara el tiempo, Ukubala pedía perdón y dirigía su silencioso agradecimiento a Dios por tener el marido a su lado y porque la guerra no le hubiera estropeado de forma terrible e irreparable. Pues lo que veía en las estaciones le infundía horror y sufrimiento. Cojos, mancos, inválidos y mutilados, con sus desgastadas guerreras y otros diferentes harapos, con carritos bajo el trasero, con muletas, con lazarillos, sin domicilio, desconcertados, viajaban transhumantes por trenes y estaciones, forzando la entrada en comedores y bufets, sacudiendo el alma con sus aullidos de borracho y sus llantos... ¿Qué deparaba el porvenir a cada uno de ellos? ¿Cómo compensarlos de lo que nada podía compensar? Y por el mero hecho de que tamaña desgracia hubiera pasado de largo, y podía no haber pasado, sólo por el hecho de que el marido hubiera vuelto, contusionado, sí, pero no inválido, Ukubala estaba dispuesta a trabajar por todo el mundo en las labores más pesadas. Y por ello no protestaba, no cedía, y nada dejaba traslucir incluso cuando ya no tenía fuerzas para arrastrar los pies, cuando parecía que cualquier aguante había tocado a su fin.

Pero eso no aliviaba a Yediguéi. Era preciso emprender algo, instalarse de forma más firme en la vida. No irían vagando de un lugar para otro toda su vida. Y cada vez más a menudo acudían a su mente esos pensamientos: ¿Y si se dijera a sí mismo «*Taubakell*»^[7] y se fuera a la ciudad a probar fortuna? Con tal de que le volviera la salud, con tal de que pudiera reponerse de aquella maldita contusión. Entonces aún podría luchar, defenderse... En la ciudad, naturalmente, las cosas habrían podido salir de muchas maneras, probablemente se habrían adaptado con el tiempo y se habrían convertido en ciudadanos, como muchos otros, pero el destino lo decidió de otra forma. Sí, en eso intervino el destino, o cualquier otro nombre que quiera dársele...

En aquellos días en que se contrataron en la estación de Kumbel para amontonar el carbón de los vagones en el patio trasero del depósito, apareció un kazajo montado en un camello; seguramente, venía de la estepa por sus asuntos. Así por lo menos lo parecía a primera vista. El recién llegado trabó el camello para que pastara en un solar de las cercanías mientras él, echando una mirada de preocupación a su alrededor, se alejaba con un saco vacío bajo el brazo.

—Eh, amigo —se dirigió a Yediguéi al pasar junto a él—. Tenga la bondad de vigilar que la chiquillería no haga travesuras con él. Tienen la mala costumbre de provocar y pegar al animal. Incluso pueden desatarlo para divertirse. Vuelvo en seguida, estaré poco tiempo fuera.

—Váyase, váyase, ya vigilaré —prometió Yediguéi mientras manejaba la pala y se enjugaba con un trapo negro, pesado por el sudor absorbido.

El sudor manaba incesantemente de su rostro. Yediguéi debía rodear la montaña de carbón, cargando la carretilla, de modo que podía vigilar al mismo tiempo que los mocosos de la estación no molestaran al camello. En otras ocasiones ya había sido testigo de sus hazañas: habían irritado hasta tal punto al animal que éste se había puesto a bramar furiosamente, a escupir y a perseguirlos. Y esto aún los divertía más, y como cazadores primitivos rodeaban con gritos salvajes a la bestia, le golpeaban con piedras y bastones. Y no cobró poco el pobre camello hasta que llegó su amo...

Y aquel día, como adrede, se presentó de donde menos se esperaba una ruidosa pandilla de pilluelos que iba corriendo a jugar a fútbol. Y empezaron a lanzar pelotazos con todas sus fuerzas sobre el camello trabado. El animal se apartaba, y ellos le daban con la pelota en los flancos, a ver quién lo hacía con más fuerza, con más habilidad. El que le acertaba estaba tan entusiasmado como si hubiera metido un gol...

—¡Eh, vosotros, fuera de aquí, no lo molestéis! —blandió Yediguéi la pala hacia ellos—. ¡Si no, ya veréis!

Los niños retrocedieron, calculando que debía ser el amo, o quizá el aspecto del cargador de carbón era demasiado terrorífico, y quién sabe si no estaría borracho, y entonces lo iban a pasar mal, por lo que de pronto echaron a correr dándole al balón. No se les ocurrió que podían molestar impunemente al camello cuanto les viniera en gana, pues Yediguéi sólo los había amenazado con la pala para guardar las

apariencias; en realidad, en la situación en que se encontraba, nunca se hubiera dispuesto a perseguirlos. Cada paletada de carbón arrojada a la carretilla le costaba ímprobos esfuerzos. Nunca había pensado lo malo, lo humillante, que es ser débil, enfermo, de poca valía. La cabeza le daba vueltas continuamente. También el sudor le molestaba. Manaba y agotaba a Yediguéi, a quien el polvo de carbón hacía respirar pesadamente, mientras en el pecho le oprimía una dura y negra humedad. Ukubala se esforzaba por cargar sobre sí una gran parte del trabajo, para que él descansara un poco, se sentara por allí mientras ella cargaba la carretilla y la arrastraba hasta la parte superior de la montaña de carbón. Sin embargo, Yediguéi no podía ver con tranquilidad cómo ella se agotaba, y por eso se levantaba de nuevo, tambaleándose, y volvía a poner manos a la obra...

El hombre que le pidió que vigilara al camello regresó pronto con una carga sobre la espalda. Colocado el saco y a punto ya de ponerse en camino, se acercó a Yediguéi para cambiar unas palabras. Sin saber por qué, entablaron inmediatamente una conversación. Era Kazangap, del apartadero de Boranly-Buránnny...

Resultaron ser paisanos. Kazangap le contó que él también procedía de las aldeas ribereñas del Aral. Esto hizo nacer rápidamente su amistad.

En aquel momento, a ninguno de los dos se le ocurrió que aquel encuentro determinaría toda la vida posterior de Yediguéi y de Ukubala. Simplemente, Kazangap les convenció para que fueran con él al apartadero de Boranly-Buránnny, a vivir y a trabajar allí. Hay un tipo de personas que predispone en su favor desde el primer momento de conocerlas. Kazangap no tenía nada especial, al contrario, su misma sencillez delataba al hombre cuya sensatez ha sido alcanzada a través de una dura lección. Por su aspecto, era un kazajo de los más corrientes, y sus ropas, muy usadas y quemadas por el sol, habían tomado ya unas formas cómodas para él. Los pantalones de piel de cabra curtida tampoco los llevaba porque sí: eran cómodos para cabalgar sobre el camello. Pero también conocía el valor de las cosas: una gorra de uniforme ferroviario relativamente nueva, guardada para los viajes, adornaba su gran cabeza; sus botas de becerro, que había llevado muchos años, estaban cuidadosamente remendadas y cosidas por muchos sitios. Era un hombre enraizado en la estepa, un duro trabajador, y eso podía observarse por su moreno rostro curtido por el ardiente sol y por el continuo viento, y también por sus duras y nudosas manos. Encorvado prematuramente por el trabajo, sus poderosos hombros colgaban para abajo y el cuello parecía largo, extendido como el de los patos, aunque era un hombre de estatura mediana. Sus ojos eran sorprendentes, castaños, comprensivos, atentos, sonrientes, rayados por las desparramadas arrugas cuando los fruncía.

Kazangap frisaría entonces los cuarenta años. Y es muy posible que así lo pareciera porque tanto sus bigotes, brevemente recortados en forma de cepillo, como la pequeña barbita parda, le daban los rasgos propios de la madurez. Pero la confianza que infundía se debía ante todo a lo sensato de su discurso. Ukubala sintió inmediatamente respeto por aquel hombre. Todo cuanto dijo estaba en su lugar. Y dijo

cosas muy sensatas. «Puesto que os aflige esta desgracia, puesto que la contusión está todavía en el cuerpo, a qué estropearse más la salud. En seguida he visto, Yediguéi, lo duro que te resulta este trabajo. Todavía no estás lo bastante fuerte para estas faenas. Apenas puedes arrastrar los pies. Ahora deberías estar donde más fácil te fuera, al aire libre y beber leche pura a voluntad. En nuestro apartadero, por ejemplo, tenemos extrema necesidad de personal para los trabajos de la vía. El nuevo jefe del apartadero, cada día me dice lo mismo: “Tú, que eres de los veteranos de aquí, a ver si me traes gente conveniente”. ¿Y de dónde la saco yo a esa gente? Todos están en la guerra. Y el que ha salido licenciado también encuentra trabajo suficiente en otros lugares. Naturalmente, la vida en nuestro lugar no es un paraíso. Vivimos en un sitio duro: alrededor está Sary-Ozeki, el desierto, la falta de agua. El agua la traen con una cisterna para toda la semana. Y a veces hay interrupciones en el servicio del agua. Suele también suceder. En este caso, hay que ir a los lejanos pozos de la estepa y traerla en pellejos, uno sale por la mañana y no vuelve hasta la tarde. De todos modos —prosiguió Kazangap—, es mejor estar en casa en Sary-Ozeki que errar de esta manera por diferentes lugares. Tendréis un techo sobre vuestras cabezas, tendréis trabajo fijo, os mostraremos y enseñaremos lo que hay que hacer, y podréis tener vuestro propio corral. Eso, si os ponéis manos a la obra. Entre los dos, vais a ganaros la vida. Allí volverá la salud, el tiempo os aconsejará, si os aburrís, os vais a otro lugar mejor...»

Eso fue lo que les dijo. Yediguéi se lo pensó muy bien y aceptó. Y aquel mismo día se marcharon con Kazangap a Sary-Ozeki, al apartadero de Boranly-Buránni, pues los preparativos de Yediguéi y Ukubala eran muy breves incluso en aquella época. Reunieron sus pocas pertenencias, y en marcha. No les costaba nada entonces, y decidieron probar también esa suerte. Y según luego se vio, fue su destino.

Yediguéi recordó toda la vida el camino por Sary-Ozeki desde Kumbel hasta Boranly-Buránni. Primero avanzaron a lo largo de la vía férrea, luego, gradualmente, se fueron desviando por unos senderos hacia uno de los laterales. Según les explicó Kazangap, cortaban de través unas diez verstas, pues la línea del ferrocarril describía allí un gran arco para evitar el fondo de una gran llanura arcillosa, de un salado y desecado lago que existió en otro tiempo. La sal y la pantanosa humedad salen de las entrañas de la llanura aún hoy día. Cada primavera, la llanura salada despierta: encharcándose, deshaciéndose, convirtiéndose en impracticable, pero en verano se cubre de una capa de sal, se endurece como una piedra hasta la siguiente primavera. Eso de que en otro tiempo existiera allí un vasto lago salado lo decía Kazangap repitiendo las palabras de un geólogo de Sary-Ozeki, Elizárov, con el que posteriormente tuvo Yediguéi una gran amistad. Era un hombre muy inteligente.

Pero Yediguéi, que entonces todavía no era Burani Yediguéi, sino simplemente un soldado sin situación en la vida, que había encontrado por casualidad a un kazajo del Aral trabajando de ferroviario en aquel lugar, y que había confiado en Kazangap, se

dirigía con su mujer a buscar trabajo y cobijo en el ignoto apartadero de Boranly-Buránný sin suponer que se quedaría allí toda la vida.

Los majestuosos espacios sin límites de Sary-Ozeki, verdes por corto tiempo en primavera, aturdieron a Yediguéi. Alrededor del mar de Aral hay también muchas estepas y llanuras, que componen la altiplanicie de Ustiurtskoie, pero era la primera vez que tenía ocasión de ver una extensión desértica como aquélla. Como comprendió después, sólo puede quedarse a solas con el silencio de Sary-Ozeki aquel que sea capaz de contrastar la grandeza del desierto con su propia alma. Sí, Sary-Ozeki es grande, pero el pensamiento vivo del hombre puede abarcar incluso esto. Elizárov era un sabio, sabía explicar lo que germina oculto en vagas intuiciones.

Quién sabe cómo se habrían sentido Yediguéi y Ukubala a medida que se internaban en Sary-Ozeki de no ser por Kazangap, que los precedía con paso seguro llevando su camello de la brida. Yediguéi, por su parte, iba montado en medio de diversos paquetes. Naturalmente, debería haber montado Ukubala y no él. Pero Kazangap, y especialmente la misma Ukubala, se lo rogaron encarecidamente y casi le obligaron a encaramarse al camello: «Nosotros estamos sanos y tú, de momento, tienes que ahorrar fuerzas, no discutas, no nos hagas perder tiempo, tenemos un largo camino por delante...». El camello era joven, algo débil aún para las grandes cargas, por eso dos de ellos caminaban a su lado y otro iba montado. Con *Karanar* habrían podido montar tranquilamente los tres, habrían podido ir muchísimo más de prisa, y en tres horas y media o cuatro habrían llegado a su destino. Pero entonces no llegaron a Boranly-Buránný hasta muy entrada la noche.

Sin embargo, con las conversaciones y la contemplación de aquellos lugares desconocidos para ellos, el camino transcurrió sin que se dieran cuenta. Kazangap les contó la vida y trabajos de aquel lugar y cómo había ido a parar allí, a las tierras de Sary-Ozeki, al ferrocarril. No tenía tantos años como eso, según resultaba, había cumplido treinta y seis aquel año, poco antes de terminar la guerra. Era originario de los kazajos del Aral. Su pueblo de Beshagach estaba a unas treinta verstas de Zhangueldi siguiendo la costa. Y aunque hacía mucho tiempo ya que Kazangap había partido de allí, no había vuelto ni una sola vez a su Beshagach. Tenía sus motivos. A su padre lo deportaron, según parece, cuando liquidaron a los *kulaks*^[8] como clase, y no tardó en morir por el camino al volver del destierro, cuando se puso en claro que no era ningún *kulak*, que había sido víctima de unos excesos sin motivo, o hablando más exactamente, que erróneamente se había tratado con tal dureza a muchos pequeños propietarios como él. Dieron marcha atrás, pero ya era tarde. La familia — hermanos y hermanas— se había ya dispersado cada uno por su lado, cuanto más lejos de la vista mejor. A partir de entonces, habían desaparecido sin dejar rastro. A Kazangap, un muchacho joven en aquella época, los más celosos activistas le forzaban continuamente a tomar la palabra en las reuniones, para que condenara a su padre, para que manifestara en público que era ardiente partidario de la línea política, que su padre había sido condenado con justicia como elemento hostil, que él

repudiaba a semejante padre, y que las personas como éste, los enemigos de clase, no tenían lugar en la tierra y debían ser irremisiblemente aniquilados en todas partes.

Kazangap tuvo que partir para lejanas tierras para huir de esa vergüenza. Estuvo trabajando durante seis años enteros en Betpak-Dal, en la Estepa del Hambre, cerca de Samarcanda. Aquella tierra, abandonada durante siglos, empezaba a ser conquistada bajo la forma de plantaciones de algodón. Se necesitaba gente a toda costa. Vivían en barracas, excavaban zanjas. Fue cavador, tractorista, jefe de brigada y recibió un diploma de honor por su trabajo de vanguardia. Allí también se casó. En aquella época iba gente de todas partes a ganarse la vida. De Jivá llegó la *karakalpaca*^[9] Bukéi, con la familia de su hermano, a trabajar en Betpak-Dal. Y sucedió que estaban destinados a encontrarse. Se casaron en Betpak-Dal y decidieron volver a la tierra de Kazangap, al mar de Aral, con su gente, a su tierra. Pero no lo tuvieron todo en cuenta. Viajaron largo tiempo, con transbordos, en los «*máxim*»^[10], y en uno de estos transbordos, en Kumbel, Kazangap encontró por casualidad a dos de sus paisanos del Aral y comprendió, por la conversación, que no debía volver a Beshagach. Resultaba que allí mandaban los mismos que habían cometido los excesos. Siendo así, Kazangap abandonó el propósito de volver a su pueblo. No porque temiera algo, pues poseía un diploma del propio Uzbekistán. No quería ver a aquella gente triunfante, burlándose malignamente de él. De momento se habían librado de una buena; pero cómo, después de todo aquello, saludarlos tranquilamente y aparentar que nada había sucedido.

A Kazangap no le gustaba recordar esas cosas pero no comprendía que, excepto él, los demás ya hacía tiempo que lo habían olvidado. En los larguísimos años que siguieron a su llegada a Sary-Ozeki, sólo dos veces dio a entender que para él nada estaba olvidado. Una vez, su hijo le dio un gran disgusto; la otra fue Yediguéi, quien bromeó con poca fortuna.

En una de las visitas de Sabitzhán, estaban todos tomando el té, charlando y escuchando las novedades de la ciudad. Sabitzhán contaba entre otras cosas, riéndose, que los kazajos y los kirguises que huyeron a Sintszián en los años de la colectivización regresaban de nuevo. Allí, en China, los oprimían en las comunas: estaba prohibido que la gente comiera en casa, sólo podían comer del caldero común tres veces al día, pequeños y mayores haciendo cola con sus escudillas. Los chinos les hicieron tales cosas que huían como escaldados abandonando todos sus bienes. Pedían de rodillas que los dejaran regresar.

—¿Qué tiene eso de bueno? —preguntó sombrío Kazangap, y sus labios temblaron de ira. Eso le sucedía muy raramente, y también poquísimas veces, por no decir que nunca, hablaba con ese tono a su hijo, al que adoraba, enseñaba, y no negaba nada, creyendo que llegaría a ser un gran personaje—. ¿Por qué te ríes de eso? —añadió sordamente, poniéndose cada vez más tenso por la sangre que afluía a su cabeza—. Es una desgracia humana.

—¿Y cómo quieres que lo cuente? ¡Eso sí que es raro! —replicó Sabitzhán—. Lo digo tal como es.

El padre no respondió y apartó de sí el cuenco del té. Su silencio se hizo insoportable.

—Y en general, ¿a quién culparíamos? —preguntó Sabitzhán encogiéndose sorprendido de hombros—. No comprendo. Lo repito: ¿a quién culparíamos? ¿Al tiempo? Es imperceptible. ¿Al régimen? No tenemos derecho.

—Sabes, Sabitzhán, a mi entender, mis asuntos son los que están a mi altura; en otros, no me meto. Pero recuerda, hijo, creo que con tu inteligencia ya llegas a ello, pues recuérdalo. No se puede culpar sólo a Dios porque nos envía la muerte, o sea que llegue el límite de la vida; para eso nacimos. ¡De todo lo demás de la vida debe de haber un responsable!

Kazangap se levantó de su sitio y, sin mirar a nadie, enfadado y en silencio, se fue de casa, a alguna parte...

La otra vez, muchos años después de la salida de Kumbel, de instalarse y enraizarse en Boranly-Buránný, de tener hijos y de criarlos, un día de primavera después de encerrar el ganado en el cercado al anochecer, Yediguéi bromeó mirando a las ovejas que se multiplicaban con sus corderos:

—Nos hemos enriquecido tú y yo, kazajo, ¡ha llegado el momento de que nos eliminen de nuevo por *kulaks*!

Kazangap le lanzó una viva mirada, y sus bigotes llegaron a erizarse:

—¡Habla sin pasarte!

—¿Cómo, no sabes comprender una broma?

—Con eso no se bromea.

—Déjalo ya, kazajo. Han pasado cien años...

—De eso se trata. Aunque te quiten los bienes, no te pierdes, sobrevives. Pero el alma queda pisoteada, y eso no se arregla de ninguna manera...

Pero aquel día que iban de camino por Sary-Ozeki, de Kumbel a Boranly-Buránný, faltaba aún mucho tiempo para esta clase de conversaciones. Y nadie sabía tampoco cómo ni de qué manera terminaría su llegada al apartadero de Boranly-Buránný, si serían capaces de permanecer allí mucho o poco, si echarían raíces o seguirían adelante por el mundo. La conversación discurría con sencillez sobre los hechos de la vida cotidiana, y Yediguéi se interesó por saber por qué Kazangap no estuvo en el frente, si no habría contraído alguna enfermedad.

—No, gracias a Dios estoy sano —respondió Kazangap—. No tuve ninguna enfermedad, y pienso que habría luchado no menos que los demás. Sólo que las cosas salieron de otra manera...

Después que Kazangap no se atreviera a volver a Beshagach, marido y mujer quedaron encallados en Kumbel sin tener adónde ir. No podían volver de nuevo a la Estepa del Hambre, estaba demasiado lejos, y además no habría merecido la pena haberse marchado. Ir al Aral era una idea que ya habían abandonado. Y el jefe de la

estación, un alma buena, advirtió su presencia, y después de interrogarlos, de preguntarles de dónde venían y en qué pensaban trabajar, instaló a Kazangap y a Bukéi en un mercancías que pasaba por el apartadero de Boranly-Buráunny. «Allí — dijo— se necesita gente, y vosotros sois precisamente una pareja adecuada». Escribió una nota para el jefe del apartadero. Y no se equivocó. Por duro que fuera, incluso en comparación con la Estepa del Hambre —allí había mucha gente y el trabajo hervía por todos lados—, pese al miedo que se sintiera en un Sary-Ozeki sin agua, poco a poco se fueron acostumbrando, se adaptaron y echaron raíces. Pobrementemente y mal, pero en su casa. Su categoría era la de obreros ferroviarios, aunque tenían que hacer todo cuanto se requería en el apartadero. Así comenzó su vida en común. Kazangap y su joven esposa Bukéi en el desierto apartadero Boranly-Buráunny de Sary-Ozeki. Cierta que en aquellos años, un par de veces, tuvieron la intención, una vez ahorrado algún dinero, de trasladarse a otro lugar más cerca de la estación o de la ciudad, pero cuando estaban preparándose estalló la guerra.

Y pasaron los convoyes a través de Boranly-Buráunny con soldados hacia el oeste, y con evacuados hacia el este; hacia el oeste con trigo y hacia el este con heridos. Incluso en aquel perdido apartadero de Boranly-Buráunny se hizo inmediatamente perceptible cuán vivamente había cambiado la vida en su eterno rodar...

Una tras otra las locomotoras bramaban exigiendo la apertura del semáforo, y a su encuentro volaban otros tantos silbidos... Las traviesas no soportaban tanta carga, se curvaban, los raíles se gastaban antes de tiempo, se deformaban bajo el peso de los sobrecargados vagones. Apenas terminaban la sustitución de un tramo, ya se requería urgentemente la reparación de la vía en otro...

Aquello no tenía fin ni límite. ¿De dónde sacarían aquel innumerable ejército que convoy tras convoy volaba hacia el frente de día y de noche, durante semanas, durante meses, y después durante años y años? Y siempre hacia el oeste, hacia el punto donde los mundos se habían enzarzado en una lucha a muerte...

Después de cierto tiempo llegole también el turno a Kazangap. Exigíanle su participación en la guerra. De Kumbel le enviaron una papeleta: que se presentara en el punto de concentración. El jefe del apartadero se llevó las manos a la cabeza y soltó unos gemidos: se llevaban al mejor ferroviario, y ya no había en Boranly-Buráunny sino cuatro gatos. Pero ¿qué podía hacer?, ¿quién le habría escuchado si decía que la capacidad de paso por el apartadero no era de goma?... Las locomotoras rugían ante los semáforos... Se echarían a reír si les decía que se necesitaba con urgencia otra vía paralela de repuesto. A quién le importaba eso ahora si el enemigo estaba a las puertas de Moscú...

Estaba ya en el umbral el primer invierno de guerra, un invierno prematuro que se adelantaba con sus crepúsculos oscuros, que se abría paso con sus fríos. La víspera de aquella mañana había nevado. Nevó por la noche. Primero fue un polvo escaso, luego empezó a caer densa y obstinadamente. Y bajo el majestuoso silencio de Sary-Ozeki, que se extendía sin límites, cayó por llanuras, depresiones y barrancas, cual compacto

sudario una pura blancura celestial. Y al instante se pusieron en movimiento los vientos de Sary-Ozeki jugando con aquella capa aún no consolidada. Fueron todavía unos vientos iniciales, de ensayo, que luego se arremolinarían, se desencadenarían y levantarían grandes tempestades de nieve. ¿Y qué pasaría entonces con el fino hilo del ferrocarril, que cortaba de extremo a extremo las tierras Centrales de las grandes estepas amarillas como una venilla en la sien? Esta vena palpitaba: pasaban y pasaban los trenes en uno y en otro sentido...

Aquella mañana Kazangap partió para el frente. Partió solo, sin despedidas de ningún género. Cuando salieron de casa, Bukéi se detuvo y dijo que la cabeza le daba vueltas por culpa de la nieve. Kazangap tomó de sus manos el bien abrigado bebé. En aquella época, Aizada ya había nacido. Y echaron a andar, probablemente por última vez, dejando tras de sí una serie de huellas sobre la nieve. Pero no fue la esposa quien acudió a despedirle, fue él quien finalmente la condujo hasta la garita del guardagujas antes de subirse a un mercancías que pasaba para Kumbel. Bukéi se quedaba de guardagujas en lugar de su marido. Allí se despidieron. Todo cuanto había que decir ya se había dicho y se había llorado por la noche. La locomotora estaba ya dispuesta a partir. El maquinista le apremiaba, llamaba a Kazangap. Y así que éste subió a su cabina, la locomotora lanzó un largo silbido y, ganando velocidad, atravesó las agujas balanceándose de junta en junta. Allí, dándoles paso, estaba Bukéi de pie, estrechamente abrigada en un gran pañuelo, ceñida, con botas de hombre, la banderita en una mano y la niña en la otra. Por última vez se hicieron señas mutuamente... Pasaron fugazmente, la cara, la mirada, la mano, el semáforo...

Entretanto, el tren corría ya a gran velocidad, retumbando entre la nieve lechosa de Sary-Ozeki que afluía y pasaba silenciosamente por su lado como un blanco sueño. El viento soplaba sobre la locomotora agregando al indestructible olor de escoria quemada el perfume fresco de la primera nieve de la estepa... Kazangap procuraba retener el mayor tiempo posible en sus pulmones aquel hálito invernal de los espacios de Sary-Ozeki, y entonces comprendió que aquella tierra ya no le era indiferente...

En Kumbel se efectuaba la expedición de los movilizandos. Los formaron en filas, pasaron lista y los distribuyeron por los vagones. Y entonces fue cuando sucedió una extraña historia. Cuando Kazangap iba con su columna a embarcar, uno de los empleados de la oficina de reclutamiento le alcanzó por el camino.

—¡Asanbáyev Kazangap! ¿Quién es aquí Asanbáyev? ¡Que salga de la formación! ¡Sígame!

Kazangap hizo lo que se le decía.

—¡Yo soy Asanbáyev!

—¡La documentación! Correcto. Es él. Ahora, sígame.

Y volvieron atrás, a la estación, donde estaba instalada la oficina de reclutamiento. Aquel hombre le dijo:

—Sabes qué, Asanbái, anda, vuélvete a casa. Que te vayas a casa. ¿Entendido?

—Entendido —respondió Kazangap, aunque no había comprendido nada.

—En este caso, vete, no estorbes el paso. Estás libre.

Kazangap se quedó en medio de la zumbante multitud de los que partían y de quienes iban a despedirlos sumido en una confusión total. Al principio incluso se alegró de que las cosas tomaran aquel cariz, pero de pronto sintió un sofoco insoportable ante una idea que fulguró en las profundidades de su conciencia. ¡Conque era eso! Y empezó a abrirse paso por entre el bloque de gente hacia la puerta del jefe de la oficina de reclutamiento.

—¿Adónde vas? ¿Dónde te metes? —le gritaron quienes querían también llegar al jefe de la oficina.

—¡Tengo un asunto urgente! ¡El tren va a partir, mi asunto es urgente! —Y se abrió paso.

En el despacho, lleno de humo de tabaco hasta formar una neblina azulada, rodeado de teléfonos, papeles y personas, un hombre medio canoso, enronquecido, levantó de la mesa su convulsa cara cuando Kazangap se acercó hasta él.

—¿Qué quieres? ¿Cuál es el problema?

—No estoy de acuerdo.

—¿No estás de acuerdo en qué?

—Mi padre fue rehabilitado como víctima de los excesos. ¡No era un *kulak*! ¡Comprobad todos vuestros documentos! Fue rehabilitado como campesino medio.

—¡Espera, espera! ¿Qué quieres?

—Si no me aceptáis por esa causa, es una injusticia.

—Oiga, no diga desatinos. *Kulak*, campesino medio... ¿quién se ocupa ahora de esas cosas? ¿De dónde caes tú? ¿Quién eres?

—Asanbáyev, del apartadero de Boranly-Buránnny.

El jefe se puso a ojear las listas.

—Haberlo dicho. No me vengas con cuentos. ¡Que si el campesino medio, que si pobre, que si *kulak*! ¡Tienes un destino! Te llamaron por equivocación. Hay una orden del propio Stalin: no tocar a los ferroviarios, que todos permanezcan en sus puestos. Anda, no molestes, vete a tu apartadero y haz tu trabajo...

La puesta de sol lo cogió por el camino, no lejos de Boranly-Buránnny. Se acercaban de nuevo a la línea del ferrocarril, se oían ya los silbidos de los trenes que pasaban en uno y otro sentido, y se podía distinguir la composición de los convoyes. Desde lejos, en medio del desierto de Sary-Ozeki, parecían de juguete. A sus espaldas el sol se apagaba lentamente iluminando, y al propio tiempo sombreando, los limpios barrancos y montículos de los alrededores; a la vez que el crepúsculo crecía invisible sobre la tierra oscureciendo el aire y saturándolo con el perfume azul y frío de la tierra primaveral que aún conservaba restos de la humedad invernal.

—¡Este es nuestro Boranly! —señaló con la mano Kazangap volviéndose hacia Yediguéi en el camello y hacia Ukubala que caminaba a su lado—. Queda muy poco, si Dios quiere pronto llegaremos y podréis descansar.

Ante ellos, en un lugar donde el ferrocarril dibujaba un zigzag apenas perceptible sobre la superficie del desierto, había unas casitas, y en la vía paralela, esperando que se abriera el semáforo se encontraba un tren de paso. Y más allá, y por los lados, se veía el campo liso y llano, el declive suave de las depresiones, un mudo e inconmensurable espacio, estepa y más estepa...

El corazón de Yediguéi se desanimó: él era un hombre de la estepa costera, estaba acostumbrado a los desiertos del Aral, pero no esperaba aquello. Del mar azul eternamente cambiante, en cuyas orillas había nacido, ¡a aquella sequedad de muerte! ¿Cómo podría vivir allí?

Ukubala, que caminaba a su lado, alargó la mano hasta tocar el pie de Yediguéi y dio algunos pasos sin retirar la mano. Él la comprendió. «No importa —decía con el gesto—, lo importante es que recuperes la salud. Viviremos y luego ya veremos...»

Así se acercaron al lugar donde debían, como resultó luego, pasar largos años, todo el resto de su vida.

Pronto se apagó el sol, y ya en tinieblas, cuando tan claras y precisas aparecían en el cielo de Sary-Ozeki multitud de estrellas, llegaron a Boranly-Burányy.

Durante algunos días vivieron en casa de Kazangap. Luego, fueron a vivir aparte. Les dieron una habitación en una barraca que había para los obreros de la vía, y con eso empezaron la vida en aquel nuevo lugar.

Pese a todas las incomodidades, y a la soledad de Sary-Ozeki, angustiosa especialmente en los primeros tiempos, hubo dos cosas que fueron muy beneficiosas para Yediguéi: el aire y la leche de camella. El aire tenía una pureza primitiva, habría sido difícil encontrar otro lugar tan virgen como aquél, y en cuanto a la leche, Kazangap se lo solucionó, les cedió el ordeño de una de sus dos camellas.

—Mi mujer y yo hemos hablado sobre todo esto —dijo—, tenemos suficiente leche para nosotros, quedaos vosotros con el ordeño de nuestra *Cabezablanca*. Es una camella joven, muy lechera, va para el segundo parto. Cuidadla vosotros y beneficiaos. Sólo tened cuidado de no perjudicar a la cría. Será para vosotros, así lo hemos decidido mi mujer y yo, para ti, Yediguéi, para la recría, como principio. Si la cuidas bien, se formará un rebaño a su alrededor. Si después se te ocurre partir, puedes venderla y tendrás dinero.

El hijo de *Cabezablanca* —de negra cabeza, diminuto, con oscuras gibas infantiles— hacía sólo una semana y media que había nacido. Y tenía unos ojazos conmovedores: enormes, abultados, húmedos, brillando con infantil ternura y curiosidad. A veces empezaba a correr de un modo muy gracioso, a saltar y a jugar junto a su madre, y cuando lo dejaban en el cercado, la llamaba con voz plañidera, casi humana. Quién habría podido pensarlo: era el futuro *Burani Karanar*. El mismo incansable y poderoso camello que se convertiría con el tiempo en la

celebridad de la región. Había muchas cosas en la vida de Yediguéi relacionadas con ese animal. Pero entonces, el pequeño necesitaba un cuidado constante. Yediguéi le tomó un gran afecto. Ocupaba en él todo el tiempo libre de que disponía. Antes, cuando aún estaba en el Aral, tenía cierta práctica en ese asunto, y entonces le fue muy útil. Al llegar el invierno, el pequeño *Karanar* había crecido notablemente y ante la inminencia de los fríos le confeccionaron un caliente telliz que se abrochaba bajo la barriga. Resultaba muy gracioso con aquel paramento: sólo quedaban fuera la cabeza, el cuello, las patas y las dos gibas. Así anduvo vestido todo el invierno y comienzos de primavera, pasando días enteros en la estepa a cielo abierto.

Durante el invierno de aquel año, Yediguéi advirtió que gradualmente recuperaba las fuerzas perdidas. Incluso ni se dio cuenta de cuándo había dejado de darle vueltas la cabeza. Poco a poco desapareció el continuo zumbido de sus oídos, y dejó de sudar durante el trabajo. Y en mitad del invierno, cuando se acumularon grandes montones de nieve en las vías, ya pudo acudir a ayudar como todos los demás. Y luego cobró tanta fuerza —pues era joven, y de naturaleza enérgica— que llegó a olvidar lo duro y mal que lo había pasado recientemente, cuando apenas podía arrastrar los pies. Se habían cumplido las palabras del doctor de la barba roja.

En los momentos apacibles, Yediguéi solía bromear con el camellito, acariciándolo, abrazándose a su cuello y diciéndole:

—Tú y yo somos algo así como hermanos de leche. Fíjate cómo has crecido tú con la leche de *Cabezablanca*, y yo, según creo, me he librado de la debilidad de la contusión. Quiera Dios que para siempre. La diferencia está en que tú chupabas del pezón y yo ordeñaba y hacía *shubat*...

Muchos años después, cuando *Karanar* había alcanzado su fama en Sary-Ozeki hasta el punto de que iban especialmente a sacarle fotografías —eso fue cuando la guerra ya se había olvidado, los hijos estaban en la escuela, el apartadero disponía de su propia bomba de agua, con lo que el problema de su abastecimiento se había resuelto definitivamente y Yediguéi había colocado ya la casa bajo un techo metálico, en una palabra, cuando la vida después de tantas privaciones y sufrimientos había entrado por fin en un cauce digno y normal de toda vida humana—, fue entonces cuando tuvo lugar una conversación que Yediguéi recordó después por mucho tiempo.

La llegada de corresponsales gráficos —así se presentaron ellos— fue un caso raro, quizá único, en la historia de Boranly-Buránný. Los vivarachos y charlatanes corresponsales, que eran tres, no se mostraron avaros en promesas: habían ido, dijeron, para publicar en todas las revistas y periódicos las fotografías de *burani Karanar* y de sus dueños. El ruido y la agitación del entorno no gustaron demasiado a *Karanar*, que chillaba irritado, hacía crujir sus dentadas fauces y levantaba su inalcanzable cabeza para que lo dejaran en paz. Los forasteros tenían que rogar continuamente a Yediguéi que calmara al camello, que le diera la vuelta, ora así, ora asá. Y Yediguéi, a su vez, llamaba a los niños, a las mujeres y al propio Kazangap,

para que, naturalmente, no le retrataran sólo a él sino a todos juntos, suponiendo que así sería mejor. Los corresponsales accedían gustosamente y disparaban diversas máquinas. El no va más fue cuando cargaron a todos los niños sobre *burani Karanar*, dos en el cuello y otros cinco sobre la espalda, en el centro el propio Yediguéi, como diciendo: «¡Ved qué fuerza la de este camello!». ¡Aquello fue todo algarabía y alegría! Pero luego los corresponsales confesaron que para ellos lo más importante era fotografiar al semental solo, sin personas. ¡Por favor, no faltaría más!

Y entonces los fotógrafos empezaron a retratar a *Burani Karanar* apuntándole por los flancos, por delante, por detrás, de cerca, de lejos, de todas las maneras que supieron y pudieron; luego, con la ayuda de Yediguéi, empezaron a medirlo: la altura hasta la melena, el perímetro torácico, el carpiano, la longitud del tronco, y lo anotaban todo entusiasmados:

—¡Un bactriano soberbio! ¡Aquí sí que funcionaron perfectamente los genes! ¡Un tipo clásico de bactriano! ¡Qué pecho tan poderoso! ¡Qué exterior tan perfecto!

Naturalmente resultaba muy halagador para Yediguéi escuchar aquellas opiniones, pero tuvo que preguntar qué significaban aquellas palabras, desconocidas para él, como «bactriano», por ejemplo. Resultó que así se llamaba científicamente una antiquísima especie de camellos.

—¿O sea, que es un bactriano?

—Y de rara pureza. Un diamante.

—¿Y para qué todas esas mediciones?

—Son datos científicos.

Por lo que respecta a las revistas y periódicos, los forasteros habían exagerado, naturalmente, ante los de Boranly para darse más importancia, pero medio año más tarde enviaron un manual destinado a las facultades zootécnicas dedicadas a la cría de camellos, y en la cubierta del libro lucía sus encantos un bactriano clásico: *Burani Karanar*. También enviaron un puñado de fotografías, entre ellas algunas en color. Incluso por estas fotografías se podía llegar a la conclusión de que fue una época alegre y feliz. Las dificultades de la posguerra habían quedado atrás, los niños ya habían entrado en la adolescencia, los mayores estaban vivos y sanos, y la vejez rondaba aún escondida más allá de las montañas.

Aquel día, Yediguéi sacrificó un cordero en honor de los huéspedes y ofreció un gran ágape a todos los de Boranly. Había *shubat*, vodka y toda clase de manjares. En aquella época solía pasar por el apartadero el vagón-almacén móvil del DAO (Departamento de Aprovisionamiento Obrero) llevando todo cuanto uno pudiera desear. Con tal de que tuviera dinero. Había allí cangrejos de todo género, caviar negro y rojo, diferentes especies de pescado, coñac, salchichas, caramelos, etc., etc. Pero, caramba, cuando hay de todo no se compra mucho en el vagón. ¿Para qué lo superfluo? Ahora, el almacén móvil hace tiempo que ha desaparecido de las vías...

Pero entonces tuvieron una estupenda sobremesa, bebieron incluso por *Burani Karanar*. La conversación puso de manifiesto que los huéspedes habían oído hablar

de *Karanar* a Elizárov. Este les contó que en Sary-Ozeki vivía su amigo Burani Yediguéi quien poseía el camello más hermoso del mundo. /*Burani Karanar!* ¡Elizárov, Elizárov! Magnífica persona, conocedor de Sary-Ozeki, sabio... Cuando Elizárov iba a Boranly-Buránnny, se reunían los dos con Kazangap, y mantenían un sinfín de conversaciones a lo largo de noches enteras...

En aquella sobremesa contaron a los huéspedes, ora Kazangap, ora Yediguéi — continuando y complementando uno a otro lo que narraban— la leyenda de Sary-Ozeki sobre los antepasados de la actual raza de camellos, sobre la famosa camella *Akmai*, de cabeza blanca, y su no menos famosa dueña Naiman-Ana, que descansaba en el cementerio de Ana-Beit. ¡He aquí, pues, de dónde procedía la estirpe de *Burani Karanar!* Los de Boranly esperaban que quizá algún periódico publicara aquella vieja historia. Los huéspedes la escucharon con interés, pero seguramente consideraron que sólo era una leyenda local que se transmitía de generación en generación. Pero Elizárov era de otra opinión. Consideraba que la leyenda de *Akmai* podía perfectamente reflejar lo que había ocurrido, como él decía, en aquella realidad histórica. Le gustaba escuchar esas historias y conocía no pocas tradiciones de la estepa...

Al caer la tarde se despidieron de los huéspedes. Yediguéi se sentía satisfecho y orgulloso. Por eso dijo algo sin pensarlo bien. En realidad, había bebido con los huéspedes. Pero lo dicho, dicho está.

—Qué, kazajo, confiésalo —dijo a Kazangap—, ¿no lamentas, como un pecado, haberme regalado la cría *Karanar*?

Kazangap le miró con una sonrisa burlona. Por lo visto, no esperaba una salida semejante. Y después de una pausa, respondió:

—Todos somos personas, naturalmente. Pero sabes, hay una ley que ya nos comunicaban nuestros abuelos: *mal iesi kudaidan*^[11]. Son cosas de Dios. Así está escrito. *Karanar* debía ser precisamente tuyo y debías ser tú, precisamente, su amo. Y si por ejemplo hubiera caído en otras manos, no sabemos cómo habría crecido, puede que no hubiera sobrevivido, que hubiera muerto, y habrían podido ocurrir aún un sinfín de cosas. Habría podido caer por un abismo. Tenía que pertenecerte a ti. En realidad, también tuve yo camellos, y no de los malos. Y también de esta madre, de *Cabezablanca*, de la que procede *Karanar*. En cambio para ti era el único, y regalado... Dios quiera que te preste servicio durante cien años. Pero haces mal en pensar...

—Bueno, perdóname, perdona, kazajo —se avergonzó Yediguéi, lamentando haber dicho aquello.

Y como continuación a este coloquio, Kazangap le comunicó sus observaciones. Según la leyenda, la dorada madre *Akmai* parió siete hijos, cuatro hembras y tres machos. Y desde entonces, todas las hembras nacían claras, con la cabeza blanca, y todos los machos, por el contrario, con la cabeza negra y el pelaje castaño. Por eso *Karanar* nació así. La madre, de cabeza blanca, parió camellos negros. Era la primera

señal de que procedían de *Akmai*, y desde entonces, no se sabe por qué, desde tiempos inmemoriales, doscientos, trescientos o quinientos años, la estirpe de *Akmai* no se había extinguido en Sary-Ozeki. Y de un momento a otro podría aparecer un *camello-sirttan*^[12] como *Burani Karanar*. Yediguéi, simplemente, había tenido suerte. Para su campesina felicidad, había nacido *Karanar* y había ido a parar a sus manos...

Y cuando llegó la hora de hacer algo con *Karanar*, de castrarlo o de tenerlo encadenado, pues empezaba a rebelarse de una forma terrible, sin permitir que nadie se le acercara, empezaba a huir y a desaparecer días enteros, Kazangap le dijo a Yediguéi cuando éste fue a pedirle consejo:

—Es cosa tuya. Si quieres una vida tranquila, cástralo. Si quieres fama, no lo toques. Pero en ese caso, acepta toda la responsabilidad si ocurre algo. Si te sobran fuerzas y paciencia, espera, será rebelde unos tres años, pero después volverá a seguirte.

Yediguéi no tocó a *Burani Karanar*. No, no se atrevió, no le obedecía la mano. Pero hubo momentos que derramó lágrimas de sangre...

CAPÍTULO V

En estas tierras, los trenes van de oriente a occidente y de occidente a oriente...

Y a ambos lados del ferrocarril se encuentran, en estas tierras, enormes espacios desérticos, el Sary-Ozeki, las tierras Centrales de las estepas amarillas.

En estas tierras, cualquier distancia se mide con relación al ferrocarril como si fuera el meridiano de Greenwich...

Pero los trenes van de oriente a occidente y de occidente a oriente...

A primera hora de la mañana, todo estaba dispuesto. Fuertemente vendado con un compacto fieltro y atado por fuera con una cinta de seda, el cuerpo de Kazangap, con la cabeza cubierta, fue depositado en el remolque de un tractor sobre cuyo fondo se había extendido previamente una capa de serrín y virutas cubierta por otra de heno limpio. Era conveniente no retrasar demasiado la partida; así, por la tarde, no más allá de las cinco o las seis, podrían estar de regreso del cementerio. Treinta verstas en una dirección y otras tantas en la otra, y además el entierro propiamente dicho, hacían que el acto funerario tuviera que celebrarse a partir de las seis de la tarde. Con esta idea se pusieron en camino, para poder llegar a tiempo al entierro. Y todo estaba ya preparado. Llevando de la brida a *Karanar*, ensillado y adornado ya desde la tarde anterior, Burani Yediguéi metía prisa a la gente. Y se retrasaban eternamente. Él, aunque no había dormido en toda la noche, presentaba un aspecto severo, concentrado, aunque algo desmejorado. Bien afeitado, con sus azulados bigotes y cejas, Yediguéi se había puesto sus mejores galas: botas de piel de becerro, pantalones de montar de velludillo algo anchos, chaqueta negra sobre camisa blanca y en la cabeza la gorra ferroviaria de las fiestas. En su pecho brillaban todas las condecoraciones militares, las medallas y las insignias de vanguardista en los planes quinquenales. Todo eso le caía bien y le daba un aspecto imponente. Con toda seguridad, era como debía presentarse Burani Yediguéi en el entierro de Kazangap.

Salieron a despedirlos todos los habitantes de Boranly, del más pequeño al mayor. Se congregaron alrededor del remolque esperando la partida. Las mujeres lloraban sin cesar. Por la misma fuerza de los acontecimientos, Burani Yediguéi tomó la palabra y dijo a los reunidos:

—Ahora nos dirigimos a Ana-Beit, al antiguo cementerio más venerado de Sary-Ozeki. El difunto Kazangap se lo merece. El mismo encargó que se le enterrara allí. —Yediguéi pensó qué más podría decir, y prosiguió—: O sea, que se terminó el agua y la sal que tenía destinados al nacer. Este hombre ha trabajado en nuestro apartadero cuarenta y cuatro años exactamente. Podemos decir que toda la vida. Cuando empezó, aún no estaba aquí la bomba del agua, y ésta la traían en una cisterna para toda la semana. Entonces no había máquinas quitanieves ni de otro tipo, como las que tenemos actualmente, ni siquiera este tractor con el que ahora le llevamos a enterrar. Pero sin embargo pasaban los trenes y siempre encontraron las vías dispuestas. Ha

vivido honestamente su vida en Boranly-Buránný. Era una buena persona. Todos le conocíais. Y ahora, pongámonos en camino. No es preciso que vayamos todos, no hay por qué. Y además, no tenemos derecho a abandonar la línea. Iremos seis de nosotros. Y lo haremos todo como es debido. Vosotros esperadnos y preparaos; cuando regresemos iremos todos al convite funerario, os invito en nombre de sus hijos, su hijo y su hija, que están aquí...

Aunque Yediguéi no lo había pensado, resultó algo semejante a un pequeño mitin funerario. Y tras eso partieron. Los vecinos siguieron un trecho detrás del tractor y luego se quedaron en grupo más allá de las casas. Durante algún rato se pudo escuchar todavía el fuerte llanto: les lanzaban sus gritos Aizada y Ukubala...

Y cuando cesaron los lamentos, y los seis, cada vez más lejos del ferrocarril, se internaron en Sary-Ozeki, Burani Yediguéi suspiró aliviado. Ahora ya eran independientes y él sabía lo que debía hacer.

El sol se levantaba ya sobre la tierra, inundando generosa y alegremente de luz los grandes espacios de Sary-Ozeki. De momento, aún hacía fresco en la estepa y nada endurecía su caminata. En todo ese mundo, sólo dos milanos se cernían de modo habitual e inalcanzable en las alturas, y a veces alguna alondra huía piando asustada y sacudiendo sus alas. «Pronto se marcharán incluso ellas. Con las primeras nieves, se reunirán en bandadas y levantarán el vuelo», pensó Yediguéi, imaginándose por un momento la nevada y a los polluelos levantando el vuelo sobre aquella capa de nieve. Y de nuevo recordó sin saber por qué a la zorra que aquella noche se había acercado al ferrocarril. Incluso miró disimuladamente por los lados, por si aún le seguía. Y otra vez pensó en el cohete de fuego que se elevó aquella noche de Sary-Ozeki hacia el cosmos. Sorprendido por semejantes pensamientos, se obligó a olvidarlos. No era en eso en lo que debía pensar en aquel momento, aunque el camino fuera largo...

Burani Yediguéi cabalgaba delante en su *Karanar*, indicando la dirección a Ana-Beit. *Karanar* andaba al trote largo, con grandes zancadas, cada vez más ajustado al ritmo normal de viaje. Para un entendido, *Karanar* aparecía especialmente hermoso en plena marcha. La cabeza del camello, sobre su cuello orgullosamente doblado, parecía flotar sobre unas olas, quedando casi inmóvil, mientras las patas, largas y de secos músculos, cortaban el aire midiendo incansablemente sus pasos sobre la tierra. Yediguéi iba firmemente sentado entre las gibas, cómodo y seguro. Estaba contento de que *Karanar* no necesitara estímulos, de que caminara captando fácil y sensitivamente las indicaciones de su amo. Las condecoraciones y medallas tintineaban suavemente sobre el pecho de Yediguéi y reflejaban los rayos del sol. Pero esto no le molestaba.

Tras él, avanzaba el tractor Bielorus con el remolque. Sabitzhán iba en la cabina, junto al joven tractorista Kalibek. La víspera había bebido considerablemente, divirtiendo a los de Boranly con fábulas sobre hombres teledirigidos y todo tipo de cháchara, y ahora se encontraba abatido y silencioso. La cabeza de Sabitzhán oscilaba de un lado para otro. Yediguéi temía que se le rompieran las gafas. En el remolque,

junto al cuerpo de Kazangap, se había sentado el marido de Aizada, triste y sombrío. Fruncía los ojos bajo el sol, y de vez en cuando echaba miradas a su alrededor. Aquel despreciable alcohólico se mostraba entonces bajo su mejor aspecto. No había bebido ni una gota. Había procurado ayudar a todo el mundo en todas las cosas, y al sacar el cadáver había mostrado un celo especial arrimando el hombro. Cuando Yediguéi le propuso que se instalara detrás de él en el camello, rehusó.

—No —dijo—, me sentaré junto a mi suegro, le acompañaré del principio al fin.

Esto lo aprobaron tanto Yediguéi como los demás vecinos. Y cuando se pusieron en marcha, quien lloró más y con más fuerza que nadie fue precisamente él, sentado en el remolque y sosteniendo la envoltura de fieltro que contenía el cuerpo del difunto. «¡A ver si ahora, de pronto, ese hombre sienta la cabeza y deja de beber! ¡Qué felicidad para Aizada y para los niños!», llegó a concebir esperanzas Yediguéi.

La pequeña y extraña procesión por la desierta estepa, encabezada por el jinete del camello del telliz de borlas, se cerraba con la excavadora Bielorus. En su cabina viajaban Edilbái y Zhumagali. Moreno como un negro, el bajito Zhumagali iba al volante. Acostumbraba a llevar aquel vehículo en diferentes trabajos ferroviarios. Hacía relativamente poco que había aparecido por Boranly-Buránnny y sería aún difícil decir si se quedaría por mucho tiempo. A su lado, una cabeza más alto que él, iba Dlínnny Edilbái. Todo el camino estuvieron charlando animadamente.

Hay que hacerle justicia al jefe de apartadero Ospán. Él fue quien proporcionó, para el entierro, todas las máquinas de que disponía el apartadero. El joven jefe había razonado correctamente: si debían ir tan lejos, y además cavar la tumba a mano, no podrían regresar por la tarde, pues la tumba debía ser profunda, con excavación subterránea para el nicho lateral al estilo musulmán.

Al principio, esta oferta desconcertó algo a Burani Yediguéi. No le pasaba por la cabeza que alguien tuviera la ocurrencia de cavar una tumba de otro modo que no fuera con sus propias manos, es decir, con la ayuda de una excavadora. En esta conversación había estado sentado frente a Ospán con la frente fruncida, reflexionando, lleno de dudas. Pero Ospán encontró una salida y convenció al anciano:

—Yediguéi, te propongo algo práctico. Para que nada os turbe, empezad a cavar primero a mano. Digamos, las primeras paletadas. Y luego con la excavadora en un abrir y cerrar de ojos. La tierra de Sary-Ozeki se ha secado, está como una piedra, tú mismo lo sabes. Con la excavadora profundizaréis lo que haga falta, y poco antes de terminar, volvéis a cavar a mano y culmináis la obra, por decirlo así. Economizaréis tiempo y cumpliréis todas las normas...

Y ahora, a medida que se alejaban por Sary-Ozeki, Yediguéi encontraba el consejo de Ospán completamente sensato y aceptable. E incluso se admiró de que no se le hubiera ocurrido a él. Así lo harían, si Dios quería, cuando llegaran a Ana-Beit. Así debía ser: elegirían, en el cementerio, un lugar conveniente para instalar al difunto con la cabeza hacia la eterna Caaba, empezarían con la azada vertical y la

pala que llevaban en el remolque, y así que profundizaran un poco, pondrían en juego la excavadora para llevar la zanja hasta el fondo, pero el nicho lateral —el *kazanak*— y el habitáculo, los terminarían a mano. Así todo iría más de prisa y sería más tradicional.

Con este objeto avanzaban por Sary-Ozeki, ora apareciendo en la cresta de un montículo, ora desapareciendo en los anchos barrancos, ora perfilándose de nuevo claramente en las alejadas llanuras. Delante, Burani Yediguéi sobre el camello, tras él el tractor con el remolque, y tras éste, como un escarabajo, con sus aristas y brazos, la excavadora Bielorus con la pala del bulldozer por delante y el cangilón por la parte de atrás.

Al volver por última vez la cabeza hacia el apartadero que desaparecía a sus espaldas, Yediguéi advirtió, con gran sorpresa, la presencia del perro pardo *Zholbars*, que trotaba aplicadamente por uno de los lados. ¿Cuándo se había agregado a la comitiva? ¡Hay que ver! Al salir de Boranly-Buránnny no parecía estar allí. Si hubiera sabido que les iba a gastar esa broma, lo habría atado. ¡Qué astuto! Así que advertía que Yediguéi salía con *Karanar* para alguna parte, elegía el momento y se les unía como compañero de viaje. Y también esta vez parecía haber salido de debajo de la tierra. «Al diablo», pensó Yediguéi. Era ya tarde para hacerlo retroceder, y tampoco valía la pena perder el tiempo por un perro. Que corriera. Y como si adivinara los pensamientos de su amo, *Zholbars* adelantó al tractor y se colocó lateralmente, un poco por delante de *Karanar*. Yediguéi lo amenazó con el mango del látigo. Pero el animal no movió ni las orejas. «Es tarde para amenazar», parecía decir. Además, qué tenía de malo para que no pudieran dejarlo asistir a semejante acto. De ancho pecho, peludo y poderoso cuello, orejas cortadas e inteligente y tranquila mirada, el perro pardo *Zholbars* era hermoso y notable a su manera.

Entretanto, a Yediguéi le asaltaban diversas ideas camino de Ana-Beit. Al contemplar cómo se elevaba el sol por el horizonte midiendo el discurrir del tiempo, recordó la vida y milagros del pasado. Rememoró los días en que él y Kazangap eran jóvenes, llenos de fuerza; eran, cuando resultaba necesario, los principales obreros fijos del apartadero; los demás no permanecían mucho tiempo en Boranly-Buránnny, del mismo modo que llegaban se marchaban. Kazangap y él no tenían tiempo para descansar, pues quiérase o no, debían realizar, sin otras consideraciones, todo el trabajo del apartadero, todo aquel que se presentara como indispensable. Resultaba violento recordar todo eso en voz alta, los jóvenes se reían: «Viejos tontos, habéis estropeado vuestra vida. ¿Y por qué?». Sí, efectivamente, ¿por qué? O sea, que debería haber un porqué.

Una vez lucharon con los montones de nieve durante dos días sin descanso, limpiando las vías. Por la noche acercaron una locomotora para que alumbrara el terreno con sus faros. Y la nieve continuaba cayendo, el viento la arremolinaba. Por un lado limpiaban y por otro ya se formaban montones de nieve. Y hacía frío, aunque no es ésa la palabra: la cara y las manos se hinchaban. Se metían en la locomotora

para calentarse cinco minutos y de nuevo la emprendían con ese caso perdido de Sary-Ozeki. Y la propia locomotora estaba ya cubierta de nieve desde arriba hasta las ruedas. Tres obreros, recién llegados, se marcharon aquella misma noche. Maldijeron la vida en Sary-Ozeki por todo lo alto.

—No somos presos —dijeron—, y en las cárceles por lo menos conceden un tiempo para dormir.

Con eso, cambiaron de destino, y por la mañana, cuando ya podían pasar los trenes, les silbaron como despedida:

—Eh, pedazos de bestia, ¡el diablo os lleve!

Pero no fue porque tan gallardos forasteros les ladraran, sucedió así. Kazangap y él lucharon contra aquella obstrucción. Sí, sucedió así. Por la noche se hizo imposible trabajar. Caía la nieve, soplaba el viento por todos lados y se agarraba a ellos como perro rabioso. No había dónde protegerse del viento. La locomotora proyectaba sus faros, pero sólo producía niebla. Los faros iluminaban a duras penas la oscuridad. Cuando aquellos tres se marcharon, Kazangap y él se quedaron para transportar la nieve con un carro de camello. Llevaba un par de camellos enganchados. Los animales no querían andar, también sentían frío y náuseas en aquel torbellino. En las márgenes, la nieve llegaba hasta el pecho. Kazangap tiraba de los camellos por el morro, para que le siguieran, Yediguéi, en el carro, los azuzaba por detrás con el látigo. Así estuvieron penando hasta medianoche. Después, los camellos cayeron en la nieve, y aunque los mataran no se movían, habían llegado al final de sus fuerzas. ¿Qué hacer? Había que abandonar hasta que el tiempo se calmara. De pie, junto a la locomotora, se protegían del viento.

—Basta, kazajo, subamos a la máquina, allí veremos qué hace el tiempo —dijo Yediguéi golpeando las heladas manoplas una contra otra.

—El tiempo continuará siendo lo que es. Y de todos modos nuestro trabajo es limpiar las vías. Tomemos las palas, no tenemos derecho a parar.

—¿No somos seres humanos?

—No son los seres humanos, sino los lobos y demás fieras, quienes ahora buscan sus madrigueras para esconderse.

—¡Canalla! —se enfureció Yediguéi—. ¡A ti te importa poco que estire la pata o estirla tú mismo! —y le sacudió en la mandíbula.

Se agarraron, se destrozaron los labios uno a otro. Menos mal que el fogonero saltó de la máquina y los separó a tiempo.

Así era Kazangap. Hoy día no hay hombres como él, ya no quedan Kazangaps. Al último lo llevan hoy a enterrar. Sólo queda esconder al difunto bajo tierra con las palabras de adiós, y ¡amén!

Pensando en esto, Burani Yediguéi repetía en su interior oraciones medio olvidadas, para comprobar el orden establecido de las palabras, para reproducir exactamente en la memoria un orden de pensamientos dirigidos a Dios, pues sólo Él, incognoscible e invisible, puede conciliar en la conciencia del hombre los

incompatibles *principio* y *fin*, vida y muerte. Para eso, seguramente, se han compuesto las oraciones. Pues no llegarán tus gritos a Dios, no le podrás preguntar por qué lo ha establecido así para que haya que nacer y que morir. Y así vive el hombre desde que el mundo es mundo, no aceptándolo pero conformándose. Y esas oraciones son invariables desde aquellos días, y dicen lo mismo, para que el hombre no proteste inútilmente, para que se consuele. Y estas palabras, pulidas por los siglos como piezas de oro fundido, son las últimas de las últimas que debe pronunciar el vivo ante el muerto. Este es el rito.

Y también pensaba, que aparte de que Dios exista en este mundo o de que no exista en absoluto, el hombre sin embargo se acuerda de él sobre todo cuando lo necesita, aunque no esté bien actuar así. Por ello, seguramente, se dice: «El incrédulo sólo se acuerda de Dios cuando le duele la cabeza». Sea o no así, hay que saber oraciones.

Mirando a sus jóvenes acompañantes del tractor, Burani Yediguéi se acongojaba sinceramente lamentando que ninguno de ellos conociera ninguna oración. ¿Cómo podrían enterrarse los unos a los otros? ¿Con qué palabras que encerraran tanto el principio como el fin de la vida podrían poner broche a la salida de un hombre hacia la nada? Tal vez con un: «Adiós, cama-rada, nos acordaremos de ti». ¿O alguna otra estupidez?

Una vez tuvo ocasión de asistir a un entierro en la capital del distrito. Burani Yediguéi no salía de su asombro: el cementerio parecía una asamblea cualquiera. Ante el difunto, colocado en el ataúd, actuaban papel en mano los oradores, y todos decían lo mismo: de qué trabajaba, qué cargos había ocupado y de qué manera, a quién había servido y cómo lo había hecho, y luego tocó la música y cubrieron de flores la tumba. Pero ninguno de ellos se dignó hablar de la muerte como se habla en las oraciones que coronan el conocimiento de los hombres desde tiempos inmemoriales en esta sucesión de existencia e inexistencia, como si antes nadie hubiera muerto en el mundo ni después nadie debiera ya morir. ¡Desgraciados, eran inmortales! Así lo declaraban, a despecho de lo evidente: «¡Ha partido hacia la inmortalidad!».

Yediguéi conocía muy bien el terreno. Además, desde la altura de *Burani Karanar*, él, como jinete, podía ver lo que tenía delante hasta largas distancias. Procuraba seguir un camino, por Sary-Ozeki, lo más directo posible hasta Ana-Beit, dando sólo algún rodeo para que los tractores pudieran superar más fácilmente los baches y hoyas.

Todo salía según se había planeado. Sin prisa y sin pausa habían recorrido ya una tercera parte del camino... *Burani Karanar* llevaba un trote incansable, captando con sensibilidad las órdenes de su amo. Le seguía, chirriando, el tractor con su remolque, y tras éste iba la excavadora Bielorús.

Y sin embargo, los esperaban circunstancias imprevistas que, por increíble que eso suene, tuvieron cierta relación interna con los hechos que estaban ocurriendo en

el cosmódromo de Sary-Ozeki...

En aquel momento, el portaviones *Conventsia* se encontraba en su puesto, en aquella zona del océano Pacífico, al sur de las Aleutianas, en un punto rigurosamente equidistante de, por el aire, Vladivostok y de San Francisco.

El tiempo no había cambiado en el océano. En el curso de la primera mitad del día, el sol continuó brillando de forma cegadora sobre los grandes espacios de agua siempre radiantes. En el horizonte, nada hacía prever cambios atmosféricos de ningún tipo.

En el portaviones, todos los servicios estaban en tensión, en estado de preparación plena, incluyendo al ala de aviación y al grupo de seguridad interna, aunque no había ningún motivo concreto para ello en el mundo real que los rodeaba. El motivo estaba tras los límites del cosmos.

Los comunicados de los paritet-cosmonautas desde el planeta Pecho Forestal, que llegaban a bordo del *Conventsia* a través de la órbita «Tramplin», produjeron en los mandos del Centrun, y en las comisiones plenipotenciarias, una total confusión. El desconcierto era tan grande que ambas partes decidieron llevar a cabo, al principio, reuniones por separado para examinar la situación creada partiendo ante todo de sus propios intereses y posiciones, y luego reunirse para un estudio conjunto.

El mundo no conocía aún aquel descubrimiento sin precedentes en la historia de la Humanidad: la existencia de una civilización no terrena en el planeta Pecho Forestal. Incluso los gobiernos de ambas naciones, que habían sido puestos en antecedentes de la manera más secreta, no tenían de momento noticias sobre el ulterior desarrollo de los acontecimientos. Esperaban el punto de vista concorde de las comisiones competentes. En toda el área del portaaviones se estableció un severo régimen: nadie, incluida el ala de aviación, tenía derecho a abandonar su puesto. Nadie, bajo ningún pretexto, podía abandonar el barco, y ninguna otra nave estaba autorizada a acercarse al *Conventsia* en un radio de cincuenta kilómetros. Los aviones que sobrevolaban aquella zona cambiaron su curso para no pasar a menos de trescientos kilómetros del lugar que ocupaba el portaviones.

Así, pues, la reunión general de las partes quedó interrumpida, y cada comisión, junto con sus corresponsables del programa «Demiurg», empezó a estudiar los informes de los paritet-cosmonautas 1-2 y 2-1, transmitidos desde el planeta Pecho Forestal, desconocido por la ciencia.

Sus palabras llegaban de una impensable distancia astronómica:

«¡Atención, atención!

»¡Vamos a efectuar una transmisión transgaláctica para la Tierra!

»Es imposible explicar todas aquellas cosas que no tienen un nombre en nuestro planeta. Sin embargo, hay mucho en común.

»¡Son seres con figura humana, gente como nosotros! ¡Viva la evolución mundial! ¡También aquí la evolución ha elaborado un modelo homínido siguiendo un principio universal! ¡Son unos tipos magníficos, los homínidos extraterrestres! Piel morena, cabellos azules, ojos violáceos o verdes con blancas y espesas pestañas.

»Los vimos en sus escafandras transparentes cuando se ensamblaron a nuestra estación espacial. Nos sonreían desde la popa de la nave y nos invitaban a pasar a ella.

»Y pasamos de una civilización a otra.

»El helicoidal aparato volador desatracó, y a la velocidad de la luz, que prácticamente no se advertía en el interior de la nave, cruzamos el universo superando el torrente del tiempo. Lo primero que nos llamó la atención y que nos produjo un inesperado alivio fue la ausencia de estado de ingravidez. De momento no hemos podido averiguar cómo lo consiguen. Mezclando palabras inglesas y rusas, pronunciaron la primera frase: “Bienvenidos a nuestra Estrella”. Y entonces comprendimos que, si había un cierto grado de sensibilidad, podríamos intercambiar pensamientos. Había cinco seres de cabellos azules y elevada estatura, cerca de dos metros: cuatro hombres y una mujer. La mujer no se diferenciaba por la estatura sino por sus formas netamente femeninas y por una piel más clara. Todos los pechianos de cabellos azules son bastante morenos, algo así como nuestros árabes del norte. Nos inspiraron confianza desde el primer momento.

»Tres de ellos eran los pilotos del aparato volador, y uno de los hombres, y la mujer, eran expertos en idiomas terráqueos. Eran los primeros que habían aprendido y sistematizado palabras inglesas y rusas captando emisiones de radio en el cosmos, y habían compuesto un vocabulario terráqueo. En el momento de nuestro encuentro habían asimilado el significado de más de dos mil palabras y términos. Con la ayuda de esta reserva lingüística empezó nuestra comunicación. Ellos hablaban una lengua completamente incomprensible para nosotros, naturalmente, pero cuyo sonido recordaba al español.

»Once horas después de abandonar la *Paritet*, salíamos de los límites del sistema solar.

»E 1 paso de nuestro sistema astral a otro se realizó imperceptiblemente, sin que nada especial lo distinguiera. La materia del universo es igual en todas partes. Pero en nuestro rumbo (evidentemente, tal debía de ser en aquel momento la disposición y el estado de los cuerpos celestes en aquel otro sistema) se encendió gradualmente frente a nosotros un crepúsculo carmesí. Este crepúsculo fue creciendo y se ensanchó a lo lejos en un espacio ilimitado de luz. Al propio tiempo nos cruzamos con algunos planetas que en aquel momento aparecían oscuros por una parte e iluminados por la otra. Muchos soles y lunas pasaron por los espacios visibles.

»Pareció que pasábamos de la noche al día. Y de pronto entramos volando en una luz cegadoramente pura e inmensa que procedía de un grande y poderoso sol en un cielo hasta entonces desconocido.

»—¡Estamos en nuestra galaxia! ¡Aquí brilla nuestro Poseedor! ¡Pronto aparecerá nuestro Pecho Forestal! —anunció la lingüista.

»Y efectivamente, a incommensurable altura, en aquel nuevo espacio cósmico, vimos un sol desconocido para nosotros, un astro llamado Poseedor. Este Poseedor supera a nuestro Sol por la intensidad de sus radiaciones y por su tamaño. Por cierto, estas cualidades del mencionado astro, y el hecho de que los días del planeta Pecho Forestal consten de veintiocho horas, son, nos inclinamos a creer, la explicación de una serie de diferencias geobiológicas entre ese mundo y el nuestro.

»De todo ello, sin embargo, intentaremos informar la próxima vez, o cuando volvamos a la *Paritet*, y ahora sólo daremos de paso algunos datos importantes. Desde las alturas, el planeta Pecho Forestal recuerda nuestra Tierra, rodeada del mismo tipo de nubes atmosféricas. Pero ya más cerca, a una distancia de cinco o seis mil metros de la superficie —los pechianos realizaron para nosotros un vuelo especial de observación— es un espectáculo de inaudita belleza: montañas, picos, montículos, todos bajo una capa de vivo verde, con ríos, mares y lagos entre ellos, y en algunas partes del planeta, sobre todo en los extremos de los polos, enormes manchas de desiertos sin vida, azotados por tempestades de polvo. Pero la mayor impresión nos la produjeron las ciudades y pueblos. Estas islas de construcciones dentro del paisaje pechiano son testigos de un nivel de urbanismo excepcionalmente elevado. Ni Manhattan puede compararse con lo que representa la construcción de ciudades por los habitantes de azules cabellos de aquel planeta.

»A nuestro juicio, los mismos pechianos son un fenómeno aparte entre los seres racionales del universo. El período de embarazo consta de once meses pechianos. La duración de la vida es larga, aunque ellos mismos consideran que el principal problema de la sociedad y del sentido de la existencia es la prolongación de la vida. Viven un término medio de ciento treinta a ciento cincuenta años, y alguno llega hasta los doscientos años. La población del planeta supera los diez mil millones de habitantes.

»No estamos en condiciones de exponer con cierta sistematización todo lo relacionado con la forma de vida de las gentes de cabellos azules y con las conquistas de su civilización. Por ello vamos comunicando fragmentariamente lo que más nos impresiona de ese mundo.

»Saben conseguir energía solar —o mejor dicho “poseedora”— convirtiéndola en energía térmica y eléctrica con un alto coeficiente de aprovechamiento que supera nuestros medios hidrotécnicos, y también, y eso es muy importante, sintetizan energía de la diferencia de temperatura entre el aire diurno y el nocturno.

»Han aprendido a controlar el clima. Cuando realizamos el vuelo de observación sobre el planeta, el aparato volador, por medio de radiaciones, disipaba instantáneamente las nubes y las nieblas allí donde se concentraban. Nos enteramos de que son capaces de influir en el movimiento de las masas de aire y de las corrientes marinas. Con ello regulan el proceso de humectación y el régimen térmico

en la superficie del planeta, es más, han aprendido a controlar la gravitación y esto les facilita los vuelos interestelares.

»Sin embargo, se les plantea un problema colosal con el que, por lo que nosotros sabemos, todavía no ha tropezado la Tierra. No sufren sequías, por cuanto son capaces de controlar el clima. De momento no son deficitarios en la producción de alimentos. Y eso con una cantidad de población tan enorme que supera en dos veces y media la población de la Tierra. Pero una parte considerable del planeta se convierte gradualmente en suelo no apto para la vida. En aquellos lugares, todo lo vivo muere. En nuestro vuelo de observación vimos tormentas de polvo en la parte sudeste de Pecho Forestal. Como resultado de ciertas terribles reacciones en el seno del planeta —posiblemente, algo semejante a nuestros procesos volcánicos, aunque los pechianos presentan quizá una forma de lenta difusión de erupciones radiactivas— el suelo de la superficie se va destruyendo, va perdiendo su estructura y se consumen todas las sustancias de la tierra vegetal. En esta parte de Pecho Forestal hay un desierto del tamaño del Sahara que, cada año, va invadiendo paso a paso el espacio vital de los extraterrestres de cabellos azules. Ésta es para ellos la mayor desgracia. Aún no han aprendido a controlar los procesos que tienen lugar en las profundidades del planeta. En la lucha contra este amenazador fenómeno de desecación interna se han invertido los mejores esfuerzos, y enormes medios científicos y materiales. No tienen una luna en su sistema astral, pero conocen nuestra Luna y la han visitado. Suponen que nuestra Luna debió de sufrir posiblemente algo semejante. Al enterarnos de esto, nos quedamos algo pensativos: la Luna no está tan lejos de la Tierra. ¿Estamos preparados para este encuentro? ¿Cuáles pueden ser las consecuencias, tanto de carácter externo como interno? ¿Comprenderán los hombres que han perdido mucho, en su desarrollo intelectual, con sus eternas desavenencias en la Tierra?

»Actualmente, en los círculos científicos de Pecho Forestal tiene lugar una discusión de ámbito planetario: la de si conviene incrementar los esfuerzos para descubrir el misterio de la desecación interna y buscar los medios para detener esta catástrofe potencial, o si no sería mejor encontrar a tiempo un nuevo planeta del universo que responda a las exigencias de su vida y empezar también a tiempo la emigración masiva a las nuevas tierras con el objeto de trasladar y restaurar allí la civilización pechiana. De momento aún no está claro adónde y a qué nuevo planeta se dirigen sus miradas. En todo caso, en el planeta actual van a poder vivir aún millones y millones de años, por lo que resulta impresionante que piensen ya en un futuro tan lejano y que estén dominados por tanto entusiasmo y actividad, como si este problema afectara de forma directa a la población que vive en la actualidad. Cómo es posible que ninguna mente haya atisbado este pensamiento ruin: “Después de nosotros, ¿qué más da que no crezca ni la hierba?”. Nos sentimos avergonzados por haber pensado algo semejante cuando supimos que una parte considerable del producto planetario bruto se invierte en el programa para prevenir la desecación interna del núcleo. Intentan establecer una barrera de muchos miles de kilómetros —a

lo largo de la frontera del desierto que avanza arrastrándose silenciosamente— por medio de la perforación de pozos ultraprofundos a través de los cuales inyectan en el núcleo sustancias neutralizantes de larga duración que, según creen, tendrán la debida influencia sobre las reacciones intranucleares del planeta.

»Como es natural, tienen y deben tener problemas de tipo social, que eternamente atormentan la razón y les imponen una pesada cruz, problemas de orden moral, intelectual, de costumbres. Es de toda evidencia que no discurrirá tan sencillamente la vida en común de diez mil y pico de millones de habitantes, por mucho que sea el bienestar que hayan alcanzado. Pero lo más sorprendente en este punto es que no conocen al Estado como tal, no conocen las armas, no saben qué es una guerra. Nos sería difícil asegurarlo, pero es posible que en el pasado histórico hayan tenido guerras, Estado, dinero, y todo cuanto acompaña a esta categoría de relaciones sociales. Sin embargo, en la etapa actual no tienen ni idea de instituciones opresivas, como el Estado, ni de formas de lucha como la guerra. Si llega el caso de explicarles la esencia de nuestras interminables guerras en la Tierra, ¿no les parecerá un medio absurdo de resolver los problemas, o lo que es más, bárbaro?

»Toda su vida está organizada sobre principios muy distintos, no del todo comprensibles ni completamente accesibles para nosotros debido a nuestro estereotipo de pensamiento terráqueo.

»Han alcanzado un nivel de creación planetaria colectiva que excluye categóricamente la guerra como medio de lucha, por lo que sólo nos queda suponer que, con toda probabilidad, esta forma de civilización es la más vanguardista dentro de los límites de todo el espacio imaginable en el medio universal. Seguramente, se alcanza este nivel de desarrollo científico cuando la humanización del tiempo y del espacio se convierte en el principal sentido de la actividad vital de los seres racionales y por lo tanto en una evolución del mundo en su nueva, más elevada e infinita fase.

»No nos disponemos a comparar dos cosas incomparables. Con el tiempo, también llegará la gente de nuestra Tierra a tan gran progreso, e incluso ahora ya tenemos de qué enorgullecer-nos, y sin embargo, no nos abandona una sensación deprimente: ¿qué pasará si la Humanidad de la Tierra permanece en el trágico error de creer que la historia no es más que la historia de las guerras? ¿Y si este camino de desarrollo ha sido erróneo desde el principio, el camino de un callejón sin salida? ¿En este caso, adonde vamos y adónde nos conducirá todo esto? Y si es así, ¿conseguirá la Humanidad encontrar en sí misma el valor de confesarlo y de evitar un cataclismo total? Siendo por voluntad del destino los primeros testigos de una vida social extraterrena, experimentamos complejos sentimientos: terror por el futuro de los terrícolas, y esperanza, por haber en el mundo un ejemplo de grandiosa comunidad de vida cuyo movimiento de avance cae fuera de todas las formas de contradicción que se resuelven con guerras...

»Los pechianos conocen la existencia de la Tierra, situada en los límites ultralejanos —para ellos— del universo. Están deseosos de entrar en contacto con los terrícolas no sólo por una curiosidad natural, sino, según suponen, ante todo como triunfo del fenómeno mismo de la razón, para intercambiar experiencias de civilizaciones, para una nueva era en el desarrollo del pensamiento y del espíritu de los portadores de intelecto del universo.

»En este campo, prevén muchísimo más de lo que podría pensarse. Su interés por los terrícolas viene dictado también por el hecho de considerar que la unión de los esfuerzos comunes de estas dos ramas de la razón universal es el camino fundamental para asegurar la ilimitada continuidad de la vida de la naturaleza, teniendo presente que toda energía se degrada irremisiblemente y que cualquier planeta está condenado con el tiempo a desaparecer... Están preocupados por el problema del “fin del mundo” con miles de millones de años de anticipación, y están elaborando ya actualmente unos proyectos cosmológicos para organizar una nueva base habitable para todo cuanto hay de vivo en el universo...

»Disponiendo de aparatos que vuelan a la velocidad de la luz, podrían visitar actualmente nuestra Tierra. Pero no desean hacerlo sin el consentimiento y la invitación de los propios terrícolas. No quieren irrumpir en la Tierra como huéspedes indeseados. Además, han dado a entender que desde hace tiempo están buscando un pretexto para establecer lazos de amistad. Desde que nuestras estaciones cósmicas se convirtieron en puntos de larga permanencia en órbita, comprendieron que se acercaba el momento del encuentro y que debían tomar la iniciativa. Se prepararon cuidadosamente, esperaron una buena ocasión. Esta ocasión nos correspondió a nosotros, por cuanto nos encontrábamos en el espacio intermedio, en la estación orbital...

»Nuestra estancia en su planeta ha causado, y es muy comprensible, una increíble sensación. Con este motivo se conectó al éter un sistema de telecontacto global que sólo se usa en las grandes celebraciones. En el brillante aire que nos rodea, veíamos como en sueños, a nuestro lado, unas caras y unos objetos que se encontraban a miles y miles de kilómetros, y al propio tiempo podíamos comunicarnos con ellos, sonreímos, estrechamos las manos, mirarnos a la cara, hablar alegremente, lanzando tumultuosas exclamaciones y riendo, como si esto tu viera lugar en un contacto directo. Qué hermosos son los pechianos, qué diferentes entre sí, incluso el color azul de sus cabellos varía del azul oscuro hasta el ultramarino, y los ancianos encanecen, por lo que se ve, igual que los nuestros. Los tipos antropológicos también son diferentes, pues constituyen diferentes grupos étnicos.

»De todo esto, y de otras cosas no menos impresionantes, hablaremos al volver a la *Paritet* o a la Tierra. Ahora vayamos a lo principal. Los pechianos nos ruegan que transmitamos, a través del sistema de enlace de la *Paritet*, su deseo de visitar nuestro planeta cuando convenga a los terrícolas. Y hasta ese día proponen establecer en colaboración un programa para construir una estación intermedia interastral, que al

principio serviría para los primeros encuentros previos y después se convertiría en base fija en el camino de nuestras mutuas exploraciones. Les prometimos poner en conocimiento de nuestros coplanetarios estas propuestas. Sin embargo, a este respecto, hay otra cosa que nos preocupa más.

»¿Estamos preparados, los terrícolas, para este género de encuentros interplanetarios? ¿Somos lo suficiente maduros para ello como seres racionales? ¿Podremos, con nuestra desunión y con las contradicciones existentes, presentarnos unidos como plenipotenciarios de todo el género humano, en nombre de toda la Tierra? Os suplicamos que para evitar un nuevo estallido de rivalidad, una lucha por una ilusoria prioridad, se traslade la resolución de este problema sólo a la ONU. Os rogamos al mismo tiempo que no abuséis del derecho al veto, y, si es posible, que por esta vez, como excepción, se anule este derecho. Para nosotros resulta amargo y duro pensar en tales cosas encontrándonos en los límites de las lejanías cósmicas, pero somos terrícolas y conocemos suficientemente los modos y costumbres de los habitantes de nuestro planeta Tierra.

»Finalmente, hablemos de nosotros, hablemos una vez más de nuestro acto. Reconocemos qué desconcierto y qué medidas extremas habrá provocado nuestra desaparición de la estación orbital. Lamentamos profundamente haber causado tantas molestias. Sin embargo, era un caso único en la historia y no podíamos ni teníamos derecho a rechazar el asunto más grande de toda nuestra vida. Aun siendo hombres sometidos a un riguroso reglamento, nos vimos obligados, para conseguir este objetivo, a proceder contra dicho reglamento.

»Caiga esto sobre nuestra conciencia y recibamos el conveniente castigo. Pero de momento, olvidadlo. ¡Pensadlo! Os hemos enviado una señal desde el universo. Os hemos transmitido una señal desde un sistema astral hasta ahora desconocido, el del astro Poseedor. Los pechianos de azules cabellos son los creadores de una elevadísima civilización moderna. El encuentro con ellos puede representar un cambio total en nuestra vida, en el destino de todo el género humano. ¿Nos atreveremos a ello, salvando ante todo, como es natural, los intereses de la Tierra?

»Los extraterrestres no nos amenazan. Por lo menos, así nos lo parece. Aprovechando su experiencia podríamos dar un cambio completo a nuestra existencia, empezando por el procedimiento para obtener energía del mundo material que nos rodea, hasta la capacidad para vivir sin armas, sin violencia, sin guerras. Esto último os parecerá una extravagancia, incluso os sonará mal, pero os garantizamos solemnemente que así está organizada la vida de los seres racionales en el planeta Pecho Forestal, que han alcanzado esta valiosa perfección como pobladores de una masa geobiológica semejante a la de la Tierra. Portadores de un pensamiento universal altamente civilizado, están dispuestos a establecer contacto con sus hermanos en inteligencia, con los terrícolas, en las formas que respondan a las necesidades y a la dignidad de ambas partes.

»De todos modos, nosotros, interesados e impresionados por el descubrimiento de una civilización extraterrestre, ansiamos volver cuanto antes para comunicar a la gente todo aquello de lo que hemos sido testigos en otra galaxia, en uno de los planetas del sistema del astro Poseedor.

»Dentro de veintiocho horas, es decir, exactamente dentro de un día, después de esta sesión de enlace, tenemos intención de volar de vuelta a nuestra *Paritet*. Al llegar a ella nos pondremos a la completa disposición del Centrun.

»Y ahora, hasta la vista. Antes de salir para el sistema solar informaremos de la hora de nuestra llegada a la *Paritet*.

»Cerramos aquí nuestra primera comunicación desde el planeta Pecho Forestal. Hasta pronto. Rogamos encarecidamente lo comuniquen a nuestras familias para que no estén inquietas...

»Paritet-cosmonauta 1-2

»Paritet-cosmonauta 2-1».

Las sesiones por separado de las comisiones plenipotenciarias a bordo del portaviones *Conventsia* para investigar el extraordinario suceso ocurrido en la estación orbital *Paritet* acabó en que ambas comisiones, con todos sus miembros, partieron a efectuar consultas con las autoridades superiores. Uno de los aviones despegó de la pista del portaviones y tomó rumbo a San Francisco; al cabo de unos minutos despegó el otro en dirección opuesta, hacia Vladivostok.

El portaviones *Conventsia* se encontraba en el mismo lugar, en la zona de su permanente ubicación, en el océano Pacífico, al sur de las Aleutianas... En el portaviones reinaba un orden riguroso. Cada uno se ocupaba de su trabajo, todo el mundo estaba alerta... Y todos guardaban silencio...

En estas tierras, los trenes van de oriente a occidente y de occidente a oriente.

Y a ambos lados del ferrocarril se encuentran, en estas tierras, enormes espacios desérticos, el Sary-Ozeki las tierras Centrales de las estepas amarillas...

Habían recorrido ya una tercera parte del camino hacia Ana-Beit. El sol, que al principio había ascendido rápidamente sobre la tierra, ahora parecía haberse quedado fijo en un punto sobre Sary-Ozeki. Es decir, que el día era ya día. Y empezaba a calentar como tal.

Consultando ora el reloj, ora el sol, ora los valles esteparios abiertos que se extendían por delante, Burani Yediguéi supuso que de momento todo iba como era debido. Él continuaba a la cabeza de la expedición, trotando en su camello, le seguía el tractor con el remolque y tras éste la excavadora Bielorus; el perro pardo *Zholbars* corría un poco hacia un lado.

«Resulta que la cabeza de un hombre no puede dejar de pensar ni por un segundo. Y de qué forma está organizada esa cosa tonta: quieras o no, un pensamiento

aparecerá salido de otro, y así sin fin, seguramente hasta que te mueras». Yediguéi hizo este gracioso descubrimiento al pillarse a sí mismo pensando continua e incesantemente algo durante el camino. Los pensamientos seguían los unos a los otros como la ola marina sigue a otra ola. En su infancia, había pasado horas observando cómo, en el mar de Aral, en tiempo ventoso, surgían en la lejanía blancas crestas móviles, y cómo se acercaban con sus crines hirvientes engendrando una ola tras otra. En aquel movimiento tenía lugar simultáneamente el nacimiento y la destrucción, y de nuevo el nacimiento y la extinción, de la carne viva del mar. Y él, que era un niño, sentía deseos de convertirse en gaviota para volar sobre las olas, sobre las centelleantes salpicaduras, para ver desde arriba cómo vivía el mar en su grandeza.

El Sary-Ozeki preotoñal, con su penetrante y triste amplitud abierta, y el uniforme rumor del camello al trote, impulsaban a Burani Yediguéi a las meditaciones propias de los viajes, y él se entregaba a ellas sin resistencia pues tenía un largo camino por delante y nada alteraba su avance. *Karanar*, como siempre que cubría largas distancias, se calentaba con la marcha y empezaba a desprender un fuerte olor a almizcle. Este olor le llegaba a la nariz desde la cerviz y el cuello del animal. «Vaya, vaya —sonrió satisfecho, para sí, Yediguéi—. ¡O sea que ya estás cubierto de espuma! ¡Ah, mi fierecilla, mi potrillo! ¡Malo, más que malo!»

Yediguéi también pensaba en los días pasados, en asuntos y acontecimientos de la época en que Kazangap aún tenía fuerza y salud, y con esta cadena de recuerdos se abatió inoportunamente sobre él una vieja y amarga tristeza. Y las oraciones no le sirvieron. Las musitaba en voz alta una y otra vez, las repetía para alejar, para distraer y esconder el dolor que volvía a él. Pero el alma no se sometía. Burani Yediguéi se puso sombrío. Golpeaba continuamente, sin necesidad, los flancos del camello que trotaba con gran aplicación, se había bajado la visera sobre los ojos y ya no volvía la cabeza hacia los tractores que le seguían. Ya le seguirían, no se retrasarían, qué les importaba a ellos, jóvenes e inmaduros, aquella antigua historia sobre la que no pronunciaba palabra ni con su mujer y sobre la cual había razonado Kazangap, como siempre, sensata y honestamente. Sólo él pudo dar un juicio, y de no ser así haría ya mucho tiempo que Yediguéi habría abandonado el apartadero de Boranly-Buránnny...

En aquel año, el cincuenta y uno, ya casi al final, en invierno, llegó una familia al apartadero. Marido, mujer y dos hijos, unos chicuelos. El mayor, Daúl, tenía cinco años, el pequeño, tres; éste se llamaba Ermek. El hombre, Abutalip Kuttybáyev, tendría la misma edad que Yediguéi. Antes de la guerra, siendo un muchacho, había trabajado un año de maestro en la escuela del pueblo, y en el verano del cuarenta y uno le movilizaron en los primeros días y le enviaron al frente. Se casó con Zaripa, pues, al final de la guerra, o inmediatamente después. Antes de su traslado, ella era también maestra de párvulos. Y el destino los obligó y los empujó hacia Sary-Ozeki, hacia Boranly-Buránnny.

En seguida se vio claramente que si se encontraban en aquel lugar perdido de Sary-Ozeki no era porque las cosas les fueran bien. Abutalip y Zaripa habrían podido colocarse en otros lugares. Pero por lo visto las circunstancias se presentaban de una manera que no les quedaba otra salida. Al principio, los de Boranly pensaron que no se quedarían mucho tiempo allí, que no resistirían, y que huirían hacia donde fuera. No eran los únicos que llegaban y se marchaban de Boranly-Buránnny. Ésta era también la opinión de Yediguéi y de Kazangap. No obstante, su actitud para con la familia de Abutalip no fue por ello menos respetuosa desde el principio. Eran personas correctas, cultas. Vivían en la pobreza. Trabajaban como todos, tanto el marido como la mujer. Tanto arrastraban traviesas sobre la espalda como se helaban junto a los montones de nieve. En general, hacían cuanto corresponde hacer a los obreros ferroviarios. Y hay que decir que era una familia unida, siempre de acuerdo, una buena familia, aunque muy desgraciada por el hecho de que, al parecer, Abutalip había caído prisionero de los alemanes. En aquella época parecían haber refluído las pasiones de los años de guerra. Ya no se trataba de traidores y de enemigos a los antiguos prisioneros de guerra. Y por lo que respecta a los de Boranly, éstos no se preocuparían por ello. Que ha sido prisionero, pues muy bien, que lo haya sido, la guerra terminó con la victoria, la gente tuvo que tragar no pocas cosas en esta terrible reestructuración mundial. Los hay que en el día de hoy aún vagan como malditos por el mundo. El fantasma de la guerra les va pisando aún los talones... Por ello, los vecinos de Boranly no los molestaban demasiado con preguntas a este respecto, no había por qué envenenar el alma de la gente, de una gente que seguramente ya había sufrido más de la cuenta.

Con el tiempo, sin darse cuenta, se hicieron muy amigos de Abutalip. Era un hombre inteligente. Lo que le atraía a Yediguéi era que Abutalip, en su mala situación, no daba lástima. Se comportaba con dignidad y no murmuraba del destino inútilmente. No podía dejar de tener en cuenta que las cosas van así en este mundo. Evidentemente, el hombre comprendía que era el destino que le correspondía. Seguramente, su esposa, Zaripa, estaba también imbuida de esta conciencia. Después de asumir interiormente que el castigo era inevitable, encontraron el sentido de la vida en una especie de rara sensibilidad, de intimidad entre los dos. Según comprendió luego Yediguéi, eso les daba vida, los protegía, con eso se cubrían uno a otro y a los hijos de los enfurecidos vientos de la época. Especialmente Abutalip. No podía pasar un solo día lejos de su familia. Los niños, los hijos, lo eran todo para él. Abutalip les dedicaba cada minuto libre que tenía. Les enseñaba a leer, componía diversos cuentos, adivinanzas, organizaba juegos inventados. Al principio, cuando su esposa y él iban a trabajar dejaban a los niños en la barraca. Pero Ukubala no podía ver semejante cosa con tranquilidad y se llevaba los niños a casa. Allí había más calor, y su vida, en aquella época, era muchísimo más confortable que la de los recién llegados. Eso fue lo que acercó a ambas familias. En realidad, a Yediguéi también le

estaban creciendo los hijos, dos niñas precisamente de la misma edad que los hijos de Abutalip.

Un día, al ir a recoger a sus hijos después del trabajo en el tramo, Abutalip propuso:

—Sabes, Yediguéi, daré clase a tus niñas al mismo tiempo. Ya sabes que no es por matar el tiempo si me ocupo de los niños desde que vine. Se han hecho amigos, juegan juntos. De día que estén en vuestra casa y por la tarde que vengan a la nuestra. ¿Que por qué hablo así? La vida aquí, aislados, es naturalmente pobre, y por lo tanto razón de más para ocuparse de ellos. Viene una época en la que se van a exigir muchos conocimientos desde la infancia. Ahora, un pequeñajo tiene que saber tanto como antes un joven hecho y derecho. De otro modo no puedes conseguir una instrucción.

Y de nuevo, Yediguéi no comprendió el sentido de los esfuerzos de Abutalip hasta más tarde, hasta que sucedió la desgracia. Entonces comprendió que, en la situación de Abutalip, aquello era lo único que, en las condiciones de Boranly, podía hacer por sus hijos. Como supo, se apresuró a darles cuanto pudo, como si quisiera de esta forma grabarse en su memoria, vivir de nuevo en sus hijos. Por las tardes, cuando Abutalip llegaba del trabajo, él y Zaripa montaban algo parecido a una escuela-guardería para sus hijos y los de Yediguéi. Los niños aprendían las letras, las sílabas, jugaban, dibujaban, competían a ver quién lo hacía mejor, escuchaban los libros que les leían sus padres, e incluso aprendían juntos algunas cancioncillas. Resultó una ocupación tan interesante que el propio Yediguéi empezó a dejarse caer por allí para observar lo bien que les salía todo aquello. También pasaba a menudo Ukubala, como quien va por otra cosa, pero en realidad iba para ver a sus niñas. Burani Yediguéi se conmovía. Su alma se enternecía. ¡He aquí lo que es la gente instruida, los maestros! Da gusto ver cómo saben tratar a los niños sin dejar de ser adultos. En aquellas tardes, Yediguéi procuraba no molestar y se sentaba callado en un rincón. Y cuando llegaba, se quitaba la gorra en el umbral:

—¡Buenas tardes! Aquí está el quinto alumno de la guardería.

Los niños se acostumbraron a sus visitas. Sus hijas eran felices. En presencia de su padre se esforzaban muchísimo. Yediguéi y Ukubala les cargaban por turno la estufa, para que los niños estuvieran más calientes y más cómodos por la tarde en la barraca.

Esta era la familia que se cobijó aquel año en Boranly-Buránny. Pero por raro que parezca, esta clase de gente normalmente no tiene suerte.

La desgracia de Abutalip consistía no sólo en haber sido prisionero de los alemanes; para suerte o desgracia, había participado en una fuga, junto con un grupo de prisioneros de guerra, de un campo de concentración en el sur de Baviera y se había encontrado en el cuarenta y tres en las filas de los guerrilleros yugoslavos. Abutalip luchó en el ejército yugoslavo de liberación hasta el final de la guerra. Allí le hirieron, allí le curaron. Fue condecorado con órdenes militares yugoslavas. Los

periódicos yugoslavos hablaron de él, publicaron fotografías. Esto le prestó un gran servicio cuando la comisión de control y filtro estudió su expediente al volver a la patria en 1945. Sólo quedaban cuatro supervivientes de los que se fugaron del campo de concentración, y se habían fugado doce. Los cuatro tuvieron suerte también en el sentido de que la comisión soviética de control acudió directamente a la unidad del ejército yugoslavo de liberación y los jefes yugoslavos certificaron por escrito las cualidades morales y militares de los antiguos prisioneros soviéticos, así como su participación en la lucha guerrillera contra el fascismo.

En resumen, después de un par de meses de innumerables comprobaciones, interrogatorios, careos, esperas, esperanzas y desesperanzas, Abutalip Kuttybáyev volvió a su Kazajstán sin pérdida de sus derechos civiles, pero también sin aquellos privilegios de que disfrutaban los desmovilizados normales. Abutalip Kuttybáyev no se sintió ofendido. Siendo maestro antes de la guerra, volvió a su trabajo. Y allí, en una escuela de la capital del distrito, conoció a Zaripa, joven maestra de párvulos. Existen algunos casos como éste, de felicidad mutua; son raros, pero existen. No carece la vida de ellos.

Mientras, se apagaba en el mundo el eco de los primeros años de la victoria. Tras el triunfo y el entusiasmo centellearon en el aire las primeras nieves de la «guerra fría». Luego, ésta se fue afirmando. Y se apretaron los resortes de la conciencia de la posguerra en diferentes partes del mundo, en diferentes puntos sensibles...

En una de las lecciones de geografía, funcionó uno de estos resortes. Tarde o temprano, de una u otra manera, tal cosa debía suceder. Si no con él, con alguno semejante a él.

Explicando a los alumnos de octavo la parte europea del mundo, Abutalip Kuttybáyev recordó que una vez los habían sacado del campo de concentración, al sur de los Alpes bávaros, para llevarlos a una cantera y que allí consiguieron desarmar a los guardias y unirse a los guerrilleros yugoslavos; les contó también que había atravesado media Europa durante la guerra, había estado en la ribera del Adriático y del Mediterráneo, conocía muy bien aquella naturaleza, la vida de la población del lugar, y les dijo que todo aquello era imposible de describir en un manual. El maestro consideraba que enriquecía la asignatura con las observaciones vivas de un testigo.

Su relato recorría el mapa azul-verde-marrón de la Europa geográfica colgado en la pizarra de la escuela; recorría las montañas, las llanuras, los ríos, refiriéndose una y otra vez a aquellos lugares que aún soñaba entonces por las noches, a aquellos lugares en los que hubo combates día tras día, durante muchos veranos e inviernos, y es posible que el recorrido rozara el punto invisible donde derramó su sangre cuando por el flanco le alcanzó inesperadamente la ráfaga de una metralleta enemiga y él rodó lentamente por un declive enrojeciendo con sangre la hierba y las piedras, una sangre color carmesí que habría podido inundar todo el mapa escolar, e incluso por un instante tuvo la sensación, de que la sangre se derramaba por el mapa, que le daba

vueltas la cabeza y se le oscurecía la vista, que todo bailoteaba ante sus ojos cuando al desplomarse se cayeron las montañas y él se echó a gritar llamando en su ayuda a un amigo polaco que se había fugado con él, el pasado verano, de la cantera bávara: «¡Kazimir! ¡Kazimir!». Pero éste no le oyó, pues aunque le pareció que gritaba con todas sus fuerzas en realidad no profirió ni un sonido, y no volvió en sí hasta el hospital de los guerrilleros después de una transfusión de sangre.

Al hablar a los alumnos de la parte europea del mundo, Abutalip Kuttybáyev se admiraba de que, después de cuanto había vivido, pudiera hablar tan impersonalmente y con tanta indiferencia, sólo de aquello que hacía referencia a la geografía escolar elemental.

Y entonces se levantó vivamente una mano en el pupitre de primera fila interrumpiendo su relato:

—¿O sea que estuvo usted prisionero, *agai*^[13]?

Unos ojos duros le miraban con fría claridad. La cara del adolescente estaba ligeramente echada hacia atrás, estaba «firmes», y él recordó toda la vida, sin saber por qué, los dientes del muchacho: tenía invertida la posición de la dentadura, la fila inferior cubría, al cerrar la boca, la superior.

—Sí, ¿por qué?

—¿Y por qué no se pegó un tiro?

—¿Y por qué había de matarme? Ya estaba herido.

—Pues porque es inadmisibles entregarse prisionero. ¡Hay una orden al respecto!

—¿Qué orden?

—Una orden de la superioridad.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé todo. Aquí viene gente de Alma-Atá, incluso vienen de Moscú. ¿O sea que no cumplió la orden de la superioridad?

—¿Estuvo tu padre en la guerra?

—No, trabajaba en la movilización.

—Entonces, será difícil que nos entendamos. Sólo puedo decirte que no tuve otra salida.

—De todos modos, tenía que haber cumplido la orden.

—¿Por qué eres tan quisquilloso? —se levantó otro alumno—. Nuestro maestro luchó con los guerrilleros yugoslavos. ¿Qué más quieres?

—¡De todos modos debía cumplir la orden! —afirmó categóricamente el otro.

Y entonces, toda la clase se puso a zumbiar, rompiendo el silencio: «¡Debía!» «¡No debía!» «¡Podía!» «¡No podía!» «¡Bien hecho!» «¡Mal hecho!» El maestro golpeó la mesa con el puño.

—¡Dejad las conversaciones! ¡Estamos en clase de geografía! Cómo haya combatido yo y lo que me haya pasado ya lo saben quienes y donde deben saberlo. ¡Y ahora volvamos a nuestro mapa!

Y de nuevo nadie de la clase vio aquel punto invisible del mapa donde desde el flanco le alcanzaba una ráfaga de ametralladora, y el maestro, que estaba ante la pizarra con el puntero, rodaba por una pendiente manchando con su sangre el mapa azul-verde-marrón de Europa...

Al cabo de unos días le llamaron a la delegación de enseñanza del distrito. Allí, sin palabras superfluas, le propusieron que presentara la dimisión de su trabajo: un ex prisionero no tiene el derecho moral de enseñar a la nueva generación.

Abutalip Kuttybáyev y Zaripa, con su primogénito Daúl, tuvieron que trasladarse a otro distrito, lo más lejos posible de la capital de la región. Se instalaron en la escuela de una aldea. Pareció que echaban raíces, se solucionó el problema de la vivienda, y Zaripa, maestra joven y capacitada, se convirtió en la jefa de estudios. Pero entonces se desencadenaron los sucesos del año cuarenta y dos relacionados con Yugoslavia. A Abutalip Kuttybáyev le vieron ya no sólo como antiguo prisionero de guerra sino también como un personaje sospechoso que había vivido largo tiempo en aquel país. Y aunque él demostraba que sólo había estado en la guerrilla con los camaradas yugoslavos, no se tomaba en consideración. Todos lo comprendían e incluso le compadecían, pero nadie osaba tomar sobre sí ninguna responsabilidad a este respecto. De nuevo le llamó la delegación de enseñanza del distrito y otra vez se repitió la historia de la dimisión.

La familia de Abutalip Kuttybáyev se trasladó muchas veces más de un lugar a otro, y a finales del cincuenta y uno, en pleno invierno, se encontraba en Sary-Ozeki, en el apartadero de Boranly-Buránnny...

El verano del cincuenta y dos fue más caluroso de lo normal. La tierra se secó y se recalentó hasta tal grado que ni los reptiles de Sary-Ozeki sabían dónde meterse; sin temer a las personas, acudían corriendo al umbral de las casas, con la garganta palpitando desesperadamente y la boca muy abierta, con tal de esconderse del sol en alguna parte. Y los milanos, buscando frescor, alcanzaban alturas tan insólitas que resultaba difícil distinguirlos a simple vista. Sólo de vez en cuando daban a conocer su presencia con vivos y solitarios chillidos; luego guardaban silencio dentro de aquella ardiente y movediza neblina.

Pero el servicio es el servicio. Los trenes iban de oriente a occidente y viceversa. ¡Cuántos trenes se habían cruzado en Boranly-Buránnny! No había calor que pudiera influir en el movimiento del transporte por la gran vía estatal.

Todo seguía su curso. Se debía trabajar en las vías con manoplas, pues con las manos desnudas no se podía tocar una piedra y mucho menos un hierro. El sol estaba sobre la cabeza como un brasero. El agua, como siempre, la llevaban en una cisterna y llegaba al apartadero casi en el punto de ebullición. La ropa se quemaba sobre los hombros en un par de días. Era muy probable que en invierno, en los días de las más

fuertes heladas, el hombre se encontrara mejor en Sary-Ozeki que con semejante calor. Aquellos días, Burani Yediguéi procuraba animar a Abutalip.

—No siempre tenemos veranos como éste. Simplemente, que este año es así —se justificaba como si tuviera la culpa—. Unos quince días más, veinte a lo sumo, y cederá, bajará la temperatura. El muy maldito nos está atormentando a todos. Pero aquí, en Sary-Ozeki, suele haber un cambio a finales del verano, el tiempo cambia de pronto. Y entonces hay un gran bienestar todo el otoño hasta la llegada del invierno: hace fresco y el ganado engorda. Hay sus indicios para suponer que este año será así. De manera que, paciencia y seguro que el otoño será bueno.

—¿O sea que me lo garantiza? —sonrió Abutalip con aire comprensivo.

—Casi podría decir que sí.

—Pues muchas gracias. Ahora estoy como en un baño de vapor. Pero no sufra por mí. Zaripa y yo resistiremos. Hemos aguantado cosas peores. Me duele por los niños... No puedo mirarlos...

Los niños de Boranly languidecían con las mejillas hundidas, se consumían, y no había donde esconderlos de aquel bochorno sofocante y agotador. No había ni un arbolillo en los alrededores, ni un arroyuelo, tan necesarios en el mundo infantil. En primavera, cuando Sary-Ozeki renacía y por poco tiempo se ponían verdes los bordes de barrancos y hoyas, aquello era la libertad absoluta de la chiquillería. Jugaban a pelota, al escondite, huían a la estepa y perseguían roedores. Daba gusto oír sus voces, que llegaban hasta muy lejos.

El verano lo destruía todo. Y los bulliciosos niños sufrían un calor inmenso. Se escondían de él a la sombra de las paredes de las casas, desde donde sólo asomaban cuando pasaban los trenes. Era su diversión: calculaban cuántos habían pasado en un sentido y cuántos en otro, cuántos llevaban vagones de pasajeros y cuántos los llevaban de mercancías. Y cuando los trenes de pasajeros disminuían la marcha al pasar por el apartadero, los niños creían que iba a detenerse, aquél sí, y corrían a su alcance, jadeando, cubriéndose del sol con sus manecitas, posiblemente con la ingenua esperanza de escapar de aquel horno. Y era duro ver con qué envidia y tristeza, que nada tenía de infantil, contemplaban los pequeños de Boranly los vagones que se alejaban. Los pasajeros de aquellos vagones expuestos al aire, con las ventanillas y puertas totalmente abiertas, también se volvían locos con el calor, la hediondez y las moscas, pero por lo menos tenían la seguridad de que al cabo de un par de días se encontrarían en lugares en donde había frescos ríos y verdes bosques.

Todos sufrieron por los niños aquel verano, todos los mayores, padres y madres, pero lo que sufrió Abutalip puede que, aparte de Zaripa, sólo lo comprendiera él, Yediguéi. Precisamente, tuvo con Zaripa la primera conversación sobre ello. En ésta se entreabrió algo en el destino de los dos.

Aquel día trabajaban en la línea, renovaban la grava de aquel tramo. Arrojan la machaca, la metían en las holguras bajo las traviesas y los rieles, y al tiempo reforzaban el terraplén, que se desmoronaba con las vibraciones. Sólo podían hacerlo

a ratos, en los intervalos, entre los trenes que pasaban. Con aquel calor, resultaba un trabajo largo y agotador. Cerca del mediodía, Abutalip tomó un bidón vacío y se fue, según dijo, a buscar agua caliente a la cisterna que estaba en vía muerta, y al propio tiempo a echar una mirada a los niños.

Se fue rápidamente por las vías, pese a que el sol quemaba. Tenía prisa por llegar adonde estaban los niños, no estaba como para pensar en sí mismo. La descolorida camiseta, de un color sucio indeterminado, colgaba cubriendo sus huesudas espaldas; llevaba en la cabeza un reseco sombrero de paja y sobre su enflaquecido cuerpo unos pantalones que le quedaban anchos; en los pies, unos destrozados zapatones de obrero sin cordones. Caminaba arrastrando las suelas por las traviesas sin prestar atención a nada. Apareció un tren por detrás y ni siquiera volvió la cabeza.

—¡Eh, Abutalip, sal de las vías! ¿Estás sordo? —le gritó Yediguéi.

El otro no le oyó, y sólo bajó por el terraplén cuando la locomotora dio un pitido, aunque ni entonces miró al tren que pasaba por su lado y no vio cómo el maquinista le amenazaba con el puño.

Ni en la guerra ni en la cautividad le habían salido canas; claro que era más joven, pues había ido al frente con diecinueve años, de alférez. Pero aquel verano le aparecieron las primeras; canas de Sary-Ozeki. Además, aquella blancura indeseada aparecía en diversos puntos de su densa y compacta cabellera, y en las sienes empezó a dominar y se le tornaron blancas. En los buenos tiempos habría sido un hombre hermoso, de buen porte. Amplia frente, nariz aguileña, pronunciada nuez de Adán, fuerte boca y ojos alargados, anchos, un hombre agradable de buena estatura. Zariipa bromeaba amargamente: «No has tenido suerte, Abu, deberías representar a Otelo en escena». Abutalip sonreía: «Entonces te estrangularía como el último de los tontos, ¿qué sacarías con ello?».

La reacción retardada de Abutalip con respecto al tren que le alcanzaba por la espalda inquietó considerablemente a Yediguéi.

—Deberías preguntarle por qué se porta así —dijo a Zariipa con cierto reproche—. El maquinista no es responsable, las vías no están para pasear. Pero no se trata de esto. ¿Por qué arriesgarse así?

Zariipa suspiró profundamente y se enjugó con la manga el sudor de su ardiente y ennegrecido rostro.

—Temo por él.

—¿Qué pasa?

—Tengo miedo, Yedik. Para qué ocultártelo. Se castiga a sí mismo por los niños y por mí. Porque cuando yo me casé desobedecí a mi familia. Mi hermano mayor estaba fuera de sí, chillaba: «¡Te arrepentirás eternamente, estúpida! Tú lo que haces no es casarte con él sino con la desgracia, y tus hijos y los hijos de estos hijos que aún no han nacido están ya condenados a la desgracia. Y si tu enamorado tuviera una cabeza sobre los hombros lo que haría no sería crear una familia sino ahorcarse. ¡Ésta sería la mejor solución para él!». Nosotros obramos a nuestra manera. Teníamos una

esperanza: si la guerra ya se había terminado, ¿qué cuentas había que pedirles a vivos y muertos? Nos manteníamos alejados de todos, tanto de sus parientes como de los míos. Y finalmente, imagínate, mi propio hermano firmó una declaración en la que me prevenía y protestaba de nuestro matrimonio. Decía que no tenía nada en común conmigo y aún menos con un personaje como Abutalip Kutibáiev que había vivido mucho tiempo en Yugoslavia. Bueno, después de esto, todo empezó de nuevo. Fuéramos donde fuéramos, nos cerraban la puerta en las narices, y ahora estamos aquí, no hay otro sitio más adónde ir.

Zaripa guardó silencio mientras rastrillaba furiosa la machaca echándola bajo las traviesas. De nuevo apareció a lo lejos, por delante, un tren que se acercaba. Salieron de las vías llevándose las palas y las angarillas.

Yediguéi tenía la sensación de que debía prestar alguna ayuda a una gente que se encontraba en aquella posición. Pero no podía cambiar nada, la desgracia estaba mucho más allá de los límites de su Sary-Ozeki.

—Nosotros hace muchos años que vivimos aquí. También vosotros os acostumbraréis y os acomodaréis. Y hay que vivir —subrayó mirándola a la cara.

«Sí, el pan de Sary-Ozeki es muy amargo —pensó Yediguéi—. Cuando llegó aquí el pasado invierno aún tenía la cara blanca y ahora su rostro es como la tierra —observó, lamentando que su belleza palidciera a ojos vista—. Y qué cabellos tenía, y ahora están quemados; el sol le ha chamuscado hasta las pestañas. Los labios están agrietados hasta sangrar. Lo está pasando muy mal. No está acostumbrada a esta clase de vida. Y sin embargo resiste, no cede. Y cómo podría ceder ahora si tiene dos hijos. De todos modos, es muy valiente...»

En aquel momento, arremolinando el aire ardiente estacionado, repiqueteó por las vías, como una tórrida ráfaga de ametralladora, el tren de turno. De nuevo subieron con las herramientas al terraplén, a continuar el trabajo.

—Escucha, Zaripa —dijo Yediguéi intentando fortalecer su espíritu de alguna manera, conciliarlo con la realidad—. Para los niños, estar aquí es muy duro, no lo discuto. Cuando contemplo a mis propios hijos, también me duele el corazón. Pero ten en cuenta que este calor no va a estar siempre ahí plantado como una estaca. Pasará. Además, si lo pensamos bien, no estáis solos aquí, en Sary-Ozeki, tenéis gente alrededor, en todo caso estamos nosotros. Para qué dejarse abatir si la vida es así.

—Esto es lo que le digo a él, Yedik. Ya ves que procuro por todos los medios no dejar escapar una sola palabra innecesaria. Y es porque comprendo cómo lo está pasando.

—Y haces muy bien. Es lo que quería decirte, Zaripa. Esperaba la ocasión. Lo sabes muy bien. Y ahora venía a cuento. Perdona.

—Naturalmente, hay momentos en que no puedes más. Y sientes lástima de ti misma, y de él, y aún más de los niños. Aunque no tiene ninguna culpa, se siente culpable de habernos traído aquí. Y no puede cambiar nada. En nuestra región, en los

montes y ríos de Alatau, la vida es completamente diferente y el clima también. Podríamos enviar allí a los niños, por lo menos en verano. Pero ¿a casa de quién? Padres no tenemos, murieron pronto. Hermanos, hermanas, parientes... También resulta difícil culparlos, pero a ellos esto no les importa nada. Antes ya nos evitaban, y ahora nos ignoran por completo. ¿Para qué necesitan a nuestros hijos? Y así sufrimos y tememos que darnos atascados aquí toda la vida, aunque no lo digamos en voz alta. Pero yo veo lo que él está pasando... Lo que nos espera en el futuro es algo que sólo Dios sabe...

Guardaron un pesado silencio. Y ya no volvieron a reemprender la conversación. Trabajaban, dejaban pasar los trenes por las vías y de nuevo volvían a emprender su tarea. ¿Qué otra cosa podían hacer? ¿Cómo consolarlos, cómo ayudarlos, en su desgracia? «Naturalmente, no se puede ir así por el mundo —pensó Yediguéi—. Aquí tendrán de qué vivir, trabajan los dos. Parece que nadie los ha encerrado aquí por la fuerza, pero no tienen ninguna salida. Ni mañana ni pasado».

Y aún se admiraba Yediguéi de sí mismo por la sensación de agravio y amargura que experimentaba a causa de aquella familia, como si la historia le afectara personalmente a él. ¿Qué eran ellos para él? ¿Podía decirse a sí mismo que no era asunto suyo, que qué le importaba a él? Además, ¿quién era él para juzgar y opinar sobre asuntos que no le concernían? Él era un trabajador, un hombre de la estepa como hay tantos, y no era él quien tenía que indignarse, que disgustarse, que inquietar su conciencia con cuestiones sobre la justicia o injusticia de la vida. Con toda seguridad, en el lugar de donde procedía todo aquello sabían mil veces más que él, que Burani Yediguéi. Allí lo tendrían más claro que él aquí, en Sary-Ozeki. ¿Le correspondían, acaso, esas preocupaciones? Y sin embargo, no podía tranquilizarse. Sin saber por qué, su alma sufría más por ella, por Zaripa. Le sorprendía y subyugaba su fidelidad, su aguante, su lucha desesperada contra las adversidades. Parecía como un pájaro que con sus alas quisiera proteger el nido contra la tempestad. Otra habría llorado un poquito, y después se habría sometido respetuosamente a la voluntad de sus parientes. Pero ella pagaba a partes iguales con su marido la cuenta de la pasada guerra. Y era esta circunstancia la que causaba, pese a todo, más intranquilidad a Yediguéi, porque de ninguna manera podía defender ni a sus hijos ni a su marido... Hubo después momentos en los que lamentó amargamente que el destino hubiera decidido instalar aquella familia en Boranly-Buránnny. ¿Por qué tenía que sufrir él esas vivencias? No las habría conocido, ni nada semejante y hubiera vivido tranquilo como antes...

CAPÍTULO VI

Al sur de las Aleutianas, en pleno océano Pacífico, las olas empezaron a moverse en la segunda mitad del día. El viento del sudeste, surgido en las llanuras del continente americano, había ido cobrando fuerza gradualmente, y poco a poco había precisado y consolidado su dirección. Y el agua entró en movimiento en aquellos amplios espacios abiertos, balanceándose pesadamente, chapoteando, y formándose en hileras cada vez con más frecuencia, en filas unas tras de otras. Eso hacía prever si no una tempestad por lo menos una marejada de larga duración.

Para el portaviones *Conventsia* aquellas olas en mar abierto no representaban ningún peligro. En otra ocasión no se le habría ni ocurrido cambiar de posición. Pero como de un momento a otro se esperaba el aterrizaje de los aviones que volvían a toda prisa con las comisiones plenipotenciarias después de sus consultas con las autoridades superiores, el portaviones prefirió situarse contra el viento para disminuir el balanceo lateral. Todo se realizó normalmente. Primero se posó el avión de San Francisco, luego el de Vladivostok.

Las comisiones volvieron completas, igualmente silenciosas y preocupadas. Quince minutos más tarde se sentaban alrededor de la mesa en una sesión a puerta cerrada. Cinco minutos después de empezar sus trabajos, la comisión enviaba al cosmos, a la estación orbital *Paritet*, un radiograma cifrado urgente que debía ser transmitido a los paritet-cosmonautas 1-2 y 2-1 a la galaxia Poseedor:

«A los cosmonautas 1-2 y 2-1 de la estación orbital *Paritet*. Prevenid a los paritet-cosmonautas 1-2 y 2-1 que se encuentran más allá del sistema solar, que no emprendan ninguna acción. Que permanezcan donde están hasta recibir nuevas indicaciones del Centrun».

Después de esto y sin perder un minuto, las comisiones plenipotenciarias procedieron a exponer sus posiciones y a presentar proposiciones para resolver la crisis cósmica...

El portaviones *Conventsia* estaba situado frente al viento en medio de las infinitas olas del océano Pacífico que lo azotaban. Nadie en el mundo sabía que a bordo se estaba decidiendo en aquel momento el destino global del planeta...

En estas tierras, los trenes van de oriente a occidente y de occidente a oriente...

Y a ambos lados del ferrocarril se encuentran, en estas tierras, enormes espacios desérticos, el Sary-Ozeki, las tierras Centrales de las estepas amarillas.

En estas tierras, cualquier distancia se mide con relación al ferrocarril, como si fuera el meridiano de Greenwich...

Pero los trenes van de oriente a occidente y de occidente a oriente...

Aún faltaban dos horas de camino para llegar al cementerio de Ana-Beit. La procesión fúnebre avanzaba por Sary-Ozeki de la misma manera. Delante, indicando el camino, iba Burani Yediguéi sobre su camello. Su *Karanar* continuaba marchando

a la cabeza con incansable y largo paso, después seguían por la tierra virgen el tractor y su remolque, en el cual, junto al difunto Kazangap, iba su solitario y paciente yerno, el marido de Aizada, y tras ellos la excavadora Bielorús. Y lateralmente, ora adelantándose ora retrasándose, ora deteniéndose por algún importante motivo, corría tan diligente y convencido como siempre el pardo y bien pechado perro *Zholbars*.

El sol quemaba mientras ascendía al cénit. Quedaba por detrás gran parte del trayecto, y el extenso Sary-Ozeki ofrecía a la vista, tras cada barrera natural, nuevas y nuevas tierras desérticas que se extendían cada vez hasta la misma línea del horizonte. En verdad era majestuosa aquella planicie esteparia. En otro tiempo habitaban aquellos lugares los *zhuanzhuan*, de desgraciada memoria, unos invasores que se apoderaron por mucho tiempo de casi toda la región de Sary-Ozeki. También vivían allí otros pueblos nómadas, y había entre ellos continuas guerras por los pastos y los pozos. A veces vencían unos, a veces otros. Pero de todos modos tanto vencedores como vencidos permanecían en la región, los unos estrechándose, los otros ensanchando su territorio. Elizárov decía que, como espacio vital, Sary-Ozeki valía esa lucha. En aquella época caían allí muchas más lluvias, tanto en primavera como en otoño. La hierba bastaba para muchas cabezas de ganado, tanto mayor como menor. Entonces lo atravesaban los mercaderes y se hacían negocios. Pero luego parece ser que el clima cambió bruscamente, dejó de llover, se secaron los pozos, se agotaron los pastos. Los pueblos y tribus que invadieron Sary-Ozeki se dispersaron, y los *zhuanzhuan* desaparecieron por completo. Se dirigieron a Edilia, que así se llamaba entonces el Volga, y desaparecieron en la ribera en el mundo de lo desconocido. Nadie supo de dónde habían venido, nadie pudo enterarse dónde se habían metido. Decían que los había alcanzado una maldición: cuando atravesaban conjuntamente el Edilia en invierno, se abrió el hielo del río y todos ellos, junto con sus rebaños y manadas desaparecieron bajo el hielo...

Los habitantes indígenas de Sary-Ozeki, los nómadas kazajos, tampoco abandonaron entonces su territorio, resistiendo en aquellos lugares en los que aún se podía conseguir agua en pozos recavados de nuevo. Pero el tiempo de mayor animación en Sary-Ozeki coincidió con los años de la posguerra. Aparecieron los camiones-tanque. Un camión cisterna, si el chófer conocía bien el lugar, podía dar servicio a tres o cuatro campamentos nómadas de conducción de ganado. Los arrendatarios de los pastos de Sary-Ozeki —los *koljoses* y *sovjoses* de los distritos adyacentes— estaban ya pensando en la instalación de bases permanentes en el desierto, para los conductores de ganado. Empezaron a hacer cálculos, a tomar medidas para saber cuánto les costaría aquella construcción. Y menos mal que no se apresuraron. Insensiblemente, de forma imperceptible, surgió en los alrededores de Ana-Beit una ciudad sin nombre: el Buzón. Así decían: «Fui al Buzón, estuve en el Buzón, lo compré en el Buzón, lo vi en el Buzón...». El Buzón fue creciendo, construyéndose, y se cerró a los forasteros. Una carretera asfaltada lo unía por un lado con el cosmódromo y por el otro con la estación del ferrocarril. Con ello empezó

una nueva colonización de Sary-Ozeki, la colonización industrial. De todo el pasado sólo había quedado por aquella parte el cementerio de Ana-Beit, situado sobre dos montículos contiguos como las gibas de un camello, Eguis-Tiube, el lugar más honroso para enterrar a alguien en todo el distrito de Sary-Ozeki. En tiempos remotos, a veces llevaban difuntos desde rincones tan alejados que la gente tenía que pernoctar en la estepa. Pero en cambio, los descendientes de los difuntos sepultados en Ana-Beit podían tener el legítimo orgullo de haber rendido a sus antepasados un honor especial. Allí se enterraban las personas más respetadas y conocidas por el pueblo, los que habían vivido mucho, los sabios y los que habían ganado una buena fama con sus palabras y con sus hechos. Elizárov, que lo sabía todo, llamaba a ese lugar el panteón de Sary-Ozeki.

Y a ese lugar se acercaba aquel día un extraño cortejo fúnebre en camello y tractor con el acompañamiento de un perro. Procedía del apartadero ferroviario de Boranly-Buránný...

El cementerio de Ana-Beit tenía su historia. La leyenda decía que los zhuanzhuan, al conquistar Sary-Ozeki en pasados siglos, trataron con excepcional crueldad a los guerreros que capturaban. Si les convenía, los vendían como esclavos en tierras vecinas, y eso se consideraba un final feliz para el prisionero, pues el esclavo vendido tarde o temprano podía escapar hacia su patria. Pero un destino monstruoso esperaba a aquellos que los zhuanzhuan se quedaban como esclavos para sí mismos. Aniquilaban la memoria del esclavo con un suplicio terrible: ponían sobre la cabeza de la víctima un casquete. Habitualmente, este destino era para los jóvenes capturados en combate. Primero les afeitaban la cabeza, arrancándoles cuidadosamente cada pelillo de raíz. Al propio tiempo, terminado el afeitado, unos expertos matarifes sacrificaban cerca de allí un camello adulto. Al despellejar al animal, lo primero que hacían era separar la parte más compacta y pesada, la de la cerviz. Dividida en partes, caliente aún, la aplicaban a las cabezas rapadas de los prisioneros como un emplasto, algo parecido a los actuales gorros de goma para el baño. Eso era lo que significaba poner el casquete. El que sufría esta manipulación, o bien moría al no poder soportar el suplicio, o bien perdía la memoria para toda la vida y se convertía en un *mankurt*, un esclavo que no recordaba su pasado. La piel de la cerviz de un camello servía para cinco o seis casquetes. Una vez colocado, se sujetaba a cada condenado con un collar de madera de modo que la víctima no pudiera tocar el suelo con la cabeza. De este modo los llevaban a lugares alejados de la gente, para que no llegaran inútilmente sus desgarradores gritos, y los abandonaban allí, a campo abierto, atados de pies y manos, a los efectos del sol, sin agua ni alimento. El suplicio duraba algunos días. Sólo unas patrullas reforzadas vigilaban los accesos a determinados lugares para que los compañeros de tribu de los prisioneros no intentaran liberarlos mientras aún seguían con vida. Pero tales intentos se emprendían muy raramente, pues en la estepa abierta siempre se advierte cualquier movimiento. Y si más tarde llegaba el rumor de que uno de ellos había sido

convertido en *mankurt* por los zhuanzhuan, ni las personas más allegadas sentían el impulso de liberarle o de redimirle, pues significaba recuperar una sombra del hombre que fue. Y sólo hubo una madre naimana, que figura en la leyenda como Naiman-Ana, que no quiso aceptar la desgracia de su hijo. Esto es lo que cuenta la leyenda de Sary-Ozeki. Y de ahí el nombre del cementerio de Ana-Beit: reposo maternal.

La mayoría de estos hombres, abandonados a un atormentador suplicio en el campo, perecían bajo el sol de Sary-Ozeki. Sólo sobrevivían uno o dos *mankurt* de cada cinco o seis. No morían de hambre, ni aun de sed, sino de los insoportables e inhumanos tormentos que les infligían la piel de camello sin curtir que se secaba y se contraía sobre su cabeza. Al reducirse implacablemente bajo los rayos del ardiente sol, el casquete presionaba y comprimía la cabeza afeitada del esclavo como un aro de hierro. Al segundo día empezaban a crecer de nuevo los pelos afeitados de la víctima. Duros y rectos, esos pelos asiáticos a veces se clavaban en la piel sin curtir, pero en la mayoría de los casos, al no encontrar una salida, se doblaban y volvían a clavar sus extremos en la piel de la cabeza, infligiendo aún mayores sufrimientos. Esta última prueba iba acompañada de un completo enturbiamiento de la razón. Sólo al cabo de cinco días se acercaban los zhuanzhuan a comprobar si alguno de los prisioneros había sobrevivido. Si encontraban con vida aunque sólo fuera a uno de los condenados, consideraban que su objetivo había sido alcanzado. Le daban agua, y le liberaban de sus ataduras, y con el tiempo le devolvían sus fuerzas y le ponían en pie. Era ya un esclavo *mankurt*, al que habían privado de la memoria por la fuerza, un esclavo muy valioso que valía por diez prisioneros sanos. Incluso había una ley: en caso de matar a un esclavo *mankurt* en alguna de las discordias intestinas, la indemnización por tal pérdida era tres veces mayor que la que correspondería pagar por la vida de un miembro libre de la tribu.

El *mankurt* no sabía quién era, de qué tribu procedía, desconocía su nombre, no recordaba su infancia, ni a su padre ni a su madre; en una palabra, no se tenía a sí mismo por ser humano. Privado de la comprensión de su propio «yo», el *mankurt* tenía una serie de ventajas desde el punto de vista económico. Equivalía a una criatura muda, y por ello absolutamente sumisa y segura. Nunca pensaba en la fuga. Para cualquier amo, lo más terrible es el motín. Cada esclavo es un rebelde en potencia. El *mankurt* era una excepción única a este respecto: le eran radicalmente ajenos los impulsos a la rebeldía, la insumisión. No conocía estas pasiones. Por ello no había necesidad de vigilarle, de tener una guardia ni por tanto de sospechar en él malas intenciones. El *mankurt*, como los perros, sólo conocía a su dueño. No entraba en contacto con otras personas. Todos sus pensamientos se reducían a llenar la panza. No conocía otras preocupaciones. En cambio, ejecutaba los encargos ciegamente, con tesón, sin distracciones. Normalmente se les obligaba a realizar los trabajos más sucios y pesados, o bien les encargaban las tareas más penosas y molestas, aquellas que exigían una gran paciencia. Sólo un *mankurt* podía soportar en soledad el Sary-

Ozeki lejano y desierto cuando se encontraba día y noche en los pastos con la manada de camellos. En aquellas lejanías, un *mankurt* sustituía a una multitud de trabajadores. Todo lo que se debía hacer era proveerle de alimentos, y él permanecía trabajando sin relevo inviernos y veranos, sin tornarse salvaje ni quejarse de las privaciones. Para el *mankurt* la voluntad del amo estaba por encima de todo. Nada exigía para sí, fuera de la comida y unos harapos para no congelarse en la estepa...

Habría sido más fácil arrancarle la cabeza al prisionero o causarle cualquier otro daño para acobardar su alma, antes que quitarle a un hombre su memoria, destruir su razón, arrancar las raíces de todo aquello que permanece en el ser humano hasta su último suspiro, todo aquello que constituye su única conquista, la que desaparece con él y está fuera del alcance de los demás. Pero los nómadas zhuanzhuan, que presentan en su remota historia el tipo más cruel de barbarie, también atentaron contra esta sagrada esencia del hombre. Encontraron el medio para arrancar a los esclavos su memoria viva, infligiendo con ello a la naturaleza humana la más dura de las maldades imaginables. Así, pues, no era casual que al llorar a su hijo convertido en *mankurt*, Naiman-Ana dijera con frenético dolor y desesperación:

«Cuando te arrancaron la memoria, cuando comprimieron tu cabeza, hijo mío, como la nuez con las tenazas, apretándote el cráneo con la lenta acción de una piel de camello secándose, cuando te colocaron un aro invisible en la cabeza de forma que tus ojos querían salirse de sus órbitas inyectadas con el más horrible terror, cuando en la hoguera sin humo de Sary-Ozeki te atormentó la sed que precede a la muerte y no hubo gota que cayera del cielo sobre tus labios, ¿fue para ti el sol, que da la vida a todos, un astro odioso y cegador, el más negro de todos los astros del mundo?

»Cuando, desgarrado por el dolor, tu grito se levantaba frenético en medio del desierto, cuando chillabas y te revolvías implorando a Dios día y noche, cuando esperabas ayuda de un cielo inútil, cuando ahogándote en vómitos provocados por los tormentos de la carne, y retorciéndote sobre la vil suciedad que manaba del cuerpo, retorcido en convulsiones, cuando te apagaste en esa fetidez, perdiendo el juicio, devorado por un enjambre de moscas, ¿maldeciste con tus últimas fuerzas a Dios, que nos ha creado en un mundo que Él ha abandonado?

»Cuando las tinieblas de la ofuscación cubrieron para siempre tu razón mutilada por los suplicios, cuando tu memoria, desarmada por la fuerza, perdió irreversiblemente toda concatenación con el pasado, cuando en tus fieros impulsos olvidaste la mirada de tu madre, el rumor del arroyo al pie de la montaña donde jugaste en tus días infantiles, cuando perdiste tu nombre y el nombre de tu padre al derrumbarse tu conciencia, cuando la faz de las personas entre las que habías crecido se apagó, y también se apagó el nombre de la muchacha que te sonreía con timidez, ¿acaso no maldeciste, al caer en el abismo de la inconsciencia, a tu madre con horribles imprecaciones por haber osado engendrarte en sus entrañas y darte a luz, para llegar a un día así?»

Esta historia correspondía a la época en que, expulsados de los límites meridionales del Asia nómada, los zhuanzhuan afluyeron al norte y se apoderaron por largo tiempo de Sary-Ozeki sosteniendo incesantes guerras con el objeto de extender sus posesiones y capturar esclavos. En los primeros tiempos, aprovechando la sorpresa de la invasión, capturaron muchos prisioneros en las tierras adyacentes a Sary-Ozeki, incluyendo mujeres y niños. Los convirtieron a todos en esclavos. Pero la resistencia contra la invasión extranjera fue creciendo. Empezaron los choques encarnizados. Los zhuanzhuan no tenían intención de abandonar Sary-Ozeki, por el contrario, procuraban consolidarse fuertemente en esos vastos terrenos, aptos para la ganadería de la estepa. Las tribus indígenas no se conformaron con esa pérdida y consideraban su derecho y su deber expulsar tarde o temprano a los conquistadores. Sea como sea, continuaban los pequeños y grandes combates con suerte alterna. Pero también estas agotadoras guerras tenían sus momentos de paz.

En uno de ellos, unos mercaderes que llegaron con sus caravanas de mercancías a la tierra de los naimanos contaron, mientras tomaban el té, que habían atravesado las estepas de Sary-Ozeki sin tropezar con grandes dificultades en los pozos por parte de los zhuanzhuan, y mencionaron su encuentro, en Sary-Ozeki, con un joven pastor junto a una gran manada de camellos. Los mercaderes habían intentado conversar con él, pero había resultado ser un *mankurt*. Tenía el aspecto muy sano y nadie pensaría nunca lo que habían hecho con él. En otro tiempo, seguramente no habría sido peor que otros, habría sido hablador y comprensivo. Era muy joven aún, apenas le brotaba el bigote, y no era feo, pero en cuanto se le dirigía la palabra parecía haber nacido el día anterior, el pobre no recordaba nada, no conocía su nombre, ni a su padre ni a su madre, ni lo que le habían hecho los zhuanzhuan, ni tampoco sabía dónde había nacido. Callaba ante cualquier pregunta, sólo respondía «sí», «no», y tenía siempre la mano sobre una gorra fuertemente encasquetada en su cabeza. Por fea que sea la costumbre, la gente se burla de los mutilados. Al decir estas palabras, se burlaban de que hubiera unos *mankurt* que llevaran una piel de camello enraizada en su cabeza. Para un *mankurt*, el peor castigo es que se le asuste diciendo: «Venga, vamos a despegarte la cabeza». Se revolverá como un caballo salvaje, pero no dejará que le toquen la cabeza. No se quitan esas gorras ni de día ni de noche, duermen con ellas puestas... Y sin embargo, continuaron los visitantes, sería tan tonto como se quiera, pero el *mankurt* cumplió su cometido, vigiló muy despierto hasta que los de la caravana se alejaron del lugar donde vagaba su rebaño de camellos. Y un arriero decidió burlarse de él como despedida:

—Tenemos un largo camino por delante. ¿A quién quieres que transmitamos tu saludo, a qué beldad, en qué país? Dínoslo, no lo ocultes. ¿Me oyes? ¿No quieres que le entreguemos un pañuelo de tu parte?

El *mankurt* estuvo largo rato silencioso mirando al arriero, y luego dijo:

—Cada día miro la Luna y ella me mira a mí. Pero no nos oímos uno a otro... Allí habrá alguien...

En la tienda, la mujer que servía el té a los mercaderes, estaba oyendo la conversación. Era Naiman-Ana. Con este nombre figura en la leyenda de Sary-Ozeki.

Naiman-Ana no dio nada a entender ante los forasteros. Nadie observó cuán raramente la impresionaba esta noticia, cómo cambiaba su cara. Quería interrogar de forma más detallada a los mercaderes sobre el joven *mankurt*, pero eso la asustaba, saber más de lo que habían dicho. Y supo callarse, ahogar en su seno la inquietud naciente como un chillón pájaro herido... Entretanto, la conversación giraba ya sobre otro tema, a nadie le importaba el desgraciado *mankurt*, había muchos casos como ése en la vida, pero Naiman-Ana procuró dominar el terror que sentía, eliminar el temblor de sus manos como si efectivamente ahogara al pájaro chillón y se limitó a bajarse más sobre el rostro el negro pañuelo fúnebre que desde hacía tiempo era habitual en su encanecida cabeza.

La caravana de mercaderes no tardó en seguir su camino. Aquella noche de insomnio, Naiman-Ana comprendió que no tendría reposo hasta que no encontrara en Sary-Ozeki al pastor *mankurt* y no se convenciera de que no era su hijo. Este doloroso y terrible pensamiento animó de nuevo su corazón maternal, calmado desde hacía tiempo con el vago presentimiento de que su hijo había caído en el campo de batalla... Y habría sido mejor, naturalmente, enterrarle por segunda vez antes que sufrir, que experimentar un inextinguible terror, un inextinguible dolor, una inextinguible duda.

Su hijo había caído en alguno de los combates contra los zhuanzhuan por la parte de Sary-Ozeki. Su marido había perecido un año antes. Fue un hombre conocido y célebre entre los naimanos. Luego, el hijo marchó a su primera campaña, a vengar a su padre. No era costumbre dejar a los muertos en el campo de batalla. Los parientes tenían la obligación de traer el cuerpo. Pero esa vez resultó imposible. En aquella gran batalla, al entrar en contacto directo con el enemigo, muchos habían visto que el joven, su hijo, caía sobre la crin del caballo, y que éste, ardiente y asustado por el rumor del combate, se lo llevaba lejos. El joven cayó de la silla, y con un pie enganchado en el estribo colgó muerto del caballo, mientras el animal, aún más enloquecido, arrastraba al galope por la estepa su cuerpo sin vida. Como hecho adrede, el caballo dirigió su carrera hacia el campo del enemigo. A pesar del encarnizado y sangriento combate, en el que todos tenían que estar en su puesto, dos compañeros de tribu se lanzaron tras él para detener a tiempo al desmandado caballo y recuperar el cuerpo del difunto. Sin embargo, había una patrulla de zhuanzhuan parapetada en un barranco, y de ella salieron algunos jinetes de curvo látigo que se lanzaron gritando a cortarles el camino. Uno de los naimanos resultó muerto; el otro, gravemente herido, volvió grupas y a duras penas consiguió llegar al galope hasta los suyos, donde se derrumbó en el suelo. Este caso ayudó a los naimanos a descubrir a tiempo a la patrulla de zhuanzhuan que se disponía a descargar en el momento decisivo un golpe en su flanco.

Apresuradamente, los naimanos retrocedieron para reagruparse y lanzarse de nuevo al combate. Y naturalmente, a nadie le importó ya que había sido de su joven guerrero, del hijo de Naiman-Ana... El naimano herido, el que consiguió galopar hasta los suyos, contó después que, cuando se precipitaron en su persecución, el caballo que arrastraba al hijo de Naiman-Ana había desaparecido rápidamente de su vista en dirección desconocida...

Durante unos cuantos días, los naimanos salieron en busca del cuerpo. Pero no pudieron encontrar ni al muerto, ni a su caballo, ni las armas, ni rastro alguno. A nadie le quedaba ninguna duda de que había muerto. Incluso de haber estado herido, habría muerto de sed o desangrado. Pasaron su pena, lloraron al difunto diciendo que su joven pariente había quedado insepulto en los desiertos de Sary-Ozeki. Era una vergüenza para todos. Las mujeres, que lloraban a voz en grito dentro de la tienda de Naiman-Ana, se lo echaban en cara a sus maridos y hermanos en su cantinela:

—Le han picoteado las aves carroñeras, le han arrastrado los chacales. Después de esto, ¡cómo os atrevéis a llevar gorras de hombre sobre la cabeza!

Y para Naiman-Ana siguieron unos días vacíos en una tierra vacía. Comprendía que en la guerra muere gente, pero la idea de que su hijo había sido abandonado en el campo de batalla, que su cuerpo no había sido entregado a la tierra, no le daba paz ni descanso. Sufría la madre con estos amargos e inagotables pensamientos. Y no tenía a quién contárselo para mitigar su pena, no tenía a quién dirigirse, como no fuera al propio Dios...

Para prohibirse a sí misma estos pensamientos, tenía que convencerse por sus propios ojos de que su hijo había muerto. ¿Quién podría discutir en este caso la voluntad del destino? Lo que más la turbaba era que el caballo de su hijo hubiera desaparecido sin dejar rastro. El caballo no estaba herido, había huido asustado. Como todo caballo de manada, tarde o temprano tenía que regresar al lugar de origen arrastrando del estribo el cadáver del jinete. Y entonces, por horrible que hubiera sido, habría chillado, llorado y aullado hasta la saciedad sobre aquellos despojos, arañándose la cara con las uñas, y hubiera dicho todo cuanto a ella le sucedía para que Dios se sintiera mal en el cielo, si es que sabía comprender las alegorías. Pero, en cambio, no habría quedado en su alma ninguna duda y se hubiese preparado para la muerte con la mente fría, esperándola en cualquier momento, sin agarrarse a la vida, sin procurar, ni aun mentalmente, prolongarla. Pero el cuerpo de su hijo no había sido encontrado y el caballo no había regresado. Las dudas atormentaban a la madre, pero sus compañeros de tribu empezaron gradualmente a olvidarse de ello, ya que todas las pérdidas se calman con el tiempo y pasan al olvido... Y sólo ella, la madre, no podía tranquilizarse y olvidar. Sus pensamientos revoloteaban siempre alrededor de un mismo círculo. Qué le había pasado al caballo, dónde habían quedado los arreos, las armas; por todo eso, aunque de manera indirecta, se podría saber qué había sido de su hijo. Porque también hubiese podido suceder que al caballo lo hubieran capturado los zhuanzhuan en algún lugar de Sary-Ozeki cuando el animal una vez

agotadas sus fuerzas se hubiera dejado coger. Un caballo más, con unos buenos arreos, también es un botín. ¿Cómo habrían procedido entonces con su hijo? ¿Le habrían enterrado o arrojado a las fieras de la estepa? ¿Y si hubiese estado con vida, si por algún milagro aún vivía? ¿Le habrían rematado, acabando con ello sus sufrimientos, o le habrían dejado perecer a campo abierto, o bien...? ¿Y si...?

Las dudas no tenían fin. Y cuando los mercaderes hablaron durante el té del joven *mankurt* que habían encontrado en Sary-Ozeki, no sospecharon que con ello arrojaban una chispa en el alma doliente de Naiman-Ana. Su corazón sintió el frío de un inquieto presentimiento. Y el pensamiento de que se podía tratar de su hijo perdido, cada vez dominaba más, con mayor insistencia y con mayor fuerza, su mente y su corazón. La madre comprendió que no se tranquilizaría hasta encontrar y ver a aquel *mankurt* y convencerse de que no era su hijo.

Por aquellas semiesteparias estribaciones, por aquellos campamentos estivales de los naimanos, discurrían pequeños arroyuelos pedregosos. Toda la noche prestó oído Naiman-Ana al murmullo de la corriente de agua. ¿De qué le hablaba el agua, tan poco en armonía con la turbación de su alma? Deseaba tranquilidad. Cansarse de oír, saciarse con los sonidos de la corriente líquida, antes de lanzarse al sordo silencio de Sary-Ozeki. La madre sabía lo peligroso que era dirigirse sola a Sary-Ozeki, pero no deseaba confiar a nadie su proyecto. Nadie lo hubiera comprendido. Incluso los más allegados no habrían aprobado sus intenciones. ¿Cómo podía lanzarse a la búsqueda de un hijo que había muerto hacía largo tiempo? Y si por azar estuviera vivo, lo habrían convertido en *mankurty* por lo que aún era más absurdo buscarle, romperse el corazón inútilmente, pues el *mankurty* a excepción de su envoltura externa, no es más que un muñeco disecado del hombre que fue...

La noche anterior a la partida, Naiman-Ana salió varias veces de la tienda. Estuvo largo rato mirando, escuchando, procurando concentrarse, ordenar sus pensamientos. La luna de medianoche estaba muy alta sobre su cabeza, en un cielo sin nubes, derramando sobre la tierra una luz uniforme, lechosa y pálida. La multitud de tiendas blancas, desparramadas por distintos lugares de las estribaciones montañosas, parecían una bandada de grandes pájaros que pernoctaran allí, a orillas de los ruidosos riachuelos. Junto al pueblo, donde se ubicaban los cercados para las ovejas, y más allá, en los barrancos donde pastaban las manadas de caballos, se oía el ladrido de los perros y las vagas voces de las personas. Pero lo que más emocionó a Naiman-Ana fue la llamada de las muchachas, que cantaban junto a un cercado en el extremo más próximo del pueblo. En otro tiempo ella también había cantado aquellas canciones nocturnas... Se habían detenido en aquellos lugares cada verano, desde su recuerdo, desde que la llevaran allí casadera. Toda su vida había discurrido en aquellos lugares: tanto cuando la familia era numerosa, cuando levantaban cuatro tiendas a la vez —una, la cocina; otra la sala, dos los dormitorios— como más tarde, después de la invasión de los zhuanzhuan, cuando se quedó sola...

Ahora, también ella abandonaba su solitaria tienda... Por la tarde ya se había preparado para el camino. Se había provisto de comida y de agua. Agua, había tomado mucha. La llevaba en dos pellejos para el caso de que no consiguiera encontrar en seguida los pozos en el terreno de Sary-Ozeki... Ya desde la tarde esperaba, atada a una estaca cerca de la tienda, la camella *Akmai*. Era su esperanza y su compañera de viaje. ¿Habría osado adentrarse en las profundidades de Sary-Ozeki sin disponer de la fuerza y la rapidez de *Akmai*? Aquel año, la camella era estéril, descansaba después de dos partos y se encontraba en perfecta forma como cabalgadura. Flaca, con fuertes y largas patas, con flexibles plantas aún no aplastadas por excesivos pesos ni por la vejez, con un sólido par de gibas y una hermosa y seca cabeza bellamente colocada sobre el musculoso cuello, con sus suaves ollares, móviles como alas de mariposa, que agarraban con afán el aire durante la marcha, la blanca camella *Akmai* tenía un precio muy alto, el de todo un rebaño. Por aquel rápido animal en la flor de la edad daban diez cabezas de ganado joven, para obtener descendencia. Era el último tesoro, una hembra de oro en manos de Naiman-Ana, el último recuerdo de su anterior riqueza. Lo demás se había perdido como el polvo que coge la mano. Las deudas, las celebraciones —los cuarenta días y el aniversario—, los funerales por los difuntos... Por su hijo, cuya búsqueda preparaba movida por un presentimiento, por su insoportable tristeza y dolor, también se habían organizado hacía poco los últimos oficios por el descanso de su alma, con gran afluencia de gente, todos los naimanos de los distritos próximos.

Al amanecer, Naiman-Ana salió de la tienda dispuesta a emprender el camino. Una vez fuera, se detuvo, atravesó el umbral, se apoyó contra la puerta, inmersa en meditaciones, y abarcó con la mirada al pueblo dormido antes de abandonarlo. De figura armoniosa que aún conservaba su pasada belleza, Naiman-Ana iba ceñida como correspondía a un largo camino. Llevaba botas, pantalones bombachos, blusa sin mangas encima del vestido y una capa que colgaba libremente de sus hombros. Su cabeza estaba cubierta por un pañuelo blanco cuyos extremos había atado sobre la nuca. Así lo había decidido en sus reflexiones nocturnas: si esperaba ver vivo a su hijo, para qué llevar luto. Y si su esperanza no se realizaba, ya tendría tiempo de envolver su cabeza con el eterno pañuelo negro. La mañana crepuscular disimulaba en aquella hora su cabello encanecido y el sello de profunda amargura sobre el rostro de la madre, las arrugas que surcaban profundamente su triste faz. En aquel momento, sus ojos estaban húmedos, y Naiman-Ana suspiró pesadamente. Pensaba, intentaba adivinar lo que tendría que soportar. Pero luego cobró ánimo. «*Ashbadan la il-la jill Allah*» («No hay otro Dios más que Dios»), murmuró la primera frase de la oración y luego se dirigió con decisión a la camella e hizo que se sentara sobre las patas dobladas. Rebelde como de costumbre por guardar las formas, *Akmai* chilló suavemente y se agachó pausadamente hasta tocar el suelo con el pecho. Después de arrojar rápidamente las alforjas en la silla, Naiman-Ana montó sobre ella, la incitó y

ésta se puso de pie estirando las patas y elevando de pronto a su dueña por encima de la tierra. Ahora, *Akmai* comprendía que tenía un camino que recorrer...

Nadie en el pueblo conocía la partida de Naiman-Ana y, con la excepción de su sirvienta-cuñada, que bostezaba continuamente con la boca muy abierta, nadie salió a despedirla a aquella hora. La tarde anterior había dicho que iría a visitar a sus parientes *torkis*^[14], parte de su familia de soltera, y que de allí, si encontraba otros peregrinos, iría con ellos a tierras de Kipchak, a inclinarse ante el templo del sagrado *Yasab*...

Salió muy de mañana para que nadie la molestara con preguntas. Al alejarse del pueblo, Naiman-Ana dobló en dirección a *Sary-Ozeki*, cuyas turbias lejanías apenas se adivinaban en el inmóvil vacío que tenía por delante...

En estas tierras, los trenes van de oriente a occidente y de occidente a oriente...

Y a ambos lados del ferrocarril se encuentran, en estas tierras, enormes espacios desérticos, el Sary-Ozeki, las tierras Centrales de las estepas amarillas.

En estas tierras, cualquier distancia se mide con relación al ferrocarril, como si fuera el meridiano de Greenwich...

Pero los trenes van de oriente a occidente y de occidente a oriente...

Del portaviones *Conventsia* salió otro radiograma cifrado dirigido a los cosmonautas que se encontraban en la estación orbital *Paritet*. Con el mismo tono de categórica advertencia, el radiograma indicaba que no debían tener ningún enlace por radio con los *paritet-cosmonautas 1-2 y 2-1*, situados fuera del sistema solar, que permitiera estudiar el tiempo y las posibilidades para que éstos volvieran a la estación orbital, y que en adelante esperaran las indicaciones del *Centrun*.

Sobre el océano se abatía una tempestad de considerable fuerza. El portaviones se balanceaba sobre las olas. El agua del océano Pacífico ponía en juego su oleaje a lo largo de la popa del gigantesco navío. Pero el sol continuaba brillando sobre los espacios marinos dominados por el incesante movimiento de las olas hirvientes de blanca espuma. El viento soplaba como una respiración uniforme.

Todos los servicios del portaviones *Conventsia*, incluyendo el ala de aviación y a los grupos de seguridad, estaban alerta, completamente preparados...

Ya hacía más de un día que, aullando suavemente durante la marcha y rozando el suelo de un modo apenas audible, trotaba la blanca camella *Akmai* por los barrancos y llanos de la gran estepa de *Sary-Ozeki*; su dueña no hacía sino arrearla y estimularla por aquellas ardientes tierras desiertas. Sólo por la noche se detenían junto a uno de los raros pozos existentes. Por la mañana se levantaban de nuevo y salían a la búsqueda de la gran manada de camellos perdida entre los innumerables pliegues de *Sary-Ozeki*. Allí, precisamente en aquella parte de las tierras medias, no lejos de la escarpadura de arena roja del *Malakumdychap*, que se extiende durante muchas verstas, los mercaderes habían encontrado hacía poco al pastor *mankurt* que ahora

buscaba Naiman-Ana. Hacía ya dos días que daba vueltas alrededor del Malakumdychap temiendo tropezar con los zhuanzhuan, pero por mucho que miraba y explorara, en todas partes no había más que estepa y falsos espejismos. Una vez, cediendo a esta visión, había recorrido un largo camino zigzagueante hacia una ciudad aérea, con sus mezquitas y murallas. ¿No estaría allí su hijo, en el mercado de esclavos? Entonces habría podido subirle a *Akmai*, detrás de ella, y a ver quién intentaba alcanzarlos... El desierto producía una impresión penosa, y de ahí procedían las alucinaciones.

Naturalmente, era difícil encontrar a una persona en Sary-Ozeki, un hombre era allí como un granito de arena, pero si con él había una gran manada, que ocuparía un gran espacio para pastar, tarde o temprano podría observar primero un animal, luego otros, y al pastor junto a la manada. Con eso contaba Naiman-Ana.

Sin embargo, de momento no había descubierto nada en ninguna parte. Empezaba ya a temer que hubieran trasladado la manada a otro lugar o, lo que es peor, que los zhuanzhuan hubiesen llevado todo aquel rebaño de camellos a Jivá o a Bujará para venderlos. En ese caso, ¿volvería el pastor desde tan lejanos lugares? Cuando la madre salió del pueblo sufriendo su tristeza y sus dudas, sólo tenía un sueño: ver con vida a su hijo, aunque fuera *mankurt*, aunque no recordara nada ni reflexionara, pero que fuera su hijo vivo, simplemente vivo... ¡No era poco! Pero al internarse en Sary-Ozeki, al acercarse al lugar donde podría encontrarse el pastor que habían visto hacía poco los mercaderes de la caravana, cada vez tenía más miedo de ver a su hijo con su cerebro mutilado, y el horror la angustiaba y oprimía. Entonces rezaba a Dios para que no fuera él, no fuera su hijo, sino otro desgraciado, y estaba dispuesta a aceptar irremisiblemente que su hijo no estaba ni podía estar entre los vivos. Iba solamente para echar una mirada al *mankurt* y convencerse de que sus dudas no tenían razón de ser, y una vez convencida, volver y dejar de torturarse, esperando acabar su vida como el destino dispusiera... Pero luego cedía de nuevo a la tristeza y al deseo de encontrar en Sary-Ozeki no a un hombre cualquiera sino precisamente a su hijo, significara esto lo que significase...

En medio de estos sentimientos contradictorios, al pasar al otro lado de una achatada elevación, vio una numerosa manada de camellos, un centenar de cabezas, que pastaba libremente por un anchuroso valle. Los pardos camellos en libertad vagaban entre las pequeñas matas y los matorrales de espino mordisqueando la punta de las hierbas. Naiman-Ana golpeó a su *Akmai* y echó a correr con todas sus fuerzas. Al principio, se ahogaba de alegría por haber encontrado al fin la manada, pero luego se asustó y sintió un escalofrío ante el horror que le producía pensar que vería inmediatamente a su hijo convertido en *mankurt*. Después se alegró de nuevo sin comprender ya a ciencia cierta qué le pasaba.

La manada estaba pastando, pero ¿dónde se encontraba el pastor? Tenía que estar por allí, en alguna parte. Y vio a un hombre en el otro extremo del valle. Desde lejos, no podía distinguir quién era. El pastor estaba de pie con un largo bastón en la mano

y llevaba de la brida, tras de sí, a un camello de montar cargado de fardos al tiempo que miraba tranquilamente, por debajo de su encasquetada gorra, cómo ella se aproximaba.

Y cuando estuvieron cerca, cuando reconoció a su hijo, no pudo recordar Naiman-Ana cómo había resbalado por la espalda del camello. Le pareció que había caído, pero ¡qué le importaba eso!

—¡Hijo mío! ¡Querido! ¡Te buscaba por todas partes! —y se precipitó hacia él—. ¡Soy tu madre!

Y al instante lo comprendió todo y se echó a llorar dando patadas en el suelo, torciendo de amargura y horror sus labios, que temblaban convulsivamente, intentando contenerse pero sin fuerzas para dominarse. Para sostenerse sobre sus piernas, se agarró fuertemente del hombro de su indiferente hijo y no cesó de llorar, ensordecida por la pena que había colgado mucho tiempo sobre ella y que ahora se había desplomado estrujándola y arrastrándola. Y llorando, mirando a través de las lágrimas, entre las pegajosas hebras de sus canosos cabellos húmedos, entre sus temblorosos dedos, con los que se embadurnaba la cara con polvo del camino, los conocidos rasgos de su hijo, intentando continuamente captar su mirada, esperando aún, manteniendo la esperanza de que la reconocería, pues en realidad era muy fácil: ¡reconocer a su propia madre!

Pero su aparición no produjo en él ningún efecto, como si ella estuviera allí siempre y cada día le visitara en la estepa. Ni siquiera le preguntó quién era y por qué lloraba. En un determinado momento, el pastor se quitó del hombro la mano de su madre y siguió adelante, arrastrando a su inseparable camello, con los fardos, al otro extremo de la manada para cerciorarse de que los jóvenes animales no se alejaban demasiado en sus juegos.

Naiman-Ana se quedó allí, se puso en cuclillas sollozando, apretándose la cara con las manos, y estuvo así sin levantar la cabeza. Luego, hizo acopio de valor, se acercó a su hijo procurando conservar la tranquilidad. El hijo *mankurt*, como si nada ocurriera, la miraba indiferente y distraído por debajo de su bien encasquetada gorra. Algo parecido a una débil sonrisa se deslizó por su enflaquecida cara, curtida por el viento hasta la negrura, áspera. Pero sus ojos expresaban una soñolienta falta de interés por cualquier cosa de este mundo y continuaban indiferentes como antes.

—Siéntate y hablaremos —dijo Naiman-Ana con un profundo suspiro.

Se sentaron en el suelo.

—¿Me conoces? —preguntó la madre.

El *mankurt* movió negativamente la cabeza.

—¿Cómo te llamas?

—Mankurt —respondió él.

—Ahora te llaman así. ¿Y no recuerdas tu nombre anterior? Anda, recuerda tu verdadero nombre.

El *mankurt* guardó silencio. La madre vio que intentaba recordar, que grandes gotas de sudor aparecían sobre el puente de la nariz a causa de la tensión y que sus ojos se envolvían en temblorosa niebla. Pero ante él debió levantarse un muro infranqueable que no podía superar.

—¿Cómo se llamaba tu padre? ¿Quién eres? ¿Dónde naciste? ¿Sabes por lo menos en qué lugar naciste?

No, no recordaba nada, no sabía nada.

—¡Lo que hicieron contigo! —murmuró la madre, y de nuevo sus labios comenzaron a bailotear contra su voluntad.

Ahogándose de ira, dolor y agravio, Naiman-Ana se puso de nuevo a sollozar intentando vanamente calmarse. El dolor de una madre no emocionó en absoluto al *mankurt*.

—Se puede arrebatar la tierra, se puede arrebatar la riqueza, se puede quitar la vida —dijo en voz alta—, pero ¿de quién es la idea de atentar contra la memoria de un hombre? ¡Oh, Señor!, si existes, ¿cómo infundiste tal idea a los hombres? ¿No hay ya, sin eso, bastante maldad sobre la tierra?

Y entonces, mirando al hijo *mankurt*, pronunció su célebre retahíla aflictiva sobre el sol, Dios y ella misma, que recita aún hoy día la gente que conoce la historia cuando se habla de Sary-Ozeki...

Y entonces empezó su llanto, que aún hoy día recuerda la gente:

*Men botassi olquen boz maia,
Tulibin kelip iskeguen...^[15]*

Y se le escaparon del alma sus llantos, largos y desconsolados gemidos en medio de los desiertos silenciosos e ilimitados de Sary-Ozeki...

Pero nada conmovía a su hijo el *mankurt*.

Y entonces, Naiman-Ana decidió darle a conocer quién era, pero no con preguntas sino inculcándoselo.

—Tu nombre es Zholamán. ¿Me oyes? Tú eres Zholamán. Tu padre se llamaba Donenbái. ¿No te acuerdas de tu padre? Ya sabes, te enseñó desde niño a disparar con el arco. Y yo soy tu madre. Tú eres mi hijo. Eres de la tribu de los naimanos, ¿entiendes? Eres un naimano...

Él escuchaba cuanto ella le decía con una total falta de interés, como si no se hablara de nada. De la misma manera que habría escuchado el canto del grillo en la hierba.

Y entonces, Naiman-Ana preguntó a su hijo *mankurt*:

—¿Y qué había antes de que llegaras aquí?

—No había nada —dijo él.

—¿Existía la noche o existía el día?

—No había nada —dijo él.

—¿Con quién te gustaría charlar?

—Con la Luna. Pero no nos oímos uno a otro. Allí hay alguien.

—¿Y qué más te gustaría?

—Llevar una trenza en la cabeza, como mi amo.

—Deja que vea lo que hicieron con tu cabeza —alargó la mano Naiman-Ana.

El *mankurt* se apartó bruscamente, retrocedió, se llevó las manos a la gorra y ya no volvió a mirar a la madre. Ella comprendió que no convenía recordarle nunca su cabeza.

En aquel momento apareció en la lejanía un hombre montado en un camello. Se dirigía hacia ellos.

—¿Quién es? —preguntó Naiman-Ana.

—Me trae la comida —respondió su hijo.

Naiman-Ana se alarmó. Tenía que esconderse cuanto antes para que el *zhuanzhuan*, que tan súbitamente había aparecido, no la viera. Hizo sentar a su camello en el suelo y se encaramó a la silla.

—No digas nada. Volveré pronto —dijo Naiman-Ana.

El hijo no respondió. Le daba lo mismo.

Naiman-Ana comprendió que había cometido un error al alejarse sobre el camello entre la manada que pastaba. Pero ya era tarde. El *zhuanzhuan*, que cabalgaba hacia la manada, podía verla cabalgando sobre el camello blanco. Tenía que haberse ido a pie, escondida entre los animales que pastaban.

Una vez a considerable distancia del pastizal, Naiman-Ana penetró en un profundo barranco con los bordes poblados de ajenjo. Allí desmontó y colocó a *Akmai* en el fondo de la de presión. Y desde aquel lugar empezó a observar. Sí, así había sido. La había visto. Poco después arreando su camello al trote, apareció el *zhuanzhuan*. Iba armado de lanza y flechas. El *zhuanzhuan* estaba intrigado, claramente indeciso, echaba miradas a su alrededor: ¿dónde se habría metido el jinete del camello blanco que había divisado desde lejos? No sabía a ciencia cierta en qué dirección había partido. Corrió hacia un lado, luego hacia otro. Y la última vez pasó muy cerca del barranco. Menos mal que Naiman-Ana había tenido la precaución de atar el morro de *Akmai* con un pañuelo. No fuera que la camella levantara la voz. Oculta tras el ajenjo del borde del barranco, Naiman-Ana contempló muy claramente al *zhuanzhuan*. Montaba un velludo camello y miraba por todos lados; su cara era abotagada, tensa; sobre la cabeza llevaba un sombrero negro, como una barca con los extremos doblados para arriba, mientras por detrás se bamboleaba y relucía una negra y seca trenza tejida en doble punta. El *zhuanzhuan* se levantaba sobre los estribos con la lanza preparada, miraba a su alrededor, volvía la cabeza de acá para allá y sus ojos relucían. Era uno de los enemigos que habían conquistado Sary-Ozeki enviando a no poca gente a la esclavitud y causando tantas desgracias a su familia. Pero ¿qué podía hacer ella, una mujer desarmada, contra un furioso guerrero *zhuanzhuan*? Y pensó qué clase de vida, qué acontecimientos habrían conducido a aquellos hombres a semejante crueldad y salvajismo: extirpar la memoria de un esclavo...

Después de correr de un lado para otro, el zhuanzhuan no tardó en alejarse en dirección a la manada.

Caía la tarde. El sol estaba bajo, pero el crepúsculo se mantenía aún por largo tiempo sobre la estepa. Luego, oscureció de pronto. Y empezó una noche cerrada.

Naiman-Ana pasó aquella noche en completa soledad, en la estepa, no lejos de su desdichado *mankurt*. Tenía miedo de volver junto a él. El zhuanzhuan podía haberse quedado a pasar la noche con la manada.

Y tomó la resolución de no dejar a su hijo en la esclavitud, de intentar llevárselo consigo. Aunque fuera *mankurt*, aunque no comprendiera nada, pero estaría mucho mejor en casa entre los suyos que haciendo de pastor para los zhuanzhuan en el desierto Sary-Ozeki. Así se lo decía su alma maternal. No podía aceptar lo que otras habían hecho. No podía dejar a su propia sangre en la esclavitud. A lo mejor, en su tierra natal recobraba el entendimiento, recordaba de pronto su infancia...

Por la mañana, Naiman-Ana volvió a montar sobre *Akmai*. Dando un rodeo por alejados caminos, estuvo largo rato caminando hasta alcanzar la manada, que durante la noche se había trasladado bastante lejos. Al descubrirla, estuvo contemplándola mucho tiempo para ver si había algún zhuanzhuan. Convencida de que no había nadie, llamó a su hijo por su nombre:

—¡Zholamán! ¡Zholamán! ¡Buenos días!

El hijo volvió la cabeza y la madre lanzó una exclamación de alegría, pero comprendió al instante que había respondido sólo al sonido de la voz.

De nuevo intentó Naiman-Ana despertar en su hijo la memoria perdida.

—¡Recuerda cómo te llamas, recuerda tu nombre! —le suplicaba procurando convencerle—. Tu padre es Donenbái. ¿Es posible que no lo sepas? Y tu nombre no es Mankurt sino Zholamán^[16]. Te dimos este nombre porque naciste de camino durante uno de los grandes trayectos nómadas de los naimanos. Y cuando naciste, hicimos una parada de tres días. Hubo un festín que duró tres días.

Y aunque todo esto no producía en el hijo *mankurt* ninguna impresión, la madre continuaba su relato, esperando vana mente que algo despertara de pronto en su apagada conciencia. Pero estaba llamando a una puerta cerrada y atrancada. Y sin embargo, continuó repitiendo sus palabras:

—Recuerda, ¿cuál es tu nombre? ¡Tu padre fue Donenbái!

Luego, le dio de comer, le dio agua de su propia provisión y empezó a cantarle canciones de cuna.

Las canciones le gustaban mucho. Le agradaba escucharlas, y algo vivo, una especie de ternura, aparecía en su cara petrificada, curtida hasta la negrura. Y entonces la madre trató de persuadirle para que abandonara aquel lugar, para que abandonara a los zhuanzhuan y se fuera con ella a su tierra natal. El *mankurt* no imaginaba cómo era posible levantarse y partir para alguna parte: ¿y qué pasaría con el ganado? No, el amo le había ordenado que estuviera continuamente junto a la manada. Así lo había dicho el amo. Y él nunca se separaría de la manada...

Y de nuevo por enésima vez intentó Naiman-Ana abrirse paso a través de la puerta atrancada de aquella memoria destruida, y no hacía más que repetir:

—Recuerda, ¿quién eres? ¿Cuál es tu nombre? ¡Tu padre fue Donenbái!

En su vano esfuerzo, no advirtió la madre que el tiempo pasaba, sólo cayó en la cuenta cuando en un extremo de la manada apareció de nuevo el zhuanzhuan montado en su camello. Esta vez estaba mucho más cerca y caminaba de prisa, cada vez a mayor velocidad. Naiman-Ana montó en *Akmai* sin perder un minuto. Y se alejó. Por el otro extremo apareció otro zhuanzhuan montado en un camello cortándole el paso. Entonces, Naiman-Ana apresuró a *Akmai* y pasó entre los dos. La blanca *Akmai* de rápidas patas se la llevó a tiempo y los zhuanzhuan la persiguieron chillando y blandiendo sus lanzas. No estaban a la altura de *Akmai*. Cada vez quedaban más atrás, trotando en sus velludos camellos, mientras que *Akmai*, tomando aliento, corría por Sary-Ozeki a una velocidad inalcanzable llevándose a Naiman-Ana de una persecución mortal.

Ella no sabía que al volver a la manada los zhuanzhuan habían apaleado al *mankurt*. Éste no comprendía por qué lo hacían, sólo respondía:

—Decía que era mi madre.

—¡Ella no es tu madre ni nada! ¡Tú no tienes madre! ¿Sabes para qué ha venido? ¿Lo sabes? ¡Quiere arrancarte el casquete y despegar tu cabeza! —asustaron al desdichado *mankurt*.

Ante estas palabras, el *mankurt* palideció, y su negra cara se tornó gris, muy gris. Metió el cuello entre los hombros, se llevó las manos a la gorra y empezó a mirar a su alrededor como una fiera.

—¡No temas! ¡Anda, toma! —el mayor de los zhuanzhuan puso en sus manos un arco y unas flechas.

—¡Anda, dispara! —el zhuanzhuan más joven echó su propio sombrero al aire. La flecha atravesó el sombrero—. ¡Fíjate! —se asombró—. ¡La mano todavía recuerda!

Cual pájaro asustado del nido, Naiman-Ana rondaba por los alrededores de Sary-Ozeki. No sabía qué hacer ni qué esperar. Los zhuanzhuan ahora se llevarían todo el rebaño a otra parte, y con él a su hijo *mankurt*, a un lugar inaccesible, cerca de su gran horda, o bien estarían al acecho para cazarla. Perdiéndose en suposiciones, avanzaba dando rodeos por lugares a cubierto, y al mirar se alegró mucho de ver que los dos zhuanzhuan abandonaban la manada. Partían los dos juntos, sin volver la cabeza. Naiman-Ana estuvo largo rato siguiéndolos con la vista, y cuando se perdieron en la lejanía decidió volver con su hijo. Ahora quería llevárselo con ella costara lo que costase. Fuera ahora como fuese no era culpa suya que el destino hubiera tomado aquel giro, que sus enemigos se hubiesen mofado de él, pero la madre no le dejaría en la esclavitud. Y que los naimanos, al ver cómo los invasores mutilaban a los prisioneros, cómo los humillaban y los privaban de la razón, los odiaran más y tomaran las armas. No era cuestión de tierras, habría habido para

todos. Sin embargo, la maldad de los zhuanzhuan era intolerable incluso como vecindad...

Con estos pensamientos volvía Naiman-Ana a su hijo y no dejaba de pensar en cómo convencerle, cómo persuadirle para que huyera aquella misma noche.

Caía ya el crepúsculo. Sobre el grandioso Sary-Ozeki se abatía, metiéndose invisible por barrancas y valles, un crepúsculo rojizo, una noche más de la infinita sucesión de noches pasadas y futuras. La blanca camella *Akmai* trasladaba fácil y libremente a su dueña hacia la gran manada. Los rayos del sol poniente iluminaban claramente su figura entre las gibas del camello. Alarmada y preocupada, Naiman-Ana estaba pálida y seria. Las canas, las arrugas, los pensamientos reflejados en su frente y en sus ojos, eran, como el crepúsculo de Sary-Ozeki, un dolor difícil de alejar... Y llegó a la manada, pasó cabalgando entre los animales que pastaban, miró a su alrededor, pero su hijo no estaba. Su camello de montar, cargado, pastaba libremente arrastrando las riendas por el suelo... Pero él no estaba. ¿Qué le habría ocurrido?

—¡Zholamán! ¡Zholamán, hijo mío!, ¿dónde estás? —empezó a llamarle Naiman-Ana.

Nadie apareció ni respondió.

—¡Zholamán! ¿Dónde estás? ¡Soy yo, tu madre! ¿Dónde estás?

Y mirando por todos lados llena de inquietud, no advirtió que su hijo *mankurt* estaba escondido a la sombra de un camello y ya se preparaba, rodilla en tierra, para apuntarle con una flecha en la cuerda tensa. El reflejo del sol le molestaba, esperaba el momento oportuno para disparar.

—¡Zholamán! ¡Hijo mío! —le llamaba Naiman-Ana temiendo que le hubiera ocurrido algo. Se volvió desde la silla—. ¡No dispaes! —tuvo tiempo de gritar, y apenas arreó a la blanca camella *Akmai* para dar la vuelta y quedar de frente, la flecha, tras un breve silbido, penetró bajo el brazo en su flanco izquierdo.

Era una herida mortal. Naiman-Ana se inclinó y empezó a caer lentamente, agarrándose al cuello del camello. Pero primero cayó de su cabeza el pañuelo blanco que se convirtió en pájaro y echó a volar chillando:

—Recuerda, ¿quién eres? ¿Cuál es tu nombre? ¡Tu padre es Donenbái! ¡Donenbái! ¡Donenbái! ¡Donenbái!

Y desde entonces, según cuentan, empezó a volar de noche por Sary-Ozeki el pájaro Donenbái. Cuando encuentra a un viajero, el pájaro Donenbái revolotea por las cercanías chillando: «Recuerda, ¿quién eres? ¿De quién procedes? ¿Cómo te llamas? ¿Tu nombre? ¡Tu padre es Donenbái! ¡Donenbái, Donenbái, Donenbái, Donenbái!».

El lugar en donde fue enterrada Naiman-Ana empezó a llamarse, en Sary-Ozeki, el cementerio de Ana-Beit, el descanso de la madre...

La blanca camella *Akmai* dejó mucha descendencia. Las hembras de su especie salieron parecidas a ella; las camellas de cabeza blanca se hicieron famosas por los

contornos, mientras que los machos, por el contrario, nacieron negros y poderosos como *Burani Karanar*.

El difunto Kazangap, que ahora llevaban a enterrar a Ana-Beit, siempre decía que *Burani Karanar* no era un simple camello, sino que tenía su origen en la propia *Akmai*, la célebre camella blanca que había quedado en Sary-Ozeki después de la muerte de Naiman-Ana.

Yediguéi creía de buen grado a Kazangap. Por qué no... *Burani Karanar* lo valía... Muchas habían sido las pruebas, tanto en los días buenos como en los malos, y siempre *Karanar* los había sacado de apuros... Sólo, eso sí, se volvía muy fiero cuando lo llevaban al cercado; siempre le sucedía en los tiempos más fríos, y cuando se enfurecía, lo hacía de verdad, se enfurecían el invierno y él. Dos inviernos a la vez. Era imposible ponerse de acuerdo con él en tales días... Una vez le falló a Yediguéi, y le falló por todo lo alto; de haber sido, bueno, no digamos una persona pero sí un ser racional, nunca le habría perdonado Burani Yediguéi aquel hecho a *burani Karanar*... Pero tenérselo en cuenta a un camello atontado por la época de celo... Además, tampoco fue culpa suya. No parece posible ofenderse con un animal, eso dicho sea de pasada, fue simplemente el destino quien lo quiso de aquella manera. ¿Qué tenía que ver *Burani Karanar*? Kazangap conocía muy bien aquella historia, y fue quien la sentenció con su opinión, de otro modo nadie puede saber cómo habría terminado.

CAPÍTULO VII

Burani Yediguéi recordaba con una sensación especial de felicidad el final del verano de 1952 y el comienzo del otoño. Como por arte de magia se había realizado la predicción de Yediguéi. Después de aquel terrible calor, bajo cuyos efectos hasta los reptiles de Sary-Ozeki acudían corriendo al umbral de las viviendas para resguardarse del sol, el tiempo cambió súbitamente a partir de mediados de agosto. De pronto cedió el insoportable calor y empezó a aumentar el frescor, y por lo menos ya fue posible dormir tranquilamente por las noches. En Sary-Ozeki, semejante bienestar no suele darse cada año, pero sí algunas veces. Los inviernos son invariables, siempre son rigurosos, pero los veranos a veces se muestran indulgentes. Eso sucede cuando en las capas altas de la atmósfera, según contó un día Elizárov, tienen lugar grandes desplazamientos, cambian las direcciones de los ríos celestes. A Elizárov le gustaba contar tales cosas. Decía que por arriba discurrían enormes ríos invisibles, con sus orillas y sus inundaciones. Esos ríos, en incesante movimiento, lavaban en cierto modo el globo terráqueo. Y la Tierra, envuelta toda ella por los vientos, navegaba siguiendo sus propios círculos, y esto constituía el discurrir del tiempo. Era curioso escuchar a Elizárov. No se encuentran personas así, era un hombre con un alma como hay pocas. Burani Yediguéi le respetaba, y Elizárov le pagaba con la misma moneda. Así pues, como decíamos, este río celeste, que acarrea hacia Sary-Ozeki un alivante frescor en la época más calurosa, bajaba de su techo sin que se sepa por qué, y al perder altura chocaba contra el Himalaya. Y el Himalaya, aunque se encuentra Dios sabe a qué enorme distancia, está muy próximo a escala del globo terráqueo. El río aéreo tropezaba con el Himalaya y daba marcha atrás. No iba a parar a la India ni a Pakistán, allí el calor continuaba siendo fuerte, sino que en su retroceso se desparramaba por Sary-Ozeki, porque Sary-Ozeki era como un mar, un espacio abierto sin obstáculos... Y este río traía el frescor del Himalaya...

Sea como fuera, aquel año reinaba un tiempo verdaderamente agradable a finales de verano y principios de otoño. En Sary-Ozeki, las lluvias son un fenómeno raro. Cada una se puede recordar durante mucho tiempo. Pero aquélla la recordó Burani Yediguéi toda su vida. Al principio, el cielo se llenó de nubarrones, e incluso fue algo fuera de lo común ver cómo se cubría la profundidad eternamente vacía de aquel cielo ardiente y paralizado. Y empezó a levantarse vapor, el calor sofocante llegó a una tensión imposible. Yediguéi trabajaba aquel día de enganchador. En la vía muerta había tres vagones recién descargados de machaca y de una nueva partida de traviesas de pino. Las habían acarreado la víspera. Como de costumbre, se exigía una descarga con carácter urgente, y luego resultaba que la cosa no era tan urgente ni mucho menos. Doce horas después de descargarlos, los vagones estaban aún en la vía

muerta. Y todos habían arrimado el hombro: Kazangap, Abutalip, Zaripa, Ukubala, Bukéi, todos los que no estaban trabajando en la línea fueron destinados a esa empresa urgente. Téngase en cuenta que entonces todo debía hacerse a mano. ¡Y qué calor hacía! Sólo faltaba eso, que se les ocurriera mandar aquellos vagones con semejante calor. Pero si era preciso, era preciso. Y trabajaron. Ukubala sintió náuseas y empezó a vomitar. No soportaba el olor de las ardientes traviesas alquitranadas. Fue preciso enviarla a casa. Luego dejaron partir a las demás mujeres: los niños se consumían de calor en casa. Se quedaron los hombres, sudaron la gota gorda, pero terminaron su cometido.

Y al día siguiente, poco antes de la lluvia, los ya vacíos vagones regresaron a Kumbel con un tren de mercancías. Mientras hacían maniobras y enganchaban los vagones, Yediguéi se ahogaba de calor como en un baño de vapor. Y le cayó en suerte un maquinista que no hacía más que retrasarlo todo. Y él, entretanto, doblado en cuatro bajo los vagones. Y Yediguéi insultó al maquinista con la palabra gorda correspondiente. Y éste le respondió de la misma manera. Tampoco lo pasaba muy bien junto al fogón de la locomotora. El calor los tenía locos. Y gracias a Dios, partió el mercancías. Se llevó los vagones vacíos.

Y entonces cayó súbitamente el aguacero. Estalló. Cayó agua por todas las sequías. La tierra tembló y se levantó en un instante en ampollas y charcos. Y la lluvia fue cayendo y cayendo, una lluvia furiosa, enloquecida, que había acumulado todas las reservas de frescor y de humedad, caso de ser verdad, de las nevadas cumbres del propio Himalaya... ¡Y qué Himalaya! ¡Qué potencia! Yediguéi corrió a su casa. Ni él mismo sabía por qué. Porque sí. En realidad, el hombre, cuando cae bajo la lluvia, siempre corre a casa o busca cualquier techo. Es la costumbre. De no ser así, ¿para qué ocultarse de semejante lluvia? Lo comprendió y se detuvo cuando vio que toda la familia Kuttybáyev —Abutalip, Zaripa y los dos niños, Daúl y Ermek — bailaban cogidos de la mano y saltaban bajo la lluvia junto a su barraca. Y esto impresionó a Yediguéi. No porque estuvieran saltarines y se alegraran de la lluvia. Sino porque antes de que empezara ésta, Abutalip y Zaripa se habían dado prisa caminando con amplio paso por el camino desde el trabajo. Entonces lo comprendió. Querían estar juntos bajo la lluvia, con los niños, toda la familia. Eso no le había pasado a Yediguéi por la cabeza. Y ellos, bañándose en los chorros del aguacero, bailaban y alborotaban como los patos migratorios en el mar de Aral. Para ellos era una fiesta, un respiradero del cielo. ¡Habían añorado tanto la lluvia en Sary-Ozeki, habían languidecido tanto por ella! Y a Yediguéi le pareció tan alegre como triste, tan gracioso como lastimoso, ver a aquellos marginados agarrándose a un minuto luminoso en el apartadero de Boranly-Buránnny.

—¡Yediguéi! ¡Venga con nosotros! —gritó Abutalip en medio de la lluvia, y agitó los brazos como un nadador.

—¡Tío Yediguéi! —se precipitaron hacia él, muy alegres, los niños.

El más pequeño no tendría más de tres años, Ermek, el predilecto de Yediguéi, corrió hacia él abriendo los brazos, con la boca muy abierta, ahogándose con la lluvia. Sus ojos estaban llenos de indescriptible alegría, heroicidad y travesura. Yediguéi le agarró y le hizo rodar entre sus brazos. Y no supo qué más hacer. No tenía ninguna intención de incluirse en aquel juego familiar. Pero entonces doblaron la esquina, corriendo con fuertes chillidos, las dos hijas de Yediguéi, Saule y Sharapat. Acudían al ruido de los Kuttybáyev. También eran felices. «¡Papá, vamos a correr!», exigían. Y eso decidió las vacilaciones de Yediguéi. Ahora, todos juntos, unidos, retozaban bajo un incesante aguacero.

Yediguéi no soltó al pequeño Ermek, temiendo que con la confusión se cayera en un charco y se ahogara. Abutalip se sentó sobre sus hombros a la pequeña de Yediguéi, a Sharapat. Y así corrieron, para regodeo de los niños. Ermek saltaba dentro de los brazos de Yediguéi, chillaba a voz en grito y, cuando se atragantaba, pegaba fuertemente su húmeda carita al cuello de Yediguéi.

Era tan conmovedor que éste captó más de una vez las miradas agradecidas y brillantes de Abutalip y de Zaripa puestas en su persona, satisfechos de que su hijo se sintiera tan a gusto con el tío Yediguéi. Pero éste y sus niñas también estaban muy alegres por el barullo que había armado la familia Kutty báyev con motivo de la lluvia. Involuntariamente, Yediguéi advirtió lo hermosa que era Zaripa. El agua desparramaba sus negros cabellos por la cara, el cuello y los hombros, y manaba desde la coronilla hasta las plantas de los pies de forma que el agua chorreaba generosamente por el flexible y joven cuerpo de la mujer destacando su cuello, sus brazos, sus caderas y las pantorrillas de sus piernas desnudas. Y los ojos brillaban alegres y provocativos. Sus blancos dientes relucían felices.

En Sary-Ozeki, la lluvia no da pasto a los caballos. La nieve empapa gradualmente la tierra. Pero la lluvia, caiga como caiga, es como el mercurio en la palma de la mano, se desliza por la superficie hacia los barrancos y abismos. Se agita, hace ruido y desaparece.

Unos minutos después de este gran aguacero empezaron a correr torrentes y arroyos, fuertes, rápidos, espumosos. Entonces, los de Boranly corrieron y saltaron por los arroyos, echaron jofainas y cubetas al agua. Los niños mayores, Daúl y Saule, se pasearon por el arroyo dentro de las cubetas. Fue preciso poner también a los pequeños dentro de una cubeta, y así navegaron...

La lluvia continuaba cayendo. Entusiasmados con la navegación, se encontraron junto a las vías, bajo el terraplén, al principio del apartadero. En aquel momento atravesó Boranly-Buránny un tren de pasajeros. La gente se asomaba poco menos que hasta la cintura por las ventanillas abiertas de par en par y los miraba, miraba a los desdichados extravagantes del desierto. Les gritaban algo parecido a: «¡Eh, no os ahoguéis!», y se retorcían de risa, silbaban, se reían. Seguramente era muy extraño el aspecto que tenían. Y el tren siguió adelante, lavado por la lluvia, llevándose a una gente que al cabo de un día o dos seguramente contaría lo visto para divertir a otros.

Yediguéi no habría pensado nada de eso de no haberle parecido que Zaripa estaba llorando. Cuando por la cara manan chorros de agua como echados con un cubo resulta difícil decir si una persona llora o no. Y sin embargo, Zaripa lloraba. Fingía que se reía, que estaba locamente alegre, pero lloraba conteniendo los sollozos, interrumpiendo el llanto con risas y exclamaciones. Abutalip, inquieto, la cogió del brazo:

—¿Qué te pasa? ¿Te sientes mal? Vámonos a casa.

—No, simplemente, tengo hipo —respondió Zaripa.

Y de nuevo empezaron a divertir a los niños, procurando saturarse apresuradamente de los dones de aquella lluvia providencial. Yediguéi se sintió intranquilo. Imaginó lo duro que debía ser reconocer que la otra vida les había rechazado, la vida en la que la lluvia no era un acontecimiento, en la que la gente se bañaba y nadaba en un agua limpia y transparente, en la que había otras condiciones, otras diversiones, otras preocupaciones relativas a los niños... Y para no turbar a Abutalip y a Zaripa que, naturalmente, sólo fingían aquella alegría por los niños, Yediguéi continuó dando apoyo a su diversión...

Se lo pasaron muy bien, se cansaron de jugar, tanto los niños como los mayores, y la lluvia continuaba cayendo. Y entonces corrieron a sus casas. Viendo cómo se alejaban, Yediguéi disfrutó contemplando cómo los Kuttybáyev corrían juntos, el padre, la madre, los niños. Todos mojados. Por lo menos hubo un día de felicidad en Sary-Ozeki.

Con su pequeña en brazos y la mayor de la mano, Yediguéi apareció en el umbral de su casa. Ukubala juntó asustada las manos al ver su aspecto:

Pero ¿qué os ha ocurrido? ¿Sabéis qué aspecto tenéis?

—No te asustes, madre —tranquilizó Yediguéi a su mujer, y se echó a reír—. Cuando el *atan* se emborracha, juega con sus *tailak*^[17].

—Sí, sí, ya veo que lo parecéis —sonrió con reproche Ukubala—. Hala, desnudaos, no os quedéis ahí parados como gallinas mojadas.

Cesó la lluvia, pero aún fue cayendo por los límites de Sary-Ozeki hasta el amanecer, a juzgar por el sordo retumbar de los truenos que se oyeron a lo lejos durante la noche. Yediguéi se despertó varias veces por esa causa. En el mar de Aral solía dormir incluso cuando retumbaba la tempestad sobre su cabeza. Pero allí era otra cosa, allí las tempestades eran frecuentes. Al despertar, Yediguéi adivinaba, a través de los párpados cerrados, cómo se reflejaba en las ventanas el vibrante resplandor de lejanos y erosionados relámpagos que se encendían en distintos lugares de la estepa.

Aquella noche, Burani Yediguéi soñó que estaba de nuevo en el frente, bajo el fuego. Pero los proyectiles caían silenciosa mente. Las explosiones se levantaban en el aire sin hacer ruido y se quedaban como petrificadas en forma de negras salpicaduras que se derrumbaban lenta y pesadamente. Una de estas explosiones le levantó para arriba y estuvo mucho rato cayendo con el corazón paralizado por una

horrible vaciedad. Luego, corría al ataque, pero no podía distinguir las caras, corrían los capotes solos, con las metralletas en la mano. Y cuando los capotes gritaron «hurra», surgió ante Yediguéi, en medio del camino, la figura sonriente de Zaripa. Fue asombroso. Con su vestidito de percal, con sus cabellos desparramados, chorreando agua por la cara, la joven se reía sin parar. Yediguéi no podía detenerse, recordaba que iba al ataque. «¿Por qué te ríes así, Zaripa? Es mala señal», dijo Yediguéi. «No me río, estoy llorando», respondió ella y continuó riéndose bajo la lluvia...

Al día siguiente quiso contarles este sueño a Abutalip y a ella. Pero cambió de parecer, no le pareció un buen sueño. Para qué inquietar aún más a las personas...

Después de aquella gran lluvia descendió el calor en Sary-Ozeki, o, como dijo Kazangap, terminaron las bazas del verano. Hubo aún días calurosos, pero soportables. Y a partir de entonces empezó el bienestar preotoñal de Sary-Ozeki. También los niños de Boranly se libraron del agotador sofoco. Se reanimaron, y volvieron a oírse sus voces. Y entonces comunicaron desde Kumbel que habían llegado a la estación melones y sandías de Kyzyl-Ordino. Y dijeron que quedaba a elección de los de Boranly que les enviaran su parte, o que fueran ellos mismos a recogerla. Esto lo aprovechó Yediguéi. Convenció al jefe del apartadero de que habían de ir ellos mismos, pues si se los enviaban, ya sabe: tomad, por Dios, lo que desechamos. Y éste aceptó. «Muy bien —dijo—, vaya con Kuttybáyev y elijan lo mejor». Esto era lo que Yediguéi necesitaba. Quería sacar a Abutalip y a Zaripa de Boranly-Buránnny aunque sólo fuera por un día. Sí, y tampoco a él le vendría mal oírse. Y se fueron a Kumbel a primera hora de la mañana, las dos familias con la chiquillería, en un tren de paso. Se endomingaron. Era magnífico. Los niños creían ir a un país de fábula. Todo el camino estuvieron entusiasmados, preguntando: «¿Crecen árboles allí?». «Claro que sí». «¿Y la hierba es verde?». «Sí, también es verde. E incluso hay flores». «¿Y hay casas grandes, y coches corriendo por las calles? ¿Y melones y sandías en cantidad? ¿Y hay helado allí? ¿Hay mar?»

El viento fustigaba el vagón de mercancías, entraba en forma de agradable y uniforme chorro por la entreabierta puerta, protegida por una plancha de madera por lo que pudiera ser, para que los niños no se cayeran, aunque al borde mismo del paso se habían sentado Yediguéi y Abutalip sobre unos cajones vacíos. Sostenían una variada conversación y además respondían a las preguntas de los niños. Burani Yediguéi estaba muy contento de que viajaran juntos, de que el tiempo fuera bueno, de que los niños estuvieran alegres, pero por lo que estaba más contento no era por los niños sino por Abutalip y por Zaripa. Sus caras se habían iluminado. Por corto tiempo, se habían liberado, habían roto las cadenas, si no de otra cosa por lo menos de su continua preocupación, de su abatimiento interno. Y a efecto de esta impresión, Yediguéi pensaba: «Quizá se le permita a Abutalip vivir en Sary-Ozeki a su manera y hasta donde sea capaz. ¡Dios lo quiera!».

Era agradable ver cómo Abutalip y Zaripa hablaban íntimamente de los diferentes asuntos cotidianos. Y eran felices. Así había de ser, la gente necesita tan poco... Yediguéi deseaba que los Kuttybáyev olvidaran todos los disgustos para que pudieran fortalecerse y adaptarse a la vida en Boranly, ya que no tenían otra elección. Era también muy halagador para Yediguéi que Abutalip estuviera sentado a su lado, hombro contra hombro, y supiera que podía confiar en él, que se comprendían muy bien uno a otro sin palabras superfluas, sin tocar, en el trajín de cada día, aquellos temas dolorosos sobre los que no convenía hablar de pasada. Yediguéi valoraba en Abutalip su inteligencia, su reserva y sobre todo su afecto por la familia, para la que vivía sin rendirse, sacando de ella sus fuerzas. Al escuchar sus manifestaciones, Yediguéi llegaba a la conclusión de que lo mejor que puede hacer un hombre para los demás es educar en familia a unos hijos dignos. Y no con la ayuda de otros, sino personalmente, día tras día, paso a paso, aplicando toda su persona a esta empresa, estando con los niños tanto como pueda, el rato más largo posible.

En cambio, eran muchas las escuelas donde había estudiado Sabitzhán desde la primera infancia: internados, institutos, diversos cursillos de formación. El pobre Kazangap daba cuanto ganaba para que su hijo pudiera estar en la ciudad, para que su Sabitzhán no viviera ni estuviera peor que los demás. ¿Y con qué resultado? Saber cosas sí sabía, pero un inútil es un inútil.

Y entonces, de camino a Kumbel en busca de sandías y melones, Yediguéi pensó que, si no había mejor salida, convendría instalar a Abutalip en Boranly-Buránny como es debido. Montar su propia economía, hacerse con un ganado y educar a los hijos en Sary-Ozeki como y hasta donde pudiera. Ciertamente que no se dispuso a darle ninguna lección, pero comprendió por la conversación que también Abutalip se inclinaba a ello, que tenía esas intenciones. Le interesaba saber cómo podía proveerse de patatas, dónde comprar botas de fieltro para su esposa y sus hijos en invierno. Preguntó también si en Kumbel había biblioteca y si prestaban libros al apartadero.

Por la tarde de aquel mismo día regresaron a casa en un tren de paso con los melones y las sandías que había destinado el DAO (Departamento de Aprovisionamiento Obrero) a los de Boranly. Los niños, como es natural, estaban muy cansados al caer la tarde, pero también muy contentos. Habían visto el mundo en Kumbel, habían comprado juguetes, habían comido helado y muchas otras cosas. Sí, ocurrió también un pequeño suceso en la barbería de la estación. Habían decidido cortar el cabello a los niños. Y cuando llegó el turno a Ermek, el crío empezó a chillar y a llorar de tal manera que no había forma de convencerle. Todos se esforzaron, pero él tenía miedo, escapaba, chillaba, llamaba a su padre. Abutalip había ido a la tienda de al lado. Zaripa no sabía qué hacer, enrojecía y palidecía de vergüenza. Y no cesaba de justificarse, diciendo que no le habían cortado el cabello al niño desde que naciera, que les daba pena cortárselo por ser tan hermoso y rizado. Y en efecto, Ermek tenía un cabello magnífico, espeso y rizado, había salido a su madre y en general se parecía

a Zaripa: cuando le lavaran la cabeza y le peinaran los rizos sería un regalo para los ojos.

Llegados a esta situación, Ukubala consintió en recortar el cabello de Saule, como diciendo: «Mira, es una niña y no tiene miedo». Esto pareció causar algún efecto, pero apenas el peluquero tomó la maquinilla, se repitieron otra vez gritos y llantos. Ermek escapó de sus manos en el preciso momento en que aparecía Abutalip en la puerta. Ermek se precipitó hacia su padre. Este lo levantó y lo estrechó fuertemente contra su pecho, y comprendió que no valía la pena atormentar al niño.

—Perdone usted —dijo al peluquero—. Ya lo haremos otro día. Haremos acopio de valor y entonces... De momento puede esperar, aún puede pasar. No hay prisa... Otro día...

En el curso de la sesión extraordinaria de las comisiones plenipotenciarias a bordo del portaviones *Conventsia*, y por acuerdo de las partes, se envió a la estación orbital *Paritet* otro comunicado cifrado con destino a los paritet-cosmonautas 1-2 y 2-1 que se encontraban en el planeta de la civilización extraterrestre: se les ordenaba categóricamente que no emprendieran acción alguna y que se quedaran donde estaban hasta que recibieran una indicación especial del Centrun.

La reunión tuvo lugar, como antes, a puerta cerrada. El portaviones *Conventsia* se encontraba, como siempre, en el mismo lugar del océano Pacífico, al sur de las Aleutianas en un punto rigurosamente equidistante por aire de San Francisco y de Vladivostok.

Como antes, nadie en el mundo sabía que había ocurrido un grandioso acontecimiento intergaláctico: en el sistema del astro Poseedor se había descubierto un planeta con una civilización extraterrestre cuyos seres racionales proponían establecer un contacto con los terrícolas.

En la sesión extraordinaria, ambas partes debatieron todos los pros y los contras de tan inusual e inesperado problema. En la mesa, ante cada miembro de las comisiones, había, entre otros materiales auxiliares, un dossier con el texto completo del mensaje enviado por los paritet-cosmonautas 1-2 y 2-1. Se estudiaba cada pensamiento, cada palabra de los documentos. Cualquier detalle que se aportara como prueba de la existencia de vida racional en el planeta Pecho Forestal se consideraba ante todo desde el punto de vista de las posibles consecuencias, de la compatibilidad o incompatibilidad con la experiencia terrena de civilización y con los intereses de los países dirigentes del planeta... Ninguno de ellos había tenido ocasión de tropezar jamás con este género de problemas y la cuestión requería una rápida solución...

En el océano Pacífico había, como antes, una tempestad de mediana fuerza...

Al ver que los miembros de la familia Kuttybáyev soportaban la época más terrible del tórrido calor estival de Sary-Ozeki y no hacían desesperados las maletas, no se movían de Boranly-Buránny para irse a otra parte, a donde fuera con tal de que estuviera muy lejos, los de Boranly comprendieron que aquella familia se quedaría allí, aguantaría. Abutalip Kuttybáyev se había animado mucho, o más exactamente, se había incorporado a la sirga de Boranly. Sí, naturalmente, se había acostumbrado, había asimilado las condiciones de vida en el apartadero. Como todos y cada uno de ellos, tenía derecho a decir que Boranly era el lugar más perdido del mundo, puesto que hasta el agua había que traerla en una cisterna, por ferrocarril, tanto para beber como para las demás necesidades, y el que quisiera bebería fresca, auténtica, tenía que ensillar el camello y dirigirse con unos odres a un pozo situado en el fin del mundo, cosa que fuera de Yediguéi y Kazangap nadie se atrevía a hacer.

Sí, así era en el cincuenta y dos, y así fue hasta los años sesenta, cuando se instaló en el apartadero una bomba de profundidad electroeólica. Sin embargo, por aquel entonces ni soñaban tal cosa. Y a pesar de ello, Abutalip nunca vituperó ni maldijo el apartadero de Boranly-Buránny, ni tampoco aquella tierra de Sary-Ozeki. Aceptaba lo malo como malo y lo bueno como bueno. A fin de cuentas, aquella tierra no era culpable de nada ante nadie. Es el hombre quien debe decidir si quiere vivir allí o no...

Y también en esa tierra la gente procuraba instalarse lo más cómodamente posible. Cuando los Kuttybáyev llegaron al definitivo convencimiento de que su lugar estaba allí, en Boranly-Buránny, y que no tenían ya otro sitio adónde ir, y que era necesario instalarse mejor, empezó a faltarles tiempo para los asuntos domésticos. Como es natural, había que trabajar cada día, o cada turno, pero en el tiempo libre las preocupaciones eran múltiples. Abutalip puso a contribución sus esfuerzos y sudores cuando emprendió la tarea de preparar la vivienda para el invierno: trasladar la estufa, ajustar la puerta, preparar y adaptar los marcos de las ventanas. No poseía una especial habilidad para estos trabajos, pero Yediguéi le ayudó con herramientas y materiales, no le dejó solo. Y cuando empezaron a excavar un sótano junto al pequeño cobertizo, tampoco Kazangap permaneció al margen. Entre los tres construyeron un pequeño sótano, lo cubrieron con viejas traviesas y paja, y echaron arcilla encima, de manera que la cubierta fuera lo más sólida posible, para que ningún animal se cayera impensadamente al sótano. Hicieran lo que hiciesen, los hijos de Abutalip rondaban y pasaban mil veces junto a ellos. Y aunque a veces estorbaban, así era más alegre y agradable. Yediguéi y Kazangap empezaron a pensar cómo podrían ayudar a Abutalip para que tuviera su propia hacienda, y ya habían tomado alguna resolución. Decidieron que en primavera le asignarían una camella lechera. Lo principal era que Abutalip aprendiera a ordeñarla. Téngase en cuenta que no se trataba de una vaca. A las camellas hay que ordeñarlas de pie. Hay que ir tras ellas

por la estepa, y sobre todo, salvaguardar al pequeñín, dejarle coger el pezón a tiempo y quitárselo en su momento. Dan no pocos trabajos. También hay que conocer la materia...

Pero lo que más satisfacción causaba a Burani Yediguéi era que Abutalip no sólo se aplicaba en las tareas domésticas, no sólo se ocupaba continuamente de los niños de ambas familias —él y Zaripa les daban clase con los libros y les enseñaban dibujo—, sino que además, haciendo un esfuerzo, superando el obstáculo de ser Boranly un lugar tan apartado, estudiaba él mismo. En realidad, Abutalip Kuttybáyev era un hombre culto. Leer libros, efectuar sus anotaciones, era lo que le correspondía. Secretamente, Yediguéi se enorgullecía de tener semejante amigo. Por eso se había sentido atraído hacia él. Tampoco era casual la amistad que había surgido con Elizárov, el geólogo de Sary-Ozeki, que visitaba con frecuencia aquellos lugares. Yediguéi respetaba a los científicos, a la gente que sabía mucho. Abutalip también era muy culto. Pero, simplemente, procuraba pensar menos en voz alta. Sin embargo, un día tuvieron una conversación seria.

Volvían una tarde de su trabajo en las vías. Aquel día habían estado colocando unos paneles de protección contra la nieve en el kilómetro siete, donde siempre se acumulaban los montones de nieve. Aunque el otoño apenas empezaba a cobrar fuerza, había que prepararse a tiempo para el invierno. Así, pues, regresaban a casa. Caía una tarde hermosa y clara que predisponía a la conversación. En tardes como ésa, los alrededores de Sary-Ozeki, como el fondo del mar de Aral desde una barca en tiempo de calma, sólo se adivinaban fantasmagóricamente entre la neblina del crepúsculo.

—Oye, Abu, por las tardes, cuando paso junto a tu casa, siempre veo tu cabeza inclinada sobre el alféizar de la ventana. ¿Escribes algo o reparas alguna cosa junto a la lámpara? —preguntó Yediguéi.

—Es de lo más simple —respondió de buen grado Abutalip, trasladándose la pala de un hombro al otro—. No dispongo de mesa escritorio. Y así que mis pilludos se meten en la cama, Zaripa se pone a leer y yo anoto algunas cosas que aún tengo en la memoria: la guerra y, sobre todo, mis años en Yugoslavia. Pasa el tiempo, el pasado se va alejando cada vez más —hizo una pausa—. Siempre estoy pensando qué podría hacer por mis hijos. Darles de comer, de beber, educarlos, esto ya se supone. Cuanto pueda, tanto como pueda. Yo he pasado y experimentado tantas cosas como quizá no las haya vivido otro en cien años, y todavía estoy vivo y respiro. Seguramente el destino no me ofrece esta posibilidad porque sí. Quizá es para que yo lo cuente, y en primer lugar a mis hijos. Tengo que rendirles cuentas de mi vida, dado que les he puesto en este mundo, así lo entiendo yo. Naturalmente, hay una verdad general para todo el mundo, pero hay también la interpretación de cada uno. Y ésta desaparece con nosotros. Cuando un hombre ha atravesado los círculos de la vida y de la muerte en una confrontación mundial de fuerzas, y pudieron matarle por lo menos un centenar

de veces, pero ha sobrevivido, entonces hay muchas cosas que puede conocer: el bien, el mal, la verdad, la mentira...

—Espera, hay una cosa que no entiendo —le interrumpió asombrado Yediguéi—. Puede que tú digas grandes verdades, pero tus hijos son pequeños, unos mocosos aún, temen a la maquinilla del barbero, ¿qué van a comprender?

—Por eso lo escribo. Quiero conservarlo para ellos. Nadie puede saber por anticipado si voy a vivir o no. Hace un par de días, estaba tan ensimismado que, como un tonto, por poco caigo bajo un tren. Kazangap llegó a tiempo. Me sacó de un empujón. Pero me chilló después horriblemente: «Hoy tus hijos ya pueden ponerse de rodillas y darle gracias a Dios», dijo.

—Tenía razón. Ya te lo dije hace tiempo. Y se lo dije a Zaripa —se indignó a su vez Yediguéi, aprovechando la ocasión para manifestar una vez más sus temores—. ¿Por qué vas por los raíles como si la locomotora tuviera que apartarse y cederte el paso? Hay unas normas de seguridad. Eres un hombre instruido. ¿Cuántas veces te lo tendremos que decir? Ahora eres un ferroviario, pero andas como por el mercado. Vas a tener una desgracia, no bromees.

—Bueno, si tal cosa me sucede, la culpa será mía —aceptó sombríamente—. De todos modos, primero escúchame a mí, luego ya hablarás.

—Yo te interrumpí porque venía a cuento. Continúa.

—En otros tiempos, la gente dejaba a los niños una herencia. Ésta era para bien o para mal, había de todo. Se han escrito muchos libros sobre este tema, muchos cuentos, y en el teatro se han representado muchas obras sobre aquellas épocas, sobre cómo se dividía una herencia y qué ocurría con los herederos. ¿Por qué? Pues porque la mayoría de las veces estas herencias tenían un mal origen, procedían de las penalidades y trabajos de otras personas, del engaño, y por eso llevaban consigo un pecado original, un mal, una injusticia. Y me consuelo pensando que nosotros, gracias a Dios, nos vemos libres de todo eso. Mi herencia no perjudicará a nadie. Es sólo mi espíritu, y mis anotaciones constituyen el compendio de todo cuanto comprendí y extraje de la guerra. No dispongo de mayor riqueza para mis hijos. Vine con esta idea a los desiertos de Sary-Ozeki. La vida me iba empujando continuamente para acá, para que me perdiera y desapareciera, pero yo anoto para ellos todo cuanto pienso y adivino, pues en ellos, en mis hijos, me perpetuaré algún día. Quizá ellos consigan lo que yo no logré... Pero tendrán una vida más difícil que nosotros. Así que, mejor que vayan adquiriendo inteligencia desde pequeños...

Durante un rato caminaron en silencio, ocupado cada cual con sus propios pensamientos. Para Yediguéi resultaba raro escuchar aquellos discursos. Le admiraba ver que, por lo visto, también se podía comprender de esta manera la esencia de la vida en la tierra. Sin embargo, decidió aclarar lo que le impresionaba:

—Todos piensan, y lo dicen por la radio, que nuestros hijos van a vivir mejor y más fácilmente, y a ti te parece que la vida va a ser más difícil para ellos de lo que lo es para nosotros. ¿Quizá por la amenaza de la bomba atómica?

—Claro que no, no sólo por eso. Puede que no haya guerra, y si la hay no será pronto. No se trata de eso. Lo que pasa es que se acelera la rueda del tiempo. Tendrán que resolverlo todo por sí mismos con su inteligencia, y responder por nosotros *a posteriori*. Y pensar siempre es duro. Por eso lo tendrán más difícil que nosotros.

Yediguéi no quiso precisar por qué consideraba Abutalip que pensar fuera duro. E hizo mal, después lo lamentó mucho al recordar esta conversación. Debió haberle interrogado, debió averiguar cuál era el sentido...

—Y te diré por qué lo digo —prosiguió Abutalip como si respondiera a las dudas de Yediguéi—. Para los niños, los mayores parecen siempre inteligentes, llenos de autoridad. Cuando crecen, ven que los maestros, es decir, nosotros, no sabían tanto como eso, no eran tan inteligentes como parecían. Incluso pueden burlarse de ellos, pues a veces sus envejecidos preceptores llegan a parecerles ridículos. La rueda del tiempo gira cada vez más de prisa. Y sin embargo, somos nosotros quienes debemos decir la última palabra sobre nosotros mismos. Nuestros antepasados intentaron hacerlo a través de las leyendas. Querían demostrar a sus descendientes lo grandes que ellos fueron. Y ahora los juzgamos por su espíritu. Y a ves, yo estoy haciendo lo que puedo por mis hijos pequeños. Mis años de guerra son mis leyendas. Escribo para ellos mis cuadernos de guerrillero. Todo lo que ocurrió, lo que vi y lo que sufrí. Les será útil cuando sean mayores. Pero además, tengo otras intenciones. Tendrán que crecer en Sary-Ozeki. Y también en este punto, cuando crezcan, no deben pensar que han vivido en un lugar vacío. He anotado nuestras viejas canciones, porque después, en verdad, no las encontrarían. Las canciones, a mi juicio, son mensajeras del pasado. Por lo visto tu Ukubala sabe muchas de ellas y me ha prometido recordar otras más.

—¡Y cómo no! ¡Es hija del Aral! —se entusiasmó en seguida Yediguéi—. Los kazajos del Aral viven junto al mar. Y allí se canta muy bien. El mar lo comprende todo. Todo cuanto dices te sale del alma y está de acuerdo con el mar.

—Exacto, has dicho una gran verdad. Hace poco releí lo que llevo escrito, y Zariya y yo por poco nos echamos a llorar. ¡Con qué hermosura cantaban antiguamente! Cada canción es toda una historia. Parece que ves a aquellos hombres. Y quisieras estar con ellos, alma con alma. Y sufrir y amar como ellos. Ya ves que memoria han dejado de sí. También estoy intentando convencer a la Bukéi de Kazangap: «Recuerda», le digo, «tus canciones de Karakalpak, las anotaré en un cuaderno aparte. Y tendremos nuestro cuaderno de Karakalpak...».

Y así iban caminando sin prisas a lo largo de la línea del ferrocarril. Era una hora muy especial. Con alivio, como tras un prolongado suspiro, se pasmaba apaciguado el final del día en aquella época preotoñal. Puede que no hayan bosques, ni ríos, ni campos en Sary-Ozeki, pero el sol moribundo crea la impresión de una estepa llena de gracias bajo el imperceptible movimiento de la luz y de las sombras por la abierta faz de la tierra. El azul fluido y turbio del espíritu cautivador de los grandes espacios eleva el pensamiento, provoca el deseo de vivir largo tiempo y de pensar mucho...

—Oye, Yediguéi —habló de nuevo Abutalip recordando lo que acababa de exponer mentalmente, a la espera de volver sobre ello cuando fuera la ocasión—. Hay algo que hace tiempo quería preguntarte. El pájaro Donenbái. ¿Te parece que existe en la naturaleza un pájaro que se llame así, Donenbái? ¿Has tenido ocasión de encontrar a ese pájaro?

—Pero si se trata de una leyenda...

—Lo comprendo. Sin embargo, suele suceder que una leyenda se base en cosas antiguas que aún existen hoy en la vida. Por ejemplo, hay el pájaro Ivolga, que en nuestra tierra de Semirechie se pasa el día cantando en los jardines de la montaña y preguntando: «¿Quién es mi novio?». Hay simplemente un juego de palabras, una consonancia. Y hay una fábula que explica por qué canta de esta manera. Y yo pienso: ¿no habrá también una consonancia en esa historia? Quizá exista en la estepa un pájaro que cante algo parecido al nombre de Donenbái y por eso figure en la leyenda.

—No, no lo sé. Aunque no lo creo —dudó Yediguéi—. Por otra parte, con lo mucho que viajo por estos lugares de arriba abajo, no he encontrado a semejante pájaro. Debe de ser porque no existe.

—Es posible —concedió meditabundo Abutalip.

—¿Y así, pues, si no existe ese pájaro significará que todo eso es falso? —se inquietó Yediguéi.

—No, ¿por qué? El caso es que existe el cementerio de Ana-Beit y que pasó algo allí. Y además, pienso, no sé por qué, que ese pájaro debe de existir. Y alguien lo encontrará en alguna parte. Así se lo escribiré a los niños.

—Bueno, si es para los niños —dijo Yediguéi titubeante—, entonces nada...

Según recordaba Burani Yediguéi, sólo dos personas habían anotado en un papel la leyenda de Sary-Ozeki sobre Naiman-Ana. Abutalip la anotó para sus hijos, para cuando crecieran, y eso fue a finales del cincuenta y dos. El manuscrito se perdió. ¡Cuánta amargura hubo que soportar después! ¡Para manuscritos estaban! Algunos años más tarde, en el cincuenta y siete, la anotó Afanasi Ivánovich Elizárov. Ahora, Elizárov ya no existe. Y el manuscrito, váyase a saber, seguramente debió de quedarse con sus papeles en Alma-Atá... Tanto uno como otro la anotaron de igual manera, de los labios de Kazangap. Yediguéi estaba presente, pero más en calidad de apuntador-recordador y de comentarista *sui generis*.

«¡Qué años aquéllos! ¡Cuánto hace ya que ocurrió eso, Dios mío!», pensaba Burani Yediguéi balanceándose entre las gibas de *Karanar*, cubierto con la manta. Llevaba al propio Kazangap al cementerio de Ana-Beit. El círculo parecía cerrarse. El narrador de la leyenda debía ocupar su última morada en aquel cementerio cuya historia guardaba y comunicaba a los demás.

«Ya sólo quedamos Ana-Beit y yo. Y a mí pronto me corresponderá también venir aquí. Ocupar mi puesto. Todo lleva este camino», pensaba tristemente Yediguéi en su andadura, siempre encabezando sobre su camello aquel extraño cortejo fúnebre, el tractor que le seguía por la estepa con su remolque, y la excavadora Bielorús que cerraba la marcha. El perro pardo *Zholbars*, que se había unido voluntariamente al entierro, se permitía marchar ora a la cabeza ora a la cola de la comitiva, ora también a uno de los lados o bien se ausentaba por poco tiempo... Mantenía la cola firme, como quien es el amo, y miraba diligente por los lados...

El sol ya se levantaba hasta el cénit, llegaba el mediodía. Ya no quedaba tanto hasta el cementerio de Ana-Beit...

CAPÍTULO VIII

Y pese a todo, el final del año cincuenta y dos, o más exactamente, todo el otoño y todo el invierno, que llegó con retraso, eso sí, pero sin tempestades de nieve, fueron seguramente los mejores días para el puñado de habitantes del apartadero de Boranly-Burány. Después, a menudo sintió Yediguéi añoranza de aquellos días.

Kazangap, el patriarca de Boranly, muy diplomático además, pues nunca se mezcló en los asuntos ajenos, estaba entonces en la plenitud de sus fuerzas y gozaba de buena salud. Su Sabitzhán estudiaba ya en el internado de Kumbel. En aquella época, la familia de los Kuttybáyev se había asentado sólidamente en Sary-Ozeki. Habían preparado la barraca para el invierno, tenían su reserva de patatas, habían adquirido las botas de fieltro para Zaripa y los niños, y habían llevado de Kumbel todo un saco de harina. Lo llevó Yediguéi del DAO en las alforjas del joven *Karanar*, que en aquella época estaba en la flor de sus fuerzas. Abutalip trabajaba lo que le correspondía, y en su tiempo libre se ocupaba como antes de los niños; por las noches escribía con tesón, instalado junto a una lámpara en el antepecho de la ventana. Había además dos o tres familias de obreros de la estación, pero por lo visto se trataba de personas cuya estancia en el apartadero de Boranly-Burány era provisional. El jefe del apartadero, Abílov, tampoco parecía mala persona. Ninguno en Boranly estaba enfermo. El servicio se llevaba a cabo. Los niños crecían. Todos los trabajos preinvernales de protección y reparación de las vías se habían ejecutado dentro del plazo previsto.

El tiempo era maravilloso para Sary-Ozeki. ¡Un otoño color castaño como una corteza de pan! Y luego llegó el invierno. La nieve cuajó de golpe. Y también era hermoso, todo tan blanco alrededor. Y en medio de aquel majestuoso silencio blanco se extendía como un hilo negro la línea del ferrocarril, y por ella, como siempre, pasaban unos trenes tras otros. Y a un lado de este movimiento, entre elevaciones nevadas, se cobijaba una pequeña aldea, el apartadero Boranly-Burány. Unas cuantas casitas y todo lo demás... Los viajeros las contemplaban con mirada indiferente desde los vagones, o por un momento despertaba en ellos una compasión marginal por los solitarios habitantes del apartadero...

Pero esa compasión marginal era injustificada. Los de Boranly gozaban de un buen año, con la excepción del salvaje y tórrido calor del verano, pero eso ya había quedado atrás. En general, en todas partes, la vía crujía por acá y por allá, pero iba arreglándose después de la guerra. Para Año Nuevo se esperaba un nuevo abaratamiento en el precio de los comestibles y de los objetos manufacturados, y aunque las tiendas distaban de estar abarrotadas se mejoraba de año en año...

Normalmente, los de Boranly no concedían al Año Nuevo ningún sentido especial, no esperaban con estremecimiento la medianoche. En el apartadero, el

servicio continuaba pese a todo, los trenes pasaban sin considerar ni por un instante dónde y en qué parte del camino les alcanzaría el nuevo año. Además, era invierno y el trabajo de la casa aumentaba. Había que cargar las estufas, que vigilar más al ganado, tanto en el pasto como en el cercado. El hombre quedaba rendido al final del día, y valía más descansar, acostarse antes.

Y así pasaban los años uno tras otro...

Pero la víspera del cincuenta y tres hubo en Boranly-Burány una verdadera fiesta. Naturalmente, la fiesta fue idea de la familia Kuttybáyev. Ya al final, Yediguéi se sumó a los preparativos de año nuevo. Todo empezó cuando los Kuttybáyev decidieron montar un árbol para los niños. ¿Y de dónde sacar un abeto en Sary-Ozeki, donde es más fácil encontrar los huevos de un dinosaurio fósil? Efectivamente, Elizárov, vagando por senderos geológicos, había encontrado en Sary-Ozeki unos huevos de dinosaurio que tenían millones de años. Aquellos huevos se habían convertido en piedras y cada uno tenía el tamaño de una enorme sandía. Llevaron el hallazgo al museo de Alma-Atá. Se publicó en los periódicos.

Abutalip Kuttybáyev tuvo que ir bajo la helada a Kumbel y conseguir allí, en el comité local de la estación, que uno de los cinco abetos, sólo cinco para una estación tan grande, fuera de todos modos para Boranly-Burány. Así empezó todo.

Yediguéi estaba precisamente junto al almacén recibiendo del jefe del apartadero unas manoplas nuevas para trabajar, cuando, frenando glacialmente, se detuvo en la vía principal un tren de mercancías cubierto de escarcha por el viento de la estepa. Un largo convoy compuesto de vagones precintados de cuatro ejes. De la plataforma descubierta del último vagón, saltó al suelo Abutalip moviendo con dificultad sus entumecidas piernas enfundadas en las heladas botas. El conductor del material, que acompañaba al tren, moviéndose torpemente en la plataforma con su enorme pelliza y gorra de pieles fuertemente encasquetada y atada, empezó a entregarle algo muy voluminoso. Un abeto, adivinó Yediguéi, y se sorprendió mucho.

—¡Eh! ¡Yediguéi! ¡Burani! ¡Ven aquí y ayuda a este hombre! —le llamó el conductor sacando todo su corpachón desde el estribo del vagón.

Yediguéi se apresuró, y al acercarse se asustó por Abutalip. Blanco hasta las cejas, todo cubierto de polvo de nieve, Abutalip estaba tan helado que no podía mover los labios. No podía accionar los brazos. Y a su lado el abeto, aquel arbolillo punzante por el que Abutalip por poco se va al otro mundo.

—¿Cómo viaja así vuestra gente? —preguntó con voz ronca y descontenta el conductor—. A uno se le asalta el alma con este viento trasero. Quería darle mi pelliza, pero entonces me habría helado yo.

Así que pudo dominar sus labios, Abutalip se excusó:

—Disculpadme, son cosas que pasan. En seguida me caliento, estoy aquí cerca.

—Yo ya se lo dije —refunfuñó el conductor dirigiéndose a Yediguéi—. Yo llevo la pelliza, y debajo un vestido acolchado, botas de fieltro, gorra, y a pesar de ello,

mientras espero el cruce, los ojos se me suben a la frente. ¡Cómo es posible de esta manera!

Yediguéi se sintió violento:

—¡Está bien, ya lo tendremos en cuenta, Trofim! Gracias. En marcha y que tengas buen viaje.

Y levantó el abeto. Era frío, pequeño, de la altura de un hombre. Percibió en las agujas el olor invernal del bosque. El corazón se le encogió, recordó los bosques del frente. Allí había abetos como aquél para parar un tren. Los derribaban con los tanques, los destrozaban con los proyectiles. Y en realidad, no pensaban que algún día resultaría agradable respirar el olor del abeto.

—Vámonos —dijo Yediguéi y echó una mirada a Abutalip mientras se cargaba el abeto sobre el hombro.

En el grisáceo rostro de Abutalip, tenso por el frío, con lágrimas paralizadas en las mejillas, brillaban unos ojos vivos, alegres y triunfantes bajo las blancas cejas. Yediguéi, de pronto, sintió miedo: ¿valorarían los hijos la devoción de su padre por ellos? Porque en la vida se encuentra a cada paso precisamente lo contrario. En lugar de agradecimiento, indiferencia si no odio. «Líbrele Dios de semejante cosa. Ya le bastan las demás amarguras», pensó Yediguéi.

El primero en ver el abeto fue el mayor de los Kuttybáyev, Daúl. Empezó a chillar alegremente y se metió por la puerta de la barraca. De allí salieron sin sus abrigos Zaripa y Ermek.

—¡Un abeto! ¡Un abeto! ¡Mirad qué abeto! —se entusiasmó Daúl dando saltos impetuosos alrededor del árbol.

Zaripa no se alegró menos:

—¡Pese a todo, lo has conseguido! ¡Qué bien!

Ermek, según se ve, nunca había visto un abeto. Contem piaba, sin apartar la mirada, la carga de tío Yediguéi.

—¿Es un abeto eso, mamá? Es bonito, ¿verdad? ¿Vivirá en casa con nosotros?

—Zaripa —dijo Yediguéi—, por este palo, como dicen los rusos, podías haber recibido un marido congelado. Anda, que vaya a calentarse cuanto antes. Primero hay que sacarle las botas.

Éstas se habían congelado. Abutalip fruncía el ceño y apretaba los dientes cuando, todos a la vez, intentaron sacarle las botas. Los niños mostraban un tesón especial. Ahora por aquí, ahora por allá, agarraban con sus manecitas las pesadas botas de piel de vaca pétreamente pegadas a los pies por la helada.

—¡Niños, no molestéis, niños, dejadme hacer a mí! —los apartó su madre.

Pero Yediguéi consideró indispensable decirle a media voz:

—Déjalos, Zaripa. Déjalos que se esfuercen.

Comprendió en su interior que para Abutalip era la mejor recompensa: el amor, la colaboración de sus hijos. Eso quería decir que ya eran personas, que ya comprendían algunas cosas. Lo más divertido y conmovedor era contemplar al pequeño. Ermek

llamaba a su padre, sin saber por qué, *pápika*. Y nadie le corregía por cuanto era personal su «modificación» de una de las más primitivas y eternas palabras en boca de los hombres.

—¡*Pápika!* ¡*Pápika!* —se afanaba preocupado, enrojecido por sus vanos esfuerzos.

Sus bucles andaban desparramados, sus ojos ardían en el deseo de llevar a cabo algo extremadamente imprescindible, y estaba tan serio que a uno le daban involuntarias ganas de soltar una carcajada.

Naturalmente, había que hacer de manera que los niños consiguieran su objetivo. Yediguéi encontró el medio. Para entonces, las botas empezaban a descongelarse, se podían ya sacar sin causar especial dolor a Abutalip.

—A ver, niños, sentaos tras de mí. Haremos como un tren: uno tirará del otro. Daúl, tú cógete a mí, y tú, Ermek, tira de Daúl.

Abutalip comprendió la intención de Yediguéi y movió la cabeza con aprobación, sonriendo entre lágrimas que brotaban al pasar del frío al calor. Yediguéi se sentó frente a Abutalip, tras él se engancharon los niños, y cuando estuvieron dispuestos, Yediguéi empezó a sacar las botas.

—¡A ver, niños, más fuerte, tirad todos a una! ¡Que yo solo no puedo! No tengo suficiente fuerza. ¡Venga, venga, Daúl, Ermek! ¡Más fuerte!

Los niños jadeaban detrás, se esforzaban en ayudar con todas sus fuerzas. Zaripa era la animadora. Yediguéi fingía adrede mucha dificultad, y cuando por fin sacaron la primera bota, los niños lanzaron un grito de triunfo. Zaripa se precipitó a frotar la planta del pie de su marido con un tejido de lana, pero Yediguéi los detuvo a todos.

—¡A ver, niños, a ver, mamá! Pero ¿qué es esto? ¿Y quién va a sacar la segunda bota? ¿O vamos a dejar así a papá, con un pie descalzo y el otro metido en una bota helada? ¿Estaría bien?

Y todos soltaron una carcajada sin saber por qué. Riéronse mucho, rodaron por el suelo. Especialmente los niños y el propio Abutalip.

Y quién sabe —pensó después Burani Yediguéi intentando descifrar aquel terrible enigma—, quién sabe, quizá precisamente en aquel momento, en algún lugar alejado de Boranly-Buránnny el nombre de Abutalip Kuttybáyev salía de nuevo a la superficie de los papeles y la gente que recibía el papel decidía en base al mismo una cuestión en la que nadie pensaba en absoluto, ni en aquella familia ni en el apartadero.

La desgracia cayó de improviso. Aunque, naturalmente, si Yediguéi hubiera sido más ducho en semejantes cosas, quizá, aunque no lo hubiese adivinado, sí habría sentido que una vaga inquietud se le metía en el alma.

¿Y por qué habían de alarmarse? Siempre, a final de año, ve nía al apartadero el inspector de zona. Siguiendo un calendario, recorría apartadero tras apartadero, estación tras estación. Llegaba, permanecía un par de días, comprobaba cómo se pagaban los salarios, cómo se gastaban los materiales y todo lo demás, levantaba un acta de la inspección junto con el jefe del apartadero y alguno de los obreros, y se

volvía en un tren de paso. ¡Con la de asuntos que podía haber en el apartadero! Yediguéi, a veces, también firmaba las actas de la inspección. Aquella vez, el inspector pasó tres días en Boranly-Buránný. Dormía en la casita del servicio, el principal local del apartadero, donde estaban el centro de transmisiones y el cuchitril del jefe, que llevaba el nombre de despacho. El jefe del apartadero, Abílov, iba de cabeza, le llevaba el té en la tetera. También Yediguéi fue a echar una ojeada al inspector. El hombre estaba sentado fumando sobre los papeles. Yediguéi pensó que quizá sería alguno de los anteriores, pero no, era un desconocido. Un hombre de mejillas encarnadas, pocos dientes, con gafas, cabello cano. En sus ojos fulguraba una extraña sonrisa que se pegaba a los demás.

Se encontraron al caer la tarde. Yediguéi volvía de su turno y vio que el inspector se paseaba frente a la casa del servicio, bajo un farol. Llevaba el cuello de astracán levantado, una gorra también de astracán, sus gafas, y fumaba lentamente haciendo crujir la arena bajo las suelas de sus botas.

—Buenas noches. ¿Qué, ha salido a fumar? ¿Cansado de trabajar? —le compadeció Yediguéi.

—Sí, naturalmente —respondió el otro con media sonrisa—. No es fácil —y volvió a exhibir su media sonrisa.

—Sí, claro, naturalmente —dijo por educación Yediguéi.

—Me marcho mañana por la mañana —comunicó el inspector—. Pasará el diecisiete y se detendrá. Y yo me iré. —De nuevo mostró su media sonrisa. Su voz era ahogada, atormentada incluso. Sus ojos entornados miraban a la cara—. ¿Usted será Yediguéi Zhangueldín? —se informó el inspector.

—Sí, el mismo.

—Ya me lo pensaba —el inspector exhaló con aplomo el humo por entre sus escasos dientes—. Antiguo soldado. En el apartadero desde el cuarenta y cuatro. Los ferroviarios le llaman Buránný.

—Sí, es verdad —respondió Yediguéi con sencillez.

Le resultaba agradable que aquel hombre supiera tanto sobre él, pero al mismo tiempo le sorprendía que el inspector hubiera averiguado todo aquello y lo recordara.

—Tengo muy buena memoria —prosiguió el inspector con media sonrisa, adivinando evidentemente en qué pensaba Yediguéi—. Yo también escribo, como vuestro Kuttybáyev —señaló con la cabeza la ventana iluminada, al tiempo que soltaba un chorro de humo. Sobre el alféizar, la cabeza de Abutalip se inclinaba como siempre sobre sus notas—. Hace tres días que le observo y no deja de escribir. Lo comprendo. Yo también escribo. Sólo que yo escribo versos. Casi cada mes me los publican en el ciclostilado del depósito. Allí tenemos un círculo literario. Yo lo dirijo. Y también los he publicado en el periódico del distrito: una vez el ocho de marzo, y este año el primero de mayo.

Hicieron una pausa. Yediguéi se disponía ya a despedirse y a marcharse, cuando el inspector habló de nuevo:

—¿Y escribe sobre Yugoslavia?

—Hablando con sinceridad, no lo sé con certeza —respondió Yediguéi—. Creo que sí. Tenga en cuenta que fue guerrillero allí durante muchos años. Lo escribe para sus hijos.

—Lo oí decir. He interrogado a Abílov. También estuvo prisionero, según parece. Y no sé si ejerció de maestro algunos años. Y ahora ha decidido manifestarse a través de la pluma —soltó una risita chirriante—. Pero esto no es tan sencillo como parece. Yo también pienso en alguna obra importante. El frente, la retaguardia, hay bastante trabajo. Y además, en nuestra profesión carecemos de tiempo. Siempre en misión oficial.

—Él, también, sólo puede escribir por las noches. De día trabaja —intercaló Yediguéi.

De nuevo hicieron una pausa. Y Yediguéi no pudo retirarse.

—Y qué manera de escribir, qué manera de escribir, no levanta la cabeza —dijo el inspector enseñando los dientes en su media sonrisa y fijando la mirada en la silueta de Abutalip en la ventana.

—Hay que ocuparse en algo —respondió Yediguéi a eso—. Es un hombre culto. No tiene a nadie ni nada a su alrededor. Por eso escribe.

—Ajá, no es mala idea. No tiene a nadie ni nada a su alrededor —murmuró el inspector entornando los ojos y meditando algo—. Y uno es libre y no tiene a su alrededor a nadie ni nada, no es mala idea... Uno es libre...

En eso se despidieron. En los días siguientes rondó por su cabeza que no debía olvidarse de contar a Abutalip la casual conversación con el inspector, pero nunca parecía presentarse la ocasión propicia, y luego lo olvidó definitivamente.

Había mucho trabajo cara al invierno. Y lo principal era que *Karanar* se había puesto en movimiento. ¡Aquello era un lío, un castigo para su amo! Hacía dos años que *Karanar* se había convertido en joven macho. Pero en aquel tiempo aún no había mostrado tan tumultuosamente sus pasiones, aún se lo podía convencer, asustar, someter con un grito severo. Además, el viejo semental de la manada de Boranly — un antiguo camello de Kazangap no lo dejaba aún emprender su intento. Lo golpeaba, lo mordía, lo apartaba de las hembras. Pero la estepa es muy amplia. Y el viejo semental lo estuvo persiguiendo todo el santo día hasta que se le agotaron las fuerzas. Entonces, el joven y ardiente macho *Karanar*, por las buenas o por las malas, consiguió su objetivo.

Pero con la llegada de la nueva estación, de los fríos invernales, cuando despierta de nuevo en la sangre de los camellos la eterna llamada de la naturaleza, *Karanar* fue ya el dueño de la manada de Boranly. Se había tornado poderoso, había alcanzado una fuerza demoledora. Acorraló por las buenas al viejo semental de Kazangap bajo el despeñadero, y en la desierta estepa lo golpeó, lo pateó y le mordió hasta dejarlo medio muerto, aprovechando que no había nadie para separarlos. Esta ley implacable

de la naturaleza era consecuente: ahora le había llegado el turno a *Karanar* de dejar descendencia.

Sobre esta cuestión, sin embargo, Kazangap y Yediguéi se pelearon por primera vez en su vida. Kazangap no pudo contenerse al ver el lastimoso espectáculo del semental pateado bajo el despeñadero. Volvió sombrío de los pastos y le espetó a Yediguéi:

—¿Por qué permites estas cosas? ¡Ellos son animales, pero tú y yo somos personas! Este gran desastre lo ha causado tu *Karanar*. ¡Y tú, tranquilamente, lo sueltas en la estepa!

—Yo no lo he soltado, kazajo. Él se ha marchado. ¿Cómo quieres que lo retenga? ¿Con cadenas? Las rompe. Ya sabes que no es casual aquel antiguo dicho: «La fuerza no admite autoridad». Ha llegado su día.

—Y tú tan contento. Mas espera, ya veremos lo que pasa. Le tienes lástima, no quieres agujerearle el morro para ponerle la *shisha*^[18], pero ya lo lamentarás, ya tendrás que correr tras él. Una fiera así no se contenta con una manada. Irá en busca de pelea por todo Sary-Ozeki. Y no habrá nada que lo detenga. Entonces recordarás mis palabras...

Yediguéi no quiso enfurecer a Kazangap, le respetaba, y además, en general, tenía toda la razón.

—Tú mismo me lo regalaste cuando era una cría, y ahora te quejas —murmuró conciliador—. De acuerdo, lo pensaré, haré algo para encontrar el modo de controlarlo.

Pero tampoco le obedecía la mano para deformar a un ejemplar tan bello como *Karanar* agujereándole el morro y atravesándolo con una astilla de madera. Y efectivamente, cuántas veces recordó después las palabras de Kazangap, y cuántas veces, llevado al frenesí, juró que no tendría en cuenta nada, y sin embargo no tocó al camello. Durante un tiempo pensó en castrarlo, pero tampoco se atrevió, no supo vencerse a sí mismo. Y pasaban los años, y con la llegada de los fríos invernales comenzaba el suplicio, la búsqueda del rebelde en celo, del furioso *Karanar*...

Todo empezó aquel invierno. Quedó grabado en su memoria. Y mientras sometía a *Karanar* y preparaba un cercado para tenerlo sólidamente encerrado, llegó el Año Nuevo. Y los Kuttybáyev tuvieron la idea del abeto. Fue un gran acontecimiento para toda la chiquillería de Boranly. De hecho, Ukubala y sus hijas se trasladaron a la barraca de los Kuttybáyev. Todo el día estuvieron ocupados en los preparativos y en el adorno del abeto. Tanto al ir al trabajo como al volver, lo primero que hacía Yediguéi era entrar a echar un vistazo para ver cómo iba el abeto de los Kuttybáyev. Cada vez estaba más hermoso, más engalanado, florecía con sus cintas y sus diferentes juguetes de confección casera. Aquí hay que rendir homenaje a las mujeres: Zariipa y Uku bala se esforzaron por los niños, pusieron a contribución toda su maestría. Y se trataba quizá no tanto del abeto en sí como de las esperanzas para el

nuevo año, que para todos se concretaban en una inconsciente espera de rápidos y felices cambios.

Abutalip no se contentó con eso, sacó a la chiquillería al patio y allí empezaron a levantar un enorme monigote de nieve. Al principio Yediguéi pensó que, simplemente, se estaba divirtiendo, pero luego quedó admirado de su empresa. El enorme monigote de nieve, casi de la altura de un hombre, un gracioso monstruo con los ojos y las cejas negros de carbón, con la nariz roja y la boca sonriente, con el raído gorro de piel de zorro de Kazangap en la cabeza, se levantaba frente al apartadero dando la bienvenida a los trenes. En una de sus manos, el monigote tenía el banderín verde del ferrocarril —vía libre—, y en la otra una placa de madera con la felicitación: «¡Feliz año 1953!». ¡Fue algo fantástico! Aquel monigote se mantuvo allí bastante tiempo, incluso después del 1 de enero...

El 31 de diciembre del año que se iba, los niños de Boranly jugaron alrededor del abeto y en el patio durante todo el día, hasta caer la tarde. También tenían allí su ocupación los mayores, los que se encontraban libres de servicio. Por la mañana, Abutalip contó a Yediguéi que a primera hora los niños se habían acercado a rastras hasta su cama, resoplando y armando jaleo mientras él se fingía profundamente dormido.

«—¡Levántate, levántate, *pápika!* —importunaba Ermek—. Pronto llegará Papá Noel. Iremos a recibirle.

»—Muy bien —les he dicho—. Ahora nos levantaremos, nos lavaremos, nos vestiremos e iremos. Prometió que vendría.

»—¿En qué tren? —Eso lo preguntó el mayor.

»—En cualquiera —les dije—. Para Papá Noel se detiene cualquier tren incluso en nuestro apartadero.

»—¡Entonces, tenemos que levantarnos más de prisa!

»O sea que nos preparamos seria y solemnemente.

»—¿Y mamá? —preguntó Daúl—. Ella también querrá ver a Papá Noel, ¿verdad?

»—Naturalmente —les dije—, cómo no. Llamadla también.

»Nos reunimos todos y salimos juntos de casa. Los niños corrían por delante, hacia la caseta del guarda. Nosotros los seguíamos. Los niños corrieron de acá para allá, pero Papá Noel no estaba.

»—¿Dónde está, *pápika?*

»Los ojos de Ermek, ya sabes, plop-plop, se abrían y cerraban.

»—En seguida voy —les dije—, no tengáis prisa. Voy a preguntar al que está de guardia.

»Entré en la caseta. Allí, al caer la tarde, había escondido una nota de parte de Papá Noel y un saquito con los regalos. Cuando salí, acudieron.

»—¿Qué hay, *pápika?*

»Pues veréis —les dije—. Papá Noel os ha dejado una nota, aquí la tenéis: «¡Queridos niños Daúl y Ermek! He llegado muy temprano a vuestro famoso

apartadero de Boranly-Buránnny, a las cinco de la mañana. Vosotros todavía dormíais, y hacía mucho frío. Y también yo soy muy frío, mi barba es de lana de hielo. Y el tren sólo se detuvo dos minutos. Pero tuve tiempo de escribir esta nota y dejaros los regalos. En el saquito hay, de mi parte, una manzana y dos nueces para cada niño del apartadero. No os enfadéis conmigo, tengo mucho trabajo que hacer. Voy a ver a otros niños. También me esperan. Pero el próximo Año Nuevo procuraré venir de manera que podamos vernos. De momento, adiós. Vuestro Papá Noel, Ayas-ata”. Esperad, esperad, hay una posdata. Está escrita muy de prisa, cuesta de leer. Seguramente, ya partía el tren. Ah, ya lo leo: “Daúl, no pegues a tu perro. Una vez oí que lanzaba fuertes gemidos cuando le pegabas con tus chanclos. Pero luego ya no lo he oído más. Seguramente, ahora lo tratas mejor. Eso es todo. Vuestro, una vez más, Ayas-ata”. Esperad, esperad, aquí hay aún otros garabatos. Ah, lo entiendo: “Vuestro monigote de nieve os ha salido muy bonito. Bravo. Lo he saludado estrechándole la mano”.

»Y claro, se alegraron mucho. La nota de Papá Noel los con venció al instante. No se sintieron ofendidos. Sólo discutieron sobre quién llevaría el saquito con los regalos. Entonces, la madre razonó así:

»—Primero lo llevará Daúl diez pasos, porque es el mayor. Luego, tú lo llevarás otros diez pasos, Ermek, porque eres el menor...»

Yediguéi se rió con gusto:

—Pues mira que, de encontrarme en su lugar, yo también me lo habría creído.

En cambio, durante el día, tío Yediguéi fue el más popular entre la chiquillería. Organizó un paseo en trineo. Kazangap tenía un trineo muy antiguo. Engancharon el camello de Kazan gap, que caminaba muy bien y era muy pacífico con su collera pectoral. A *Karanar*, naturalmente, era imposible encargarle semejantes menesteres. Lo engancharon y partió toda la pandilla. Aquello era ruido. Yediguéi hacía de cochero. Los niños se le pegaban, todos querían sentarse a su lado. Y no paraban de rogar: «¡Más de prisa, vamos, más de prisa!». Abutalip y Zaripa caminaban o corrían a su lado, pero en las bajadas se sentaban sobre el borde del trineo. Se alejaron unas dos verstas del apartadero, dieron la vuelta sobre un montículo y regresaron cuesta abajo. El camello jadeaba. Había que darle un descanso.

Hacía muy buen día. Sobre el inmenso Sary-Ozeki blanco y nevado, hasta donde alcanzaba la vista y el oído, reinaba un silencio blanco e inmaculado. En derredor, misteriosamente cubierta por la nieve, se extendía la estepa, los surcos, los montículos, los llanos; el cielo, sobre Sary-Ozeki, irradiaba un reflejo opaco y un dulce calorcillo de mediodía. Un vientecillo apenas audible acariciaba el oído. Delante, avanzaba por la vía un largo convoy color rojo ocre con dos locomotoras enganchedas una tras otra que lo arrastraban respirando por las dos chimeneas. El humo de éstas colgaba en el aire unos anillos flotantes que se iban desvaneciendo lentamente. Al llegar al semáforo, la locomotora delantera dio un pitido, un largo y poderoso clarinazo. Lo repitió dos veces, dando cuenta de su presencia. El tren era de

paso y retronó por el apartadero sin disminuir su velocidad, pasando junto a los semáforos y la media docena de casas torpemente pegadas casi a la línea del ferrocarril, aunque disponían de tanto espacio a su alrededor. Y de nuevo todo quedó silencioso y quieto. Ningún movimiento. Solamente, sobre los techos de las casas de Boranly ascendían las azuladas espirales del humo de las cocinas. Todos callaban. Incluso los niños, enardecidos por el viaje, se habían apaciguado en aquel momento. Zariipa dijo en voz baja dirigiéndose sólo a su marido:

—¡Qué bienestar y qué miedo!

—Tienes razón —respondió Abutalip también a media voz.

Yediguéi los miró por el rabillo del ojo sin volver la cabeza. Estaban de pie, muy parecidos uno a otro. Las palabras de Zariipa, pronunciadas en voz baja pero con claridad, entristecieron a Yediguéi, aunque no iban destinadas a su persona. De pronto comprendió con qué tristeza y terror contemplaba ella aquellas casitas con sus humos en espiral. Pero Yediguéi no podía ayudarlos con nada ni de ninguna manera, porque aquello que se cobijaba junto a la línea del ferrocarril era el único asilo para todos ellos.

Yediguéi arreó al camello enganchado al trineo. Le soltó un latigazo y el trineo se deslizó camino de vuelta al apartadero.

La víspera de Año Nuevo, por la noche, todos los de Boranly se reunieron en casa de Yediguéi y Ukubala. Así lo habían decidido Yediguéi y Ukubala hacía unos cuantos días.

—Ya que los recién llegados, los Kuttybáyev, han montado un abeto para los niños, ahora nos toca a nosotros —dijo Ukubala—, no nos echaremos para atrás.

Yediguéi se alegró mucho con ello. Ciertamente que no todos, ni mucho menos, pudieron estar presentes: algunos estaban de guardia en la línea, otros tenían guardia por la noche. Los trenes pasaban sin considerar si era fiesta o día laborable. Kazangap sólo pudo estar presente al comienzo. A las nueve de la noche fue a las agujas, y por lo que respecta a Yediguéi, tenía que estar en la línea a las seis de la mañana del día 1 de enero. Así es el servicio. Y sin embargo, la velada resultó magnífica. Todos estaban de buen humor, y aunque se veían diez veces cada día, se mudaron para aquella reunión como si fueran forasteros llegados de algún lugar lejano. Ukubala se superó a sí misma: preparó toda clase de manjares. También había bebidas: champaña, vodka. Y para quien lo deseara, se había preparado un *shubat* de invierno procedente de las camellas lecheras, a las que en invierno ordeñaba la incansable Bukéi de Kazangap.

Pero la celebración se convirtió en verdadera fiesta cuando, después de los entremeses y de las primeras copas, empezaron a cantar. Llegó el momento en que se simplificaron las tareas de los dueños de la casa, desapareció la tensión de los invitados y ya fue posible, sin prisas, sin distraerse en minucias, entregarse a esa rara satisfacción espiritual, y hermanarse y comunicarse con aquellos a quienes veían cada día y conocían bien, encontrando en ellos cierta novedad, pues las fiestas tienen la

cualidad de transformar a las personas. A veces también por su lado malo. Pero no allí, entre los de Boranly. Vivir en Sary-Ozeki y ser además insociable y escandaloso... Yediguéi se achispó un poco. Sin embargo, eso le sentaba bien. Ukubala, sin excesiva alarma, recordó a su marido:

—No lo olvides, mañana a las seis de la mañana tienes que estar en el trabajo.

—Está claro, Uku. Entendido —respondió él.

Sentado junto a Ukubala y abrazándola por el cuello, entonó una canción. A veces desafinaba, cierto, pero cantaba con tesón creando un poderoso efecto sonoro. Se encontraba en un magnífico estado de ánimo, en el que la claridad del entendimiento y la exaltación de los sentimientos se combinaban sin detrimento mutuo. Finalizada la canción, miró enternecido el rostro de los invitados ofreciendo a todos una cordial y alegre sonrisa, seguro de que todos lo pasaban tan bien como él. Y era guapo el Burani Yediguéi de entonces, de negros bigotes y cejas, de relucientes ojos castaños y fuerte hilera de blancos y sanos dientes. Y ni la más poderosa imaginación habría podido ofrecer una idea de cómo sería en la vejez. Tenía atenciones para todo el mundo. Dando palmaditas a la espalda de la bondadosa Bukéi, que había engordado, la llamaba la mamá de Boranly, proponía brindis por ella, por su persona en representación de todo el pueblo de Karakalpak, que vivía en alguna parte de las orillas del Amudari, y procuraba que no se disgustara porque Kazangap hubiera tenido que abandonar la mesa por el trabajo.

—¡Pero si para mí era un estorbo! —contestó burlona Bukéi.

Aquella noche, Yediguéi llamaba a su Ukubala sólo por su nombre completo y descifrado: «Uku balasi», hija de lechuza, lechucita. Encontraba una palabra buena para cada uno, una palabra salida del alma, pues en aquel estrecho círculo todos eran para él queridos hermanos y hermanas, incluido el jefe del apartadero, Abílov, fastidiado por su trabajo de pequeño funcionario del ferrocarril en Sary-Ozeki, y su esposa Saken, que pronto debería acudir a la casa de maternidad de la estación de Kumbel. Yediguéi creía de forma sincera que todo era así, que le rodeaban unas personas indestructiblemente adictas, y no podía pensar de otra manera, le bastaba entornar los ojos por un instante en medio de la canción e imaginar el enorme desierto nevado de Sary-Ozeki y el puñado de personas que se habían reunido en su casa como una sola familia. Pero sobre todo se alegraba por Zaripa y Abutalip. Aquella pareja se lo merecía. Zaripa cantaba y tocaba la mandolina sacando rápidamente las tonadas de las canciones, que se sucedían unas a otras. Su voz era sonora, pura; Abutalip cantaba con amortiguada voz; cantaban con emoción, con armonía, especialmente las canciones de estilo tártaro, que cantaban *almak-salmak*, es decir, respondiéndose uno a otro. Ellos llevaban la canción y los demás la acompañaban. Habían ya sacado muchas canciones de las antiguas y de las nuevas, y no se cansaban, por el contrario, las cantaban cada vez con mayor ardor. O sea, que los invitados lo pasaban muy bien. Sentado frente a Zaripa y Abutalip, Yediguéi los contemplaba sin apartar la mirada y se enternecía: así estarían siempre de no ser por

su amargo destino, que no los dejaba ni respirar. Durante el terrible calor del verano, Zaripa aparecía como tostada, como aldehuela quemada por un incendio, con sus pardos cabellos deslucidos hasta la raíz, con los labios negros reventando en sangre. Ahora, en cambio, estaba irreconocible. Ojos negros, mirada brillante, cara abierta, pura, lisa al estilo asiático. Estaba maravillosa. Su estado de ánimo se manifestaba sobre todo a través de sus precisas y móviles cejas, que cantaban con ella, ya levantándose, ya frunciéndose, ya abriéndose en el vuelo de unas canciones aparecidas tiempo ha. Destacando el sentido de cada palabra con especial sentimiento, Abutalip la secundaba balanceándose de un lado a otro:

*... cual huella de cincha en el flanco del caballo
los días de un perdido amor no se borran de la memoria...*

Y las manos de Zaripa, pulsando las cuerdas de la mandolina, obligaban a la música a vibrar y a gemir en aquel estrecho círculo de nochevieja. Zaripa flotaba en la canción, y a Yediguéi le parecía que estaba muy lejos, que corría, respirando fácil y libremente, por las nieves de Sary-Ozeki, con aquella blusa lila de punto con cuellecito blanco doblado, con la vibrante mandolina, y las tinieblas se abrían a su alrededor, mientras la joven se alejaba y desaparecía en la niebla hasta que sólo se oía la mandolina, aunque al recordar que también en el apartadero de Boranly había gente que lo pasaría mal sin ella, Zaripa volvía y surgía de nuevo cantando tras la mesa...

Luego, Abutalip mostró cómo bailaban los guerrilleros, poniéndose unos a otros las manos sobre los hombros y moviendo los pies siguiendo el ritmo. Secundado por Zaripa, Abutalip cantó una irónica cancioncilla serbia mientras todos bailaban en círculo con las manos de unos sobre los hombros de otros, gritando: «¡Oplia, oplia...!».

Luego, cantaron y bebieron más, brindaron, se felicitaron el Año Nuevo, unos salieron, otros entraron... El jefe del apartadero y su embarazada esposa se marcharon antes del baile. Y así discurrió la noche.

Zaripa salió a respirar, y tras ella Abutalip. Ukubala los obligó a abrigarse, para que no salieran al frío con el cuerpo sudado. Zaripa y Abutalip tardaban en regresar. Yediguéi decidió ir a buscarlos, sin ellos la fiesta no tenía éxito. Ukubala le llamó:

—Abrígate, Yediguéi, ¿adónde vas de esta manera? Te resfriarás.

—Vuelvo en seguida —Yediguéi salió a la fría claridad de medianoche—. ¡Abutalip, Zaripa! —los llamó mirando en derredor.

Nadie respondió. Oyó unas voces tras la casa. Y se detuvo indeciso sin saber qué hacer: si marcharse o si, por el contrario, acercarse a ellos y llevárselos a casa. Algo estaba sucediendo entre ambos.

—No quería que lo vieras —sollozaba Zaripa—. Perdóname. Ha sido muy penoso para mí. Perdóname, por favor.

—Lo comprendo —la tranquilizaba Abutalip. Lo comprendo todo. Pero ya sabes que no se trata de mí, de que yo sea así. Si sólo se refiriera a mí. Dios mío, una vida es más larga, otra menos. Sería posible no agarrarse a ella tan desesperadamente. — Se callaron. Luego, él le decía—: Nuestros hijos se librarán... En eso radica toda mi esperanza...

Sin acabar de comprender de qué se trataba, Yediguéi retrocedió con cuidado moviendo los hombros de frío y regresó a su casa silenciosamente. Cuando entró en su hogar le pareció que todo estaba apagado y que la fiesta se había agotado. Año Nuevo es Año Nuevo, pero había llegado la hora de marcharse.

El 5 de enero de 1953, a las diez de la mañana, un tren de pasajeros hizo parada en Boranly-Buránnny aunque tenía las vías abiertas y podía seguir, como siempre, sin retrasos. El tren no paró más de minuto y medio. Por lo visto, fue suficiente. Tres hombres —todos con botas negras de piel de vaca de idéntica manufactura— saltaron del estribo de uno de los vagones y se dirigieron directamente al local de servicio. Caminaban en silencio, con aplomo, sin mirar a los lados, y sólo se detuvieron un segundo junto al monigote de nieve. Contemplaron en silencio el letrero de la placa de madera que les daba la bienvenida, y contemplaron también la absurda gorra de pieles, la vieja y raída gorra de Kazangap, que cubría la cabeza del monigote. Y acto seguido pasaron a la oficina.

Cierto tiempo después salió volando por aquella puerta el jefe del apartadero, Abílov. A punto estuvo de tropezar con el monigote de nieve. Soltó un taco y siguió adelante apresuradamente, casi corriendo, cosa que nunca hacía. Diez minutos más tarde, jadeando, volvía llevando consigo a Abutalip Kuttybáyev, a quien había buscado con urgencia en el trabajo. Abutalip estaba pálido, llevaba la gorra en la mano. Entró en la oficina junto con Abílov. Sin embargo, no tardó en salir de allí en compañía de dos de los forasteros de botas de piel de vaca, y los tres se dirigieron a la barraca donde vivían los Kuttybáyev. Salieron de allí en seguida, siempre acompañando a Abutalip y llevando algunos papeles que habían tomado de su casa.

Luego todo se calmó. Nadie entró ni salió de la oficina.

Yediguéi supo por Ukubala lo sucedido. La mujer corrió por encargo de Abílov al kilómetro cuatro, donde aquel día se llevaban a cabo unos trabajos de reparación. Llamó a Yediguéi aparte:

—Están interrogando a Abutalip.

—¿Quién le está interrogando?

—No lo sé. Unos forasteros. Abílov me encargó decirte que, si no lo preguntan, no digas que por Año Nuevo estuvieron con Abutalip y Zaripa.

—¿Y qué tiene de particular?

—No lo sé. Así me encargó que te lo dijera. Y dice que a las dos estés también allí. Quieren hacerte unas preguntas, averiguar algo sobre Abutalip.

—¿Qué quieren averiguar?

—Cómo quieres que lo sepa. Vino Abílov muy asustado y me dijo que si esto que si aquello. Y yo te lo digo a ti.

A las dos, Yediguéi tenía que ir de todos modos a su casa a comer. Por el camino, y también en casa, intentaba descubrir qué era lo que sucedía. No encontraba respuesta. ¿Sería por el pasado? ¿Por haber estado prisionero? Esto ya lo habían verificado tiempo ha. ¿Qué más había? Sintió inquietud y malestar en el alma. Tragó dos cucharadas de sopa de tallarines y apartó el plato. Consultó el reloj. Las dos menos cinco. Si habían ordenado que fuera a las dos, tenía que ser a las dos. Salió de su casa. Abílov paseaba de arriba abajo frente a la oficina. Lastimoso, deshecho, abatido.

—¿Qué ha sucedido?

—Una desgracia, una desgracia, Yedik —dijo Abílov mirando tímidamente hacia la puerta. Sus labios temblaban ligeramente—. Han encerrado a Kuttybáyev.

—¿Por qué?

—Por unos escritos prohibidos que han encontrado en su casa. Ya sabes, todas las noches escribía. Eso lo saben todos. Y, ya ves, ha terminado de escribir.

—Pero si era para sus hijos.

—No lo sé, no sé para quién era. Yo no sé nada. Anda, ve, te están esperando.

En el cuartucho del jefe del apartadero, que llevaba el nombre de despacho, le esperaba un hombre aproximadamente de su misma edad o un poco más joven, de unos treinta años, robusto, con la cabeza grande y el cabello cortado al cepillo. Su carnosa nariz llena de espinillas sudaba bajo la tensión del pensamiento. El hombre estaba leyendo. Se enjugó la nariz con el pañuelo frunciendo su pesada y ancha frente. Luego, a lo largo de toda la conversación estuvo continuamente enjugándose una y otra vez su sudorosa nariz. Sacó un largo cigarrillo del paquete de Kazbek que había sobre la mesa, le dio unas vueltas y lo encendió. Luego clavó en Yediguéi, de pie junto a la puerta, sus ojos de halcón amarillentos y claros, y dijo brevemente:

—Siéntate.

Yediguéi se sentó en un taburete frente a la mesa.

—Bien, para que no haya ninguna duda —dijo *Ojos de Halcón*, y sacó del bolsillo delantero de su uniforme civil una especie de tapas marrones que abrió y volvió a cerrar al instante murmurando al mismo tiempo algo así como «Tansykbáyev» o «Tisykbáyev».

Yediguéi no recordó a ciencia cierta su apellido.

—¿Entendido? —preguntó *Ojos de Halcón*.

—Entendido —se vio forzado a responder Yediguéi.

—Bien, en este caso vamos al asunto. ¿Es verdad, según dicen, que eres el mejor amigo y compañero de Kuttybáyev?

—Es posible. ¿Qué pasa?

—Es posible que sea así —repitió *Ojos de Halcón* chupando el cigarrillo Kazbek y como explicando lo que acababa de oír—. Es posible que sea así. Admitámoslo. Está claro. —Y de pronto, con inesperada sonrisa, saboreando anticipada y alegremente la satisfacción que se encendía en sus ojos, puros como un cristal, lanzó —: ¿Y qué estábamos escribiendo, querido amigo?

—¿Qué escribíamos? —se desconcertó Yediguéi.

—Es lo que quiero saber.

—No comprendo de qué me habla.

—¿Es posible? ¡Anda, piensa un poco!

—No comprendo de qué me habla.

—¿Qué está escribiendo Kuttybáyev?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿Todo el mundo lo sabe y tú no lo sabes?

—Sé que está escribiendo algo. Pero cómo voy a saber lo que escribe. ¿Qué me importa a mí? Si el hombre tiene ganas de escribir, que escriba. ¿A quién le importa?

—¿Cómo que a quién le importa? —se incorporó sorprendido *Ojos de Halcón*, clavando en él sus pupilas penetrantes como balas—. ¿O sea, que cada uno haga lo que le venga en gana, incluso que escriba? ¿Eso es lo que te ha inculcado?

—No me ha inculcado nada.

Pero *Ojos de Halcón* no prestó atención a su respuesta. Estaba indignado:

—¡Ésa, ésa es la propaganda enemiga! ¿Has pensado lo que ocurriría si todos y cada uno se pusieran a escribir? ¿Has pensado lo que pasaría? ¿Y luego todos y cada uno empezarían a manifestar lo que les pasara por la cabeza? ¿No es así? ¿De dónde has sacado esas extrañas ideas? No, amiguito, esto no lo vamos a consentir. ¡Esta contrarrevolución no pasará!

Yediguéi callaba, desalentado y apenado por las palabras que le arrojaban. Y le sorprendía mucho que nada hubiera cambiado a su alrededor. Como si no sucediera nada. Veía por la ventana cómo pasaba rápidamente el tren de Tashkent, y por un segundo pensó que la gente iba en los vagones a sus asuntos y a sus necesidades, bebía té o vodka, entablaba sus conversaciones, y a nadie le importaba que en aquel momento, en el apartadero de Boranly-Buránný, él estuviera sentado frente a un *Ojos de Halcón* caído sobre él de no se sabía dónde. Con un dolor en el pecho que llegaba al dolor físico, Yediguéi sentía deseos de salir huyendo de la oficina, de alcanzar aquel tren y partir en él aunque fuera al fin del mundo con tal de no encontrarse allí en aquel momento.

—¿Y bien? ¿Te llega el sentido de la pregunta? —prosiguió *Ojos de Halcón*.

—Me llega, me llega —respondió Yediguéi—. Sólo quisiera saber una cosa. Lo que hace es escribir sus recuerdos para los niños. Lo que le pasó en el frente, por ejemplo, en cautividad, con los guerrilleros. ¿Qué hay de malo en ello?

—Para los niños —exclamó el otro—. ¡Y quién se lo va a creer! ¡Quién escribe para sus hijos, que tienen cuatro días mal contados! ¡Cuentos! ¡Así actúa el enemigo

experto! Se esconde en un lugar perdido, donde no haya nada ni nadie a su alrededor, donde nadie pueda vigilarle, ¡y se pone a escribir sus memorias!

—Bueno, así lo ha querido este hombre —replicó Yediguéi—. Seguramente, le ha venido en gana manifestar su opinión personal, algo de sí mismo, algunos de sus pensamientos, para que ellos, sus hijos, lo leyera cuando fueran mayores.

—¡Qué es eso de la opinión personal! ¿Pero eso qué es? —movió con reproche la cabeza *Ojos de Halcón*, suspirando—. ¿Significa algunas ideas propias? ¿Su concepto personal, no es así? ¿Una opinión personal aparte, quizá? No tiene que haber ninguna opinión personal de este género. Todo cuanto está en un papel ya no es una opinión personal. Lo escrito, escrito está. Todo el mundo querrá manifestar su opinión. Sería demasiado. Ahí están, éstos son los llamados *Cuadernos guerrilleros*, ahí tienes el subtítulo: «Días y noches en Yugoslavia», ¡ahí están! —arrojó sobre la mesa tres gruesos cuadernos encuadernados con tapa de hule—. ¡Un escándalo! Y tú aún intentas proteger a tu amigo. ¡Pero lo hemos desenmascarado!

—¿En qué le habéis desenmascarado?

Ojos de Halcón se removió en la silla y, de nuevo, con una inesperada sonrisita, saboreando anticipadamente su satisfacción, y con malignidad, dijo sin parpadear ni apartar sus ojos transparentes y claros:

—Bueno, permite que seamos nosotros quienes sepamos en qué le hemos descubierto —pronunció remachando cada palabra y embriagándose con el efecto producido—. Es cosa nuestra. No voy a informar a cualquiera.

—Bueno, si es así... —soltó confuso Yediguéi.

—Sus hostiles recuerdos no van a quedar impunes —observó *Ojos de Halcón*, y se puso a escribir rápidamente mientras decía—: Pensé que serías más inteligente, que eras de los nuestros. Un obrero de vanguardia. Un ex soldado. Que nos ayudarías a desenmascarar al enemigo.

Yediguéi frunció el ceño y dijo en voz baja pero inteligible, y en un tono que no dejaba lugar a dudas:

—No voy a firmar nada. Se lo digo por anticipado.

Ojos de Halcón le arrojó una mirada aniquiladora.

—No necesitamos tu firma para nada. ¿Crees que si no firmas el asunto va a quedar en agua de borrajas? Te equivocas. Tenemos suficientes materiales para cargarle una dura responsabilidad aun sin tu firma.

Yediguéi guardó silencio dominado por una sensación de humillación, de abrasante vacío espiritual. Al propio tiempo crecía, como una ola en el mar de Aral, la indignación, el odio, el desacuerdo con lo que estaba pasando. Sintió súbitos deseos de estrangular a *Ojos de Halcón* como a un perro rabioso, y sabía que podría hacerlo. También era muy nudoso y fuerte el cuello del fascista que tuvo que estrangular con sus propias manos. No tenía otra salida; tropezó inesperadamente con él en una trinchera cuando expulsaban de la posición al enemigo. Entraron por uno de los flancos arrojando granadas a la trinchera y cosiendo los pasillos con ráfagas de

metralleta, y cuando ya habían limpiado toda la línea e intentaban avanzar, aquel hombre se enzarzó con él cuerpo a cuerpo. Por lo visto sería el servidor de la ametralladora, que habría disparado hasta el último momento desde la trinchera. Habría sido mejor hacerle prisionero. Este pensamiento centelleó en la mente de Yediguéi. Pero el otro había conseguido sacar un cuchillo por encima de su cabeza. Yediguéi le clavó el casco en la cara y rodaron por el suelo. Ya no quedaba otra solución que agarrarle por el cuello. El otro se revolvía, roncaba, arañaba la tierra por los lados en un intento de encontrar a tientas el cuchillo, arrancado de su mano. Y Yediguéi esperaba a cada instante que el cuchillo se clavara en su espalda. Por eso, con un esfuerzo implacable, sobrehumano, de fiera, apretaba y clavaba los dedos, rugiendo, en el cuello cartilaginoso de su enemigo, que iba abriendo la boca y tornándose negro. Y cuando el otro se ahogó y se olió un fuerte hedor a orines, Yediguéi abrió los dedos, convulsamente contraídos. Vomitó allí mismo, y cubierto de su propio vómito se arrastró para alejarse cuanto pudo, gimiendo, con los ojos turbios. A nadie había contado esto, ni entonces ni después.

A veces soñaba esta pesadilla y al día siguiente se encontraba muy mal y sin ganas de vivir... Esto fue lo que Yediguéi recordó entonces con estremecimiento y asco. Sin embargo, reconocía que *Ojos de Halcón* le vencería en astucia por su superior inteligencia. Y esto le hirió en lo vivo. Mientras el otro escribía, Yediguéi procuraba encontrar un punto débil en los argumentos de *Ojos de Halcón*. De todo lo dicho por éste, había una idea que impresionó a Yediguéi por su falta de lógica, por su diabólica incompatibilidad: ¿cómo se puede acusar a alguien de «recuerdos hostiles»? Como si los recuerdos de un hombre pudieran ser hostiles o amistosos. Los recuerdos son lo que hubo en un tiempo pasado, son lo que ya no existe, lo que hubo en el tiempo que se fue. Por lo tanto, el hombre recuerda las cosas tal como realmente fueron.

—Quisiera saber... —dijo Yediguéi sintiendo que la angustia le secaba la garganta. Pero se obligó a pronunciar estas palabras con mucha tranquilidad—. Tú dices... —adrede le llamaba «tú» para que el otro comprendiera que Yediguéi no tenía por qué adular ni qué temer: más allá de Sary-Ozeki no podían ya mandarle—. Tú dices —repitió— «recuerdos hostiles». ¿Cómo hay que entender eso? ¿Acaso puede haber recuerdos hostiles y otros que no lo sean? A mi juicio, el hombre recuerda lo que pasó, lo que ocurrió en otro tiempo, lo que ahora ya no existe desde hace tiempo. Y así resulta, que si son cosas buenas, hala, a recordarlas, pero si son malas o inconvenientes, entonces no las recuerdes, olvídalas, ¿es así? No creo que nunca haya sido así. O también, si alguien sueña, ¿hay que recordar el sueño? ¿Y si es un sueño terrible, inconveniente para alguien?

—¡Vaya por dónde me sales! ¡Hum, el diablo te lleve! —se sorprendió *Ojos de Halcón*—. Te gusta razonar, quieres discutir. Debes de ser el filósofo local. Muy bien, adelante. —Hizo una pausa. Como si apuntara, se preparó y soltó—: En la vida puede haber cosas de todos los colores en el sentido de los acontecimientos históricos. ¡No

ha habido pocas cosas ni pocos modos de hacerlas! Lo importante es recordar y describir el pasado, verbalmente y aún con mayor motivo de forma escrita, de la manera que ahora se requiere, de la que ahora necesitamos. Y no conviene recordar todo aquello que no nos favorece. Y el que no sigue esta línea, significa que realiza un acto hostil.

—No estoy de acuerdo —dijo Yediguéi—. No puede ser así.

—Nadie necesita tu aprobación. Lo digo porque viene a cuento. Tú me preguntas y yo te lo explico por bondad de corazón. Por lo demás, no estoy obligado a entablar contigo semejante conversación. Bien, pasemos de las palabras al asunto. Dime, ¿ese Kuttybáyev, alguna vez, bueno, digamos en alguna franca conversación, supongamos después de haber bebido, no te soltó algún nombre inglés?

—¿A qué viene esto? —se sorprendió muy sinceramente Yediguéi.

—Ya verás a qué. —*Ojos de Halcón* abrió uno de los *Cuadernos guerrilleros* de Abutalip y leyó un pasaje subrayado con lápiz rojo—. «El 27 de septiembre llegó a nuestra base una misión inglesa, un coronel y dos comandantes. Pasamos ante ellos en formación. Nos saludaron. Luego hubo una comida general en la tienda de los jefes. También nos invitaron a nosotros, a los pocos hombres que estábamos como guerrilleros extranjeros entre los yugoslavos. Cuando me presentaron al coronel, éste me estrechó la mano con mucha amabilidad y me estuvo interrogando a través del traductor para saber de dónde procedía y cómo había ido a parar allí. Se lo conté brevemente. Me sirvieron vino y bebí con ellos. Luego también charlamos durante largo rato. Me gustó ver que los ingleses eran una gente sencilla y franca. El coronel dijo que era una gran suerte, o, como se expresó él, una providencia, que en Europa nos hubiéramos unido todos contra el fascismo. Sin eso, la lucha contra Hitler habría sido aún más dura, y posiblemente habría terminado trágicamente para algunos pueblos aislados», y así por el estilo. —Terminada la cita, *Ojos de Halcón* dejó el cuaderno. Encendió otro Kazbek, y tras una pausa, exhalando el humo prosiguió—: Resulta que Kuttybáyev no replicó al general inglés que sin el genio de Stalin habría sido imposible la victoria por mucho que se hubieran esforzado en Europa, con los guerrilleros o por cualquier otro medio. ¡Resulta, pues, que no tenía al camarada Stalin ni en la mente! ¿Te llega el sentido?

—Quizá le habló de eso —Yediguéi intentó defender a Abutalip—, pero se olvidó de escribirlo.

—¿Y en dónde se dice esto? ¡No me lo demostrarás! Además, lo hemos comprobado en las declaraciones de Kuttybáyev del año cuarenta y cinco, cuando pasó por la comisión de control al volver de la unidad de guerrilleros de Yugoslavia. Allí no se cita el caso de la misión inglesa. O sea, que en eso hay algo sucio. ¡Quién puede afirmar que no estuvo relacionado con los servicios ingleses de inteligencia!

De nuevo Yediguéi sintió opresión y dolor. No comprendía adonde quería ir a parar *Ojos de Halcón*.

—¿No te dijo nada Kuttybáyev, piénsalo, no te mencionó nombres ingleses? Nos importaría mucho saber quiénes formaban la misión inglesa.

—¿Qué nombres suelen tener?

—Bueno, por ejemplo, John, Clark, Smith, Jack...

—No los he oído jamás.

Ojos de Halcón quedó meditabundo, sombrío; seguramente, en su encuentro con Yediguéi, no todo era de su gusto. Luego, dijo de un modo disimulado:

—Así, pues, aquí abrió una especie de escuela, enseñaba a los niños, ¿verdad?

—¡Pero qué escuela ni qué nada! —Yediguéi se echó a reír involuntariamente—. Tiene dos hijos. Yo tengo dos hijas. Ésa es toda la escuela. Los mayores tienen cinco años, los pequeños, tres. Los niños no tienen donde meterse, el desierto los rodea. Ellos entretenían a los niños, los educaban, quiero decir. De todos modos, habían sido maestros tanto él como su esposa. Bueno, pues leían, dibujaban, aprendían a escribir, a contar. Esa era toda la escuela.

—¿Y qué cancioncillas cantaban?

—De todas clases. Infantiles. Ya no las recuerdo.

—¿Y qué les enseñaba? ¿Qué escribían?

—Letras. Palabras, de las corrientes.

—¿Qué palabras, por ejemplo?

—¿Cómo que cuáles? No las recuerdo.

—¡Pues ésas! —*Ojos de Halcón* encontró entre los papeles unas hojas de los cuadernos de estudio con unos garabatos infantiles—. Estas son las primeras palabras. —En la hojita, una mano infantil había escrito: «Nuestra casa»—. Ya lo ves, las primeras palabras que escribe un niño son «nuestra casa». ¿Y por qué no «nuestra victoria»? Porque la primera palabra que tiene que estar ahora en nuestros labios, ¿cuál es, piénsalo, cuál es? Tiene que ser «nuestra victoria». ¿No es así? ¿Y por qué no le pasó eso a él por la cabeza? La victoria y Stalin son inseparables.

Yediguéi se quedó cortado. Se sentía tan humillado por todo aquello y sentía tanta lástima de Abutalip y de Zaripa, que tantas fuerzas y tiempo habían consagrado a su tarea con los inocentes niños, y fue tanta su rabia que osó decir:

—Si es así, el primer deber es escribir «nuestro Lenin». Pues Lenin, de todos modos, ocupa el primer puesto.

Ojos de Halcón contuvo la respiración, cogido por sorpresa, y después estuvo largo rato exhalando el humo de sus pulmones. Se levantó. Evidentemente, necesitaba pasear, pero no era posible en aquella pequeña habitación.

—¡Cuando decimos Stalin sobreentendemos Lenin! —pronunció de forma impetuosa y machacona. Luego, respiró aliviado como después de una carrera y añadió conciliador—: Bien, vamos a considerar que esta conversación no ha existido.

Se sentó, y de nuevo destacaron con precisión, en su rostro impenetrable, sus imperturbables y claros ojos de halcón con matices amarillentos.

—Tenemos noticia de que Kuttybáyev se manifestó en contra de la enseñanza de los niños en internados. ¿Qué me dices? Según creo, eso sucedió en tu presencia, ¿verdad?

—¿De dónde han salido estas noticias? ¿Quién las ha comunicado? —se impresionó Yediguéi, y en seguida apuntó en su mente la idea: Abílov, el jefe del apartadero, tenía toda la culpa, él lo había denunciado, pues la conversación había tenido lugar en su presencia.

La pregunta de Yediguéi enfureció sobremanera a *Ojos de Halcón*.

—Oye, ya te lo he dado a entender: los informes y su procedencia, es cosa nuestra. No tenemos que dar cuentas a nadie. Recuérdalo. Anda, declara, ¿qué dijo?

—¿Que qué dijo? Hay que hacer memoria. Verás, el obrero más antiguo del apartadero, Kazangap, tiene un hijo que estudia en el internado de la estación de Kumbel. Bueno, el chico, está claro, es un poco gamberro, suele contarnos mentiras. Pues bien, el primero de septiembre enviaron de nuevo a Sabitzhán a estudiar. Su padre le llevó en el camello. Y la madre, es decir, la esposa de Kazangap, Bukéi, se puso a llorar y a lamentarse: «Qué desgracia», decía, «todo ha sido ir a estudiar al internado, y parece que se ha vuelto malo. No se siente unido con el corazón y el alma, ni a su casa, ni a su padre ni a su madre como antes», dijo. Claro, es una mujer de poca cultura. Naturalmente, para educar al hijo tienen que vivir continuamente alejados de él...

—Muy bien —le interrumpió *Ojos de Halcón* ¿Y qué dijo Kuttybáyev acerca de eso?

—Él también estaba entre nosotros. Dijo que la madre intuía con el corazón algo malo. Que la enseñanza en un internado no es una mejora. El internado en cierta manera arrebató, bueno, no arrebató, aleja al niño de la familia, del padre y de la madre. Y que, en general, ésa es una cuestión delicada. Es un problema difícil para todos, tanto para él como para los demás. No hay nada que hacer, dado que no existen otras alternativas. Yo le comprendo. También tengo hijos de esa edad. Y ya me duele el alma pensar qué pasará, qué va a salir de todo ello. Algo malo, seguramente...

—Eso, luego —le detuvo *Ojos de Halcón*—. ¿O sea que dijo que el internado soviético es cosa mala?

—Él no dijo «soviético». Dijo simplemente internado. En Kumbel está nuestro internado. Lo de «malo» lo he dicho yo.

—Bueno, eso no tiene importancia. Kumbel está en la Unión Soviética.

—¿Cómo que no tiene importancia! —Yediguéi perdió los estribos sintiendo que el otro le estaba enmarañando—. ¿Por qué atribuirle a un hombre lo que no ha dicho? Yo también pienso así. De vivir en otra parte, de no vivir en el apartadero, por nada del mundo enviaría a mis hijos a ningún internado. Así es, y yo pienso de esta manera. ¿O sea que...?

—¡Piénsalo! ¡Piénsalo! —dijo *Ojos de Halcón* cortando la conversación. Y después de una pausa, continuó—: Bien, bien, por lo tanto sacaremos conclusiones. O

sea, que está en contra de la enseñanza colectiva, ¿no es así?

—¡No está en contra de nada! —Yediguéi perdió la paciencia—. ¿Por qué levantar falsas acusaciones? ¿Cómo es posible?

—Basta, basta, déjalo —lo marginó con un gesto *Ojos de Halcón*, que no consideró necesario entrar en explicaciones—. Y ahora dime, ¿qué cuaderno es ése que lleva por título *El pájaro Donenbái*? Kuttybáyev asegura que lo escribió recogiendo la historia de labios de Kazangap y, en parte, de los tuyos. ¿Es así?

—Exactamente —se animó Yediguéi—. Aquí, en Sary-Ozeki, se cuenta esta historia, esta leyenda, claro. No lejos de aquí hay un cementerio que fue naimano en otro tiempo y que ahora se llama de Ana-Beit; allí fue enterrada Naiman-Ana, muerta por su propio hijo *mankurt*...

—Bueno, es suficiente, ya lo leeremos, veremos qué se esconde tras ese pájaro —dijo *Ojos de Halcón*, y se puso a hojear el cuaderno razonando de nuevo en voz alta y expresando de este modo su actitud—: El pájaro Donenbái, hum, no podía pensarse nada mejor. Un pájaro que lleva un nombre humano. Buen escritor me ha salido. Apareció un nuevo Mujtar Auézov. Fijaos, un escritor de la vieja antigüedad feudal. El pájaro Donenbái, hum. Cree que no lo descifraremos... Y él va y escribe a hurtadillas, para sus hijos, ya veis. ¿Y esto qué? ¿También era para sus hijitos? —*Ojos de Halcón* puso ante la cara de Yediguéi otro cuaderno de tapas charoladas.

—¿Qué es esto? —no comprendió Yediguéi.

—¿Qué es? Deberías saberlo. Mira el título: *Alocución de Raimaly-agá a su hermano Abdilján*.

—Cierto, es también una leyenda —empezó Yediguéi—. Un suceso real. Los ancianos conocen esta historia...

—No pases cuidado, también la sé —le interrumpió *Ojos de Halcón*—. La oí de pasada. Un anciano, un viejo chocho, se enamora de una joven de diecinueve años. ¿Qué hay de bueno en eso? Por lo que se ve este Kuttybáyev no sólo es un tipo hostil sino además un hombre moralmente pervertido. Y hay que ver con qué detalle ha descrito todo este marasmo.

Yediguéi enrojeció. Pero no de vergüenza. Su alma estaba llena de ira porque ya no podía cometerse mayor injusticia con Abutalip. Y dijo, conteniéndose a duras penas:

—Sabes una cosa, yo no sé qué categoría tienes tú allí como jefe, pero eso tú a él no se lo cargues. Quiera Dios que todo el mundo fuera un padre y un marido como él, y cualquiera te dirá aquí qué clase de hombre es. Los que vivimos aquí nos podemos contar con los dedos de la mano, todos nos conocemos unos a otros.

—De acuerdo, de acuerdo, tranquilízate —respondió *Ojos de Halcón*—. Ése os ha enturbiado el cerebro. Los enemigos siempre disimulan. Y nosotros los desenmascaramos. Es todo, puedes retirarte.

Yediguéi se levantó. Estaba como indeciso mientras se ponía la gorra.

—Así, pues, ¿qué le va a pasar? ¿Qué ocurrirá ahora? ¿Van a meter en la cárcel a un hombre sólo por esos escritos?

Ojos de Halcón se levantó bruscamente de la mesa.

—Escucha, te lo repetiré otra vez: ¡no es cosa tuya! ¡Sabemos muy bien cuándo hay que perseguir al enemigo, cómo tratarle y qué castigo imponerle! No te rompas la cabeza. Conoces cuál es tu camino. ¡Vete!

Aquel mismo día, avanzada la noche, se detuvo de nuevo un tren de pasajeros en el apartadero de Boranly-Burány. Sólo que entonces el tren iba en dirección contraria. Y también se detuvo muy poco rato. Unos tres minutos.

Esperando en la oscuridad, en la vía principal, estaban los tres hombres de las botas de piel de vaca. Se llevaban consigo a Abutalip Kuttybáyev. Algo separados, alejados por las impenetrables espaldas de aquellos hombres, estaban los de Boranly: Zariipa con los niños, Yediguéi y Ukubala, y además el jefe del apartadero, Abílov, que paseaba de arriba abajo mezquinamente preocupado porque el tren se retrasaba media hora sobre el horario previsto. Pero ¿qué hacía él allí? Habría podido quedarse tranquilamente en casa. Kazangap, que también había sido interrogado con motivo de las malhadadas leyendas descubiertas en casa de Abutalip, se encontraba en aquel momento en las agujas. Él, con su propia mano, dirigiría el tren hacia las vías que debían llevarse a Abutalip lejos de Sary-Ozeki. Bukéi se había quedado en casa con las hijas de Yediguéi. Los tres de las botas, con los cuellos levantados para resguardarse del viento, separaban a Abutalip con sus espaldas y mantenían un silencio tenso. Los de Boranly, en grupo aparte, también callaban.

El viento era blanco. Levantaba la nieve con susurros y silbidos apenas perceptibles. Seguramente habría ventisca. La fría bruma se hinchaba, se ponía tensa en los opacos cielos de Sary-Ozeki. La luna traslucía apenas, rara, abatida, como una mancha solitaria y pálida. El frío quemaba las mejillas.

Zariipa lloraba en silencio, sosteniendo el hatillo con la comida y la ropa que se disponía a entregar a su marido. Las bocanadas de vapor que salían por la boca de Ukubala delataban sus profundos suspiros. Escondía a Daúl bajo los faldones de su pelliza. Daúl, por lo visto, presentía algo, callaba inquieto estrechándose contra tía Ukubala. Pero quien lo pasó peor fue Ermek. El pequeñín nada sospechaba.

—¡*Pápika, pápika!* —llamaba a su padre—. Ven aquí con nosotros. ¡Nosotros también viajaremos contigo!

Abutalip se estremecía al oír su voz, intentaba involuntariamente darse la vuelta y responder al niño, pero no le permitían volver la cabeza. Uno de los tres hombres no pudo contenerse.

—¡No os quedéis aquí! ¿Me oís? Marchaos, ya os acercaréis después.

Hubo que retroceder un poco.

Y entonces a lo lejos aparecieron las luces de la locomotora y todos se pusieron en movimiento y se dirigieron a su sitio. Zariipa no pudo contenerse y empezó a sollozar con más fuerza. Junto con ella rompió a llorar Ukubala. El tren les traía la

separación. Perforando con su luz frontal la gruesa capa de bruma helada que volaba por el aire, avanzaba amenazador, creciendo entre bocanadas de niebla como una masa oscura y tonante. Al acercarse, cada vez se elevaban más sobre la tierra los ardientes faros de la locomotora, y en la franja de luz, entre las vías, cada vez se distinguían mejor los revoloteos del viento raso, cada vez era más audible e inquietante el fatigado ruido de las manivelas y pistones. Empezaba a distinguirse ya el perfil del tren.

—¡Pápika, pápika! ¡Mira, ya viene el tren! —gritó Ermek, y se calló sorprendido de que su padre no le respondiera. Y de nuevo intentó llamar su atención—: ¡Pápika, pápika!

El jefe del apartadero, Abílov, que rondaba diligente por allí, se acercó a los tres hombres:

—El coche-correo va a la cabeza del tren. Les ruego que vayan, por favor, hacia delante. Allí.

Todos avanzaron hacia la parte que se les indicaba con paso bastante rápido, el tren ya los alcanzaba. Delante, sin volver la cabeza, iba *Ojos de Halcón* con una cartera, tras él, acompañando a Abutalip, seguían sus dos robustos ayudantes, y a cierta distancia se apresuraba Zaripa seguida de Ukubala que llevaba de la mano a Daúl. Yediguéi avanzaba con ellos, ligeramente retrasado, llevando a Ermek en brazos. No podía permitirse romper a llorar delante de las mujeres y los niños. Y mientras caminaban, luchaba consigo mismo, intentaba controlar una bola dura que se le había atascado en la garganta.

—Eres un niño inteligente, Ermek. Eres inteligente, ¿verdad? Eres inteligente y no vas a llorar, ¿de acuerdo? —murmuraba incoherentemente, estrechando al pequeñuelo contra su pecho.

Mientras, el tren aminoraba la marcha y avanzaba hacia la parada. El niño se estremeció asustado en los brazos de Yediguéi cuando el tren, al llegar a su altura y sobrepasarla un poco expelió el vapor con vivo ruido al tiempo que sonaba el penetrante pitido del conductor.

—No temas, no temas —dijo Yediguéi—. No temas nada mientras esté contigo. Y siempre lo estaré.

El tren se detuvo tras un pesado chirrido. Los vagones, cubiertos de escarcha y de polvo de nieve, cegatos por la costra de hielo de los cristales, quedaron petrificados en su sitio. Y se hizo el silencio. Pero la locomotora en seguida volvió a soltar vapor con un siseo preparándose para ponerse de nuevo en camino. El coche-correo iba tras el vagón de equipajes que seguía a la locomotora. Las ventanas del coche-correo tenían rejas, y la puerta, de dos hojas, estaba en el centro del vagón. La puerta se abrió desde dentro. Asomaron un hombre y una mujer con la gorra de Correos, pantalones acolchados y blusas forradas. La mujer, que llevaba un farol, era por lo visto el jefe. Era pesada, de ancho pecho.

—¿Sois vosotros? —preguntó manteniendo el farol a la altura de la cabeza para alumbrarlos a todos—. Os esperábamos. El sitio está preparado.

Primero subió *Ojos de Halcón* con su enorme cartera.

—¡Venga, adelante, adelante, no os entretengáis! —dijo prisa en seguida a los otros dos.

—¡Volveré pronto! ¡Es un malentendido! —dijo apresurada mente Abutalip—. ¡Volveré pronto, esperadme!

Ukubala no pudo aguantarse. Rompió a llorar ruidosamente cuando Abutalip comenzó a despedirse de los niños. Los estrechaba con todas sus fuerzas, los besaba y les decía unas palabras que ellos, asustados, no comprendían. Y la locomotora estaba ya a punto de partir. Todo sucedía a la luz de una lamparilla de mano. Y entonces sonó de nuevo un penetrante pitido que recorrió todo el tren como una corriente eléctrica produciendo escozor en el alma.

—¡Ya está, venga, venga, suba! —los dos hombres arrastraron a Abutalip hacia el estribo del vagón.

Yediguéi y Abutalip tuvieron ocasión de abrazarse fuertemente en el último instante y permanecieron así durante un segundo, comprendiéndolo todo con la mente y con el corazón, con todo su ser, estrechando una contra otra sus húmedas y punzantes mejillas.

—¡Cuéntales cosas del mar! —musitó Abutalip.

Fueron sus últimas palabras. Yediguéi lo comprendió. El padre le pedía que hablara a sus hijos del mar de Aral.

—Bueno, basta, venga, pero venga, ¡ande, súbase! —le empujaron.

Empujándole por detrás y por los hombros, los dos hombres metieron a Abutalip en el vagón. Y sólo entonces llegó hasta los niños la terrible idea de la separación. Rompieron a llorar al unísono, gritando a la vez:

—¡Pápika! ¡Papá! /Pápika! ¡Papá!

Y Yediguéi corrió hacia el vagón con Ermek en brazos.

—¿Adónde vas? ¿Adónde vas? ¡Pero qué haces! —le rechazó furiosamente por el pecho la mujer del farol, que cubría con sus pesadas espaldas el paso de la puerta.

En aquel momento nadie comprendió que Yediguéi estaba dispuesto, si llegaba el caso, a partir en lugar de Abutalip para estrangular por el camino a *Ojos de Halcón* con sus propias manos. Tan insoportable fue su dolor cuando empezaron a gritar los niños.

—¡No se quede aquí! ¡Váyase de aquí, váyase! —vociferó la mujer del farol.

Y el vapor de su boca, fuertemente ahumada por el tabaco, dio con su hedor a cebolla en el rostro de Yediguéi.

Zaripa recordó que el hatillo continuaba en sus manos.

—¡Tomad, dádselo, es comida! —arrojó el hatillo en el vagón.

La puerta del coche-correo se cerró de golpe. Todo quedó en silencio. La locomotora dio la señal y se puso en marcha. Avanzó, chirriante, dando vueltas a las

ruedas, adquiriendo lentamente velocidad en medio de la helada.

Los de Boranly siguieron involuntariamente al tren en movimiento y caminaron al lado del vagón cerrado. La primera en volver a la realidad fue Ukubala. Cogió a Zariya, la estrechó contra su pecho y no la soltó.

—¡Daúl, no te vayas! ¡Para, quédate aquí! ¡Coge a mamá de la mano! —ordenó en voz alta superando el repiqueteo de las ruedas que iba acelerándose al pasar por su lado.

Yediguéi con Ermek en brazos corría aún en el sentido de la marcha del tren, y sólo se detuvo cuando pasó, visto y no visto, el último vagón. El tren se había ido llevándose consigo el ruido que se iba apaciguando, y las ardientes luces que se apagaban... Se oyó un último y prolongado pitido...

Yediguéi volvió sobre sus pasos. Durante mucho rato no pudo calmar al niño en su llanto...

Ya en casa, sentado frente a la estufa, como atontado, se acordó de Abílov en mitad de la noche. Yediguéi se levantó suavemente y empezó a ponerse el abrigo. Ukubala lo adivinó en seguida.

—¿Adónde vas? —agarró a su marido—. ¡No le toques, no te atrevas a ponerle ni un dedo encima! Tiene la esposa embarazada. Y además, no tienes ningún derecho. ¿Cómo lo demostrarás?

—No pases cuidado —le respondió tranquilamente Yediguéi—. No le tocaré, pero Abílov debe saber que es mejor que se traslade a otro lugar. Te prometo que no caerá un solo pelo de su cabeza. ¡Créeme! —y liberó el brazo de una sacudida y salió de casa.

Las ventanas de los Abílov estaban aún iluminadas.

Haciendo crujir con dureza la nieve del sendero, Yediguéi se acercó a la fría puerta y llamó con fuerza. Abílov abrió la puerta.

—Ah, Yedik, entra, entra —dijo asustado, y se echó para atrás, muy pálido.

Yediguéi entró en silencio envuelto en nubes de helado va por. Se detuvo en el umbral cubriendo la puerta con su persona.

—¿Por qué has dejado huérfanos a esos desgraciados? —preguntó, procurando en lo posible mostrarse comedido.

Abílov cayó de rodillas y se arrastró literalmente hasta agarrar los faldones de la pelliza de Yediguéi.

—¡Por Dios, que no fui yo, Yedik! Que mi mujer no pueda parir —lanzó el terrible juramento volviéndose a su esposa embarazada, petrificada de espanto, y dijo con premura, saltando de una cosa a otra—: Por Dios que no fui yo, Yedik. ¡Cómo podría! ¡Fue aquel inspector! Recuérdalo. No hacía más que inquirir e interrogar preguntando qué escribía y para qué escribía. Fue él, el inspector. ¡Cómo podría yo! ¡Que ella no pueda parir! Hace un momento, allí, en el tren, no sabía dónde meterme, ¡estaba dispuesto a hundirme en la tierra para no verlo! Aquel inspector no hacía más

que metérsese en el alma con su conversación, no hacía más que preguntar sobre todo, y cómo podía yo saber... De haberlo sabido...

—Bien, de acuerdo —le interrumpió Yediguéi—. Levántate, hablemos como las personas. Aquí, delante de tu mujer. Que todo acabe felizmente. Ahora no se trata de eso. Incluso aunque no seas culpable. Pero, la verdad, a ti tanto te da dónde vivir. Y nosotros hemos de quedarnos aquí, quizá, hasta la muerte. Así que piénsalo. Seguramente valdría la pena que a su debido tiempo te trasladaras a otro trabajo. Es mi consejo. Y eso es todo. No volveremos a tocar más este tema. Sólo quería decirte eso y nada más...

Dicho esto, Yediguéi salió cerrando la puerta tras de sí.

CAPÍTULO IX

La nube blanca de Chinguizhán

En estas tierras, los trenes van de oriente a occidente y de occidente a oriente...

En las ventiscosas noches de febrero, cuando los trenes se abrían paso entre las blancas y volantes tinieblas que los vientos levantaban continuamente en las frías llanuras de Sary-Ozeki, los maquinistas debían aplicar no poco esfuerzo para distinguir en la estepa, entre montañas de nieve, el apartadero de Boranly-Buránný. Envueltos en apelmazados torbellinos, los trenes nocturnos iban y venían en la oscuridad como en un intranquilo e inquietante sueño.

En noches así parecía como si el mundo naciera de nuevo del primitivo caos: envueltas en el crudo frío de su propio aliento, las estepas de Sary-Ozeki parecían un vaporoso océano surgido de la tremenda lucha entre las tinieblas y la luz...

Y en este gran espacio desierto, cada noche brillaba una luz en una ventana del apartadero, y no se apagaba hasta la mañana, como si tras aquella ventana hubiera un alma sufriendo amargamente, como si hubiera allí alguien gravemente enfermo, alguien muy intranquilo o que padeciera un fuerte insomnio. La ventana pertenecía a la barraca de la estación donde vivía la familia de Abutalip Kuttybáyev. Su esposa y sus hijos lo esperaban cada día, sin apagar la luz por la noche, y durante la misma, Zariya recortaba varias veces la consumida mecha de la lámpara. E involuntariamente, a la luz de nuevo renacida, cada vez detenía la mirada en los niños dormidos: los dos chiquillos de cabeza morena dormían como un par de cachorros. La mujer sentía un escalofrío bajo la camiseta, y cruzaba los brazos sobre el pecho, se encogía hecha un ovillo, y se asustaba al mirarlos pensando que los niños soñarían con su padre, correrían en sueños hacia él con todas sus fuerzas, abriendo los brazos, llorando y riendo, adelantándose uno a otro sin llegar nunca al final de su carrera... Cuando estaban despiertos, también esperaban a su padre cada vez que un tren se detenía en su apartadero, aunque sólo fuera medio minuto. Así que el convoy se detenía con gran chirrido de frenos, los chiquillos estiraban el cuello hacia las ventanillas dispuestos a correr al encuentro de su padre. Pero el padre no aparecía, los días iban pasando y no llegaba ninguna noticia de él, como si le hubiera atrapado un alud súbitamente desplomado de la montaña, y nadie supiera dónde y cuándo le había sucedido.

Y había también otra ventana, ésta enrejada con negro hierro forjado, en el semisótano de incomunicados del tribunal de Alma-Atá, cuya luz tampoco se apagaba hasta la mañana a lo largo de todas aquellas noches. Hacía un mes entero que Abutalip Kuttybáyev languidecía las veinticuatro horas del día bajo la

deslumbrante luz de una lámpara de mucha potencia colocada en el techo. Era su maldición. No sabía dónde meterse, ni cómo proteger de aquella luz eléctrica, perforadora, cortante como un cuchillo, sus debilitados ojos, su desdichada cabeza, ni cómo aletargarse aunque sólo fuera un segundo, para dejar de pensar por qué estaba allí y qué querían de él. Por la noche, apenas se volvía hacia la pared cubriéndose la cabeza con la camisa, irrumpía en la celda el celador, que le observaba por la mirilla, lo arrojaba del catre y le propinaba unos puntapiés: «¡No te vuelvas hacia la pared, canalla! ¡No te cubras la cabeza, malvado! ¡Vlasovista!^[19]». Por más que él gritara que no era ningún *vlasovista*, que nada tenía que ver con este asunto.

Y de nuevo yacía de cara a la implacable luz eléctrica, frunciendo las cejas, cubriéndose los doloridos y abotagados ojos, con el ansia dolorosa de encontrarse en la oscuridad, en las tinieblas, aunque fueran las de la tumba, donde los ojos y el cerebro pudieran acabar su existencia, y donde ya ningún celador ni ningún juez tuvieran poder para atormentarle con aquel suplicio insoportable: la luz, la privación del sueño, las palizas.

Los celadores cambiaban con el turno, pero todos, como un solo hombre, eran implacables: ninguno de ellos se mostraba misericordioso, ninguno se permitía no advertir que el prisionero se había vuelto de cara a la pared, al contrario, sólo esperaban que lo hiciera, y todos descargaban sus golpes con furia y palabrotas. Aunque Abutalip Kuttybáyev comprendía la misión y las obligaciones de los celadores, no por ello a veces dejaba de preguntarse con desesperación: «¿Por qué son así? Tienen aspecto humano. ¿Cómo pueden albergar tanto rencor? En realidad, a ninguno de ellos hice mal alguno. No me conocían, no les conocía, pero me golpean y se burlan de mí como si de una venganza de sangre se tratara. ¿Por qué? ¿De dónde salen estos hombres? ¿Cómo se han convertido en lo que son? ¿Por qué me martirizan? ¿Cómo resistir, cómo no volverme loco, cómo no romperme la cabeza contra la pared? Porque otra salida no hay».

Un día, pese a todo, no se pudo contener. Fue como la llamarada de un blanco relámpago. Ni él mismo comprendía después cómo pudo ser que se agarrara al celador que le daba de puntapiés. Y rodaron por el suelo en furioso cuerpo a cuerpo. «¡En el frente te habría pegado un tiro como a un perro rabioso!», gritó con voz ronca Abutalip desgarrando con un crujido el uniforme del celador y apretando su cuello con dedos petrificados. No se sabe cómo habría terminado la cosa de no acercarse apresuradamente otros dos guardias que estaban en el pasillo.

Abutalip no volvió en sí hasta el día siguiente. Lo primero que vio a través de la bruma y el dolor fue la misma bombilla inapagable, la del techo. Luego, al enfermero que cuidaba de él.

—Descansa, ahora ya no te vas al otro mundo —le dijo en voz baja el enfermero aplicándole una compresa a la herida de la frente—. Y no vuelvas a ser el último de los estúpidos. Esta vez podían haber acabado contigo por atacar a la guardia, habrían

podido pegarte como a un perro, y además impunemente. Da las gracias a Tansykbáyev, no necesita tu cadáver, te necesita a ti, vivo. ¿Comprendes?

Abutalip callaba con aire estúpido. Le daba lo mismo lo que pudiera sucederle, el giro que tomara su destino. Su espíritu no recuperó en seguida la capacidad para el sufrimiento.

En aquellos días tuvo momentos de obnubilación. La pérdida de la noción de la realidad, y el estado de duermevela, fueron una protección salvadora. En aquellos momentos, Abutalip no deseaba esconderse ni evitar la hiriente luz, al contrario, ansiaba ir al encuentro de aquella implacable y dolorosa radiación que le volvía loco, y le parecía que flotaba en el aire acercándose a la fuente de dolor y de irritación, venciéndose a sí mismo en la lucha por superar la fuerza de aquella luz incesante y cegadora, por disolverse y desaparecer en la inexistencia.

Sin embargo, incluso entonces conservaba en su martirizada conciencia un hilo que le relacionaba con el pasado: una deprimente e incesante añoranza, un incesante temor por su familia y por sus hijos.

Mientras sufría insoportablemente por ellos, por los que había dejado en Sary-Ozeki, Abutalip hacía esfuerzos por juzgarse a sí mismo, por entender su culpa, y procuraba responderse, también a sí mismo, por qué, realmente, era preciso que le castigaran. Y no encontraba respuesta. Como no fuera por haber caído prisionero, por haber estado cautivo de los alemanes como tantos otros, miles, que habían sido cercados. ¿Pero hasta qué punto se podía castigar por esto? La guerra ya quedaba lejos. Todo se había pagado hacía mucho tiempo, con sangre y con campos de concentración, y ya no estaba tan lejos el día en que se dispersaran, cada uno a su tumba, cuantos habían participado en la guerra. Pero el dueño del poder ilimitado continuaba vengándose, no se calmaba. ¿Cómo entender, si no, lo que estaba sucediendo? Al no encontrar respuesta, Abutalip acariciaba un sueño: de un día para otro se descubriría que se había producido un fastidioso malentendido, y entonces él, Abutalip Kuttybáyev, estaría dispuesto a olvidar todas las ofensas con tal que lo liberaran lo más rápidamente posible y lo enviaran cuanto antes a casa, y él correría, no, volaría como si tuviera alas, volaría hacia allí, hacia los niños, hacia su familia, hacia Sary-Ozeki, hacia el apartadero de Boranly-Buránný, donde le esperaban con impaciencia los niños Ermek y Daúl, y la esposa Zaripa, que cuidaba a sus retoños en aquella nevada estepa como el ave cuida a los suyos bajo el ala, junto al corazón palpitante, y que con lágrimas e interminables súplicas intentaba conmovier, convencer, dulcificar el destino, suplicar misericordia para que el marido se salvara...

Para no llorar a lágrima viva, para no llorar de dolor ni caer en la locura, Abutalip empezó a acariciar sueños, buscando en ello un engañoso lenitivo, imaginando visualmente que él, justificado por ausencia de culpa, se presentaba en casa. Se veía saltando del estribo del mercancías que oportunamente le llevaba al hogar, se veía corriendo hacia la casa, y ellos —los niños y Zaripa— a su encuentro... Pero pasaban los minutos de ilusión, y volvía a la realidad como en una resaca, caía en el

abatimiento, y algunas veces pensaba que «El castigo de Sary-Ozeki», la leyenda que había escrito —los sufrimientos de unos padres castigados, su adiós al hijito— era algo eterno que ahora tenía también relación con él. Él también había sido castigado con la separación... Y en realidad, sólo la muerte tiene derecho a separar a los padres de los hijos, pero nada más ni nadie más...

En estos momentos, Abutalip lloraba calladamente, avergonzado de sí mismo, sin saber cómo calmar las lágrimas que humedecían sus fuertes mejillas como la llovizna las piedras. Ni en la guerra había padecido tanto, pues entonces, aunque desdichado, estaba solo. Ahora había comprobado que un fenómeno al parecer normal —los hijos— encerraba el más alto sentido de la vida, y en cada caso concreto, en cada persona, era la felicidad; la felicidad si los tenía a su lado, y una tragedia si se había quedado sin ellos... Ahora había comprobado también lo mucho que significaba la propia vida en el momento de perderla, en la última hora, cuando bajo los destellos de la última luz, la luz cruel que precede a la inevitable marcha hacia la oscuridad, llega el momento de pasar cuentas. Y la cuenta principal de la vida son los hijos. Seguramente, porque así lo dispone la naturaleza: la vida de los padres se gasta en cuidar del crecimiento de sus continuadores. Y separar a los padres de los hijos significa privarles de la posibilidad de cumplir su misión de padres, es decir, condenar su vida a un final vacío. En estos momentos de clara visión era difícil no caer en la desesperación; conmovido, casi imaginando visualmente la escena de la entrevista, Abutalip concebía lo quimérico de la esperanza y era víctima de un callejón sin salida. Cada día la tristeza se apoderaba más profundamente de su alma, debilitando y doblegando su voluntad. La desesperación se acumulaba sobre él como la nieve húmeda en la pronunciada pendiente de la montaña, donde de un momento a otro se produce un inesperado alud...

Eso era lo que necesitaba el juez del MGB (Ministerio de Seguridad del Estado) Tansykbáyev, y esto era lo que procuraba conseguir desarrollando metódica y consecuentemente el dossier satánicamente inventado por ellos —con la aprobación de las autoridades superiores—, el historial del prisionero de guerra Abutalip Kuttybáyev, sus relaciones con los especialistas militares ingleses y yugoslavos, y su práctica de labor de zapa ideológica en los alejados distritos del Kazajstán. Ésta era la formulación general. Quedaba por delante el trabajo de investigación y calificación de algunos detalles, quedaba por delante también la confesión completa de Abutalip Kuttybáyev sobre los que participaban en el crimen, pero lo principal formaba parte ya de la propia formulación de la acusación, una acusación de extraordinaria actualidad política que atestiguaba la excepcional perspicacia de Tansykbáyev y su fervor en el servicio. Y si para Tansykbáyev este asunto era el gran éxito de su vida, para Abutalip Kuttybáyev era un cepo, un círculo de perdición, pues con una formulación tan terrorífica el resultado sólo podía ser uno: la confesión completa de los crímenes que le atribuían y todas las consecuencias dimanantes de ello. No podía

haber ninguna otra salida. Era un caso absolutamente prejuzgado en el que la acusación servía de prueba irrefutable del crimen.

Por ello, Tansykbáýev no podía inquietarse por el éxito final de su empresa. Aquel invierno había llegado el momento estelar de su carrera. Un insignificante descuido en el servicio le había condenado a permanecer algunos años con el grado de comandante. Pero ahora se le abría una nueva perspectiva. No tan a menudo, ni mucho menos, se conseguía pescar de las profundidades algo semejante al caso de Abutalip Kuttybáýev. Había tenido suerte, ni que decir tiene.

Sí, puede decirse que en aquellos días de febrero de 1953 la historia se había mostrado benévola con Tansykbáýev; al parecer, la historia del país sólo existía para servir puntualmente a sus intereses. No tanto con la comprensión cuanto con la intuición, presentía este buen regalo de la historia, que iba acrecentando continuamente la importancia primordial de su servicio y con ello lo elevaba cada vez más ante sus propios ojos, por lo que se sentía animado y de buen talante. Al mirarse en el espejo, a veces se admiraba: hacía tiempo que sus ojos de halcón, nunca parpadeantes, no tenían aquel brillo juvenil. Y removía los hombros canturreando satisfecho a media voz en purísimo idioma ruso: «Nacimos para convertir las fábulas en hechos reales...». Su esposa, que compartía sus esperanzas, también estaba de buen humor, y cuando venía al caso decía: «Es igual, no tardaremos en recibir lo debido». También el hijo, alumno de la clase superior y activista del *komsomol*, aunque a veces se mostrara desobediente, cuando se trataba del asunto decía con fervor: «¿Papá, podremos felicitarte pronto por tu ascenso a teniente coronel?». Tenía para ello sus motivos concretos, los cuales, aunque no tenían una relación directa con Tansykbáýev, sin embargo...

El caso era que hacía relativamente poco, medio año más o menos, había tenido lugar en Alma-Atá un proceso a puerta cerrada: el tribunal militar había juzgado a un grupo de nacionalistas burgueses del Kazajstán. Se había arrancado de raíz, implacablemente y para siempre, a este grupo de enemigos del pueblo trabajador. Dos de ellos habían sido castigados con la medida más severa —el fusilamiento— por unos trabajos científicos, escritos en lengua kasaja, en los que se idealizaba el maldito pasado feudal-patriarcal en perjuicio de la nueva realidad; dos colaboradores científicos del Instituto de Lengua y Literatura de la Academia habían sido condenados a veinticinco años de presidio... Los demás, a diez años... Pero lo principal no era esto, sino que el proceso había dado pie a que llegaran del centro grandes estímulos estatales para los especialistas que habían participado directamente en el descubrimiento e implacable erradicación de los nacionalistas burgueses. Ciertamente, los estímulos estatales tenían también carácter secreto, pero esto no atenuaba en absoluto su importancia. Los ascensos normales otorgados antes del tiempo reglamentario, la concesión de medallas y condecoraciones, las fuertes recompensas monetarias por el modélico cumplimiento de las tareas encomendadas, las menciones de agradecimiento en las órdenes publicadas, y los demás signos de atención, adornan

la vida y no poco. Y fue también muy oportuna la adjudicación de pisos nuevos a los que se habían distinguido especialmente. A consecuencia de todo esto, las piernas se afirmaban, la voz se tornaba varonil, el tacón golpeaba el suelo con más aplomo.

Tansykbáyev no formaba parte del grupo de los ascendidos y premiados, pero tomaba parte activa en las celebraciones de sus colegas. Casi cada tarde, él y su esposa Aikumis iban al «remojo» de los nuevos ascensos, condecoraciones y pisos nuevos. Una serie completa de ágapes festivos, maravillosos e inolvidables, había empezado ya en vísperas de Año Nuevo. Ligeramente temblorosos al abandonar las calles frías y mal iluminadas de Alma-Atá, los invitados, al cruzar el umbral, quedaban envueltos en la alegría y el calor de los propietarios de los nuevos pisos, que estaban esperándoles. ¡Las caras y los ojos que les acogían en la puerta irradiaban un orgullo, una animación y un brillo tan poco ficticios! Verdaderamente, eran las fiestas de los elegidos, de los que conocían de nuevo el gusto de la felicidad. En aquella época, cuando las miserias y el hambre de los años de guerra todavía no se habían olvidado, en la periferia del Estado se acogía el nuevo y refinado confort entusiásticamente, hasta sentir vértigo. En provincias, sólo estaban de moda los coñacs caros, de marca, las lámparas y servicios de mesa de cristal. De los techos descendía el facetado destello de las arañas conseguidas como botín de guerra; en las mesas, cubiertas de níveos manteles, centelleaban los servicios alemanes, también botín de guerra, y todo esto cautivaba, predisponía a un humor benévolo, como si encerrara el más elevado sentido de la existencia, como si ninguna otra cosa de este mundo fuera ni pudiera ser digna de atención.

En el vestíbulo flotaban ya los efluvios de la cocina, donde entre otras cosas se preparaba el inevitable plato rey, la tierna y joven carne de caballo, alimento de los abuelos heredado de la vida nómada, una carne que desprendía caprichosamente los antiguos aromas de la estepa entre las nuevas paredes. Y todos los reunidos se sentaban ceremoniosamente, disfrutando por anticipado del ágape común. Pero el sentido del festín no estribaba únicamente, o no tanto, en la comida, pues el hombre, una vez hartado, empieza a sentirse molesto si tiene delante comida en abundancia, sino en las opiniones manifestadas durante la sobremesa: las felicitaciones y buenos deseos. Era un ritual que encerraba algo infinitamente dulce, y esta sensación agradable era capaz de contener y de tragar todo cuanto se acumulaba en el alma. Durante un tiempo, incluso la envidia no era envidia sino amabilidad, los celos colaboración, y la hipocresía se tornaba por breve tiempo sinceridad. Y cada uno de los presentes, transfigurado de manera sorprendente, presentaba su más laudable faceta, se manifestaba como podía sobre temas inteligentes, y lo más importante, con elocuencia, entrando en tácita competencia con los demás. ¡Oh, era a su modo una representación dramática! Qué majestuosos brindis se levantaban como pájaros de vistoso plumaje bajo los techos provistos de arañas de cristal conquistadas durante la guerra, qué discursos se derramaban cual escritos rebuscados, contagiando a los asistentes un énfasis cada vez más elevado.

A Tansykbáýev y a su esposa les emocionó especialmente el brindis de un teniente coronel kasajo de la última hornada. El teniente coronel se levantó solemnemente de la mesa y se puso a hablar de un modo tan fervoroso y grave como si fuera un artista del teatro dramático en el papel de un rey que asciende al trono.

—¡*Asyl dostar!*^[20] —empezó mirando significativamente a los reunidos con ojos lánguidos y majestuosos, como subrayando con ello que era necesario prestar una atención total, completamente seria—. Como ya comprenderéis, hoy mi alma está a rebosar, es un mar de felicidad. Comprendedlo. Y quiero decir unas palabras. Es mi hora y quiero hablar. Comprendedlo. Siempre he sido ateo. He crecido en el *komsomol*. Soy un bolchevique firme. Comprendedlo. Estoy muy orgulloso de ello. Dios para mí no es nada. Que Dios no existe lo sabe todo el mundo, lo sabe todo colegial soviético. Pero quiero decir una cosa muy distinta, ¡quiero decir que en este mundo hay un dios! Un momento, esperad, no sonriáis, amigos míos. ¡Cómo sois! Creéis haberme pillado en lo que he dicho. ¡No, de ninguna manera! Comprendedlo. No me refiero al dios inventado por los opresores de las masas trabajadoras antes de la revolución. Nuestro dios es el portador del poder, cuya voluntad, según escriben los periódicos, dirige esta época del planeta, y nosotros vamos de victoria en victoria hacia el triunfo mundial del comunismo; es nuestro genial caudillo, que lleva de la mano la brida de la época del mismo modo, comprendedlo, que el guía de una caravana lleva la brida del camello que va en cabeza: ¡Es nuestro Iósif Vissariónovich! Nosotros le seguimos, él conduce la caravana y nosotros tras él por el mismo sendero. Y nadie de los que piensan de manera diferente a la nuestra, o llevan en la mente otras ideas que las nuestras, escapará a la espada justiciera de la Cheka que nos legó nuestro férreo Dserzhinski. Comprendedlo. Hemos declarado una guerra sin cuartel a nuestros enemigos. Su casta, su familia y todos los elementos afines serán liquidados en nombre de la causa proletaria, comprendedlo, como se queman en un montón las hojas en otoño. Pues sólo puede haber una ideología, comprendedlo, y ninguna otra. Entre todos, por ejemplo, hemos limpiado la tierra de adversarios ideológicos, de nacionalistas burgueses y demás, comprendedlo, y se esconda el enemigo donde se esconda, finja ser quien finja ser, no habrá compasión ninguna para él. Desenmascarar en todo lugar al enemigo de clase, poner al descubierto cualquier red de espionaje enemigo, comprendedlo, esto es lo que nos enseña el camarada Stalin, golpear al enemigo, consolidar la moral de las clases populares, éste es nuestro lema. Hoy, el día que se me concede la distinción, el día que se ha leído la orden de ascenderme antes del tiempo reglamentario, juro que también en adelante seguiré invariablemente la línea estalinista de buscar al enemigo, comprendedlo, de encontrarlo y descubrir sus criminales proyectos, por los que recibirá un irremisible y severo castigo. Comprendedlo, neutralizamos a los principales nacionalistas, pero sus partidarios se escondieron en los institutos y en las redacciones. Sin embargo, tampoco escaparán de nosotros, no habrá compasión ninguna. En cierta ocasión, durante un

interrogatorio, un nacionalista me dijo que al final nuestra historia se encontraría en un callejón sin salida, y que seríamos malditos como diablos. ¿Lo comprendéis?

—¡A un hombre así había que pegarle un tiro allí mismo! —no pudo contenerse Tansykbáyev, e incluso se incorporó irritado.

—Cierto, comandante, y es lo que habría hecho —le secundó el teniente coronel —, pero todavía lo necesitaba para la investigación, de modo que le dije: «Cuando entremos en este callejón sin salida, tú, canalla, hará mucho tiempo que ya no estarás en este mundo. Los perros ladran pero la caravana de Stalin sigue adelante...».

Todos a la vez soltaron la carcajada y aplaudieron, aprobando el digno sermón largado al insignificante nacionalista, todos a la vez se levantaron con las copas dispuestas en las manos extendidas. «Por Stalin», corearon todos al unísono, y todos bebieron y se mostraron ostentosamente las copas vacías unos a otros, como confirmando con ello la veracidad de las palabras pronunciadas y su fidelidad a ellas.

Después se dijeron aún muchas cosas como continuación de la misma idea. Y estas palabras, que se generaban y multiplicaban espontáneamente, estuvieron aún largo rato revoloteando sobre las cabezas de los reunidos, acumulando en ellos una ira y una furia mal disimuladas, como el enjambre ahumado de unas avispa silvestres que se enfurecen cada vez más por el hecho de ser portadoras de veneno y de ser muchas.

En el alma de Tansykbáyev, sin embargo, hervía su propia y encrespada ola, que excitaba sus pensamientos y reforzaba su decisión. Y ello no porque semejantes manifestaciones fueran algo nuevo para él, nada de eso, al contrario, toda su vida y la vida de sus numerosos compañeros de servicio, lo mismo que la de todos sus aledaños sociales perceptibles, discurría día tras día en esta atmósfera de incesante estímulo, y de indomable lucha, que recibía el nombre de lucha de clases y que por ello era absolutamente justificable. Pero había un problema secreto. Para caldear continuamente la lucha se necesitaban nuevos objetivos cada día, nuevas orientaciones en la tarea de desenmascarar al enemigo; como quiera que en este campo ya se había trabajado mucho, poco menos que agotándolo hasta el fondo, hasta la deportación de pueblos enteros funestamente desterrados a Siberia y al Asia Central, cada vez resultaba más difícil recoger una cosecha «individualizada» recurriendo a la antigua costumbre de las acusaciones más en boga en la variante de la periferia nacionalista: las de nacionalismo feudal-burgués. Escarmentados por la amarga experiencia de una época en la que la más mínima denuncia sobre el carácter ideológicamente dudoso de tal o cual persona acarrearía inmediatamente el castigo de dicha persona y de sus allegados, la gente ya no cometía errores fatales, no decía ni escribía nada que pudiera interpretarse como una manifestación de nacionalismo. Al contrario, muchos fueron precavidos y cautos en exceso, hasta el punto de negar pomposamente cualquiera de los valores nacionales, llegando hasta renunciar a su idioma natal. Cualquiera pillaba a uno de éstos si a cada paso declaraba que hablaba y pensaba invariablemente en el idioma de Lenin...

Y precisamente en este período parco en acontecimientos, difícil en el campo de la lucha por descubrir nuevos enemigos ocultos, el comandante Tansykbáyev había tenido suerte, aunque por casualidad. La denuncia contra Abutalip Kuttybáyev, del apartadero de Boranly-Buránný, llegó a sus manos como un material de muy secundaria importancia, más como información que destinado a una seria investigación. No obstante, Tansykbáyev no lo dejó escapar. La intuición no le había fallado. Ni corto ni perezoso, Tansykbáyev fue al lugar, a enterarse, y ahora cada vez estaba más convencido de que el asunto, modesto a primera vista, podía adquirir el peso suficiente tras la correspondiente elaboración. Por tanto, si todo se desarrollaba debidamente, era indudable que los estímulos de arriba no le dejarían al margen. ¿No era testigo de un éxito semejante en este momento y en esta mesa? ¿No sabía como se montan esas cosas? ¿Sentíase acaso mal entre aquellas personas tan conocidas, tan honestamente entregadas al Dios-Poder, que gracias a su celo gozaban hoy de felicidad con cristales en la mesa y en el techo? Pero sólo había un camino hacia el Dios-Poder: sirviéndolo con el trabajo oscuro y continuo de descubrir y densenmascarar a los enemigos emboscados.

Y entre los enemigos convenía vigilar con especial atención a los que habían sido prisioneros de guerra. Eran criminales ya por el mero hecho de no haberse pegado un tiro en la frente, pues estaban obligados a no rendirse, a morir y a demostrar de esta manera su absoluta fidelidad al Dios-Poder, el cual exigía estrictamente morir y no caer prisionero. Y el que se había rendido era un criminal. Y el inevitable castigo debía servir de advertencia para todos, en todos los tiempos y en todas las generaciones. Ésta era la norma del propio Caudillo, del Dios-Poder. Y Kuttybáyev, a quien sometía a una investigación, pertenecía precisamente al número de los antiguos prisioneros de guerra, y además, cosa extremadamente importante, en su expediente había un punto muy útil donde engancharse, un detalle muy actual: si se conseguía arrancar a Kuttybáyev una confesión a este respecto, aunque sólo fuera la confesión de un hecho pequeño, esto podría servir en un gran asunto, como el clavo clavado en el sitio necesario, serviría para desenmascarar los proyectos —pérfidos desde el principio— de la banda revisionista de Tito y Rankovich que pretendían seguir su propio camino en el desarrollo de Yugoslavia sin la aprobación de Stalin. ¡Vaya propósitos! No hacía tanto que la guerra terminara y ya habían decidido independizarse. ¡No se saldrían con la suya! Stalin convertiría esta idea en cenizas y las echaría al viento. Y a todo esto, nunca vendría mal demostrar una vez más, aunque fuera con un hecho de poca monta, que las pérfidas ideas revisionistas habían nacido entre los jefes de los guerrilleros yugoslavos hacía tiempo, en los años de guerra, y que esto había sucedido bajo la influencia directa de los espías ingleses. Y en las notas de Abutalip Kuttybáyev figuraban unos recuerdos de la época en que los guerrilleros yugoslavos se encontraban con los ingleses, por lo que había todo el fundamento para obligarle a decir lo que ahora convenía que dijera. Y era indispensable conseguirlo a toda costa. Esforzarse hasta reventar, pero obligar a aquel

plumífero de Sary-Ozeki a que expusiera lo conveniente. En realidad, en política todo vale cuando vuela en la dirección del viento. Cada pequeñez puede ser útil, puede servir de piedra arrojada al enemigo para rematarlo en la lucha ideológica. De ahí surgía la tarea de conseguir una piedra, aunque fuera una piedrecita, para depositarla de manera simbólica, pero personalmente hasta cierto punto, y de todo corazón, en las manos del Dios-Poder como una piedrecita más. Si no la arrojaba ÉL, ya encargaría a quien correspondiera que arrojara la piedra a los lameculos —según expresión de los periódicos— del odioso revisionista Tito y de su secuaz Rankovich. Y si no servía, si decían que era demasiado pequeña, tampoco su celo dejaría de ser tenido en cuenta... Posiblemente, todos los que se sentaban a la mesa estarían también en su casa, se sentirían igual en su hogar gracias a este excelente asunto. Realmente, el sentido de la vida está en la felicidad, y el éxito es el principio de la felicidad.

En esto pensaba Tansykbáyev con sus ojos de halcón durante esta velada conmemorativa, y sentado a la mesa intercambiaba réplicas con los demás, siguiendo al parecer el curso de la conversación, pero cual nadador en el flujo tumultuoso de un río, nadaba en aquel momento en el rápido creciente de sus pasiones y anhelos. Sólo su esposa, Aikumis, que conocía muy bien a su mando, observó que algo le pasaba, que se preparaba para algo como una fiera indomable que sale de noche a cazar y ya ha olfateado a su presa. Lo veía por sus ojos, por su mirada de halcón que no parpadeaba y que unas veces se congelaba y otras se cubría con un vaporcillo de inquietud. Por ello le cuchicheó: «Cuando salgamos de aquí con todos los demás nos iremos a casa, sólo a casa». Por toda respuesta, Tansykbáyev asintió a disgusto con la cabeza. No quiso replicar en público, aunque habría valido la pena. En su cabeza había madurado un nuevo plan de acción mucho más amplio. Porque Kuttybáyev había estado con los guerrilleros yugoslavos junto a muchos otros prisioneros de guerra que hoy se encontraban viviendo cada cual en su rincón. Por lo tanto, ellos también podían saber algo, recordar algo, y no sería tan difícil obligar a Kuttybáyev a dar el nombre de los más activos. Era indispensable recopilar este material, mañana mismo había que hacer la correspondiente petición. O ir personalmente al centro cuanto antes. Y analizar, desenterrar, obligar a Kuttybáyev a confirmar lo que fuera necesario. Luego, en base a sus declaraciones, acusar a los ex prisioneros de guerra que habían combatido en Yugoslavia, hacer recaer de nuevo la responsabilidad sobre estas personas por no haber denunciado, por haber ocultado —ante la Comisión de Repatriaciones de la Unión Soviética— los pérfidos proyectos de los revisionistas yugoslavos. Y personas de estas características podrían descubrirse más de cien y más de mil, y procedería —era preciso dar esta idea, más que nada en forma de nota secreta— hacerlos pasar por el molino de los interrogatorios para meter después a toda esta gente en un campo de concentración y poner punto final...

Ante esta idea, que se le había ocurrido ante una mesa dispuesta con toda clase de manjares y de copas de coñac, Tansykbáyev sintió que se elevaba su espíritu, le

vinieron ganas de beber un poco más, de comer, de cantar, de fastidiar a los vecinos y de reír de satisfacción disfrutando anticipadamente con el nuevo cambio que iba a producirse en su vida. Contempló a los presentes con la mirada agradecida de sus ojos misteriosamente brillantes, pues en realidad todos los presentes eran de su misma cuerda, eran personas queridas, de un mismo barro, y por ello muy agradables en aquel momento. Esa gente querida no tenía la menor sospecha de que estaba viviendo el momento del nacimiento de grandes ideas en la mente de Tansykbáýev. Todo esto le provocó un ardiente flujo de sangre a la cabeza, y unos latidos alegres y acelerados en su exultante y vibrante corazón.

El proyecto surgido en aquel momento contenía perspectivas completamente reales de ascenso en el servicio. Era sensato y lógico: cuanto más acosara a los enemigos ocultos más ganaría él mismo. Semejante perspectiva ponía alas a su espíritu. Y pensó no sin orgullo: «¡Así organizan sus asuntos las personas inteligentes! ¡No me quedaré a mitad camino, cueste lo que cueste!». Y le vinieron ganas de actuar inmediatamente, de sacar acto seguido el coche del garaje y volar hacia allí, hacia el semisótano de ventanas enrejadas que llevaba el nombre de celda incomunicada de investigación, donde estaba Abutalip Kuttybáýev, y ponerse en seguida manos a la obra: interrogar sin perder tiempo, allí mismo, en la celda, e interrogar de tal manera que el acusado sintiera en su alma que se le petrificaban las tripas de terror. Y nada de ambigüedades con respecto al fin del asunto; si Kuttybáýev confesaba su culpa, si confirmaba los manejos anglo-yugoslavos, si nombraba a todos los que habían estado con los guerrilleros, lo condenarían por el artículo 58, punto I-«b», a veinticinco años de campo de concentración; si no, sería fusilado por traición, por espionaje en colaboración con los servicios especiales extranjeros y por labor de zapa ideológica entre la población del lugar. Que se lo pensara muy bien.

Al razonar cómo sucedería todo esto, Tansykbáýev preveía con antelación muchas cosas: cómo entablaría la conversación durante el interrogatorio, cómo se obstinaría Kuttybáýev y qué medidas habría que adoptar para quebrantar su voluntad. Pero sabía también que el otro no tenía escape, no tenía elección, si quería vivir. Naturalmente, se justificaría obstinadamente diciendo que no era culpable de nada, que había redimido su condición de prisionero con las armas en la mano luchando al lado de los guerrilleros yugoslavos, que había sido herido, que había derramado su sangre, que al final de la guerra había pasado por la Comisión de Repatriaciones, que había trabajado honradamente, etc. Todo esto eran palabras vacías. Kuttybáýev no podía saber que no se le necesitaba en calidad de esto sino en calidad de otra cosa muy distinta. Y que puesto en esta otra calidad que le exigían, serviría de principio a toda una actuación para desenraizar a los enemigos ocultos del Estado. Se le necesitaba como primer eslabón tras el cual seguiría toda la cadena. ¿Qué podía haber por encima de los intereses del Estado? Algunos piensan que la vida humana. ¡Locos! El Estado es un horno que arde con una sola leña, la humana. De otro modo, el horno se ahogaría, se apagaría. Y no habría necesidad de él. Pero la gente no puede existir

sin Estado. Ella misma organiza la cocción. Y los fogoneros tienen la obligación de aportar leña. Todo se sostiene sobre eso.

Filosofando de esta guisa —en la escuela del partido algo había aprendido en otro tiempo de los estudios clásicos— sentado a la mesa al lado de su esposa, a la que al parecer era difícil esconder su pensamiento, Tansykbáyev sacaba tiempo para asentir con la cabeza y la palabra a sus vecinos en medio de la conversación general, y se entusiasmaba en su fuero interno con la maravillosa condición humana. Ahora, por ejemplo, estaba sentado en un grupo, entre invitados, y aunque aparentaba estar total y completamente absorto en la gravedad del momento, en realidad pensaba en algo enteramente distinto. ¿Quién habría podido imaginar a qué meta apuntaba ni qué planes estaba madurando? La conciencia de que él, pacíficamente sentado a la mesa, encerraba algo demoledor, inevitable, dependiente sólo de su voluntad, la conciencia de que nadie, de momento, podía acceder a sus proyectos, cuya secreta fuerza, una vez puesta en acción, obligaría a las personas a arrastrarse de rodillas ante él y —a través de su persona— ante el propio Dios-Poder, y de que en este sentido él era uno de los peldaños —entre muchos, aunque limitados— que conducían al intimidador pedestal del Dios-Poder, le provocaba una beatitud y una impaciencia físicas, como la vista de una comida sabrosa o el frenético presentimiento de una unión carnal. Y cada copa que tomaba hacía crecer más y más esta excitación que se apoderaba de su persona y discurría por su cuerpo como una agobiante y acelerada circulación sanguínea, de modo que le costaba no poco esfuerzo dominarse. Tansykbáyev se repetía a sí mismo que empezaría a poner en práctica su plan no más tarde de mañana, y que todavía estaba a tiempo.

Examinando mentalmente los detalles del asunto que iba a emprender, Tansykbáyev experimentaba una sensación de profunda satisfacción por la solidez de sus intenciones, por lo lógico del proyecto. Mas pese a todo existía la sensación de que le faltaba algo, de que era preciso redondear el pensamiento sobre algo, de que algunas pruebas no habían entrado aún en acción, no habían sido estudiadas en suficiente medida.

Por ejemplo, algo se ocultaba realmente en las notas de Kuttybáyev sobre el *mankurt*. ¡El *mankurt*! ¡El rapado *mankurt* que había matado a su madre! Sí, naturalmente, era una antiquísima leyenda, ¡pero a algo debía referirse Kuttybáyev al anotar la leyenda! No en vano, ni por casualidad, habría anotado ese mito tan detallada y cuidadosamente. Sí, el *mankurt*, el *mankurt*... ¿Qué habría allí escondido, si era alegórico, qué? Y sobre todo, ¿cómo se disponía Kuttybáyev a utilizar la historia del *mankurt* en sus fines de instigación, en qué forma, de qué manera? Aunque vagamente adivinaba algo ideológicamente sospechoso en la leyenda del *mankurt*, Tansykbáyev, no obstante, no podía afirmarlo categóricamente, no había una seguridad plena para poder demostrar la culpa con absoluta certeza. ¿Y si dijera —como corresponde en tales casos— que dicha leyenda es antipopular y le hiciera responsable de ello? ¿Pero cómo? En este punto, Tansykbáyev no era competente, y

él lo comprendía. Debería dirigirse a algún científico. En realidad, en el desenmascaramiento de los nacionalistas burgueses que hoy estaban celebrando, la cosa había ido de esta manera: descubrieron primero a un grupo, y luego lanzaron a unos científicos contra otros acusándoles de nacionalismo, de cantar el pasado en perjuicio de la época socialista estaliniana, y eso había sido suficiente para que el molino funcionara días enteros. Y pese a todo, sí, algo se ocultaba en el hecho de que Kuttybáyev hubiera anotado con tanto esmero la historia del *mankurt*. Sería necesario empaparse cuidadosamente, una vez más, de cada palabra, y si se descubría el más mínimo agarradero aprovechar también la anotación de la leyenda, adjuntarla al expediente e incriminarle.

Aparte de esto, entre los papeles de Kuttybáyev se había descubierto el texto de otra leyenda con el título de «El castigo de Sary-Ozeki», de la época de Gengis Kan. Tansykbáyev no prestó de momento atención a esta antiquísima historia, que sólo ahora empezaba a preocuparle. En realidad, si se meditaba profundamente, parecía posible encontrar en ella alguna alusión política...

Durante la campaña para la conquista de Occidente, Gengis Kan, que conducía por las grandes extensiones asiáticas a su pueblo en armas, ordenó una ejecución en las estepas de Sary-Ozeki: entregó a la horca a un *sótnik*^[21] y a una joven bordadora que recamaba en oro las banderas triunfales de seda, con sus dragones de fuego...

En aquella época, gran parte de Asia estaba ya bajo la bota de Gengis Kan dividida en regiones repartidas entre sus hijos, sus nietos y sus generales. Ahora llegaba el turno de las tierras de más allá del Itil (el Volga), el destino de Europa.

En las estepas de Sary-Ozeki reinaba ya el otoño. Las copiosas lluvias habían llenado de agua los pequeños lagos y ríos que se secaban durante el verano, por lo tanto había con qué abreviar los caballos durante el camino. La armada de la estepa tenía prisa. El paso del desierto de Sary-Ozeki se consideraba la parte más difícil de la campaña.

Tres ejércitos, tres *turnen* de diez mil hombres, avanzaban abriendo ampliamente sus flancos. Del poder de estos *turnen* se podía juzgar por sus actos, y por el polvo que levantaban sus cascos, que flotaba sobre el horizonte durante muchos kilómetros como el humo de un incendio en la estepa. Otros dos *turnen* con rebaños de caballos de reserva, carros y ganado para la matanza diaria, seguían detrás; era posible convencerse de ello con sólo volver la cabeza: allí también se arremolinaba el polvo hasta la mitad del cielo. Había también otras fuerzas de combate que no era posible ver por encontrarse muy alejadas de estos lugares. Para llegar a ellas había que galopar varios días: eran el ala derecha y el ala izquierda, compuestas por tres *turnen* cada una. Estas tropas avanzaban independientemente en dirección al Itil. Cuando llegaran los primeros fríos, estaba previsto convocar en el cuartel general del kan, a orillas del Itil, a todos los jefes de los once *turnen* y consensuar las acciones futuras.

Luego avanzarían sobre el hielo a través del Itil hacía países famosos y ricos en cuya conquista soñaba tanto Gengis Kan como sus jefes y cada uno de sus jinetes...

Así avanzaba el ejército en campaña, sin distraerse, sin de morarse, sin perder tiempo. Con ellos, en los carros, había también mujeres, y esto fue la desgracia.

Gengis Kan, acompañado durante la marcha por medio millar de guardianes *kesegulos* y por un séquito de *zhasaulos*, se encontraba en el centro de todo el movimiento como una isla flotante. Pero cabalgaba aparte, delante de ellos. Al Soberano de los Cuatro Puntos Cardinales no le gustaba el ajeteo de mucha gente a su alrededor, y mucho menos en campaña, cuando era conveniente guardar silencio, mirar hacia delante y pensar en los asuntos.

Montaba a su predilecto *Juba*, un corcel amblador —había recorrido medio mundo bajo la silla del kan— de buena complexión, liso como un canto rodado, poderoso de pecho y cerviz, crines blancas y cola negra, paso uniforme, sedoso. Dos caballos de reserva, no menos sufridos y andarines, iban descargados, adornados con los arreos del kan, de brillante confección, conducidos por palafreneros a caballo. El kan cambiaba de caballo en plena marcha así que el que montaba empezaba a sudar.

Lo más notable, sin embargo, no era el entorno de Gengis Kan, sus intrépidos *kesegulos* y *zhasaulos*, cuya vida pertenecía más a Gengis Kan que a ellos mismos —por eso eran elegidos como los filos de los cuchillos, uno de cada cien—, ni tampoco los magníficos caballos de silla, tan raros como los filones de oro en la naturaleza. No, lo notable de esta campaña era algo completamente distinto. Durante todo el camino había sobre la cabeza de Gengis Kan una nube que le tapaba el sol. La nube iba donde él iba. El blanco nubarrón, del tamaño de una *yurta*^[22] grande, le seguía como si fuera un ser vivo. Y a nadie le pasó por la cabeza —había tantas nubes en las alturas— que aquello era una señal: así mostraba el Cielo su bendición al Soberano de los Mundos. Sin embargo, Gengis Kan, que lo sabía, observaba involuntariamente el curso de la nube, cada vez más convencido de que se trataba efectivamente de un signo de la voluntad de *Cielo-Tengra*.

Un profeta nómada, al que Gengis Kan había permitido un día acercarse a su persona, había predicho la aparición de la nube. El extranjero no había pegado la cara al suelo, no le había adulado ni había profetizado en su provecho. Al contrario, ante la faz amenazadora del conquistador de la estepa, solemnemente sentado en el trono de la *yurta* dorada, había permanecido de pie con la cabeza dignamente alta, flaco, harapiento, con los cabellos largos hasta los hombros, cual mujer con los rizos sueltos. El extranjero tenía una mirada severa, una barba impresionante, y unos rasgos faciales morenos y secos.

—He venido a ti, gran kan —le transmitió a través de un intérprete *iugur*—, para decirte que por voluntad del Cielo Supremo habrá para ti una señal especial en las alturas.

Por un instante, Gengis Kan se quedó inmóvil de sorpresa. El forastero estaba loco o no comprendía cómo podía terminar todo aquello para él.

—¿Qué signo? ¿De dónde lo has sacado? —se interesó el todopoderoso con la frente fruncida, conteniendo a duras penas su irritación.

—De dónde lo he sacado no es cosa que deba divulgarse. Por lo que respecta al signo, te lo diré: aparecerá una nube sobre tu cabeza y te seguirá a todas partes.

—¿Una nube? —exclamó Gengis Kan sin disimular su asombro, y levantó bruscamente las cejas. Todos los que estaban a su alrededor se pusieron involuntariamente tensos a la espera del estallido de la cólera del kan. Los labios del intérprete se tornaron blancos de terror. El castigo podía afectarle también a él.

—Sí, una nube —respondió el profeta—. Será el índice del Cielo Supremo bendiciendo tu altísima posición en la tierra. Pero debes salvaguardar esta nube, pues si la pierdes perderás tu poderosa fuerza...

En la *yurta* dorada se hizo una sorda pausa. En aquel momento podía esperarse de Gengis Kan cualquier cosa, pero la furia de su mirada se apagó súbitamente como el fuego que acaba de consumirse en una hoguera. Superado el salvaje instinto de castigar, comprendió que no era conveniente interpretar las palabras del profeta vagabundo como un exabrupto provocativo, y mucho menos castigarlo, pues no estaría a la altura de su honor de kan. Y Gengis Kan, escondiendo una maligna sonrisa en sus bigotes ralos y rojizos, dijo:

—Admitamos que el Cielo Supremo te haya inspirado estas palabras. Admitamos que me lo creo. Mas dime, prudentísimo extranjero, ¿cómo voy a salvaguardar una nube que va libre mente por los cielos? ¡No voy a enviar conductores de ganado montados en caballos alados para que vigilen esa nube! ¡No voy a embridar la nube como si fuera un caballo salvaje! ¿Cómo puedo vigilar a una nube del cielo impulsada por el viento?

—Éste es tu problema —respondió brevemente el forastero.

Y de nuevo todos se quedaron inmóviles, de nuevo reinó un silencio de muerte, y de nuevo se pusieron blancos los labios del intérprete, y nadie de los que se encontraban en la *yurta* dorada se atrevió a levantar los ojos hacia el desgraciado profeta que, por estupidez o por alguna razón desconocida, se había condenado a una perdición segura.

—Recompensadle y que se vaya —soltó sordamente Gengis Kan, y sus palabras cayeron en las almas como gotas de lluvia en tierra seca.

Este caso extraño y absurdo no tardó en olvidarse. Ciertamente, hay tantos extravagantes en este mundo. ¡Cómo había presumido el profeta! Pero sería injusto decir que el extranjero había arriesgado la cabeza sólo por frivolidad. No podía dejar de comprender a lo que se exponía. Poco les habría costado a los *kesegulos* del kan agarrarlo allí mismo y atarlo a la cola de un caballo salvaje entregándolo a una muerte infamante por irrespetuoso y arrogante. Y sin embargo, algo había movido al temerario extranjero, algo le había inspirado a presentarse intrépidamente ante el león del desierto, ante el más terrible e implacable soberano. ¿Fue el acto de un loco, o era realmente una providencia del Cielo?

Y cuando ya todo se había olvidado en la carrera de los días, Gengis Kan recordó de pronto al desafortunado profeta. Lo recordó exactamente dos años después.

Dos años enteros empleó el imperio en preparar la campaña de Occidente. Tiempo después, Gengis Kan se convenció de que en su reino, conseguido mediante un incontenible ensanchamiento de las fronteras, aquellos dos años habían sido el período más activo de acumulación de fuerzas y de medios para abrirse una brecha al mundo, para llegar a su anhelado objetivo, la conquista de unas tierras y regiones cuya posesión le permitiría considerarse justamente el Soberano de los Cuatro Puntos Cardinales, de todos los lejanos límites del mundo hasta donde pudiera rodar la ola de su demoledora caballería. La esencia cruel del soberano de la estepa, su misión histórica, se reducía a esta idea paranoica, a la sed insaciable de dominio y de poder sobre todas las cosas. Por ello, toda la vida existente en su imperio, todos los campamentos nómadas sometidos en los enormes espacios asiáticos, toda la población multirracial reprimida bajo una mano única y firme, los ricos y los desheredados de todas las ciudades y campamentos nómadas, y en resumen, cada persona, fuera quien fuera y trabajara en lo que trabajara, se encontraba completamente sometida a esta pasión secularmente insaciable y diabólica: conquistar continuamente nuevas tierras, someter continuamente tierra y pueblos. Y por ello estaban todos, del primero al último, ocupados en este único servicio, sometidos a este único proyecto: el crecimiento, la acumulación y el perfeccionamiento de la fuerza militar de Gengis Kan. Y todo cuanto se podía obtener de las entrañas de la tierra para transformarlo en armamento, toda actividad viva y creadora, se orientaba al consumo de la campaña, al poderoso salto de Gengis Kan a Europa, a sus fabulosas y riquísimas ciudades —donde esperaba a cada guerrero un abundante botín—, a sus bosques densamente verdes, y a sus prados con hierba hasta el vientre de los caballos, donde el *kumýs*^[23] manaba como un río; el gozo de este poder sobre el mundo alcanzaría a todos y cada uno de los que participaran en la campaña bajo las banderas del dragón vomitando llamas —estandarte de Gengis Kan— y cada uno disfrutaría de la victoria, como disfruta la mujer centrando su máxima dulzura en lo que lleva en su seno. Ir, vencer y someter las tierras eran órdenes del Gran Kan, y eso era lo que había que hacer...

Gengis Kan era un hombre práctico en alto grado, calculador y perspicaz. Al preparar la invasión de Europa, previó y pensó todas las cosas hasta en sus más mínimos detalles. A través de exploradores y fugitivos adictos, de mercaderes y peregrinos, de *derviches* viajeros, de negociantes chinos, *iugures*, árabes y persas, averiguó cuanto convenía saber en relación con el movimiento de enormes masas de soldados, los caminos y vados más cómodos. Tuvo en cuenta los usos y costumbres, las religiones y las ocupaciones de los habitantes de los lugares por donde debían avanzar sus tropas. No sabía escribir, tenía que guardar todo esto en la mente y comparar las ventajas y los inconvenientes de todo lo que le esperaba en la campaña. Sólo así se podía conseguir que la empresa funcionara, pero ante todo era necesaria

una disciplina estricta y férrea, pues sólo de esta manera se podía contar con el éxito. Gengis Kan no admitía ninguna debilidad, nadie ni nada debían ser un estorbo a su principal objetivo: la conquista de Europa.

Y fue entonces, reflexionando sobre su estrategia, cuando dictó una orden sin precedentes en todos los siglos: prohibir el nacimiento de hijos en su pueblo-ejército. El caso era que las esposas y los hijos pequeños de los guerreros seguían habitualmente al ejército en carros familiares, trasladándose con las tropas de un lugar a otro. Esta tradición, que existía desde hacía mucho tiempo, venía impuesta por una necesidad vital: las discordias intestinas eran incesantes, y los enemigos a menudo se vengaban aniquilando a las esposas y a los hijos que se habían quedado en su tierra sin defensa. Además, mataban en primer lugar a las mujeres embarazadas para cortar la estirpe de raíz. Pero la vida cambiaba con el tiempo. Con la llegada de Gengis Kan, las tribus, que antes guerreaban continuamente entre sí, cada vez se reconciliaban y se unían más bajo la cúpula única del gran Estado.

En su juventud, cuando todavía se llamaba Temuchin, Gengis Kan había combatido no poco con las tribus vecinas, había cometido ferocidades y las había sufrido. Borte, su esposa predilecta, fue raptada en una incursión de los *merkitos* y convertida en rehén. Al subir al poder, Gengis Kan empezó a cortar las discordias intestinas implacablemente. Las disputas le impedían gobernar, socavaban la fuerza del Estado.

Pasaron los años y fue desapareciendo gradualmente la antigua necesidad de vivir en carros familiares. Sobre todo, el carro familiar se convertía en un lastre para el ejército, en un obstáculo para la agilidad de las operaciones militares en gran escala, especialmente en la ofensiva y en el paso de los obstáculos fluviales. De ahí la rigurosa norma del dueño de la estepa: prohibir categóricamente que las mujeres — que seguían al ejército en los carros— parieran hasta la culminación victoriosa de la campaña occidental. Dictó esta orden año y medio antes de salir de campaña. En esta ocasión, les dijo:

—Cuando hayamos sometido a los países occidentales detendremos los caballos, bajaremos del estribo, y entonces las mujeres de los carros podrán parir cuanto gusten. Hasta entonces, que mis oídos no oigan noticias de nacimientos en los *turnen*...

Gengis Kan rechazaba incluso las leyes de la naturaleza en favor de sus victorias militares, cometiendo un sacrilegio contra la propia vida y contra Dios. Quería poner también a Dios a su servicio, pues la fecundación es la nueva de Dios.

Nadie, ni en el pueblo ni en el ejército, se rebeló ni pensó en rebelarse ante esta arbitrariedad; en aquellos días el poder de Gengis Kan había alcanzado una fuerza y una concentración tan inauditas que todos se sometieron incondicionalmente a la increíble orden que prohibía la reproducción, pues la desobediencia se castigaba inevitablemente con la muerte...

Hacia ya dieciséis días que Gengis Kan iba de camino, de campaña contra Occidente, y experimentaba un estado de ánimo especial, desusado. Exteriormente, el Gran Kan se comportaba como siempre, como correspondía a su persona: severo, distante, como el halcón en horas de reposo. Pero su alma estaba exultante, cantaba canciones y componía versos:

*... Una noche nubosa
Mi yurta de vapores envuelta
Rodeaba mi guardia en el suelo tendida,
Acunándome en mi yurta palatina.
Hoy, de camino, quiero expresar mi gratitud:
Mi antiquísima guardia nocturna ¡Al trono del kan me elevó!
En la ventisca y en la llovizna,
Que cala hasta dar temblor,
En la densa lluvia y en lluvia normal,
Alrededor de mi yurta de campaña Permanece, sin molestarme,
Tranquilizando mi corazón, ¡mi guardia!*

*Hoy, de camino, quiero expresar mi gratitud:
Mi fuerte guardia nocturna
¡Al trono me elevó!
Entre enemigos alborotadores,
La aljaba de corteza de abedul
Apenas oye un susurro imperceptible
Se lanza sin demora a luchar.
Vigilante guardia nocturna mía
Hoy, de camino, quiero expresar mi gratitud.
Levantando feroces la cerviz bajo la luna
Una fiel bandada de lobos
Sale de caza rodeando a su caudillo.
Así en la invasión de Occidente
Inseparable de mí es la crin azulada de mi rebaño.
Los blancos colmillos de mi trono, a todas partes conmigo...
Las gracias les doy cantando en el camino...*

Estos versos, recitados en voz alta, habrían sido impropios de la boca de Gengis Kan: ¡A buena hora se ocupaba de efusiones sentimentales! Pero de camino, en la silla de la mañana a la tarde, podía permitirse este lujo.

El principal motivo de su exaltación espiritual era que después de diecisiete días flotaba en el cielo una nube blanca sobre su cabeza, de la mañana a la tarde, y donde él iba, allí iba la nube. Se había realizado, pues, la predicción del profeta. ¡Quién lo hubiera pensado! Y en realidad, nada le habría costado matar a aquel hombre extravagante, en aquel mismo momento, por irrespetuosa provocación e insolencia, intolerable incluso de pensamiento. Pero no se había matado al peregrino. Por lo tanto, era la voluntad del destino.

El primer día de campaña, cuando todos los *turnen*, carros y ganado avanzaban hacia occidente llenando el espacio cual negros ríos en tiempo de crecida, Gengis Kan

cambió en plena marcha su cansado corcel a mediodía y miró hacia arriba por casualidad, pero no concedió ninguna importancia a la pequeña nube blanca que discurría con lentitud y que posiblemente estaba inmóvil en el mismo sitio, precisamente sobre su cabeza: hay tantas nubes flotando por el mundo. Gengis Kan continuó su camino acompañado por los *keseulos* y los *zhasaulos*, que se mantenían a respetuosa distancia, ocupado en sus pensamientos, observando con preocupación los alrededores desde la silla, fijándose en el movimiento de los muchos millares de hombres de su ejército que celosa y obedientemente iban a la conquista del mundo, tan obedientes a su voluntad personal, y tan celosos en el cumplimiento de sus iniciativas, como si no fueran unos hombres íntimamente deseosos de ser tan autoritarios como él, sino los dedos de sus propias manos, que acariciaban las riendas del caballo.

Al mirar de nuevo al cielo y descubrir la misma nube sobre su persona, Gengis Kan tampoco pensó nada especial. No, dominado por sus ideas de conquista del mundo, no pensó por qué la nube seguía por arriba la misma dirección que el jinete seguía por abajo. Además, ¿qué relación podía existir entre ellos?

Tampoco la nube despertó la atención de ninguno de los que iban en campaña, nadie se preocupó de ella, nadie pensó que se había realizado un milagro en pleno día. A qué pasear la mirada por las alturas infinitas si era preciso mirar bajo los pies. El ejército marchaba a su aire, avanzaba en campaña como una masa oscura, por caminos, depresiones y colinas, levantando el polvo con los cascos y las ruedas, dejando detrás un trayecto recorrido quizá definitiva e irreversiblemente. Todo se llevaba a cabo con agrado en beneficio de la manía y la voluntad del kan, y los diez mil hombres avanzaban de buen grado, conducidos e inspirados por él, afanosos de acrecentar su gloria, su poder y sus tierras.

Así avanzaban cuando empezó a caer la tarde. Era preciso instalarse para pernoctar donde les alcanzara la oscuridad, y por la mañana ponerse de nuevo en camino.

Para el descanso del kan y de su séquito, los servidores *cherbios* habían montado a su debido tiempo *Izsjurtas* palaciegas que se dejaban ver ya, a lo lejos, como blancas cúpulas. El estandarte del kan —una bandera negra ribeteada de rojo vivo, con un fogoso dragón bordado en seda y oro vomitando fuego por las fauces— ya ondeaba al viento junto a la principal *yurta* palaciega. Sin desviar los ojos del camino, los *keseulos* —atletas elegidos y siniestros— permanecían firmes a la espera del soberano.

Allí debía tener lugar un ágape nocturno común, y allí también, después de comer, Gengis Kan se disponía a mantener la primera reunión con los *noiones* del ejército para estudiar los resultados del primer día de marcha y los planes para el siguiente. El éxito con que había comenzado el gran avance daba a Gengis Kan un talante sociable: no le disgustaría organizar un festín aquella noche para los *noiones*, escuchar sus discursos y darles sus órdenes, y todo cuanto tuviera a bien decirles —

cuando todos y cada uno se convirtieran en un coágulo de atención, como la leche pura coagulada— se diría para los Cuatro Puntos Cardinales. Pronto, todos los Puntos Cardinales del Mundo oirían sumisamente su palabra, para ello conducía ahora sus ejércitos, para confirmar su palabra. Y la palabra es una fuerza eterna.

Luego, sin embargo, Gengis Kan anuló el festín. La turbación de su alma exigía un aislamiento completo. Y he aquí por qué...

Al acercarse al lugar donde debían pernoctar, Gengis Kan había prestado atención, de nuevo, a la conocida nube que estaba sobre su cabeza: era la tercera vez. Y sólo entonces le dio un vuelco el corazón. Impresionado por una increíble sospecha, sintió frío en el cuerpo, y la tierra empezó a flotar ante sus ojos, de modo que apenas tuvo tiempo de agarrarse a las crines del caballo. Nunca le había sucedido una cosa semejante, pues nada propio de la Tierra, de la Etugen de pechos oscuros, base firme del mundo otorgada por el Cielo para vivir y dominar, podía confundirle hasta el punto de obligarle a lanzar una exclamación de sorpresa; al parecer, todo era ya conocido, nada del mundo podía impresionar su mente cruel, entusiasmar o entristecer su espíritu, endurecido en acciones de sangre; nunca se había dado el caso de que, olvidando su dignidad de kan, se agarrara asustado a las crines del caballo como cualquier mujerona. Una cosa así no podía ni debía ser, pues desde hacía mucho tiempo, puede decirse que desde sus primeros años —cuando mató de un flechazo a su hermano de sangre, el adolescente Bekter, en una riña por un pececillo que habían pescado, aunque en realidad no fue por el pececillo sino por haber percibido con su precoz instinto de lobo que sus destinos no cabían en una misma silla de montar— estaba convencido —una vez conocida la estructura de la vida a través del medio más seguro y acertado: la imposición de la fuerza— de que no había ni podía haber nada que no se sometiera a la fuerza, que no cayera de rodillas, que no palidciera, que no se deshiciera en cenizas bajo la presión de la fuerza bruta, ya fuera piedra, fuego, agua, madera, fiera o pájaro, y no hablemos ya del hombre pecador. Cuando la fuerza quebraba a la fuerza, lo sorprendente se convertía en insignificante, y lo maravilloso en mísero. De esto dimanaba una conclusión: todo lo que se pisotea es insignificante, pero todo lo que se prosterna merece condescendencia en la medida del deseo de quien debe otorgarla. El mundo se sostiene sobre esto...

No obstante, la cosa era muy distinta cuando se trataba del Cielo, que personificaba la Eternidad y la Infinitud, de las que hablaban ahora los peregrinos del Himalaya y los eruditos viajeros. Sí, sólo Él, el inescrutable Cielo, escapaba a su poder, era imposible de aprehender, inaccesible. Ante el Cielo-Tengra, él mismo no era nadie, no podía rebelarse, ni aterrorizarlo, ni ponerse en campaña. No quedaba más que rezar e inclinarse ante el Cielo-Tengra, que regía los destinos terrenos y, según aseguraban los eruditos del Himalaya, el movimiento de los mundos. Por lo tanto, como todo mortal, Gengis Kan suplicaba al Cielo con promesas sinceras, y con sacrificios, que fuera benévolo con él y lo protegiera, que lo ayudara a dominar

firmemente el mundo de los hombres, y si había una grandísima cantidad de Tierras en el universo, como aseguraban los sabios errantes, nada le costaba al Cielo darle ésta a él, a Gengis Kan, para su dominio total e indivisible, para el dominio de su estirpe de generación en generación, pues no había en el mundo hombre más poderoso ni más digno entre la gente; no había quien le superara en fuerza para gobernar los Cuatro Puntos Cardinales del Mundo. En su fuero interno, cada vez estaba más convencido de que tenía un derecho especial a pedir al Cielo Supremo lo que nadie se habría atrevido a pedir —el dominio ilimitado sobre todos los pueblos—, pues debiendo haber alguien que mande, que sea aquel que sepa someter por la fuerza a los de más. En su infinita misericordia, el Cielo no había puesto impedimentos a sus conquistas, al acrecentamiento de su dominio, y cuanto más tiempo transcurría, más se afirmaba en Gengis Kan la seguridad de que el Cielo le tenía una especial consideración, que las fuerzas supremas del Cielo, desconocidas para los hombres, estaban de su parte. Todo le salía bien, y en cambio, ¡qué furiosas maldiciones atraían sobre su cabeza las bocas que clamaban en todas las regiones que había pasado a sangre y fuego!, pero ninguna de estas míseras maldiciones había repercutido de alguna manera sobre su grandeza continuamente creciente, ni sobre su gloria universalmente temida. Al contrario, cuanto más le maldecían más despreciaba los gemidos y los lamentos dirigidos a los Cielos. Y sin embargo, había casos en que serias dudas y temores de provocar la ira del Cielo, y de atraer sobre sí el castigo celestial, estaban a punto de introducirse subrepticamente en su alma. Y entonces el Gran Kan se quedaba inmóvil cierto tiempo comprimiéndose en sí mismo, dejando que sus súbditos descansaran levemente, y se mostraba dispuesto a aceptar el justo reproche del Cielo e incluso a arrepentirse. Pero el Cielo no se irritaba, no daba ninguna muestra de su descontento ni le privaba de su ilimitada gracia. Y él, como en un juego de azar, cada vez se lanzaba a un riesgo mayor, a un desafío de lo que se consideraba la justicia celestial, tentando la paciencia del Cielo. ¡Y el Cielo tenía paciencia! De ello sacó la conclusión de que todo le estaba permitido. Y con los años se afirmó en la seguridad de ser el elegido del Cielo, por ello era el Hijo del Cielo.

Y si creía en algo que sólo se puede creer en las fábulas, no era porque en las grandes festividades cantasen a caballo los cantores que cabalgaban delante de las multitudes llamándole Hijo del Cielo mientras millares de brazos entusiasmados se alzaban al Cielo: eso era sólo un ruin halago humano. Era su propia experiencia la que le hacía llegar a la conclusión de que el Cielo Divino le protegía en todas sus empresas porque él respondía a las intenciones de Cielo-Tengra, o dicho de otra manera, él era el transmisor de la voluntad del Cielo Supremo en la Tierra. Y el Cielo, como él, sólo admitía la fuerza, la manifestación de la fuerza, sólo admitía al portador de la fuerza, que él consideraba ser...

De otro modo, cómo se podría explicar lo que a veces le asombraba incluso a él mismo: la impetuosa ascensión —parecida a la del halcón que levanta el vuelo— hacia las alturas de una gloria amenazadora y vertiginosa, hacia el dominio del

mundo, de un muchacho huérfano, descendiente de una estirpe empobrecida de pequeños ganaderos que vivían desde hacía siglos de la caza y de la ganadería. Cómo había podido suceder la conquista, inaudita en la historia, de un poder tan gigantesco. En verdad, en el mejor de los casos, la vida habría podido disponer para el temerario huérfano el destino de osado cuatrero-saqueador, lo que fue en un principio. No era preciso adivinarlo: sin la providencia del Cielo-Tengra, nunca Temu chin, poseedor de un solo caballo, habría estado a la sombra de una bandera con dorados dragones que vomitaban fuego, y nunca se habría llamado Gengis Kan ni ocupado la presidencia bajo la cúpula de la *yurta* dorada.

¡Y ahora, como confirmación de que era precisamente así, se había presentado un testimonio irrefutable de la complacencia del Cielo para con el kan de Asia! A la vista estaba la maravillosa nube, predicha con antelación por un profeta errante que por poco no paga con la cabeza su pobreza de espíritu. ¡Pero sus palabras se habían hecho realidad! La nube blanca era un mensaje del Cielo al Hijo del Cielo, un signo de aprobación y benevolencia anunciador de grandes victorias.

A ninguno de los muchos millares de hombres que participaban en la campaña le pasó por la cabeza qué podía ser aquel milagro, y ninguno advirtió que la nube blanca seguía su camino, a nadie se le ocurrió de dónde salía ni para qué. ¿Hay alguien, acaso, que siga con la mirada las nubes libres? Sólo él, el Gran Kan, que encabezaba el ejército de la estepa y lo conducía a una nueva conquista del mundo, comprendía el elevado sentido de la aparición de la nube blanca, sólo él se sentía impresionado por una sospecha increíble, y a veces creía, y otras no, en la posibilidad de tan inaudito fenómeno. Le dominaba una angustiosa duda: ¿debía confiar a los demás sus observaciones y sus pensamientos, o no valía la pena? ¿Qué pasaría si se sinceraba, si confiaba el secreto, y de pronto la nube desaparecía en un abrir y cerrar de ojos? ¿No pensaría la gente que se había vuelto loco? Después, fortalecía de nuevo su espíritu y creía que la nube no estaba allí porque sí, que no desaparecería súbitamente, que había sido enviada graciosamente por el Cielo como señal, y entonces se sentía invadido por la alegría, por una poderosa sensación de optimismo, de fe en su perspicacia, en lo acertado de la campaña que había emprendido para conquistar Occidente, y se reafirmaba aún más en su intención de crear a sangre y fuego el ansiado imperio mundial. Para eso iba. Era su perpetua e insaciable pasión de poder. Cuanto más tenía, más deseaba...

Y fueron discurriendo los días de la campaña.

En las alturas, la nube blanca no se desviaba a parte alguna, flotaba suavemente ante la mirada de Gengis-Kan, solemnemente montado en su célebre caballo amblador *Juba*. Crin blanca, cola negra, así había nacido. Los especialistas aseguraban que un caballo como aquél aparecía bajo una estrella especial una vez cada mil años. Era verdaderamente un andador insuperable, no un caballo de galope

sino un andador incansable. *Juba* caminaba amblando a un ritmo continuo, tenso, como la lluvia fuerte que cae monótonamente sobre la tierra con su ardiente aliento. De no ser por el bocado, un caballo así se agotaría en su fogoso celo hasta la última gota, como la lluvia derramada. En la antigüedad, un cantor decía: con un caballo así, un hombre cree ser inmortal...

Gengis Kan estaba contento, era feliz. Sentía en su persona una inaudita afluencia de fuerza, ansiaba actuar, volar hacia el objetivo, como si él mismo fuera un incansable caballo amblador, como si se lanzara a una mesurada pero inagotable carrera, como si se fundiera en cuerpo y alma, como se funden los ríos, en el tumultuoso remolino sanguíneo del caballo lanzado a la carrera.

Sí, el jinete y el caballo eran dignos uno de otro. La fuerza del uno se parecía a la del otro. Por eso, la pose de Gengis Kan a caballo era como la de un halcón. Las plantas de los pies del robusto jinete de rostro bronceado, firmemente asentado en la silla, se apoyaban desafiantes en los estribos, con orgullo y seguridad. Se sentaba en el caballo como en el trono: erecto, con la cabeza muy alta, con un sello de pétreo tranquilidad en su cara de ojos estrechos y pómulos salientes. Emanaba la fuerza y la voluntad del gran caudillo que conduce un innumerable ejército a la gloria y a las victorias...

Y la causa especial del talante animado de Gengis Kan era la nube blanca que flotaba sobre su cabeza como un símbolo, como la corona de su gran destino. Y en este sentido, todas las cosas coincidían. La nube... el Cielo... Y delante, en el sentido de la marcha, ondeaba en manos del abanderado el estandarte de campaña, que siempre se encontraba donde estaba Gengis Kan. Había tres hombres con el estandarte, tres abanderados imponentes y orgullosos del cargo excepcionalmente honorífico que se les había confiado. Los tres montaban idénticos caballos azabache, a cual mejor. En el centro, el que llevaba el asta, y a los lados, con las picas inclinadas hacia adelante, sus acompañantes. La tela negra, cosida con seda y oro, palpitaba al viento dando sombra al camino del kan, y el dragón bordado en ella, que vomitaba una clara llama por las fauces, parecía vivo. El dragón aparecía saltando, y sus ojos agudos e iracundos, prominentes como los de un camello, se agitaban de un lado para otro con la tela como si realmente estuvieran vivos...

Desde primeras horas de la mañana, el infatigable kan dirigía la campaña desde la silla. Los *noiones* galopaban hacia él desde los distintos lugares para traerle informes, recibían indicaciones en plena marcha y regresaban al galope a sus puestos en el ejército en marcha. Debían darse prisa si querían alcanzar el principal obstáculo de la campaña —las orillas del gran río Itil— antes de las lluvias que preceden al invierno y antes de que los caminos se estropearan; allí esperarían los fríos, cruzarían el río por el firme de hielo y continuarían avanzando hacia su anhelado objetivo: la conquista de Occidente.

La marcha duró hasta avanzada la tarde. En la hora que precede al crepúsculo, la estepa se extendía bajo los inclinados rayos del sol poniente hasta muy lejos, hasta

tan lejos como cabe imaginar la amplitud del mundo visible. Y por este espacio iluminado, coloreado por un sol rojizo que desaparecía ya en su mitad por el horizonte, avanzaban las columnas hacia poniente, miles de jinetes, cada ejército dentro de sus límites, y todos marchaban hacia donde se ponía el sol; de lejos, parecía el curso de unos ríos negros nublados por las tinieblas.

Los fatigados lomos de los caballos no descansaron del peso de las sillas y de los jinetes hasta la noche, cuando el ejército se detuvo a pernoctar.

Pero por la mañana temprano retumbaron de nuevo en los campamentos los *dobulbasy* —enormes tambores de piel de buey— obligando al ejército a reanudar la marcha. Sacar del sueño a decenas de miles de personas no es tan sencillo. Pero quienes despertaban a los demás ponían gran celo en ello: el incesante tronar de los *dobulbasy* se extendía con su pesado estruendo por campos y campamentos.

A esa hora, el kan ya estaba despierto. Era casi el primero en despertar, y aquellas mañanas de otoño, aún claras, paseaba ante la *yurta* palatina, concentrado en sí mismo, analizaba los pensamientos que se le habían ocurrido durante la noche, daba órdenes, y simultáneamente prestaba atención al rumor de los tambores que ponían al ejército sobre las sillas de montar y sobre las ruedas. Empezaba un día de tantos, se multiplicaban las voces, los movimientos, los ruidos, se reemprendía la marcha interrumpida durante la noche.

Retumbaban los tambores. Su rumor matinal no era únicamente un toque de diana, encerraba en sí mismo algo más. Era una incitación de Gengis Kan a los que iban con él en la gran campaña, era el aviso de un caudillo exigente e implacable que irrumpía en la conciencia de sus hombres con el tronar de los tambores como a través de una puerta cerrada, adelantándose con ello a cualesquiera otras ideas que no partieran de él, que no fueran las que le imponía él, su voluntad, ya que durante el sueño los hombres no están sujetos ni a la voluntad ajena ni a la suya propia; el sueño es una libertad mala, absurda y peligrosa que hay que cortar desde los primeros momentos de la vuelta a la realidad penetrando en las conciencias resueltamente y sin cumplidos, y haciendo que los durmientes vuelvan de nuevo al estado de vigilia, al servicio, a la sumisión incondicional, a la acción.

Semejante al bramido del toro, el rumor pesado de los tambores provocaba cada vez en Gengis Kan un escalofrío que tenía su origen en un antiguo recuerdo: en su adolescencia, dos toros enfurecidos se enzarzaron rugiendo salvajemente, levantando cascajo y polvo con las pezuñas, y él, hechizado por su rugido, cogió sin saber cómo el arco de guerra y atravesó con una flecha a su hermano de sangre Bekter, que estaba adormilado y que había discutido con él por un pequeño pez que habían pescado en el río. Bekter lanzó un grito salvaje, dio un salto y rodó por el suelo anegado en sangre. Él —Temuchin, sí, entonces no era más que Temuchin, el huérfano de Esugai-Baatura, prematuramente muerto— se echó a la espalda un *dobulbasy* que encontró abandonado junto a la *yurta* y corrió asustado hacia el monte. En el monte empezó a tocar el tambor larga y monótonamente, mientras su madre, Agolen, gritaba y aullaba

abajo, mesándose los cabellos, maldiciendo al fratricida. Luego se congregaron otras personas que gritaban continuamente agitando los brazos, pero él no oía nada, váyase a saber por qué. Estuvo sentado en la montaña hasta el amanecer golpeando el *dobulbasy*...

El poderoso rumor de cientos de *dobulbasy* era ahora su grito de guerra, su rugido furioso, su impavidez y su furia, su señal a cuantos iban con él en la campaña para que la oyeran, se levantaran, actuaran, avanzaran hacia el objetivo, hacia la conquista del mundo. Y los *dobulbasy* le seguirían hasta el límite —en alguna parte debía tener el horizonte un límite—, y todo cuanto existe sobre la tierra, todas las personas y criaturas poseedoras de oído, oirían sus tambores de guerra temblando en su interior. Incluso la nube blanca, que desde hacía poco era testigo inseparable de sus ocultos pensamientos, giraba suavemente sobre su cabeza, sin desviarse, bajo el ruido matinal de los tambores. Un impetuoso vientecillo hacía susurrar el estandarte imperial con su dragón bordado escupiendo fuego como si estuviera vivo. Y el dragón corría al viento por la tela vomitando una viva llama por sus fauces...

Aquellos días, las mañanas fueron muy apacibles.

Y por la noche, antes de acostarse, Gengis Kan salía a echar una mirada a su entorno. En los espacios desiertos ardían hogueras por todas partes, llameaban cerca y centelleaban a lo lejos. Humos blanquecinos se extendían por los vivaques militares, por los estacionamientos de carros y por los campamentos de los conductores de rebaños y caballos. Los hombres tragaban el rancho nadando en sudor y se hartaban de carne a satisfacción. El olor a cocido, procedente de los enormes trozos de carne de las calderas, atraía a los hambrientos animales de la estepa. Brillaban en la oscuridad los ojos febriles de las desgraciadas criaturas, y llegaba hasta el oído su melancólico aullido.

Mientras, el ejército caía rápidamente en un sueño profundo. Sólo la llamada de las patrullas nocturnas, que recorrían los campamentos en cada parada, atestiguaban que también por la noche la vida seguía un orden rigurosamente establecido. Así debía ser para todos aquellos cuya predestinación apuntaba en definitiva a un solo y elevado objetivo: servir rigurosamente y sin reservas a la idea de Gengis Kan de conquistar el mundo. En estos minutos, el kan, con el alma embriagada, comprendía su propia esencia, la esencia de un superhombre: una insaciable y posesa sed de poder, tanto más grande cuanto mayor era el poder que poseía. De esta esencia se deducía irremisiblemente una conclusión absoluta: sólo era preciso aquello que correspondiera a su poder como objetivo añadido. Lo que no respondía a él no tenía derecho a la existencia.

Por eso tuvo lugar el castigo de Sary-Ozeki, cuya leyenda anotó Abutalip Kuttybáyev mucho tiempo después para su desgracia...

Una de las noches, durante la parada nocturna, una patrulla a caballo recorría el campamento del *turnen* de la derecha. Más allá de los vivaques militares se encontraban los campamentos de los carros, de los conductores de ganado, y de diferentes tipos de servicios auxiliares. La patrulla echó una mirada a esos lugares. Todo estaba en orden. Derrengada por el trayecto recorrido, la gente dormía amontonada, en *yurtas*, en tiendas, y muchos al aire libre, junto a las hogueras medio consumidas. Reinaba el silencio, y todas las *yurtas* estaban oscuras. La patrulla montada había terminado ya su recorrido. Los hombres de la patrulla eran tres. Refrenando los caballos, hablaban entre ellos. El jefe, un jinete alto con gorra de *sótnik*, dispuso en voz baja:

—Bien, eso es todo. Id y echad una cabezada. Yo voy a mirar un poco más por ahí.

Los dos jinetes se alejaron. El que se había quedado, el *sótnik*, miró primero atentamente a su alrededor, escuchó con atención, y luego descabalgó y condujo el caballo de la brida entre el amontonamiento de carros y de talleres de campaña pasando junto a los carros desenganchados de los guarnicioneros, de las costureras y de los armeros, en dirección a una *yurta* solitaria situada en el borde mismo del campamento. Mientras caminaba con la cabeza pensativamente gacha y el oído atento a los ruidos, la luz de la luna se derramaba desde las alturas iluminando turbiamente los rasgos de su grueso rostro y dando un brillo nebuloso a los grandes ojos del caballo que le seguía obedientemente.

El *sótnik* Erdene se acercó a la *yurta*, donde presumiblemente le estaban esperando. Una mujer salió de la *yurta* con el pañuelo echado sobre la cabeza y se detuvo, esperando, junto a la entrada.

—*Sambainu*^[24] —saludó el *sótnik* a la mujer ahogando la voz—. ¿Qué tal van las cosas? —preguntó con inquietud.

—Todo va bien, salimos bien del paso, alabado sea el Cielo. Ahora ya no debes preocuparte —murmuró la mujer—. Te espera ansiosa. Me oyes, ansiosa.

—¡Yo también ansiaba venir con toda el alma! —respondió el *sótnik* Erdene—. Pero como a propósito, nuestro *noton* decidió recontar los caballos. No he podido alejarme en tres días, ocupado en los rebaños de caballos.

—Ay, no te atormentes, Erdene. ¿Qué habrías podido hacer cuando llegó el momento? —la mujer movió la cabeza tranquilizadamente y añadió—: Lo principal es que acabó felizmente, dio a luz con mucha facilidad. No gritó ni siquiera una vez, lo soportó. Por la mañana la instalé en un carro cubierto. Y como si nada. Así es de magnífica la mujer que tienes. ¡Ay, pero qué digo! —cayó en la cuenta la mujer que saliera a recibirle—. ¡Es un halcón que ha venido a tu mano y que siempre estará contigo! —le felicitó—. ¡Piensa un nombre para tu hijito!

—¡Que el Cielo oiga tus palabras, Altun! Dogulang y yo te lo agradeceremos eternamente —le dio las gracias el *sótnik*—. El nombre ya lo pensaremos, por eso no va a quedar.

Entregó a la mujer las riendas del caballo.

—No te preocupes, vigilaré cuanto haya que vigilar, como siempre —aseguró Altun—. Ve, ve, Dogulang te espera con ansia.

El *sótnik* esperó un poco, como haciendo acopio de valor, y luego se acercó a la *yrta*, entreabrió la pesada y compacta cortina de fieltro, y entró en el interior encogiéndose la cabeza. En el centro de la *yrta* ardía un pequeño hogar, y bajo sus débiles y mortecinos reflejos vio a la mujer, a su Dogulang, sentada en el fondo del habitáculo con una pelliza de marta echada sobre los hombros. Su mano derecha balanceaba ligeramente la cuna cubierta con una manta acolchada.

—¡Erdene! Estoy aquí —respondió en voz baja a la aparición del *sótnik*—. Estamos aquí —se corrigió con una sonrisa de turbación.

El *sótnik* se sacó rápidamente el carcaj, el arco, la hoja envainada, dejó las armas junto a la entrada y se acercó a la mujer alargando los brazos. Se dejó caer de rodillas, y los rostros de los dos se rozaron. Se abrazaron poniendo cada uno la cabeza sobre el hombro del otro. Y se quedaron inmóviles en el abrazo. Y con ello el mundo pareció cerrarse para ellos bajo la cúpula de la *yrta*. Todo cuanto quedaba más allá de los límites de aquella vivienda de campaña perdió su realidad. Sólo fueron reales ellos dos, sólo el impulso que los unía, y el diminuto ser de la cuna, que había aparecido en este mundo hacía tres días.

Erdene fue el primero en abrir la boca:

—¿Qué tal? ¿Cómo te encuentras? —preguntó conteniendo a duras penas su acelerada respiración—. He estado muy intranquilo.

—Ahora ya ha pasado todo —respondió la mujer sonriendo en la penumbra. No es en eso en lo que debes pensar. Pregúntame por él, por nuestro hijito. Ha salido tan fuerte. Chupa con tanta fuerza mi pecho. Se te parece mucho. Altun también dice que es muy parecido a ti.

—Enséñamelo, Dogulang. ¡Déjame mirarle!

Dogulang se apartó, y antes de entreabrir la manta que cubría la cuna escuchó con atención, involuntariamente en guardia ante los ruidos del exterior. A su alrededor todo estaba silencioso.

El *sótnik* contempló largamente la carita del niño dormido, que aún no expresaba nada, intentando descubrir sus propios rasgos. Al fijarse en el recién nacido con la respiración en suspenso, quizá por primera vez comprendiera como un proyecto de eternidad la esencia divina de la aparición de los descendientes en este mundo. Por ello, seguramente, dijo sopesando cada palabra:

—Ahora siempre estaré contigo, Dogulang, siempre contigo, incluso en el caso de que me suceda algo. Porque tú tienes a mi hijo.

—¿Tú, conmigo? ¡Desde luego! —sonrió dolorosamente la mujer—. Quieres decir que el niño es tu segunda encarnación, como en el caso de Buda. Pensé en ello cuando lo alimentaba con el pecho. Lo tenía en brazos, un niño que no existía hace tres días, y me decía que eras tú en tu nueva encarnación. ¿Has pensado en esto, ahora?

—Lo he pensado. Aunque no exactamente así. No puedo compararme con Buda.

—Puedes no compararte. No eres Buda, eres mi dragón. Yo te comparo con un dragón —murmuró cariñosamente Dogulang-Bordo dragones en las banderas. Nadie lo sabe, pero siempre eres tú. Eres tú en todas mis banderas. A veces lo veo en sueños, estoy bordando en sueños un dragón que cobra vida, y por favor no te rías, lo abrazo en sueños, nos juntamos y volamos, el dragón me lleva y yo vuelo con él, y en el momento más dulce resulta que eres tú. Tú estás conmigo en sueños, ora como dragón, ora como hombre. Y al despertar, no sé qué creer. Ya sabes, Erdene, te lo dije antes, eres mi dragón de fuego. No bromeaba. Así ha sido. Te bordo a ti en las banderas, tu reencarnación en dragón. Y he aquí que ahora he parido del dragón.

—Sea como a ti te gusta. Pero escucha lo que voy a decirte, Dogulang —el *sótnik* hizo una pausa y luego dijo—: Ahora que ya tenemos un hijo debemos pensar lo que hay que hacer. Y de eso vamos a hablar ahora. Antes quiero decirte una cosa, para que lo sepas, aunque bien lo sabes, pero de todos modos te lo diré: siempre te he echado de menos y siempre siento nostalgia de ti. Y el temor más terrible no es perder la cabeza en combate sino perder esa nostalgia, verme privado de ella. Cuando parto con las tropas para algún lugar, pienso continuamente cómo separar de mí esa nostalgia, para que no perezca conmigo y se quede contigo. No puedo encontrar solución alguna, pero ansío que mi nostalgia se convierta en pájaro, o quizá en un animal, en algo vivo que pueda poner en tus manos diciendo: anda, toma, es mi nostalgia, que se quede para siempre contigo. Y entonces no me daría miedo perecer. Ahora comprendo que mi hijo ha nacido de mi nostalgia por ti. Y ahora siempre estará contigo.

—Pero aún no le hemos puesto un nombre. ¿Has pensado un nombre para él? —preguntó la mujer.

—Sí —respondió el *sótnik*—. Si estás de acuerdo le pondremos un buen nombre: ¡Kunán!

—¡Kunán!

—Sí.

—Por qué no, está muy bien. ¡Kunán! Joven Corcel.

—Sí, corcel de tres años. En la plenitud de fuerzas. Crines como la tempestad, y cascos como el plomo.

Dogulang se inclinó sobre el bebé:

—Escucha, ¡tu padre va a decirte tu nombre!

Y el *sótnik* Erdene dijo:

—Tu nombre es Kunán. ¿Me oyes, hijo? Kunán. En verdad que es así.

Hicieron una pausa cediendo involuntariamente a la solemnidad del momento. La noche era silenciosa. En el rebaño de caballos vecino únicamente ladraba un perro sin ira, y llegaba de la lejanía un prolongado relincho, quizá un caballo recordaba en mitad de la noche su tierra de la montaña, los rápidos ríos, la espesa hierba, la luz del sol sobre los lomos de los caballos... El niño que había adquirido un nombre dormía pacíficamente, y el destino de su niñez dormía también a su lado, de momento. Pronto debería volver a la realidad.

—He pensado no sólo en el nombre de nuestro hijo —rompió el silencio el *sótnik* Erdene, y alisándose los bigotes con la palma de su fuerte mano dijo con un suspiro —: He pensado también en otra cosa, Dogulang. Como comprenderás, el niño y tú no podéis quedaros aquí. Hay que marcharse cuanto antes.

—¿Marcharnos?

—Sí, Dogulang, marcharnos, y cuanto antes mejor.

—Yo también lo he pensado, pero, ¿dónde vamos a ir? ¿Cómo? ¿Qué será de ti?

—Ahora te lo diré. Nos marcharemos juntos.

—¿Juntos? ¡Eso es imposible, Erdene!

—Sólo juntos. ¿Podría ser de otra manera?

—¡Piensa lo que estás diciendo, eres un *sótnik* del *turnen* derecho!

—Ya lo he pensado, lo he pensado muy bien.

—¿Pero a qué lugar huirás para escapar de las manos del kan? ¡No existe tal lugar en el mundo! ¡Vuelve a la realidad, Erdene!

—Ya lo he pensado todo. Escúchame con más tranquilidad. Al principio, cuando era permitido, cuando aún estábamos en populosas ciudades con mercados y vagabundos, no nos ocultamos. No en vano, Dogulang, te decía aquellos días: vistámonos con harapos de extranjeros, unámonos a los peregrinos y vámonos a vagar por el mundo.

—¿Por qué mundo, Erdene? —exclamó con amargura la bordadora—. ¿Dónde encontraremos una tierra en la que podamos vivir a nuestro aire? Más fácil es huir de Dios que del kan. Por eso no nos decidimos, ya lo comprendes. Además, qué guerrero de este ejército habría podido decidir semejante cosa. Y así nos quedamos con nuestro secreto, entre el terror y el amor: tú no podías abandonar el ejército, te habría costado la cabeza, y yo no podía abandonarte a ti, me habría costado la felicidad. Y ahora ya no estamos solos. Tenemos un hijo.

Callaron penosamente en medio de la inquietud que se apoderaba de ellos. Y entonces el *sótnik* dijo:

—A veces, la gente huye del deshonor y de la deshonra, del castigo por una traición: huye con tal de salvarse. Nosotros deberemos huir porque el destino nos ha mandado un hijo, pero deberemos pagar el mismo precio. No cabe esperar compasión. El kan nunca se ha hecho para atrás en el cumplimiento de sus órdenes. Hay que huir antes de que sea demasiado tarde, Dogulang. No muevas la cabeza. No

hay otra salida. La felicidad y la desgracia crecen de una misma raíz. Tuvimos felicidad, no temamos ahora la desgracia. Hay que huir.

—Te comprendo, Erdene —dijo suavemente la mujer—. Tienes razón, naturalmente. Pero pienso qué será mejor, si morir o continuar viviendo. No hablo por mí. Soy tan feliz contigo que me digo: si es preciso moriré, aunque no me atrevo a matar lo que me ha llegado de ti. No sé si soy tonta o lista, pero no se me levantaría la mano...

—No te atormentes, no es preciso, no debes atormentarte de esta manera: ¡Vivir o no vivir! No quisimos sacrificar lo que aún no había nacido. Ahora ha nacido. Ahora hay que vivir para él. Huir y vivir. Ambos deseábamos un hijo.

—No me refiero a mí. Sino a otra cosa. ¿Puedes decirme una cosa? Si me ejecutan, ¿dejarán que viváis tú y tu hijo?

—No debes hablar así. No me humilles, Dogulang. ¿Se trata acaso de eso? Más vale que me digas cómo te sientes. ¿Podrás ponerte en camino? Viajarás en el carro con Altun, ella irá contigo, está dispuesta. Yo iré a caballo a tu lado para, en caso necesario, impedir...

—Como digas —respondió brevemente la bordadora—. ¡Con tal de estar contigo! De estar a tu lado...

Ambos callaron con las cabezas inclinadas sobre la cuna.

—Escucha —empezó Dogulang—, se dice que el ejército pronto llegará a orillas del Zhaík^[25]. Altun se lo oyó decir a los hombres.

—Puede que dentro de dos días, ya no queda tanto. Y a las tierras bajas llegaremos mañana. Empezarán los bosques, los arbustos y matorrales, y allí estará el Zhaík.

—¿Es un río grande, profundo?

—El más grande en nuestro camino hacia el Itil.

—¿Y profundo?

—No puede cruzarlo a nado cualquier caballo, especialmente en las corrientes, pero en los brazos no es tan profundo.

—¿O sea que es un río profundo de corriente mansa?

—Tranquilo, como un espejo, pero hay lugares más rápidos. Ya sabes que mi infancia discurrió en las estepas del Zhaík, de allí procedemos. Y nuestras canciones proceden todas del Zhaík. Las noches de luna cantábamos nuestras canciones.

—Lo recuerdo —corroboró pensativa la bordadora—. En cierta ocasión me cantaste una que hasta el presente no he podido olvidar, era la canción de una muchacha a la que separaban de su amado y se ahogaba en el Zhaík.

—Es una canción antiquísima.

—Tengo una ilusión, Erdene, quiero hacer un bordado en tela de seda blanca: el agua ya se ha cerrado sobre la muchacha, sólo hay suaves olas, y alrededor, la vegetación, los pájaros, las mariposas, pero la muchacha ya no está, no pudo soportar

su pena. Así, el que vea este bordado escuchará la melancólica canción de este triste río.

—Dentro de una jornada verás el río. Escúchame con atención, Dogulang. Mañana por la noche debes estar preparada Cuando yo aparezca con el caballo de reserva, tú deberás salir inmediatamente con la cuna, sea la hora que sea. No podemos demorarnos. Ahora no podemos. Te llevaría esta misma noche donde fuera. Pero a nuestro alrededor todo es estepa abierta, no hay donde esconderse, donde ocultarse, todo está como en la palma de la mano, y las noches son de luna. Un carro por la estepa no huirá muy lejos si le persiguen a caballo. Pero más allá, en el Zhaík, empiezan los lugares con vegetación, allí todo será de otra manera...

Estuvieron conversando largo tiempo, callándose a veces y poniéndose otras a discutir lo que les aguardaba en la antesala del destino desconocido que se avecinaba, hoy un destino para tres, con el niño que había nacido. Y el pequeño no se hizo esperar, al poco rato se removi6 gimiendo en la cuna y se echó a llorar piando con el lloriqueo de un cachorro. Dogulang lo tomó rápidamente en brazos. Turbada por la falta de costumbre, se dio a medias la vuelta y se aplicó el niño al pecho, tan familiar para el *sótnik*, innumerables veces besado por él con arrebatado impulso, un pecho liso y blanco que comparaba en su fuero interno con la redondeada espalda de un pato acurrucado. Ahora, todo aparecía bajo la nueva luz de la maternidad. Y al *sótnik* le brillaba la mirada de sorpresa y entusiasmo mientras movía en silencio la cabeza pensando que después de haber sufrido tanto en los últimos días ahora se había realizado lo que debía realizarse en el plazo medido por la naturaleza: él era padre, Dogulang madre, tenían un hijo y la madre amamantaba a su hijo... Así estaba dispuesto desde el principio. La hierba nace de la hierba, y ésta es la voluntad de la naturaleza, las criaturas nacen de las criaturas, y ésta es también la voluntad de la naturaleza, y sólo el capricho del hombre puede obstaculizar lo natural...

El bebé chupaba el pecho a chupetones, el bebé se hartó, mimado por el pecho-pato.

—¡Oh, qué cosquilleo! —rió alegremente Dogulang—. Mira qué vivaracho resulta. Se ha pegado al pecho y no hay quien lo arranque —iba diciendo como para justificar su risa feliz—. Verdaderamente, se te parece mucho nuestro Kunán. ¡Nuestro pequeño dragón, hijo del dragón grande! Mira, ha abierto los ojos. Mira, mira, Erdene, son tus ojos, y la nariz es la misma, y los labios exactamente...

—Se parece, naturalmente, se parece mucho —aceptó de buen grado el *sótnik*—. Reconozco en él a alguien, vaya si lo reconozco.

—¿Cómo que a alguien? —se asombró Dogulang.

—¡A mí, naturalmente, a mí!

—Anda, t6malo, c6gelo en tus brazos. Coge esta bolita viva. Tan liviana. Como si sostuvieras una liebrequita.

El *sótnik* tomó al niño tímidamente. La fuerza y el peso de sus propios brazos eran superfluos en aquel momento, impropios, y no sabiendo qué hacer, cómo colocar

las palmas de las manos alrededor del cuerpecito indefenso del niño, lo estrechó cuidadosamente, o más exactamente, lo acercó a su corazón. Al buscar un punto de comparación con aquella sensación de ternura hasta entonces desconocida, sonrió feliz por haberla descubierto en aquel instante y dijo emocionado:

—Sabes, Dogulang, no es una liebrequita lo que tengo en brazos sino mi corazón.

El pequeñuelo no tardó en dormirse. Había llegado también la hora de que el *sótnik* volviera a su puesto en el ejército.

Avanzada la noche, al salir de la *yurta* de su amada, el *sótnik* Erdene miró la luna, que había adquirido una brillante fuerza lumínica sobre el otoñal Sary-Ozeki, y experimentó una soledad total. No tenía ganas de irse, deseaba volver de nuevo con Dogulang, con su hijo. Los misteriosos e intensos sonidos de la noche esteparia sin fondo cautivaban al *sótnik*. Descubría algo incomprensible y maligno en el destino que le arrastraba a participar en los actos del Gran Kan, y a ir con él de campaña a occidente, a su servicio. Se habían arriesgado a un gran peligro: en cualquier momento, el castigo inevitable por el nacimiento del niño podía destruirlos. Es decir, lo que les ligaba al Soberano de los Cuatro Puntos Cardinales era algo antinatural, incompatible con su vida a partir de hoy, algo que hacía que se excluyeran mutuamente, y la conclusión a sacar era una: huir, conquistar la libertad, salvar la vida del niño...

Un poco más allá se encontró con la sirvienta Altun que durante todo ese tiempo había cuidado de su caballo, lo había alimentado con el grano que había en el saco de campaña.

—¿Qué, ya has visto a tu hijo? —dijo animadamente Altun.

—Sí, Altun, gracias.

—¿Le has puesto un nombre?

—¡Su nombre es Kunán!

—Es un buen nombre. Kunán.

—Sí. Que el Cielo te escuche. Y ahora, Altun, voy a decirte lo que debo decir ya sin demora. Eres como una hermana para mí, Altun. Y para Dogulang y su hijo eres una buena madre enviada por el destino. De no haber sido por ti no habríamos podido estar juntos durante la campaña, habríamos sufrido con la separación. Y quién sabe, puede que Dogulang y yo no hubiéramos vuelto a vernos nunca más. Pues el que va a la guerra, guerra encuentra por partida doble... Y te estoy agradecido.

—Lo comprendo —dijo Altun—. Comprendo estas cosas. ¡La verdad, Erdene, te has metido en un asunto tan inaudito! —Altun torció la cabeza. Y añadió—: Gracias a Dios, todo ha salido bien. Lo que comprendo —prosiguió— es que hoy eres un *sótnik* de este gran ejército, pero mañana puedes ser un *noion*, con honor, para toda la vida. Y entonces tú y yo no hablaríamos de lo que estamos hablando. Tú eres un *sótnik* y yo una esclava. Y con esto queda dicho todo. Pero escogiste otro camino, el que tu alma te dictó. La ayuda que puedo prestar es sujetarte el caballo. Me colocaron aquí para servir a tu Dogulang, ya sabes, para que la ayudara en el trabajo. Yo le soy

adicta con toda el alma, pues ella, así lo pienso, es hija del dios de la belleza. ¡Sí, sí! ¡Es guapa, cómo no! Pero no me refiero a esto. Sino a otra cosa. Las manos de Dogulang tienen una fuerza mágica, ovillos de hilo y pedazos de tela puede tenerlos cualquiera, pero lo que borda Dogulang nadie puede imitarlo. Lo sé por mí misma. Sus dragones corren por las banderas como si estuvieran vivos. Sus estrellas arden en la tela como en el cielo. Te lo digo, es una maestra de Dios. Y yo estaré con ella. Y si pensáis huir, iré con vosotros. En la fuga no podría arreglárselas sola, ya ves, acaba de parir.

—De esto quería hablarte, Altun. Mañana, cerca de la medianoche, hay que estar preparados. Huiremos. Tú, en un carro con Dogulang y el niño, y yo al lado, a caballo, llevando de la brida otro caballo de reserva. Huiremos a las tierras bajas del Zhaík. Lo principal es que al amanecer podamos escondernos lo más lejos posible, y que por la mañana los perseguidores no puedan encontrar el rastro. Y entonces huiremos...

Guardaron silencio. Antes de subirse a la silla, el *sótnik* Erdene inclinó la cabeza y besó la seca palma de la mano de la sirvienta Altun, comprendiendo que la misma providencia les había enviado, a Dogulang y a él, aquella pequeña mujer que, capturada años ha en tierras chinas, al final había envejecido de sirvienta en los carros de Gengis Kan. Quién era para él, a fin de cuentas: una casual compañera de viaje en el remolino de la campaña de Occidente de Gengis Kan. Sí, pero en esencia sería el único apoyo seguro de los amantes en una época fatal para ellos. El *sótnik* comprendía que sólo podía confiar en ella, en la sirvienta Altun, y en nadie más de este mundo, ¡en nadie más! Entre decenas de miles de hombres armados que iban a una gran campaña, que se lanzaban al combate con gritos terroríficos, sólo ella, la vieja sirvienta del carro, podía ponerse de su parte. Sólo ella y nadie más. Y así sucedió después.

De regreso a esta hora avanzada, montado en su *Akzhuldús*, el *sótnik* fue pasando junto a las tropas que dormían en vivaques y campamentos de carros mientras pensaba en el futuro que le aguardaba y rezaba a Dios pidiéndole ayuda por amor al recién nacido, un ser inocentísimo, pues cada recién nacido es un mensaje de las intenciones de Dios. Según esta intención, un día habrá uno que se presente ante los hombres como el propio Dios con figura humana, y todos verán cómo debe ser un hombre. Pero Dios es el Cielo, incomprensible e inabarcable. Y el Cielo sabe qué destino marcar, quién debe nacer y quién debe vivir.

El *sótnik* Erdene intentaba examinar el espacio estrellado desde la silla, intentaba conjurar mentalmente al Cielo, intentaba oír en su alma la respuesta del destino. Pero el Cielo guardaba silencio. La luna reinaba solitaria en el cénit derramándose invisible en forma de torrente de luz violácea sobre la estepa de Sary-Ozeki, abrazada por el sueño y el misterio de la noche...

Por la mañana, tronaron de nuevo los *dobulbasy* con sordo *fragor* ordenando a los hombres que se levantaran, que se armaran, que montaran, y que arrojaran el bagaje al carro; y de nuevo el ejército estepario de Gengis Kan avanzó hacia occidente empujado y animado por el indomable poder del kan.

Era el decimoséptimo día de marcha. Quedaba atrás una amplísima parte del desierto de Sary-Ozeki, la parte más difícil de atravesar, y por delante aparecería dentro de un día o dos la tierra baja del Zhaík; después, el camino conduciría al gran Itil, cuyas aguas separaban la esfera terrestre en dos mitades, occidente y oriente.

Todo seguía como antes. Delante marchaban los abanderados caracoleando sobre negros caballos. Tras ellos iba Gengis Kan acompañado por los *keseoulos* y por su séquito. Bajo la silla, el paso acompasado de su predilecto *Juba*, el caballo amblador de blancas crines y cola negra. Y, alegrándole secretamente la vista, alimentando el orgullo del kan ya de por sí difícil de disimular, flotaba como siempre sobre su cabeza su inseparable compañera: la nube blanca. Donde iba él, iba ella. Y por la tierra, llenando el espacio de borde a borde, avanzaba la multitud humana hacia occidente, las columnas, los carros, el ejército de Gengis Kan. Flotaba un rumor en el aire que era como el rumor del mar tempestuoso en la lejanía. Y toda esta muchedumbre, toda esta avalancha de hombres, carros, armas, equipo y ganado, eran la encarnación del poder y de la fuerza de Gengis Kan, todo procedía de él, sus proyectos eran la fuente de todo. Y en aquel momento, montado en la silla, pensaba en lo mismo, en algo que raro mortal se atrevería a pensar: en el ansiado dominio mundial, en un solo Estado universal por los siglos de los siglos, en un Estado que le sería dado gobernar incluso después de su muerte. ¿Cómo? Gracias a sus mandamientos, previamente grabados en unas tablas. Y mientras existieran rocas con sus mandamientos grabados, indicando cómo hay que gobernar el mundo, existiría en el mundo su voluntad. He aquí en qué pensaba el kan en esta hora de camino, y la cautivadora idea de las inscripciones en las piedras como medio para conseguir la inmortalidad ya no le dejaba en paz. Decidió ocuparse de ello aquel invierno en las orillas del Itil. A la espera de cruzar el río, reuniría el consejo de sabios, doctores y adivinos, y les comunicaría sus valiosos pensamientos sobre el Estado eterno, les comunicaría sus mandamientos y éstos serían tallados en las rocas. Sus palabras derribarían el mundo, y todo el universo caería a sus plantas. Para ello iba de campaña, y todo lo existente sobre la tierra debía servir a este objetivo; todo cuanto lo contrariara, todo cuanto no facilitara el éxito de la campaña, debía ser apartado del camino y extirpado.

Y de nuevo empezaron a componerse los versos:

*Cual diamantina culminación de mi Estado
Instauraré una luminosa luna en el cielo... ¡Sí!
Y las hormigas del sendero no podrán evitar
Los férreos cascos de mi ejército... ¡Sí!*

Las alforjas de la Historia
De la grupa sudorosa de mi corcel
Descargarán mis agradecidos descendientes
Comprendiendo las excelencias del poder... ¡Sí!

Y precisamente aquel día informaron a Gengis Kan que una de las mujeres de los carros había dado a luz pese a la severísima prohibición del kan. Había parido a un niño no se sabía de quién. Se lo comunicó el *jeptegul* Arasán. El *jeptegul*, de rojas mejillas y ojos inquietos, omnisciente e incansable, también esta vez había sido el primero en traer la noticia. «Mi deber es informarte de cómo son las cosas, Gran Señor, puesto que a este respecto hay un aviso de tu parte», terminó su denuncia con voz ronca (la grasa lo ahogaba) el *jeptegul* Arasán, cabalgando estribo con estribo al lado del kan para que se oyeran mejor sus palabras bajo el viento.

Gengis Kan no prestó atención de momento, ni respondió inmediatamente al *jeptegul*. Concentrado en sus pensamientos sobre las queridas tablas, tardó un poco en dejarse dominar por el disgusto que se iba apoderando de él, y durante largo rato no quiso confesarse que no esperaba que semejante noticia le impresionara tanto. Gengis Kan callaba, agraviado; en su disgusto, aceleró la marcha del caballo, y los faldones de su ligera pelliza de marta cebellina volaron hacia los lados cual alas de un pájaro asustado. Y el *jeptegul* Arasán, que corría afanoso a su lado, se encontró en una difícil situación, no sabía qué hacer, ora tiraba de las riendas para no enfurecer en demasía al kan con su presencia, ora iba estribo con estribo para estar en disposición de entender sus palabras, si éstas se pronunciaban; no comprendía ni podía interpretar los motivos del largo silencio del caudillo. Qué le costaba pronunciar tan sólo una palabra: castigadla, e inmediatamente estrangularían a aquella mujer y a su aborto allí mismo, en los carros, ya que había osado dar a luz a despecho de la altísima prohibición. Ahorcarían a la insolente arrastrándola sobre un fieltro como ejemplo para los demás. Y asunto terminado.

De pronto, el kan lanzó unas palabras por encima del hombro, y lo hizo de tal modo que el *jeptegul* hasta se incorporó sobre la silla:

—¿Cómo es que antes de que esta perra de los carros pariera nadie observó que tuviera la panza gruesa?

El *jeptegul* Arasán aventuró lo que había podido suceder, pero sus palabras eran incoherentes y el kan le cortó autoritariamente:

—¡Cállate!

Al cabo de cierto rato, preguntó irritado:

—Si ésta que ha parido en los carros no está casada con nadie, quién es: ¿una cocinera, una fogonera, una vaquera?

Y quedó sorprendido en extremo al saber que la parturienta era una bordadora de banderas, pues nunca le había pasado por la cabeza que alguien se ocupara de ello, que alguien cortara y bordara los estandartes de oro; del mismo modo que no pensaba que alguien le cosiera las botas o le montara la *yurta* de turno bajo cuya cúpula discurría su vida. Antes no pensaba en semejantes minucias. ¿Y cómo si no? ¿Acaso

las banderas no existían por sí mismas, a su lado y al de su ejército, surgiendo por todas partes cual hogueras encendidas antes de que él apareciera, en los campamentos, en la caballería en marcha, en los combates y en los festines? También ahora estaban a la vista: delante caracoleaban los abanderados iluminando su camino. Él iba de campaña a Occidente para plantar allí sus estandartes después de entregar al pisoteo los estandartes de los demás. Así sería... Nadie ni nada se atrevería a cruzarse en su camino, y toda desobediencia, incluso la más mínima, de los que iban con él a la conquista del mundo, no se cortaría de otra manera que con la pena de muerte. El castigo para conseguir la sumisión: ésta era el arma invariable del poder de uno sobre muchos.

Pero en el caso de la bordadora, la culpable no era sólo ella sino también alguien más, alguien que indiscutiblemente se encontraba en los carros o en el ejército... ¿Pero quién?

A partir de aquel momento, Gengis Kan se puso sombrío, lo que se notaba por su rostro petrificado, por la mirada dura de sus ojos de lince que nunca parpadeaban, y por su postura rígida en la silla, contra el viento. Pero ninguno de los que se atrevían a acercarse a él por asuntos inaplazables sabía que el kan se había puesto sombrío no tanto por haberse descubierto el provocativo acto de desobediencia de una bordadora y de su desconocido amante cuanto porque este caso le recordaba otra historia muy diferente que había dejado en su alma una huella vergonzosa, imborrable y amarga.

Y de nuevo, ensangrentándole y quemándole el alma, vino el recuerdo de algo vivido en su juventud, cuando todavía llevaba su antiguo nombre de Temuchin, cuando aún nadie podía suponer que él, el huérfano y abandonado Temuchin llegaría a ser el Soberano de los Cuatro Puntos Cardinales, cuando ni él mismo pensaba en nada semejante. En aquella época de su lejana juventud vivió la tragedia y el deshonor. Su joven esposa Borte, prometida a él por los padres desde la infancia, fue raptada en su luna de miel durante una incursión de la tribu vecina de los *merkitos*, y cuando consiguió recuperarla en una incursión de represalia habían pasado no pocos días, muchos días y noches, tantos que carecía de fuerzas para contarlos con exactitud, incluso hoy día, cuando iba al frente de un ejército de muchos miles de hombres a la conquista de Occidente, a consolidar su nombre y hacerlo inexpugnable por los siglos en el trono del dominio mundial, para borrarlo y... olvidarlo todo. En aquella lejana noche, cuando los pérfidos *merkitos* huían en desorden después de tres días de sangrientos combates, cuando abandonaban rebaños y campamentos corriendo bajo un empuje terrible e implacable para salvar sus miserables vidas de las represalias, cuando se había cumplido el juramento de venganza, que decía:

*... La más antigua bandera, visible desde lejos,
Rocié antes con la sangre de las víctimas,
Y golpeé mi tambor, de ronco tronar,
Recubierto con piel de buey.
Me subí a mi veloz corcel de negra crin
Me puse mi acolchada coraza*

*Mi terrible sable en mi mano tomé.
Lucharé hasta la muerte con los merkitos...
Exterminaré al pueblo merkito,
Hasta el niño más pequeño,
Hasta que su tierra quede desierta...*

Cuando el terrible juramento se cumplió por completo en una noche de gritos y lamentos, un carro cubierto se alejaba entre los fugitivos, presos por el pánico. «¡Borte! ¡Borte! ¿Dónde estás? ¡Borte!», gritaba Temuchin llamándola desesperado, yendo de un lado para otro sin encontrarla en ninguna parte, y cuando finalmente alcanzó el carro cubierto y sus hombres mataron en marcha al conductor, entonces Borte respondió a la llamada: «¡Estoy aquí! ¡Soy Borte!», y saltó del carro mientras él se deslizaba del caballo al suelo, y ambos se precipitaron uno al encuentro del otro y se abrazaron en la oscuridad. Y en aquel instante, cuando la joven esposa se encontró entre sus brazos sana y salva, él sintió, cual inesperado ataque al corazón, un olor desconocido y ajeno, seguramente el de unos bigotes fuertemente ahumados, el olor que había dejado el contacto de alguien con el cuello tibio y liso de la mujer, y se quedó inmóvil mordiéndose los labios hasta hacerse sangre. Y a su alrededor seguía el combate, la lucha, el castigo de unos por los otros...

A partir de aquel momento ya no volvió a intervenir en la lucha. Instaló a la esposa liberada en un carro, y volvió atrás intentando dominarse para no delatar al instante lo que le estaba quemando por dentro. Y sufrió, luego, toda la vida. Comprendía que si su esposa había estado en brazos de sus enemigos no había sido por su voluntad. Y sin embargo, ¿a qué precio había conseguido escapar al sufrimiento? Verdaderamente, no había caído un solo cabello de su cabeza. A juzgar por todo, Borte no había sido una mártir en su cautiverio, no podía decirse que su aspecto fuera el de una víctima. No, y además no hubo entre ellos una explicación sincera sobre este tema.

Cuando los pocos *merkitos* que consiguieron emigrar a otros países después de la derrota, o alcanzar lugares de difícil acceso, ya no representaban el más mínimo peligro, cuando se hicieron pastores y criados, cuando se convirtieron en esclavos, nadie pudo comprender la implacable crueldad de la venganza de Temuchin, que en aquella época se había convertido ya en Gengis Kan. Como resultado, todos los *merkitos* que no pudieron huir fueron ejecutados. Y ninguno de ellos pudo ya decir que había tenido alguna relación con su Borte en la época en que ésta se encontraba cautiva de los *merkitos*.

Más tarde, Gengis Kan tuvo otras tres esposas, pero nada pudo curar el dolor de este primer y cruel golpe del destino. Y así vivía el kan, con este dolor. Con esta herida sangrante en el alma, con esta herida que nadie conocía. Y cuando Borte dio a luz a su primogénito, a su hijo Zhuchi, Gengis Kan sacó escrupulosamente la cuenta y resultó que podía ser de una manera o de otra, el niño podía ser suyo o no serlo. Alguien, que permaneció en el anonimato, había atentado descaradamente contra su honor, le había robado la tranquilidad para toda la vida.

Y aunque el desconocido, el que había motivado el parto en campaña de la bordadora de banderas, no tenía relación alguna con el kan, la sangre del soberano se puso en ebullición.

A veces, un hombre necesita muy poco para que el mundo se derrumbe para él en un abrir y cerrar de ojos, se tuerza y ya no sea el que había tan sólo un momento antes: congruente y aceptable en conjunto... Éste era el cambio que había tenido lugar en el alma del Gran Kan. A su alrededor, todo era lo mismo que antes de la noticia. Sí, delante caracoleaban los abanderados con sus caballos negros y con los estandartes de dragones ondeando al viento; bajo su silla caminaba como siempre su *Juba*, el caballo amblador; el séquito le seguía respetuosamente, a su lado y a su espalda, en magníficos corceles; la fiel escolta —los escuadrones de los «semi-jefes» *keseoulos*— se mantenía a su alrededor; la fuerza demoledora de los *turnen* de su ejército, y los miles de carros que constituían su apoyo, avanzaban por la estepa, por todo el espacio que podía abarcar la vista. Y sobre la cabeza, sobre todo este torrente humano, navegaba por el cielo la fiel nube blanca, la misma que desde los primeros días de la campaña atestiguaba la protección del Cielo Supremo.

Al parecer, todo era como antes, y sin embargo algo de este mundo se había desplazado, había cambiado, provocando en el kan una tempestad gradualmente creciente. ¡Alguien no había escuchado su voluntad, alguien había osado colocar los desenfrenados apetitos carnales por encima de su gran objetivo, alguien había contrariado intencionadamente sus órdenes! Uno de sus jinetes había preferido una mujer en la cama que servir irreprochablemente, que someterse incuestionablemente al kan. Y una insignificante mujer, una bordadora —¿habría otra que supiera bordar y pudiera sustituirla?— había decidido parir despreciando su prohibición, y eso cuando las demás mujeres de los carros habían cerrado sus vientres a la fecundación hasta que él se lo permitiera.

Tales pensamientos iban creciendo sordamente como la hierba silvestre, como el bosque natural, ensombreciendo de ira la luz de sus ojos, y aunque el kan comprendía que el caso era insignificante, que convenía no otorgarle una importancia especial, otra voz, autoritaria, poderosa, insistía, con mayor encarnizamiento cada vez, exigiendo un severo castigo, la ejecución de los desobedientes delante de todo el ejército, y ahogaba y arrinconaba cada vez más a otros pensamientos.

El incansable caballo amblador, *Juba*, del que el kan no había desmontado aquel día, parecía sentir incluso un peso complementario que crecía continuamente, y el infatigable amblador, que siempre corría uniformemente como una flecha, se cubrió de sudorosa espuma, cosa que antes no le ocurría.

Gengis Kan continuó su camino en silencio, con aire amenazador. Y aunque al parecer nada alteraba la campaña, nadie impedía el avance del ejército de la estepa hacia occidente ni la realización de sus grandes proyectos de conquistar el mundo, algo, sin embargo, había sucedido: una piedrecita imperceptible y diminuta se había desprendido de la firme montaña de sus órdenes. Y esto no lo dejaba tranquilo.

Pensaba en ello durante el camino, y este pensamiento le molestaba como una púa bajo la uña, de modo que pensando siempre en lo mismo, cada vez se irritaba más con sus acompañantes. ¿Cómo se habían atrevido a no informarle hasta ahora, cuando la mujer ya había dado a luz? ¿Dónde estaban antes, dónde tenían los ojos? ¿Tan difícil era descubrir a una embarazada? Entonces, el caso habría sido distinto, la habrían expulsado a palos como a una perra libidinosa. Pero ahora, ¿qué hacer? Cuando le informaron de lo sucedido, interrogó bruscamente al *noion* responsable de los carros, a quien había llamado para que le diera explicaciones, y le preguntó cómo había podido suceder que todo pasara inadvertido antes de que la bordadora pariera y de que sus hombres fieles oyeran el llanto del recién nacido. ¿Cómo había podido suceder semejante cosa? A lo que el *noion*, poco convincente, respondió que la bordadora de banderas, de nombre Dogulang, vivía en una *yurta* aparte, siempre aislada, no se relacionaba con nadie excusándose en sus ocupaciones, tenía su propio carro y su propia criada, y que cuando alguien iba a verla por algún asunto, aparecía envuelta en un revoltijo de ropa, habitualmente la seda de las banderas que bordaba. La gente pensaba que lo hacía sencillamente por elegancia, porque le gustaba emperifollarse. Por ello resultaba difícil distinguir que estaba embarazada. Se desconocía quién fuera el padre del recién nacido. Todavía no habían interrogado a la bordadora. La criada repetía que no sabía nada. Era como buscar viento en el campo...

Gengis Kan pensaba con disgusto que esta historia era indigna de su noble atención, pero la prohibición de dar a luz la había establecido él, y además, todos los jefes del ejército, temiendo por su cabeza, se habían apresurado a informar de lo sucedido al jefe supremo, de modo que él, el kan, se encontraba prisionero de su propia y noble palabra. Retractarse de la orden dada, no podía. El castigo era inevitable...

Cerca de la medianoche, el *sótnik* Erdene dijo que iba a ver a su jefe, y puso como excusa unos encargos urgentes, pero esto no era más que un pretexto para salir del campamento, para huir aquella misma noche con su amada. No sabía que el kan estaba al corriente de todo, no sabía que no conseguiría huir con Dogulang y el niño.

Llevando el caballo de reserva de la brida como se lleva un perro de caza con el lazo, el *sótnik* Erdene rodeó felizmente el campamento y se acercó al carro junto al que habitualmente se instalaba la *yurta* de Dogulang; le pedía a Dios una sola cosa: no tropezar de pronto con la patrulla móvil del *noion*. La patrulla del *noion* era la más quisquillosa y cruel. Cuando advertía que algún guerrero estaba borracho, que había bebido vodka lácteo, no tenía compasión de él, lo enganchaba a un carro en lugar de caballo, y el conductor lo arreaba con el látigo...

Al abandonar su escuadrón y darse a la fuga, Erdene sabía que si lo capturaban le amenazaba el máximo castigo: ahogarlo con fieltro o darle muerte en la horca. Sólo

podía haber otra salida si conseguía escapar, huir a tierras lejanas, a otros países.

Reinaba esta vez en la estepa una noche de luna. Los campamentos y los rebaños se extendían por todas partes, y por todas partes dormían los guerreros, amontonados junto a las hogueras medio consumidas. Entre tal cantidad de hombres y de carros, a pocos podía interesar dónde se dirigiera. Con esto contaba el *sótnik* Erdene, y habría conseguido huir con Dogulang y su hijo de no ser por el destino...

Apenas se acercó al campamento de los talleres, comprendió que había ocurrido una desgracia. El *sótnik* saltó de la silla y se quedó inmóvil a la sombra de los caballos, sujetándolos fuertemente por la brida. ¡Sí, había ocurrido una desgracia! Una gran hoguera ardía junto a la *yrta* del extremo iluminando los alrededores con inquietantes llamaradas. Una decena de *zhasaulos* charlaban inquietos en voz alta alrededor de la hoguera montados en sus caballos. Los que habían descabalgado, unos tres hombres, enganchaban un carro, el mismo con el que se disponía a huir aquella noche en compañía de Dogulang. Luego Erdene vio que los *zhasaulos* sacaban de la *yrta* a Dogulang con el niño en brazos. La mujer apareció a la luz de la hoguera con su pelliza de marta estrechando al pequeño contra su cuerpo, pálida, indefensa, asustada. Los *zhasaulos* la interrogaban. Llegaban sus exclamaciones: «¡Responde! ¡Te digo que respondas! ¡Putas, ramera!». Luego llegó el lamento de Altun, la sirvienta. Sí, era su voz, sin ningún género de dudas era la suya. Altun gritaba: «¿Cómo voy a saberlo? ¿Cómo voy a saber de quién lo ha parido? ¡No ha ocurrido ahora, en la estepa! ¿Por qué me pegáis? Ha dado a luz a un niño hace poco, bien lo veis. ¿Y no podéis comprender que todo esto, como muy bien se ve, sucedió hace nueve meses? ¡Cómo voy a saber cuándo y con quién estuvo! ¿Por qué me pegáis? ¡Y por qué le metéis miedo a ella, la habéis asustado de muerte, no veis que lleva un recién nacido! ¿No os ha servido, no ha bordado las banderas de combate que lleváis de campaña? ¿Por qué la estáis matando, por qué?».

Pobre Altun, era como una hierbecita bajo el casco de un caballo, qué podía ella hacer si el propio *sótnik* Erdene no se atrevía a intervenir, y además, ¿qué habría podido hacer contra una decena de *zhasaulos* armados? ¿Morir, quizá, llevándose por delante a uno o dos? ¿Pero de qué habría servido? Así vencían siempre los *zhasaulos*, atacando todos a una. ¡No esperaban otra cosa que atacar en grupo para atormentar, para derramar sangre!

El *sótnik* Erdene vio que los *zhasaulos* metían a Dogulang y al niño en un carro, arrojaban dentro a la sirvienta Altun y se las llevaban a algún lugar bajo la noche.

Con esto, todo se calmó, se hizo el silencio en derredor, el campamento quedó desierto. Sólo se oían los ladridos de los perros en alguna parte, el relincho de los caballos y unas voces imprecisas en los lugares de descanso.

La hoguera se iba consumiendo junto a la *yrta* de la borda dora Dogulang. Tragando la vanidad y los tormentos de la lucha humana, las silenciosas estrellas miraban con su brillo indiferente e impasible aquel espacio abierto como si lo sucedido fuera lo que debía suceder...

Como en sueños, las manos del *sótnik* Erdene, instantánea mente entumecidas y heladas, tentaron la brida en la cabeza del caballo de reserva, se la sacaron sin sentir su propio esfuerzo y la arrojaron a las patas del animal. La brida tintineó sorda mente. Erdene sentía su propia respiración, una respiración contenida, pues respirar era cada vez más fatigoso. Pero todavía encontró las fuerzas necesarias para dar un palmetazo a la cerviz del caballo. Aquel animal ahora no servía para nada, ahora era libre, no había ninguna necesidad de él, y el caballo corrió al trote, a su aire, hacia el rebaño nocturno más cercano. Por su parte, el *sótnik* Erdene vagó sin objeto por la estepa, sin saber dónde iba ni por qué. Le seguía de las riendas su *Akzhuldús* de estrellada frente, su fiel e inseparable corcel de combate. Con él había luchado el *sótnik* Erdene, pero con él, al fin, no había conseguido escapar ni apartar de un mal destino el carro con la mujer amada y el niño recién nacido.

Erdene caminaba al azar, como un ciego; sus ojos rebosaban de lágrimas que se deslizaban por la húmeda barba, y la luz lunar, que caía a chorros uniformes, se movía convulsivamente sobre sus curvados y temblorosos hombros... Vagaba como una fiera salvaje solitaria expulsada de la bandada y dejada a su albedrío en medio del mundo: si eres capaz de vivir, vive, si no, muere. Y ninguna otra alternativa... ¿Qué podía hacer ahora? ¿Dónde meterse? No le quedaba otra solución que morir, matarse de una cuchillada en el pecho, en este corazón que le dolía insoportablemente, y así calmar y cortar aquel ardiente dolor, o bien desaparecer, evadirse, huir, perderse en alguna parte para siempre...

El *sótnik* cayó al suelo y se arrastró sobre el vientre llorando sordamente, desollándose las uñas y las palmas de las manos contra las piedras, pero la tierra no se abría. Luego se puso de rodillas y tentó el cuchillo en su cinto...

La estepa estaba silenciosa, desierta y estrellada. Sólo el fiel caballo *Akzhuldús* estaba a su lado iluminado por la luna, resoplando a la espera de una orden de su amo...

Aquella mañana, antes de emprender la marcha, los tambores, reunidos previamente en un altozano, dieron el toque de reunión del ejército. Y una vez dada la señal, los *dobulbasy* ya no callaron, sacudiendo los alrededores con un tronar de alarma, con un tronar creciente y agotador. Los tambores de piel de buey retumbaban, se enfurecían como fieras salvajes entrampadas, llamando al castigo de la mala mujer, de la bordadora de banderas —pocos sabían que su nombre fuera Dogulang— que había dado a luz a un niño durante la campaña.

Y bajo el tronar mágico de los tambores se formaron las cohortes a caballo, con todas sus armas, como en una revista, describiendo un semicírculo al pie de la colina, escuadrón tras escuadrón, y en los flancos se colocaron los carros con la impedimenta, y sobre ella toda la gente de los servicios auxiliares, toda suerte de artesanos de la campaña, montadores de *yurtas*, armeros, guarnicioneros, costureras, hombres y mujeres, todos jóvenes, todos en la época de la fertilidad. Para ellos se

montaba el castigo público, para aterrorizarlos y aleccionarlos. ¡Todo aquel que ose infringir las órdenes del kan será privado de la vida!

Los *dobulbasy* continuaban redoblando en la colina, helando la sangre en las venas, provocando en las almas el embotamiento del terror, y con ello también la aceptación, e incluso la aprobación, de lo que iba a pasar por voluntad de Gengis Kan.

Y he aquí que bajo el tronar incesante de los *dobulbasy* transportaron a la colina un palanquín de oro donde estaba el propio kan, el que ordenaba el castigo de la peligrosa desobediente, de la que ni siquiera había confesado el nombre de aquel de quien había parido. Depositaron el palanquín en la parda colina, en medio de las banderas que se bañaban en los primeros rayos del sol y ondeaban al viento con dragones escupiendo fuego bordados en seda. El símbolo del kan era un dragón dando un podo roso salto, pero nadie sospechaba que la bordadora, al dar vida al bordado, no tenía presente al kan sino a otro. A otro que era un dragón impetuoso e intrépido en sus brazos. Y a nadie de los presentes se le ocurrió que era esto lo que ahora pagaba con su cabeza.

El momento se acercaba. Los tambores disminuían poco a poco sus redobles para callar completamente en el instante del castigo, caldeándolo con el tenso silencio de la terrible espera, cuando el tiempo se dilata, se disgrega e inmoviliza, y para luego tronar furiosa y ensordecedoramente de nuevo, acompañando el proceso de cortar la vida con un salvaje retumbar que cautive y provoque en la embriagada conciencia de cada espectador el éxtasis de una venganza ciega, y la alegría maligna y se creta que siente al ver que el castigo de la horca no se le aplica a él sino a otro.

Los tambores se apaciguaron. Todos los reunidos estaban tensos, incluso los caballos se habían quedado inmóviles bajo los jinetes. Pétreamente tenso era también el rostro de Gengis Kan. Sus labios, fuertemente apretados, y la mirada fría y nunca parpadeante de sus estrechos ojos, tenían algo de viperino.

Los tambores dejaron de sonar cuando sacaron a la bordadora de banderas Dogulang de una *yurta* cercana al lugar del suplicio. Unos fornidos *zhasaulos* la agarraron por los brazos y la arrastraron a un carro enganchado a un par de caballos. Dogulang iba de pie en el carro, un joven y sombrío *zhasaulo* permanecía a su lado y la sostenía por detrás.

La gente de la formación empezó a zumar, especialmente las mujeres: ¡Allí estaba la bordadora! ¡La puta! ¡La esposa de nadie! ¡Por su juventud y su belleza habría podido ser la segunda o tercera mujer de algún *noion*! Y si hubiera sido algún vejstorio, todavía mejor. No habría sabido qué son penas. ¡Pero no, se lió con un amante y parió, la desvergonzada! ¡Como si le hubiera escupido en la cara al mismo kan! Pues que lo pagara. ¡Que la colgaran de la giba de un camello! ¡Terminó tu juego, maja! La condena implacable de la voz popular era una continuación del iracundo tronar de los *dobulbasy*, para eso retumbaban los tambores de piel de buey,

tan insistentes y ensordecedores, para pasmar, para despertar el odio contra lo que odiaba el propio kan.

—¡Ahí está la sirvienta con el niño! ¡Mirad! —gritaban con gozo maligno las mujeres de los carros. Efectivamente, era la sirvienta Altun. Llevaba al recién nacido envuelto en unos harapos. Acompañada de un *zhasaulo* de mala catadura, acurrucada, mirando temerosa a su alrededor, Altun se dirigió al carro como confirmando con su carga la criminalidad de la bordadora, condenada a muerte.

Así las condujeron, era el aterrador espectáculo que precedía al suplicio. Dogulang comprendía que ahora ya no podía haber ninguna salida: ningún perdón, ninguna gracia.

En la *yurta*, de donde la habían sacado a rastras hacia el deshonor, había tenido tiempo de amamantar al bebé por última vez. Sin comprender nada, la desgraciada criatura chupaba con tesón sumido en un ligero sueño letárgico bajo el ruido de los tambores que iba calmándose de un modo insinuante. La sirvienta Altun estaba a su lado. Conteniendo el llanto, evitando los sollozos sonoros, se tapaba una y otra vez la boca con la palma de la mano. En aquellos momentos consiguieron intercambiar algunas palabras.

—¿Dónde está él? —murmuró suavemente Dogulang pasándose apresuradamente el niño de un pecho a otro, aunque comprendía que Altun no podía saber lo que ella misma no sabía.

—No lo sé —respondió ésta sumida en lágrimas—. Creo que lejos.

—¡Ojalá! ¡Ojalá! —suplicó Dogulang.

La sirvienta asintió amargamente con la cabeza. Ambas pensaban lo mismo: ojalá consiguiera el *sótnik* Erdene esconderse, huir al galope lo más lejos posible, desaparecer de la vista.

En la *yurta* oyeron pasos, voces:

—¡Venga, sacadlas! ¡Arrastradlas!

La bordadora estrechó por última vez al niño, inspiró tristemente su olor dulzón y lo entregó a la sirvienta con manos temblorosas:

—Cuida de él mientras viva...

—¡No pienses en esto! —una bola de lágrimas atragantó a Altun, que ya no pudo contenerse más. Se echó a llorar con fuerza y desesperación.

Entonces, los *zhasaulos* la arrastraron hacia el exterior.

El sol ya se había levantado en la estepa y colgaba sobre el horizonte. Sary-Ozeki extendía sus grandes llanuras esteparias por todas partes, más allá de las tropas y carros congregados, prestos para la marcha después de la ejecución de la bordadora. En una de las colinas brillaba el dorado palanquín del kan. Al salir de la *yurta*, Dogulang consiguió ver por el rabillo del ojo este palanquín en el que se sentaba el propio kan, inaccesible como Dios, y alrededor del palanquín ondeaban al viento de la estepa las banderas que bordara con sus manos, las banderas con dragones que escupían fuego.

Gengis Kan, sentado solemnemente bajo un baldaquín, lo di visaba todo perfectamente desde la colina: la estepa, el ejército, la gente de los carros. En las alturas, como siempre, flotaba sobre su cabeza la fiel nube blanca. Aquella mañana, la ejecución de la bordadora retrasaba la marcha. Pero era preciso hacer una cosa para proseguir la otra. La ejecución que iba a tener lugar no era la primera ni la última ejecución que presenciaba: los más diversos casos de desobediencia se castigaban por aquel procedimiento, y el kan se convencía cada vez más de que la ejecución pública era necesaria para someter al pueblo a un solo orden de cosas establecido por un personaje supremo, pues tanto el temor como la alegría ruin de que la muerte violenta no le alcanzara a él obligaba a los guerreros a considerar el terrible suplicio como la medida de castigo debida, y por lo tanto no sólo a justificar sino también a aprobar las acciones de la autoridad.

Y esta vez, también, cuando sacaron a la bordadora de la *yurta* y la obligaron a subir al carro para el deshonoroso recorrido, la gente se puso a zumbar y a rebullir como un enjambre. Pero en la cara de Gengis Kan no tembló un solo músculo. Estaba sentado bajo el baldaquín, rodeado de ondeantes banderas y de *kesegulos*, firmes junto a las astas como ídolos de piedra. El castigo anunciado se calculaba precisamente para esto: todo el mundo sabía que el mínimo obstáculo en el camino de la gran campaña de occidente era intolerable. En su fuero interno, el kan comprendía que habría podido no aplicar un castigo tan cruel a una mujer joven, a una madre, que habría podido perdonarla, pero no veía razón alguna para hacerlo: toda magnanimidad acaba siempre mal, el poder se debilita, los hombres se insolentan. Sí, no se arrepentía de nada, de lo único que estaba descontento era de no haber podido descubrir quién había sido el amante de la bordadora.

Mientras, la condenada a la horca recorría la formación de las tropas y los carros con la ropa desgarrada en el pecho y los cabellos en desorden: los negros y espesos mechones, que centelleaban al sol matutino con brillo de carbón, ocultaban su cara pálida y exangüe. Dogulang, sin embargo, no inclinaba la cabeza, miraba a su alrededor con una mirada ausente y afligida: ya no tenía que esconder nada a los demás. ¡Sí, aquí estaba la mujer que había amado a un hombre más que a su propia vida, aquí estaba su prohibido hijo, nacido de este amor! Pero la gente deseaba saber, y gritaba:

—Eh, yegua, ¿dónde está tu garañón? ¿Quién es?

Y autoexcitándose y encarnizándose bajo un subconsciente complejo de culpabilidad, la muchedumbre gritaba para librarse cuanto antes de este ruin pecado:

—¡Colgad a esta perra! ¡Colgadla inmediatamente! ¿A qué esperáis?

Los organizadores de la ejecución contaban seguramente con el furor de la multitud para quebrar el ánimo de la bordadora. Del séquito del kan se separó un jinete, uno de los *noiones*, un gallardo guerrero de voz penetrante, dispuesto por el kan para este menester. Galopó hacia la fúnebre comitiva: el carro con la bordadora condenada y la sirvienta que iba a su lado con el niño en brazos.

—A ver, alto —les detuvo, y dirigiéndose a las filas de jinetes gritó con voz fuerte —: ¡Escuchad todos! ¡Esta desvergonzada criatura debe confesar de quién parió al niño! ¡Con quién se lió! Dime, ¿se encuentra entre estos hombres el padre de tu hijo?

Dogulang respondió que no. Un vivo rumor recorrió las filas.

El carro avanzaba de escuadrón en escuadrón, y los *sótnik* se gritaban unos a otros:

—¡Entre los míos no está! ¿No estará en tu escuadrón ese listillo?

Al mismo tiempo, el de la voz penetrante exigía una y otra vez a la bordadora que le indicara quién era el padre del recién nacido.

Y de nuevo se detenía el carro ante un pelotón de jinetes, y de nuevo la pregunta:

—Señala, puta, al hombre de quien pariste.

En una de las formaciones se encontraba el *sótnik* Erdene sobre su estrellado corcel *Akzhuldús* al frente de un pelotón. Las miradas de Dogulang y de Erdene se encontraron. En medio del alboroto y el revuelo nadie prestó atención ni advirtió con qué dificultad separaban los ojos uno de otro, ni cómo temblaba Dogulang al apartar de su frente los desparramados cabellos, ni cómo se encendía instantáneamente su rostro para apagarse acto seguido. Sólo el propio Erdene pudo imaginarse lo que le costaba a Dogulang este instantáneo encuentro de sus ojos, qué alegría y qué dolor representaba para ella este momento. A la pregunta del *noion* de la voz penetrante, Dogulang, vuelta a la realidad, se dominó y respondió de nuevo con firmeza:

—¡No, aquí no está el padre de mi hijo!

Y, de nuevo, nadie prestó atención al *sótnik* Erdene, que dejó caer la cabeza, pero que al instante, con un esfuerzo de voluntad, se obligó a adoptar un aspecto imperturbable.

Los verdugos estaban preparados. Tres hombres vistiendo negras hopalandas con las mangas remangadas llevaron al centro de la colina a un dromedario tan enorme que un jinete montado en su silla sólo llegaba con la cabeza a la mitad del vientre del animal. A falta de bosque, en los espacios esteparios los nómadas recurrían de antiguo a este procedimiento de ejecución: colgaban a los condenados del espacio situado entre las dos gibas del dromedario, a pares en una misma cuerda, o bien con un contrapeso que solía ser un saco de arena. Este contrapeso estaba ya preparado para la bordadora Dogulang.

Con gritos y palos, los verdugos obligaron al dromedario, que bramaba irritado, a bajarse y a tenderse recogiendo bajo el cuerpo las largas y huesudas patas. La horca estaba preparada.

Revivieron los tambores retumbando ligeramente para tronar con fuerza en el momento necesario ensordeciendo y elevando el ánimo.

Y entonces, el *noion* de la voz penetrante se dirigió de nuevo a la bordadora, seguramente ya por regodeo:

—Te lo pregunto por última vez. ¡De todos modos vas a morir, puta tonta, y tu aborto tampoco va a vivir! ¿Cómo hemos de interpretarlo? ¿Es posible que no sepas

de quién quedaste preñada? Quizá, si te esfuerzas, puedas recordarlo.

—No recuerdo de quién. Fue hace tiempo, lejos de aquí —respondió la bordadora.

Rodó por la estepa la grave y grosera carcajada de los hombres y el maligno chillido de las mujeres.

El *noion* no se daba por satisfecho.

—¿Hemos de entender, por lo que dices, que te lo agenciaste en el mercado?

—¡Sí, fue en el mercado! —respondió Dogulang con aire de reto.

—¿Un mercader o un vagabundo? ¿O quizá se trataba de un ladrón de mercado?

—No sé si era un mercader, un vagabundo o un ladrón de mercado —repitió Dogulang.

Nuevo estallido de risas y chillidos.

—¡Qué importancia tiene para ella que fuera un mercader, un vagabundo o un ladrón, lo importante es que se ocupara de este asunto en un mercado!

Y entonces, inesperadamente, sonó una voz entre las filas de los guerreros. Alguien gritó con voz fuerte y sonora:

—¡Yo soy el padre del niño! ¡Sí, soy yo, por si queréis saberlo!

Todos se callaron al instante, todos quedaron petrificados: ¿Quién sería? ¿Quién respondía, en el último minuto, a la llamada de la muerte que se habría llevado el secreto no revelado de la bordadora?

Y todos quedaron impresionados: el *sótnik* Erdene salió de las filas espoleando su caballo de frente estrellada. Reteniendo a *Akzhuldús* en el sitio, se volvió sobre los estribos hacia la multitud y repitió con voz sonora:

—¡Sí, soy yo! ¡Este es mi hijo! ¡El nombre de mi hijo es Kunán! ¡La madre de mi hijo se llama Dogulang! ¡Soy el *sótnik* Erdene!

Con estas palabras, saltó del caballo a la vista de todos y dio un manotazo al cuello del animal, que se apartó de un salto. Quitándose las armas por el camino y echándolas a un lado apresuradamente, se dirigió a la bordadora, que aún retenían los verdugos por los brazos. Caminaba en medio de un completo silencio, y todos veían a un hombre que iba libremente a la muerte. Al llegar a su amada, preparada para la ejecución, el *sótnik* Erdene cayó de rodillas ante ella y la abrazó. Ella le puso una mano sobre la cabeza y ambos quedaron inmóviles, reunidos de nuevo ante la faz de la muerte.

En este mismo instante redoblaron los *dobulbasy*, redoblaron todos a la vez y retumbaron bramando insistentemente como un rebaño de bueyes alborotados. Los tambores rugían exigiendo la obediencia general y el éxtasis general de las pasiones. Y todos volvieron de pronto a la realidad, todo volvió a su cauce, sonaron unas órdenes: que todos estuvieran dispuestos para la marcha, para la campaña. Y los tambores proclamaban ¡Todos como un solo hombre, todos debían cumplir con su deber! Y los verdugos se pusieron inmediatamente manos a la obra. Tres *zhasaulos* se precipitaron en ayuda de los verdugos Derribaron al *sótnik* y le ataron rápidamente

las manos a la espalda, hicieron lo mismo con la bordadora, y los arrastraron hacia el dromedario acostado. Les colocaron acto seguido la cuerda común: un lazo para el *sótnik*, y el otro —pasando entre las gibas del dromedario— al cuello de la bordadora; con una prisa terrible, bajo el incesante tronar de los tambores, empezaron a levantar al dromedario. El animal no deseaba ponerse en pie, se rebelaba. Bramaba, enseñaba los dientes y los hacía chascar con ira. Sin embargo, los golpes y los palos le obligaron a poner en pie toda su enorme estatura. Y por los lados del dromedario colgaron de una sola cuerda, en medio de mortales convulsiones, aquellas dos personas que se habían amado verdaderamente hasta la tumba.

En medio del tumulto de los tambores no todos advirtieron que el palanquín del kan era retirado de la colina. El kan abandonaba el lugar de la ejecución, para él era suficiente; el castigo había conseguido su objetivo, es más, había superado las expectativas: al final se había descubierto al desconocido que poseyera a la bordadora, al que había puesto por encima de todo los placeres de la cama; había resultado ser un *sótnik*, uno de los *sótnik* se había descubierto al fin a los ojos de todo el mundo y había recibido el condigno castigo, quizá como desquite por aquel otro, por el antiguo desconocido en cuyos brazos estuviera en otro tiempo su Borte, madre de un primogénito que el kan odió en el fondo de su alma toda la vida...

Los tambores zumbaban, tronaban furiosa e insistentemente acompañando con su rumor el paso del dromedario con los cuerpos ahorcados de los amantes que compartían una sola cuerda atravesada entre las gibas del animal. El *sótnik* y la bordadora se bamboleaban inanimados en los flancos de la bestia de carga: eran la ofrenda al sangriento pedestal del futuro amo del mundo.

Los *dobulbasy* no callaban, helaban el alma, ensordecían y embotaban a todos, y cada uno pudo ver con sus propios ojos lo que habría podido sucederle si hubiera actuado contra la voluntad del kan, que marchaba indeclinablemente hacia su objetivo...

Los verdugos *zhasaulos* desfilaron con su dromedario —horca móvil— ante las tropas y los carros, y mientras enterraban los cuerpos de los ejecutados en una fosa abierta con antelación, los *dobulbasy* no callaban, sus servidores trabajaban con los rostros sudorosos.

Al propio tiempo, el ejército se había puesto en camino, y de nuevo la armada esteparia de Gengis Kan avanzaba hacia occidente. La horda a caballo, los carros, los rebaños conducidos como alimentación complementaria, los talleres sobre ruedas de los armeros y otros auxiliares, todos cuantos iban en la campaña, del primero al último, levantaron apresuradamente el campo y abandonaron con la misma prisa aquel lugar maldito de la estepa de Sary-Ozeki; todos se marcharon sin demora, y en el lugar abandonado sólo quedó un alma desconcertada que no sabía dónde meterse ni se atrevía a que recordaran su presencia: la sirvienta Altun con el niño en brazos. Todos la habían olvidado en un instante, todos se apartaban de ella como

avergonzándose de que aún existiera, y aparentaban no verla, huían de ella como de un incendio, tenían otras cosas que hacer.

Pronto se hizo el silencio a su alrededor, ya no había *dobulbasy*, ni arengas, ni banderas... Sólo las huellas de los cascos, y un camino de estiércol indicando la dirección de la campaña, un rastro que desaparecía en la estepa de Sary-Ozeki...

Abandonada por todos en medio de la soledad ensordece dora, la sirvienta Altun iba de un lado a otro recogiendo restos de alimentos chamuscados y abandonados en las hogueras de la víspera, almacenando en una bolsa, como reserva, algunos huesos medio roídos. Entre otras cosas, tropezó con una piel de oveja que alguien había olvidado. Altun se echó la piel sobre los hombros: serviría de yacija nocturna para ella y el niño, cuya madre ahora era ella a su pesar...

Verdaderamente, Altun no sabía qué hacer, qué camino tomar, cómo seguir adelante, dónde buscar cobijo ni cómo alimentar al niño. Mientras lució el sol todavía pudo esperar algún milagro: quizá le sonreiría la suerte, quizá de pronto encontraría algún alojamiento, la *yurta* de un pastor perdida en la estepa. Así pensaba, así intentaba darse esperanzas esta esclava que por descuido había recibido la libertad y una carga del destino en la que temía pensar. Ciertamente, el recién nacido no tardaría en tener hambre, exigiría leche y moriría de hambre ante sus ojos. Esto la aterrorizaba. Y era impotente para emprender cualquier acción.

En lo único —poco probable— que podía contar Altun era encontrar gente en la estepa, si tal gente existía en semejantes lugares desiertos; si había entre ellos una madre lactante, podía entregarle al niño y ofrecerse como esclava voluntaria...

La mujer erraba desconcertada por la estepa, caminaba al azar, unas veces a oriente, otras a occidente y otras de nuevo a oriente... Iba con el niño en brazos, sin descanso. La jornada se acercaba a mediodía cuando el niño empezó a agitarse cada vez más, a gimotear, a llorar, a pedir el pecho... La mujer le cambió los pañales y siguió adelante acunándolo durante la marcha. Pero pronto el niño se echó a llorar con más fuerza, y ya no se calmaba, lloraba hasta ponerse azul, y entonces Altun se detuvo y gritó desesperada:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¿Qué voy a hacer ahora?

En todo el espacio estepario visible no había el más leve humo, la más leve luz. La estepa se extendía a su alrededor, desierta, el ojo no encontraba en qué detenerse... Una estepa sin límites y un cielo sin límites, sólo una pequeña nube blanca girando suavemente sobre sus cabezas...

El niño se retorció en su llanto. Altun empezó a implorarlo y a lamentarse:

—¡Pero bueno, qué quieres de mí, desgraciado! ¡Si no tienes más que siete días! Apareciste en este mundo para tu desgracia... ¿Qué puedo darte para comer, huerfanito? ¿No ves que a tu alrededor no hay un alma? Sólo tú y yo en todo el mundo, sólo tú y yo, desdichados, y sólo una nubecilla blanca en el cielo, ni siquiera algún pájaro, sólo revolotea una nube blanca... ¿Dónde vamos a ir? ¿Con qué te voy a alimentar? Estamos solos, abandonados, tus padres han sido ahorcados y

enterrados. ¿Dónde van los hombres con su guerra, por qué la fuerza lucha contra la fuerza con banderas y tambores, qué gana la gente haciéndote desgraciado a ti, que eres un recién nacido?

Altun corrió de nuevo por la estepa estrechando fuertemente al lloroso bebé. Corría para no estar inmóvil, para no estar inactiva, para no deshacerse en vida, de tanto dolor... Y el pequeño no comprendía, se atragantaba en su llanto, exigía lo suyo, exigía la tibia leche materna. Presa de desesperación, Altun se sentó en una piedra, se arrancó el cuello del vestido con lágrimas e ira, y le dio su propio pecho, ya viejo, que nunca conociera niño alguno.

—¡Anda, toma! ¡Convéncete! ¡De haber algo para comer, crees que no te dejaría chupar leche, huérfano desgraciado! ¡Anda, convéncete! ¡Quizá me creas y dejes de atormentarme! ¡Pero qué digo! ¡A quién se lo digo! ¡Qué te importan mis palabras, tontín! ¡Oh, Cielo, qué castigo me has deparado!

El niño calló al instante apenas se apoderó del pecho, adaptó todo su ser a la esperada felicidad, empezó a trabajar y a poner en juego las encías abriendo y cerrando al mismo tiempo los ojitos que resplandecían de gozo.

—¿Y ahora qué? —reprochó la mujer al pequeño sin ira, con cansancio—. ¿Te has convencido? ¿Te has convencido de que chupas sin resultado? La verdad es que ahora vas a llorar mucho más que antes. ¿Y qué haré entonces contigo en esta maldita estepa? Dirás que es un engaño, pero ¿crees que te habría engañado por gusto? He sido esclava toda la vida y nunca he engañado a nadie, mi madre ya me lo decía en la infancia, decía que en China, nosotros, los de nuestra estirpe, nunca engañamos a nadie. Anda, anda, diviértete un poco, pronto sabrás la amarga verdad...

Hablando así, la sirvienta Altun se preparaba para su amargo destino, pero el bebé no parecía tener intención de renunciar al pecho vacío, al contrario, en su diminuta cara se reflejaba una expresión de beatitud...

Altun sacó cuidadosamente el pezón de la boca del pequeño y lanzó una muda exclamación cuando le salpicó un chorrito de leche blanca. Impresionada, dio de nuevo el pecho al niño, volvió a sacar el pezón y otra vez vio la leche. ¡Tenía leche! Ahora sentía claramente la afluencia de cierta fuerza en todo su cuerpo.

—¡Oh, Dios! —exclamó involuntariamente la sirvienta Altun—. ¡Tengo leche! ¡Leche auténtica! ¡Lo oyes, pequeñín, voy a ser tu madre! ¡Ahora no perecerás! ¡El Cielo nos ha escuchado, eres mi niño martirizado! Tu nombre es Kunán, así te llamaban tus padres, tu padre y tu madre, que se amaron uno a otro para sacarte a la luz y morir por ello. Agradéceselo, niño, a Aquel que ha hecho este milagro: darme leche para ti...

Impresionada por lo sucedido, Altun guardó silencio, hacía calor, el sudor apareció en su frente. Al mirar a su alrededor no observó ni vio nada en aquel espacio sin límites, ni un alma, ni una criatura viviente, sólo el reluciente sol y una solitaria nube blanca que giraba sobre su cabeza.

El bebé se durmió saciando el apetito y paladeando la leche, su cuerpecito se relajó y descansó confiado en el brazo semiarqueado de la mujer. Su respiración era uniforme, y Altun, olvidando cuanto había padecido y venciendo el implacable ruido de los *dobulbasy* que todavía zumbaba en sus oídos, se entregó a la dulce sensación —antes desconocida— de la madre lactante, descubriendo con ello cierta feliz unidad entre la tierra, el cielo y la leche...

Mientras, la campaña continuaba... El gran ejército de la estepa, del conquistador del mundo, avanzaba cada vez más hacia occidente llevando la marcha prevista. Ejército, carros, *yurtas*...

Acompañado de la escolta, del séquito y de los abanderados, portadores de ondeantes estandartes en los que figuraban dragones furiosos bordados en seda y escupiendo fuego, avanzaba Gengis Kan montado en su invariable e incansable caballo amblador, de un pelaje que asombraba como el destino mismo: crines blancas y cola negra.

La tierra se deslizaba para atrás crepitando bajo los duros cascos del amblador, la tierra corría para atrás, pero el espacio no disminuía, se extendía continuamente en forma de nuevos y nuevos espacios hasta un horizonte nunca alcanzable. Y no había fin ni límite. Aunque no era más que un granito de arena comparado con la infinitud y grandeza de la tierra, el kan codiciaba poseer todo cuanto era visible e invisible, conseguir que se le reconociera como Soberano de los Cuatro Puntos Cardinales. Por eso iba a la conquista y conducía a su ejército en la campaña...

El kan era severo y taciturno. Por lo demás, así debía ser. Pero nadie suponía lo que estaba pasando en su alma. Tampoco nadie comprendió nada cuando de pronto sucedió algo completamente inesperado: el kan hizo dar súbitamente la vuelta a su caballo en un giro completo hasta ponerlo en dirección contraria, y el giro fue tan redondo que quienes le seguían apresuradamente a punto estuvieron de tropezar con él, y justo pudieron desviarse a un lado. El kan observó inquieta y vanamente los cielos colocándose la temblorosa mano sobre los ojos: no, no se había retrasado, la nube blanca no se había rezagado por el camino, no estaba delante ni detrás...

Tan inesperadamente había desaparecido la nube blanca que invariablemente le acompañaba. Aquel día no volvió a aparecer, ni a la mañana siguiente ni a los diez días. La nube había abandonado al kan.

Al llegar al Itil, Gengis Kan comprendió que el Cielo le había vuelto la espalda. No siguió adelante. Envío a sus hijos y a sus nietos a la conquista de Europa, y él se volvió a Ordos para morir allí y ser enterrado no se sabe dónde...

En estas tierras, los trenes van de oriente a occidente y de occidente a oriente...

A mediados de febrero de 1953, entre los trenes de pasajeros que atravesaban la estepa de Sary-Ozeki de oriente a occidente pasó uno con un vagón especial

complementario a la cabeza del convoy. Este vagón sin número, enganchado inmediatamente después del de equipajes, no se diferenciaba de los demás por su aspecto externo, pero sólo por su aspecto interno. Una parte del vagón especial era el departamento de correos, y la otra mitad, separada a cal y canto del bloque postal, servía de celda —incomunicada, ferroviaria y judicial— para aquellos individuos que suscitaban el interés especial de los órganos de seguridad del Estado. Esta vez, el individuo en cuestión —gracias al sumario imaginado por Tansykbáyev, juez superior de uno de los distritos operativos de la seguridad del Estado— resultaba ser Abutalip Kuttybáyev. Era él a quien llevaban en el departamento-celda en compañía del propio Tansykbáyev y de una fuerte escolta. Lo llevaban para unos careos en otras ciudades.

Tansykbáyev se mostraba incansable en la consecución del objetivo propuesto: los interrogatorios continuaban durante el camino. Su tarea consistía en descubrir paso a paso la red subversiva creada por los servicios especiales enemigos utilizando a quienes habían huido del cautiverio alemán en circunstancias sospechosas, habían estado en Yugoslavia y habían entrado allí en contacto no sólo con los futuros revisionistas yugoslavos sino también con el espionaje inglés. Era indispensable descubrir a los enemigos de la Unión Soviética, a los que habían reclutado y escondido hasta el momento oportuno, y sólo podía hacerse mediante incansables interrogatorios, confrontación de declaraciones, pruebas directas e indirectas, y sobre todo mediante el triunfo rey de la investigación: la confesión completa de los acusados y el arrepentimiento de sus actos.

La primera fase ya se había llevado a cabo: en el curso de los interrogatorios, Abutalip Kuttybáyev había recordado cerca de una decena de nombres de prisioneros de guerra que habían luchado en Yugoslavia; al comprobarlo, resultó que la mayoría de ellos vivían sanos y salvos en diferentes puntos del país. Aquellos hombres habían sido arrestados, y a su vez, habían dado otros muchos nombres durante los interrogatorios, completando considerablemente la lista de los traidores yugoslavos. En una palabra, el sumario se recubría de carne viva y llegaba a una fase muy seria con la bendición de las autoridades superiores. Estas eran de la opinión que la profiláctica de descubrir elementos enemigos nunca es perjudicial. Sobre el fondo del conflicto internacional que había estallado con el Partido Comunista Yugoslavo, de la traición de Tito y del anatema ideológico del propio Stalin, en caso de obtener un éxito, éste podía resultar muy provechoso y prometía una «gran cosecha» no sólo al iniciador del proceso, a Tansykbáyev, sino también a muchos de sus colegas de otras ciudades que habían puesto de manifiesto un celo extraordinario, todos por el mismo motivo: deseaban aprovechar la situación para promocionarse. De ahí la coordinación de las actuaciones. En todo caso, en capitales de distrito como Chkállov (antes Orenburg), Kuíbyshév o Sarátov, donde debían llevar a Abutalip Kuttybáyev para careos e interrogatorios cruzados, la llegada de Tansykbáyev era esperada con impaciencia.

Tansykbáyev no perdía el tiempo, le gustaba poner ritmo y energía en el trabajo. No le pasó por alto cómo había influido sobre el acusado abandonar el lugar de reclusión, con qué dolor y tristeza contemplaba a través de las rejas los poblados cercanos a las estaciones que pasaban ante la ventanilla. Tansykbáyev comprendió lo que ocurría en el alma de Kuttybáyev, y en lo posible intentó convencerle, empleando un tono confidencial, de que él, el juez, no le deseaba mal alguno, pues suponía que la culpa del propio Kuttybáyev no era tan grande como eso, que estaba claro, naturalmente, que el espía no era él, Abutalip Kuttybáyev, ni tampoco el jefe de la red de espionaje que los servicios especiales reservaban para el caso de una situación de emergencia en el país, y que si Kuttybáyev ayudaba a los investigadores a descubrir al espía-jefe, y sobre todo a desenmascararlo férreamente en un careo, podría aliviar su suerte. Y no poco. Sin darse cuenta, en cinco o siete años volvería a la familia y a los niños. En cualquier caso, si colaboraba en el curso objetivo de la investigación, evitaría la medida extrema de castigo —el fusilamiento—, y por el contrario, cuanto más quisiera obstinarse, enmarañar el asunto, ocultar la verdad a los órganos de represión, tanto peor para él, tanto mayor sería la desgracia que causara a su familia. Podría suceder que del juicio a puerta cerrada saliera incluso la horca...

Otra carta de triunfo en manos de Tansykbáyev consistía en lo que había sugerido al acusado: si colaboraba, sus notas sobre las leyendas de Sary-Ozeki —especialmente «La leyenda del *mankurt*» y «El castigo de Sary-Ozeki»— no serían incluidas en el sumario; por el contrario, si Abutalip no colaboraba, Tansykbáyev propondría al tribunal que considerara los textos escritos por él como una velada propaganda de la antigüedad nacionalista. «La leyenda del *mankurt*» era una llamada al renacimiento de la inútil y olvidada lengua de los antepasados, y una resistencia a la asimilación de la nación, mientras que «El castigo de Sary-Ozeki» era la condena de un poder fuerte, la subversión de la primacía de los intereses del Estado sobre los intereses de la personalidad, la compasión por el podrido individualismo burgués, la condena de la línea general de la colectivización, es decir, de la sumisión del colectivo a un objetivo común, y esto quedaba a un paso de la percepción negativa del socialismo. Como se sabe, cualquier infracción de los principios e intereses socialistas se castigaba severamente... No en vano se castigaba con diez años de campo de concentración a quienes, sin permiso, recogían una espiga del campo colectivo. ¡No hablemos ya del que recogiera «espigas» ideológicas! A éste, la sentencia del tribunal podía aplicar condenas complementarias a tenor de un artículo complementario. Para mayor persuasión, Tansykbáyev leyó en voz alta, varias veces, sus precisas consideraciones sobre los textos de Sary-Ozeki, que no por casualidad habían sido —como subrayaba cada vez— la primera señal para el arresto de Kuttybáyev y la apertura del sumario.

Hacía dos días que el tren estaba en marcha. Y cuanto más se acercaba a Sary-Ozeki más grande era la inquietud de Abutalip al contemplar los espacios en movimiento por la ventanilla enrejada. En las horas libres de interrogatorio, después

de los duros aleccionamientos y las furiosas amenazas, podía quedarse a solas consigo mismo encerrado en su departamento-celda recubierto de plancha de hierro. Aquello también era una cárcel, como el semisótano de Alma-Atá, aquí la ventanilla también estaba enrejada y no menos sólidamente que allí, aquí el ojo duro del celador también observaba por la mirilla, mas pese a todo había el movimiento del camino, el lugar cambiaba, y finalmente, aquí estaba libre de la cruel luz del techo que le cegaba todo el día, y sobre todo, aquí acariciaba una esperanza que le hería el alma incesantemente, ora encendiéndose ora apagándose: la esperanza de ver aunque fuera un instante a su mujer y a sus hijos en el apartadero de Boranly-Buránnny. En realidad, en todo este tiempo no había podido enviarles una sola carta, una sola noticia, y de ellos no había recibido una sola línea.

Estas esperanzas e inquietudes llenaban el alma de Abutalip desde que le llevaron, en coche celular cerrado, a la estación de salidas de Alma-Atá y le metieron en el vagón especial, en un departamento bajo vigilancia. Apenas comprendió, por el curso del movimiento, que el tren iba en dirección a Sary-Ozeki, su alma empezó a gemir y a lamentarse con nueva fuerza: si pudiera ver, aunque fuera por el rabillo del ojo, aunque fuera por un instante, a los niños, a Zaripa. Le daba igual lo que pasara después con tal de poder ver, observar, de pasada...

Los añoraba hasta tal punto que no podía pensar en ninguna otra cosa, sólo rezaba a Dios que el tren pasara por Boranly-Buránnny de día, que no fuera de noche, que no fuera en la oscuridad, y que el tren cruzara el apartadero necesariamente cuando Zaripa y los niños estuvieran a la vista y no entre las paredes de la barraca.

Esto era todo lo que le pedía al destino. Era poco, y era mucho. Pero, pensándolo bien, qué le costaba realmente al azar disponerlo así y no de otra manera, por qué los niños y Zaripa no habían de encontrarse en aquel momento al aire libre; los niños podrían jugar a sus juegos, Zaripa podría colgar la ropa de una cuerda y volver la cabeza en mitad de su trabajo para ver el tren que pasaba, mientras que los niños podrían quedarse inmóviles en su sitio mirando las luces de los vagones que pasaban fugazmente. Y podía ocurrir algo que sucedía raramente, pero que sucedía: ¡El tren se detenía en el apartadero algunos minutos! Y en este punto, el alma de Abutalip se deshacía en pedazos: deseaba que aquella felicidad se convirtiera de pronto en realidad, pero mejor que no, no podría soportar la terrible prueba, se moriría, y además le daban lástima los niños: qué sentirían al ver a su padre tras la ventana enrejada, cómo se echarían a llorar... No, no, era mejor no verse...

Y para fortalecerse, para convencer y conjurar al destino a ser benévolo, para que se cumplieran aquellas cosas que deseaba, empezaba una y otra vez a calcular y a contar —orientándose por algunas señales ferroviarias y por las estaciones del camino— las diferentes variantes del avance del tren: era importante establecer en qué parte del día pasarían por el apartadero Boranly-Buránnny de Sary-Ozeki. Sin embargo, las dudas y las inquietudes no le abandonaban ni siquiera cuando los cálculos eran favorables, pues el tren podía demorarse, salirse del horario, retrasarse,

lo que a menudo sucedía en invierno durante las grandes nevadas. Lo más desagradable sería que el tren atravesara el apartadero de noche, cuando Zaripa y los niños durmieran sin sospechar que su padre pasaba por su lado a unas decenas de metros de la casa. Esta probabilidad no se podía excluir, y Abutalip sufría aún más al reconocer su total indefensión, su completa dependencia del azar.

Abutalip temía también, y rogaba a Dios que le librara de esta desgracia, que el juez Tansykbáyev, de ojos de halcón, le llamara al interrogatorio de turno precisamente en el momento en que atravesaran el apartadero de Boranly-Buráunny.

Cuántos obstáculos y peligros se oponían del modo más maligno al deseo de un hombre que sólo anhelaba ver fugazmente a sus seres queridos: era el precio de la privación de libertad, y solamente una cosa le alegraba y le infundía la esperanza de que tendría suerte: la ventanilla de la celda estaba a la derecha en el sentido de la marcha, precisamente del lado en que se alzaba la barraca ferroviaria del apartadero de Boranly-Buráunny.

Todos estos pensamientos, temores y dudas arrastraban a Abutalip hacia un remolino de sufrimientos y le distraían de su propio destino; ahora estaba completamente inmerso en una tensa espera, ya no pensaba en sí mismo, ya no deseaba comprender la razón de lo que estaba sucediendo, ya no se daba cuenta de la amenaza que representaban las monstruosas acusaciones presentadas contra él, levantadas contra él por el juez Tansykbáyev, que exigía confesiones sistemáticamente, que iba consiguiendo fanática y cínicamente el objetivo propuesto: descubrir la red de espionaje enemigo que se había fabricado él mismo pero que decía que existía en reserva desde los años de la guerra, descubrirla para liquidarla y defender así la seguridad del Estado.

Ni Dios ni Satán fiscalizaban la labor de Tansykbáyev, y éste todo lo calculaba y determinaba como Dios y Satán, sólo faltaba actuar. Con este fin, trasladaba a Abutalip Kuttybáyev en el departamento celular para enfrentarlo a unos careos y poner los últimos puntos sobre las «íes».

Por su parte, Abutalip sólo rogaba a Dios una cosa: que nada le impidiera ver por la ventanilla del vagón, aunque sólo fuera un instante, a sus hijos Ermek y Daúl, que pudiera ver a Zaripa por última vez, para siempre. No le pedía ya más a la vida. ¡Comprendía, en secreto, amargamente, que así estaba escrito desde que naciera! Que éste sería el último instante de felicidad, que no volvería más a la familia, pues aquello de que lo inculpaba Tansykbáyev —ante el que se encontraba absolutamente indefenso y sin derecho alguno, y por lo tanto igualmente indefenso y sin derechos ante el todopoderoso régimen— no podía amenazar más que con la muerte en un campo de concentración; sería más tarde o más temprano, pero sería la muerte. Abutalip llegó a una conclusión inevitable: era una víctima condenada en manos de Tansykbáyev. A su vez, Tansykbáyev no era más que un pequeño tornillo de aquel absurdo sistema represivo en continuo perfeccionamiento, de un sistema destinado a

luchar incesantemente contra los enemigos que intentaban detener el movimiento mundial del socialismo impidiendo el triunfo del comunismo en la tierra.

Cuando esta formulación mágica se aplicaba a cualquiera en forma de acusación, ya no había camino de regreso. Sólo podía enjugarse con algún castigo: el fusilamiento, la privación de libertad por veinte años, por quince, por diez. Otra salida no estaba prevista. En semejantes casos, nadie esperaba otra salida. Tanto la víctima como el represor comprendían igualmente que, una vez en vigor la formulación mágica, no sólo quedaba justificado el represor sino más aún, quedaba obligado a recurrir a cualquier medio para extirpar a los enemigos; el represaliado, por su parte, era entregado como víctima propiciatoria al sangriento Moloch que aniquilaba todo pensamiento discorde, y quedaba obligado a reconocer que su perdición era una congruente necesidad.

Y así había sido. El tren se deslizaba por la estepa de Sary-Ozeki, las ruedas giraban, Tansykbáyev y su acusado iban en el mismo vagón para hacer en común — cada uno a su manera— todo lo necesario en bien de la causa trabajadora: desenmascarar una vez más a los enemigos ideológicos ocultos, sin lo cual el socialismo sería impensable, se desharía por sí mismo, se agotaría en la conciencia de las masas. Por ello era indispensable luchar continuamente contra alguien, desenmascarar a alguien, liquidar a alguien...

Y el tren seguía en marcha. Abutalip no podía cambiar su destino de ninguna manera, de ningún modo, y había aceptado forzosamente su amarga suerte como un mal inevitable. Ahora aceptaba lo sucedido tan sumisa y desesperanzadamente como dolorosa y desesperadamente se resistiera al principio. Cada vez estaba más convencido de que aunque se le concediera nacer de nuevo tampoco dejaría de tropezar con la fuerza impersonal e inhumana que estaba detrás de Tansykbáyev. Esta fuerza era mucho más terrible que la guerra y mucho más terrible que el cautiverio, pues era un mal que no tenía plazo, un mal que duraba, quizá, desde la creación del mundo. Posiblemente, Abutalip Kuttybáyev, modesto maestro de escuela, era uno de aquellos individuos del género humano que pagan la prolongada languidez ociosa del diablo en los espacios del universo a la espera de que, en medio de todas las criaturas terrestres, aparezca un hombre que se alíe inmediatamente con él en el culto al triunfo del mal, de día en día y de siglo en siglo. Sí, sólo el hombre puede ser tan celoso portador del mal. Para Abutalip, Tansykbáyev era, en este sentido, el primigenio portador demoníaco. Por ello viajaban en un mismo tren, en un mismo departamento especial, por un mismo asunto extremadamente importante.

Cuando, en diferentes estaciones, los colegas locales de Tansykbáyev venían a saludarle y le traían —quién por amistad, quién por norma del servicio— toda clase de comida y bebida para el viaje, Abutalip incluso se alegraba: así le quedaba menos tiempo para martirizarle con interrogatorios. Que se regalara durante el viaje. En la estación de Kyzyl-Ordá, los colegas dispensaron a Tansykbáyev una acogida especialmente alegre: trajeron al vagón un plato humeante cubierto con una toalla

blanca. Los guardias, que también tomaban parte en el convite, iban y venían por el pasillo, tras la puerta: «¡*Kasi kabirga!* —dijo uno de ellos a media voz, satisfecho—. ¡Qué aroma! En la ciudad no hay nada semejante. ¡Es carne de la estepa!».

Por el borde de la ventanilla enrejada, Abutalip vio a Tansykbáyev cuando salía a despedirse al andén con la guerrera echada sobre los hombros. Los hombres formaban círculo, robustos, bien cebados, seleccionados, con gorras de astracán y caras resplandecientes de rojas mejillas, sonrientes, gesticulando animadamente y soltando la carcajada al unísono —posiblemente con motivo de un chiste— mientras sus bocas vertían un ardiente vapor en el aire helado y los tacones crujían, seguramente, sobre la fina capa de nieve. La policía, siempre alerta, no permitía el acceso a aquella parte, a la cabeza del convoy, pero junto al vagón especial estaban ellos, los amigos de Tansykbáyev, solos, contentos, seguros, felices, y a nadie le importaba que cerca de allí, en el departamento celular, languidciera un hombre encarcelado gracias a sus esfuerzos, un hombre que no era un ladrón, ni un violador, ni un asesino, sino por el contrario un hombre honrado y decente que había sufrido la guerra y el cautiverio, y no había profesado otra fe que la del amor a sus hijos y a su esposa, y que veía en este amor el sentido principal de su vida. Pero necesitaban tener encerrado precisamente a ese hombre —que no formaba parte de ningún partido del mundo y que por ello no juraba nada ni confesaba nada— para que el pueblo trabajador pudiera vivir feliz...

Después de Kyzyl-Ordá vinieron los lugares conocidos y queridos. Caía la tarde. Zigzagueando lentamente por los nevados valles brillaba el Syr-Daria, y pronto, ya en la puesta del sol, se divisó en medio de la estepa el mar de Aral. Al principio, el mar daba razón de su existencia con algún recoveco lleno de juncos, con el borde lejano del agua limpia, con alguna islilla, pero pronto Abutalip vio las olas sobre la arena húmeda casi junto al ferrocarril. Era sorprendente ver todo esto en un solo instante: la nieve, la arena, las piedras de la orilla, el mar azul bajo el viento, un rebaño de camellos pardos en una península pedregosa, y todo esto bajo un cielo muy alto con las dispersas manchas blancas de las nubes.

Abutalip recordó que Burani Yediguéi era natural del mar de Aral, que Kazangap recibía paquetes de pescado curado del mar de Aral —que tanto les gustaba— enviado por pescadores conocidos a través de los conductores de los trenes de mercancías, y sintió inquietantes punzadas y dolores en su corazón: no que daba ya mucho hasta el apartadero de Boranly-Buránnny, sólo una noche de viaje; alrededor de las diez de la mañana, o un poco más tarde, el tren de pasajeros, con el vagón especial en cabeza del convoy, silbaría al pasar velozmente junto a las casi tas de Boranly, arañadas por los vientos, junto a los cobertizos y corrales de camellos vallados con punzante ramaje, dejaría tras de sí un camino que huía veloz y desaparecería de la vista. Llegaría y se marcharía. Con tantos trenes como pasaban de oriente a occidente y de occidente a oriente, ¿le sugeriría el corazón a Zariipa que Abutalip pasaba por allí aquella mañana en dirección a occidente, en el departamento celular del vagón

especial? ¿Sentirían los niños en su alma algo inexplicable y alarmante que les impulsaría a contemplar, en aquella hora precisa, el tren que pasaba? Oh Creador, ¿por qué la gente ha de vivir tan dura y amargamente? El sol de febrero ya se eclipsaba, se apagaba a lo lejos como una fría franja de púrpura rojiza entre el cielo y la tierra, empezaba a anochecer y a extenderse gradualmente la noche invernal. Se diluían en el crepúsculo las visiones fugaces, se encendían las luces de las estaciones. Y el tren se abría camino serpenteando hacia las profundidades de la noche esteparia...

Abutalip Kuttybáyev estaba inquieto, no podía dormir. Encerrado en el departamento forrado de chapa, se sentía nervioso, iba de un rincón a otro, suspiraba, y una y otra vez pedía ir al retrete sin necesidad, provocando la irritación del vigilante. Éste ya le había avisado varias veces entreabriendo la portezuela del departamento:

—¿Qué agitación es ésa, detenido? ¡No está permitido! ¡Siéntate pacíficamente!

Pero Abutalip no era capaz de tranquilizarse, y al final suplicó al guardia:

—Oye, centinela, te lo ruego, dame algo para dormir o me moriré. ¡Palabra de honor! ¿De qué os serviré muerto? Dile a tu jefe de qué le voy a servir muerto. ¡De verdad, no puedo dormir!

Por extraño que parezca (el motivo de tal solicitud lo comprendió Abutalip a la mañana siguiente), el vigilante fue al departamento de Tansykbáyev y trajo dos tabletas de somnífero, y sólo entonces, después de tomarlas, Abutalip se aletargó en mitad de la noche, aunque no consiguió conciliar un verdadero sueño. Bajo el monótono golpeteo de las ruedas y el zumbido del viento en el exterior, figurábase en su duermevela que corría delante de la locomotora, que corría hasta no poder más, jadeando roncamente, temeroso de caer bajo las ruedas, mientras el tren volaba tras él a todo vapor. Aquella noche loca corría de tal modo por las traviesas, delante de la locomotora, que no parecía un sueño, tan terrible y verosímil era. Quería beber, tenía la garganta seca. Y la locomotora le perseguía iluminando con los faros ardientes el camino que tenía por delante. Corría entre los raíles mirando tensamente la ventisca que le rodeaba, echando ojeadas a los lados, clamando, llamando lastimeramente: «Zaripa, Daúl, Ermek, ¿dónde estáis? ¡Corred a mí! ¡Soy yo, vuestro padre! ¿Dónde estáis? ¡Responded!». Nadie respondía. Por delante la furia de las oscuras tinieblas; por detrás, le daba alcance la retumbante locomotora, dispuesta a destrozarlo y aplastarlo; y no tenía fuerzas para escapar, para ocultarse de la locomotora que le perseguía, cada vez más cerca, pisándole los talones... Y esto empeoraba su estado: el miedo y la desesperación aherrojaban sus movimientos, las piernas le desobedecían, la respiración se le cortaba...

Por la mañana temprano, Abutalip, pálido y abotagado, estaba ya junto a la ventanilla enrejada contemplando la estepa con la chaqueta acolchada sobre los hombros. Fuera, todo estaba aún frío y oscuro, pero la tierra iba aclarándose gradualmente, la mañana cobraba fuerza.

El día prometía ser nuboso, posiblemente con nieve, aunque en el cielo se veían algunos claros...

Sí, habían llegado ya a las tierras de Sary-Ozeki, nevadas en invierno, cubiertas de montones de nieve, pero que el ojo atento podía reconocer por sus perfiles — colinas, barrancos, poblados, los primeros humos sobre los tejados— conocidos por viajes anteriores. Aquellos techos ajenos, con humo invernal saliendo por las chimeneas, le parecían familiares. Pronto debía llegar la estación de Kumbel, y de allí, en unas tres horas, el apartadero de Boranly-Buránný. Podía decirse que estaba muy cerca; hasta aquí, hasta estos lugares, viajaban Yediguéi y Kazangap en camello cuando era necesario: funerales, bodas... En esta hora temprana, por ejemplo, alguien iba montado en un camello pardo con una gran gorra de pieles, un gran gorro de orejeras de piel de zorra, y Abutalip se pegó a la reja: y si fuera alguno de los suyos... ¿Y si, por alguna razón, Yediguéi se encontrara allí con su *Karanar*? No le costaría nada recorrer un centenar de kilómetros en su poderoso camello, que corría como deben de correr las jirafas en algún lugar de África...

Sin darse cuenta, Abutalip cedió a las exigencias de su estado de ánimo y empezó a prepararse como si debiera bajar del tren. Se calzó las botas un par de veces, se enrolló incluso las bandas de los pies, recogió las cosas en la mochila. Y se dispuso a esperar. Pero no podía quedarse sentado: consiguió que la escolta le permitiera lavarse en el retrete antes de la hora establecida, y de nuevo, al volver al departamento, no sabía en qué ocuparse.

El tren corría por las estepas de Sary-Ozeki... Abutalip permanecía sentado con las manos juntas, estrechadas entre las rodillas, intentando calmarse. Sólo de vez en cuando se permitía mirar por la ventanilla.

En la estación de Kumbel el tren hizo una parada de siete minutos. Allí todo era familiar. Incluso los trenes de mercancías y de pasajeros que se cruzaban con el suyo en las vías de esta estación, y que luego partían en diferentes direcciones, le parecían queridos y familiares, pues hacía poco que habían pasado por Boranly-Buránný, donde vivían sus hijos y su esposa. Eso bastaba para que amara aun a los objetos inanimados.

Mas he aquí que su tren se puso de nuevo en camino, y mientras iba a lo largo del andén, mientras salía de los límites de la estación, Abutalip tuvo tiempo de contemplar las caras de los habitantes del lugar, que le parecían conocidas. Sí, sí, no había duda que los conocía, que conocía a estos habitantes de Kumbel que acababa de ver, sí, y ellos con toda seguridad conocían a los antiguos habitantes de Boranly, a Kazangap, a Yediguéi y a sus hijos, pues el hijo de Kazangap, Sabitzhán, había sido alumno de la escuela local y ahora estudiaba en el instituto...

Dejando atrás las vías de la estación, el tren iba adquiriendo velocidad y corría cada vez más deprisa. Abutalip recordó el día que estuvo allí con los críos en busca de sandías, el que fue en busca del árbol de Año Nuevo y por otros diversos asuntos...

Casi no tocó la comida que le dieron por la mañana. Pensaba continuamente que faltaba muy poco para llegar al apartadero de Boranly-Buránnny, un par de horas y pico, y temía que nevara, que se levantara la ventisca, y entonces Zaripa y los niños estarían en casa, y naturalmente no los vería ni siquiera de lejos...

«Dios mío —pensaba Abutalip—, déjate de nieve por esta vez. Espera un poco. Tiempo tendrás después para ello. ¿Me oyes? ¡Te lo suplico!» Hecho un ovillo, embutiendo las manos juntas entre las rodillas, Abutalip intentaba concentrarse, hacer acopio de paciencia, recluirse en su interior para no obstaculizar su petición, para esperar lo que había pedido al destino: ver por la ventanilla del vagón a su esposa y a sus hijos. Y si ellos pudieran verle... Por la mañana, cuando se lavaba en el retrete con un guardia tras la puerta, se había mirado en el verdoso espejo colocado encima de la pila y había advertido que estaba pálido y amarillo como un difunto, ni en el cautiverio estuvo tan amarillo, y tenía canas, y sus ojos ya no eran los mismos, estaban apagados de dolor, y profundas arrugas rayaban su frente... Y en realidad, no cabía pensar aún en la vejez... Si le vieran sus hijos Daúl y Ermek, o su esposa Zaripa, difícilmente lo reconocerían, se asustarían, quizá. Pero luego con toda seguridad se alegrarían, y le bastaría volver con la familia, encontrar la paz junto a los niños y la esposa, para volver a ser de nuevo como antes...

Mientras pensaba en estas cosas, Abutalip iba mirando por la ventanilla. De nuevo un lugar conocido: unas colinas con una depresión en medio. En otro tiempo había soñado con ir allí con los niños de Boranly, para que se hartaran de correr de colina a colina, como de ola en ola, chillando alegremente.

En aquel momento retumbó con decisión la llave de la puerta del departamento celular, se abrió de par en par, y en el umbral aparecieron dos guardianes.

—¡Ven al interrogatorio! —ordenó el de más autoridad.

—¿Cómo al interrogatorio? ¿Para qué? —se le escapó a Abutalip involuntariamente.

Uno de los guardias, perplejo, incluso se acercó a él: no fuera que estuviera enfermo:

—¿Qué significa «para qué»? ¿No lo comprendes? ¡Que vengas al interrogatorio!

Abutalip, desesperado, bajó la cabeza. Se habría precipitado por la ventanilla sin reflexionar, la habría roto como una piedra lanzándose hacia fuera, pero en la ventana había una reja... tuvo que someterse. Era evidente que no vería, pegado a la ventana, lo que tanto ansiaba ver. Abutalip se levantó lentamente como el hombre que lleva una pesada carga y, acompañado por el guardia, fue al departamento de Tansykbáýev como quien va a la horca. Pese a todo, centelleaba fugazmente una última esperanza: había por delante hora y media de camino, quizá el interrogatorio terminara antes. Era la única esperanza que le quedaba. Hasta el departamento de Tansykbáýev no había más que cuatro pasos. Abutalip empleó largo tiempo en recorrer estos cuatro pasos. El otro ya le esperaba.

—Entra, Kuttybáyev, charlaremos, trabajaremos —dijo Tansykbáyev manteniendo la severidad en el rostro y en la voz, aunque, pese a ello, acariciándose satisfecho la cara recién afeitada, frotada con agua de colonia. Y fijó en Abutalip sus ojos penetrantes—. Siéntate. Te permito que te sientes. Será más cómodo para ti y para mí.

Los guardias se quedaron tras la puerta cerrada, dispuestos a presentarse inmediatamente a la primera llamada. Matar a *Ojos de Halcón* era imposible. Aunque por ninguna parte se veían botellas ni vasos, *Ojos de Halcón*, como es natural, no desdeñaba beber cuando se presentaba la ocasión. Lo atestiguaba el olor a vodka y a entremeses que reinaba en el departamento.

Por su parte, el tren seguía su marcha como antes, cortando con su movimiento la estepa de Sary-Ozeki, y cada vez quedaba menos camino hasta el apartadero de Boranly-Buránný. Tansykbáyev no tenía prisa, releía sus notas, revolvía sus papeles. Abutalip no podía contenerse, languidecía, y en pocos minutos se encontró desfallecido, tan dura era para él esta llamada al interrogatorio. Y dijo a Tansykbáyev:

—Estoy esperando, ciudadano jefe.

Tansykbáyev levantó asombrado los ojos:

—¿Estás esperando? —preguntó desconcertado—. ¿Qué esperas?

—Espero el interrogatorio. Las preguntas...

—¡Ah, conque es eso! —Tansykbáyev alargó las palabras ahogando la sensación de triunfo que se encendía en él—. Bueno, eso no está mal, Kuttybáyev, te diré una cosa: no está nada mal que un acusado, por propia iniciativa, como suele decirse, por propia voluntad, arrepentido, espere el interrogatorio para responder a la encuesta... O sea, que tienes algo que decir, tienes algo que descubrir a los órganos de la investigación. ¿No es así? —Tansykbáyev comprendió que aquel día era conveniente llevar de este modo el interrogatorio, cambiando el tono amenazador por otro de falsa benevolencia—. O sea que ya eres consciente —prosiguió— de cuál es tu culpa, y deseas ayudar a los órganos de la investigación en su lucha contra los enemigos del régimen soviético aun en el caso de que tú mismo hayas sido uno de estos enemigos. Lo importante es que para todos nosotros, tú incluido, el régimen soviético sea ante todo lo más apreciado, más que el padre y la madre, aunque, naturalmente, cada uno lo apreciará a su manera —hizo una pausa, satisfecho, y añadió—: Siempre he pensado que eras un hombre sensato, Kuttybáyev. Siempre he tenido la esperanza de que tú y yo encontraríamos un lenguaje común. ¿Por qué guardas silencio?

—No lo sé —respondió vagamente Abutalip—, no comprendo de qué soy culpable —añadió mirando a hurtadillas la ventanilla del vagón. El tren corría con energía, y la estepa de Sary-Ozeki huía para atrás bajo el sombrío cielo a una velocidad de vértigo, como en el cine mudo.

—Te diré una cosa. Seremos sinceros —continuó Tansykbáyev—. Si te llevamos como un rey en un vagón especial no es por casualidad. No se suele hacer porque sí. Por un quítame allá esas pajas no se lleva a la gente en un departamento aparte. Por lo

tanto, eres una persona importante en el sumario. Mucho es lo que depende de ti. Y tienes una responsabilidad especial. Piénsalo. Piénsalo y no poco. Y ahora escucha lo que voy a decirte. Avanzada la noche llegaremos a Orenburg, es decir, a Chkátlov. Nos están esperando. Es el primer punto. Allí, sabes, viven dos de tus cómplices: Aleksandr Ivánovich Popov y el tártaro Jamid Seifulin. Ambos se encuentran ya bajo arresto. Por cierto, gracias a tus declaraciones. Y ambos han confesado que estuvieron presos contigo en Baviera y que luego os fugasteis juntos, por cierto en extrañas circunstancias: por alguna razón, sólo vuestra brigada consiguió huir de la cantera, en esto todavía hemos de atar cabos. Luego trabajasteis en Yugoslavia. Ambos han declarado que estuvisteis en el encuentro con la misión inglesa. Sabes muy bien de qué estoy hablando. Lo has escrito en tus memorias. Hay que confesar que están escritas de un modo muy curioso. Sabemos que Popov era el espía residente y Seifulin su sustituto, su mano derecha. Natural mente, tú, Kuttybáyev, no eras el primer violín en la red de espionaje, por esto se aliviará tu suerte si cooperas en la investigación.

—¿Qué red de espionaje? Ya he dicho que no los he visto desde el año cuarenta y cinco, desde que terminó la guerra —intervino Abutalip.

—Esto no importa. No importa nada. No era necesario verse personalmente, cara a cara. Alguien actuaba de enlace. Bueno, ese amante de la verdad, por ejemplo, ese Yediguéi Zhangueldín, ¿no viajaba a Orenburg o a alguna otra parte? Pues bien, pudo ser que os relacionarais a través de alguien. Piénsalo.

—Si digo que Yediguéi iba a Orenburg en su camello, ¿será suficiente? —no pudo contenerse Abutalip.

—Ya vuelves a las andadas, Kuttybáyev. Te estoy tratando con mucha consideración, pero tú ya me haces ascos. La resistencia sólo puede perjudicarte. Por lo que respecta a Yediguéi puedes estar tranquilo. Si es necesario lo detendremos, camello incluido. Si quieres que no lo toquemos no te andes con rodeos durante el careo.

La locomotora dio una larga y fuerte señal al tren que venía a su encuentro. Su poderoso silbido pasó penosamente por el corazón de Abutalip. Cada vez quedaba menos tiempo hasta el apartadero de Boranly-Buránni. El curso de los razonamientos de *Ojos de Halcón* horrorizaba a Abutalip. Con una fuerza como aquélla nada había imposible en el país. Pero en aquel momento lo que más agobiaba a Abutalip era la extraordinaria locuacidad que se había apoderado de Tansykbáyev, el cual no se disponía a terminar el interrogatorio.

—Muy bien —rompió el silencio Tansykbáyev apartando los papeles y levantando los ojos hasta Abutalip—. Estoy seguro de que nos comprenderemos, en ello estriba tu salvación. El careo en Orenburg determinará lo principal: o cooperas conmigo o haré que lo laments cuando te impongan una reclusión cuádruple, o quizá la horca. Tú ya comprendes el porqué de las cosas. Llegaremos hasta el mismo Tito, al que servisteis todos estos años. El propio Iósif Vissariónovich estará al tanto de los

procesos. Nadie quedará sin castigo, vamos a extirparlos implacablemente. De modo que, amigo mío, da gracias al destino de que yo no te quiera mal. Pero tú también debes corresponder. ¿Comprendes de lo que estoy hablando?

Abutalip callaba. Contaba mentalmente, con el frío en el corazón, los minutos que faltaban para llegar al apartadero. Por lo visto no tendría ocasión de ver a los suyos ni siquiera por la ventanilla. Este pensamiento le taladraba el cerebro.

—¿Por qué te callas? Te he preguntado si sabías de lo que te estaba hablando —inquirió Tansykbáyev.

Abutalip asintió con la cabeza. Naturalmente, comprendía de lo que le estaban hablando.

¡Bueno, así debiste hacerlo hace tiempo! —Tansykbáyev interpretó el movimiento de cabeza como signo de aceptación, se levantó, se dirigió a Abutalip y hasta le puso la mano sobre el hombro—. Ya sabía que eras un buen mozo nada tonto, que en contrarías el verdadero camino. O sea, que estamos de acuerdo. No te quepa la menor duda. Hazlo todo como yo te diga. Lo más importante es que no te pongas nervioso en el careo, mírales a los ojos y dilo todo tal como es. Popov es espía residente desde mil novecientos cuarenta y cuatro, reclutado por el espionaje inglés, antes de su repatriación estuvo en una reunión con el propio Tito, tiene una tarea a largo plazo para el caso de que haya agitación. Es todo, con esto basta. Bien, y por lo que respecta al tártaro Seifulin, pues lo siguiente: Seifulin es la mano derecha de Popov. Es todo, con esto basta. El resto lo haremos nosotros. Haz esta declaración y no tengas dudas. Nada te amenaza. Absolutamente nada. No te fallaré. Las cosas son así. Con los enemigos gastamos pocas palabras, a los enemigos los liquidamos. Pero con los amigos cooperamos, les hacemos una rebaja. Recuérdalo. Y recuerda también que soy poco amigo de bromas. ¿Por qué estás tan pálido? Pareces sudoroso, ¿qué te pasa, te encuentras mal? ¿Hace demasiado calor aquí?

—Sí, me siento mal —dijo Abutalip venciendo un ataque de mareo y náusea, como si le hubiera intoxicado una comida en mal estado.

—Bueno, si es así, no te retengo más. Ve a tu celda y descansa hasta Orenburg. Pero en Orenburg que estés tieso como un palo. ¿Lo has comprendido? Que no haya vacilaciones durante el careo. Nada de «no recuerdo, no sé, lo he olvidado» y demás... Expónlo todo tal como es y basta. Lo demás no debe preocuparte. El resto lo haremos nosotros. Eso. Ahora no va mos a escribir nada, ve a descansar, y en el resumen del careo de Orenburg ya firmaremos los papeles como es debido. Firmarás tus declaraciones. Y ahora ve. Considero que nos hemos puesto de acuerdo en todo —con estas palabras Tansykbáyev envió a Abutalip a su departamento-celda.

A partir de este momento empezó para Abutalip una vida un tanto especial, como una nueva etapa. Le parecía que el tren había acelerado la marcha. Ante la ventanilla pasaban fugaz e impetuosamente lugares muy conocidos; hasta Boranly-Buránnny faltaban contados minutos. Era preciso tranquilizarse, dominarse y esperar, estar preparado para cualquier eventualidad que se le presentara, pero ante todo era preciso

medir la velocidad del tren. «Conviene que el tren vaya más lentamente», pensó Abutalip, como conjurando a cierta fuerza, y pronto advirtió, o por lo menos se lo pareció, que el tren disminuía su velocidad: el irritante centelleo de la ventana había cesado. Y entonces se dijo: «¡Todo ocurrirá como yo pida!», y se tranquilizó un poco, dejó de jadear; se dispuso a esperar pegado a la ventanilla enrejada.

El tren, efectivamente, se acercaba al apartadero de Boranly-Buránny, donde la marginación empujara a Abutalip, donde se aclimatara y donde soñara pasar las adversidades de la historia mientras crecían sus hijos. Pero tampoco esto se realizaría. La familia había quedado abandonada al arbitrio de la suerte, y él pasaba ahora por su lado en un vagón celular.

Abutalip miraba por la ventanilla con tanta tensión como si lo que viera fuera algo que debiera recordar toda su vida, hasta el último suspiro, hasta la última luz de sus ojos. Y todo cuanto veía en aquella hora, poco antes del mediodía de un febrero invernal —montones de nieve, claros junto al ferrocarril, estepa desnuda en ciertos lugares y nevada en otros— lo percibía como una visión sagrada, con palpitaciones, súplicas y amor. Una colina, una quebrada, el sendero que recorrían Zaripa y él con la pala al hombro cuando iban a reparar los caminos, el pequeño despoblado por donde en verano corría la chiquillería de Boranly, y también sus hijos Daúl y Ermek... Un grupo de camellos, y más allá otra pareja de estos animales; uno de ellos, el *Karanar* de Yediguéi, que se podía distinguir de lejos, siempre tan poderoso, se dirigía sin prisas a alguna parte. Pero qué es esto, de pronto empezaba a nevar, los copos de nieve se agitaban en el aire ante la ventanilla, sí, claro, en realidad el cielo estaba ya hinchado de nubes por la mañana, por lo tanto haría mal tiempo, pero la nieve podía haber esperado un poquito, sólo un poquito, pues ya se divisaban los corrales de los camellos y el primer techo con su chimenea humeante, y allí estaba la aguja y el tren pasaba a la vía de reserva, las ruedas repiqueteaban en las juntas, y el guardagujas de la garita, con el banderín en la mano, pero si era Kazangap, nudoso como un árbol seco; oh Dios, pasaba rápidamente la garita de Kazangap, el tren seguía adelante, junto al poblado: allí estaban las casitas, sus techos y ventanas, alguien entraba en una casa, Abutalip sólo vio su espalda, y alguien manejaba unas perchas y unas tablas construyendo algo para los niños. Yediguéi, sí, era él, Yediguéi, con su chaqueta acolchada, arremangado, a su lado la hijita, y con ella Ermek, sí, mi Ermek querido, mi querido hijo le entregaba algo recogido del suelo, oh Dios, su cara sólo había aparecido fugazmente, y dónde estaba Daúl, dónde Zaripa. Pasaba una mujer embarazada, la esposa de Saúl, el jefe del aparta dero, y allí estaba también Zaripa con el pañuelo de la cabeza caído sobre los hombros, Zaripa y Daúl, ella llevaba al hijo mayor de la mano, iban donde Yediguéi y los chicos construían algo, caminaban sin saber que Abutalip se cerraba convulsamente la boca con el puño para no gritar, para no aullar salvaje y desesperadamente: «¡Zaripa! ¡Querida! ¡Daúl! ¡Daúl, hijo mío! ¡Soy yo! ¡Os veo por última vez! ¡Adiós! ¡Daúl! ¡Ermek! ¡Adiós! ¡No me

olvidéis! ¡No puedo vivir sin vosotros! ¡Me moriré sin vosotros, sin mis queridos hijos, sin mi amada esposa!

»¡Adiós!»

Y cuando el tren ya hacía rato que había dejado atrás el tan esperado apartadero de Boranly-Buránnny, todo lo visto en el centelleo de un instante surgía de nuevo, una y otra vez, ante la vista de Abutalip. Y ante la ventanilla nevaba ya densa y abundantemente, todo había quedado atrás hacía rato, pero para Abutalip Kuttybáyev el tiempo se había detenido en el espacio recorrido, en aquel fragmento de camino que contenía todo el dolor y todo el sentido de su vida.

Y ya no pudo separarse de la ventanilla, aunque era absurdo mirar por ella a causa de la nieve. Y se quedó pegado a la ventanilla, impresionado al constatar que, aunque no aceptaba la injusticia que le imponían, se veía forzado a someterse a la voluntad de otro, a pasar junto a su esposa y sus hijos calladamente, a hurtadillas, pues a ello le obligaba esa fuerza que le había privado de la libertad, y él, en lugar de saltar del tren, de presentarse, de correr abiertamente hacia la familia que le echaba de menos, había estado mirando por la ventanilla, humillado y mísero, y había permitido que Tansykbáyev le tratara como a un perro al que se ordena que se siente en un rincón y no se mueva. Y para sosegarse de alguna manera, Abutalip se dio palabra de algo que no pronunció pero sí comprendió...

Abutalip bebía ahora hasta el fondo la amarga dulzura de aquel encuentro pasajero. Era lo único que quedaba al alcance de sus fuerzas, lo único que quedaba de su libertad: resucitar una y otra vez lo que había visto, detalladamente, hasta en las minucias. Que había visto primero a Kazangap, siempre el mismo, con su sempiterno banderín en la nervuda mano, en su puesto de siempre (la de trenes a los que habría dado paso en su vida, de pie en uno u otro extremo del apartadero); y que luego habían pasado las casitas de Boranly, los corrales del ganado, los humos de las chimeneas, y después, que estuvo a punto de atragantarle su propio grito, su desesperación, y que consiguió encerrar en la boca este grito al ver a Ermek entre la chiquillería, al lado de Burani Yediguéi, que construía algo para los niños y que era el hombre fiel que había quedado en el mundo como una roca, tal como era. Ermek entregaba una tabla y alguna otra cosa a Yediguéi, tan bien dispuesto con los niños, grueso, moreno de cara, con la chaqueta acolchada arremangada, con sus botas de cuero artificial, y el niño con la vieja gorra de invierno y sus botas de fieltro. Y Zaripa iba hacia ellos con Daúl. Pobre y querida Zaripa, la había visto muy de cerca, el pañuelo se le había caído sobre los hombros dejando al descubierto sus negros y ondulados cabellos, y su cara pálida, tan conmovedora y deseada. El abrigo desabrochado, las rudas botas que le había comprado él, la inclinación de la cabeza hacia su hijo —le estaba diciendo algo—, todo esto, infinitamente próximo, querido,

inolvidable, continuó acompañando largo rato a Abutalip en su despedida mental después del encuentro... Y nada podía reemplazar esta pérdida, nada, nunca...

Estuvo nevando todo el camino, la ventisca barría y arremolinaba la nieve. En una de las estaciones, antes de Orenburg, el tren se detuvo una hora entera: limpiaban las vías de montones de nieve... Se oían voces, la gente trabajaba maldiciendo el mal tiempo y todo lo de este mundo. Luego el tren se puso de nuevo en marcha y anduvo envuelto en los torbellinos de la nevasca. Estuvieron largo rato para entrar en Orenburg, los árboles del camino se alzaban vagamente en forma de negros, silenciosos y retorcidos troncos, como el árbol seco de un cementerio abandonado. Prácticamente, no podía verse ni la ciudad. En la estación de clasificaciones volvieron a parar largo rato durante la noche: desenganchaban el vagón especial. Abutalip lo comprendió por los topetazos de los vagones, por los gritos de los enganchadores, por los silbidos de las locomotoras de maniobras. Luego, arrastraron el vagón a cierta parte, seguramente a una vía muerta.

Era ya muy avanzada la noche cuando el vagón especial fue colocado en el lugar que le habían destinado. El último topetazo, la última orden desde abajo: «¡Muy bien! ¡Dejadlo!». El vagón quedó como clavado en el suelo.

—¡Bueno, eso es todo! ¡Prepárate! ¡Sal, preso! —ordenó el celador jefe a Abutalip abriendo la puerta del departamento—. ¡No te demores! ¡Sal! ¿Te has dormido? ¡A tragar aire fresco!

Abutalip se levantó lentamente, fue hacia él, acercándose hasta casi tocarlo, y dijo con aire de renuncia:

—Estoy dispuesto. ¿Dónde hay que ir?

—Si estás dispuesto, ¡camina! La escolta te indicará dónde hay que ir —el vigilante dejó que Abutalip saliera al pasillo, pero luego, sorprendido e indignado, chilló deteniéndolo—: ¿Y te dejas la mochila, eh? ¿Dónde vas? ¿Por qué no tomas la mochila? ¿O quieres que llamemos a un mozo de cuerda para ti? ¡Vuelve y toma tu equipaje!

Abutalip volvió al departamento y tomó a disgusto la mochila olvidada. Cuando volvió a salir al pasillo a punto estuvo de tropezar con dos miembros del servicio local que iban por el vagón con aire apresurado y preocupado.

—¡Detente! —el vigilante empujó a Abutalip contra la pared—. ¡Deja paso! Que pasen los camaradas.

Al salir del vagón, Abutalip oyó que aquellos dos hombres llamaban a la puerta del departamento de Tansykbáyev.

—¡Camarada Tansykbáyev! —llegaron sus voces agitadas—. ¡Bienvenido! ¡Le esperábamos con impaciencia! ¡Con qué impaciencia! Tenemos aquí una buena nevada. ¡Disculpe! ¡Permita que nos presentemos, camarada comandante!

La escolta armada —tres hombres con gorras de orejeras y uniforme de soldado— estaba abajo esperando al preso, a quien tenían orden de conducir a un coche cerrado a través de las vías.

—¡Anda, baja! ¿Qué esperas? —le apresuró uno de los hombres de escolta.

Acompañado por el vigilante, Abutalip descendió en silencio los peldaños del vagón. Se respiraba un aire frío muy vivo, caía polvo de nieve. Las manillas heladas le cortaban cruelmente la mano. Oscuridad rota por las luces de las vías de una estación desconocida, maraña de raíles barridos por la ventisca, inquietantes silbidos de las máquinas de maniobras.

—¡Entrego al preso número noventa y siete! —informó el vigilante a la escolta.

—¡Tomo al preso número noventa y siete! —respondió como un eco el jefe de la escolta.

—¡Listos! ¡Andando donde te manden! —dijo a Abutalip el vigilante como despedida. Y luego añadió sin saber por qué—: Allí te meterán en un coche y te llevarán...

Abutalip avanzó bajo escolta por las vías, saltando al azar los raíles y las traviesas. Caminaban hundiéndose en la nieve. Abutalip llevaba la mochila al hombro. Ora aquí, ora allá, sonaban los silbidos de las locomotoras del turno de noche.

Los colegas de Orenburg habían acudido al departamento de Tansykbáyev para llevarlo a un hotel; no obstante, se quedaron un poco para celebrar su llegada. Dispuestos a entablar amistad, los colegas propusieron beber y tomar alguna cosa allí mismo, en el departamento, tanto más por ser de noche y hora no laboral. Quién no habría aceptado. Durante la conversación, Tansykbáyev juzgó posible decir que el asunto estaba en vías de arreglo, que podían estar seguros del éxito del careo, motivo por el cual habían venido de Alma-Atá.

Los colegas pronto se hicieron amigos. Estaban conversando animadamente cuando sonaron en el exterior unas voces excitadas y el ruido de pasos por el pasillo del vagón. El vigilante y un soldado de escolta irrumpieron en el departamento. El soldado estaba ensangrentado. Con la cara horrorosamente alterada, saludó a Tansykbáyev y gritó:

—¡El preso número noventa y siete ha muerto!

—¿Cómo que ha muerto? —saltó fuera de sí Tansykbáyev—. ¿Qué significa muerto?

—¡Se ha arrojado bajo una locomotora! —precisó el vigilante jefe.

—¿Qué significa que se arrojó? ¿Cómo se arrojó? —Tansykbáyev sacudió furioso al vigilante.

—Cuando llegamos a las vías, las máquinas de maniobras se movían a derecha e izquierda —empezó a explicar confusa mente el soldado—. Estaban moviendo un convoy. De acá para allá... Nos detuvimos a esperar que pasara... Y el preso blandió de pronto la mochila, me golpeó en la cabeza y se echó directa mente bajo la máquina, bajo las ruedas...

Todos guardaron silencio, completamente confundidos ante lo inesperado del suceso. Tansykbáyev empezó a prepararse febrilmente para salir.

—¡Qué canalla, qué malvado, se ha librado! —soltó con un temblor en la voz—. ¡Arruinó todo el asunto! ¡Ah! ¡Qué cosas! ¡Escapó, realmente, escapó! —hizo un gesto de desesperación con la mano y se sirvió un vaso lleno de vodka.

Sus colegas de Orenburg, sin embargo, no dejaron de advertir al soldado que toda la responsabilidad de lo sucedido recaía en la escolta...

CAPÍTULO X

En el océano Pacífico, al sur de las Aleutianas, bastante después de mediodía. Continuaba la misma tempestad, y seguían por todo el espacio visible las hileras de olas, una tras otra, constituyendo el invisible movimiento del elemento líquido de horizonte a horizonte. El portaviones *Conventsia* se balanceaba ligeramente sobre las olas. Se encontraba en el mismo lugar de antes, a la misma distancia por aire de San Francisco que de Vladivostok. Todos los servicios del barco, del programa científico internacional, estaban en tensión, perfectamente preparados para pasar a la acción.

En aquel momento tenía lugar a bordo del portaviones una reunión de urgencia de las comisiones plenipotenciarias que estudiaban la extraordinaria situación planteada como resultado del descubrimiento de una civilización extraterrestre en el sistema del astro Poseedor. Los paritet-cosmonautas 2-1 y 1-2, que estaban con los extraterrestres por su libérrima voluntad, se encontraban todavía en el planeta Pecho Forestal después de la triple advertencia del Centrun, a través de la estación orbital *Paritet*, en el sentido de que en ningún caso emprendieran ninguna acción hasta recibir indicaciones precisas del Centrun.

Esta orden categórica reflejaba en realidad no sólo la confusión de las mentes, sino también una situación excepcionalmente complicada que se agudizaba de forma incontenible, una incandescencia de la discordia en las relaciones entre las dos partes, que amenazaba con la ruptura total de la cooperación, y lo que es peor, con una abierta confrontación. Lo que recientemente suscitaba en las partes un interés por integrar la potencia técnico-científica de los Estados líderes —el programa «Demiurg»—, había quedado automáticamente en segundo plano y había perdido de golpe toda su importancia a la vista del super-problema inesperadamente planteado con el descubrimiento de una civilización extraterrestre. Los miembros de la comisión sólo comprendían claramente una cosa: aquel inaudito descubrimiento, que no podía compararse con ningún otro, ponía definitivamente a prueba los fundamentos de la cooperación mundial actual, todo lo que se había propugnado, cultivado y elaborado en la conciencia de las generaciones de siglo en siglo, todo el conjunto de normas de existencia. ¿Podía alguien *atreverse* a dar tan temerario paso? Y eso sin entrar ya en elucubraciones sobre la seguridad total del globo terráqueo.

Y aquí, como suele ocurrir siempre en todos los momentos críticos de la historia, se pusieron al descubierto con toda su fuerza las radicales contradicciones entre los dos sistemas socio-políticos de la Tierra.

El estudio de la cuestión se desorbitó hasta llegar a ardientes debates. Las diferencias de puntos de vista y de enfoque, adoptaban cada vez más el carácter de posiciones irreconciliables. El asunto se desplazaba impetuosamente hacia la confrontación, hacia las amenazas mutuas, hacia conflictos que, escapando al control,

eran capaces de conformar una guerra mundial. Por ello, cada parte intentaba abstenerse de los extremismos ante el peligro común que representaba semejante desarrollo de los acontecimientos, pero el factor más moderador era el repudio, o más exactamente, el peligro de un estallido de la conciencia terrena que pudiera producirse espontáneamente si la noticia de la civilización extraterrestre se convertía en un hecho de general conocimiento... Nadie podía dar una seguridad sobre los resultados de este desenlace...

Y la sensatez se impuso. Las dos partes llegaron a un compromiso, un compromiso obligado, lo repetimos, sobre una base rigurosamente valorada. A tenor del mismo, se envió a la estación orbital *Paritet* un radiograma cifrado del Centrun con el siguiente contenido:

«A los cosmonautas 1-2 y 2-1. Se os comunica la obligación de poneros inmediatamente en contacto por radio, mediante los sistemas de a bordo de la *Paritet*, con los paritet-cosmonautas 1-2 y 2-1 que se encuentran en una galaxia fuera del sistema solar, en el llamado sistema del astro Poseedor, en el planeta Pecho Forestal. Es indispensable informarlos urgentemente de que, en base a las conclusiones de las comisiones de las dos partes, que estudian los informes sobre la civilización extraterrestre descubierta por los paritet-cosmonautas 1-2 y 2-1, el Centrun ha adoptado una resolución inapelable:

»a) No permitir el regreso de los ex paritet-cosmonautas 1-2 y 2-1 a la estación orbital *Paritet*, y por ello tampoco a la Tierra, como personas indeseables para la civilización terrestre.

»b) Declarar a los habitantes del planeta Pecho Forestal que rehusamos entrar en cualquier tipo de contacto con ellos por considerarnos incompatibles desde el punto de vista de la experiencia histórica, de los intereses vitales de ambas partes y de las peculiaridades del actual desarrollo de la sociedad humana en la Tierra.

»c) Prevenir a los ex paritet-cosmonautas 1-2 y 2-1, así como a los extraterrestres que se hallan en contacto con ellos, para que no intenten establecer contacto con los terrícolas, y mucho menos penetrar en la esfera periférica de la Tierra, como tuvo lugar en el caso de la visita de los extraterrestres a la estación orbital *Paritet* en la órbita "Tramplin".

»d) Con objeto de aislar la esfera periférica de la Tierra, ante la posible intrusión de aparatos voladores de procedencia extraterrestre, el Centrun declara que se establece con carácter de urgencia un régimen transcósmico extraordinario que lleva el nombre de Operación Anillo y que consiste en la programación de una sene de cohetes-robots militares de protección en las órbitas correspondientes, calculados para destruir mediante radiaciones láser-nucleares cualquier objeto que se acerque por el cosmos al globo terráqueo.

»e) Llevar a conocimiento de los ex paritet-cosmonautas 1-2 y 2-1, que entraron sin autorización en contacto con los seres extraterrestres, que con fines de seguridad, y para conservar la estabilidad de la estructura geopolítica de los terrícolas, queda

excluida cualquier posibilidad de contacto con ellos. Para ello, se tomarán todas las medidas para conservar en riguroso secreto el acontecimiento que ha tenido lugar, y aquellas otras que impidan la reanudación de los contactos. Con este fin, la órbita de la estación *Paritet* se cambiará inmediatamente y los canales de radio de la estación se cifrarán de nuevo.

»f) Advertir una vez más a los extraterrestres del peligro que representa acercarse a las zonas “anillo” que rodean el globo terráqueo.

»Centrun. A bordo del portaviones *Conventsia*».

Al recurrir a estas medidas de protección, el Centrun se vio obligado a congelar por cierto tiempo todo el programa «Demiurg», relativo a la conquista del planeta Iks. La estación orbital *Paritet* se debía llevar a otros parámetros de rotación, donde sería utilizada para observaciones cósmicas normales. Se decidió poner bajo la custodia de la neutral Finlandia el portaviones *Conventsia*, de investigación científica. Una vez lanzado al lejano cosmos el sistema «Anillo», todo el personal de la *Paritet*, todos los empleados científicos y administrativos, y todo el servicio auxiliar, debía licenciarse con el riguroso compromiso de no revelar en toda su vida el motivo de la cancelación de las actividades del Centrun.

Para el gran público, la intención era declarar que los trabajos del programa «Demiurg» se detenían por un tiempo indeterminado debido a la necesidad de prospecciones y correcciones básicas en el planeta Iks.

Todo estaba cuidadosamente previsto. Y todo debía ponerse en práctica inmediatamente después del urgente establecimiento del «Anillo» alrededor del globo terrestre.

Antes de ello, inmediatamente después de la reunión de las comisiones, todos los documentos, todos los códigos, toda la información de los ex *paritet*-cosmonautas, todas las actas, todos los filmes y papeles que tuvieran cualquier relación con aquella triste historia, fueron destruidos.

En el océano Pacífico, al sur de las Aleutianas, iba muriendo el día. El tiempo continuaba siendo, como antes, relativamente soportable. Sin embargo, la agitación del océano iba creciendo gradualmente. Se oía ya el retumbar de las olas, que hervían por todas partes.

El personal del ala de aviación del portaviones esperaba tensamente la salida de los miembros de la comisión plenipotenciaria hacia los aviones al terminar la reunión. Al fin, salieron todos. Se despidieron. Unos fueron a uno de los aviones y otros a otro.

El despegue fue perfecto a pesar del balanceo. Uno de los aviones salió rumbo a San Francisco; el otro hacia la parte opuesta, hacia Vladivostok.

Bañándose en los vientos de las alturas, la Tierra seguía sus eternos círculos. La Tierra flotaba... Era un pequeño granito de arena en la inconmensurable infinitud del

universo. Granitos de arena como ése los había en gran cantidad en el universo. Pero sólo en éste, en el planeta Tierra, vivía y existía gente. Vivían como podían y como sabían, y a veces, traspasados de curiosidad, intentaban conocer si había en otros lugares seres semejantes a ellos. Discutían, elaboraban hipótesis, desembarcaban en la Luna, enviaban aparatos automáticos a otros cuerpos celestes, pero cada vez se convencían con amargura de que en ninguna parte de los alrededores del sistema solar había nadie ni nada semejante a ellos, ni ningún tipo de vida. Luego se olvidaron de ello, tenían otras preocupaciones, no era fácil vivir y estar de acuerdo entre sí, y además, costaba trabajo conseguir el pan de cada día... Muchos consideraban que aquél no era su problema. Y la Tierra iba rodando por sí misma...

Todo aquel mes de enero había sido muy frío y brumoso. ¿De dónde vendría tanto frío a Sary-Ozeki? Los trenes iban con los bujes helados, puestos al rojo blanco por el crudo frío. Tras la ventisca y la helada resultaba curioso ver las negras cisternas de petróleo detenerse en el apartadero formando una fila completamente blanca. Para los trenes tampoco resultaba fácil ponerse en marcha. Enganchadas a pares, las locomotoras, como arrimando los dos hombros, estaban un rato dando tirones para, literalmente, arrancar las ruedas, pegadas por el hielo a los raíles. Y estos esfuerzos de las locomotoras, se oían en el aire desde muy lejos en forma de chirriante retumbar de hierro. Por las noches, los niños de Boranly despertaban asustados por ese ruido.

Y entonces también empezaron las obstrucciones de nieve en las vías. Todo se conjuraba. Los vientos andaban locos. En Sary-Ozeki todo el espacio era abierto y nadie podía adivinar por qué lado golpearía la ventisca. Y a los de Boranly les parecía que el viento intentaba echar la nieve precisamente sobre la línea del ferrocarril. No hacía sino esperar el menor descanso para caer sobre ellos, levantar la ventisca y cubrir las vías con pesados montones de nieve.

Yediguéi, Kazangap y otros tres obreros no hacían otra cosa que correr de un lado para otro limpiando las vías del tramo, ora aquí, ora allá, ora de nuevo acá. Los trineos de camellos les sacaban de apuros. Trasladaban la pesada capa superior del obstáculo al borde de la vía; el resto tenía que hacerse a mano. Yediguéi no le ahorraba trabajos a *Karanar* y estaba contento con la posibilidad de agotar sus fuerzas, de apaciguar su tumultuoso ímpetu y le enganchaba emparejado con otro de su talla. De esta suerte, arreándolos con el látigo, trasladaba los montones de nieve. Los camellos tiraban de una tabla transversal provista de un contrapeso sobre el que se ponía Yediguéi de pie para sujetar con su propio peso el sistema de arrastre. Entonces no disponían de otros aparatos. Se decía que habían salido ya de las fábricas unos quitanieves especiales, unas locomotoras que lanzaban los montones de nieve por los lados. Les habían prometido enviar pronto esas máquinas, pero de momento las promesas se habían quedado en palabras.

Si durante el verano hubo dos meses en los que el calor tostaba hasta hacer perder el entendimiento, en aquellos momentos respirar el aire helado era terrible, parecía que los pulmones iban a estallar. Y sin embargo, los trenes circulaban y era preciso hacer el trabajo. Aquel invierno, la cara de Yediguéi se cubrió de pelo que, por primera vez, brillaba con algunas motas blancas. Los ojos aparecían abotagados a causa del sueño mal satisfecho. Daba asco verse la cara en el espejo: negra como hierro colado. No se quitaba la pelliza, y encima llevaba continuamente la capa impermeable con capucha. Y botas de fieltro en los pies.

Pero fuera cual fuese el trabajo de Yediguéi, por mal que lo pasara, no se quitaba de la cabeza la historia de Abutalip Kuttybáyev. Era un grito doloroso clavado en su mente. A menudo, Kazangap y él razonaban y hacían elucubraciones sobre cómo había sucedido todo aquello y sobre cómo terminaría. Kazangap solía callarse las más de las veces, con el ceño fruncido, pensando tensamente en sus cosas. Pero un día dijo:

—Siempre ha sido así. Hasta que no hayan examinado el asunto... No en vano decían en tiempo antiguo: «El kan no es Dios. No siempre sabe qué hacen los que le rodean, y los que le rodean nada saben de los que piden limosna en el mercado». Siempre ha sido así.

—¡Pero qué dices! ¡Vaya, hombre! Pues sí que eres sabio —se burló de él Yediguéi—. ¡Ya les dieron un buen palo a todos esos kanes! ¡No se trata de eso!

—¿Pues de qué? —preguntó juiciosamente Kazangap.

—¡De qué! ¡De qué! —rezongó irritado Yediguéi, pero al fin no respondió. E iba con esta pregunta atorada en su cerebro sin encontrar respuesta.

Como se sabe, una desgracia nunca viene sola. El mayor de los Kuttybáyev, Daúl, sufrió un fuerte enfriamiento. El niño tenía fiebre y deliraba, le atormentaba la tos, le dolía la garganta. Zaripa decía que tenía anginas. Le trataba con todo género de tabletas. Pero no podía permanecer constantemente junto al niño: trabajaba de guardagujas, tenía que vivir. Estaba de servicio, ora de noche, ora de día. Ukubala tuvo que tomar sobre sí esos cuidados. Con sus dos hijos, más otros dos, ella se arreglaba con los cuatro, pues comprendía en qué terrible situación se encontraba la familia de Abutalip. Yediguéi también ayudaba como podía. A primera hora de la mañana, llevaba a su barraca el carbón del cobertizo, y si le quedaba tiempo, encendía la estufa. Para prender el carbón de piedra hay que tener cierta habilidad. Echaba de una vez un cubo y medio de carbón para que el calor se mantuviera todo el día, para los niños. También llevaba agua del vagón-cisterna, detenido en la vía muerta, y partía la leña para encender el fuego. No le costaba mucho hacer todo esto, lo más difícil era otra cosa. Le resultaba imposible, atormentador e insoportable mirar a los ojos a los hijos de Abutalip y responder a sus preguntas. El mayor estaba enfermo y era un chico con un carácter muy comedido, pero el menor, Ermek, que se parecía a su madre, era vivo, afectuoso, muy sensible y fácil de herir, y con éste todo resultaba difícil. Cuando Yediguéi entraba el carbón por la mañana y encendía la

estufa, procuraba no despertar a los niños. Sin embargo, raras veces conseguía salir sin ser notado. Ermek, con su cabecita rizada y negra, en seguida se despertaba. Y su primera pregunta, apenas abría los ojos, era:

—Tío Yediguéi, ¿vendrá *pápika* hoy?

Y el niño corría hacia él, sin vestirse, descalzo, con una inextirpable esperanza en los ojos, como si bastara con que Yediguéi dijera «sí» para que su padre volviera sin falta y de nuevo estuviera con ellos en casa. Yediguéi lo cogía de una brazada, flacucho, calentito, y de nuevo lo metía en la cama. Le hablaba como a un adulto:

—Hoy no sé, Ermek, si vendrá o no tu *pápika*; desde la estación nos han de comunicar por teléfono en qué tren volverá. Porque los trenes de pasajeros no se detienen aquí, eso ya lo sabes. Sólo cuando lo ordena el jefe de circulación del ferrocarril. Yo creo que dentro de unos días enviará un telegrama. Y entonces, tú y yo, y Daúl, si para entonces ya está curado, iremos a ese tren a recibirle.

—Le diremos: «¡*Pápika*, aquí estamos nosotros!». ¿No es así? —desarrollaba el niño la invención del adulto.

—¡Claro que sí! Lo haremos de esta manera —le apoyaba con tono animado Yediguéi.

Pero no era tan fácil engatusar al imaginativo niño.

—Tío Yediguéi, podríamos ir, como aquella vez, en un tren de mercancías, todos, a ver al jefe de circulación. Y decirle que detenga aquí el tren en que venga *pápika*.

Había que salir del paso.

—Pero entonces era verano y hacía calor. ¿Cómo quieres viajar ahora en un tren de mercancías? Hace mucho frío. Y viento. Fíjate cómo se han helado las ventanas. No llegaríamos, nos congelaríamos como carámbanos. No, es muy peligroso.

El niño se callaba, muy triste.

—De momento, quédate en la cama, yo voy a ver a Daúl —encontró la excusa Yediguéi, y se acercó a la cama del enfermo y puso su pesada y nudosa mano sobre la ardiente frente del niño... Éste abrió con dificultad los ojos y sonrió débilmente con los labios pegados por la fiebre. La fiebre se mantenía—. No te destapes. Estás sudando. ¿Me oyes, Daúl? Te vas a enfriar aún más. Y tú, Ermek, tráele el orinal cuando quiera orinar. ¿Me oyes? Para que no se levante. Pronto llegará mamá del servicio. Y tía Ukubala vendrá inmediatamente y os dará de comer. Y cuando Daúl se restablezca vendréis a casa a jugar con Saule y Sharapat. Tengo que ir a trabajar, pues hay tanta nieve que los trenes no pueden pasar —dijo Yediguéi a los niños antes de marcharse.

Pero Ermek era implacable.

—Tío Yediguéi —le dijo cuando éste se encontraba ya en el umbral—. Si hay mucha nieve cuando el tren de *pápika* se detenga, yo también iré a quitarla. Tengo una pala pequeñita.

Yediguéi salió de la casa con el corazón dolorido y oprimido. Sentía el agravio, la impotencia, la piedad. En aquel momento estaba furioso contra todo el mundo. Y

descargó su rabia contra la nieve, el viento, los obstáculos y los camellos, a los que no ahorra esfuerzos en el trabajo. Trabajaba como una fiera, como si él solo pudiera detener toda la ventisca de Sary-Ozeki...

Y los días pasaban como gotas de agua cayendo con irreversible uniformidad una tras otra. Enero quedaba atrás, y los fríos empezaban a ceder. No había ninguna noticia de Abutalip Kuttybáyev. Perdiéndose en suposiciones Yediguéi y Kazangap, opinando cada cual a su modo los demás hombres. Tanto a uno como a otro les parecía que debían soltarle pronto, no había pasado nada tan terrible, sólo escribía algo para sí mismo, no para ningún otro. Esta era su esperanza, y la que, como podían, infundían en Zaripa, para que aguantara firme y no se desmoralizara. Ella también comprendía que, por los niños, tenía que ser de piedra. Se encerró en sí misma, sin despegar los labios, y sólo sus ojos brillaban de inquietud. Quién sabe hasta cuándo bastaría su aguante.

En aquel momento, Burani Yediguéi estaba libre del trabajo. Decidió pasear por la estepa y echar una ojeada para ver cómo pastaba la manada de camellos y, sobre todo, cómo se comportaba *Karanar*. ¿No habría maltratado a algún otro animal del rebaño? Se volvía loco, era la estación. Fue con los esquís, no estaban muy lejos. Volvió temprano. Y se disponía a informar a Kazangap de que todo estaba en orden. Los animales pastaban en el valle de Lijosvost, donde casi no había nieve, pues se la llevaba el viento, y por ello el pasto estaba abierto, no había motivo de inquietud. Pero Yediguéi decidió pasar por su casa para dejar los esquís. La hija mayor, Saule, asomó asustada por la puerta.

—¡Papá, mamá está llorando! —exclamó, y desapareció.

Yediguéi, alarmado, arrojó los esquís y se apresuró a entrar en casa. Ukubala lloraba a lágrima viva, y a Yediguéi se le cortó la respiración.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado?

—¡Así sea todo maldito en este maldito mundo! —empezó a recitar ahogándose en sollozos Ukubala.

Yediguéi nunca había visto a su mujer en aquel estado. Uku bala era una mujer fuerte y vivaracha.

—¡Tú, tú tienes la culpa de todo!

—¿De qué? ¿De qué tengo la culpa? —preguntó impresionado Yediguéi.

—Les has contado una sarta de mentiras a esos desgraciados niños. Y hace un momento, ahora mismo, acaba de detenerse un tren de pasajeros para cruzarse con otro que venía en dirección opuesta. Se detuvo y le dejó pasar. ¿Y por qué habrán tenido que cruzarse en nuestro apartadero? Pero los niños de Abutalip, ambos, cuando vieron que se detenía el tren de pasajeros, se precipitaron hacia allí gritando: «¡Papá! /*Pápika!* ¡Ha llegado *pápika!*!». ¡Y al tren! Y yo tras ellos. Y ellos corrían de vagón en vagón deshaciéndose en gritos: «¡Papá, *pápika!* ¿Dónde está nuestro *pápika?*». Pensé que iban a caer bajo el tren. ¡Y ellos corrían por todo el convoy llamando a su padre! Y mientras los alcanzaba, mientras cogía a ése, al pequeño, y agarraba al segundo por

la mano, el tren se puso en marcha y partió. Y ellos querían liberarse: «¡Allí va nuestro *pápika*, no ha tenido tiempo de bajar del tren!». ¡Y lanzaban cada grito! Se me oprimió el corazón, pensé que iba a volverme loca, tales eran sus gritos y su llanto. ¡Ermek lo pasa muy mal! ¡Ve a tranquilizar al niño! ¡Ve! Tú les dijiste que su papá volvería cuando se detuviera un tren de pasajeros. ¡Si hubieras visto lo que ha pasado cuando el tren ha partido sin que apareciera su padre! ¡Si lo hubieras visto! ¿Por qué la vida será de esta manera, por qué une tan terriblemente a un padre con su hijo y a un hijo con su padre? ¿Por qué esos sufrimientos?

Yediguéi fue a verlos como quien va a un suplicio. Y una sola cosa le pedía a Dios: que condescendiera a perdonarle, antes de castigarle por haber engañado involuntariamente a aquellas almas pequeñas y confiadas. Él no les quería causar ningún daño. ¿Qué les diría ahora, cómo responder a sus acusaciones?

Cuando apareció, Daúl y Ermek, llorosos y con los ojos hinchados hasta lo irreconocible, se echaron a llorar con nueva fuerza, se precipitaron hacia él gimiendo, ahogados en lágrimas, sollozando, llorando, y procuraron explicarle, interrumpiéndose uno a otro, que el tren se había detenido en el apartadero, pero que su padre no había tenido tiempo de bajar, y que él, el tío Yediguéi, parara el tren...

—*Saguindim papikamdi*^[26]. ¡*Saguindim papikandi!* —gritaba Ermek suplicándole con su aspecto, con su confianza, con su esperanza, con su pena.

—En seguida voy y me entero de todo. Calma, calma, no lloréis. —Yediguéi intentó hacerlos entrar en razón, tranquilizar de alguna manera a aquellos niños deshechos en llanto. Y aún le resultaba más difícil contenerse, no dejarse abatir, no alterar su rostro, para que los niños no vieran en él a un hombre débil e impotente—. Ahora mismo iremos, ¡ahora iremos! —«¿Adónde iremos? ¿Adónde? ¿A quién acudiremos? ¿Qué haremos? ¿Qué hacer?», pensaba al mismo tiempo—. Ahora saldremos y lo pensaremos, hablaremos —prometió Yediguéi algo vago, y murmuró unas palabras incoherentes.

Se acercó a Zaripa. Estaba echada sobre la cama con la cara hundida en la almohada.

—¡Zaripa, Zaripa! —le tocó el hombro Yediguéi.

Pero ella no levantó la cabeza.

—Ahora vamos a salir, caminaremos, vagaremos un poco por los alrededores y luego echaremos un vistazo a mi casa —le dijo—. Voy a salir con los niños.

Fue lo único que se le ocurrió para tranquilizarlos de alguna manera, para distraerlos, y al propio tiempo para poder reflexionar el mismo. Se montó a Ermek sobre la espalda y tomó a Daúl de la mano. Y echaron a andar sin rumbo a lo largo de la línea del ferrocarril. Burani Yediguéi nunca había experimentado tanta compasión por la desgracia ajena. Sentado sobre sus espaldas, Ermek continuaba sollozando, echando sobre su nuca una respiración apenada y húmeda. Aquel pequeño ser humano, enfermo de tristeza, se pegaba tan confiadamente a él, se agarraba tan

confiadamente a sus hombros, y el otro ser se cogía también tan confiado de su mano, que Yediguéi estaba a punto de lanzar un aullido de dolor y compasión por ellos.

Y así caminaron a lo largo de la vía férrea, en medio del desierto Sary-Ozeki, y sólo pasaban los trenes, retumbando, ora en una dirección ora en otra... Llegaban y se marchaban...

Y otra vez Yediguéi se vio obligado a decirles a los niños una mentira. Les dijo que se habían equivocado. Aquel tren que se había detenido casualmente en el apartadero iba en otra dirección, y su *pápika* tenía que llegar de la parte opuesta. Pero, seguramente, no iría tan pronto. Le habían mandado de marinero a no sé qué mar, y cuando el barco llegara de este pequeño viaje, él volvería a casa. De momento era preciso esperar. En su interior esperaba que esta mentira los ayudaría a resistir hasta que se convirtiera en realidad. Yediguéi no dudaba que Abutalip volvería. Pasaría cierto tiempo, entenderían su caso, y él volvería, no perdería ni un segundo apenas le liberaran. Un padre tan amante de sus hijos no se retrasaría ni un segundo... Y por eso Yediguéi dijo aquella mentira... Conociendo bastante bien a Abutalip, Yediguéi se imaginaba mejor que nadie cómo lo había de pasar aquel hombre separado de su familia. Otra persona quizá no lo sintiera de una forma tan aguda, quizá no sufriera tan duramente aquella separación temporal, ajena a su voluntad, con la esperanza de volver pronto a casa. Sin embargo, para Abutalip —Yediguéi no tenía ninguna duda de ello— representaba el castigo más terrible. Y Yediguéi temía por él. ¿Resistiría? ¿Esperaría a que las cosas siguieran su cauce?

Mientras, Zaripa había escrito varias cartas a los correspondientes organismos pidiendo noticias de su marido y rogando que le comunicaran si podía tener una entrevista con él. De momento no había llegado ninguna respuesta. Kazangap y Yediguéi también se devanaban los sesos. Sin embargo, la gente sencilla se inclinaba a explicar esta situación por el hecho de que en el apartadero de Boranly-Buránni no había servicio postal directo. Era preciso entregar las cartas en la estación de Kumbel a través de otra persona o llevándolas personalmente. La llegada del correo también era a través de Kumbel, y asimismo gracias a los buenos oficios de otra persona... Y este medio de comunicación, como se sabe, no siempre es el más rápido.

Así pues, un día sucedió...

En los últimos días de febrero, Kazangap fue a Kumbel a visitar a Sabitzhán en el internado. Fue a lomos de su camello. En invierno se pasaba demasiado frío en los trenes de mercancías. No se podía entrar en los vagones, estaba prohibido, y en las plataformas abiertas el viento era insoportable. En camello, en cambio, bien abrigado, se podía con buena marcha ir y volver tranquilamente en un día, y hacer allí lo necesario.

Aquel día, Kazangap regresó al caer la tarde. Mientras se apeaba, Yediguéi pensó que Kazangap estaba de malhumor, que parecía sombrío, y que seguramente su hijo habría hecho alguna de las suyas en el internado; además, seguramente estaría cansado de trotar con el camello de acá para allá.

—¿Qué tal el viaje? —le interpeló Yediguéi.

—Bien —respondió sordamente Kazangap, ocupado en sus paquetes. Luego se volvió, y después de pensarlo, dijo—: ¿Estarás dentro de un rato en casa?

—Sí.

—Tengo que hablar contigo. En seguida pasaré a verte.

—Hazlo.

Kazangap no se hizo esperar. Llegó con su Bukéi. Él iba delante, la esposa detrás. Ambos estaban muy preocupados por algo. Kazangap tenía un aspecto cansado, su cuello estaba más alargado, los hombros caídos, el bigote marchito. La gruesa Bukéi respiraba con ahogo, como si el corazón se acelerara tanto que no la dejara respirar.

—Pero qué caras ponéis, ¿no os habréis peleado? —se burló Ukubala—. Habéis venido a hacer las paces. Sentaos.

—Si sólo fuera eso —dijo con voz más voluminosa Bukéi, que continuaba respirando pesadamente.

Después de echar una mirada a su alrededor, Kazangap preguntó con interés:

—¿Dónde están vuestras hijas?

—Están con Zaripa, jugando con los niños —respondió Yediguéi—. ¿Qué quieres de ellas?

—Traigo malas noticias —anunció Kazangap mirando a Yediguéi y a Ukubala—. Es mejor que de momento no lo sepan los niños. Una gran desgracia. ¡Nuestro Abutalip ha muerto!

—Pero ¿qué dices? —exclamó Yediguéi, mientras Ukubala, después de un breve chillido, se tapaba la boca con la mano y se ponía más blanca que la pared.

—¡Ha muerto! ¡Ha muerto! ¡Desgraciados niños, desgraciados huérfanos! —recitó Bukéi en un tono medio susurro medio ronquido.

—¿Cómo ha muerto? —se aproximó Yediguéi a Kazangap, asustado, sin creer aún lo que oía.

—Ha llegado un papel a la estación.

Y todos hicieron entonces una pausa sin mirarse unos a otros.

—¡Ay qué pena! ¡Ay qué pena! —Ukubala se llevó las manos a la cabeza y empezó a gemir balanceándose de un lado a otro.

—¿Dónde está ese papel? —preguntó finalmente Yediguéi.

—El papel está en su sitio, en la estación —empezó a relatar Kazangap—. Bien, yo estuve en el internado y me dije, vamos, echaremos un vistazo a la estación, a la tiendecita esa de la sala de espera, Bukéi me ha pedido que compre jabón. Apenas llego a la puerta, me sale al encuentro el propio jefe de la estación, Chernov. Bueno, nos saludamos, nos conocemos de antiguo, y él va y me dice: «Ha sido una suerte encontrarte; pasa a mi despacho, tengo una carta, te la llevarás al apartadero». Abrió el despacho y entramos. Sacó de la mesa un sobre con letras de imprenta. «¿Trabajaba Abutalip Kuttybáyev con vosotros en el apartadero?» «Sí», le dije, «¿qué pasa?». «Pues que hace tres días llegó este papel y no tenía con quién

mandarlo a Boranly-Buránny. Toma, entrégalo a su esposa. Es la respuesta a su petición de informes. Según ahí está escrito, el hombre ha muerto», y me dijo una palabra incomprensible. «De un infarto», dijo. «¿Y qué es eso de infarto?», le pregunté yo. Y él respondió: «Que se rompe el corazón». Ya veis, estalló su corazón. Me quedé pasmado. Al principio no lo creía. Tomé el papel. Decía: al jefe de la estación de Kumbel que comunique al apartadero de Boranly-Buránny la respuesta oficial para la ciudadana fulana de tal en respuesta a su petición, y seguía diciendo que el procesado Abutalip Kuttybáyev, etc., etc., había muerto de un ataque al corazón. Así estaba escrito. Lo leí, miré al jefe de la estación y no sabía qué hacer. «Ya ves qué cosas», dijo Chernov, y se encogió de hombros. «Toma, llévaselo». Yo le dije: «No, no tenemos esas costumbres. No quiero ser un mensajero negro. Tiene hijos pequeños, no me atrevo a darles ese golpe, no. Nosotros, los de Boranly, primero nos lo consultamos entre todos y luego decidimos. Alguno de nosotros vendrá especialmente a por este papel y lo llevará como debe llevarse tan dura noticia, que no ha muerto un gorrión sino un hombre, o bien será su propia esposa, Zariipa Kuttybáyev, la que venga en persona a recibir el papel de vuestras manos. Y usted explíqueme y cuénteles cómo sucedió todo». Y él me dijo a mí: «Eso es cosa tuya, como quieras. Sólo que yo nada tengo que contar ni que explicar. No conozco ningún detalle. Mi deber es entregar este papel a su destinatario. Eso es todo». «Bien», dije yo, «disculpe, pero que de momento el papel se quede aquí, yo ya lo transmitiré de palabra, y allí nos reuniremos para estudiar la cuestión». «Bien, ten cuidado», me dijo, «tú sabrás mejor que nadie lo que haces». Con eso le dejé, y todo el camino estuve arreando al camello y sufriendo con el corazón: «¿Qué vamos a hacer? ¿Quién tendrá suficiente ánimo para decírselo?».

Kazangap guardó silencio. Yediguéi se encorvó como si la pena se hubiera depositado sobre sus espaldas.

—¿Qué pasará ahora? —preguntó Kazangap, pero nadie le respondió.

—Ya lo sabía yo —movió amargamente la cabeza Yediguéi—. No soportó la separación de los niños. Eso era lo que yo más temía. No soportó la separación. Y la añoranza es algo terrible. Los niños también echan tanto de menos a su padre que nos faltan las fuerzas para mirarlos. Si hubiera sido otro hombre, digamos, que le hubieran condenado no sé por qué, bueno, pero que le hubiesen condenado, pues nada, habría estado en prisión un año, o dos o lo que fuera, y habría vuelto. Él había estado prisionero de los alemanes, en los campos de concentración había sufrido lo suyo, tampoco fue dulce su permanencia con los guerrilleros, y todos aquellos años estuvo luchando en tierra extraña y no se dejó abatir, porque entonces estaba solo, seguía su camino, no tenía familia. Y ahora, como suele decirse, le han arrancado en carne viva de algo vivo, de lo más querido, de los niños. Y ha sucedido la desgracia...

—Sí, también pienso así —manifestó Kazangap—. No creía que la separación pudiera matar a un hombre. De no ser por eso, con lo joven, inteligente y leído que

era, habría esperado a que se arreglara el asunto y le pusieran en libertad. En realidad, no era culpable de nada. Con la mente debió de comprenderlo, pero por lo que se ve, el corazón no resistió. El amor que sentía por sus hijos ha caído sobre su cabeza...

Luego estuvieron aún largo rato sentados examinando la situación, buscando el modo de preparar a Zaripa para aquella noticia, pero por más que pensaron e hicieron suposiciones, todo convergía en un solo punto: la familia había perdido al padre, los niños eran huérfanos, Zaripa viuda, y a eso nada se podía añadir ni quitar. Sin embargo, la proposición más sensata acabó por presentarla Ukubala:

—Que sea la misma Zaripa la que reciba ese papel en la estación. Que sufra este golpe allí, y no aquí con los niños. Y que decida allí, en la estación, lo que tiene que hacer, y también tendrá tiempo de pensarlo en el camino de regreso sobre si los niños deben saberlo, o de momento no es conveniente. Quizá decida esperar a que crezcan un poco más y se olviden un poco de su padre. Es difícil decirlo...

—Dices bien —la apoyó Yediguéi—. Es la madre. Que decida ella misma si tiene que comunicar o no a los niños la muerte de Abutalip. Yo, personalmente, no puedo...

Y Yediguéi no pudo continuar, la lengua no le obedecía, carraspeó para disolver un acceso de compasión que le oprimía la garganta.

Y cuando llegaron a un acuerdo general, Ukubala le dijo a Kazangap:

—Es preciso, kazajo, que digáis a Zaripa que el jefe de la estación tiene unas cartas para ella. Que han llegado unas respuestas a su demanda de información. Pero que os han pedido que vaya ella personalmente. Y en segundo lugar —continuó—, no es posible enviar a Zaripa sola en un día así. Allí no tiene ni parientes ni amigos. Y el dolor más terrible es la soledad. Tú, Yediguéi, viajarás con ella y estarás a su lado en aquel momento. Quién sabe qué puede suceder con una desgracia tan grande. Dile que tienes que ir a la estación por tus asuntos, y viajáis juntos. Los niños se quedarán aquí en nuestra casa.

—Muy bien —aceptó Yediguéi los argumentos de su mujer—. Mañana le diré a Abílov que es preciso trasladar a Zaripa al hospital de la estación.

En eso quedaron. Pero sólo consiguieron partir para Kumbel dos días después en un tren que se detuvo a petición del jefe del apartadero. Era el 5 de marzo. Burani Yediguéi siempre recordaría aquel día.

Viajaron en un vagón general. Iba lleno de gente diversa, con sus familias, con el inevitable quehacer de un viaje, el hedor de aguardiente, el desordenado deambular, el jugar a cartas hasta el embrutecimiento, los cuchicheos medio ahogados de las mujeres, que se comunicaban unas a otras sus confesiones sobre lo difícil que es la vida, la embriaguez de los maridos, los divorcios, las bodas, los entierros... Aquella gente viajaba lejos. Y les acompañaba todo lo que constituía su vida cotidiana... Zaripa y su acompañante Burani Yediguéi se adhirieron por poco tiempo a sus desgracias y penas.

Naturalmente, Zaripa no se sentía muy tranquila. Sombría e inquieta, guardó silencio durante todo el camino, pensando seguramente qué respuestas la esperarían en el despacho del jefe de la estación. Yediguéi también guardó silencio la mayor parte del tiempo.

Hay, en efecto, gente compasiva y sensible capaz de advertir a primera vista que algo malo le sucede a una persona. Cuando Zaripa se levantó de su sitio y se dirigió a la plataforma, donde permaneció junto a la ventanilla, una mujer rusa, sentada en el banco frente a Yediguéi, dijo mirando con ojos bondadosos, otrora azules y ahora descoloridos por la edad:

—¿Qué pasa, hijito, tienes a tu mujer enferma?

Yediguéi se estremeció.

—No es mi esposa sino mi hermana, buena mujer. La llevo al hospital.

—Sí, claro; ya veo que la pobre está sufriendo. Que lo pasa muy mal. En los ojos se refleja un lúgubre pesar. Seguramente, tiene miedo en su interior. Temerá que en el hospital le encuentren alguna terrible enfermedad. ¡Ay, qué vida esta! Si no naces no verás la luz, si naces, no evitarás el sufrimiento. Así son las cosas. Pero el Señor es misericordioso, ella es joven y saldrá adelante, creo yo —dijo, captando y comprendiendo de alguna manera la confusión y la tristeza que se apoderaban de Zaripa cada vez con mayor fuerza a medida que se aproximaban a la estación.

Había una hora y media de viaje hasta Kumbel. A los pasajeros del tren les tenía sin cuidado por qué parajes viajaban aquel día. Sólo preguntaban cuál era la próxima estación. Y el majestuoso Sary-Ozeki se extendía cubierto de nieve aún como un reino silencioso e infinito de espacios desiertos. Pero ya iban apareciendo los primeros reflejos del retroceso del invierno. Mostraban su negrura las calvas de los lugares deshelados de las pendientes, emergían los desiguales bordes de los barrancos, aparecían manchas fugaces en las estribaciones de los montículos, y en todas partes la nieve empezaba a asentarse a efectos del viento húmedo y tibio que se había levantado en la estepa desde la llegada de marzo. Sin embargo, el sol todavía se encerraba tras compactos y bajos nubarrones, grises y acuosos incluso por su aspecto. El invierno aún tenía vida: todavía podía nevar, y hasta podía levantarse una ventisca de última hora...

Yediguéi miraba por la ventanilla sin moverse de su sitio frente a la compasiva anciana y hablando de vez en cuando con ella, pero no se acercó a Zaripa. «Que esté sola —pensó—, que permanezca junto a la ventanilla y reflexione sobre su situación. Quizá algún presentimiento interior le sugiera algo. Es posible que recuerde el otro viaje, el que hicimos a principios del otoño del año pasado, cuando todos juntos, las dos familias con toda la chiquillería, subimos a un mercancías y fuimos a Kumbel a por sandías y melones, y nos sentimos muy felices, pues para los niños aquello fue una fiesta inolvidable». Parecía haber pasado muy poco tiempo desde entonces. En aquel viaje, Abutalip y Yediguéi se sentaron junto a la puerta entreabierto del vagón, en la corriente de aire, y hablaron de toda clase de temas; los niños revoloteaban a su

alrededor, contemplaban las tierras que pasaban volando frente a ellos, mientras las esposas, Zaripa y Ukubala, sostenían también una íntima conversación. Luego fueron de tiendas, pasearon por la plazuela de la estación, estuvieron en el cine, en la peluquería. Los niños comieron helado. Pero lo más tragicómico fue cuando todos juntos no pudieron convencer a Ermek para que se cortara el cabello, el niño temía sin saber por qué el contacto de la maquinilla con su cabeza. Y Yediguéi recordó que en aquel momento apareció Abutalip en la puerta, y que su hijito se precipitó hacia él, y él lo agarró y lo estrechó contra su pecho como protegiéndole instintivamente del peluquero, diciendo que ya cobraría ánimo y lo harían la próxima vez, que de momento podía esperar. El Ermek de los negros rizos continuaba, incluso ahora, con el cabello sin cortar desde que había nacido, pero ahora ya sin padre...

Y de nuevo, por enésima vez, Burani Yediguéi intentó comprender por qué Abutalip Kuttybáyev había muerto sin esperar la solución de su caso. Y otra vez llegó a la única conclusión explicable: la añoranza de sus hijos le había roto el corazón. La separación, cuyo peso no todo el mundo es capaz de comprender, la amarga conciencia de que sus hijos —sin los cuales no sólo no imaginaba la vida sino ni siquiera la respiración— quedaban separados de él, abandonados a los caprichos del destino en un apartadero, en el desierto Sary-Ozeki, sin agua, sólo eso le mató...

Yediguéi pensaba continuamente sobre todo esto, sentado en un banco de la plazuela de la estación, mientras esperaba a Zaripa. Habían convenido que la esperaría allí, en aquel banco, mientras ella iba a buscar los papeles al despacho del jefe de la estación.

Era ya mediodía, pero el tiempo era malo. El cielo bajo y nublado no se había aclarado. De las alturas iban cayendo de vez en cuando cristallitos de nieve, o bien gotas de humedad, que rozaban la cara. Soplaba el viento húmedo de la estepa que olía ya a nieve antigua en fase de deshielo. Yediguéi sentía frío e incomodidad. Habitualmente, gustaba de codearse con la gente, cuando había ocasión, en medio del tumulto y alboroto de la estación; él no iba a ninguna parte ni le preocupaba nada, pero allí contemplaba los trenes, veía cómo descendían los viajeros y cruzaban rápidamente por el andén dando vida a algo semejante al cine: ahora estaba —había llegado un tren—, ahora no estaba —se había marchado el tren.

Pero aquel día nada de eso le interesaba. Se admiraba de la cara firme de las personas, de que fueran tan vulgares, tan indiferentes, tan cansados, tan alejados unos de otros... Además, la música retransmitida por radio, que roncaba por toda la plaza de la estación, provocaba tristeza y abatimiento por su invariable y monótona fluidez. ¿Qué música era aquélla? Qué lata. Y no se oía la pomposa y majestuosa voz de los locutores. ¡Machacaban sólo con música!

Habían pasado ya veinte minutos, y quizá más, desde que Zaripa desapareciera en el edificio de la estación. Yediguéi empezó a inquietarse, y aunque habían concertado que él la esperaría en aquel banco, precisamente el mismo en el que la última vez se

habían sentado con Abutalip y los niños y habían comido helado, decidió ir a buscarla y ver qué pasaba.

Y entonces la vio en la puerta y se estremeció involuntariamente. Su figura destacaba entre la multitud que entraba y salía por su aislamiento de todo cuanto la rodeaba. Su cara estaba mortalmente pálida; caminaba sin mirar a parte alguna, como en sueños, sin tropezar con nada ni con nadie, como si no existiera nada a su alrededor, como en el desierto, manteniendo la cabeza erecta y afligida, como una ciega, y con los labios fuertemente apretados. Yediguéi se levantó al acercarse ella. Daba la impresión de que estaba largo rato acercándose y que aquello era como en sueños, tan horrible y extraña era su aproximación con Ja mirada vacía. Pasó quizá toda una eternidad, un frío abismo, una oscura distancia de insoportable espera, hasta que llegó a él llevando en la mano aquel mismo papel de sobre compacto con letras de imprenta, como había dicho Kazangap, y una vez allí, dijo despegando los labios:

—¿Lo sabías?

Él bajó lentamente la cabeza.

Zaripa se dejó caer sobre el banco, se tapó la cara con las manos apretándose la cabeza con fuerza como si se le hubiera podido caer deshecha en pedazos y se echó a llorar amargamente, encerrada en sí misma, en su dolor y en su pérdida. Lloraba recogida en un doloroso y convulso ovillo, desaparecía, se hundía y caía cada vez más profundamente en sí misma, en su inconmensurable sufrimiento, y él, sentado a su lado, habría estado dispuesto, como cuando se llevaron a Abutalip, a cambiarse por él y a aceptar sin vacilaciones cualquier tormento con tal de proteger, de librar a aquella mujer de semejante golpe. Comprendía al mismo tiempo que de ninguna manera podía consolarla ni sosegarla hasta que se agotara la primera ensordecedora ola de su desgracia.

Y así estuvieron sentados en el banco de la plaza de la estación. Zaripa lloraba, sollozaba convulsamente, y en cierto momento arrojó sin mirar el arrugado sobre con el malhadado papel. ¿Quién necesitaba ahora aquel papel si él ya no estaba entre los vivos? Pero Yediguéi recogió el sobre y se lo puso en el bolsillo. Luego sacó un pañuelo, y por la fuerza, abriéndole los dedos, obligó a la llorosa Zaripa a tomarlo y a enjugarse las lágrimas. Pero de nada sirvió.

Y la música de la radio que se derramaba por la estación era, como si lo supiera, una música fúnebre, infinitamente angustiosa. El cielo de marzo, gris y húmedo, colgaba sobre sus cabezas, el viento fastidiaba el alma con sus ráfagas. Los transeúntes miraban por el rabillo del ojo a la pareja, a Zaripa y a Yediguéi, y pensaban, naturalmente, en su interior: vaya escándalo esa gentecilla. Él la habrá ofendido, seguramente, muy en serio... Pero por lo visto no todos pensaban así.

—Llorad, buena gente... Llorad —sonó a su lado una voz compasiva—. ¡Hemos perdido a un padre querido! ¿Qué va a ser ahora de nosotros?

Yediguéi levantó la cabeza y vio pasar por su lado a una mujer con un viejo uniforme y unas muletas. Una de las piernas se la habían cortado por la misma

cajera. La conocía. Había estado en el frente y trabajaba ahora en la taquilla de la estación. La taquillera tenía la cara llena de lágrimas, y caminaba llorando y diciendo: «Llorad. Llorad. ¿Qué va a ser ahora de nosotros?». Y se alejó llorando, moviendo las muletas como de costumbre, con sordo golpeteo, bajo sus hombros anormalmente levantados; después de cada par de golpes, arrastraba la suela de su único pie, que iba desgastando hasta el fin una vieja bota de soldado...

El sentido de sus palabras llegó a Yediguéi cuando vio que se congregaban muchas personas a la entrada de la estación. Con la cabeza levantada, contemplaban cómo varios hombres colocaban una escalera de mano y colgaban muy alto, por encima de la puerta, un gran retrato militar de Stalin en un marco negro de luto.

También comprendió por qué la música de la radio era tan melancólica. En otras circunstancias se habría levantado y mezclado entre la gente, enterándose de qué le había sucedido a aquel gran hombre sin el cual nadie imaginaba que pudiera girar la Tierra, pero en aquel momento tenía bastante con su dolor. No pronunció una sola palabra. Tampoco Zaripa estaba para nadie ni para nada...

Y los trenes seguían pasando como estaba dispuesto que ocurriera, sucediera lo que sucediera en el mundo. Media hora después, tenía que pasar por la vía un tren de larga distancia que llevaba el número diecisiete. Como todos los trenes de pasajeros, no se detenía en apartaderos como Boranly-Buránnny. Con esta idea se puso en marcha. A nadie podía pasarle por la cabeza que esta vez el diecisiete tendría que detenerse en Boranly-Buránnny. Así lo había decidido Yediguéi en su interior, y además lo había decidido firme y tranquilamente. Dijo a Zaripa:

—Tenemos que volver pronto, Zaripa. Queda media hora. Ahora tienes que pensar qué conviene, qué hacer, si comunicarles a los niños la muerte de su padre o esperar por el momento. No voy a consolarte ni a sugerirte nada, tú riges tu propio destino. Ahora eres para ellos un padre y una madre. Pero tienes que pensar en ello durante el viaje. Si decides no decírselo de momento a los niños, tendrás que dominarte. No debes derramar lágrimas ante ellos. ¿Podrás, tendrás suficientes fuerzas? También nosotros tenemos que saber cómo debemos conducirnos con ellos. ¿Lo comprendes? Ése es el problema, ya lo ves.

—Bien, lo comprendo todo —respondió Zaripa entre lágrimas—. Antes de que lleguemos habré concentrado mis pensamientos y te diré qué debemos hacer. Vuelvo en seguida, procuraré dominarme. Vuelvo en seguida...

En el tren de vuelta, las mismas cosas. La gente viajaba amontonada, en una nube de tabaco, surcando el enorme país de extremo a extremo.

Zaripa y Yediguéi fueron a parar a un vagón de compartimentos. Allí había menos pasajeros y se instalaron en el pasillo, junto a la ventanilla, en un extremo, para no molestar a los demás y poder hablar de sus cosas. Yediguéi se sentó en un abatible del pasillo y Zaripa se quedó de pie mirando por la ventana aunque él le había ofrecido el asiento.

—Así estaré mejor —dijo la joven.

En aquel momento, sollozando aún de tarde en tarde, venciendo a sí misma y asumiendo la desgracia que había caído sobre sus espaldas, Zaripa intentaba concentrarse; mirando por la ventanilla, procuraba pensar por lo menos en el principio de su nueva vida y condición, de su viudez. Si antes tenía la esperanza de que todo aquello se acabaría un buen día como una pesadilla, que tarde o temprano Abutalip regresaría, porque no era posible que no se deshiciera aquel malentendido, y que de nuevo estarían juntos, toda la familia, y que lo demás ya se arreglaría, que encontrarían el medio de sobrevivir por difícil que fuera, de resistir y de educar a sus hijos, ahora carecía de toda esperanza. Tenía ciertamente en qué pensar...

Burani Yediguéi pensaba en lo mismo, porque no podía dejar de preocuparse por la suerte de aquella familia. Así era a fin de cuentas. Sin embargo, consideraba que ahora tenía que estar más sereno y tranquilo que nunca para infundir alguna seguridad en la joven. No la apresuró. E hizo bien. Agotadas las lágrimas, ella misma inició la conversación.

—De momento, tendré que ocultar a los niños que su padre ya no existe —dijo ella con voz entrecortada, tragándose y reteniendo el llanto—. Ahora no podría. Especialmente Ermek... Para qué ese gran afecto, es terrible... ¿Cómo privarlos de sus sueños? ¿Qué será de ellos? Porque sólo viven con esta idea... Esperan, esperan día a día, cada minuto... Con el tiempo, habrá que alejarse de aquí, cambiar de lugar... Que crezcan un poco más. Temo mucho por Ermek. Que crezca, aunque sea sólo un poquito más... Entonces se lo diré, y también ellos lo irán adivinando poco a poco... Pero ahora no, no tengo fuerzas... Porque yo misma... Escribiré una carta a nuestros hermanos y hermanas, a los suyos y a los míos. ¿Por qué habrían de temernos ahora? Responderán, espero, y nos ayudarán a partir... Luego, ya veremos... Ahora, lo único que tengo que hacer es criar a los hijos de Abutalip, dado que él ya no existe...

Así razonaba, y Burani Yediguéi la escuchaba en silencio, comprendiéndola y captando el sentido de cada una de sus palabras, sabiendo con toda seguridad que aquello era sólo una pizca pequeñísima, únicamente la parte superficial de aquello que, como una tromba, había pasado y pasaba por su pensamiento. En casos así no se puede expresar todo... Por ello, procurando no ensanchar en absoluto los límites de la conversación, dijo:

—Puede que tengas razón, Zaripa... Si no conociera a los niños, lo dudaría. Pero en tu lugar, tampoco me atrevería a comunicarles una cosa así. Hay que esperar un poco. Y mientras responden tus parientes, no tengas ninguna duda por lo que respecta a nosotros. Nos comportaremos como siempre. Trabaja como antes y tus hijos estarán con los nuestros. Ya lo sabes, Ukubala los quiere tanto como a los suyos. Lo demás ya se verá...

Y Zaripa, con un profundo suspiro, aún añadió a la conversación:

—Ya ves cómo parece estar organizada la vida. De una manera muy terrible, muy sabia y muy interrelacionada. El fin, el principio, la continuación... De no ser por los

niños, palabra, Yediguéi, ahora ya no viviría. Incluso llegaría a este extremo. ¿Para qué vivir? Pero los niños nos obligan, me constriñen, me retienen. Y en ello está la salvación, en ello está la continuación... Y ahora pienso con terror no ya en cuando sepan la verdad, que en eso no hay escapatoria, sino en lo que pasará después. Lo que le sucedió a su padre siempre será una herida sangrante para ellos. En cualquier caso, cuando se dediquen al estudio, al trabajo, o deban manifestarse de alguna manera a los ojos de la sociedad, su apellido les cerrará todas las puertas... Y cuando pienso en ello, creo que existe una barrera infranqueable para nosotros. Abutalip y yo evitábamos estos temas de conversación. Yo se los ahorra, y él a mí también. Con él, estaba segura, nuestros hijos se habrían convertido en personas plenamente realizadas. Y esto nos salvaguardaba de las calamidades, de la adversidad... Ahora, ya no sé... Yo no puedo sustituirle... Porque él era él... Él lo habría conseguido todo. Él quería algo así como trasladarse, como reencarnarse en sus hijos. Por eso ha muerto, porque le arrancaron de ellos...

Yediguéi la escuchaba atentamente. Que Zaripa le comunicara estos pensamientos íntimos como a la persona más querida le provocaba un sincero deseo de corresponder de alguna manera, de protegerla, de ayudarla, pero la conciencia de su propia impotencia le oprimía, le producía una irritación sorda, secreta.

Se acercaban ya al apartadero de Boranly-Buránny. Pasaban por lugares conocidos, por el tramo donde Burani Yediguéi había trabajado muchos veranos e inviernos...

—Prepárate —dijo a Zaripa—. Estamos llegando. O sea, que hemos decidido no decir de momento a los niños una sola palabra. Muy bien, así lo haremos. Tú, Zaripa, procura no delatarte. Y ahora, arréglate un poco. Ven a la plataforma. Quédate junto a la puerta. Así que el tren se detenga, baja tranquilamente del vagón y espérame. Bajaré y nos iremos.

—¿Qué quieres hacer?

—Nada. Déjame a mí. A fin de cuentas, tienes derecho a bajar del tren.

Como siempre, el tren de pasajeros número diecisiete cruzaba sin parar el apartadero, si bien, es verdad, que aminorando la velocidad ante el semáforo. En ese momento preciso, a la entrada de Boranly-Buránny, el tren frenó bruscamente con terrible chirrido de ruedas. Sonaron exclamaciones y toques de silbato por todo el tren.

—¿Qué pasa?

—¡Han tirado de la alarma!

—¿Quién?

—¿Dónde?

—¡En el vagón de compartimentos!

Mientras, Yediguéi abrió la puerta a Zaripa y ésta bajó del tren. Él esperó a que irrumpieran en la plataforma el maquinista y el revisor.

—¡Alto! ¿Quién ha tirado de la alarma?

—Yo —respondió Burani Yediguéi.

—¿Quién eres? ¿Con qué derecho?

—Era preciso.

—¿Cómo que era preciso? ¿Quieres que te lleven a juicio?

—Nada de eso. Escriba en su acta, en la que enviará al tribunal o adonde sea. Aquí está mi documentación. Escriba que el antiguo soldado, el ferroviario Yediguéi Zhangueldín tiró de la alarma y paró el tren en el apartadero de Boranly-Buránný en señal de luto el día de la muerte del camarada Stalin.

—¿Cómo? ¿Ha muerto Stalin?

—Sí, lo han anunciado por la radio. Hay que escucharla.

—Bueno, entonces es otra cosa —quedaron confundidos los otros, que ya no retuvieron a Yediguéi—. Entonces vete, siendo así.

U nos minutos después, el tren número diecisiete continuaba su camino...

Y de nuevo iban los trenes de oriente a occidente y de occidente a oriente.

Y a ambos lados del ferrocarril en esas tierras, se extendían los mismos espacios desérticos, nunca tocados, de Sary-Ozeki, y las tierras Centrales de las estepas amarillas.

El cosmódromo Sary-Ozeki-I no existía entonces ni por asomo en aquellos confines. Es muy posible que sólo se perfilara en la mente de los futuros creadores de los vuelos cósmicos.

Pero los trenes continuaban yendo de oriente a occidente y de occidente a oriente...

El verano y el otoño del año cincuenta y tres fueron los más dolorosos en la vida de Burani Yediguéi. Nunca, ni antes ni después, hubo obstáculos en las vías, ni calores tórridos en Sary-Ozeki, ni sequías, nunca hubo adversidades ni desgracias, ni aun la guerra —y eso que llegó hasta Königsberg y pudo mil veces caer muerto, herido o mutilado— que causaran, que proporcionaran a Yediguéi tanto sufrimiento como aquellos días...

Afanasi Ivánovich Elizárov contó un día a Burani Yediguéi el porqué de los desprendimientos de tierra, de esos deslizamientos irreparables que provocan la caída y cambio de lugar de pendientes enteras, y a veces de toda una montaña que se derrumba hacia un lado abriendo ocultas capas de tierra. Y la gente se horroriza al pensar que semejante desgracia se oculta bajo sus pies. El peligro de los derrumbamientos está en que la catástrofe va madurando imperceptiblemente, día a día, ya que las aguas subterráneas van erosionando gradualmente desde el interior los apoyos del terreno, y basta una pequeña sacudida de la tierra, un trueno o un fuerte aguacero, para que la montaña empiece a deslizarse lenta e irreparablemente hacia abajo. El desplome habitual tiene lugar de una vez y de forma inesperada. El desplome por deslizamiento avanza amenazadoramente, a la vista de todos y no hay fuerza que pueda detenerlo...

Algo semejante puede sucederle al hombre que se queda solo frente a contradicciones insuperables y se agita con el alma afligida sin atreverse a comunicárselo a nadie, pues no hay nadie en el mundo que esté en condiciones de

ayudarle y de comprenderle. Él lo sabe, y eso le aterroriza. Y es algo que avanza sobre él...

La primera vez que Yediguéi experimentó este deslizamiento, y concibió claramente lo que significaba, fue dos meses después del viaje a Kumbel con Zaripa, cuando tuvo que ir de nuevo allí por sus asuntos. Había prometido a Zaripa pasar por Correos a ver si había cartas para ella, y, en caso de no haberlas, mandar tres telegramas a tres direcciones diferentes que ella le había dado. Hasta entonces, Zaripa no había recibido respuesta a ninguna de las cartas a sus parientes. Y ahora quería saber sencillamente si las habían recibido o no, eso es lo que decía en los telegramas: «Ruego encarecidamente comuniquen si han recibido mis cartas. Sólo sí o no. No es obligado responder a las cartas». Al parecer, los hermanos y hermanas no querían relacionarse con la familia de Abutalip ni por carta.

Yediguéi salió por la mañana en su *Burani Karanar* con la intención de estar de vuelta a la caída de la tarde. Naturalmente, cuando salía de viaje solo, sin bagaje, cualquier maquinista conocido le habría recogido con mucho gusto y le habría dejado en Kumbel una hora y media después. Sin embargo, Yediguéi empezó a evitar esta clase de viajes por culpa de los hijos de Abutalip. Ambos, tanto el mayor como el menor, continuaban esperando cada día, en el ferrocarril, el regreso de su padre. En sus juegos, conversaciones, adivinanzas, dibujos, en toda su simple vida cotidiana infantil, la espera del padre era la esencia de su vida. Y es indudable que la personalidad más autorizada para ellos en aquel período era tío Yediguéi, el cual, así lo creían, tenía que saberlo todo y ayudarlos.

El propio Yediguéi comprendió que sin él los niños aún lo pasarían peor y se sentirían todavía más huérfanos en el apartadero, y por eso dedicaba casi todo su tiempo libre en buscarles ocupación, en distraerlos gradualmente de las inútiles esperas. Recordando el testamento de Abutalip referente a que hablara a los niños del mar, sacaba a relucir más y más detalles de su propia infancia y de su juventud de pescador, y de todos los hechos y leyendas del mar de Aral. Adaptaba a los niños estos relatos como podía, y cada vez se admiraba de su capacidad de inventiva, de su sensibilidad, de su memoria. Y estaba muy contento al ver que ponían de manifiesto la educación que recibieron de su padre. Al contar algo, Yediguéi se orientaba principalmente hacia el menor, hacia Ernek. Sin embargo, el pequeño no se quedaba atrás ni con respecto al mayor ni con respecto a ninguno de los cuatro oyentes —los hijos de ambas casas— y para Yediguéi era el más querido, aunque procuraba no distinguirlo. Ernek era el oyente más interesado, el mejor interpretador de sus relatos. Tratárase de lo que se tratara, él relacionaba con su padre cualquier acontecimiento, cualquier giro interesante de la acción. Para él, su padre tomaba parte en todas las cosas y estaba en todas partes. Un ejemplo es la siguiente conversación:

—En las orillas del mar de Aral hay unos lagos en los que crecen espesos cañaverales, y en ellos se esconden los cazadores con sus escopetas. En primavera, los patos acuden volando al mar de Aral. En invierno han vivido en otros mares más

cálidos, pero apenas se funden los hielos del Aral, se ponen en camino con la mayor rapidez posible, de día y de noche, pues echan mucho de menos aquellos lugares. Vuelan en grandes bandadas, les gusta nadar en el agua, bañarse después del viaje, dar volteretas, y por eso cada vez vuelan más bajo hacia la orilla, pero entonces sale humo y fuego de las cañas: ¡pan-pan! Así disparan los cazadores. Los patos caen graznando al agua. Los demás, huyen asustados hacia el centro del mar y no saben qué hacer ni dónde vivir. Dan vueltas sobre las olas graznando. La verdad es que están acostumbrados a nadar junto a la orilla. Pero ahora tienen miedo de acercarse a ella.

—Tío Yediguéi, de todos modos hubo un pato que empezó a volar en seguida para volver al lugar de donde venía.

—¿Y para qué volvió hacia allí?

—Es que verás, mi *pápika* es un marinero que navega por allí en un gran barco. Tú mismo nos lo dijiste, tío Yediguéi.

—Sí, claro que sí, cómo no —recordó Yediguéi, cogido en la trampa—. Bien, ¿y qué más?

—Pues que ese pato volaba de regreso y le dijo a mi *pápika* que los cazadores estaban ocultos entre las cañas y que les disparaban. ¡Y que no tenían dónde vivir!

—Sí, sí, tienes razón.

—Y mi *pápika* le dijo a ese pato que él volvería pronto, que en el apartadero tenía dos hijos (Daúl y Ermek) y además al tío Yediguéi. Y que cuando llegue nos reuniremos todos juntos, iremos al mar de Aral y echaremos de las cañas a los cazadores que disparan contra los patos. Y de nuevo los patos se encontrarán a gusto en el mar de Aral... Nadarán y darán volteretas así, cabeza abajo...

Cuando se agotaban los relatos, Yediguéi recurría a la adivinación por las piedras. Llevaba siempre encima cuarenta y una piedrecitas del tamaño de un buen guisante. Este antiquísimo medio de adivinación tenía su complejo simbolismo y su antigua terminología. Cuando Yediguéi echaba las piedras, instándolas y conjurándolas a que respondieran con verdad y honestidad si aún vivía un hombre llamado Abutalip, dónde se encontraba y si pronto se extendería un camino ante él, así como qué tenía en su cuerpo y en su alma, los niños callaban concentrados, vigilando sin distracciones cómo se colocaban las piedras. Un día, Yediguéi oyó unos susurros, una conversación en voz baja tras la esquina. Miró con precaución. Eran los hijos de Abutalip. Ermek estaba adivinando con las piedras. Las arrojó como mejor supo, pero al propio tiempo se llevó cada piedra a la frente y a los labios, informando a cada una:

—Te quiero. Tú también eres inteligente, una piedrecita buena. No te equivoques, no tropieces, habla honrada y francamente, como hablan las piedrecitas de tío Yediguéi. —Luego empezó a interpretar a su hermano mayor el significado de la operación, repitiendo con exactitud el relato de Yediguéi—. Ya lo ves, Daúl, el cuadro general no es malo, no es malo en absoluto. Eso es el camino. Un camino algo

nebuloso. Hay una cierta niebla en él. Pero no importa. Tío Yediguéi dice que eso son los inconvenientes del viaje. No hay camino que no los tenga. Papá está preparándose para partir. Quiere subirse a la silla, pero la cincha anda un poco floja. Lo ves, la cincha no está tensada. Hay que tensarla con más fuerza. Es decir, hay algo que todavía retiene a papá, Daúl. Habrá que esperar. Y ahora miremos qué hay en la costilla derecha y en la costilla izquierda. Las costillas están enteras. Eso está bien. ¿Y qué tiene en la frente? En la frente hay cierto fruncimiento. Está muy preocupado por nosotros, Daúl. En el corazón, ves esta piedrecita, en el corazón hay dolor y tristeza: echa mucho de menos su casa. ¿Se pondrá pronto en camino? Pronto. Pero la herradura del casco posterior del caballo anda suelta. O sea, habrá que volver a herrarle. Habrá que esperar aún. ¿Y qué lleva en las alforjas? ¡Oh, en las alforjas lleva las compras que ha hecho en el mercado! Y ahora: ¿tendrá una buena disposición de las estrellas? Ya lo ves, esta estrella es la Brida de Oro. Está dejando huellas. Aún no son muy claras. O sea, que pronto habrá que desatar al caballo y ponerse en camino...

Burani Yediguéi se alejó sin ser visto, conmovido, apesadumbrado y admirado por todo aquello. A partir de entonces empezó a evitar las adivinanzas con piedras...

Pero los niños niños son y de algún modo se les puede consolar y esperanzar, y si es preciso, cargar con el pecado y engañarlos por el momento. Pero otra cuita se había instalado en el alma de Burani Yediguéi. En aquellas circunstancias, en aquella cadena de acontecimientos, esa cuita debía surgir, y, como un derrumbamiento, en cierto momento debía empezar a deslizarse sin que él pudiera detenerla...

Sufría mucho por ella, por Zaripa. Aunque entre ambos no había habido otras conversaciones al margen de las habituales en la vida cotidiana, aunque Zaripa nunca le había dado pie a nada, Yediguéi pensaba continuamente en ella. No era simplemente la lástima y la compasión que sentían por ella todos y cada uno, no era simplemente una compasión nacida al conocer y ver las desgracias que la rodeaban, pues entonces no sería necesario hablar de ello. Pensaba en ella con amor, con el pensamiento incesantemente puesto en ella, y con la buena disposición interna de convertirse en la persona en que ella pudiera confiar en todo cuanto atañía a su vida. Y habría sido feliz si hubiera sabido que ella, supongámoslo, considerara que precisamente él, Burani Yediguéi, era en este mundo su amigo más fiel y el que más la quería.

Y lo doloroso era aparentar que no sentía nada especial por ella, ¡que entre ellos no había nada ni podía haberlo!

Camino de Kumbel, estuvo todo el trayecto sumido en estas reflexiones. Languidecía. Tenía muy diversos pensamientos. Experimentaba un raro estado de ánimo, muy variable, como si esperara la próxima llegada de una fiesta o una inevitable enfermedad. Y bajo este estado, a veces le parecía que de nuevo se encontraba en el mar. Allí el hombre siempre se siente de distinta manera que en la tierra, incluso cuando todo está tranquilo a su alrededor y al parecer nada le amenaza. Por libre y alegre que pueda ser a veces surcar las olas, aunque sea llevando a cabo el

trabajo necesario a bordo, por hermosos que sean los reflejos de los crepúsculos matutino y vespertino sobre la lisa superficie de las aguas, de todos modos hay que volver a la orilla, a la que sea, pero a la orilla. Y en ella espera una vida completamente distinta. El mar es provisional, la tierra definitiva. Y si uno teme atracar en una orilla, tiene que buscar una isla, desembarcar y saber que allí está su sitio y que allí debe quedarse para siempre. Incluso lo imaginaba así: de encontrar semejante isla, se habría llevado a Zaripa y a los niños, y habría vivido allí. Habría acostumbrado a los niños al mar, y él habría vivido hasta el fin de sus días en la isla, en medio del mar, sin quejarse de su destino, sólo alegrándose de él. Con sólo saber que podría verla a cualquier hora, que podría ser para ella el hombre más querido, el más necesario y deseado...

Pero estos deseos le avergonzaban ante los suyos, sentía que le subían los colores a la cara, aunque no hubiera alma humana en cien verstas a la redonda. Soñaba como un niño, quería una isla, ¿y a santo de qué?, cabía preguntarse. Y era él quien se atrevía a soñar, él, que estaba atado de pies y manos por toda su vida, por la familia, por los hijos, por el trabajo, por el ferrocarril, y finalmente, por Sary-Ozeki, donde había crecido en alma y cuerpo sin que él mismo se diera cuenta... Además, ¿qué falta le hacía él a Zaripa, por mal que ésta lo pasara? ¿Por qué se figuraba esas cosas? ¿Por qué le había de resultar atractivo a ella? Por lo que respecta a los niños, no tenía ninguna duda, él los quería con toda el alma y ellos sentían afecto por él. Pero ¿por qué había de desearlo Zaripa? Además, él no tenía derecho a pensar de aquella manera porque la vida le había clavado fuertemente, desde hacía tiempo, en un lugar en donde seguramente tendría que vivir hasta el fin de sus días...

Burani Karanar conocía el trayecto, lo había recorrido muchas veces y como sabía el camino que tenía por delante adoptaba un trote ligero sin necesidad de que su amo lo estimulara. Gritando y gimiendo profundamente, el camello cubría con paso vivo las nunca medidas distancias de Sary-Ozeki, por barrancos y cañadas, junto al lago salado que hubo en otro tiempo. Yedigüéi, montado en él, sufría y se afligía ocupado en sus pensamientos... Y estaba tan lleno de estos sentimientos contradictorios que se sentía sumamente incómodo y su alma no encontraba asilo en los inconmensurables espacios de Sary-Ozeki... Tan superior a sus fuerzas le resultaba...

Con este estado de ánimo llegó a Kumbel. Como es natural, quería que Zaripa recibiera finalmente una respuesta de sus parientes, pero ante la idea de que éstos pudieran ir a recoger a la familia huérfana y llevársela a su tierra, o bien llamarla a su casa, Yedigüéi se sentía muy mal. En la administración, en la ventanilla de la lista de correos, le dijeron de nuevo que no había llegado ninguna carta para Zaripa Kuttybáyev. Y él se sorprendió de alegrarse tanto. Fulguró incluso en su mente un pensamiento, absurdo y malo, contra su conciencia: «Me alegro de que no haya nada». Luego, cumplió honradamente su encargo: envió los tres telegramas a las tres direcciones. Hecho esto, regresó al caer la tarde...

El verano había sucedido a la primavera. Sary-Ozeki estaba seco, descolorido. La hierbezuela desapareció como un tranquilo sueño. La estepa fue de nuevo amarilla. El aire se recalentaba, día a día se acercaba la época tórrida. Los parientes de los Kuttybáyev continuaban sin dar señales de vida. No, no habían respondido ni a las cartas ni a los telegramas. Mas los trenes continuaban pasando por Boranly-Buránnny, y la vida seguía su curso...

Zaripa ya no esperaba respuesta, había comprendido que no podía contar con la ayuda de sus parientes, que no valía la pena molestarlos con nuevas cartas en demanda de ayuda... Convencida de ello, la mujer cayó en una silenciosa desesperación. ¿Adónde ir? ¿Qué hacer? ¿Cómo decir a los niños lo de su padre? ¿Cómo reconstruir su arruinada vida? De momento, no tenía la respuesta.

Es posible que Yediguéi sufriera por ellos no menos que la propia Zaripa. Todos los de Boranly los compadecían, pero Yediguéi conocía de sobra el precio que tenía que pagar por la tragedia que afectaba a aquella familia. Ya no podía separarse de ellos. Día a día, vivía el destino de aquellos niños y de Zaripa. Y le dominaba una tensa espera, la de pensar qué les pasaría, y también una silenciosa desesperación, la de saber qué haría él, pero por encima de todo todavía pensaba continuamente, aún pensaba dolorosamente: ¿qué hacer, cómo encontrar la paz consigo mismo, cómo ahogar aquella voz que le llamaba a ella? No, no encontraba ninguna solución... No habría supuesto nunca que en la vida pudiera tropezar con semejante cosa...

Muchas veces, Yediguéi tenía la intención de confesárselo, quería decidirse y declarar abierta y sinceramente que la amaba y que estaba dispuesto a cargar con todas las dificultades porque no imaginaba que pudiera vivir separado de ellos. Pero ¿cómo hacerlo? ¿De qué manera? Además, ¿le comprendería ella? ¡La mujer no estaba para esas cosas después de la desgracia que había caído sobre su desamparada cabeza, y él le iba con sus sentimientos! ¿Cómo era posible? Pensando continuamente en ello, se ponía sombrío, se desconcertaba, y le costaba no pocos esfuerzos mantener el aspecto externo que debía tener delante de la gente.

Sin embargo, un día le hizo una alusión. Al volver de la ronda por el tramo, observó desde lejos que Zaripa iba por agua a la cisterna, con los cubos. Se sintió impulsado hacia ella. Y fue. No porque fuera una ocasión propicia, sino más bien para llevarle los cubos. Casi cada día, o sin el casi, trabajaban juntos en la vía y podían hablar cuanto les viniera en gana. Pero en aquel preciso momento Yediguéi sintió el insuperable deseo de acercarse a ella y de decirle inmediatamente todo aquello que pugnaba por salir al exterior. En su impulso, llegó a creer que así sería mejor, aunque no le comprendiera, aunque le rechazara, pues de ese modo su alma se enfriaría y tranquilizaría... Ella no vio ni oyó que se aproximaba. Estaba de espaldas, había abierto el grifo de la cisterna. A un lado tenía un cubo ya lleno; el segundo

estaba bajo el chorro y el agua lo desbordaba. El grifo estaba abierto al máximo. El agua hacía burbujas, salpicaba, corría formando charcos, y ella, como si nada advirtiera, estaba con la cabeza gacha y el hombro apoyado contra la cisterna. Zaripa llevaba el vestidito de percal con el que el anterior verano había dado la bienvenida al gran aguacero. Yediguéi observó los mechoncitos de rizado cabello sobre las sienes y tras la oreja —de ella había heredado Ermek el rizado cabello que tenía—, su consumido rostro, su adelgazado cuello, sus caídos hombros, y la mano abandonada sobre la cadera. ¿La había hechizado el ruido del agua recordándole los arroyos de la montaña y los canales de Semirech, o simplemente estaba ensimismada, en un momento de amargas reflexiones? Quién sabe. Pero Yediguéi sintió al verla una insoportable opresión en el pecho, por ver que en ella todo le era infinitamente querido, por el deseo de acariciarla inmediatamente, de guardarla, de protegerla de todo cuanto la oprimía. Y hacerlo era imposible. Se limitó a atornillar en silencio la llave del grifo para detener el agua. Ella le miró sin sorpresa, con una larga mirada, como si él no se encontrara junto a ella sino en algún lugar muy alejado.

—¿Qué hay? ¿Qué te pasa? —preguntó compasivo.

Ella nada dijo, se limitó a sonreír con la comisura de los labios y a levantar de una manera vaga las cejas sobre sus claros ojos como diciendo: «Nada, voy tirando...».

—Lo estás pasando mal, ¿verdad? —inquirió de nuevo Yediguéi.

—Sí —confesó ella con un profundo suspiro.

Yediguéi movió los hombros perplejo.

—¿Por qué te consumes así? —le reprochó compasivamente, aunque tenía intención de hablar de otra cosa—. ¿Cuánto tiempo ha de durar? Con eso no te ayudas. Nosotros también sufrimos —quería decir yo— al verte de esta manera, y también sufren los niños. Compréndelo. No hay que ser así. Hay que hacer algo —dijo procurando elegir las palabras que, de acuerdo con su deseo, le dijeran a Zaripa que sufría por ella y que la quería más que nadie en el mundo—. Piénsalo tú misma. Que no responden a las cartas, pues que se vayan a la porra, no nos hundiremos. Porque tú para nosotros —quería decir «para mí»— eres como de la familia. Lo que no tienes que hacer es desmoralizarte. Trabaja, aguanta. Los niños crecerán también aquí, con nosotros —quería decir «conmigo»—. Y todo irá arreglándose poco a poco. ¿Por qué tienes que marcharte? Aquí todos formamos una familia. Y como sabes, yo no paso un solo día sin tus hijitos.

Y se detuvo porque ya había descubierto cuanto la situación le permitía descubrir.

—Lo comprendo todo, Yedik —respondió Zaripa—. Gracias, naturalmente. Sé que no estaremos desamparados. Pero tenemos que salir de aquí. Para que los niños lo olviden todo, todo lo que pasó y cómo sucedió. Y entonces deberé decirles la verdad. Ya comprendes que esto no puede durar mucho... Y ahora estaba pensando qué hacer...

—Así son las cosas —se vio obligado a aceptar Yediguéi—. Pero no te des prisa. Piénsalo un poco más. ¿Adónde vas a ir con esos pequeñajos, adonde y de qué

manera? Cuando lo pienso me aterroriza, cuando pienso qué voy a hacer yo sin vosotros...

Y efectivamente, temía por ella y por los niños. Y por esto procuraba no pensar más allá del día de mañana, aunque también comprendía que aquella situación no podía durar mucho. Y unos días después de esta conversación ocurrió un caso en el que se delató completamente, y después estuvo mucho tiempo arrepintiéndose y sufriendo sin conseguir perdonarse a sí mismo.

Habían pasado muchos meses desde aquel memorable viaje a Kumbel en el que Ermek, temeroso del peluquero, no había permitido que le cortaran el cabello. El niño continuaba con el cabello sin cortar, cubierto de negras guedejas, y aunque los rizos eran un adorno, ya hacía tiempo que debían haber pelado al tozudo pusilánime. Cada vez que tenía ocasión, Yediguéi clavaba la nariz en la velluda coronilla del niño, besándole e inspirando el olor de la cabeza infantil. Sin embargo, a Ermek los cabellos le llegaban hasta los hombros y eran un estorbo en sus juegos y en sus carreras. Esta necesidad resultaba inusual, extraña e incomprensible para el pequeño. Por eso no permitía a nadie que se lo cortara, pero Kazangap, viendo de lo que se trataba, supo convencerle. Incluso le asustó un poco diciendo que los cabritos odiaban a la gente de pelo largo y que le cornearían.

¡La que se armó allí fue una tragedia mundial! Luego, Zariipa contó que empezar a pelar sí habían empezado, pero que tuvieron que terminar con grandes dificultades. ¡No sabían ni cómo hacerlo! Ermek empezó a llorar y a dar tirones, y Kazangap tuvo que emplear verdaderamente la fuerza. Lo estrechó entre las piernas e hizo funcionar la máquina. Los berridos se oían en todo el apartadero. Y cuando terminó la operación, la bondadosa Bukéi, para tranquilizar al niño, le metió un espejo ante los ojos. «Anda, mira qué guapo te han puesto». El niño miró, y al no reconocerse, se puso a berrear aún más. Y así, llorando a pleno pulmón, lo sacaba Zariipa del patio de Kazangap cuando tropezó con Yediguéi en el sendero.

Ermek, pelado al cero, no se parecía a sí mismo en absoluto, con su desnudo y fino cuello, las orejas salientes, la cara llorosa. El niño escapó de la mano de su madre y se precipitó llorando hacia Yediguéi.

—¡Tío Yediguéi, mira qué han hecho conmigo!

Si antes le hubieran dicho a Burani Yediguéi que iba a sucederle aquello, no se lo habría creído en absoluto. Cogió al niño en brazos, lo estrechó contra su pecho, asumió con todo su ser la desgracia del pequeño, su indefensión, su queja y su confianza, como si le hubiera sucedido a él mismo, y empezó a besarle, y a hablarle con la voz entrecortada por la pena y la ternura, sin comprender a ciencia cierta el sentido de sus propias palabras:

—¡Tranquilízate, querido mío! No llores. No dejaré que nadie te ofenda. ¡Seré para ti como un padre! ¡Te querré como tu padre, pero no llores! —Y mirando a Zariipa, que se había quedado petrificada ante él, desconcertada, comprendió que había traspasado una línea prohibida. Se quedó confuso y, dándose prisa, se alejó de

ella con el niño en brazos, balbuceando en su desconcierto siempre las mismas palabras—: ¡No llores! ¡Ya verá ese Kazangap! ¡Ya le enseñaré yo! ¡Ya le enseñaré yo ahora a ese Kazangap, ya le enseñaré yo! ¡Ya verás ahora, ya le enseñaré yo!

Yediguéi, después de esto, estuvo unos días evitando a Zaripa. Y ella también, según comprendió él. Burani Yediguéi se arrepentía de haberse ido de la lengua de forma tan absurda, de haber turbado a una mujer que no era en absoluto culpable de nada y que ya tenía bastantes preocupaciones y angustias. ¡Cómo estaría ella, en su situación, y qué dolores habría añadido él a sus amarguras! Yediguéi no encontraba para sí ni perdón ni justificación. Y durante largos años, puede que hasta su último suspiro, recordó el momento en que había sentido con todo su ser al ofendido e indefenso niño pegado a su cuerpo, y cómo se había conmovido su alma de ternura y pesar, y cómo le había mirado Zaripa, impresionada por la escena, cómo le había mirado con un grito mudo de aflicción en los ojos.

Después de este caso, Burani Yediguéi guardó silencio durante cierto tiempo, y todo cuanto se veía obligado a esconder y a ahogar dentro de sí lo vertió en los niños. No encontró otro medio. Procuraba divertirlos siempre que se encontraba libre de trabajo y continuaba contándoles cosas del mar, repitiendo muchos pasajes y recordando otros nuevos. Era su tema favorito. Sobre las gaviotas, los peces, los pájaros migratorios, las islas del Aral, en las que se conservaban animales raros, que ya habían desaparecido de otros lugares. Pero en estas conversaciones con los niños, Yediguéi recordaba cada vez con mayor insistencia su propia vida en el mar de Aral, lo único que prefería no contar a nadie. No era, en absoluto, un asunto propio para niños. Sólo lo sabían dos personas, él y Ukubala, pero entre ellos nunca hablaban de eso, pues estaba relacionado con su primogénito muerto. De haber vivido, ahora sería mucho mayor que los niños de Boranly, incluso un par de años mayor que el Sabitzhán de Kazangap. Pero no sobrevivió. Y en realidad, todo niño es esperado con la esperanza de que nacerá y vivirá mucho, mucho tiempo, e incluso es difícil imaginarse ese tiempo, de otro modo, ¿pondría la gente niños en el mundo?

En aquella vida de pescador, en los años de juventud, Ukubala y él vivieron un caso sorprendente. Algo que seguramente ocurre una sola vez y nunca se repite.

En la época en que se casaron, Yediguéi siempre tenía prisa por regresar cuanto antes a su casa. Amaba a Ukubala. Sabía que ella también le esperaba. Entonces no existía para él mujer más deseada. Y este deseo de volver a ella cuanto antes le hacía padecer y ocupaba por entero su pensamiento. A veces le parecía que si existía era para pensar continuamente en ella, para captar y acumular en su persona toda la fuerza del mar y toda la fuerza del sol y entregarlas luego a ella, a la esposa que le esperaba, pues con esta entrega surgía su mutua felicidad, el corazón de la felicidad. Todo lo demás sólo complementaba y enriquecía externamente esta felicidad, esta mutua embriaguez de aquello que les había sido dado por el sol y el mar. Y cuando ella sintió que se había producido algo, que estaba embarazada y que pronto iba a ser

madre, la espera continua de su encuentro a la orilla del mar se complementó con la del futuro primogénito. Era la época sin nubes de su vida.

A finales de otoño, a principios ya del invierno, en la cara de Ukubala empezaron a aparecer unas manchas pardas que se podían distinguir con una atenta mirada. Y su vientre ya destacaba y se redondeaba. Un día, ella le preguntó cómo era el pez mekre de oro. «He oído hablar de él, pero nunca lo he visto». Él le dijo que se trataba de un pez muy raro, de la familia de los salmónidos, que habitaba aguas profundas, un pez bastante grande, que destacaba especialmente por su belleza. Era un pez azul moteado, pero la parte superior de la cabeza, las aletas y la cresta cartilaginosa de su espalda —de la cabeza hasta el extremo de la cola— parecían de oro puro, y era maravilloso su áureo y reluciente brillo. De ahí su nombre: mekre moneda, o sea mekre de oro.

Otro día, Ukubala le dijo que había soñado el mekre de oro. El pez parecía nadar a su alrededor y ella intentaba pescarlo. Deseaba muchísimo pescar aquel pez y luego soltarlo. Pero tenía necesariamente que tener aquel pez en sus manos, sentir su carne de oro. Tenía tantas ganas de apretar el pez entre sus dedos que se había lanzado a pescarlo en sueños. El pez no se dejaba, y cuando Ukubala despertó estuvo mucho tiempo sin poder tranquilizarse, experimentando un extraño disgusto, como si en realidad no hubiera conseguido alcanzar algún objetivo importante. Ukubala se reía de sí misma, pero, incluso despierta, sentía el incontenible deseo de pescar el mekre de oro.

Y Yediguéi lo comprendía y pensaba en ello mientras sacaba las redes del mar; según resultó después, interpretó acertadamente el sentido de su deseo, del deseo que había surgido en sueños y no había desaparecido con el despertar. Comprendió que debía pescar a toda costa el mekre de oro, pues lo que experimentaba la embarazada Ukubala era su *talgak*^[27]. Muchas mujeres embarazadas sienten la misma insatisfacción. Su *talgak* se manifiesta en que desean comer algo ácido, salado, muy fuerte o amargo, mientras que otras desean, y de qué manera, comer carne asada de algún animal salvaje o de un ave silvestre. Yediguéi no se sorprendió del *talgak* de su esposa. La mujer de un pescador tenía que desear algo que tuviera relación con el trabajo de su marido. El mismo Dios habría querido que ella deseara ver personalmente el oro de aquel gran pez y tenerlo en sus manos. Yediguéi sabía de oídas que si no se satisface el *talgak* de una mujer embarazada eso puede provocar consecuencias perjudiciales para el niño en el seno materno.

Pero el *talgak* de Ukubala era tan extraordinario que ella misma no se atrevía a confesarlo en voz alta, y Yediguéi no quiso precisar ni inquirir más, pues no sabía si podría conseguir aquel raro pez. Decidió primero pescarlo y luego averiguar si era aquélla la pasión de su esposa.

En aquellos días estaba terminando la gran temporada de pesca en el mar de Aral. La temporada se encuentra en su apogeo de junio a noviembre. El invierno ya soplaba sobre la cara de la gente. La cooperativa ya se preparaba para la pesca de invierno,

para la pesca bajo el hielo, cuando el mar se cubre de una fuerte capa helada en todo su círculo de mil quinientos kilómetros cuadrados y hay que abrir enormes agujeros, echar en ellos las pesadas redes y sacarlas del fondo del mar con una cabria, pasándolas de un agujero a otro, con la ayuda de los camellos, de esos insustituibles animales de tiro de la estepa. Y cuando el viento se desencadena, el pez que cae en la red no tiene tiempo ni de moverse al caer sobre la superficie, queda instantáneamente petrificado, cubierto de una coraza de hielo bajo el abierto frío del Aral... Pero por más que Yediguéi tuviera ocasión de pescar en invierno y en verano, con la cooperativa, y lo mismo sacara especies valiosas como sin valor, no recordaba, no obstante, que ningún mekre de oro hubiera caído nunca en la red. Era un pez que se conseguía pescar muy raramente con anzuelo o señuelo y su pesca constituía un gran acontecimiento para los pescadores. Decían después, cuando alguien había tenido suerte, que había pescado el mekre de oro.

Aquella mañana temprano se dirigió al mar diciendo a su mujer que iría a pescar para el consumo de la casa antes de que el hielo se afirmara. La víspera, Ukubala intentó hacerle cambiar de opinión:

—Ya sabes que en casa tenemos toda clase de pescados. ¡No vale la pena salir! Ya hace frío.

Pero Yediguéi insistió en su propósito.

—Lo de casa es para la casa —dijo—. Tú misma dices que tía Saguin está en cama. Hay que curarla con sopa caliente de pescado fresco, de barbo o de sollo. Es la mejor medicina. ¿Y quién va a pescar para la anciana?

Con esta excusa, salió Yediguéi muy temprano a la pesca del mekre de oro. Con anticipación, había calculado y preparado los aparejos con las adaptaciones necesarias. Todo lo tenía guardado en la proa de la barca. Se puso una ropa de abrigo más compacta, y encima la capa impermeable con capucha, y partió.

El día no era claro ni estable, un día entre otoño e invierno. Superando en ángulo agudo la resaca, Yediguéi dirigió la barca, a remo, hacia el mar abierto, hacia el lugar en donde suponía que debían encontrarse los cazadores del mekre de oro. Todo dependía de la suerte, naturalmente, pues de todas las cazas, ninguna hay menos comprensible que la pesca marina de peces con anzuelo. En tierra, sea como sea, el hombre y su presa se encuentran en un mismo medio, el cazador puede perseguir al animal, acercarse, ocultarse, acechar y atacar. Bajo el agua, el pescador no dispone de nada de eso. Una vez soltado el aparejo se ve obligado a esperar que aparezca el pez, y si lo hace, que muerda el anzuelo.

En su interior, Yediguéi tenía muchas esperanzas de que la suerte le sonreiría, pues no había salido a la mar para ejercer su profesión, como hacía siempre, sino para satisfacer el deseo profético de su embarazada esposa.

Y así, pues, iba remando. El joven Yediguéi era fuerte y firme con los remos. Incansable, uniformemente, fue apartándose del agua inestable y móvil, fue sacando la barca a la mar por encima de las zigzagueantes y temblorosas olas. Los pescadores

del Aral llaman a ese tipo de olas *yirek tolkun*, es decir, las de flancos torcidos. Las *yirek tolkun* son las primeras mensajeras de la tempestad que se avecina. Pero por sí mismas no son peligrosas y se puede navegar mar adentro sin miedo.

A medida que se alejaba de la tierra, la orilla, con su abrupta pendiente arcillosa y la franja pétreo de las rompientes en el extremo del agua, fue disminuyendo de tamaño, cada vez resultó más difícil de distinguir, y pronto se convirtió en una raya turbia que desaparecía de vez en cuando. Los nubarrones colgaban inmóviles por encima, y abajo se mantenía un soplo de viento que lamía los rizos del agua.

Al cabo de dos horas, Yediguéi detuvo la barca, retiró los remos, echó el ancla y empezó a preparar los aparejos. Tenía dos carretes de cordel con un dispositivo, hecho por él mismo, que bloqueaba el sedal. Colocó uno de ellos a popa, bajó el cordel con el plomo a una profundidad de unos cien metros y dejó en reserva unos veinte metros. El otro lo colocó de la misma manera pero a proa. Y entonces tomó de nuevo los remos para mantener la barca en la posición necesaria en medio de las corrientes y del viento. Y sobre todo, para que no se liaran los sedales entre sí.

Y así se dispuso a esperar. Suponía que el raro pez debía habitar precisamente en aquellos lugares. No poseía ninguna prueba de ello, era pura intuición. Y sin embargo tenía fe en que aparecería. Debía ser así necesaria e irremediamente. No podía regresar a su casa sin él. No lo necesitaba para divertirse, sino para un asunto muy importante de su vida.

Al cabo de cierto tiempo, los peces dieron a conocer su presencia. Pero no eran aquéllos. Primero picó un sollo. Cuando Yediguéi tiraba de él ya sabía que no era el mekre de oro. No podía ser que la primera vez fuera ya el mekre de oro. Hubiera resultado demasiado sencillo y falto de interés vivir en este mundo. Yediguéi estaba de acuerdo en trabajar duro, en esperar. Luego mordió el anzuelo un gran barbo, uno de los mejores peces del Aral, si no el mejor. También lo arrojó al fondo de la barca después de atontarlo. En todo caso, para la sopa de la enferma, de la tía Saguin, había más que suficiente. Y picó aún un *tran*, un sargo del Aral. ¿Qué diablos le habría llevado hasta allí? Habitualmente, el *tran* se mantiene en aguas menos profundas. Pero Dios sea loado, la culpa era suya. Y después de eso hubo una pausa larga y angustiosa... «Sí, esperaré lo que sea preciso —se dijo Yediguéi—. Aunque no se lo he dicho, ella sabe que he salido en busca del mekre de oro. Y debo pescarlo para que el niño no sufra en su seno. Pues es el niño quien quiere que la madre vea y sostenga en sus brazos un mekre de oro. Por qué lo desea, eso nadie lo sabe. La madre también lo ansia, y yo, el padre, hago lo que puedo por saciar esos deseos».

Las *yirek tolkun* hacían de las suyas, hacían girar la barca, que por eso son olas inestables, pérfidas y de flancos torcidos. Yediguéi comenzaba a helarse por falta de movimiento, pero vigilaba continuamente, con ojo penetrante, los carretes del cordel, a ver si tiraban de él, si se doblaba la caña dispuesta sobre el palo. No, ni a popa ni a proa había la menor señal. Sin embargo, Yediguéi no perdía la paciencia. Lo sabía, tenía fe en ello: el mekre de oro había de ir a él. Con tal que la mar se aguantara un

poco, porque ya estaban rodando mucho las *yirek tolkun*. ¿Y para qué? No, no debía haber una tempestad tan pronto. A lo más, a la caída de la tarde o por la noche se levantarían olas de tempestad, las *alabashi*, las bramadoras de cresta abigarrada. Y cuando hierve el terrible Aral de punta a punta, el mar se cubre de blanca espuma y nadie se atreve entonces a meterse en él. Pero de momento aún era posible, de momento todavía quedaba tiempo...

Acurrucado, helado, mirando a su alrededor, Yediguéi esperaba a su pez en el mar. «¿Por qué te haces el remolón, por Dios? No tengas miedo —pensaba en el pez—. No temas, ya te digo que te volveré a echar al agua. ¿Que esto no suele suceder, dices? Pues tenlo por seguro, sucede. No te espero para comerte. Tengo la casa llena de comida y de todo género de pescado. Ya ves, en el fondo de la barca hay tres pescados. ¡A qué me pondría yo a esperarte, mekre de oro, si fuera para comerte! Compréndelo, tiene que venir un primogénito. Y a ti te soñó no hace mucho mi esposa, y desde entonces ha perdido la calma, aunque no habla de ello, pero yo lo veo todo. No puedo explicar por qué es así, pero es muy conveniente que ella te vea y te sostenga en brazos, y te doy mi palabra que en seguida te vuelvo a echar al mar. Lo que pasa es que eres un pez especial, un pez raro. Tienes la cabeza y la cola de oro, y también tus aletas y la cresta de tu lomo son de oro. Ponte en nuestro lugar. Ella ansia, pero no en sueños, verte, quiere tocarte para sentir con las manos cómo eres al tacto, mekre de oro. No pienses que por ser un pez no tienes relación con nosotros. Aunque seas un pez, mi esposa te añora como a una hermana, como a un hermano, y desea verte antes de dar a luz al niño. Y éste, en su seno, estará satisfecho. Y ésa es la cuestión. Sácame de apuros, amigo mío, mekre de oro. Acércate. No te haré daño. Si llevara malas intenciones, tú te darías cuenta. En el anzuelo, y hay dos, puedes elegir el que quieras, he enganchado un gran pedazo de carne. Acércate y no pienses nada malo. Si te ofreciera un anzuelo con placa de hierro, sería poco honesto, aunque tú habrías picado más fácilmente. Pero te habrías tragado el hierro, ¿y cómo podrías vivir luego con un hierro en la panza cuando de nuevo te devolviera a la mar? Habría sido un engaño. Yo te ofrezco honradamente un anzuelo. Te va a herir un poquitín los labios, eso es todo. Y no pases cuidado, he traído conmigo un gran odre. Pondré agua en él, y tú podrás estar en el odre con el agua, y luego, a nadar. Pero no me iré de aquí sin ti. Y el tiempo apremia. ¿Te das cuenta de cómo se encrespan las olas, cómo aumenta el viento, acaso quieres que mi primogénito nazca huérfano, sin padre? Piénsalo, ayúdame...»

Empezaba ya a oscurecer en los azulados espacios del frío mar preinvernal. Apareciendo sobre la cresta de las olas o desapareciendo entre ellas, la barca iba hacia la orilla. Avanzaba con dificultad, luchando contra la resaca, el mar se tornaba ya ruidoso, hervía cada vez más, se balanceaba y adquiría la fuerza de la tempestad. Heladas salpicaduras volaban a la cara, las manos se hinchaban de frío y humedad sobre los remos.

Ukubala caminaba por la orilla. Dominada por la inquietud, hacía rato que se había acercado al mar y esperaba a su mando. Cuando consintió en casarse con un pescador, sus parientes, ganaderos de la estepa, le dijeron: «Deberías pensártelo muy bien antes de dar tu palabra, te lanzas a una vida muy dura, te vas a casar con el mar, y más de una vez tendrás que bañarte en lágrimas junto al mar y dirigirle tus súplicas». Pero ella no rechazó a Yediguéi, sólo dijo: «Como sea mi marido seré yo».

Y así fue. Y esta vez no había ido con la cooperativa sino solo, estaba oscureciendo rápidamente, el mar producía un gran ruido y estaba alborotado.

Y de pronto aparecieron fugazmente entre las olas las puntas de unos remos y la barca emergió sobre una ola. Envuelta en un pañuelo, con el vientre prominente ya, Ukubala se acercó a la rompiente misma y esperó a que Yediguéi atracara. El oleaje transportó con poderoso impulso la barca sobre el bajío. Yediguéi saltó al agua en un instante y arrastró la embarcación hacia la orilla tirando de ella como un buey. Y cuando se enderezó, húmedo y salado todo él, Ukubala se acercó y le abrazó por el mojado cuello, por debajo de la fría y endurecida capa impermeable.

—Tengo la vista cansada de tanto mirar. ¿Por qué has tardado tanto?

—No se ha presentado en todo el día, sólo ha acudido al final.

—¡Cómo! ¿Has ido por el mekre de oro?

—Sí, lo he convencido. Puedes contemplarlo.

Yediguéi sacó de la barca el pesado odre de piel lleno de agua, lo desató y arrojó sobre los cantos de la orilla al mekre de oro junto con el agua. Era un pez muy grande. Un poderoso y hermoso pez. Sacudía furiosamente su cola de oro, se retorció, saltaba, despedía la menuda grava a su alrededor, abría ampliamente su rosada boca en dirección al mar intentando llegar a su elemento natural, a donde rompían las olas. Por un corto segundo, el pez se quedó quieto, tenso, inmóvil, intentando comprender dónde se hallaba, y examinando con sus puros ojos, irreflexivamente redondos y sin parpadeos, aquel mundo en el que inesperadamente se encontraba. Incluso en el crepúsculo vespertino de invierno, la desacostumbrada luz hirió su cabeza, y el pez vio los brillantes ojos de los hombres que se inclinaban sobre él, el tramo de orilla y el cielo, y en una perspectiva muy lejana, distinguió sobre el mar, tras las escasas nubes, el reflejo del sol poniente, insoportablemente vivo, que se apagaba sobre el horizonte. Empezaba a ahogarse. Y el pez se echó para atrás. Despedía destellos de oro retorciéndose con redoblada fuerza, deseando alcanzar el agua. Yediguéi levantó el mekre de oro por las agallas.

—Adelanta las manos, sosténlo —dijo a Ukubala.

Esta tomó el pez como si fuera un niño, sobre ambos brazos y lo estrechó contra su pecho.

—¡Qué flexible es! —exclamó ella al sentir su ágil fuerza interior—. ¡Y es pesado como un tronco! ¡Qué bien huele a mar!

¡Qué hermosura! Toma, Yediguéi, ya estoy contenta, muy contenta. Se ha satisfecho mi deseo. Déjalo en el agua cuanto antes...

Yediguéi llevó al mekre de oro al mar. Entró hasta las rodillas en donde rompían las olas y dejó que el pez se deslizara hacia abajo. Por un corto instante, cuando el mekre de oro caía en el agua, se reflejó en el denso azul del aire toda la belleza del pez, de la cabeza a la cola, y después de brillar, nadó hacia las profundidades rompiendo el agua con su impetuoso cuerpo...

Y por la noche se desencadenó una gran tormenta en el mar. Este rugía tras la pared, bajo la escarpadura. Una vez más se convenció Yediguéi de una cosa: los mensajeros de la tempestad —las *yirek tolkun*— no se presentan porque sí. Era ya noche cerrada. Mientras escuchaba medio dormido las alborotadas rompientes, recordaba su célebre mekre. ¿Qué haría en aquel momento su pez? Aunque, seguramente, en las grandes profundidades el mar no estaría tan movido. En su profunda oscuridad, el pez también pondría atención al movimiento de las olas en la superficie. Yediguéi sonrió feliz al pensarlo, y al dormirse puso la mano sobre el costado de su esposa y advirtió de pronto unas sacudidas en su seno. Era su primogénito que daba razón de su existencia. Y entonces Yediguéi sonrió feliz y se durmió imperturbablemente.

Si hubiera sabido que antes de un año se desencadenaría una guerra, que todo en la vida se desplomaría, y que él se alejaría del mar para siempre y éste sólo quedaría en su recuerdo... Especialmente cuando llegaran días difíciles...

En estas tierras, los trenes van de oriente a occidente y de occidente a oriente...

Y a ambos lados del ferrocarril se encuentran, en estas tierras, enormes espacios desérticos, el Sary-Ozeki, las tierras Centrales de las estepas amarillas...

En este terrible —para Burani Yediguéi— año cincuenta y tres, también el invierno se presentó anticipadamente. Lo que nunca ocurría en Sary-Ozeki. A finales de octubre ya nevaba y empezaban los fríos. Menos mal que ya había conseguido traer de Kumbel las patatas para ellos, para Zaripa y para los niños. Se había apresurado, como si lo supiera. La última vez tuvo que ir en camello, temió que en un mercancías, en la plataforma descubierta, se le helaran las patatas antes de llegar a su destino. Y entonces no tendrían ninguna utilidad. Así, pues, viajó en *Burani Karanar*, colocó sobre él a modo de alforjas dos enormes sacos —él mismo no habría podido con ellos, menos mal que la gente le ayudó—, uno a un lado, otro al otro, y por encima tapó los sacos con un fieltro metiendo los bordes por debajo para que el viento no lo levantara. Él se encaramó a la parte más alta, entre los sacos y tranquilamente se dirigió hacia su casa, a Boranly-Buránný. Se sentaba sobre *Karanar* como sobre un elefante. Así lo pensaba el propio Yediguéi. Hasta entonces, nadie tenía idea de los elefantes de montar. Aquel otoño habían pasado en la estación la primera película india. Todos los habitantes de Kumbel, del más joven al más viejo, acudieron a ver la inaudita película sobre el extraño país. La película, aparte de las incesantes canciones y bailes, mostraba elefantes; la gente viajaba por la jungla, a cazar tigres, montada en elefantes. Yediguéi también consiguió ver aquella película.

El jefe del apartadero y él estaban en la reunión general de los sindicatos como delegados de Boranly, y al terminar la sesión se proyectó en el club del depósito ferroviario la película india. Con eso había empezado. Al salir del cine, se entablaron diversas conversaciones, y los ferroviarios se mostraban admirados de que en la India cabalgaran sobre elefantes. Alguien dijo en voz alta a este respecto:

—¿Por qué os sorprenden tanto esos elefantes? ¿Qué tiene que envidiarle a un elefante el *Burani Karanar* de Yediguéi? ¡Si lo cargas, aguanta como un elefante!

—También es verdad —se rieron a su alrededor.

—¿Y un elefante, qué? —volvió a sonar la voz—. Un elefante sólo puede vivir en países cálidos. Que intente vivir en nuestro Sary-Ozeki en invierno. Tu elefante hasta perdería las pezuñas, ¿cómo compararlo con *Karanar*?

—Oye, Yediguéi, escucha, Burani, ¿por qué no le construyes a *Karanar* un palanquín como el que ponen en la India sobre los elefantes? ¡Cabalgarías como un ricacho de los de por allá!

Yediguéi se rió. Los amigos bromeaban con él, pero de todos modos era halagador escuchar aquellas palabras sobre su famoso semental...

En cambio, también aquel invierno le cayeron preocupaciones, tuvo que sufrir y pasar angustias por culpa de *Karanar*...

Pero eso sucedió ya con los fríos. Aquel día le pilló de camino la primera nevada. Hasta entonces había caído varias veces alguna nieve que se derretía inmediatamente. Pero entonces empezó a nevar, ¡y de qué manera! El cielo se cerró sobre Sary-Ozeki en compacta oscuridad, el viento empezó a arremolinarse. La nieve caía densa y pesada en forma de blancos y revoloteantes copos. No se sentía mucho frío pero sí humedad y malestar. Y lo peor era que no se distinguía nada en derredor por culpa de la nieve. ¿Qué hacer? En Sary-Ozeki no hay refugios donde esperar que pase el mal tiempo. Sólo quedaba una solución, confiar en la fuerza y en el instinto de *burani Karanar*. Él debía llevarle a casa. Yediguéi dejó al semental en completa libertad de acción, mientras se subía el cuello de la chaqueta, se encasquetaba la gorra, se tapaba con la capucha y permanecía montado con paciencia, procurando vanamente distinguir algo a su alrededor. Una impenetrable cortina de nieve y nada más... En medio de aquel torbellino, *Karanar* caminaba sin aminorar el paso, comprendiendo seguramente que su amo ya no era en aquel momento su amo, puesto que se había callado y se quedaba quieto en las alforjas sin dejar sentir de ninguna manera su presencia. Grande tenía que ser la fuerza de *Karanar* para correr por la estepa tan cargado y bajo la nevada. Respiraba poderosa y ardorosamente, llevando sobre sí a su amo, y chillaba y bramaba como una fiera, o lanzaba a veces un largo zumbido sin dejar de caminar incansable e imparablemente a través de la nieve que acudía volando a su encuentro...

No es difícil decir que a Yediguéi le pareció demasiado largo aquel camino. «¡Ojalá llegara pronto!», pensaba, y se imaginaba presentándose en casa, donde sin duda estarían intranquilos, preguntándose qué habría sido de él con aquel mal tiempo.

Ukubala estaría inquieta por él, sólo que no lo diría en voz alta. No era de las que exponían todo lo que llevaban en el pensamiento. Quizá también Zaripa pensara qué le había sucedido. Naturalmente, lo pensaría. Pero ésta, con mayor motivo, no diría una palabra. Ahora, procuraba aparecer ante su vista lo menos posible y evitaba cualquier tipo de conversación a solas. ¿Y qué tenía que evitar? ¿Qué cosa tan mala había sucedido? Ni con palabras ni actos había dado motivo él, Yediguéi, para que alguien pudiera pensar que allí había algo raro. Todo seguía como antes. Simplemente, ellos, compañeros de viaje en la vida, habían mirado en cierto modo a su alrededor para cerciorarse de que seguían el buen camino... Y de nuevo se habían puesto en marcha. Eso era todo. Y lo que tuviera que pasar él con ello, ése era su problema... Era su destino; al nacer, seguramente ya llevaba escrito que estaba condenado a desgarrarse entre dos fuegos. Y que esto no inquietara a nadie, era su problema cómo comportarse consigo mismo, con su alma tan sufrida. ¡A quién le importaba lo que le pasara a él ni lo que le aguardara en el futuro! No era un chiquillo, de alguna manera saldría adelante, rompería el estrecho nudo que por su propia culpa se estrechaba cada vez con más fuerza...

Eran pensamientos terribles, dolorosos, sin solución. El invierno había llegado ya a Sary-Ozeki y él continuaba sin poder olvidar a Zaripa, ni renunciar, aunque fuera sólo mentalmente, a Ukubala. Para su desgracia, las necesitaba a las dos a la vez, y ellas, seguramente, viéndolo y sabiéndolo, no intentaban precipitar los acontecimientos para así ayudarlo a que se definiera cuanto antes. Aparentemente, todo seguía igual: las relaciones entre ambas mujeres eran buenas, los críos de ambas casas crecían juntos como si fueran de una misma familia, sus hijos jugaban continuamente juntos en el apartadero, ora en una casa ora en la otra... Así había pasado el verano, así se dejaba atrás el otoño...

Burani Yediguéi se sentía huérfano y desamparado en su soledad bajo la nevada. Todo blanco y desierto a su alrededor. *Karanar* se sacudía continuamente los pegotes de nieve de la cabeza y rompía el silencio con rugidos y chillidos. Mal lo pasó su amo en aquel camino. Yediguéi no podía hacer nada, de ninguna manera conseguía tranquilizarse, tomar una decisión indiscutible e inapelable. No podía sincerarse plenamente ante Zaripa; tampoco podía renunciar a Ukubala. Y entonces empezó a increparse con las palabras más duras: «¡Bestia! ¡Estás en celo como tu camello! ¡Canalla! ¡Perro! ¡Cabeza loca!», y otras cosas por el estilo que, mezcladas con palabrotas, le sirvieron para fustigarse, atemorizarse y humillarse, para serenarse y volver en sí, reflexionar, detenerse... Pero nada servía... Él era como el deslizamiento de un terreno que ya se ha puesto en marcha... La única barrera que encontraría eran los niños. Ellos le aceptaban como era y no le planteaban problemas especiales. Para ellos estaba siempre dispuesto, con gran placer, a ayudarlos en lo que fuera, trasladar o arreglar lo que fuera de la casa, como por ejemplo ahora, que les llevaba patatas para el invierno en dos enormes sacos cargados como alforjas en *Karanar*. El combustible también estaba ya almacenado...

El pensamiento de los niños era el refugio de Yediguéi, allí se encontraba plenamente de acuerdo consigo mismo. Imaginaba que llegaba a Boranly-Buránnny, que los niños salían corriendo de la casa al oírle llegar, sin que fuera posible hacerlos retroceder aunque nevara, y saltaban a su alrededor lanzando gritos: «¡Ha llegado tío Yediguéi! ¡Con *Karanar*! ¡Ha traído patatas!», y que con rigor y autoridad ordenaba al camello que se tendiera en tierra y él entonces, cubierto de nieve, bajaba sacudiéndose y encontrando el modo de acariciar de pasada las cabezas de los niños, y que luego empezaba a descargar los sacos de patatas, mirando si aparecía Zaripa por allí, caso de estar en casa, aunque él no le diría nada especial, ni ella a él: se limitaría a mirarla a la cara y con ello estaría contento, y de nuevo se sentiría mal, se afligiría, sin saber cómo salir del atolladero, pero los niños darían vueltas a su alrededor, tropezarían con sus piernas acercándosele temerosos una y otra vez, asustados por el bramido del camello, y luego, superando el temor, intentarían ayudarlo, y eso le recompensaría a él por todos los sufrimientos...

Se preparaba interiormente para el pronto encuentro con los hijos de Abutalip, y pensaba por anticipado qué les contaría esta vez a sus, como él decía, insaciables oyentes. ¿Les hablaría de nuevo sobre el mar de Aral? Los relatos preferidos eran los de casos sucedidos en el mar, que ellos complementaban después haciendo que participara en ellos su padre, continuando así, sin darse cuenta, su relación con él, con su memoria... Claro que todo cuanto Yediguéi sabía o había oído de la vida marinera ya se había agotado, ya se había contado y repetido muchas veces, excepto quizá la historia del mekre de oro. ¿Cómo contar aquella historia? ¿A quién explicarla sino a sí mismo, que conocía el valor de aquel lejano acontecimiento? Así iba recorriendo el camino aquel día de nevada. No le abandonaron en todo el trayecto ni las dudas ni las reflexiones... Y estuvo nevando todo el camino...

Con esa nieve, se extendió por Sary-Ozeki un invierno prematuro y frío desde los primeros días.

Con el principio de los fríos, de nuevo se puso furioso *Burani Karanar*, otra vez se irritaba y se rebelaba en él su fuerza de macho, y ya nada ni nadie podía atentar contra su libertad. Ahora, incluso su propio dueño tenía a veces que retroceder para no meterse en la boca del lobo...

Dos días después de la nevada, barrió Sary-Ozeki una helada ventisca, y se levantó, como un vapor, un tenso y brumoso frío sobre la estepa. Bajo aquel crudo frío, el crujir de los pasos se oía desde muy lejos, con precisión; cualquier sonido o susurro se difundía con la máxima claridad. Los trenes del apartadero se oían a muchos kilómetros. Y cuando al amanecer, medio dormido, Yediguéi oyó el trompeteante bramido de *Karanar* en el cercado, su pataleo y sus sacudidas que hacían crujir la empalizada construida detrás de la casa, comprendió la molestia que de nuevo había caído sobre ellos. Se vistió rápidamente, salió a tientas, fue al cercado y se puso a chillar desgarrándose punzantemente la garganta con el áspero y helado aire:

—¡Qué haces! ¿Qué pasa? ¿Otra vez el fin del mundo? ¿Otra vez con tus mañas? ¡Otra vez a chuparme la sangre! ¡Vaya con el semental! ¡Cállate! ¡Cierra la boca te digo! Algo tempranillo has decidido este año ocuparte de tu asunto. ¡No hagas reír a la gente!

Pero en vano malgastó sus palabras. Traspasado por la pasión que nacía en él, al camello no le importaba la opinión de su amo. Exigía lo suyo, bramaba, resoplaba, crujía terriblemente de dientes, rompía el vallado.

—¿O sea que la has olfateado? —El amo trocó su ira en reproche—. Bien, está claro, tienes la inmediata necesidad de correr hacia allí, hacia la manada. ¡Has olfateado que alguna *kaimancha*^[28] está en celo! ¡Ay, ay, ay! ¿Por qué se le ocurriría a Dios montar vuestra reproducción de modo que sólo una vez al año os acordéis de hacer lo que podríais llevar a cabo cada día sin ruido ni escándalo? ¡A quién le importaría entonces! ¡Pero no, como si fuera el fin del mundo!

Todo eso lo decía Burani Yediguéi por guardar las formas, para no sentirse tan molesto, pues comprendía perfectamente su impotencia. No tenía más remedio, no iba a dejar que fustigara vanamente el aire: abrió el cercado. Y no tuvo tiempo de retirar la pesada puerta de estacas, alta como un hombre y sujeta con una fuerte cadena: que *Karanar* se precipitó hacia fuera y casi derribándole y corrió a la estepa con furiosos resoplidos y bramidos, extendiendo ampliamente sus velludas patas y haciendo temblaquear sus apretadas y negras gibas. En un instante desapareció de la vista levantando nubes de nieve tras de sí.

—¡Uf, al cuerno! —escupió en su dirección el dueño, y añadió en su enfado—: ¡Corre, corre, imbécil, no sea que llegues tarde!

Por la mañana, Yediguéi tenía que salir al trabajo. Por eso tuvo que aceptar la rebelión de *Karanar*. De haber sabido cómo iba a terminar aquello, no lo habría soltado por nada del mundo, aunque hubiera reventado. Pero ¿quién habría podido, en su ausencia, entenderse con el enfurecido semental? Que se fuera cuanto más lejos mejor. Yediguéi esperaba que el camello se aireara en libertad, se enfriara en él su ardiente sangre, se tranquilizara...

A mediodía llegó Kazangap y le dijo sonriendo compasiva mente:

—Bueno, señorón, mal se te pone la cosa. Acabo de estar en el pastizal. Tu *Karanar*, por lo que pienso, ha emprendido una gran campaña. Las *kaimanchas* de aquí son poco para él.

—¿Ha huido, pues, a otra parte? No juegues conmigo, dímelo en serio.

—¿Dónde está la falta de seriedad? Te digo que se ha ido a otros rebaños. El animal ha olfateado algo. Fui a ver cómo estaba nuestra manada. Apenas llegué al gran barranco vi que algo corría por la estepa, la tierra temblaba, era *Karanar*. Tenía los ojos desorbitados, bramaba a toda potencia, soltaba saliva por los morros y corría como una locomotora. Con todo un torbellino tras él. Pensé que me iba a atropellar. Pasó junto a mí como si no viera que tenía a un hombre delante. Se dirigió hacia la parte de Malakumdychap. Allí, bajo la escarpadura, hay rebaños mayores que el

nuestro. Lo de aquí ya no le interesa. Necesita un campo de operaciones más amplio. Ese animal está en su momento más fuerte.

Yediguéi se disgustó de verdad. Imaginó cuántos quebraderos de cabeza habría, cuántas dificultades desagradables.

—Está bien, tranquilízate. Habrá por allá buenos sementales que le plantarán cara, y volverá sobre sus pasos como un perro apaleado, adonde quieres si no que vaya —le tranquilizó Kazangap.

Al día siguiente empezaron a llegar noticias, como partes de guerra, sobre las acciones militares de *Burani Karanar*. El cuadro iba siendo poco tranquilizador. Apenas se detenía un tren en Boranly-Buránnny, el maquinista, el fogonero o el revisor contaban, interrumpiéndose unos a otros, los desafueros y saqueos que *Karanar* llevaba a cabo en los rebaños de las estaciones y apartaderos. Contaban que en el apartadero de Malakumdychap había pateado, hasta casi matarlo, a dos sementales y se había llevado a la estepa a cuatro hembras que sus dueños habían arrancado a *Karanar* a duras penas. Los hombres disparaban sus escopetas al aire. En otro lugar, *Karanar* había derribado al dueño, que montaba una camella. Aquel hombre, un bendito mentecato, esperó dos horas pensando que una vez se hubiera divertido, el semental dejaría en paz a su camella, la cual, por cierto, no tenía ganas de librarse de semejante insolente. Pero cuando el hombre empezó a acercarse a la camella para irse a casa con ella, *Karanar* se precipitó sobre él como una fiera y lo echó de allí, y lo habría pisoteado de no haber tenido tiempo el otro de saltar a un profundo agujero donde se escondió como un ratón, más muerto que vivo. Luego se recobró, salió por el barranco lo más lejos posible del lugar del encuentro con *Karanar*, y se apresuró a volver a su casa, feliz de haber salido con vida.

Por el teléfono de Sary-Ozeki llegaron otras noticias semejantes sobre las furiosas andanzas de *Karanar*, pero la información más inquietante y terrible llegó en forma epistolar del apartadero de Ak-Moinak. ¡Adonde había ido a parar aquel diablo, a Ak-Moinak, más allá de la estación de Kumbel! Desde allí llegó el mensaje de cierto Kospán. He aquí lo que decía aquel notable documento:

¡Salam, respetable Yediguéi-agá! Aunque en Sary-Ozeki eres un hombre famoso, tendrás que escuchar cosas muy desagradables. Pensé que eras un hombre más fuerte. ¿Por qué dejaste suelto a tu devastador Karanar? No esperábamos semejante cosa de ti. Ha implantado aquí un gran terror. Ha lisiado a nuestros sementales, se ha llevado a las tres mejores hembras, y, además, no llegó solo: trajo una camella ensillada, por lo visto expulsó al dueño por el camino, si no ¿cómo estaría ensillada esta camella forastera? Así, pues, nos quitó a esas hembras y se las llevó a la estepa, y no deja que nadie se acerque, ni hombre ni bestia. ¿Qué vamos a hacer? Nuestro joven semental ha muerto ya con las costillas rotas. Yo quise espantar a Karanar, disparando al aire, para recuperar a las hembras. ¡A buena hora! Nada le espanta. ¡Está dispuesto a morder, o roer vivo a quien sea! Todo, con tal de que no le impidan

dedicarse a su faena. No come, no bebe y va cubriendo esas hembras por turno, y de un modo que pone la tierra patas arriba. Da asco ver con qué fiereza lo hace. Brama al mismo tiempo a toda la estepa como si llegara el fin del mundo. ¡No hay valor para escucharlo! Y tengo por seguro que podría dedicarse a ello cien años seguidos sin tomarse un descanso. Nunca en la vida vi monstruo semejante. En nuestra aldea todos estamos asustados. Las mujeres y los niños tienen miedo de alejarse demasiado de casa. Por ello exijo que vengas inmediatamente y que recojas a tu Karanar. Te doy un plazo. Si dentro de veinticuatro horas no has aparecido y no nos has librado de esta pesadilla, no te enfades, querido agá. Mi escopeta es de grueso calibre. Con escopetas como ésta se derriban osos. Dispararé ante testigos contra su odiada cabeza y punto final. La piel te la mandaré en el primer tren de mercancías que pase. No tendré en cuenta que se trata de Burani Karanar. Soy un hombre que mantiene su palabra. Ven, antes de que sea tarde.

Tu Ak-Moinak *nin*^[29], KOSPÁN

Así se habían puesto las cosas. La carta, aunque escrita por un hombre estafalario, contenía un aviso que era completamente serio. Yediguéi se aconsejó con Kazangap y decidió que tenía que ir inmediatamente al apartadero de Ak-Moinak.

Era algo fácil de decir, pero no tan fácil de hacer. Había que llegar a Ak-Moinak, cazar a *Karanar* en la estepa y regresar con aquel frío, cuando podía levantarse una ventisca en cualquier momento. Lo más sencillo sería vestirse con buen abrigo, tomar un mercancías y volver luego a lomos del camello. Pero quién sabía lo lejos que habría huido *Karanar* en la estepa con su harén. A juzgar por el tono de la carta, los vecinos de Ak-Moinak podían estar tan irritados que no le proporcionarían ningún camello y tuviera que ir por aquella tierra extraña a pie, persiguiendo entre montones de nieve a *Karanar*.

Por la mañana, Yediguéi emprendió el camino. Ukubala le preparó provisiones para el viaje. Se llevó mucha ropa de abrigo. Sobre los pantalones y la chaqueta, acolchados y aguataados, se puso una pelliza de piel de oveja; calzó sus pies con botas y se cubrió la cabeza con la gorra de piel de zorro, de tres palas, una gorra en la que el viento no se filtraba ni por los lados ni por detrás, toda la cabeza y todo el cuello están entre pieles; unas calientes manoplas de piel de oveja le protegían las manos. Y cuando ensillaba la camella con la que se disponía a ir a Ak-Moinak, acudieron corriendo los hijos de Abutalip, los dos. Daúl le llevó una bufanda de lana tejida a mano.

—Tío Yediguéi, mamá dice que es para que no se te hiele el cuello —dijo al entregársela.

—¿El cuello? Di mejor la garganta.

En su alegría, Yediguéi empezó a estrechar a los niños contra su pecho, a besarlos, tan conmovido estaba que no encontraba otras palabras. Estaba, en su

interior, entusiasmado como un niño: era la primera atención que recibía de parte de ella.

—Decidle a mamá —dijo a los niños al partir— que volveré pronto, si Dios quiere, mañana mismo estaré aquí. No me detendré ni un minuto. Y nos reuniremos todos y tomaremos el té.

Grandes eran las ganas de Burani Yediguéi de llegar cuanto antes al malhadado Ak-Moinak y volver rápidamente para ver lo más pronto posible a Zaripa, mirarla a los ojos y convencerse de que no era una alusión casual aquella bufandita que él había doblado cuidadosamente y guardado en el bolsillo interior de la chaqueta. Al partir, y también después, cuando ya se había alejado un buen trecho de casa, apenas podía contenerse para no volver sobre sus pasos, y que el diablo se llevara al enloquecido *Karanar*, que lo matara en buena hora aquel Kospán y le enviara la piel, a fin de cuentas cuánto tiempo tendría que ser la niñera de aquel salvaje camello con el que le castigara el destino. ¡Que lo castigara! ¡Y con razón! Sí, tuvo estos ardientes impulsos. Pero se avergonzó. Comprendió que quedaría como un imbécil, que se deshonraría a los ojos de todos, y sobre todo a los de Ukubala y también de la propia Zaripa. Y se enfrió. Se convenció a sí mismo de que no tenía otro medio para saciar su impaciencia que el de llegar cuanto antes y regresar cuanto antes.

Por ello arreaba al camello. Hacía bastante frío. El viento soplaba uniformemente, con crudeza. Con el viento, se le depositaba escarcha en la cara; especialmente, el gorro de piel de zorro se heló en forma de peluda capa. Y la misma capa blanca se depositaba en la respiración del pardo camello como una bufanda que iba del cuello hasta la misma coronilla. El invierno, por lo tanto, iba cobrando fuerza. La lejanía aparecía envuelta en brumas. En la cercanía no parecía haber niebla, pero si uno se fijaba resultaba que en el límite de la visibilidad había una neblina. Ésta parecía irse retirando de él a medida que avanzaba. Se retiraba lo que avanzara el viajero. El Sary-Ozeki invernal era inhóspito y riguroso, petrificado en su aventada blancura.

La joven pero andarina camella no era una mala cabalgadura y medía animadamente la tierra con sus pasos. Pero para Yediguéi aquello no era cabalgar, ni aquélla era velocidad. De haber tenido a *Karanar*, habrían viajado de una manera muy distinta. El otro tenía una respiración mucho más poderosa, y no se podía comparar la amplitud de los pasos. No en vano decían ya en tiempo antiguo:

¿Qué tiene un caballo mejor que este caballo?

Su andadura superior es mejor.

¿Qué tiene un paladín mejor que este paladín?

Su inteligencia superior es mejor.

Tenía que ir lejos y siempre en solitario. Yediguéi habría languidecido mucho por el camino de no ser por la bufandita que le regaló Zaripa. Todo el viaje sintió la presencia de aquel objeto al parecer insignificante. Con lo que había vivido ya en este mundo, nunca hubiera supuesto que una minucia como aquélla pudiera calentar de tal modo un corazón si procedía de la mujer amada. Con ello se confortó todo el camino.

Metía una mano en la faltriquera, acariciaba la bufandita y sonreía beatíficamente. Pero luego se sumió en meditaciones. ¿Qué hacer? ¿Cómo continuar su vida? Tenía por delante un verdadero callejón sin salida. ¿Qué hacer? El hombre que vive debe ver ante sí un objetivo y un camino que conduce a él. Y él no los tenía.

Y entonces una niebla de aflicción envolvió la vista de Burani Yediguéi como los silenciosos horizontes de Sary-Ozeki, cubiertos de helada neblina. Yediguéi no encontraba respuesta, se apenaba, sufría, se desmoralizaba, y se esperaba de nuevo con sueños irrealizables...

A veces sentía un verdadero terror en medio de aquel silencio y soledad. ¿Por qué le había tocado vivir aquella vida? ¿Por qué había ido a parar a Sary-Ozeki? ¿Por qué había aparecido en Boranly-Buránný aquella desgraciada familia empujada por el destino? De no haber sucedido nada de eso no habría conocido sufrimientos y hubiera vivido en su casa tranquila y cómodamente. Pero no, su alma era irresponsable y quería lo imposible... Y por si fuera poco, aquel rebelde *Karanar* que era también una carga, un castigo de Dios. También tenía mala suerte. Bueno, bromas aparte, él no tenía suerte en la vida...

Yediguéi llegó a Ak-Moinak casi al caer la tarde. La camella se cansó con el viaje. Era un camino largo y además en época invernal.

Ak-Moinak era un apartadero como Boranly-Buránný, sólo que allí tenían su propia agua, de pozo. Pero en lo demás no había diferencias notables, era igual que Sary-Ozeki.

Al acercarse a Ak-Moinak, Yediguéi preguntó a un chico que encontró en el extremo de una callejuela dónde estaba Kospán. El otro le dijo que en aquel momento Kospán estaba en el trabajo, de servicio en el apartadero. Allí se dirigió Burani Yediguéi. Se acercó a la casilla y se disponía ya a apearse cuando apareció en el porche un hombrecillo de mediana estatura, vivaracho, con una astuta sonrisa. Vestía una pelliza que parecía de segunda mano, calzaba unas maltratadas botas y se cubría con una vieja gorra de orejeras inclinada hacia un lado.

—¡Ah, ah, Yediguéi-agá! ¡Nuestro querido Boranly-agá! —reconoció al instante a Yediguéi deslizándose porche abajo—. O sea, que has venido. Y nosotros espera que te espera. Piensa que te piensa si vendrá o no vendrá.

—Cualquiera no viene —sonrió Yediguéi—, después de recibir una carta tan amenazadora.

—¡Qué otra cosa podíamos hacer! Bien, y la carta no es nada, Yediguéi-agá. La carta es un papel. Pero aquí las cosas están de tal manera que tienes que librarnos de tu *Karanar*, pues nos encontramos como sitiados. No tenemos vía libre a la estepa. Cuando ve a alguien desde lejos, acude corriendo como un loco dispuesto a lisiarlo. ¡Qué calamidad! Da miedo tener un semental así. —Hizo una pausa, examinó a Yediguéi montado en su camella y añadió—: Me gustará ver cómo te las arreglas con él, ¡con las manos vacías, según parece!

—¿Por qué había de ser con las manos vacías? Esta es mi arma —Yediguéi sacó de las alforjas un látigo enroscado en su mango.

—¿Sólo con esta fusta?

—¿Qué quieres, que traiga un cañón contra un camello?

—Pues aquí ni con las escopetas nos atrevemos. No sé, quizá reconozca en ti a su amo, entonces... Sólo que lo dudo, tiene una cortina de humo ante sus ojos...

—Bueno, eso lo veremos —respondió Yediguéi—. Para qué perder tiempo. Seguramente, tú eres Kospán. Si es así, condúceme, enséñame dónde está, y el resto me lo dejas a mí.

—No está tan cerca —dijo Kospán mirando a su alrededor, y luego consultó su reloj—. Sabes, Yediguéi, es ya muy tarde. Antes de que llegemos allí se nos hará de noche. ¿Y Adónde vas a ir después con la noche encima? No, no ha de ser así. No siempre se puede invitar a gente como tú. Serás nuestro invitado. Y por la mañana haz lo que te pida el alma.

Yediguéi no esperaba que las cosas tomaran este cariz. Con taba con que conseguiría cazar a *Karanar*, que aquella misma noche llegaría a Kumbel, que pasaría la noche en casa de unos amigos junto a la estación y que al alba partiría para llegar antes a casa. Al ver que Yediguéi quería marcharse, Kospán protestó con decisión:

—No, Yediguéi-agá, no ha de ser así. Perdóname por la carta. No tenía otra solución. Nos hacía la vida imposible. Pero no te dejaré partir. Si, no lo quiera Dios, te sucediera algo por la noche en la desierta estepa invernal, no quiero ser un maldito en todo Sary-Ozeki. Quédate, y por la mañana haz lo que quieras. Allí está mi casita, en el extremo. A mí me queda todavía hora y media de servicio. Considérate en tu casa. Instálate. Pon a la camella en el vallado. Tendrá pienso. Nuestra agua es de aquí, toma tanta como quieras.

Aquel día de invierno oscureció rápidamente. Kospán y su familia eran unas gentes maravillosas. La anciana madre, la esposa, el hijo de unos cinco años (la hija mayor estaba estudiando en el internado de Kumbel) y el propio Kospán no tenían otra dedicación que la de servir a su huésped. La casa estaba muy caliente y tenía una animación especial. En la cocina se preparaba carne de la matanza invernal. Mientras, tomaban el té. La anciana madre llenaba personalmente la taza de Burani Yediguéi y no hacía más que preguntarle por la familia, los hijos, la vida cotidiana, el tiempo, y de dónde era originario. Ella, por su parte, le contó cómo y de qué manera habían llegado al apartadero de Ak-Moinak. Yediguéi participaba de buen grado en la conversación, alababa la amarilla carne al horno, que ponía sobre ardientes pedazos de torta para metérsela en la boca. La manteca de vaca era algo raro en Sary-Ozeki. Las mantecas de oveja, de cabra o de camello tampoco están mal, pero la de vaca es más gustosa. Y sus parientes del Ural les habían enviado manteca de vaca. Yediguéi aseguró, mientras devoraba las tortas con esa manteca, que olía en ella las hierbas del

prado, con lo que sedujo en gran manera a la anciana, que empezó a contar cosas de su país, de las tierras Yaítzki^[30], de sus hierbas, bosques y ríos...

En aquel momento llegó el jefe del apartadero, Erlepés, invitado por Kospán con motivo de la llegada de Burani Yediguéi. Con la entrada de Erlepés empezó, como es natural, una conversación de hombres sobre el servicio, el transporte, los obstáculos en las vías. Yediguéi conocía superficialmente a Erlepés, pues era un hombre que hacía ya tiempo que trabajaba en el ferrocarril, y entonces se le presentaba la ocasión de conocerle más de cerca. Erlepés era mayor que Yediguéi. Era jefe del apartadero de Ak-Moinak desde el final de la guerra y se advertía que en el apartadero todos sentían respeto por él.

La noche se había instalado ya tras las ventanas. Como en Boranly-Buránnny, continuamente pasaban trenes con gran ruido, tintineaban los cristales y el viento silbaba en las hojas de las ventanas. Y sin embargo era un lugar completamente distinto, aunque situado en el mismo ferrocarril de Sary-Ozeki, y Yediguéi se encontraba entre personas completamente diferentes. Allí era un invitado, pero aunque había ido a por el insensato *Karanar*, de todos modos le habían acogido con dignidad.

Con la llegada de Erlepés, Yediguéi se sintió aún más en su sitio. Erlepés era un interesante interlocutor que conocía muy bien la antigüedad kazaja. La conversación pronto giró hacia los tiempos pasados, los personajes e historias célebres. Aquella noche se acrecentaron mucho los buenos sentimientos de Yediguéi para con sus nuevos amigos de Ak-Moinak. Le predispusieron no sólo las conversaciones sino también la alegría de los dueños de la casa, y en no menor grado el buen comer y la bebida. Había vodka. Después del frío y del viaje, Yediguéi bebió medio vaso y comió carne curada, con manteca de giba de camello joven, de unos platos colocados en una mesa redonda y baja. Y un bienestar se difundió por todo su cuerpo, conmoviendo y acariciando su alma. Burani Yediguéi se embriagó un poco, se animó, empezó a sonreír. Erlepés también se permitió beber en honor del invitado, y asimismo se sintió de buen humor. Por ello, rogó a Kospán:

—Ve, por Dios, y trae mi *dombra*^[31], Kospán.

—Bien dicho —aprobó Yediguéi—. Desde la infancia envidio a los que saben tocar la *dombra*.

—No prometo una gran interpretación, Yedik, pero recordaré alguna pieza en tu honor —dijo Erlepés sacándose la chaqueta y arremangándose anticipadamente la camisa.

A diferencia del vivaracho y parlanchín Kospán, Erlepés era más reservado. Con su maciza cara y su robusto cuerpo inspiraba seguridad en sí mismo. Tomó la *dombra* en sus manos, se concentró y pareció colocarse a cierta distancia de las cosas cotidianas. Así suele ser cuando una persona se dispone a mostrar sus aficiones más íntimas. Al afinar el instrumento, Erlepés miraba a Yediguéi con larga y sensata mirada, y en sus negros y grandes ojos sesgados brillaban reflejos de luz que relucían

como en el mar. Y cuando pulsó las cuerdas y recorrió con sus largos y prensiles dedos, de arriba abajo, en alto gesto, toda la longitud del cuello de la *dombra*, arrancó de una vez un puñado entero de sonidos al tiempo que ataba los cabos de un nuevo puñado que luego, ahondando en el tema, sería el que arrancara generosamente de las cuerdas, según comprendía Yediguéi, aquella parte de la música que no resultaría tan fácil ni sencilla a su oído. Pues él, por lo visto, aunque se había distraído un poco con los asistentes, ahora sentía que los primeros sonidos de la *dombra* le hacían reaccionar de nuevo, le arrojaban otra vez a los abismos de amarguras y desgracias. ¿Por qué surgían esas cosas en él? Evidentemente, la gente que compuso aquella música sabía desde hacía mucho tiempo lo que experimentaría Burani Yediguéi y cómo lo haría, qué dificultades y sufrimientos tenía destinados desde su nacimiento. De otra manera, ¿cómo podían saber que existiría y lo que sentiría al oírse a sí mismo en la música que estaba tocando Erlepés? Se conmovió el alma de Yediguéi, se inspiró y gimió, y se abrieron para él, en un instante, todas las puertas del mundo: la alegría, la tristeza, la meditación, los vagos deseos y dudas...

Efectivamente, Erlepés tocaba la *dombra* de un modo excelente. Las antiguas vivencias de la gente revivían en las cuerdas, liberando, como los leños secos en la hoguera, el fuego de un ardor espiritual. Y en aquel momento, Yediguéi pensaba, acariciando la bufanda que le habían regalado y que guardaba en el bolsillo interior de su chaqueta, que en el mundo había una mujer que él amaba, y que sólo el pensar en ella era placer y sufrimiento, que le era imposible vivir sin ella y que por lo tanto la amaría siempre, irreflexiva, inolvidable e infinitamente, le costara lo que le costase. Sobre todo eso vibraba la *dombra* en manos de Erlepés, ora apagándose ora enardeciéndose. Un toque seguía a otro, unas melodías se fundían en otras, y el alma de Yediguéi flotaba como una barca sobre las olas. De nuevo se encontraba mentalmente en el mar de Aral, recordaba las invisibles corrientes marinas a lo largo de la ribera, y su dirección se adivinaba por las algas, como cabellos de mujer, que seguían la corriente estirándose hacia un mismo lugar. En otro tiempo tuvo Ukubala unos cabellos así, hasta más abajo de las rodillas. Y cuando se bañaba, sus cabellos flotaban pesadamente hacia un lado, como las algas, siguiendo la corriente marina. Y ella se reía feliz, hermosa y morena.

Burani Yediguéi se iluminó, se conmovió. Tanto bienestar le producía escuchar la *dombra*. Sólo por eso había valido la pena aquel camino diurno por el Sary-Ozeki invernal. «Qué suerte que *Karanar* haya venido a parar aquí —pensó Yediguéi—. Y me ha atraído a mí, me ha obligado verdaderamente a venir. ¡Bravo, Erlepés! ¡Por lo que veo eres un gran maestro! Y yo que no lo sabía...»

Al escuchar la interpretación de Erlepés, Yediguéi pensaba en sus cosas, intentaba contemplar su vida desde fuera, elevarse por encima de ella como un graznador milano sobre la estepa, alto, muy alto, y desde allí cernerse en completa soledad, con las alas muy extendidas sobre las columnas de aire ascendentes, y contemplar lo que había abajo. El enorme cuadro del Sary-Ozeki invernal se extendía ante su vista. Allí,

en la imperceptible sinuosidad de la línea del ferrocarril, se agrupaban algunas casitas y algunas luces: era el apartadero de Boranly-Burányy. En una de aquellas casitas estaba Ukubala con sus hijitas. Seguramente ya estarían durmiendo. Pero posiblemente debería de pensar algo, quizá el corazón le sugeriría algo. Y en otra de las casitas, Zaripa con sus hijos. Ella no dormiría. Era seguro que lo pasaba mal. Y tenía aún por delante mucha amargura: los niños aún no sabían lo de su padre. Y no había remedio, la verdad no se puede dejar al margen...

Imaginaba cómo pasaban retumbando los trenes en mitad de la noche, llameando con sus luces, barriendo el polvo de nieve, y cuán densa e infinita era la noche que los rodeaba. No lejos del lugar donde se encontraba como huésped escuchando la *dombra*, en la negra, oscura y salvaje estepa, entre nieves y vientos, vigilaba el frenético *Karanar*. No estaba para sueños ni para descansos, porque así lo disponía la naturaleza. Acumulaba fuerzas durante todo el año, estaba todo ese tiempo recogiendo y rumiando pienso, frotando continua e incesantemente la rumia con sus poderosas mandíbulas, que para ello tenía convenientemente adaptado el estómago, para acumular primero el pienso en forma de pasta y luego devolverlo para una segunda molturación. Los camellos rumian en cualquier momento, masticando la rumia cuando caminan e incluso cuando duermen, y todo ello para acumular y concentrar fuerza en las gibas, y cuanto más poderosas, hinchadas y duras sean éstas, cuanto más compacta sea su grasa, más poderoso será el macho en la temporada invernal. Y entonces no le importará la nieve ni el frío, ni incluso su amo, y menos aún la demás gente. Entonces se volverá fiero, embriagado por una fuerza indomable, entonces será zar, dueño y señor, y no experimentará cansancio ni temor, ni nada del mundo existirá para él, ni la comida ni la bebida, nada excepto el ansia de saciar su grande y desenfrenada pasión. Pues para ello ha vivido todo un año, y ha acumulado fuerzas día tras día. Y en el momento en que Burani Yediguéi estaba de huésped, caliente y satisfecho, escuchando música, en algún lugar de aquel distrito se agitaba y enfurecía *Burani Karanar* entre nieves lunares, en medio de la noche de Burani, fiel a la llamada de la sangre, guardando celosamente las hembras preferidas, no permitiendo que se les acercara fiera alguna, ni siquiera un pájaro, aullando penetrantemente y sacudiendo aterrador los negros mechones de su barba.

Yediguéi también pensaba en eso a los acordes de la *dombra*...

La música trasladaba instantáneamente su pensamiento del pasado al presente, y de nuevo al pasado. Y a lo que le esperaba a la mañana siguiente. Y surgió en él un raro deseo: proteger y guardar de cualquier peligro todo aquello que le era querido; todo el mundo que era capaz de imaginar, para que nadie ni nada lo pasara mal. Y esa vaga sensación de cierta culpabilidad ante todos cuantos estaban relacionados con su vida, provocaba en él un secreto pesar...

—Yediguéi —le llamó Erlepés sonriendo pensativamente mientras, al finalizar, pulsaba suavemente las cuerdas a punto de aquietarse—. Seguramente estarás cansado del viaje, tienes que descansar, y yo no hago más que rasgear la *dombra*.

—No, no; pero qué dices, Erlepés —protestó sinceramente Yediguéi poniéndose las manos en el pecho—. Por el contrario, hacía tiempo que no me sentía tan bien como ahora. Si tú no estás cansado, continúa, haz esta buena acción. Toca.

—¿Qué te gustaría oír?

—Eso lo sabes tú mejor que yo, Erlepés. El maestro sabe mejor lo que más le va. Naturalmente, las canciones antiguas parecen ser algo más íntimo. No sé por qué, pero se agarran al alma, inspiran pensamientos.

Erlepés movió la cabeza en señal de comprensión.

—También nuestro Kospán es así —sonrió mirando a éste, que se mostraba desacostumbradamente callado—. Cuando escucha la *dombra* parece derretirse, se convierte en otro hombre. ¿No es así, Kospán? Pero hoy tenemos un invitado. No lo olvides. Echanos un poco más.

—Al instante —se animó Kospán y vertió en el fondo de los vasos una nueva ronda.

Bebieron, picaron los entremeses. Después de esa corta espera, Erlepés tomó la *dombra* y comprobó de nuevo, pulsando las cuerdas, que el instrumento estaba afinado.

—Puesto que sientes afición por las cosas antiguas —dijo dirigiéndose a Yediguéi —, te recordaré una historia, Yedik. Muchos ancianos la saben, y tú también. Por cierto, vuestro Kazangap la cuenta muy bien, pero él la cuenta y yo la canto y la toco, monto todo un teatro. En tu honor, Yedik: *Alocución de Raimaly agá a su hermano Abdilján*.

Yediguéi asintió, agradecido, con la cabeza, y Erlepés recorrió las cuerdas haciendo preceder al relato la bien conocida abertura de *dombra*. De nuevo volvió a gemir la turbada alma de Yediguéi, pues todo lo que había en aquella historia se reflejaba en él con especial tristeza y comprensión.

Zumbaba la *dombra*, acompañada por el canto de Erlepés, denso y grave, muy adecuado al relato sobre el trágico destino del célebre *zhynrau*^[32] Raimaly-agá. Éste pasaba ya de los sesenta cuando se enamoró de una joven, Beguimái, una cantante trashumante de diecinueve años, que se encendió como una estrella en su camino. Más exactamente, fue ella la que se enamoró de él. Pero Beguimái era libre, voluntariosa y podía disponer de su persona como quisiera. La fama, a quien condenó fue a Raimaly-agá. Desde entonces, esa historia de amor tiene sus partidarios y sus detractores. No hay indiferentes. Unos no aceptan, rechazan, el acto de Raimaly-agá y exigen que su nombre sea olvidado; otros le compadecen, sufren con él, transmiten de boca en boca, de generación en generación, esa amarga tristeza de enamorado. Y así vive el relato de Raimaly-agá. En todas las épocas tiene Raimaly-agá quienes le vilipendian y quienes le defienden.

Aquella noche recordó Yediguéi cómo *Ojos de Halcón* había vituperado con rencor el relato de la alocución de Raimaly-agá a su hermano Abdilján, que había encontrado entre los papeles de Abutalip Kuttybáyev. Abutalip, por el contrario, tenía

una opinión muy alta de lo que él llamaba el poema del Goethe de la estepa, pues los alemanes tuvieron también a un grande y prudente anciano que se enamoró de una jovencita. Abutalip escribió la canción de Raimaly-agá sacándola de las palabras de Kazangap con la esperanza de que la leyeran sus hijos cuando fueran mayores. Abutalip decía que hay casos aislados, destinos de ciertos hombres, que se convierten en patrimonio de muchos, pues el valor de la lección es muy elevado y el contenido de la historia muy grande, y lo que le sucedió a un solo hombre parece extenderse a todos los que viven en esa época e incluso a los que vendrán mucho después...

Ante él, tocando inspiradamente la *dombra* y acompañándola con su voz, se sentaba Erlepés, el jefe del apartadero que tenía ante todo que entender de raíles en un determinado tramo del ferrocarril, y parecía que no tenía por qué llevar dentro de sí una atormentadora historia de tiempos remotos, la historia del desgraciado Raimaly-agá, no tenía por qué sufrir como si se encontrara en su lugar... Así es la música y el verdadero canto, pensaba Yediguéi; cuando dicen: muere y nace de nuevo, uno estaría dispuesto a hacerlo en aquel momento... Ay, si siempre pudiera arder en el alma iluminada esa luz que permite al hombre pensar con claridad a su antojo sobre sí mismo de la mejor manera...

En aquel nuevo lugar, Yediguéi no consiguió dormirse en seguida, pese a que antes salió a respirar el frío aire, y aunque los dueños de la casa le arreglaron una cómoda y caliente yacija, con esas sábanas limpias que se guardan en todas las casas para casos semejantes. Yacía junto a la ventana y oía cómo el viento arañaba y silbaba, cómo pasaban los trenes en una y otra dirección... Esperaba el amanecer para apoderarse del amotinado *Karanar* y ponerse cuanto antes en camino, para llegar pronto a Boranly-Buránnny, donde vivían sus hijos, los de ambas casas, ya que él los amaba de igual manera, pues por ello vivía en esa tierra, para que se sintieran bien... Pensaba de qué manera podría someter a *Karanar*. Ése era el problema, todo lo suyo era diferente de lo de los demás, y le había tocado el camello más terco y furioso, la gente se ponía a temblar sólo al verlo y ahora estaba dispuesta incluso a disparar... Pero cómo meter en la cabeza de un animal lo que es bueno y lo que es malo... Porque si había ido hacia aquellos lugares no era porque sí, así lo había dispuesto la naturaleza, y *Karanar* era grande y poderoso, por lo cual no había para él barrera alguna y destrozaría a quien se interpusiera en su camino... ¿Qué hacer? ¿Cómo apretarle las clavijas a *Karanar*? Sería preciso encadenarlo y tenerlo todo el invierno en el vallado, no fuera que le volaran su pecadora cabeza; si no Kospán, algún otro le dispararía y no habría remedio... Al dormirse, recordó una vez más la canción de Erlepés, cómo tocaba la *dombra*, y se alegró de haber podido pasar con ellos toda la velada. Gracias a aquella *dombra* habían revivido, trasladados a su alma, los sufrimientos del bardo Raimaly-agá, que se enamoró para su desgracia. Y aunque no había nada en común entre los dos, Yediguéi encontró en la historia de Raimaly-agá un lejano eco, un cierto dolor común. Lo que experimentara Raimaly-agá cien años atrás, se transmitía como un eco hasta él, hasta Burani Yediguéi, que vivía en el

desierto Sary-Ozeki. Yediguéi suspiraba profundamente, se revolvía en su yacija, se sentía triste y apenado por toda aquella vaguedad que se avecinaba, por aquella indeterminación de su espíritu. ¿Qué podía hacer? ¿Cómo podía continuar? ¿Qué decirle a Zaripa? ¿Qué responder a Ukubala? Sí, se hallaba indeciso, vagaba, erraba de camino, y al dormirse se sintió de pronto en el mar de Aral... La cabeza le dio vueltas ante aquel insoportable azul y aquel viento... Y como entonces, como en su infancia, se precipitó hacia el mar para imaginarse gaviota viviendo libremente sobre las olas, y se sintió muy feliz con ello, exultante. Se cernía sobre los espacios marinos escuchando continuamente el zumbido y el tintineo de la *dombra*, el canto de Erlepés sobre el desgraciado amor de Raimaly-agá, y soñó de nuevo que soltaba al mar el mekre de oro. El mekre era flexible y pesado, y cuando lo llevaba al agua sentía claramente la viva carne del pez y los esfuerzos que hacía en su ansia por escapar hacia su elemento natural. Él caminaba por la orilla, el mar rodaba a su encuentro, él se reía con la cara al aire, y luego abrió los brazos y el mekre de oro, encendiéndose sobre el denso azul del mar como un irisado brillo, estuvo largo rato deslizándose y cayendo en el agua... Y sin embargo, de alguna parte llegaba una música... Alguien lloraba y se quejaba de su destino.

Aquella noche se paseó por la estepa un viento helado e impetuoso. El frío cobraba fuerza. La manada de camellas, de cuatro cabezas, la manada predilecta que vigilaba *Burani Karanar*, estaba en un lugar aislado, en un barranco bajo un pequeño montículo. Barridas por la nieve de los lugares donde soplaba el viento, se habían agrupado para calentarse unas a otras colocando cada una la cabeza sobre el cuello de la vecina. Pero su furioso y velludo amo *Karanar* no las dejaba en paz. No hacía más que dar vueltas e ir de acá para allá, rugiendo de ira, celoso no se sabe de quién ni de qué, como no fuera de la Luna, que brillaba en las alturas, entre la flotante neblina. *Karanar* estaba muy inquieto. Esa negra fiera de dos gibas, largo cuello y lanuda y rugiente cabeza trotaba por la helada y brumosa superficie barrida por la ventisca. ¡Cuánta fuerza había en ella! Tampoco en aquel momento le habría repugnado dedicarse a su ocupación favorita, y fastidiaba e importunaba ora a una hembra ora a otra, las mordía con fuerza en los tobillos y en los muslos, arrancaba a una de las demás, y eso era ya demasiado por su parte, pues las camellas tenían ya bastante con las horas del día, en las que con gusto cedían a sus caprichos, pero de noche deseaban descansar. Por eso también bramaban indignadas como respuesta, resistiendo a su importuno asedio y sin ningunas ganas de ceder. Por la noche deseaban descansar.

Cerca del amanecer, *Burani Karanar* se tranquilizó un poco, se calmó. Estaba junto a las hembras y gritaba de vez en cuando medio dormido, al tiempo que lanzaba salvajes miradas a su alrededor. Y entonces las camellas se tendieron sobre la nieve, las cuatro, una junto a otra, con los cuellos extendidos y se quedaron calladas, algo adormiladas. Soñaron en los tiernos camellitos, en los que habían tenido ya, y en los que tendrían de aquel negro semental que había llegado allí quién sabe de dónde y las había conquistado en dura lucha con otros sementales. Y soñaron en el verano, en el

aromático ajenjo, en el tierno contacto de los camellitos apegados a sus pezones, que les producían suave dolor, que les punzaba desde vagas profundidades, como un presentimiento de la futura leche... *Burani Karanar* continuaba de guardia, el viento silbaba sobre sus greñas...

Y la Tierra giraba siguiendo sus círculos, bañada por los vientos superiores. Giraba alrededor del Sol, y cuando al girar sobre sí misma presentó finalmente el costado necesario para que llegara la mañana a Sary-Ozeki, *Burani Karanar* vio de pronto que aparecían en la cercanía dos hombres cabalgando sobre una camella. Eran Yediguéi y Kospán. Éste llevaba su escopeta.

Burani Karanar se enfureció, se puso a temblar, a bramar, a hervir de ira. ¿Cómo se atrevía la gente a penetrar en su territorio? ¿Cómo podían acercarse a su rebaño? ¿Qué derecho tenían a romper su época de celo? *Karanar* berreó con voz penetrante y furiosa, y levantando su cabeza de largo cuello hizo chasquear sus dientes, como un dragón, abriendo sus terribles y bien dentadas fauces. Su ardiente boca exhalaba vapor, como humo, que se depositaba inmediatamente sobre sus negras guedejas en forma de una blanca capa de escarcha. Presa de excitación, el camello se puso a orinar, se levantó con las patas separadas y lanzó el chorro contra el viento, con lo que el aire olió vivamente a orines pulverizados mientras unas gotas heladas caían sobre Yediguéi.

Éste saltó al suelo y arrojó la pelliza sobre la nieve. Una vez aligerado de ropa — con chaqueta y pantalones acolchados— desenroscó el látigo del mango que tenía en la mano.

—Ten cuidado, Yedik, si llega el caso lo mato —dijo Kospán apuntando con la escopeta.

—No, en ningún caso. No te preocupes por mí. Si te ataca a ti, entonces es otra cosa.

—Muy bien —aceptó Kospán, que continuaba encaramado en la camella.

Y Yediguéi se dirigió al encuentro de su *Karanar* haciendo restallar el látigo con chasquidos secos como disparos. Por su parte, *Karanar*, al ver que se acercaba, enloqueció aún más y avanzó a pequeños pasos, al encuentro de Yediguéi, chillando y echando salpicaduras de saliva. Al mismo tiempo, las hembras se levantaron de donde yacían y también empezaron a dar intranquilas vueltas por allí.

Haciendo restallar el látigo con el que habitualmente arreaba a los camellos del trineo de arrastre que le servía para quitar los obstáculos de nieve, Yediguéi avanzaba llamando desde lejos, con voz fuerte, a *Karanar*, con la esperanza de que éste reconociera su voz:

—¡Eh, eh, *Karanar*! ¡No hagas el tonto! ¡Que no lo hagas, te digo! ¡Soy yo! ¿Estás ciego o qué? ¡Te digo que soy yo!

Pero *Karanar* no reaccionó a su voz, y Yediguéi se horrorizó al ver la mirada iracunda del camello, y cómo corría hacia él con toda su enorme y negra masa y con las temblequeantes gibas sobre su espalda. Y entonces, encasquetándose más

firmeramente la gorra de piel, Yediguéi agitó su látigo. Éste era largo, de unos siete metros, trenzado con cuero duro embreado. El camello chillaba y se echaba sobre Yediguéi con la intención de agarrarle con los dientes o de derribarle y pisotearle, pero Yediguéi no le permitía acercarse, le soltaba latigazos con toda su fuerza, se escurría, retrocedía y avanzaba, sin dejar de gritarle que volviera a la realidad y le reconociera. Y así estuvieron luchando cada uno a su manera, y cada uno tenía razón desde su punto de vista. Yediguéi estaba impresionado por el indomable e irresponsable impulso del semental hacia la felicidad, y comprendía que le privaba de ella, aunque no tenía otro remedio. Una sola cosa temía Yediguéi: saltarle un ojo a *Karanar*. Lo demás se le pasaría. La tenacidad de Yediguéi domó finalmente la voluntad del animal. Fustigando, gritando y atacando al camello, consiguió acercarse y abalanzarse sobre él para agarrarle por el labio superior. Y estuvo a punto de arrancarle el labio, de la gran fuerza con que se agarró a él. Acto seguido se le apañó para colocarle un torniquete que llevaba preparado de antemano. *Karanar* mugió y gimió bajo el insoportable dolor que éste le producía, y en sus dilatados ojos, sin parpadeos, mudos de terror, Yediguéi vio con precisión su propia imagen como en un espejo, y estuvo a punto de dar un salto atrás, temeroso de su propio aspecto. Tan infrahumana era la expresión de su alterado, sudoroso y enardecido rostro, y tan pateada estaba la nieve a su alrededor —todo eso lo vio fugazmente en las enloquecidas pupilas de *Karanar*— que le vinieron ganas de mandarlo todo al diablo y huir de allí para no atormentar más a una criatura que no tenía ninguna culpa, pero inmediatamente cambió de parecer: le esperaban en Boranly-Burány y no podía volver sin *Karanar*, pues a éste lo fusilarían los vecinos de Ak-Moinak. Y se venció a sí mismo. Lanzó un grito de triunfo y empezó a amenazar al camello para obligarlo a tenderse en el suelo. Había que ensillarlo. *Burani Karanar* continuaba resistiéndose, aullaba y rugía, exhalaba sobre su amo el húmedo aliento de su ardiente y rugiente boca, pero el dueño se mantenía irreductible. Obligó al camello a someterse.

—¡Arrójame acá la silla, Kospán, y aleja a estas camellas tras el montículo, que él no las vea! —gritó Yediguéi.

Éste sacó inmediatamente la silla de la camella de montar y corrió a apartar al rebaño de *Karanar*. En ese momento ya había terminado todo: Yediguéi colocó rápidamente la silla sobre *Karanar*, y cuando acudió Kospán corriendo y dio a Yediguéi la pelliza que éste había arrojado, Yediguéi se abrigó a toda prisa y se encaramó sin perder un segundo sobre el ensillado y embreado *Karanar*.

El enfurecido camello aún intentaba volver junto a las alejadas hembras, incluso quería alcanzar a su amo con los dientes echando la cabeza hacia un lado. Pero Yediguéi conocía su trabajo. Y a pesar de los rugidos y de los iracundos resoplidos, de los incesantes e irritados aullidos de *Karanar*, lo arreó tenazmente por la nevada estepa intentando continuamente hacerlo entrar en razón.

—¡Déjalo ya! ¡Basta! —le decía—. Cállate. De todos modos no vas a volver para atrás. ¡Mala cabeza! ¿Crees que te deseo algún mal? Pues de no ser por mí te habrían

matado como a una fiera loca y nociva. ¿Y qué podrías decir? Te has vuelto loco, eso es verdad, ¡y qué verdad! Te has vuelto loco, ¡te conduces como el peor de los botarates! Y si no, ¿a qué viniste aquí? ¿No te bastaba con tus hembras? ¡Pues sabe que cuando lleguemos a casa se han acabado tus vagabundeos por las manadas ajenas! ¡Te encadenaré y no vas a tener un paso de libertad, ya que te pones así!

Burani Yediguéi lo amenazaba más que nada para justificarse ante sus propios ojos. Había arrancado a *Karanar*, a la fuerza, de sus camellas de Ak-Moinak. Y eso era en general injusto. ¡De haber sido un animal pacífico, no habría habido problema! En efecto, Yediguéi no había tenido reparos en abandonar a su camella en casa de Kospán y éste había prometido llevársela a Boranly-Buránny a la primera ocasión, sin problemas, por las buenas y a satisfacción. Pero con aquel maldito no había más que dificultades.

Al cabo de un rato, *Karanar* asumió de nuevo tanto el llevar la silla como el estar otra vez bajo el mando de su amo. Chillaba menos, su paso era más uniforme y rápido y pronto recuperó su óptima andadura: corría al trote acortando con las patas las distancias de Sary-Ozeki, como una máquina. Yediguéi se tranquilizó, se arrellanó entre las dos flexibles gibas, se abrochó la pelliza para resguardarse del viento, se ató con más firmeza la gorra de pieles y se puso a esperar con impaciencia la proximidad de las tierras de Boranly-Buránny.

Pero estaba aún bastante lejos de su casa. El día era soportable. Algo ventoso y nublado. No eran de temer ventiscas en las próximas horas, aunque sí podían levantarse por la noche. Burani Yediguéi regresaba contento por haber conseguido cazar y embridar a *Karanar*, y en especial estaba de buen humor por la velada de la noche anterior en casa de Kospán, por la *dombra* y el canto de Erlepés.

Y Yediguéi volvió involuntariamente, con el pensamiento, a su desdichada vida. ¡Qué desgracia! No sabía cómo hacerlo para que nadie sufriera, para no ocultar más su dolor y decir francamente: «Así son las cosas, Zaripa, te quiero». Y si los hijos de Abutalip no tenían las puertas abiertas con el apellido de su padre, pues entonces que Zaripa lo gestionara y por su parte no había inconveniente en registrar aquellos niños con su apellido, con el de Yediguéi. Le haría muy feliz que su apellido fuera útil a Daúl y a Ermek. Para que no tuvieran ningún obstáculo en la vida. Y que consiguieran éxitos con sus fuerzas y facultades. ¿Había de saberle mal dar el apellido con este fin? Sí, también estas ideas rondaron a Burani Yediguéi por el camino.

El día tocaba a su fin. Por mucho que se hubiera resistido, por mucho que se hubiera enfurecido, el incansable *Karanar* se había comportado honestamente bajo la silla. Y ya ante ellos se abrían los barrancos de Boranly, las torrenteras con sus montones de nieve, la gran elevación del terreno, y ante la curva del ferrocarril se agrupaba el apartadero de Boranly-Buránny. Los humos se arremolinaban sobre las chimeneas. ¿Qué estarían haciendo sus queridas familias? No se había ausentado más que un día pero sentía tal inquietud como si no hubiera estado allí durante un año. Y

los había echado mucho de menos, especial mente a los niños. Al ver la aldea ante sí, *Karanar* aún aceleró el paso. Caminaba enardecido, sudoroso, separando ampliamente las patas, arrojando por la boca nubes de vapor. Mientras Yediguéi se acercaba a su casa, en el apartadero se cruzaron y separaron dos trenes de mercancías. Uno fue hacia occidente y el otro hacia oriente...

Yediguéi se detuvo en la parte posterior de la casa, en el patio, para encerrar inmediatamente a *Karanar* en el cercado. Se apeó, agarró una gruesa cadena clavada en tierra con una traviesa y aherrojó con ella una de las patas delanteras del camello. Y lo dejó en paz. «Que se enfríe, después ya le quitaré la silla», decidió en su interior. Sin saber por qué, tenía mucha prisa. Yediguéi enderezó su aterida espalda y sus piernas, y salió del cercado. Saule, su hija mayor, acudió corriendo. Yediguéi la abrazó, moviéndose torpemente con la pelliza, la besó.

—Te vas a helar —le dijo. La niña iba ligera de ropa—. Corre a casa. Vengo en seguida.

—Papá —dijo Saule estrechándose contra su padre—. Daúl y Ermek se han marchado.

—¿Adónde han ido?

—Se han marchado para siempre. Con su mamá. Han subido a un tren y se han marchado.

—¿Que se han marchado? ¿Cuándo se han marchado? —preguntó mirando a los ojos a su hija, todavía sin comprender de qué se trataba.

—Hoy por la mañana.

—¡Qué cosas! —profirió Yediguéi con voz temblorosa—. Anda, corre, corre a casa —dejó a la niña—. Luego vendré. Tú ve, ve en seguida...

Saule desapareció tras la esquina. Yediguéi, sin cerrar la puerta del cercado, vestido como iba, con la pelliza por encima de la chaqueta abotonada, fue rápida y directamente a la barraca de Zaripa. La niña habría podido confundir alguna cosa. Aquello no podía ser. Pero en el porche había muchas pisadas. Yediguéi tiró bruscamente del asa de la entreabierta puerta y al atravesar el umbral vio una habitación abandonada y fría tiempo ha, con desperdicios inútiles rodando por el suelo. ¡Ni los niños ni Zaripa!

—¿Cómo es posible? —murmuró Yediguéi al vacío, no deseando aún comprender del todo lo que había sucedido—. ¿O sea que se han marchado? —dijo sorprendido y afligido, aunque era evidente hasta la saciedad que aquellas personas se habían marchado de allí.

Y se sintió mal, tanto como nunca se sintiera en toda su vida. Estaba de pie en medio de la habitación con la pelliza puesta, junto a la fría estufa, sin comprender qué debía hacer, cómo comportarse, cómo detener en su interior la ofensa y la pérdida que clamaban y pugnaban por salir al exterior. En el alféizar de la ventana estaban las piedrecitas de adivinación que Ermek había olvidado, las mismas cuarenta y una piedras con las que había aprendido a adivinar cuándo su padre, inexistente tiempo

ha, regresaría, unas piedras de esperanza y de amor. Yediguéi recogió en su mano las piedrecitas de adivinación, las estrechó en su puño: eso era todo lo que había quedado. Ya no tuvo más fuerzas, se volvió de cara a la pared, pegó su ardiente y amargado rostro a las frías tablas y se echó a llorar ahogada y desconsoladamente. Y mientras sollozaba, las piedrecitas iban cayendo de su mano una tras otra. Él intentaba convulsivamente retenerlas en su temblorosa mano, pero ésta no le obedecía, y las piedras resbalaban y caían al suelo con sordo golpe una tras otra, caían y rodaban a los diferentes rincones de la vacía casa...

Luego se volvió, se deslizó por la pared y lentamente se puso en cuclillas y permaneció de esa manera, con la pelliza puesta, con la gorra de pieles encasquetada, apoyándose de espaldas contra la pared, sollozando amargamente. Se sacó del bolsillo la bufandita que la víspera le regalara Zaripa y se enjugó las lágrimas con ella...

Así permaneció en la abandonada barraca intentando comprender qué había sucedido. O sea, que Zaripa se había marchado con los niños aprovechando su ausencia. Es decir, lo quería así o bien temía que él no los dejara partir. Y él no los habría dejado marchar de ninguna manera, por nada del mundo. Terminara como terminase, de haber estado allí no los habría dejado marchar. Ahora ya era tarde para adivinar qué habría pasado de no haber estado él de viaje. Ya no estaban. ¡Zaripa no estaba! ¡No estaban los niños! ¿Cómo había de separarse de ellos? Por eso Zaripa había comprendido que era mejor partir en su ausencia. Para ella se había hecho más fácil la partida, pero no había pensado en lo terrible que sería para él encontrar la barraca vacía.

¡Y alguien había detenido para ella un tren en el apartadero! ¡Alguien! Ya sabía quién: Kazangap. ¡Qué otro podía ser! Sólo que no habría tirado del timbre de alarma como hiciera Yediguéi el día de la muerte de Stalin sino que lo habría concertado con alguien, habría convencido al jefe del apartadero para que detuviera algún tren de viajeros. Era un hombre así... ¡Y seguramente Ukubala habría colaborado para sacarlos rápidamente de allí! ¡Pero, esperad! Y la sangre de la venganza hirvió sorda y negra encendiendo su cerebro: sentía el deseo de hacer un acopio de fuerzas y aniquilarlos a todos, destruir todo cuanto había en aquel apartadero maldito de Dios que se llamaba Boranly-Buránnny, destruirlo de raíz, que no quedaran ni astillas, y montar en *Karanar* y largarse por Sary-Ozeki hasta morir en soledad de hambre y de frío. Así estaba, sentado en el lugar abandonado, falto de fuerzas, vacío, impresionado por lo ocurrido. Quedábale únicamente un terrible desconcierto: «¿Por qué ha partido? ¿Adónde ha ido? ¿Por qué ha partido? ¿Adónde ha ido?».

Luego se presentó en casa. Ukubala le tomó en silencio la pelliza y la gorra, y llevó las botas a un rincón. Por la cara petrificada y gris de Burani Yediguéi era difícil precisar en qué pensaba ni qué tenía intención de hacer. Sus ojos parecían ciegos. No expresaban nada, escondían el sobrehumano esfuerzo que tenía que hacer para

contenerse. Ukubala había puesto ya varias veces el samovar, a la espera de su marido. El samovar hervía, estaba lleno de brasas de carbón vegetal.

—El té está ardiente —dijo la esposa—. Acabo de sacarlo del fuego.

Yediguéi la miró en silencio y continuó tragando el agua hirviente. No sentía el té caliente. Ambos esperaban tensamente la conversación.

—Zaripa se ha ido con los niños —dijo al final Ukubala.

—Lo sé —masculló brevemente Yediguéi sin levantar la cabeza del té. Y después de una pausa, preguntó también sin levantar la cabeza del té—: ¿Adónde ha ido?

—No nos lo dijo —respondió Ukubala.

Y aquí pusieron punto final. Escaldándose con el fuerte té al que no prestaba atención, Yediguéi se ocupaba en una sola cosa: no estallar, no ponerlo todo patas arriba, no asustar a las niñas, no provocar una desgracia...

Terminado el té, se dispuso a salir de nuevo a la calle. Se puso otra vez las botas, la pelliza y la gorra.

—¿Adónde vas? —le preguntó la esposa.

—A ver al ganado —dijo desde la puerta.

Entretanto, había terminado el corto día invernal. El aire oscurecía rápidamente, de forma casi palpable. Y la helada crecía notablemente, el viento raso se ponía en movimiento, levantándose y zigzagueando con sus móviles melenas. Yediguéi se dirigió sombrío al vallado. Y al entrar con ojos brillantes de irritación le gritó a *Karanar*, que pugnaba por librarse de la cadena:

—¡No te hartas de bramar! ¡Todo te parece poco! ¡Pero ahora, canalla, te ha llegado el turno! ¡No voy a gastar muchas palabras contigo! ¡Ahora, a mí todo me da igual!

Yediguéi empujó a *Karanar* por el flanco, lanzó una terrible palabrota, lo desensilló, arrojó la silla lejos de allí y desató la cadena que ataba la pata del camello. Luego lo tomó de la brida con una mano; en la otra llevaba el látigo enroscado en el mango. Salió a la estepa llevando de la brida al semental, que chillaba y aullaba fastidiosamente de añoranza. El dueño volvió la cabeza varias veces, levantando amenazadoramente la mano y tirando de *Burani Karanar* para que éste cesara en sus gemidos y aullidos, pero como sea que esto no causara efecto alguno, lo dejó y se dispuso a caminar sin prestar atención, soportando sombría y pacientemente el bramar del camello, y caminó obstinadamente por la profunda nieve, bajo el viento raso, por el campo crepuscular que iba oscureciéndose y perdiendo gradualmente sus perfiles. Respiraba pesadamente pero caminaba sin detenerse. Anduvo mucho rato, la cabeza sombríamente gacha. Lejos del apartadero, tras la colina, detuvo a *Karanar* y le infligió un cruel castigo. Yediguéi arrojó la pelliza sobre la nieve y se ató rápidamente la cuerda del ronزال al cinturón que ceñía su chaqueta acolchada, para que el camello no se liberara y huyera, y para tener las manos libres. Entonces, agarrando con ambas manos el mango del látigo, empezó a descargar latigazos sobre el semental, vengando en él toda su desgracia. Fustigaba furioso e implacable a

Burani Karanar, descargando sobre él latigazo tras latigazo, exhalando ronquidos y vomitando maldiciones:

—¡Toma! ¡Toma! ¡Ruín animal! ¡Todo por culpa tuya! ¡Por tu culpa! ¡Eres el culpable de todo! ¡También ahora te voy a dejar en completa libertad, vete a donde quieras, pero antes te voy a lisiar! ¡Toma! ¡Toma! ¡Criatura insaciable! ¡Todo te parece poco! Tenías que irte por ahí. ¡Y ella, mientras, se ha marchado con los niños! ¡A ninguno de vosotros os importa cómo me siento yo! ¿Cómo voy a vivir ahora en este mundo? ¿Cómo voy a vivir sin ella? Si a vosotros os da lo mismo, a mí también me lo da. ¡De manera que, toma, toma, perro!

Karanar chillaba, daba tirones y se agitaba bajo los golpes del látigo. Loco de terror y dolor, derribó a su amo y huyó corriendo, arrastrándolo por la nieve. Arrastraba a su amo con una fuerza salvaje y monstruosa, lo arrastraba como un tronco, todo con tal de librarse de él, de liberarse, de huir hacia aquellos lugares de donde le habían hecho volver a la fuerza.

—¡Alto! ¡Alto! —gritaba Yediguéi ahogándose y hundiéndose en la nieve por la que le arrastraba el semental.

La gorra había volado de su cabeza, los montones de nieve le golpeaban con calor y con frío la cabeza, la cara, el vientre, se le metían por el cuello, por la cintura, el látigo estaba enroscado en sus manos y nada podía hacer para detener de algún modo al semental, para desatar la cuerda del cinturón. Y el animal le arrastraba empavorecido, insensatamente, viendo su salvación en la huida. Quién sabe cómo habría terminado todo si Yediguéi no hubiera conseguido milagrosamente desatar la correa, abrir la hebilla, y salvarse de morir ahogado en la nieve. Cuando pudo agarrar la cuerda, el camello lo arrastró aún unos cuantos metros y se detuvo retenido por su amo en su postrero esfuerzo.

—¡Ah, malvado! —barbotó Yediguéi al volver en sí, chamuscado por la nieve, ahogándose y tambaleándose—. ¡Ah! ¡Cómo eres! ¡Pues toma, bestia! ¡Y fuera, fuera de mi vista! ¡Corre, maldito, que no te vea nunca más! ¡Vete al infierno! ¡Que te fusilen, que te maten como a un perro rabioso! ¡Largo, desaparece! ¡Todo por tu culpa! Así estires la pata en la estepa. ¡Que tu hálito no esté cerca de mí!

Karanar huyó chillando en dirección a Ak-Moinak, pero Yediguéi lo alcanzó y lo despidió con unos latigazos, renegando de él, maldiciéndolo e insultándolo con las peores palabras. Había llegado la hora del castigo y de la separación. Luego, Yediguéi estuvo largo rato gritando en su dirección:

—¡Piérdete de vista, animal del diablo! ¡Corre! ¡Muérete allí, criatura insaciable! ¡Que te claven una bala en la frente! *Karanar* huía cada vez más lejos por el campo crepuscular y oscuro y no tardó en desaparecer en la neblina de la ventisca, sólo de vez en cuando se oían aún sus vivos y trompeteantes chillidos. Yediguéi imaginaba cómo iba a correr toda la noche de cabo a rabo, sin cansancio, en medio de la ventisca, hasta llegar allí, a sus hembras de Ak-Moinak.

—¡Uf! —escupió Yediguéi, y volvió sobre sus pasos siguiendo la huella que abriera en la nieve su propio cuerpo.

Sin gorra, sin pelliza, con la piel ardiente en la cara y en las manos, vagó en la oscuridad arrastrando el látigo, hasta que de pronto sintió una impotencia y un vacío totales. Cayó de rodillas sobre la nieve, y doblado sobre sí mismo, agarrándose la cabeza con las manos, se echó a llorar sorda y agotadoramente. En plena soledad, arrodillado en mitad de Sary-Ozeki, escuchaba cómo se movía el viento, cómo silbaba y se arremolinaba levantando el polvo de nieve, y oía cómo la nieve caía del cielo. Cada copo de nieve —los millones de copos— que susurraba inaudible en el fru frú de su roce por el aire, le decía, creía él, que no iba a poder soportar el peso de la separación, que no tenía sentido vivir sin la mujer amada y sin aquellos niños a los que había cobrado tanto afecto, un amor que no todos los padres sentirían. Y tuvo deseos de morir allí, de que la nieve le cubriera inmediatamente.

—¡No hay Dios! ¡Ni Él entiende puñetera cosa de esta vida! ¿A qué esperar que lo entiendan los demás? ¡No hay Dios, no lo hay! —se dijo desesperanzado en la amarga soledad de los nocturnos desiertos de Sary-Ozeki.

Antes, nunca había pronunciado en voz alta aquellas palabras. Incluso cuando Elizárov, que continuamente citaba a Dios, aseguraba que desde el punto de vista científico Dios no existía, él no lo había creído. Pero ahora lo creía...

Y la Tierra seguía rodando en sus círculos, oreada por los vientos superiores. Giraba alrededor del Sol y daba vueltas alrededor de su propio eje, arrastrando en aquel momento a un hombre arrodillado sobre la nieve en medio de un blanco desierto. Ni un rey, ni un emperador, ni soberano alguno habrían caído de rodillas ante la faz del mundo lamentándose de la pérdida de su Estado o de su poder, con la desesperación con que lo hizo Burani Yediguéi el día en que se separó de la mujer amada... Y la Tierra giraba... Unos tres días después, Kazangap detuvo a Yediguéi junto al almacén donde obtenían las escarpas y los cojinetes para reparar las vías.

—Te has vuelto un poco huraño, Yediguéi —le dijo como de pasada mientras trasladaba un manojito de hierros a la carretilla—. ¿Huyes de mí, o qué? Me esquivas, tú sabrás por qué; no consigo hablar contigo.

Yediguéi miró a Kazangap con brusquedad e irritación.

—Si empezamos a hablar, te estrangulo en el sitio. ¡Y tú lo sabes!

—No tengo duda alguna de que estás dispuesto a estrangularme, y quizá a algo más. Pero dime solamente, ¿por qué estás tan furioso?

—¡Tú la obligaste a partir! —manifestó francamente Yediguéi lo que le estaba atormentando y no le dejaba en paz aquellos días.

—Mira, hombre —movió la cabeza Kazangap mientras su cara enrojecía de ira o de vergüenza—. Si tal cosa te ha pasado por la cabeza, piensas mal no sólo de nosotros sino también de ella. Da las gracias a que esa mujer haya tenido inteligencia y no haya hecho como tú. ¿Has pensado alguna vez cómo podía terminar todo esto? ¿No? Pues ella lo pensó y decidió marcharse antes de que fuera demasiado tarde. Y

yo la ayudé a partir cuando ella me lo pidió. No quise averiguar adónde iba con los niños, y ella no me lo dijo; mejor que sólo lo sepa el destino y nadie más. ¿Comprendes? Se marchó sin rebajar su dignidad con una sola palabra, ni la dignidad de tu esposa. Se despidieron como lo hacen las personas. Y tú inclínate ante ambas por haberte salvado de una inevitable desgracia. Una esposa como Ukubala no la encontrarías nunca. Otra en su lugar habría armado tal escándalo que te hubieras ido al fin del mundo, más lejos que tu *Karanar*.

Yediguéi guardó silencio. ¿Qué podía responder? Kazangap decía, en general, la verdad. Sólo que éste no comprendía que había cosas que no estaban a su alcance. Y Yediguéi adoptó una actitud de franca grosería.

—¡De acuerdo! —dijo escupiendo desdeñosamente hacia un lado—. Ya te he escuchado, sabihondo. Sólo que tú vas por la vida sin cambiar nunca, veintitrés años en este mismo lugar, sin tropiezos, como un zoquete. ¡Qué has de saber tú de esas cosas! ¡De acuerdo! No tengo tiempo para escucharte. —Y se fue sin entablar conversación.

—Ten cuidado, es cosa tuya —oyó a sus espaldas.

Después de esta conversación, Yediguéi pensó en abandonar el aborrecido apartadero de Boranly-Burányy. Lo pensó en serio porque no encontraba la paz, no tenía fuerzas para olvidar, no podía superar la tristeza que le roía el alma. Sin Zaripa y sin sus hijos, todo se había apagado a su alrededor, todo estaba vacío, empobrecido. Y entonces, para librarse de esos sufrimientos, Yediguéi Zhangueldín decidió presentar una instancia oficial al jefe del apartadero pidiendo abandonar el trabajo para irse de allí. Todo con tal de no quedarse. En realidad, no estaba aherrojado con cadenas a aquel apartadero olvidado de Dios, la mayoría de la gente vive en otros lugares, en ciudades y aldeas, y no aceptaría vivir allí ni una hora. ¿Por qué debería él lanzar su canto de cuclillo en Sary-Ozeki toda la vida? ¿Qué pecado había cometido? No, basta, se marcharía, volvería al mar de Aral o se iría a Karagandá, a Alma-Atá, no había pocos otros lugares en el mundo. Era un buen trabajador, tenía los brazos y las piernas en su sitio, tenía salud, la cabeza todavía sobre los hombros, lo despreciaría todo y se iría, a qué pensarlo más. Yediguéi reflexionaba cómo presentar esta cuestión a Ukubala, cómo convencerla, lo demás era de poca importancia. Y mientras hacía sus preparativos y elegía el momento más adecuado para la conversación, pasó una semana y apareció de pronto *Burani Karanar*, al que su amo había echado para que viviera libre.

Yediguéi advirtió que el perro ladraba sin parar en la parte trasera, se mostraba inquieto, corría, ladraba y otra vez volvía. Yediguéi salió a ver qué pasaba y vio, no lejos del vallado, a un animal desconocido, a un camello muy extraño que estaba allí sin moverse. Yediguéi se acercó un poco más y sólo entonces reconoció a su *Karanar*.

—¿Conque eres tú? ¡A qué extremo has llegado, *bechara*^[33]! ¡Que maltratado estás! —exclamó asombrado Yediguéi.

Del anterior *Karanar* no quedaba más que la piel y el hueso. La enorme cabeza, de tristes y hundidos ojos se bamboleaba sobre el enflaquecido cuello; las guedejas no parecían tuyas sino postizas, para provocar la risa, y colgaban más abajo de las rodillas. De las antiguas gibas de *Karanar* que se levantaban como dos torres negras, no quedaba ni el recuerdo: ambas gibas estaban ahora caídas y ladeadas como los pechos marchitos de una anciana. El semental estaba tan débil que no podía llegar ni hasta el cercado. Y se había detenido allí para descansar. Había agotado en el celo hasta la última gota de sangre, hasta la última célula, y ahora volvía como un saco vacío, llegaba a duras penas, arrastrándose.

—¡Eh! ¡Je, je! —se asombró no sin malevolencia Yediguéi, contemplando a *Karanar* por todos lados—. ¡Ya ves qué bajo has caído! ¡Y eras un semental! ¡Vaya, vaya! ¿Y aún te presentas aquí? ¡No tienes vergüenza ni conciencia! ¿Tienes los huevos en su sitio, han aguantado, o los has perdido por el camino? ¡Y qué mal olor despides! Te has meado en las patas, te faltaban fuerzas. Fíjate cómo se te han helado los orines en el culo. ¡*Bechara!* ¡Te has convertido en un completo desperdicio!

Karanar se mantenía de pie, sin fuerzas para moverse; no tenía ni la fuerza ni la grandeza de antes. Triste y miserable, no hacía más que mover la cabeza y procuraba sólo resistir, mantenerse de pie.

Yediguéi sintió lástima del semental. Fue a la casa y volvió con una cazoleta llena de trigo de primera calidad. Lo saló por encima con medio puñado de sal.

—Toma, come —puso el pienso delante del camello—. Puede que te recuperes. Luego te conduciré al cercado. Te tenderás y te recuperarás.

Aquel día tuvo una conversación con Kazangap. Fue a su casa y le dijo lo siguiente:

—Vengo a verte, Kazangap, y te diré por qué. No te sorprendas: ayer te dije que no quería charlar, te dije esto, aquello y lo de más allá, pero hoy me presento aquí. Se trata de algo serio. Quiero devolverte a *Karanar*. He venido a darte las gracias. En otro tiempo me regalaste una cría de camello. Gracias. Me ha servido bien. No hace mucho lo eché de casa, se acabó mi paciencia, pero hoy ha vuelto. Apenas podía mover las patas. Ahora yace en el cercado. Dentro de un par de semanas recuperará su anterior aspecto. Será fuerte y sano. Sólo es preciso alimentarlo.

—Espera —le interrumpió Kazangap—. ¿Adónde quieres ir a parar? ¿Por qué de pronto has decidido devolverme a *Karanar*? ¿Te lo había pedido?

Y entonces Yediguéi le expuso todo lo que quería hacer. Que si esto, que si aquello, que si pienso marcharme con la familia. Me fastidia Sary-Ozeki, ya es hora de cambiar de residencia. Quizá todo sea para bien.

Kzangap le escuchó atentamente, y esto fue lo que le respondió:

—Ten cuidado, es cosa tuya. Sólo que, me parece a mí, ni tú mismo sabes lo que quieres. Bien, supongamos que te vas; pero no podrás huir de ti mismo. Vayas a donde vayas, no huirás de tu desgracia. Siempre estará contigo. No, Yediguéi, si eres

un hombre bravo, prueba aquí a vencerte a ti mismo. Huir no es señal de valentía. Todo el mundo puede huir, pero no todo el mundo puede vencerse a sí mismo.

Yediguéi no estuvo de acuerdo con él, aunque tampoco quiso discutir.

Se sumió en meditaciones y se sentó suspirando profunda mente. «¿Y si de todos modos me fuera y me lanzara por otras tierras? —pensaba—. Pero ¿podré olvidar? ¿Y por qué tengo que olvidar? ¿Y qué hacer ahora? Es imposible no pensar, y hacerlo es penoso. ¿Y qué hará ella? ¿Dónde estará con esos inocentes niños? ¿Habrá alguien que pueda comprenderla y ayudarla si llega el caso? Tampoco es fácil para Ukubala, hace muchos días que soporta en silencio mi frialdad, mi aire sombrío... ¿Y por qué?»

Kazangap comprendió lo que pasaba por la mente de Burani Yediguéi y, para facilitar su situación, le dijo unas palabras. Carraspeó para llamar su atención, y cuando él levantó los ojos le dijo:

—Por lo demás, Yediguéi, no sé por qué habría de intentar convencerte, parece como si quisiera sacar algún provecho de ello. Tú mismo lo comprenderás todo. Y puestos en el caso, tú no eres Raimaly-agá ni yo soy Abdilján. Y sobre todo, a cien verostas a la redonda no hay aquí ningún abedul al que pueda atarte. Eres libre, obra como te parezca. Pero piénsalo bien antes de ponerte en camino.

Estas palabras de Kazangap permanecieron mucho tiempo en la memoria de Yediguéi.

CAPÍTULO XI

Raimaly-agá era un bardo muy conocido en su época. De joven se hizo famoso. Por la gracia de Dios, era un bardo que conjugaba en su persona tres principios maravillosos: era poeta, componía sus propias canciones y era un cantante fuera de serie. Raimaly-agá impresionaba a sus contemporáneos. Le bastaba pulsar las cuerdas para que tras la música fluyera la canción, que nacía en presencia de sus oyentes. Y al día siguiente, aquella canción iba ya de boca en boca, ya que después de escuchar la tonada de Raimaly, todos se la llevaban consigo por aldeas y campamentos.

Esta canción suya la cantaban los bravos mozos de entonces:

*El corcel ardiente conoce el gusto del agua fresca
cuando acude al río que baja veloz de la montaña.
Cuando galope hacia ti, y de la silla quiera
acudir a tus labios,
conoceré el gozo de la vida en la faz del mundo.*

Raimaly-agá se vestía con hermosas ropas de vivos colores, Dios mismo lo dispuso así. Gustábanle especialmente las ricas gorras ribeteadas, hechas de las mejores pieles, diferentes según fuera para el invierno, el verano o la primavera. Y tenía además un inseparable corcel, el famoso *Sarala*, de la raza de Ajaltekin, oro tornasolado, que le habían regalado los turcmenos en un convite de gala. No menos alabanzas recibía *Sarala* que su amo. Los entendidos disfrutaban recreándose con su andadura, elegante y majestuosa. Por ello decían los que tenían ganas de bromear: «Toda la riqueza de Raimaly está en el sonido de la *dombra* y en la andadura de *Sarala*».

Y así era. Raimaly pasó toda su vida en la silla con la *dombra* en las manos. No acumuló riquezas, aunque tenía una fama enorme. Vivía como el ruiseñor de mayo, siempre entre festejos y alegría, y en todas partes encontraba honores y afectos. Y el caballo, cuidados y pienso. Sin embargo, había personas poderosas y de buena posición que no le querían: «Ha vivido una vida desordenada —decían—, absurda, como el viento en el campo». Sí, hablaban también de esta manera a sus espaldas.

Pero cuando Raimaly-agá se presentaba en un buen festín, a los primeros sonidos de su *dombra* y de sus canciones todos se callaban y contemplaban hechizados sus manos, sus ojos y su cara, incluso aquellos que no aprobaban su género de vida. Contemplaban sus manos, porque no había sentimiento en el corazón humano cuyo eco no encontraran aquellas manos en las cuerdas; miraban sus ojos, porque toda la fuerza de su pensamiento y de su alma ardía en aquellos ojos transfigurándose incesantemente; miraban su cara porque era hermoso y estaba inspirado. Cuando cantaba, su cara cambiaba como el mar en un día ventoso...

Las esposas huían de él, desesperadas, agotada la paciencia, pero muchas mujeres lloraron de noche a hurtadillas soñando con él.

Así fue rodando su vida de canción en canción, de boda en boda, de festín en festín, y la vejez se introdujo disimuladamente en él. Al principio brilló una cana en sus bigotes, luego se tornó blanca su barba. Y tampoco *Sarala* era ya el de antes: su cuerpo había cedido, su cola y su crin se acortaron, sólo por su andadura se podía pensar que en otro tiempo había sido un caballo de primera. Y entró Raimaly-agá en su invierno como un álamo de aguzada cima que se seca en su orgullosa soledad... Y entonces descubrió que no tenía familia ni casa, ni rebaño, ni riqueza alguna. Le dio asilo su hermano menor Abdicarán, pero antes manifestó al círculo de sus parientes más próximos su descontento y sus reproches. De todos modos, mandó prepararle una casa aparte, ordenó que se le diera de comer y que se le lavara la ropa...

Raimaly-agá empezó a cantar la vejez y a pensar en la muerte. Aquellos días nacieron grandes y melancólicas canciones. Y le llegó el turno de pensar, en sus ratos de ocio, en el tema original de todos los pensadores: ¿por qué viene el hombre a este mundo?

Y ya no viajaba como antes por festines y bodas, permanecía la mayor parte del tiempo en casa, y cada vez con mayor frecuencia tocaba con la *dombra* melodías tristes, vivía de recuerdos, y pasaba gran parte de su tiempo con los ancianos en conversaciones sobre la fragilidad de la vida...

Y, Dios es testigo, Raimaly-agá habría culminado tranquilamente sus días de no ser por un suceso que le trastornó en el declive de la vida.

Un día, incapaz ya de contenerse, ensilló su viejo *Sarala* y fue a una gran fiesta, a disipar su aburrimiento. Por lo que pudiera ser, tomó la *dombra* consigo. La gente respetable le rogaba encarecidamente que fuera a la boda, si no a cantar, que asistiera por lo menos como invitado. Con esa intención fue finalmente Raimaly-agá, sin pensar en nada, con el propósito de regresar pronto.

Le acogieron con grandes honores, le invitaron a ocupar la mejor casa, de blanca cúpula. Y allí se sentó en un círculo de personas respetables bebiendo *kumýs*, sosteniendo decorosas conversaciones y expresando buenos deseos.

Y en el pueblo había gran jolgorio, sonaban canciones por todas partes, risas, voces jóvenes, juegos y diversiones. Oíase que preparaban carreras de caballos en honor de los recién casados, que los cocineros trabajaban junto a las hogueras, que alborotaban los rebaños en libertad, que retozaban despreocupadamente los perros, que el viento corría por la estepa llevando el perfume de las floridas hierbas... Pero lo que mejor y más celosamente captaba el oído de Raimaly-agá era la música y los cantos de las casas vecinas, y la risa de las doncellas, que escapaba al exterior una y otra vez obligándole a ponerse en guardia...

El alma del viejo cantor sufría y languidecía. Sin darlo a entender a sus interlocutores, Raimaly-agá vivía mentalmente en el pasado, había escapado hacia aquellos días en que era joven y hermoso, en que volaba por los caminos sobre su joven y diligente corcel *Sarala*, y la hierba, al doblarse bajo los cascos, lloraba y reía, y el sol, al escuchar su canción, le salía al encuentro, y el viento no cabía en su pecho,

y los sonidos de su *dombra* hacían hervir la sangre en el corazón de los hombres, y cada una de sus palabras era cazada al vuelo, y sabía sufrir, amar, castigarse y derramar lágrimas al despedirse en el estribo... ¿Por qué y para qué había sucedido todo aquello? ¿Para luego lamentarlo y apagarse en la vejez como el fuego que se consume bajo la ceniza gris?

Se entristecía Raimaly-agá, y cada vez estaba más callado y ensimismado. Y de pronto oyó unos pasos que se acercaban a la casa, unas voces, el tintineo de collares y su oído captó el conocido frufrú de unos vestidos. Desde fuera, alguien levantó muy alta la cortina de la puerta, y en el umbral apareció una muchacha con una *dombra* apretada contra el pecho, una joven de franco rostro, traviesa y orgullosa mirada, cejas tensas como cuerdas de arco que le daban un carácter muy decidido; y toda ella, la moza de los ojos negros, era atractiva, como creada por hábiles manos, tanto por su estatura y sus rasgos, como por su vestimenta de doncella. Se detuvo en la puerta con una reverencia, acompañada de sus amigas y de algunos jóvenes, y pidió perdón a las personas respetables. Y antes de que nadie tuviera tiempo de abrir la boca, la muchacha pulsó las cuerdas y, dirigiéndose a Raimaly-agá, empezó a cantar una canción de bienvenida:

«Como guía de caravanas que llega de lejos al manantial para saciar su sed, yo he venido a ti, famoso cantor Raimaly-agá, a decirte unas palabras de bienvenida. No nos culpes por haber irrumpido aquí en ruidosa pandilla, que para eso son las fiestas, para eso reina la alegría en las bodas. No te asombre mi osadía, Raimaly-agá, que si me he atrevido a presentarme a ti con una canción ha sido con tal temblor y disimulado miedo como si quisiera declararte mi amor. Perdóname, Raimaly-agá, si estoy impregnada de osadía como de pólvora la escopeta de mis padres. Aunque vivo libremente en banquetes y bodas, me he preparado toda la vida para este encuentro como la abeja que acumula la miel gota a gota. Me he preparado como el capullo de una florecilla destinado a abrirse en un momento determinado. Y este momento finalmente ha llegado...»

«Permíteme, ¿pero quién eres tú, maravillosa forastera?», habría querido averiguar Raimaly-agá, pero no se atrevió a interrumpir la canción. Sin embargo, se inclinó hacia ella sorprendido y extasiado. Su alma se turbó, su carne despertó en ardiente sangre, y si en aquel momento la gente hubiera poseído una vista especial, habría visto cómo Raimaly-agá se incorporaba y sacudía las alas como el águila real al levantar el vuelo. Sus ojos se animaron y empezaron a brillar, todo él es taba alerta como si la deseada llamada hubiera sonado en los cielos. Y Raimaly-agá levantó la cabeza olvidando sus años...

La muchacha cantora prosiguió:

«Escucha, pues, mi historia, gran bardo, ya que me he decidido a dar este paso. Te amo desde mis primeros años, Raimaly-agá, cantor de Dios. Te he seguido a todas partes, Raimaly-agá, donde hayas cantado, donde hayas ido. No me censes. Mi sueño era ser un bardo como fuiste tú, como lo eres hoy día, el gran maestro de la

canción Raimaly-agá. Y al seguirte como invisible sombra, sin perder ninguna de tus palabras, repitiendo tus estribillos como si se trataran de oraciones, aprendí tus versos, que repetía como conjuros. Soñaba, rogaba a Dios que me concediera la gran fuerza del talento para que un día feliz pudiera darte la bienvenida, para confesarte mi amor, mi antigua admiración, para cantar canciones compuestas en tu presencia, y además, Dios me perdone la osadía, soñaba competir contigo en el arte aunque hubiera de ser vencida. Oh, Raimaly-agá, soñaba yo en este día como otras sueñan en la boda. Pero yo era pequeña y tú tan grande, y tan amado por todos, tan rodeado de gloria y de respeto, que no es de extrañar que no pudieras distinguirme entre la gente, a mí, tan pequeña niña, que no pudieras advertir mi presencia en la multitud de los festines. Pero yo, embriagada con tus canciones, ardiendo de vergüenza, soñaba en secreto contigo y quería ser mujer cuanto antes para venir a confesártelo a ti valientemente. Y me juré a mí misma que aprendería el arte de la palabra, que aprendería la naturaleza de la música, tan profundamente como tú, y que aprendería a cantar como tú, mi maestro, para venir a ti, sin esquivar tu mirada inquisitiva ni asustarme de ella, a darte la bienvenida, a declararte mi amor y a lanzar mi reto sin disimulos. Y aquí me tienes. Aquí estoy toda, a la vista, en la picota. Mientras crecía, mientras me aprestaba a ser mujer sin más retraso, el tiempo corría lentamente, y por fin, esta primavera he cumplido los diecinueve. Y tú, Raimaly-agá, en mi mundo de muchacha eres el mismo y estás igual, sólo has encanecido un poco. Pero esto no es obstáculo para amarte, es tan posible como lo es no amar a otros que no han encanecido en absoluto. Y aquí estoy. Y ahora permíteme decir clara y decididamente que rechazarme como muchacha depende de tu voluntad, pero como cantante no te atrevas a rechazarme, pues he venido a competir contigo en oratoria. Te lanzo este reto, maestro, ¡tú tienes la palabra!»

—Pero ¿quién eres? ¿De dónde vienes? —exclamó Raimaly-agá levantándose de su sitio—. ¿Cómo te llamas?

—Mi nombre es Beguimái.

—¿Beguimái? ¿Y dónde has estado hasta ahora? ¿De dónde vienes, Beguimái? —escapó involuntariamente de la boca de Raimaly-agá, que bajó la cabeza ensombrecido.

—Ya te lo he dicho, Raimaly-agá. Era pequeña y he crecido.

—Lo comprendo —respondió él a eso—. Sólo una cosa no entiendo: ¿no comprendo mi destino! ¿Por qué ha querido que crecieras tan hermosa en el ocaso de mis años invernales? ¿Para qué? ¿Para decir que todo cuanto hubo antes no fue nada, que he vivido inútilmente en este mundo, que tendría como regalo del cielo el gozoso tormento de conocerte, de oírte, de contemplarte? ¿Por qué el destino me muestra su aborrecimiento tan cruelmente?

—En vano te lamentas tan amargamente, Raimaly-agá —dijo Beguimái—. Pues si el destino se presenta en mi persona, no tengas dudas de mí, Raimaly-agá. Nada me gustará más que saber que puedo proporcionarte alegría con mis caricias de doncella,

con mis canciones y con un amor sin reservas. No dudes de mí, Raimaly-agá. Pero si no puedes vencer tus dudas, si me cierras la puerta que conduce a ti, también entonces, amándote infinitamente, consideraré un honor especial competir contigo en maestría, y estaré dispuesta a aceptar cualquier tipo de prueba.

—¿De qué me estás hablando? ¿Qué es la prueba de la palabra, Beguimái? ¿Qué vale competir en maestría cuando hay una competición más terrible, el amor, incompatible con las normas en que vivimos? No, Beguimái, no te prometo competir en oratoria contigo. No porque me falten fuerzas, no porque la palabra haya muerto en mí, no porque la voz se haya apagado. No es por eso. Yo sólo puedo extasiarme contigo, Beguimái. Yo sólo puedo amarte para mi desgracia, Beguimái, y sólo competir en amor contigo, Beguimái.

Con estas palabras, Raimaly-agá tomó la *dombra*, la afinó en un nuevo tono y cantó otra canción. Cantó como en los antiguos días: ora como el viento, apenas audible entre la hierba, ora como la tempestad, en retumbantes estallidos por el cielo blanco-azul. Desde entonces, ha quedado en la tierra esta canción. La canción *Beguimái*:

«... Si has venido de lejos para beber el agua del manantial, yo como el viento frontal correré a postrarme a tus pies, Beguimái. Y aunque hoy sea el último día que el destino traza en mi vida, no moriré, Beguimái. Y no moriré por los siglos, Beguimái, resucitaré y volveré a vivir de nuevo, Beguimái, para no quedarme sin ti, Beguimái, sin ti, como sin ojos, Beguimái...»

Así cantó él la canción *Beguimái*.

Aquel día quedó por mucho tiempo en la memoria de las gentes. Muchas conversaciones se levantaron a la vez acerca de Raimaly-agá y Beguimái. Y cuando acompañaban a los novios, entre las blancas casitas endomingadas, entre jinetes sobre en jaezados corceles, entre brillante y festiva multitud, a la cabeza de la caravana de despedida caracoleaban Raimaly-agá y Beguimái con canciones de buenos deseos. Cabalgaban codo a codo, estribo a estribo, se lucían juntos, se dirigían a Dios, se dirigían a las fuerzas del bien, deseaban felicidad a los recién casados, tocaban las *dombras*, tocaban los caramillos, cantaban canciones, ora él, ora ella, ora él, ora ella...

Y a su alrededor la gente se admiraba de oír aquellas hermosas canciones, y se reían las hierbas y a su alrededor se extendía el humo de las hogueras y volaban los pájaros, los muchachos se alegraban galopando en derredor en caballos de dos años...

Para la gente, el viejo cantor Raimaly-agá estaba desconocido. Su voz vibraba de nuevo como antes, otra vez era flexible y ágil y sus ojos brillaban como dos lámparas en una casa blanca sobre un prado verde. Incluso su caballo *Sarala* enderezó el cuello y también se mostró orgulloso.

Pero no gustaba a todo el mundo. Había quienes hacían un gesto de desprecio al ver a Raimaly-agá. Sus parientes y paisanos estaban indignados: los barakbái, así se llamaba la tribu, se irritaron ya en la boda. «¿Qué significa esto: Raimaly-agá ha

perdido el juicio en la vejez?». Empezaron a influenciar a su hermano Abdilján. «¿Cómo te vamos a elegir jefe de distrito? ¡Los demás se burlarían de nosotros en las elecciones si ese viejo can de Raimaly nos avergüenza en público! Ya sabes, canta como un potrillo joven, grazna. Y ella, la moza ésa, ¿sabes qué responde? ¡Vergüenza y oprobio! Le maneja a su antojo a la vista de todo el mundo. No traerá nada bueno. ¿A qué liarse con esa muchacha? Habrá que afinarle, para que la mala fama no vaya de aldea en aldea...»

Desde hacía tiempo Abdilján sentía rencor hacia su disoluto hermano, quien había vivido en su desordenada ocupación hasta encanecer. Pensaba que al envejecer sentaría la cabeza, pero por el contrario, era la vergüenza de toda la tribu barakbái.

Y entonces Abdilján aguijó a su caballo para abrirse camino entre la multitud para llegar hasta su hermano, y gritó amenazándole con el látigo: «¡Vuelve en ti! ¡Vete a casa!». Pero su hermano mayor no le vio ni le oyó, embargado en canciones de dulce sonido. Y los admiradores, los que rodeaban en compacta muchedumbre a los cantantes montados, los que captaban cada palabra de las canciones, éstos en un instante empujaron a Abdilján y consiguieron golpearlo por todas partes. Era imposible saber quién le había pegado. Abdilján partió al galope...

Y se sucedían las canciones. En aquel momento nacía una nueva canción en los labios.

«... Cuando el ciervo enamorado llama a su amiga bramando por la mañana, el desfiladero le acompaña con el eco de la montaña», cantó Raimaly-agá.

«Cuando el cisne, separado de su blanca compañera, mira al sol por la mañana, ve al sol completamente negro», respondió Beguimái con una canción.

Y así cantaban en honor de los recién casados: ora él, ora ella, ora él, ora ella...

En aquel momento de entrega espiritual, no sabía Raimaly-agá con qué hirviente ira en el pecho había partido al galope su hermano Abdilján, qué ofendidos y ávidos de venganza le habían seguido los parientes, toda la tribu barakbái. No sabía qué castigo se habían conjurado a prepararle...

Y se sucedían las canciones: ora él, ora ella, ora él, ora ella.

Abdilján volaba encorvado sobre la silla como una nube negra. ¡Hacia la aldea! ¡A casa! Los parientes, que le rodeaban como manada de lobos, le gritaban galopando:

—¡Tu hermano ha perdido el juicio! ¡Se ha vuelto loco! ¡Qué desgracia! ¡Hay que ponerle en tratamiento cuanto antes!

Y se sucedían las canciones: ora él, ora ella, ora él, ora ella...

Y así, con canciones, despidieron al cortejo nupcial en el lugar convenido. Allí, como despedida, cantaron una vez más sus canciones de buenos deseos. Y, volviéndose a la gente, Raimaly-agá dijo que se sentía feliz por haber vivido hasta unos días benditos en los que el destino le había premiado con un bardo igual a él, con la joven cantante Beguimái. Dijo que el pedernal enciende el fuego sólo chocando con otro, y así, en el arte de la palabra, compitiendo en maestría, los bardos

alcanzan el misterio de la perfección. Por encima, además de la felicidad concebible, también se sentía feliz porque en las postrimerías de su vida, como en el ocaso, cuando el astro calienta con todo su poder, con un poder pleno desde la creación del mundo, él conocía el amor, conocía una fuerza espiritual que no había encontrado desde que naciera.

—¡Raimaly-agá! —dijo Beguimái en su palabra de respuesta—. Se ha realizado mi sueño. Te seguiré, como digas y a donde digas apareceré inmediatamente con mi *dombra*. Para que la canción se conjugue con la canción, para amarte y ser tu amor. Con ello, pongo mi vida en tus manos sin pensarlo ni un solo instante.

Así cantaban las canciones.

Y allí, ante toda la gente de la estepa, convinieron un encuentro para dos días después en una gran feria, donde cantarían para cuantos acudieran de todas partes.

Y en seguida, al dispersarse después de la despedida, la gente difundió la noticia por todo el distrito diciendo que Raimaly-agá y Beguimái irían a la feria a cantar. Corrió la noticia:

—¡A la feria!

—¡Ensillad los caballos para ir a la feria!

—¡Venid a la feria a escuchar a los bardos!

Y el rumor de la gente respondía como un eco:

—¡Será una fiesta!

—¡Una diversión!

—¡Una belleza!

—¡Qué vergüenza!

—¡Qué bien!

—¡Mira que son desvergonzados!

Y Raimaly-agá y Beguimái se separaron en mitad del camino:

—¡Hasta la feria, querida Beguimái!

—¡Hasta la feria, Raimaly-agá!

Y al alejarse, aún gritaban desde la silla:

—¡Hasta la feria-a!

—¡Hasta la feria-a, Raimaly-agá-á-á!

El día tocaba a su fin. La gran estepa se sumergía tranquilamente en las blancas tinieblas estivales. La hierba había madurado y exhalaba un marchito olor apenas perceptible; en las montañas flotaba el fino frescor que dejaron las lluvias, volaban los milanos, antes del ocaso, a baja altura y sin prisas, piaban los pajarillos glorificando el pacífico atardecer...

—¡Qué silencio, qué bienestar! —murmuró Raimaly-agá acariciando la crin de su caballo—. Ay, *Sarala*, ay, mi viejo, mi famoso corcel, ¿será la vida tan maravillosa que incluso en los postreros días se pueda amar así?

Y *Sarala* caminaba al ritmo del camino, resoplando, apresurándose a llegar a casa para dar descanso a sus patas, pues todo el día había caminado bajo la silla, y deseaba

beber agua del río y salir al campo a pastar a la luz de la luna.

Apareció ya la aldea en el meandro del río. Allí estaban las casitas con sus humeantes luces.

Raimaly-agá se apeó. Trabó el caballo y lo dejó junto a la estaca. Sin entrar en la vivienda, se sentó a descansar junto al hogar del exterior. Pero alguien se le acercó. Un joven vecino.

—Raimaly-agá, la gente os pide que entréis en la casa.

—¿Qué gente?

—De la familia, todos son barakbái.

Al cruzar el umbral, Raimaly-agá vio a los patriarcas de la familia sentados en estrecho semicírculo, y entre ellos, un poco hacia un lado, a su hermano Abdilján. Estaba sombrío. No levantaba los ojos del suelo, como si escondiera algo en su mirada.

—¡La paz sea con vosotros! —saludó Raimaly-agá a sus familiares—. ¿No habrá ocurrido alguna desgracia?

—Te esperábamos —dijo el principal de los asistentes.

—Pues si era a mí a quien esperabais, aquí me tenéis —respondió Raimaly-agá— y dispuesto a elegir un sitio para sentarse en el círculo.

—¡Alto! ¡Detente en la puerta! ¡Ponte de rodillas! —oyó Raimaly-agá la orden.

—¿Qué significa eso? Todavía soy el dueño de esta casa.

—No, ¡no eres el dueño! ¡No puede ser dueño un anciano que ha perdido el juicio!

—¿De qué estáis hablando?

—De que nos jures que a partir de hoy nunca volverás a cantar en ninguna parte, ni a rondar por los festines, y que te sacarás de la cabeza a la muchacha con la cual has cantado hoy canciones deshonrosas olvidando, en tu desvergüenza, la barba blanca, nuestra honra y la tuya. ¡Júralo! ¡Que no volverá a presentarse jamás ante tus ojos!

—En vano malgastáis vuestras palabras. Pasado mañana, en la feria, voy a cantar con ella ante todo el mundo.

Se levantó un grito de protesta:

—¡Nos está cubriendo de vergüenza!

—¡Renuncia, antes de que sea tarde!

—¡Efectivamente, se ha vuelto loco!

—¡Vamos, silencio! ¡Callaos! —impuso orden el juez principal—. Así, Raimaly, ¿has dicho cuanto tenías que decir?

—Sí, todo.

—¿Habéis oído, descendientes del linaje de Barakbái, lo que nuestro hermano de tribu, el pecador Raimaly, acaba de decir?

—Lo hemos oído.

—Entonces, escuchad lo que voy a decir. Primero me dirigiré a ti, desgraciado Raimaly. Has pasado toda tu vida en la pobreza, poseedor de un solo caballo, en orgías, cantando en los festines, pulsando la *dombra*, haciendo el payaso. Has empleado tu vida en divertir a los demás. Te perdonamos tu desorden en la época en que eras joven. Ahora eres viejo y resultas ridículo. Te despreciamos. Tendrías que pensar ya en la muerte, en la sumisión. Y tú, para regocijo y maledicencia de los demás pueblos te has liado con esa muchacha como el último de los botarates, has pisoteado nuestras costumbres, nuestras leyes y no deseas someterte a nuestro consejo, de manera que, ya te castigará Dios, arréglatelas como puedas. Y ahora, mi segunda palabra. Levántate, Abdilján, tú eres su hermano de sangre, de un mismo padre y de una misma madre, tú eres nuestro sostén y nuestra esperanza. Queríamos verte convertido en jefe del distrito, en nombre de todos los barakbái. Pero tu hermano acaba de volverse loco, no razona lo que dice y puede ser un estorbo en este asunto. Por lo tanto, tienes derecho a obrar de modo que el alienado Raimaly no nos avergüence ante la gente, para que nadie se atreva a escupirnos en los ojos ni ose hacer burla de los barakbái.

—Nadie es para mí profeta ni juez —dijo Raimaly-agá adelantándose a Abdilján—. Me dais lástima los que os sentáis aquí, y otros que no se sientan, estáis en un craso error, estáis juzgando algo que no se puede nunca juzgar en una asamblea. No sabéis dónde está la verdad en este mundo, ni dónde la felicidad. ¿Acaso es vergonzoso cantar cuando se tienen ganas, acaso es vergonzoso amar cuando el amor viene al mundo enviado por Dios? En realidad, la alegría más grande de la tierra es la de los enamorados. Pero ya que me consideráis loco sólo porque canto y no rechazo un amor que me llega fuera de tiempo, sino que me alegro con él, entonces os abandonaré. Me iré, no es éste el único lugar sobre la tierra. Montaré en seguida en *Sarala*, iré a verla y partiremos juntos para otras tierras, para no trastornaros ni con nuestras canciones ni con nuestra conducta.

—No, ¡no te irás! —estalló en amenazador ronquido Abdilján, hasta entonces callado—. No saldrás de aquí para ninguna parte. No tienes salida para ir a ninguna feria. Aquí te curaremos hasta que la razón vuelva a ti.

Y con estas palabras, el hermano arrebató la *dombra* que el bardo tenía en las manos.

—¡Así! —Y arrojó al suelo el frágil instrumento y lo pisoteó como el toro enfurecido pisotea al pastor—. ¡A partir de ahora olvidarás el canto! ¡A ver, traedme este rocín, traedme a *Sarala*!

—E hizo señal de que así fuera.

Y los del patio, que estaban preparados, destrabaron a *Sarala* y lo llevaron rápidamente.

—¡Arrancadle la silla! ¡Arrojadla aquí! —ordenó Abdilján agarrando un hacha que llevaba escondida.

Con ella destrozó la silla haciéndola astillas.

—¡Ya está! ¡No irás a ninguna parte! ¡A ninguna feria!

Y en su furia cortó en pedazos los arreos, a trozos cortó las correas de los estribos, y éstos los arrojó a unas matas, uno hacia un lado, otro hacia el otro. *Sarala* se agitaba asustado, doblaba las patas traseras, resoplaba, roía la brida como si supiera que había de correr la misma suerte.

—¿O sea, que ibas a la feria, eh? ¿Montado en *Sarala*? ¡Pues mira! —continuó furioso Abdilján.

Y entonces, los parientes derribaron a *Sarala* y en un abrir y cerrar de ojos ataron las patas del caballo con un lazo. Y Abdilján agarró con su poderosa mano al caballo por el morro, le hizo levantar la cabeza y blandió un cuchillo sobre la indefensa garganta.

Raimaly-agá tiraba con todas sus fuerzas de las manos que lo sujetaban.

—¡Detente! ¡No mates al caballo!

Pero ya no llegó a tiempo. Y ya la sangre en ardiente chorro manó bajo el cuchillo fustigando los ojos como una oscuridad en pleno día. Y lleno de humeante sangre, bañado en la sangre de *Sarala*, se levantó Raimaly-agá tambaleándose.

—¡Es inútil! Me iré a pie. ¡Me arrastraré de rodillas! —dijo el humillado cantor enjugándose con la cortina.

—¡No, tampoco te irás a pie! —levantó Abdilján la vista de la garganta degollada de *Sarala* y bruscamente enseñó los dientes—. ¡No *darás* un paso para alejarte de aquí! —dijo en voz baja, y de pronto gritó—: ¡Cogedle! ¡Tened cuidado, está loco! ¡Atadle, os mataría!

Hubo unos gritos. Todos andaban revueltos, enzarzados con él.

—¡Traed una cuerda!

—¡Dobladle los brazos!

—¡Aprieta más!

—¡Está loco! ¡Cosas de Dios!

—¡Fijaos qué ojos pone!

—Ha perdido el juicio.

—Arrastradlo para acá, al abedul.

—¡Arrastrémosle!

—¡Traedlo de prisa!

Ya la luna aparecía muy alta sobre sus cabezas. El cielo y la tierra estaban en absoluta tranquilidad. Llegaron unos chamanes, encendieron una hoguera, y con salvajes danzas exorcizaron a los espíritus que oscurecían la razón del gran bardo.

Él estaba atado a un abedul con las manos estrechamente sujetas a la espalda.

Luego llegó un *mulha*^[34]. Éste leyó versículos del Corán. El aleccionamiento del *mulha* versaba sobre el camino esencial.

Y él continuaba de pie, atado al abedul, con las manos sujetas a la espalda.

Y dirigiéndose a su hermano Abdilján, Raimaly-agá cantó:

«Se va la noche, llevándose consigo las últimas tinieblas, y el próximo día amanecerá de nuevo por la mañana. Pero para mí ya no habrá luz en adelante. Me has quitado el sol, desgraciado hermano Abdilján. Estás satisfecho, triunfas sombrío por haberme separado del amor que Dios me enviaba en el declive de mis años. Pero deberías saber qué felicidad me embarga y me embargaré mientras respire, mientras no se pare mi corazón. Me has atado, me has sujetado con cuerdas a un árbol, desgraciado hermano Abdilján, pero ahora yo no estoy aquí. Aquí no hay más que mi frágil cuerpo, pero mi espíritu, como el aire, recorre las distancias, y como la lluvia, se une con la tierra. Yo estoy inseparablemente unido a Beguimái en todo instante, como sus propios cabellos, como su propia respiración. Cuando ella despierte al amanecer, yo acudiré como una cabra montesa y esperaré sobre un pétreo peñasco a que salga de su casa por la mañana. Cuando encienda fuego, yo seré el dulce humo y la sahumaré toda. Cuando galope en su caballo y vaya a atravesar el vado del río, yo volaré en salpicaduras de los cascos y mojaré su cara y sus brazos. Y cuando ella cante, yo seré su canción...»

Al amanecer las ramas susurraron sobre su cabeza en forma imperceptible. Llegaba el día. Los vecinos acudieron a curiosear al saber que Raimaly-agá se había vuelto loco. Sin apearse de los caballos, se congregaron en la lejanía.

Y él estaba con los vestidos desgarrados, atado a un abedul con las manos estrechamente sujetas tras la espalda.

Y cantaba una canción, la canción que se hizo famosa después:

*Cuando lleguen los nómadas de las negras montañas
desátame las manos, hermano Abdilján.*

*Cuando lleguen los nómadas de las azules montañas
déjame en libertad, hermano Abdilján.*

*No pensé ni adiviné que sería tuyo
atado de pies y manos.*

*Cuando lleguen los nómadas de las negras montañas
cuando lleguen los nómadas de las azules montañas
desátame las manos, hermano Abdilján,
que al cielo me iré de buen grado...*

*Cuando lleguen los nómadas de las negras montañas,
no estaré en la feria, Beguimái.*

*Cuando vengan los nómadas de las montañas
azules, no me esperes en la feria, Beguimái.*

*No cantaremos tú y yo en la feria,
no llegará a tiempo mi caballo, tampoco lo haré yo.*

*Cuando lleguen los nómadas de las negras montañas,
cuando lleguen los nómadas de las azules montañas,
no me esperes en la feria, Beguimái,
pues de buen grado me iré a los cielos...*

He aquí, pues, cómo era esa historia...

En aquellos momentos, camino de Ana-Beit acompañando a Kazangap en su último viaje, Yediguéi pensaba en ello con insistencia.

CAPÍTULO XII

En estas tierras, los trenes van de oriente a occidente y de occidente a oriente. Y a ambos lados del ferrocarril se encuentran, en estas tierras, enormes espacios desérticos, el Sary-Ozeki, las tierras Centrales de las estepas amarillas...

En estas tierras, cualquier distancia se mide con relación al ferrocarril como si fuera el meridiano de Greenwich...

Pero los trenes van de oriente a occidente y de occidente a oriente.

Una vez dejaron atrás el largo trayecto a lo largo del despeña dero de arena roja, el Malakumdychap, por donde en otro tiempo rondara Naiman-Ana en busca de su hijo *mankurt*, se encontraron ya en los accesos a Ana-Beit. Consultando continuamente ora el reloj ora el sol que brillaba sobre Sary-Ozeki, Burani Yediguéi consideraba que de momento todo iba como era debido. Tras el entierro podían llegar a tiempo a casa para honrar, todos juntos, a Kazangap. Naturalmente, sería ya al caer la tarde, pero lo principal era que coincidiera con el mismo día. ¡Ah, la vida, la vida! Kazangap descansaría en Ana-Beit, y ellos al regresar a casa le recordarían una vez más con buenas palabras...

Continuaban en el mismo orden: delante, Yediguéi sobre *Karanar* engalanado con la manta de las borlas, tras ellos el tractor con el remolque, y tras el tractor la excavadora Bielorus. Salieron de Malakumdychap y entraron en la llanura de Ana-Beit acompañados del perro pardo *Zholbars*, que corría un poco hacia un lado con aire de independencia y la lengua descuidadamente colgante. Y allí, al salir de Malakumdychap, se presentó la primera dificultad. De pronto tropezaron con un obstáculo: una cerca de alambre de espino.

Yediguéi fue el primero en detenerse: ¡atiza! Se incorporó sobre los estribos y desde la altura de *Karanar* miró hacia la derecha y hacia la izquierda: hasta donde abarcaba la vista zigzagueaba para arriba y para abajo, por la estepa, una infranqueable alambrada espinosa tendida sobre varias filas de estacas de cemento armado de cuatro caras clavadas en tierra a intervalos regulares, cada cinco metros. La cerca era sólida y firme. Imposible saber dónde empezaba y dónde terminaba. Puede que no terminara en ninguna parte. No había paso. ¿Qué hacer, entonces, cómo seguir el camino?

Mientras, detrás se habían detenido los tractores. El primero en saltar de la cabina fue Sabitzhán, seguido de Dlínnny Edilbái.

—¿Qué pasa? —sacudió la mano Sabitzhán en dirección a la cerca. ¿Hemos ido a parar a otro sitio? —preguntó a Yediguéi.

—¿Cómo que a otro sitio? Éste es el sitio, sólo que no sé de dónde ha salido esta cerca. ¡El diablo la lleve!

—¿Y antes no estaba?

—No, no estaba.

—¿Y ahora qué hacemos? ¿Cómo seguimos adelante?

Yediguéi guardó silencio. Ni él mismo sabía qué hacer.

—¡Eh, tú! ¡Para ya el tractor! ¡Basta de repiqueteo! —soltó irritado Sabitzhán a Kalibek, que se asomaba desde la cabina.

Éste paró el motor. Tras él enmudeció también la excavadora. Reinó el silencio. Un gran silencio. Burani Yediguéi estaba sombrío sobre su camello, Sabitzhán y Dlínnny Edilbái permanecían de pie a su lado mientras los tractoristas —Kalibek y Zhumagali— se habían quedado en las cabinas y el difunto Kazangap, envuelto en blanco fieltro, yacía en el remolque acompañado de su alcohólico yerno, el marido de Aizada. Aprovechando el momento, el pardo perro *Zholbars* se colocó junto a la rueda del tractor y levantó en el aire una de sus patas.

La gran estepa de Sary-Ozeki se extendía bajo el cielo de punta a punta de la tierra, pero no había paso hacia el cementerio de Ana-Beit. Y todos se habían detenido desconcertados ante aquel muro de púas.

El primero en romper el silencio fue Dlínnny Edilbái:

—¿Qué pasa, Yedik, antes no estaba?

—¡Nunca había estado! La veo por primera vez.

O sea, que han cercado la zona. ¿Para el cosmódromo, seguramente? —supuso Dlínnny Edilbái.

—Sí, así parece. De otro modo, para qué tomarse tanto trabajo: construir en la desnuda estepa semejante cerca. Le habrá pasado por la cabeza a alguien. Y lo que se les ocurre, lo hacen, ¡el diablo los lleve! —renegó Yediguéi.

—¿Para qué maldecir ahora? Había que saberlo previamente, antes de ir a enterrarlo a un sitio tan lejano —levantó sombríamente la voz Sabitzhán.

Hubo una angustiosa pausa. Desde las alturas de *Karanar*, Burani Yediguéi miró desdeñosamente, de arriba abajo, a Sabitzhán, de pie a su lado.

—Sabes qué, querido, tómalo con calma, no te inquietes —dijo con la mayor tranquilidad posible—. Antes no había aquí alambre de espino, cómo había de saberlo.

—De eso se trata —rezongó Sabitzhán, y le volvió la espalda.

De nuevo guardaron silencio. Dlínnny Edilbái tuvo una idea.

—Pero ¿qué vamos a hacer ahora, Yedik? ¿Qué hacer? ¿Hay algún otro camino que lleve al cementerio?

—Tiene que haberlo. ¿Por qué no? Hay un camino a unas cinco verstas a la derecha —respondió Yediguéi echando una mirada a su alrededor—. Vámonos para allá. No puede ser que no haya un paso, ni por aquí ni por allí.

—¿Es cierto que allí hay un camino? —preguntó provocativo Sabitzhán—. ¡Porque puede resultar que no lo haya ni aquí ni allí!

—Lo hay, lo hay —confirmó Yediguéi—. Subid y vámonos. No perdamos tiempo.

De nuevo se pusieron en marcha, y otra vez repiqueteó el tractor a sus espaldas. Avanzaron a lo largo de la cerca.

Yediguéi sufría. Estaba muy descorazonado con lo sucedido. Cómo era posible, se indignaba en su interior, que hubieran cercado el lugar sin indicar el camino al cementerio. Pero lo habían hecho, ¡así era la vida! Y sin embargo, tenía una esperanza: debía haber alguna comunicación en esa parte, en la zona sur. Y así fue. Llegaron directamente a la barrera.

Al aproximarse a ella, Yediguéi prestó atención a la solidez y consistencia del punto de paso: fuertes monolitos de cemento a los lados y una casita de ladrillo al borde del camino, en el mismo paso, con un amplio cristal de una pieza para la observación, y arriba, sobre el techo plano, dos proyectores colocados evidentemente para iluminar el paso durante la noche. Una carretera asfaltada partía hacia el interior desde la misma barrera. Yediguéi se alarmó al ver aquella estructura.

Al llegar allí, salió del puesto de guardia un soldado jovencito, un chico rubio muy joven aún, con una metralleta sobre el hombro con el cañón para abajo. Tirándose de la guerrera por el camino y arreglándose la gorra sobre la cabeza para darse más importancia, el soldado se detuvo con aire inaccesible en el centro de la barrera a franjas.

Y sin embargo, saludó cuando Yediguéi llegó al travesaño que cerraba el paso.

—Buenos días —se tocó la visera el centinela mirando a Yediguéi con sus infantiles ojos azul claro—. ¿Quiénes sois? ¿Adónde vais?

—Somos de esta tierra, soldado —dijo Yediguéi sonriendo ante la juvenil severidad del centinela—. Traemos a un hombre, a uno de nuestros ancianos, para enterrarlo en el cementerio.

—No está permitido sin un pase —movió negativamente la cabeza el joven soldado, y no sin temor se apartó de las dentadas fauces de *Karanar*, que masticaban la rumia—. Aquí guardamos la zona —explicó.

—Lo comprendo, pero nosotros vamos al cementerio. No está muy lejos. ¿Qué tiene de particular? Lo enterramos y nos volvemos. No habrá retrasos.

—No puedo. No tengo autorización —dijo el centinela.

—Escucha, amigo mío —Yediguéi se inclinó desde la silla de manera que quedaran más visibles sus medallas y condecoraciones militares—. No somos forasteros. Somos del apartadero de Boranly-Buránny. Seguramente habrás oído hablar de él. Somos amigos. Y de todos modos hay que enterrarle. Sólo vamos al cementerio y nos volvemos.

—Pero si ya lo comprendo —iba a empezar el centinela encogiéndose inocentemente de hombros, pero entonces se acercó muy inoportunamente Sabitzhán con la fingida prisa de un hombre importante y activo.

—¿Qué pasa, de qué se trata? Soy del Consejo Sindical de la región —declaró—. ¿Por qué esta demora?

—Porque no está permitido.

—Ya le digo, camarada centinela, que soy del Consejo Sindical de la región.

—A mí tanto me da de dónde sea usted.

—¿Cómo es posible? —Sabitzhán se quedó de una pieza.

—Pues eso. Es una zona vigilada.

—Entonces, ¿para qué entablar conversaciones? —se sintió agraviado Sabitzhán.

—¿Y quién las entabla? Yo doy explicaciones por respeto al hombre del camello, no a usted. Para que él lo comprenda. Pero en general, no tengo derecho a entablar conversación con los forasteros. Estoy de guardia.

—¿O sea, que no hay paso hacia el cementerio?

—No. Y no sólo al cementerio. Aquí no hay ningún paso.

—En este caso, qué —se irritó Sabitzhán—. ¡Ya lo sabía! —gritó a Yediguéi—. ¡Ya sabía que sería un disparate! ¡Pero no! ¡Cómo no! ¡Ana-Beit! ¡Ana-Beit! —con estas palabras se apartó muy ofendido y escupió iracundo y nervioso.

Yediguéi se sintió violento delante del joven centinela.

—Perdona, hijito —le dijo paternalmente—. Está claro que estás de servicio. Pero ¿dónde metemos ahora al difunto? No es una viga que podamos echar por la borda y partir.

—Pero si yo lo comprendo. Pero ¿qué puedo hacer? Debo obedecer lo que me mandan. Aquí no soy el jefe.

—Sí-í, vaya asunto-o —alargó confuso Yediguéi—. ¿De dónde eres originario?

—De Vologda, padrecito —dijo pronunciando con fuerza las «o» el joven, infantilmente contento, sonriendo sin disimulos por la satisfacción que le producía responder a tal pregunta.

—¿Y también es así en vuestra tierra? ¿También ponen centinelas en los cementerios?

—Pero qué dices, padrecito, ¡para qué! En mi tierra puedes ir al cementerio cuando y las veces que quieras. ¿Pero es éste el caso? Aquí se trata de una zona cerrada. Y tú, padrecito, también has hecho el servicio militar y has combatido, ya lo veo, y seguramente sabrás que el servicio es el servicio.

—Así es —aceptó Yediguéi—, sólo que, ¿adónde vamos con el muerto?

Hicieron una pausa. Después de pensarlo muy bien, el soldadito meneó compasivamente su cabeza de ojos claros y cejas rubias.

—¡No, padrecito, no puedo! ¡No tengo derecho!

—Muy bien —pronunció Yediguéi completamente desconcertado. Le costaba mucho volverse a sus acompañantes, pues Sabitzhán, cada vez más acalorado, se había acercado a Dlínnny Edilbái.

Sus furiosas arremetidas sonaban junto a la excavadora:

—¡Ya os lo dije! ¡No debíamos ir a un lugar tan remoto! ¡Eso son prejuicios! Os complicáis la vida y la complicáis a los demás. ¿Qué diferencia hay en arrojar un cadáver aquí o allá? Pero no: revientate los riñones y llévalo a Ana-Beit. Y también me sales con ésa: ¡vete, ya lo enterraremos sin ti! ¡Pues anda, entiérralo ahora!

Dlínny Edilbái se apartó de él en silencio.

—Escucha, amigo —dijo al centinela, acercándose a la barrera—. Yo también hice el servicio militar y sé algo de las ordenanzas. ¿Tienes teléfono?

—Sí, naturalmente.

—Entonces, llama a tu cabo de guardia. Infórmale que los habitantes del lugar piden que se les permita pasar al cementerio de Ana-Beit.

—¿Cómo? ¿Ana-Beit? —repitió la pregunta el centinela.

—Sí, Ana-Beit. Así se llama nuestro cementerio. Llama, amigo, no hay otra salida. Que obtenga un permiso personal para nosotros. A nosotros, puedes estar seguro, no nos interesa otra cosa que el cementerio.

El centinela reflexionó, balanceándose sobre uno y otro pie, con el ceño fruncido.

—No tengas dudas —dijo Dlínny Edilbái—. Es conforme al reglamento. Han llegado al puesto unos forasteros. Y tú informas al jefe de la guardia. Es toda la mecánica del caso. ¡Pero, hombre, vamos a ver! Tienes la obligación de informar.

—Está bien —asintió el centinela con la cabeza—. Voy a llamar en seguida. Sólo que el jefe de guardia recorre continuamente el territorio, de puesto en puesto. ¡Y ya veis qué territorio!

—¿No me permitirías estar a tu lado cuando telefonees? —pidió Dlínny Edilbái—. En caso necesario podría sugerirte algo.

—Adelante —aceptó el centinela.

Se metieron en la caseta del puesto. La puerta estaba abierta y Yediguéi lo oía todo. El centinela llamó preguntando por el jefe de guardia, pero éste no aparecía.

—Que no, ¡que necesito hablar con el jefe! —explicaba—. Personalmente con él... Que no. Que es un asunto importante.

Yediguéi se estaba poniendo nervioso. ¿Dónde se habría metido aquel jefe de guardia? ¿Cuando no hay suerte es que no la hay! Finalmente lo encontraron.

—¡Camarada teniente! ¡Camarada teniente! —dijo el centinela con voz fuerte, sonora y emocionada.

Y le informó de que unos habitantes de la región habían ido a enterrar a un hombre en un antiguo cementerio. ¿Qué debía hacer? Yediguéi se puso tenso. Si el teniente decía «déjalos pasar», ¡todo arreglado! ¡Bravo por Dlínny Edilbái! Era un joven con ideas. Sin embargo, la conversación del centinela comenzaba a alargarse demasiado. Ahora no cesaba de responder a preguntas:

—Sí... ¿Cuántos? Seis personas. Y con el difunto, siete. Un viejo que ha muerto. El jefe va en camello. Luego un tractor con remolque. Tras el tractor, también una excavadora... Sí, dicen que, claro, tienen que cavar la fosa... ¿Cómo? ¿Qué les digo? ¿O sea que no es posible? ¿Que no se permite? ¡A la orden!

Entonces sonó la voz de Dlínny Edilbái. Por lo visto le había arrebatado el micrófono.

—¡Camarada teniente! Póngase en nuestra situación. Camarada teniente, venimos del apartadero de Boranly-Burány. ¿Adónde hemos de ir ahora? Póngase en nuestro

lugar, camarada teniente. Somos habitantes de estas tierras, no vamos a hacer nada malo. Sólo enterramos a este hombre y nos volvemos inmediatamente... ¿Eh? ¿Qué? ¡Pero cómo es posible! ¡Bueno, venga, venga y se convencerá! Viene con nosotros uno de nuestros ancianos, uno que luchó en el frente. Explíqueselo a él.

Dlínny Edilbái salió algo alterado de la caseta pero dijo que iría el teniente y decidiría allí mismo. Tras él salió el centinela y dijo lo mismo. El centinela se sentía ahora aliviado por cuanto era el jefe de la guardia quien debía resolver el problema. Ahora paseaba tranquilamente de arriba abajo tras la barrera a franjas.

Burani Yediguéi estaba meditabundo. ¿Quién podía esperar que las cosas tomaran aquel cariz? Había que esperar la llegada del teniente. Mientras, Yediguéi se apeó, llevó el camello a la excavadora y lo ató al cangilón. Luego regresó a la barrera. Los tractoristas Kalibek y Zhumagali hablaban entre sí a media voz. Fumaban. Sabitzhán se paseaba nervioso de arriba abajo, separado de todos. Y el yerno de Kazangap, el marido de Aizada, continuaba sentado en el remolque junto al cuerpo del difunto.

—¿Qué, Yedik, nos van a dejar pasar? —preguntó a Yediguéi.

—Deben dejarnos pasar. Ahora vendrá el jefe en persona, el teniente. ¿Por qué no habrían de dejarnos pasar? ¿Acaso somos espías? Pero tú deberías bajar del remolque. Camina un poco, desentumécete.

Eran ya las tres de la tarde. Y aún no habían llegado a Ana-Beit, aunque ya no quedaba tan lejos.

Yediguéi regresó junto al centinela.

—¿Habrás que esperar mucho tiempo a tu jefe, hijo? —le preguntó.

—No. Vendrá volando en seguida. Va en coche. Habrá de diez a quince minutos de camino.

—De acuerdo, esperaremos. ¿Y hace tiempo que pusieron este alambre espino?

—Sí, bastante. Nosotros lo colocamos. Hace un año que estoy en el servicio. Por lo tanto hará medio año que clavamos esto.

—Claro, claro. Yo no sabía que existiera esta barrera. Ésa ha sido la causa de todo. Y ahora soy algo así como el culpable, pues fue idea mía venirle a enterrar aquí. Aquí tenemos un antiguo cementerio, el de Ana-Beit. Y el difunto Kazangap era muy buena persona. Hemos trabajado treinta años juntos en el apartadero ferroviario. Quería hacerlo lo mejor posible.

El soldado, por lo visto, compadecía a Burani Yediguéi.

—Sabes, padrecito —dijo con aire pragmático—. Cuando llegue el jefe de guardia, el teniente Tansykbáyev, cuénteselo todo tal como es. ¿Ya que, acaso no es un ser humano? Que informe a sus superiores. A lo mejor concede el permiso.

—Gracias por tus buenas palabras. De otro modo, ¿qué vamos a hacer? ¿Cómo has dicho, Tansykbáyev? ¿El apellido del teniente es Tansykbáyev?

—Sí, Tansykbáyev. Hace poco que está aquí. ¿Por qué? ¿Le conoce? Es de vuestro pueblo. ¿No será un pariente, por ventura?

—No, hombre, qué dices —sonrió Yediguéi—. Los Tansykbáyev son en nuestra tierra como los Ivánov en la vuestra. Sólo que he recordado a un hombre que llevaba este apellido.

Sonó el teléfono en el puesto de guardia y el centinela acudió corriendo. Yediguéi se quedó solo. Otra vez sus cejas se encaramaban para arriba. Y mientras miraba enfurruñado a su alrededor para ver si aparecía el coche en la carretera por detrás de la barrera, Burani Yediguéi movía la cabeza. «¿Y si fuera el hijo de aquél, de *Ojos de Halcón*? —pensaba, y se denostaba a sí mismo mentalmente—. ¡Sólo faltaría! ¡Cuando una idea se te mete en la cabeza! No hay pocos apellidos como ése. No debe ser, no puede ser. Con aquel Tansykbáyev ya saldaron cuentas después por completo... ¡De todos modos hay una verdad sobre la tierra! ¡La hay! Sea como sea, siempre habrá una verdad...»

Se hizo a un lado, sacó el pañuelo y se limpió con cuidado las medallas, las condecoraciones y las insignias de obrero vanguardista que llevaba en el pecho, para que brillaran y para que el teniente Tansykbáyev las viera en seguida.

CAPÍTULO XIII

Con aquel Tansykbáýev de ojos de halcón, las cosas habían ido de la siguiente manera.

En 1956, a finales de primavera, hubo un gran mitin en el depósito de Kumbel; los convocaron a todos, y los ferroviarios acudieron de todas las estaciones y apartaderos. Sólo quedaron en sus puestos los que aquel día estaban de servicio en la línea. Muchas eran las reuniones de todo género que habían pasado fugazmente por la vida de Burani Yediguéi, pero aquel mitin no lo olvidaría jamás.

Se reunieron en el taller de reparación de locomotoras. Estaba atiborrado y muchos treparon hasta el techo y se sentaron en los tirantes de las vigas. Pero lo más importante: ¡qué discursos! Se puso en claro hasta el último detalle todo lo de Beria. Censuraron al maldito verdugo sin compasión ninguna. Fueron discursos duros que se prolongaron hasta la misma noche, y nadie se marchó, todos estaban como clavados en su sitio. Y sólo un rumor de voces, como en el bosque, sonaba bajo las arcadas del edificio. Es de recordar que alguien de la multitud dijo refiriéndose a ese rumor netamente ruso: «Es como el mar antes de la tempestad». Y así era. El corazón latía en el pecho, como latía en el frente antes del ataque, y se sentía mucha sed. La boca estaba seca. Pero de dónde sacar el agua con aquella muchedumbre. No estaban para aguas, era preciso tener paciencia. En un descanso, Yediguéi se abrió paso hasta Chernov, jefe del Partido en el depósito y antiguo jefe de la estación. Estaba en la mesa.

—Oye, Andréi Petróvich, ¿podría hablar yo?

—Adelante, si éste es tu deseo.

—Es mi deseo, y además muy grande. Sólo que, antes, pongámonos de acuerdo. Recordarás que en nuestro apartadero trabajaba Kuttybáýev. Abutalip Kuttybáýev. Sí, y que un inspector le denunció, diciendo que estaba escribiendo sus memorias de Yugoslavia. Abutalip había luchado con los guerrilleros. Y este inspector le atribuyó todo género de otras cosas. Y vinieron esos hombres de Beria y se lo llevaron. A causa de todo ello, ese hombre murió, ¡se perdió sin motivo!

—Sí, lo recuerdo. Su esposa vino a buscar un papel.

—¡Exacto! Y luego la familia se marchó. Y yo, ahora, al escuchar los discursos pensaba: tenemos amistad con Yugoslavia, ¡no hay ningún género de desacuerdo! ¿Y por qué han sufrido esas personas inocentes? Los hijos de Abutalip han crecido, ya deben de estar en la escuela. Así, pues, es preciso clarificarlo todo. De otro modo, todo el mundo los señalaría con el dedo. Los niños ya han sufrido lo suyo, se quedaron sin padre.

—Espera, Yediguéi. ¿Y quieres hablar de esto?

—Claro que sí.

—¿Cuál era el apellido del inspector?

—Se puede averiguar. La verdad, no volví a verle más.

—¿Y dónde te enterarás ahora? Además, ¿tienes pruebas documentales de lo que escribió?

—¿Y qué más?

—Aquí se necesitan pruebas, querido Burani. ¿Y si resulta que no es así? No son cosas de broma. Sabes qué, Yediguéi, escucha mi consejo. Escribe una carta a Alma-Atá sobre todo eso. Escribe todo lo que pasó, toda la historia, y envíala al Comité Central de la República. Allí lo averiguarán. El Partido acomete con decisión estos asuntos. Ya lo verás.

En aquel mitin, Burani Yediguéi gritó como los demás: «¡Gloria al Partido! ¡Aprobamos la línea del Partido!». Y luego, al final del acto, alguien de las últimas filas empezó a cantar la Internacional. Le siguieron algunas voces, y un momento después toda la muchedumbre cantaba como un solo hombre, bajo las bóvedas del depósito, el gran himno de todos los tiempos, el himno de todos los que han sido perpetuamente explotados. Yediguéi nunca había tenido ocasión de cantar junto a una multitud tan grande. Como sobre las olas, se sintió levantado y arrastrado por la conciencia triunfal, orgullosa y al mismo tiempo amarga, de su comunión con aquellos que son la sal y el sudor de la tierra. Y el himno de los comunistas fue creciendo, elevándose, haciendo arder en los corazones el valor y la decisión de resistir, de afirmar el derecho de muchos a la felicidad de muchos. Y como solía sucederle a menudo en los momentos de fuerte agitación, de nuevo le pareció que se encontraba en el mar de Aral. Allí habitaba su espíritu como una libre gaviota sobre las olas de blanca cresta, las *alabashi*.

Regresó a casa en ese estado de entusiasmo. Después del té, contó detalladamente a Ukubala, con vivos colores, todo lo que había pasado en el mitin. Contó también que había querido hablar y dijo lo que le había respondido el actual jefe del Partido, Chernov. Ukubala escuchó a su marido mientras le servía té del samovar, taza tras taza, y él iba bebiendo.

—¡Pero qué te pasa, has vaciado todo el samovar! —se asombró ella, riéndose.

—Sabes, en el mitin tenía muchas ganas de beber algo. Estaba muy trastornado. Pero no podía hacerlo, había mucha gente, no podía ni moverme. Y luego, cuando pude salir, quería saciar mi sed, pero vi un convoy que venía en nuestra dirección. Corrí al maquinista. Resultó ser un joven amigo. Zhandos, de Torek-Tam. Bueno, durante el camino bebí de su agua. ¡Pero de qué sirve eso!

—Sí, sí, ya lo veo —murmuró Ukubala sirviéndole té de nuevo. Y dijo después —: ¿Sabes qué, Yediguéi? Está bien que hayas pensado en ellos, en los hijos de Abutalip. Estando así las cosas, puesto que llegan tiempos nuevos y ya es posible que esos huérfanos no estén oprimidos, sé valiente. Una carta no es mala cosa, pero mientras se escribe, mientras se lee, mientras se piensa en ella... harías mejor tomando el tren para Alma-Atá. Vas allí y les cuentas lo que pasó.

—¿Así tú crees que debería ir a Alma-Atá? ¿Directamente a los jefes gordos?

—¿Qué tiene de particular? Hay motivo. Tu amigo Elizárov no hace más que invitarnos y nunca consigue su propósito. Cada vez deja su dirección. Bueno, aunque no vaya yo, ve tú por lo menos. Con el trabajo que tengo en casa, adonde quieres que vaya, ¿a quién dejo los niños? Pero tú no lo aplaces. Toma unas vacaciones. ¿Cuántas vacaciones has tenido en estos años, en cien años? Tómalas por lo menos una vez, y cuando estés allí cuéntaselo todo a los peces gordos.

Yediguéi se admiró de la sensatez de su esposa.

—Sabes, esposa mía, parece que estás diciendo algo práctico. Pensémoslo.

—No lo pienses demasiado. No es el caso: cuanto antes, mejor. Afanasi Ivánovich te ayudará. Él sabe adónde ir, a quién visitar.

—También es cierto.

—Es lo que te digo. No vale la pena aplazarlo. Y al mismo tiempo te darás una vuelta y comprarás algunas cosas para la casa. Nuestras niñas han crecido. Saule irá a la escuela en otoño. ¿Has pensado en ello? ¿La mandaremos al internado o qué haremos? ¿Has pensado en eso?

—Lo he pensado, lo he pensado, cómo no —cayó en la cuenta Burani Yediguéi, intentando disimular la impresión que le causaba que hubiera crecido tan rápidamente su hija mayor y que ya fuera tiempo de mandarla a la escuela.

—Pues si lo has pensado —prosiguió Ukubala—, ve y explica a la gente lo que hemos sufrido estos años. Que ayuden a los huérfanos aunque sólo sea a rehabilitar a su padre. Y luego cuando tengas tiempo, ve y mira qué cosas no les irían mal a las hijas y a la esposa. Yo tampoco soy ya muy joven —dijo con un contenido suspiro.

Yediguéi miró a su esposa. Resulta raro que se pueda ver continuamente a una persona y no advertir lo que luego salta a la vista de pronto. Naturalmente, ya no era joven, pero también estaba lejos de la vejez. Y sin embargo se advertía en ella algo nuevo, desconocido. Y lo comprendió: era la sensatez que descubría en la mirada de su esposa, a la vez que su primera cana. Tenía en las sienes unas tres o cuatro, unos hilos blanquecinos, no más, y sin embargo ya hablaban del pasado, de lo sufrido...

Dos días después, Yediguéi estaba en la estación de Kumbel en calidad de pasajero. Sí, había tenido que ir en dirección contraria desde Boranly-Buránnny para subir al tren de Alma-Atá. No le supo mal a Yediguéi. De todos modos, primero debía enviar un telegrama a Elizárov anunciándole su llegada. Y eso sólo se podía hacer desde la estación.

Luego llegó el tren Moscú - Alma-Atá, y Yediguéi viajó en él pasando por su propio apartadero de Boranly-Buránnny. Tenía plaza en la litera superior de un vagón de compartimentos. Después de colocar sus cosas, Yediguéi salió rápidamente al pasillo y se colocó junto a la ventanilla para no perderse el paso por el apartadero, para verlo desde el tren, como un pasajero; luego subiría a la litera, a dormir, pues tenía por delante dos días enteros de camino. Así pensaba él, aunque al día siguiente

ya no sabía qué hacer ante aquel ocio forzado. Y se sorprendía de ciertos dormilones del tren que no hacían más que tragar y dormir.

Sin embargo, el primer día, especialmente las primeras horas, su alma estaba de fiesta e incluso algo inquieta, pues no tenía costumbre de dejar a su familia tanto tiempo. Estaba de pie junto a la ventanilla, emocionado, serio, con un sombrero nuevo comprado para el caso en la tienda de la estación, una camisa limpia y una guerrera semidesabrochada, la guerrera de los tiempos de guerra que Kazangap guardaba con esmero. Kazangap había puesto en sus manos aquella guerrera, pues, según dijo, quedaría mejor con las medallas y condecoraciones sobre el pecho, y también con los pantalones de montar y las botas de oficial, de buena piel. Aquellas botas le gustaban mucho a Burani Yediguéi, aunque raras veces tenía ocasión de llevarlas. Yediguéi consideraba que para conseguir la mejor imagen de una persona, debe haber primero unas buenas botas y un sombrero nuevo. Y él llevaba ahora una cosa y otra.

Así estaba junto a la ventanilla. Los que pasaban por el vagón se cruzaban respetuosamente con él y luego volvían la cabeza. Burani Yediguéi destacaba seguramente por su aspecto, por su expresión de dignidad y de emoción en el rostro.

Y el tren corría, volaba a todo vapor por los abiertos espacios del Sary-Ozeki primaveral, como si tuviera prisa por alcanzar el ribete transparente del horizonte que huía para adelante. No había en el mundo más que dos elementos: el cielo y la estepa abierta. Y éstos coincidían luminosamente en la lejanía, hacia donde avanzaba con ímpetu el rápido tren.

Y ya venían al encuentro las tierras de Boranly. Allí conocía cada arruga de la tierra, cada piedra. Al acercarse a Boranly-Buránnny, Yediguéi se agitó animadamente ante la ventanilla y sonrió por debajo de los bigotes como si hubiera pasado años sin haber estado allí. Ya llegaba el apartadero. Pasaron fugazmente el semáforo, las casitas, los cobertizos, las pilas de raíles y de traviesas junto al almacén, y todo aquello parecía, al pasar a la carrera, como pegado al ferrocarril en medio del enorme y desierto espacio que había alrededor. Yediguéi consiguió incluso distinguir a sus hijitas. Seguramente, aquel día salían a ver todos los trenes de pasajeros que iban de occidente a oriente. Agitaban las manos y daban saltitos para atraer la atención. Saule y Sharapat lanzaban alegres sonrisas a las ventanillas de los vagones que pasaban ante ellas. Sus trencitas se agitaban graciosamente al mismo tiempo, y sus ojos brillaban. Yediguéi se pegó instintivamente a la ventanilla y las saludó con la mano murmurando palabras cariñosas, pero ellas, o no le vieron o no le reconocieron. Y de todos modos, era agradable que sus hijas esperaran su paso. Ninguno de los pasajeros sospechaba que acababa de dejar atrás a sus hijas, su casa, su apartadero. Y mucho menos podía suponer nadie que entre la manada de carne líos de la estepa, detrás del apartadero, paseaba su famoso *Karanar*. Yediguéi lo reconoció en seguida desde lejos y sus ojos se conmovieron.

Luego, cuando ya se había alejado de casa hasta pasar varias estaciones, Yediguéi se durmió. Durmió larga y dulcemente, al son del uniforme repiqueteo de las ruedas y de la discreta conversación de sus compañeros de viaje.

El día siguiente, a mediodía, llegaron las montañas de Ala tau, desde Chimkent y a través de todo Semirech. ¡Aquello eran montañas, aquello era digno de verse! Y por mucho que se recreara Burani Yediguéi con el aspecto solemne de las nevadas cumbres que acompañan al ferrocarril hasta la propia Alma-Atá, no podía saciarse. Para él, para un habitante de la estepa de Sary-Ozeki, aquello era un milagro, la contemplación de la eternidad. Los montes Alatau provocaban en él no sólo admiración, por su majestuosidad, sino la necesidad de pensar. Y eso le gustaba: pensar en silencio con las montañas a la vista. Y mentalmente se preparaba para el encuentro con aquellas personas responsables que aún no conocía, pero que decían que jamás debían volver a producirse los errores del pasado, y por ese motivo él quería poner en su conocimiento la amarga historia de la familia de Abutalip. Que examinaran el caso, que decidieran ahora cómo podría corregirse. No se podía resucitar a Abutalip, pero que nadie se atreviera ahora a ofender a los niños, que tuvieran todos los caminos abiertos. Que el mayor, Daúl, fuera aquel otoño a la escuela sin temores ni disimulos. Sólo que, ¿dónde estarían ahora? ¿Cómo lo pasarían? ¿Cómo estaría Zaripa?

Sentía un frío angustioso en el alma cuando recordaba esas cosas. Ya era hora de olvidar el pasado, de calmarse. Porque ella había partido precisamente para cortar de raíz todo pensamiento sobre ella. Pero sólo Dios puede saber lo que se ha olvidado y lo que no. Burani Yediguéi había pasado mucha pena, se había calmado, se había sometido al destino. ¿A quién contar esas cosas? ¿Quién las comprendería? Quizá sólo las nevadas montañas que se encaramaban hacia el cielo; aunque, con tanta altura, se desentienden de los disgustos terrenales de los hombres. Por eso son grandes las Alatau, para que muchos mortales lleguen y se vayan mientras ellas permanecen eternamente allí y así sean muchos los que se sumen en meditaciones al verlas mientras ellas guardan impertérrito silencio...

Yediguéi recordaba que Abutalip, después de anotar la *Alocución de Raimaly-agá a su hermano Abdilján*, seguramente reflexionó largamente sobre ese cuento, pues un día, en una conversación, le confió la idea de que las personas como Raimaly-agá y Beguimái se proporcionan uno a otro tanta felicidad como amargura, dado que se empujan mutuamente a una miserable tragedia: la dependencia del hombre con respecto a la opinión de los demás. Por eso los parientes trataron a Raimaly-agá de aquella manera, suponiendo que era por su bien. Para Yediguéi, estas prudentes palabras no fueron entonces más que eso: prudentes palabras, hasta que conoció en sí mismo su verdad, hasta que tuvo que sufrir él mismo. Aunque Zaripa y él estuvieran muy lejos de aquella historia, tanto como las estrellas de la Tierra, pues nada entre los dos había sucedido, si no es que él pensaba en ella y la quería mucho, Zaripa había sido la primera en aceptar el golpe para librarse de aquel inevitable callejón sin

salida. Lo decidió por sí misma, cortó de una vez, como arrancándose la sangre de las venas, y sin embargo no pensó en él, no pensó en lo que le iba a costar a él esa decisión. Y menos mal que había conservado la vida. Incluso ahora, a veces le dominaba una tristeza tan grande que estaba dispuesto a ir al fin del mundo con tal de verla, con tal de oírla por lo menos una vez...

Y Yediguéi también recordaba, burlándose de sí mismo, lo sorprendente que había sido conocer por Abutalip que había habido en Alemania un hombre muy importante, el gran poeta Goethe. Este nombre tenía en lengua kazaja muy mal sonido, pero no se trataba de eso, pues cada uno lleva el nombre que le impone el destino. El anciano Goethe tenía más de setenta años cuando parece ser que también se enamoró de una joven y que ésta le correspondió con todo su corazón. Esto se sabía en todas partes, pero nadie ató a Goethe de brazos y piernas, ni le declaró loco... ¡Como, en cambio, le habían hecho a Raimaly-agá! Humillaron y destruyeron a un hombre, y querían su bien... A su modo, Zaripa también quería su bien, y había obrado bajo los dictados de su conciencia... Él no podía sentirse ofendido. Además, ¿quién puede ofenderse con la persona amada? Antes se acusará a sí mismo y se considerará culpable. Aunque lo pase mal, con tal que ella... Y si puede, incluso cuando le haya abandonado, la recordará y la amará...

De este talante viajaba Burani Yediguéi, recordándola y amándola, recordando a Abutalip y a sus hijos huérfanos...

Cuando ya estaban llegando a Alma-Atá, Yediguéi pensó de pronto: ¿y si Elizárov no estuviera en casa? ¡Pues mira qué bien! No sabía por qué no se le habría ocurrido eso en casa. Tampoco Ukubala había pensado en ello. Habían juzgado por su propia vida. Puesto que ellos vivían sin salir de Sary-Ozeki, pensaron que todos hacían lo mismo. Y en realidad, era muy posible que Afanasi Ivánovich no estuviera en casa. Trabajaba con la propia Academia, le esperaban en todas partes. ¡No tiene pocos asuntos un científico como él! Podía haber salido en misión oficial y estar fuera mucho tiempo. «Sería muy mala pata», se inquietaba Yediguéi. Y comenzó a pensar que tendría que dirigirse a la redacción de su periódico kazajo. La dirección del periódico figuraba en cada ejemplar. Allí, seguramente, le explicarían cómo y adónde dirigirse. Quién si no los trabajadores del periódico podían saber adónde presentarse con aquella cuestión. En casa parecía muy sencillo: prepararse y partir. Pero ahora, al acercarse a su destino, Burani estaba intranquilo: no en vano se dice que el mal cazador sueña en la presa sentado en su casa. Así lo había hecho él. Pero, naturalmente, contaba con Elizárov. Éste era un buen amigo desde tiempos remotos, había estado muchas veces en su casa del apartadero, conocía la historia de Abutalip Kuttybáyev. Él, con media palabra, lo habría comprendido todo. ¿Cómo contarle a gente desconocida? ¿Por dónde empezar? ¿Qué tono emplear? ¿Testificar como en un juicio? ¿Informar? ¿De qué manera? ¿Le escucharían? ¿Qué respuesta le darían? ¿Y tú quién eres, y por qué te interesa más que a nadie dignificar a Abutalip Kuttybáyev? ¿Qué relación tenías con él? ¿Eres su hermano, su compadre, su cuñado?

Mientras, el tren corría por la periferia de la ciudad de Alma-Atá. Los viajeros se preparaban, salían al pasillo y esperaban la parada. Yediguéi también estaba dispuesto. Ya se veía la estación, el final del viaje. El andén estaba lleno de gente diversa que partía o que iba a recibir a alguien. El tren se detuvo poco a poco. Y de pronto, por la ventanilla, Burani Yediguéi vio a Elizárov entre la gente que pululaba por el andén y se alegró alborozadamente como un niño. Elizárov agitó el sombrero en señal de bienvenida y empezó a caminar a la altura del vagón. ¡Qué suerte! Yediguéi ni soñaba que Elizárov fuera a recibirle personalmente. Hacía tiempo que no se veían, desde el pasado otoño. No, Afanasi Ivánovich no había cambiado, aunque entrara en años. Siempre el mismo hombre flaco e inquieto. Kazangap le llamaba *argamak*, o sea el caballo pura sangre. Era una gran alabanza: *argamak* Afanasi. Elizárov lo sabía y lo aceptaba bondadosamente: «¡Como tú quieras, Kazangap! —Y añadía—: ¡Un viejo *argamak* pero *argamak* a fin de cuentas! ¡Muchas gracias!». Habitualmente iba a Sary-Ozeki con ropa de trabajo, botas de fieltro y una vieja gorra muy maltratada; pero allí llevaba corbata y un buen traje gris oscuro. Y el traje le sentaba bien a su figura y sobre todo al color de sus cabellos, grises ya en su mitad.

Mientras el tren se detenía, Afanasi Ivanovich caminaba junto a él, medio ladeado, sonriéndole por la ventanilla. Los ojos grises de Elizárov, de claras pestañas, irradiaban sincera satisfacción por el deseado encuentro. Esto confortó inmediatamente a Yediguéi y sus recientes dudas desaparecieron de golpe. «Buen principio —se alegró—. Si Dios quiere será un éxito».

—¡Por fin has venido a visitarme! ¡En tantos años! ¡Bienvenido, Yediguéi! ¡Bienvenido, Burani! —le acogió Elizárov.

Se abrazaron fuertemente. La multitud que los rodeaba, y la alegría, hicieron que Yediguéi se desconcertara un poco. Antes de que salieran a la plaza de la estación, Elizárov ya le había formulado una gran cantidad de preguntas. Preguntó por todos, cómo estaba cada uno, qué hacía Kazangap, Ukubala, Bukéi, los niños, quién era ahora el jefe del apartadero. No se olvidó ni de *Karanar*.

—¿Y qué hace tu *Burani Karanar*? —se interesó, riéndose por anticipado él sabría de qué—. ¿Continúa siendo el mismo, un rugiente león?

—Va tirando. Y cuando le pasa algo, ruge —respondió Yediguéi—. En Sary-Ozeki tiene libertad. ¡Qué más quiere!

Junto a la estación había un gran coche negro de reluciente pulido. Era la primera vez que Yediguéi veía un coche como aquél. Era un Zim, el mejor coche de los años cincuenta.

—Éste es mi *Karanar* —bromeó Elizárov—. Sube, Yediguéi —dijo abriéndole la portezuela delantera—. Vámonos.

—¿Y quién va a conducir el coche? —preguntó Yediguéi.

—Yo mismo —respondió Elizárov sentándose al volante—. Me entraron las ganas en la vejez, como ves. No somos peores que los americanos, ¿verdad?

Elizárov puso en marcha el motor con gesto seguro. Y antes de arrancar, sonriendo, miró interrogativamente a su huésped.

—Bueno, ya has llegado. Ahora dime en seguida: ¿por mucho tiempo?

—Vengo por un asunto, Afanasi Ivánovich. El tiempo que se requiera. Pero antes tiene usted que aconsejarme.

—Ya sabía yo que vendrías por algún asunto, ¿de otro modo nadie te arrancaría de tu Sary-Ozeki! ¡Cómo no! He aquí lo que haremos, Yediguéi. Ahora iremos a mi casa. Vivirás con nosotros. Y no protestes. ¡Nada de hoteles! Para mí eres un invitado especial. Haremos aquí como hacemos en tu casa en Sary-Ozeki. *Siidin siyi bar*: ¡ya ves, en kazajo! ¡Respeto por el respeto!

—Algo así —confirmó Yediguéi.

—O sea que ya está decidido. Y para mí será más divertido. Mi Iulia ha ido a Moscú a ver a nuestro hijo, que nos ha dado un nieto. Y por eso, tan contenta, se ha apresurado a visitar a la joven pareja.

—¡El segundo nieto! ¡Te felicito! —dijo Yediguéi.

—Sí, claro, el segundo ya —murmuró Elizárov levantando asombrado los hombros—. ¡Cuando seas abuelo ya me comprenderás! Aunque todavía lo tienes lejos. A tu edad, yo tenía aún la cabeza a pájaros. Lo curioso es que nos comprendemos muy bien a pesar de la diferencia de edad. Bueno, vámonos. Atravesaremos toda la ciudad. Para arriba. ¿Ves aquellas montañas con nieve en la cumbre? Pues allí, bajo la montaña, en Medeo. Creo que ya te lo conté que tenemos la casa en la periferia, casi en una aldea.

—Lo recuerdo, Afanasi Ivánovich, me dijo que tenía la casa junto a un riachuelo. Que siempre se oía el rumor del agua.

—Ahora lo comprobarás por ti mismo. Vamos. Mientras haya luz podrás contemplar la ciudad. Ahora es muy bella. En primavera. Todo está en flor.

A partir de la estación, la calle era recta y al parecer interminable a través de toda la ciudad, elevándose gradualmente entre álamos y parques hacia las alturas. Elizárov conducía sin prisa. Iba explicándole por el camino dónde se encontraba cada cosa: sobre todo, los diferentes organismos oficiales, las tiendas, las viviendas. En el mismo centro de la ciudad, en una gran plaza abierta por todos lados, había un edificio que Yediguéi reconoció en seguida por las fotografías: era el edificio del gobierno.

—Aquí está el Comité Central —señaló con la cabeza Elizárov.

Y pasaron por delante sin suponer que al día siguiente tendrían que estar allí para resolver su asunto. Hubo también otro edificio que reconoció Burani Yediguéi al torcer la calle recta a la izquierda: el Teatro Kazajo de Ópera. Dos manzanas más y torcieron hacia las montañas, por la carretera de Medeo. El centro de la ciudad quedaba a sus espaldas. Siguieron una larga calle, entre chalets, vallas de estacas, bajo el susurro de arroyuelos montañeses que bajaban de las alturas. Los jardines florecían por todas partes.

—¡Qué hermoso! —exclamó Yediguéi.

—Me satisface que hayas venido precisamente en esta época del año —respondió Elizárov—. Alma-Atá no puede estar mejor. En invierno también es hermosa. ¡Pero ahora te canta el alma!

—O sea, que reina el mejor humor —se alegró Yediguéi por Elizárov.

Este le echó una rápida mirada con sus grises y saltones ojos, asintió con la cabeza, se puso serio y frunció el ceño, pero de nuevo se dispersaron en una sonrisa las arrugas de los ojos.

—Esta primavera es especial, Yediguéi. Hay cambios. Por eso es interesante vivir aunque los años te caigan encima. Han cambiado de opinión, han echado una mirada en derredor. ¿Has estado alguna vez tan enfermo como para luego sentir de nuevo el gusto por la vida?

—No creo recordarlo —respondió Yediguéi con toda espontaneidad—. Quizá después de la contusión...

—¡Claro, estás sano como un buey! —se echó a reír Elizárov—. Pero no es a eso a lo que quiero referirme. Vino de pasada... Pues bien. Ha sido el propio Partido quien ha dicho la primera palabra. Estoy muy satisfecho por ello, aunque no tenga especiales motivos en el plano personal. Pero me alegra el alma y además alimento esperanzas como en mi juventud. ¿O será porque, efectivamente, me estoy haciendo viejo? ¿Eh?

—Pues yo, Afanasi Ivánovich, he venido precisamente por este asunto.

—¿Qué quieres decir? —no comprendió Elizárov.

—Seguramente lo recordará. Yo le hablé de Abutalip Kuttybáyev.

—Sí, sí, cómo no, cómo no. Lo recuerdo muy bien. Conque es eso. Y tú pones la vista en las raíces. Bravo. Y sin aplazarlo, has venido en seguida.

—Este bravo no es para mí. Fue Ukubala la que me lo hizo comprender. Pero ¿cómo empezar? ¿Adónde dirigirse?

—¿Por dónde empezar? Eso lo hemos de valorar tú y yo. En casa, tomando el té, analizaremos las cosas sin apresurarnos. —Y después de una pausa, Elizárov dijo significativamente—: Y cómo han cambiado los tiempos, Yediguéi. Tres años atrás, ni pensar siquiera el venir con un asunto así. Y ahora, no hay temor alguno. Así debió ser desde un principio. Todos nosotros, todos desde el primero, debimos mantener esta justicia. Y nadie debió tener derechos excepcionales. Yo lo entiendo así.

—Usted lo sabrá mejor, y además es un científico —manifestó Yediguéi—. En el mitin de nuestro depósito de máquinas también se habló de ello. Y en seguida pensé en Abutalip, hace tiempo que tengo este dolor en el cuerpo. Incluso quería hablar en el mitin. No se trata simplemente de justicia. Abutalip dejó unos hijos que van creciendo, el mayor irá a la escuela este otoño...

—¿Y dónde está ahora esa familia?

—No lo sé, Afanasi Ivánovich. Desde que se fueron, pronto hará ya tres años, nada hemos sabido.

—Bueno, no es nada raro. Y a los encontraremos, los buscaremos. Ahora, lo importante es, en términos jurídicos, reabrir el expediente de Abutalip.

—Eso, eso. Usted ha encontrado en seguida la palabra necesaria. Por eso he venido a verle.

—Creo que no habrás hecho un viaje inútil.

Sucedió como esperaba. Muy pronto, tres semanas después del regreso de Yediguéi, llegó un papel de Alma-Atá certificando punto por punto que el que fuera empleado del apartadero de Boranly-Buránný, Abutalip Kuttybáyev, muerto durante la instrucción judicial, quedaba plenamente rehabilitado por falta de pruebas de delito. ¡Así lo decía! El papel debía hacerse público en el colectivo donde había trabajado la víctima.

Casi al mismo tiempo, llegó una carta de Afanasi Ivánovich Elizárov. Fue una carta memorable. Yediguéi conservó toda la vida esa carta entre los documentos importantes de la familia: certificado de nacimiento de los hijos, condecoraciones militares, documentos sobre sus heridas de guerra y hojas de servicio laboral...

En aquella larga carta, Afanasi Ivánovich comunicaba que estaba más que contento por el rápido examen del expediente de Abutalip, y muy satisfecho de su rehabilitación. Que el hecho en sí era ya una buena señal del tiempo que corría. En sus propias palabras, «era nuestra victoria sobre nosotros mismos».

Escribía después que, apenas partió Yediguéi, él volvió a los organismos oficiales que habían visitado juntos y se enteró de importantes novedades. En primer lugar, el juez Tansykbáyev había sido destituido, degradado, expedientado y privado de todos los honores recibidos. En segundo lugar, escribía, le habían comunicado que la familia de Abutalip Kuttybáyev se encontraba al parecer en Pavlodar. (¡A qué lugar tan remoto habían ido a parar!) Zaripa trabajaba de maestra en la escuela. Su estado actual: casada. Esas fueron las noticias oficiales que llegaron de su lugar de residencia. Escribía también que las sospechas de Yediguéi respecto a aquel inspector habían quedado justificadas al reabrir el expediente: él había sido precisamente quien había denunciado a Abutalip Kuttybáyev.

«¿Por qué lo hizo? ¿Qué le impulsó a cometer semejante ruindad? He pensado mucho en ello recordando todo lo que sabía de historias semejantes y lo que tú me habías contado, Yediguéi. Teniendo presente todo eso, he intentado comprender los motivos de su acto. Y me es difícil responder. No puedo explicar qué pudo provocar semejante odio por una persona completamente ajena a él como era Abutalip Kuttybáyev. Seguramente, es una especie de enfermedad, una epidemia que contagia a las personas en un determinado período de la historia. Es posible que el germen de esta cualidad destructiva se halle en el hombre: una envidia que vacía involuntariamente el alma y le lleva a la crueldad. Pero ¿qué envidia podía provocar la persona de Abutalip? Para mí continúa siendo un enigma. Por lo que respecta al

medio utilizado, es tan viejo como el mundo. En otra época, bastaba denunciar que alguien era un hereje para que en los mercados de Bujará le lapidaran o en Europa le arrojaran a la hoguera. De eso hablamos mucho tú y yo, Yediguéi, cuando viniste. Después de poner en claro los hechos a la luz del expediente de Abutalip, me convenzo una vez más de que los hombres van a tardar mucho en extirpar el defecto de odiar la personalidad de un hombre. Incluso es difícil adivinar cuán largo será ese tiempo. Pese a todo, glorifico la vida por el hecho de que la justicia sea inextirpable de la faz de la tierra. También en este caso ha triunfado de nuevo. Aunque a un precio muy alto, ¡pero ha triunfado! Y siempre será así mientras el mundo exista. Me satisface, Yediguéi, que hayas gestionado desinteresadamente esta justicia...»

Yediguéi vivió muchos días bajo la impresión de esa carta. Y se admiraba de lo mucho que él mismo había cambiado, había ganado mucho, como si algo se hubiera clarificado en él. Entonces pensó por primera vez que seguramente había llegado el momento de prepararse para una vejez que no estaba ya tan lejos...

La carta de Elizárov fue para él como un hito: la vida antes y después de la carta. Todo lo que hubo antes de ésta quedaba atrás, se cubría de neblina al alejarse como la orilla del mar, y todo lo que hubo después discurría tranquilamente día a día como recordando que duraría mucho tiempo, pero no infinitamente. Sin embargo, lo principal era que gracias a aquella carta se había enterado de que Zaripa se había casado. Esa noticia le obligó una vez más a pasar dolorosos momentos. Se tranquilizaba diciéndose que ya lo sabía, que en cierto modo presentía que se había casado, aunque no sabía dónde estaba, ni qué era de los niños, ni cómo se las arreglaba ella entre otras personas. Esa sensación la había experimentado, aguda e incesantemente, durante el camino de regreso a su casa, en el tren. Resultaría difícil decir por qué se le ocurrirían tales ideas. No porque tuviera pesar alguno en el alma. Al contrario, Yediguéi partió de Alma-Atá eufórico y de buen humor. En todos los lugares donde había estado con Elizárov los habían recibido con comprensión y buena disposición. Y eso ya les infundía una seguridad en la justicia de su empresa y una esperanza en la feliz solución del caso. Y así había sido. Y el día que Yediguéi partió de Alma-Atá, Elizárov le llevó a comer al restaurante de la estación. Quedaba tiempo más que suficiente antes de la salida del tren y estuvieron beatíficamente sentados, bebiendo y hablando de forma confidencial como despedida. En aquella conversación, según comprendía Yediguéi, Afanasi Ivánovich había manifestado sus pensamientos más íntimos. Él, que había sido un *komsomol* de Moscú, que había estado en los años veinte en el Turquestán luchando con los basmachí^[35] y que había acabado asentándose allí para toda la vida ocupado en su ciencia geológica, consideraba que no en vano había depositado todo el mundo tantas esperanzas en aquello que empezara con la Revolución de Octubre. Por duro que resultara haber de pagar los errores y fallos, el avance por este camino inexplorado no se detenía, y en eso estaba la esencia de la historia. También le dijo que el avance seguía ahora con nueva fuerza. Prueba de ello era la autocorrección, la autolimpieza de la sociedad.

«Mientras podamos decirnos esas cosas a la cara, habrá en nosotros fuerza para el futuro», afirmaba Elizárov. Sí, habían tenido una buena conversación entonces, después de la comida.

En ese estado de ánimo regresaba Burani Yediguéi a su Sary-Ozeki.

Y de nuevo se movieron ante su vista los Alatau de nieve azulada que extendían hacia la lejanía la gruesa cadena montañosa acompañándole a través de todo Semirech. Y fue entonces, al rememorar durante el camino toda su estancia en Alma-Atá, cuando comprendió, cuando una voz interior le sugirió que Zaripa seguramente estaría ya casada.

Al contemplar las montañas, al contemplar las primaverales lejanías, Yediguéi pensaba que en este mundo hay personas fieles a la palabra y al hecho, hombres como Elizárov, y que sin personas como él la vida en la tierra sería muchísimo más difícil para el hombre. Y ya, al culminar todas sus gestiones en el asunto de Abutalip, pensó en la volubilidad de una época cambiante y de rápido curso: si Abutalip viviera, ahora le habrían exonerado de la calumniosa acusación y seguramente habría conseguido de nuevo la felicidad y la calma con sus hijos.

¡Si viviera! Con eso quedaba dicho todo. Si viviera, naturalmente, Zaripa le habría esperado hasta el último día. ¡Eso con toda seguridad! Una mujer como ella habría esperado a su marido costara lo que costase. Pero si no había nadie a quien esperar y no había por qué esperar, una mujer joven no tenía que vivir en soledad. Y si eso era así, si encontraba a un hombre conveniente, pues entonces se casaba, ¿por qué no? Yediguéi estaba muy consternado con esos pensamientos. Intentaba concentrar su atención en otros asuntos, intentaba no pensar, no dejar libre su imaginación. Pero no lo conseguía. Entonces se fue al vagón restaurante.

Había poca gente y estaba aún limpio e impoluto por ser el principio del viaje. Se sentó junto a la ventanilla, solo. Al principio tomó una botella de cerveza para entretenerse con algo. La amplia vista panorámica que se divisaba desde el vagón restaurante le permitía contemplar al mismo tiempo las montañas, la estepa, y el cielo que las cubría. Aquel gran espacio verde manchado de efímero color amapola, por una parte, y la solemnidad de las cumbres nevadas de las montañas, por otra, elevaban y trasladaban el alma hasta deseos imposibles y llevaban a amargas angustias. La pena le provocó el deseo de beber algo más fuerte. Y pidió vodka. Tomó algunas copas sin sentir sus efectos. Entonces encargó más cerveza y se entregó a sus reflexiones. El día tocaba a su fin. La tierra corría a ambos lados del ferrocarril en la transparencia del atardecer primaveral. Pasaban fugazmente aldeas, jardines, carreteras, puentes, personas, rebaños, pero esto conmovía muy poco a Yediguéi, pues una pesada melancolía, que llegaba con nueva fuerza, ensombrecía y oprimía su alma con el vago presentimiento del fin de un pasado.

Y de nuevo le vinieron a la memoria las palabras de despedida de Raimaly-agá:

Cuando lleguen los nómadas de las negras montañas, cuando lleguen los nómadas de las azules montañas, no me esperes en la feria, Beguimái...

En aquel estado, a Burani Yediguéi le parecía que era él quien estaba atado con cuerdas al abedul, como lo estuviera en otro tiempo Raimaly-agá, que era él a quien habían rechazado y separado de sí mismo...

Así estuvo sentado hasta que oscureció, hasta que el vagón se llenó de gente y el humo del tabaco hizo difícil la respiración. No comprendía por qué aquella gente estaba tan despreocupada, por qué eran tan insignificantes las conversaciones que les inquietaban en la mesa, ni por qué encontraban gusto en el vodka y en el tabaco. También le resultaban desagradables las mujeres que se presentaban allí con sus maridos. Lo más desagradable era su risa. Se levantó tambaleándose, encontró al camarero, que jadeaba con su bandeja en medio de las alborotadas mesas del restaurante ferroviario, y después de pagar su consumición se fue a su departamento. Tenía que atravesar varios vagones. Por el camino, balanceándose con el tren, se sentía aún más afligido y huérfano con la sensación de su completa soledad y alienación.

Para qué vivir, para qué viajar a cualquier parte...

Ahora le era indiferente saber de dónde venía, adonde y para qué iba, adonde acudía tan de prisa, en la noche, el tren rápido. Se detuvo en una de las plataformas, aplicó su ardorosa frente a la fría puerta vidriada y permaneció allí de pie sin volver la cabeza, sin prestar atención a los que iban y venían junto a él.

Y el tren corría, balanceándose. Y podía abrir la puerta, pues Yediguéi, como todos los ferroviarios, tenía su llave. Podía abrirla y atravesar la línea límite... En un lugar desierto, Yediguéi distinguió en la oscuridad dos lejanas luces que atrajeron su atención. Estuvieron mucho rato sin desaparecer de su vista. O eran las luces de una vivienda solitaria, o bien dos pequeñas hogueras. Seguramente, habría algunas personas alrededor de aquellas luces. ¿Quiénes serían? ¿Por qué estarían allí? ¡Ah, si estuviera allí Zaripa con los niños! Él habría saltado al instante del tren y habría corrido hacia ella, y al llegar, sin tomar aliento, habría caído a sus pies y derramado sus lágrimas sin avergonzarse, para llorar toda la tristeza y melancolía acumuladas...

Burani Yediguéi gimió ahogadamente mientras contemplaba aquellas luces de la estepa que ya iban desapareciendo. Y permaneció allí de pie, ante la puerta de la plataforma, sollozando silenciosamente, sin volverse ni prestar atención al ruidoso paso de los viajeros por el tren. Su cara estaba húmeda de lágrimas... y tenía la posibilidad de abrir la puerta y cruzar el umbral...

Y el tren corría, balanceándose.

Cuando lleguen los nómadas de las negras montañas, cuando lleguen los nómadas de las azules montañas, no me esperes en la feria, Beguimái...

... En estas tierras, los trenes van de oriente a occidente y de occidente a oriente.

Y a ambos lados del ferrocarril se encuentran, en estas tierras, enormes espacios desérticos, el Sary-Ozeki, las tierras Centrales de las estepas amarillas.

En estas tierras, cualquier distancia se mide con relación al ferrocarril, como si fuera el meridiano de Greenwich.

Saliendo de su nido en el despeñadero de Malakumdychap, un gran milano de blanca cola levantó el vuelo para explorar la región. Sobrevolaba sus posesiones dos veces al día: antes de mediodía y al mediodía.

Examinando atentamente la superficie de la estepa y observando todo cuanto se movía por allá abajo, incluso los reptantes escarabajos y las vivarachas lagartijas, el milano volaba en silencio sobre Sary-Ozeki, aleteando comedidamente y ganando gradualmente altura para ver con mayor amplitud y profundidad la estepa bajo sí y acercarse al mismo tiempo, con suaves revoloteos, a su cazadero preferido: el territorio de la zona cerrada. Desde que vallaran tan amplia zona, había aumentado notablemente la presencia de pequeños animales y de diverso género de aves, pues las zorras y otros animales de rapiña no se atrevían a penetrar allí impunemente. En cambio, para el milano la valla no significaba obstáculo alguno. Y se aprovechaba de ello. Era útil para él. Aunque hay mucho que decir sobre esto. Tres días antes había reparado, desde arriba, en una pequeña liebre; cuando se arrojó sobre ella a plomo, el animalito pudo meterse bajo el alambre de espino y el milano estuvo a punto de chocar con todo el impulso contra las púas. A duras penas pudo darse la vuelta y esquivarlas para desaparecer furioso en ángulo agudo para arriba rozando con las plumas la aguda púa del espino. Algunos plumones de su pecho se separaron después en el aire y volaron por su cuenta. Desde entonces, el milano procuraba mantenerse alejado de tan peligrosa cerca.

Así volaba en ese momento, como corresponde al dueño y señor, con dignidad, sin agitarse, sin atraer la atención de los seres terrestres con ningún aleteo superfluo. Aquella mañana, en su primer vuelo, y entonces también en el segundo, había observado una gran animación de hombres y coches en los amplios campos asfaltados del cosmódromo. Los coches corrían de arriba abajo y rodeaban con especial frecuencia las instalaciones de los cohetes. Estos, apuntando al cielo, hacía tiempo que se encontraban en sus plataformas, y el milano se había acostumbrado a ellos, pero aquel día algo sucedía a su alrededor. Había demasiados coches, demasiados hombres, demasiado movimiento...

Tampoco le pasó desapercibido al milano que la comitiva que hacía poco avanzaba por la estepa, formada por un hombre sobre un camello, dos chirriantes tractores y un peludo perro pardo, permanecía estacionada en la parte exterior de la cerca como si no pudiera atravesarla... El perro pardo irritaba sobremanera al milano por su aspecto ocioso y, especialmente, porque rondaba alrededor de las personas, pero de ningún modo manifestó sus sentimientos por el perro pardo, no iba a caer tan bajo. Se limitó a revolotear sobre el lugar contemplando penetrantemente qué iba a suceder, qué se disponía a hacer aquel perro pardo que meneaba la cola junto a las personas...

Yediguéi levantó su barbuda cabeza y vio al milano que se cernía sobre ellos. «Un cola blanca de gran tamaño —pensó—. Ah, si pudiera ser milano, nadie me

detendría. Volaría y me posaría en las *kumbez*^[36] de Ana-Beit».

En aquel momento se oyó un coche que se acercaba por la carretera. «¡Ya viene! —se alegró Burani Yediguéi—. ¡Quiera Dios que todo se arregle!» Un Gazik^[37] se acercó a toda velocidad hasta la barrera y se detuvo bruscamente junto a la puerta de la caseta de guardia. El centinela permanecía a la espera del coche. Se puso firme y saludó a su jefe de guardia, el teniente Tansykbáyev, cuando éste bajó del coche. Empezó a decir:

—Camarada teniente, le informo que...

Pero el jefe de guardia le detuvo con un gesto, y cuando el centinela bajó la mano de la visera a media palabra, se volvió hacia los que estaban al otro lado de la barrera.

—¿Quiénes son los forasteros? ¿Sois vosotros? —preguntó dirigiéndose a Burani Yediguéi.

—*Biz, bizgoi, karaguim, Ana-Beinitke zhetpei turip kaldik. Kalai da bolsa, zhardamdesht karaguim*^[38] —dijo Yediguéi, procurando que las condecoraciones de su pecho estuvieran a la vista del joven oficial.

Eso no produjo ninguna impresión en el teniente Tansykbáyev, quien se limitó a toser secamente, y cuando el anciano Yediguéi intentó de nuevo hablar, le previno fríamente:

—Camarada forastero, diríjase a mí en idioma ruso. Estoy de servicio —aclaró frunciendo sus negras cejas sobre los sesgados ojos.

Burani Yediguéi se turbó muchísimo:

—Eh, eh, perdone, perdone. Perdone si lo hice mal.

Y se calló confuso, perdido ya el don de la palabra y olvidado el pensamiento que se disponía a manifestar.

—Camarada teniente, permítame exponer nuestra petición —se adelantó Dlínnny Edilbái para sacar de apuros al anciano.

—Expóngala, pero sea breve —le previno el jefe de guardia.

—Un momento. Que esté presente también el hijo del difunto. —Dlínnny Edilbái se volvió hacia Sabitzhán—. ¡Sabitzhán! ¡Eh, Sabitzhán! ¡Ven aquí!

Pero éste, que se paseaba un poco apartado, se limitó a decir con un gesto de disgusto:

—Pedidlo vosotros mismos.

Dlínnny Edilbái se sofocó.

—Perdone, camarada teniente, está ofendido de que las cosas se presenten así. Es el hijo del difunto, de nuestro Kazangap. Allí también está su yerno, ve, aquel del remolque.

El yerno pensó, al parecer, que requerían su presencia y empezó a descender del remolque.

—Estos detalles no me interesan. Expongan el asunto —pidió el jefe de guardia.

—Muy bien.

—Brevemente y por orden.

—Muy bien. Brevemente y por orden.

Dlínny Edilbái empezó a informar punto por punto: quiénes eran, de dónde venían, con qué objeto y para qué se habían presentado allí. Y mientras hablaba, Yediguéi observó el rostro del teniente y comprendió que nada bueno podían esperar de él. Estaba al otro lado de la barrera sólo para escuchar formalmente una queja de unos forasteros. Yediguéi lo comprendió y su alma se sintió abatida. Y todo lo relacionado con la muerte de Kazangap, todos sus preparativos para la partida, todo cuanto había hecho para convencer a los jóvenes de que se enterrara al difunto en Ana-Beit, todos sus pensamientos, todo aquello en lo que había visto el hilo de unión entre él y Sary-Ozeki, todo se había esfumado, todo resultaba inútil e insignificante ante el rostro de Tansykbáyev. Yediguéi se sentía agraviado en sus mejores sentimientos. Agravio y ridículo al máximo era para él el medroso Sabitzhán que el día anterior, sin ir más lejos, tomaba vodka y *shubat* charlando sobre los dioses y los hombres controlados por radio, y procuraba impresionar a los de Boranly con sus conocimientos, ¡pero ahora no deseaba ni abrir la boca! Agravio y ridículo era para *Burani Karanar*, absurdamente engalanado con el caparazón de las borlas, ¡para qué o para quién servía ahora todo eso! Aquel tenientillo Tansykbáyev, que no deseaba hablar en su lengua materna, o que temía hacerlo, ¿cómo podía valorar los adornos de *Karanar*? Agravio y ridículo era para Yediguéi el desgraciado yerno alcohólico de Kazangap, que no había tomado ni una gota de alcohol, que había viajado en el traqueteante remolque para estar al lado del cuerpo del difunto, y que ahora se acercaba y se ponía a su lado esperando aún, por lo que se veía, que los dejarían pasar al cementerio. Incluso su perro, el pardo *Zholbars*, era para Burani Yediguéi agravio y ridículo, ¿por qué los había se guido y por qué esperaba pacientemente a que prosiguieran su camino? ¿Para qué hacía el perro todo aquello? O quizá precisamente presentía que su amo lo iba a pasar mal y por eso se había pegado a él, para estar a su lado en aquel momento. En las cabinas estaban los jóvenes tractoristas Kalibek y Zhumagali. ¿Qué decirles ahora? ¿Qué pensarían después de todo lo ocurrido?

No obstante, humillado y confuso, Yediguéi advertía claramente que una ola de indignación se levantaba en él, que la sangre circulaba ardiente y furiosamente por su corazón, y, conociéndose a sí mismo y sabiendo lo peligroso que sería para él ceder a la llamada de la ira, procuraba ahogarla con un gran esfuerzo de voluntad. No, no tenía derecho a perder el control mientras el cadáver estuviera aún en el remolque, por enterrar. No es propio de un anciano indignarse y levantar la voz. Así lo pensaba apretando los dientes y tensando los músculos de la boca para no delatar, ni con una palabra ni con un gesto, lo que estaba pasando en aquel momento.

Como Yediguéi esperaba, la conversación entre Dlínny Edilbái y el jefe de guardia giró inmediatamente del lado de la desesperanza.

—No puedo ayudarlos de ninguna manera. La entrada en el terreno de la zona está rigurosamente prohibida a toda persona ajena a ella —dijo el teniente después de escuchar a Dlínny Edilbái.

—No lo sabíamos, camarada teniente. De otro modo no habríamos venido. ¿Para qué, digo yo? Pero ahora, puesto que ya nos encontramos aquí, pídale a su jefe que nos permita enterrar a un hombre. No podemos llevárnoslo de vuelta.

—Ya he informado por conducto oficial. Y he recibido la orden de no permitir el paso a nadie bajo ningún pretexto.

—Pero ¿qué pretexto es ése, camarada teniente? —se asombró Dlínnny Edilbái—. Como si nosotros hubiéramos buscado un pretexto. ¿Para qué? ¿Qué no habremos visto ya de vuestra zona? De no ser por el entierro, ¿para qué habríamos hecho todo este camino?

—Le digo una vez más, camarada forastero, que aquí no se permite la entrada a nadie.

—¿Qué significa «forastero»? —levantó de pronto la voz el yerno alcohólico, hasta entonces callado—. ¿Quién es el forastero? ¿Somos nosotros los forasteros? —dijo, al tiempo que su rostro flácido y picado de viruela se ponía de color púrpura, y sus ojos se tornaban azulados.

—Precisamente: ¿desde cuándo somos forasteros? —le apoyó Dlínnny Edilbái.

Procurando no traspasar los vagos límites de lo permitido, el yerno alcohólico no levantó la voz, comprendiendo que hablaba mal el ruso, se limitó a decir, reteniendo y corrigiendo las palabras:

—Es nuestro cementerio de Sary-Ozeki. Y nosotros, nosotros, el pueblo de Sary-Ozeki, tenemos derecho a enterrar aquí a nuestras gentes. Cuando en tiempos remotos enterraron aquí a Naiman-Ana, nadie sabía que habría una zona cerrada.

—No tengo intención de discutir con vosotros —declaró como respuesta el teniente Tansykbáyev—. Como jefe del servicio de guardia en este turno, os digo una vez más: no hay ni habrá permiso de entrada en el territorio de la zona vigilada bajo ningún motivo.

Siguió un silencio. «¡Tengo que contenerme, que no insultarle!» Forzándose a sí mismo de esta manera, Burani Yediguéi miró fugazmente al cielo y volvió a ver al milano que revoloteaba suavemente en la lejanía. Y envidió de nuevo a aquella ave fuerte y calmada. Y decidió que no había por qué continuar probando fortuna, que tenían que marcharse, pues no iban a entrar por la fuerza. Y mirando una vez más al milano, Yediguéi dijo:

—Camarada teniente, nos vamos. Pero transmítale a quien mande aquí, al general o más arriba, ¡que esto está mal! Como viejo soldado se lo digo: es una injusticia.

—No sé lo que es justo ni lo que no lo es: no tengo derecho a juzgar las órdenes. Y para que en adelante estéis enterados, tengo orden de deciros que este cementerio va a ser liquidado.

—¿Ana-Beit? —se impresionó Dlínnny Edilbái.

—Sí. Si es que se llama así.

—¿Y por qué? ¿A quién estorba este cementerio? —se indignó Dlínnny Edilbái.

—Habrá allí una microzona.

—¡Sorprendente! —Dlínny Edilbái abrió los brazos—. ¿No tenéis otro sitio, no hay bastante tierra?

—Así está previsto en el plano.

—Oye, ¿quién es tu padre? —preguntó cara a cara Burani Yediguéi al teniente Tansykbáyev.

Éste se sorprendió mucho.

—¿Y eso a qué viene ahora? ¿A usted qué le importa?

—Me importan muchas cosas que no debes decirnos tú a nosotros; que deben decirnoslas los que han tenido la idea de destruir nuestro cementerio. ¿Acaso no han muerto tus padres o no vas a morir tú?

—Esto no tiene ninguna relación con el asunto.

—Muy bien, tratemos del asunto. Entonces, camarada teniente, que me escuche el jefe más alto que tengáis aquí, exijo que se me permita presentar mi queja a vuestro jefe más alto. ¡Dile que un viejo soldado del frente, el habitante de Sary-Ozeki Yediguéi Zhangueldín, quiere decirle un par de palabras!

—No puedo hacerlo. Tengo ya órdenes de cómo proceder.

—¿Y qué puedes hacer? —volvió a intervenir el yerno alcohólico. Y añadió con desesperación—: ¡Hasta un guardia urbano sería mejor!

—¡Cesad ese desorden! —se enderezó muy pálido el jefe de guardia—. ¡Basta! ¡Llevaos a éste de la barrera y dejad la carretera libre de tractores!

Yediguéi y Dlínny Edilbái agarraron al yerno alcohólico y lo arrastraron lejos de allí, hacia los tractores, pero él continuaba gritando con la cabeza vuelta para atrás:

—*¡Sagan zhol da zhetpeidi, sagan zher da zhetpeidi! ¡Urdim sendeidin ausin!*^[39].

Sabitzhán, que hasta entonces se había mantenido en silencio, paseándose sombríamente, algo apartado, decidió dar la medida de su persona saliéndoles al encuentro:

—¡Bien, y qué! ¡Con un palmo de narices! ¡Así había de ser! ¡Se acabó Ana-Beit! ¡Faltaría más! ¡Y ahora volvéis como perros apaleados!

—¿Quién es un perro apaleado? —se arrojó sobre él el yerno alcohólico muy enfurecido—. ¡Si hay un perro entre nosotros lo serás tú, canalla! ¿Qué diferencia hay entre aquel que está allí y tú? Y aún te vanaglorias: «¡Soy un hombre de Estado!». ¡Tú no eres un hombre de nada!

—¡Y tú, borrachín, contén la lengua! —le amenazó con voz chillona Sabitzhán para que le oyeran en el puesto de guardia—. ¡Yo, en su lugar, castigaba tus palabras mandándote al fin del mundo, para que ni tu olor anduviera cerca de aquí! ¿Qué beneficio das a la sociedad? ¡A los hombres como tú habría que liquidarlos!

Con estas palabras, Sabitzhán se volvió de espaldas como diciendo: «Me importáis un comino tanto tú como los que van contigo». Y mostrando de pronto mucha actividad, como si fuera el amo, empezó a tomar disposiciones en voz alta y conminatoria, ordenando a los tractoristas:

—¿Qué hacéis ahí con la boca abierta? ¡Adelante, poned en marcha los tractores! ¡Nos iremos como vinimos! ¡A la madre que nos parió! ¡Venga, media vuelta! ¡Basta! ¡He sido un tonto! He escuchado a los demás.

Kalibek puso en marcha su tractor e hizo girar con cuidado el remolque al tiempo que el yerno alcohólico ocupaba de nuevo su sitio junto al cadáver. Pero Zhumagali esperaba a que Yediguéi desatara a su *Karanar* del cangilón de la excavadora. Al verlo, Sabitzhán no se contuvo sino que por el contrario le metió prisa:

—¿Por qué no pones en marcha el motor? ¡Adelante! ¡No importa! ¡Da marcha atrás! ¡Pues vaya un entierro! ¡Estuve en contra desde el primer momento! ¡Y ahora, basta! ¡A casa!

Mientras Burani Yediguéi montaba en el camello —primero tenía que obligarle a echarse, luego encaramarse a la silla, y después levantarle— los tractores tomaban ya el camino en la dirección inversa. Ahora rodaban sobre sus propias huellas. Y ni tan sólo le esperaban. Era por Sabitzhán que, sentado en el primer tractor, les metía prisa...

Y por el cielo revoloteaba el mismo milano. Observaba desde arriba al perro pardo, que por algún motivo le irritaba con su conducta despreocupada, y le iba siguiendo. Era incomprensible que el perro no echara a correr al ponerse en marcha los tractores y se quedara junto al hombre del camello esperando a que éste montara. Luego fue trotando tras él.

Los hombres de los tractores, seguidos por el jinete del camello, y tras éste el perro pardo que corría al galope, avanzaron de nuevo por Sary-Ozeki en dirección al despeñadero de Malakumdychap, donde en un saliente, dentro de uno de los disimulados reguerones del terreno, tenía su nido el milano. En otra época del año, el milano habría estado inquieto, habría lanzado chillidos de alarma, y aunque se habría mantenido alejado, no habría perdido de vista a los intrusos; luego, acelerando su vuelo, habría llamado a su compañera, que cazaba por la vecindad en sus legítimas tierras, para que se uniera a él por lo que pudiera pasar, por si era preciso defender el nido, pero esta vez el milano de blanca cola no se intranquilizó en absoluto: los polluelos hacía tiempo que tenían plumas y que habían abandonado el nido. Reforzando día a día sus alas, los pequeños milanos de ambarinos ojos y curvo pico llevaban ya una vida independiente, tenían sus posesiones en el distrito de Sary-Ozeki y no acogían ahora demasiado amistosamente al viejo milano cuando éste echaba un vistazo a sus tierras...

El milano vigilaba a los hombres que ahora seguían el camino opuesto, pero lo hacía por su costumbre de ver todo lo que sucedía dentro de los límites de su cazadero. Y despertaba en él especial curiosidad el velludo perro pardo, que se encontraba inseparablemente junto a las personas. ¿Qué le relacionaba con ellas? ¿Por qué no cazaba por su cuenta en lugar de correr moviendo la cola tras de aquellos que se ocupaban de sus asuntos? También atraían la atención del milano unos objetos brillantes que había en el pecho del hombre que cabalgaba sobre el camello.

Precisamente por esto, advirtió en seguida que el hombre del camello, que iba detrás de los tractores, torcía bruscamente hacia un lado, atravesaba en diagonal un prado seco y adelantaba, cortándoles el camino, a los tractores que rodeaban el prado. Arreaba al camello, cada vez más de prisa, blandía el látigo, los objetos brillantes de su pecho bailoteaban y tintineaban, el camello corría vivamente con amplios y largos pasos, y el perro pardo había pasado al galope...

Eso duró un cierto tiempo hasta que el hombre del camello adelantó a los tractores por uno de los lados y se detuvo en mitad del camino a la entrada del cañón de Malakumdychap. Los tractores frenaron ante él:

—¿Qué? ¿Qué ocurre ahora? —se asomó Sabitzhán desde la cabina.

—Nada. Parad los motores —ordenó Burani Yediguéi—. Tenemos que hablar.

—¿Qué más hemos de hablar? No nos retrases, ¡estamos hartos de viajar!

—Ahora eres tú el que nos retrasa. Porque lo vamos a enterrar aquí.

—¡Basta de burla! —se encendió Sabitzhán aflojándose aún más la corbata, que pendía como un trapo—. ¡Yo mismo lo enterraré en el apartadero y no se hable más! ¡Basta!

—Escucha, Sabitzhán. Es tu padre, nadie lo discute. Pero tienes que reconocer que no estás solo en el mundo. Escúchame de todos modos. Lo que ha ocurrido en el puesto de guardia, tú mismo lo has visto y oído. Ninguno de nosotros es culpable. Pero piensa en otra cosa. ¿Dónde se ha visto que un muerto vuelva a casa después del entierro? No pasa nunca. Es una deshonra sobre nuestra cabeza. Nunca en la vida ha ocurrido cosa semejante.

—A mí eso no me importa —replicó Sabitzhán.

—No te importa ahora. Lo dices en tu enfado. Pero mañana te avergonzarás. Piénsalo. La deshonra no se lava con nada. El muerto llevado a enterrar no debe regresar nunca.

Mientras, salió de la cabina Dlínnny Edilbái y bajó del remolque el yerno alcohólico; Zhumagali, el de la excavadora, también se acercó para averiguar de qué se trataba. Burani Yediguéi, montado en *Karanar*, les cerraba el paso.

—Escuchadme, bravos mozos —dijo, no os pongáis en contra de las costumbres humanas, ¡no vayáis contra la naturaleza! Nunca ha sucedido que un difunto fuera devuelto del cementerio. El que es llevado a enterrar debe ser enterrado. No es posible otra cosa. Aquí está el despeñadero de Malakumdychap, ¡también es nuestra tierra de Sary-Ozeki! Aquí, en Malakumdychap, Naiman-Ana se deshizo en un gran llanto. Escuchadme, escuchad al anciano Yediguéi. Que esté aquí la tumba de Kazan-gap. Y que también mi tumba esté aquí. Vosotros me enterraréis, si Dios quiere. Y os ruego que lo hagáis. Y ahora todavía no es tarde, aún queda tiempo. ¡Allí, en la misma escarpadura, entregaremos al difunto a la tierra!

Dlínnny Edilbái miró el sitio que señalaba Yediguéi.

—¿Qué, Zhumagali, pasará tu excavadora? —preguntó.

—Claro que sí, por qué no había de pasar. Por aquel borde...

—¡Espera, tú y tu borde! ¡En adelante, pregúntame a mí! —intervino Sabitzhán.

—Ya lo preguntamos —respondió Zhumagali—. ¿No has oído lo que ha dicho éste? ¿Qué más quieres?

—¡Digo que basta de burlas! ¡Esto es mofarse! Vamos al apartadero.

—Bueno, si piensas así, la mofa será precisamente cuando traigas a casa al muerto desde el cementerio —le dijo Zhumagali—. De manera que piénsatelo bien.

Todos se callaron.

—Sabéis qué, haced lo que queráis —soltó Zhumagali—, pero yo me voy a cavar la tumba. Mi misión es abrir una zanja lo más profunda posible. De momento, aún tenemos tiempo. En la oscuridad nadie va a ocuparse de eso. Vosotros haced lo que queráis.

Y Zhumagali se dirigió a su excavadora Bielorús. La puso en marcha sin perder tiempo, rodó hacia el margen, pasó por su lado hacia la colina y de ésta a la parte superior del despeñadero de Malakumdychap. Tras él caminaba Dlínnny Edilbái, y tras éste Burani Yediguéi arreó a su *Karanar*.

El yerno alcohólico le dijo al tractorista Kalibek:

—Si no vas para allá —e indicó el despeñadero—, me tenderé bajo el tractor. No me va a costar nada.

Y con estas palabras se plantó ante el tractorista.

—Bueno, ¿qué hay? ¿Adónde debo ir? —preguntó Kalibek a Sabitzhán.

—¡Aquí no hay más que canallas! ¡Aquí no hay más que perros! —renegó en voz alta Sabitzhán—. ¡Qué haces ahí sentado, anda, síguelos!

En el cielo, el milano observaba ahora el trabajo de los hombres en el despeñadero. Una de las máquinas sufría convulsas contracciones arrancando tierra y depositándola en un montón a su lado, como hace el roedor junto a su madriguera. Al mismo tiempo, se arrastraba por detrás el tractor con el remolque. En él continuaba sentado un hombre solitario delante de un raro objeto inmóvil envuelto en algo blanco y colocado en el centro del remolque. El velludo perro pardo vagaba alrededor de los hombres, pero se mantenía más cerca del camello, se tendía a sus pies.

El milano comprendió que los intrusos permanecerían largo rato en el despeñadero cavando la tierra. Torció suavemente hacia un lado, y después de describir unos amplios círculos sobre la estepa voló hacia la zona cerrada disponiéndose a cazar por el camino y a observar al mismo tiempo qué sucedía en el cosmódromo.

Hacia ya dos días que en sus pistas reinaba gran tensión, se trabajaba incesantemente de día y de noche. Todo el cosmódromo, con sus zonas y servicios especiales complementarios, estaba vivamente iluminado de noche por cientos de potentes reflectores. La tierra estaba más iluminada que de día. Decenas de máquinas especiales, ligeras y pesadas, gran cantidad de ingenieros y científicos, estaban ocupados en preparar la puesta en marcha de la Operación Anillo.

Los antisatélites, preparados para aniquilar a los aparatos voladores del cosmos, apuntaban desde hacía tiempo al cielo en una pista especial del cosmódromo. Pero según el pacto OSV-7, su uso estaba congelado hasta que hubiera un acuerdo especial, lo mismo que ocurría con medios semejantes por parte norteamericana. Ahora encontraban una nueva aplicación debido al programa de emergencia para llevar a cabo la operación espacial Anillo. En el cosmódromo estadounidense de Nevada, unos cohetes-robot semejantes estaban preparados para el lanzamiento sincronizado de la Operación Anillo.

El tiempo del lanzamiento en los espacios de Sary-Ozeki correspondía a las ocho de la tarde. A las ocho en punto los cohetes debían emprender el vuelo. Sucesivamente, y en intervalos de minuto y medio, debían partir para ese lejano cosmos nueve cohetes antisatélites, procedentes de Sary-Ozeki, destinados a formar en el plano Este-Oeste un anillo continuamente activo alrededor del globo terráqueo contra la penetración de aparatos voladores extraterrestres. Los cohetes-robot de Nevada debían establecer el anillo Norte-Sur.

A las quince horas en punto se conectó en el cosmódromo Sary-Ozeki-1 el sistema de control de prelanzamiento «Cinco-minutos». Cada cinco minutos, en todas las pantallas y paneles de todos los servicios y canales se encendían lucecitas recordatorias acompañadas de un doblaje sonoro: «Cuatro horas cincuenta y cinco minutos para el lanzamiento... Cuatro horas cincuenta minutos para el lanzamiento...». Tres horas antes del lanzamiento se conectaría el sistema «Minuto».

En aquellos momentos, la estación orbital *Paritet* había cambiado ya los parámetros de su ubicación en el cosmos y al mismo tiempo se habían recodificado los canales de enlace por radio de los sistemas de a bordo de la estación, para excluir cualquier posibilidad de contacto con los paritet-cosmonautas 1-2 y 2-i.

¡Y con todo, esto era completamente inútil; como la voz que clama en el desierto llegaban incesantes radioseñales de los paritet-cosmonautas 1-2 y 2-1! Pedían desesperadamente que no se interrumpiera el contacto con ellos. No discutían las decisiones del Centrun, proponían que se estudiaran más a fondo los problemas de los posibles contactos con la civilización pechiana, partiendo como es natural de los intereses de los terrícolas, no insistían en su inmediata rehabilitación, aceptaban esperar y hacer todo cuanto fuera preciso para que su estancia en el planeta Pecho Forestal fuera de general utilidad en las relaciones intergalácticas, pero protestaban por la Operación Anillo que habían emprendido, contra aquel autoaislamiento global que conducía, según ellos, a la ruina histórica y tecnológica de la sociedad humana y que no se superaría en millares de años... Pero ya era tarde... Nadie en el mundo podía escucharlos, nadie podía suponer que en el espacio del universo unas voces llamaban silenciosamente...

Mientras, en el cosmódromo Sary-Ozeki-1 se había conectado ya el sistema «Minuto» que contaba irreversiblemente la proximidad del lanzamiento a tenor de la Operación Anillo...

Y el milano, después del vuelo de turno, apareció de nuevo sobre el despeñadero de Malakumdychap. Los hombres estaban ocupados en su empresa: trabajaban con las palas. La excavadora había extraído ya un gran montón de tierra. Ahora metía el cangilón profundamente en la zanja y arrancaba las últimas porciones de terreno. Pronto dejó sus convulsiones y se hizo a un lado mientras los hombres terminaban de excavar en el fondo de la zanja. El camello estaba presente, pero el perro pardo no era visible. ¿Dónde había podido meterse? El milano sobrevoló el lugar a más baja altura y describió un suave círculo sobre el despeñadero girando la cabeza a derecha e izquierda. Finalmente, vio que el perro pardo yacía bajo el remolque, estirado junto a las mismas ruedas. El perro yacía a su gusto, descansando o quizá dormitando, y no sentía el menor interés por el milano. Con las veces que había volado aquel día encima de él, el animal ni una sola vez había mirado al cielo. Incluso un roedor, de pie sobre las patas traseras, había echado al principio una ojeada a su alrededor y había mirado para arriba, no fuera que existiera algún peligro. Pero el perro se había adaptado a vivir junto a las personas y nada temía, nada le preocupaba. ¡Y cómo se había tendido! El milano se quedó por un momento inmóvil en el aire, se puso tenso y expelió por debajo de la cola un chorro verde-blanco, brusco como un disparo, en dirección al perro. «¡Anda, para ti!», pareció decir.

Algo cayó chapoteando desde arriba sobre la manga de Burani Yediguéi. Eran los excrementos del pájaro. ¿De dónde venían? Yediguéi se sacudió la porquería de la manga y miró hacia arriba. «Otra vez el mismo colablanca. Ha pasado sobre nuestras cabezas no sé cuántas veces. ¿Por qué lo hará? Y qué bien se lo pasa. Vuela y se balancea en el aire». La voz de Dlínnny Edilbái, desde el fondo de la zanja, interrumpió su pensamiento:

—¡Bueno, Yedik, ven a ver! ¿Es bastante o hay que cavar un poco más?

Yediguéi se inclinó con aire preocupado sobre el borde de la tumba.

—Apártate hacia el rincón —pidió a Dlínnny Edilbái—, y tú, Kalibek, de momento podrías salir. Gracias. Bien, parece que la profundidad es suficiente. De todos modos, Edilbái, habría que ensanchar un poquito la cripta, para que sea más espaciosa.

Después de dar estas indicaciones, Burani Yediguéi tomó un pequeño bidón de agua, se apartó hasta la excavadora y llevó a cabo las abluciones como correspondía antes del rezo. Y entonces su alma comulgó más o menos con el lugar: ya que no habían conseguido enterrar a Kazangap en Ana-Beit, de todos modos habían evitado un gran deshonor: devolver a casa a un difunto sin enterrar. De no haber mostrado su insistencia, así habría sucedido. Ahora tendrían que aprovechar el tiempo para estar de regreso a Boranly-Buránny antes del oscurecer. En casa, naturalmente, los estaban esperando y estarían intranquilos por su retraso. En realidad, había prometido regresar antes de las seis y el convite funerario no se prepararía hasta esa hora. Pero eran ya las cuatro y media. Tenían todavía por delante el entierro y el camino por Sary-Ozeki. Aun viajando con rapidez, eso les llevaría un par de horas. No obstante,

tampoco era conveniente apresurarse y acortar el entierro. En todo caso, el convite se haría al anochecer. No había otro remedio...

Después de las abluciones, Yediguéi se sintió investido para llevar a cabo el último ritual. Atornilló el tapón de la lata y se presentó por detrás de la excavadora con expresión grave, acariciándose majestuosamente la barba y los bigotes.

—Hijo del difunto siervo de Dios Kazangap, Sabitzhán, ponte a mi izquierda, y vosotros cuatro traed el cuerpo al borde de la tumba, depositad al difunto con la cabeza hacia la puesta del sol —dijo con voz algo solemne. Y cuando todo estuvo hecho, pronunció—: Y ahora volvámonos todos de cara a la sagrada Caaba. Abrid las palmas de las manos ante vosotros y pensad en Dios para que nuestras palabras y pensamientos sean escuchados por Él en este momento.

Por extraño que parezca, Yediguéi no captó ninguna risita ni ningún murmullo a su espalda. Y se sintió satisfecho, porque en realidad habrían podido decirle: «Deja ya de venirnos con cuentos, anciano, qué diablos de *mulha* eres tú; será mejor que enterremos al muerto y nos volvamos cuanto antes a casa». Es más, Yediguéi tenía la osadía de ofrecer la oración del entierro de pie y no sentado, pues había oído de personas conocedoras que en los países árabes, de donde llegó la religión, en los cementerios se reza de pie, de cuerpo entero. Fuera así o no, el caso es que Yediguéi deseaba tener la cabeza lo más cerca posible del cielo.

Pero antes de empezar la ceremonia, en la introducción, al inclinarse a derecha e izquierda del mundo, y al inclinar la cabeza por igual ante el cielo y la tierra saludando con ello al Creador por la inmutable estructura del mundo, en el que el hombre surge por casualidad y desaparece con la misma invariabilidad con que aparecen el día y la noche, Burani Yediguéi vio de nuevo al milano colablanca. Planeaba moviendo apenas las alas, describiendo mesuradamente un círculo tras otro en las alturas del cielo. Pero el milano no turbó en absoluto su temple interior, sino que por el contrario le ayudó a concentrarse en un círculo de elevados pensamientos.

Ante él, en el borde de la zanja, yacía sobre unas angarillas el difunto Kazangap envuelto en blanco fieltro. Al pronunciar a media voz unas fúnebres palabras, previamente destinadas a todos y cada uno, a todos en todos los tiempos hasta el fin de los siglos, palabras que desde su origen hablan de la predestinación inevitable e igual para todos, para cualquier persona, sea quien sea y cual sea la época en que viva, y también inevitable en igual grado para los que están destinados a nacer, al pronunciar estas universales fórmulas de la existencia, comprendidas y legadas por los profetas, Burani Yediguéi intentaba al mismo tiempo completarlas con sus propios pensamientos, que salían de su alma y de su experiencia personal. Porque no en vano vive el hombre sobre la tierra.

—Si en verdad oyes, oh Dios, mi oración, la oración de mis antepasados, aprendida en los libros, entonces escúchame. Pienso que una cosa no perjudicará a la otra.

»Estarnos aquí, en el despeñadero de Malakumdychap, frente a la tumba de Kazangap, en un lugar desierto y salvaje, porque no hemos conseguido enterrarle en el cementerio ancestral. Y un milano del cielo nos contempla y ve cómo nos despedimos de Kazangap con las palmas de las manos abiertas. Tú, Majestad, si existes, perdónanos y acepta el entierro de tu siervo Kazangap con misericordia y, si lo merece, dale a su alma el descanso eterno. Hemos procurado hacer todo cuanto dependía de nosotros. ¡Lo demás te toca a Ti!

»Y ahora, puesto que me dirijo a Ti en este momento, escúchame en tanto viva y pueda pensar. Está claro que la gente sólo sabe pedir para sí: ¡compadéceme, ayúdame, prémíame! Esperan demasiado de Ti en cada caso, en el justo y en el injusto. Incluso el asesino en el fondo de su corazón desea que Tú estés de su parte. Y Tú permaneces siempre callado. Nosotros, la gente, creemos, especialmente cuando lo pasamos mal, que Tú sólo existes para eso en los cielos. Comprendo que ha de ser duro para Ti, pues nuestras plegarias no tienen fin. Y Tú estás solo. Pero yo no te pido nada. Sólo quiero decir en este momento lo que estoy pensando.

»Me aflige mucho que nuestro querido cementerio, donde descansa Naiman-Ana, no sea en adelante accesible para nosotros. Y por ello deseo descansar yo también en este lugar, en Malakumdychap, que pisaron los pies de Naiman-Ana. Y que pueda estar al lado de Kazangap, que ahora entregamos a la tierra. Y si es verdad que después de la muerte el alma transmigra a otro ser, para qué quiero yo ser hormiga; me gustaría convertirme en un milano colablanca. Para poder volar como éste sobre Sary-Ozeki y contemplar sin cansarme, desde las alturas, esta tierra mía. Eso es todo.

»Por lo que hace a mi testamento, lo encargo a los jóvenes que han venido aquí conmigo. Les digo que deposito en ellos mis instrucciones: que me entierren aquí. Pero lo único que no veo es quién va a rezar sobre mí. No creen en Dios, no conocen ninguna oración. En realidad, nadie sabe ni sabrá nunca si hay Dios en este mundo. Unos dicen que sí, otros dicen que no. Yo quiero creer que existes y que diriges mis designios. Y cuando acudo a Ti con plegarias, en realidad me estoy dirigiendo a mí mismo a través de Ti, y en este momento tengo el don de pensar como si lo pensaras Tú, Creador nuestro. ¡Así es todo eso! Pero ellos, los jóvenes, no piensan en ello y desprecian las oraciones. Pero ¿qué podrán decirse a sí mismos y a los demás en la solemne hora de la muerte? Me dan lástima. ¿Cómo van a comprender su tesoro humano si no tienen un camino para elevar el pensamiento de forma que cada uno de ellos se convierta de pronto en un dios? Perdóname esta blasfemia. Ninguno de nosotros se convertirá en Dios, pero de otro modo también Tú dejarías de existir. Si el hombre no puede presumir en secreto de ser un dios que lucha por todo, como Tú debes luchar por los hombres, tampoco Tú, Dios mío, existirías... Y yo no quisiera que desaparecieras sin dejar rastro...

»Esta es toda mi petición y mi tristeza. Sin embargo, perdona si he expresado algo fuera de lugar. Soy un hombre sencillo, pienso según mi capacidad. Ahora

terminaré con palabras de las Sagradas Escrituras y procederemos al entierro. Bendícenos, Señor, por nuestra acción...

»Amén —concluyó Burani Yediguéi su oración, y después de una pausa y de mirar una vez más al milano, se volvió lentamente, con aguda tristeza, a los jóvenes que estaban a sus espaldas y sobre quienes había manifestado su opinión al mismo Dios Nuestro Señor. Ante él estaban los mismos cinco hombres que le habían acompañado hasta allí y con los que debía culminar ahora, por fin, aquel entierro tan prolongado.

—Así, pues —dijo pensativamente—, ya he dicho por vosotros lo que correspondía decir en oración. Ahora procedamos.

Echando a un lado la chaqueta con las medallas, Burani Yediguéi bajó al fondo de la zanja. Le ayudó Dlínnny Edilbái. Sabitzhán, como hijo del difunto, se quedó aparte expresando su aflicción con la cabeza gacha, y los otros tres —Kalibek, Zhumagali y el yerno alcohólico— sacaron de las angarillas el cuerpo envuelto en el saco de fieltro y lo descendieron a la tumba dejándolo en manos de Yediguéi y de Dlínnny Edilbái.

«¡Ha llegado la hora de la despedida! —pensó Burani Yediguéi instalando a Kazangap en el nicho, en la profundidad de la tierra, para su permanencia eterna—. Perdona que hayamos tardado tanto en encontrarte un lugar. Hemos estado todo el día de acá para allá. Así han salido las cosas. No es culpa nuestra que no te hayamos enterrado en Ana-Beit. Pero no pienses que la cosa va a quedar así. Iré a donde sea necesario. Mientras viva, no callaré. ¡Se las voy a cantar claras! Y tú, quédate tranquilo en tu sitio. La tierra es grande e inabarcable, y ya ves, tu sitio, de medio metro, te ha tocado aquí. Tampoco vas a estar solo. Pronto me instalaré aquí yo también, Kazangap. Espérame un poquito. No tengas ninguna duda. Si no ocurre alguna desgracia, si muero de muerte natural, vendré aquí y estaremos juntos de nuevo. Y nos convertiremos en tierra de Sary-Ozeki. Aunque no lo sabremos. Sólo es dado saberlo mientras se vive. Por eso, aunque parezca que te hablo a ti, en realidad me lo digo a mí mismo. De hecho, ya no eres el que fuiste. Y así pasaremos de la existencia a la no existencia. Pero los trenes continuarán pasando por Sary-Ozeki, y otros hombres vendrán a sustituirnos...»

Y aquí el anciano Yediguéi no pudo contenerse y lanzó un sollozo; todo lo que había sucedido en los muchos años de su vida en el apartadero de Boranly-Buránnny, los disgustos y alegrías, habían cabido en algunas palabras de despedida y en algunos minutos de entierro. ¡Cuánto y qué poco se le da al hombre!

—¿Lo oíste, Edilbái? —dijo Yediguéi rozándose con él en la estrecha zanja hombro contra hombro—. Entiérrame también aquí, para que esté a su lado. Y con tus propias manos deposítame y acaba la excavación, como lo hicimos ahora, para que pueda yacer cómodamente. ¿Me das tu palabra?

—Déjalo, Yediguéi, ya hablaremos luego. Ahora lo que tienes que hacer es salir a la faz de la tierra. Y o mismo terminaré la faena. Tranquilízate, Yedik, y sal. No pases cuidado.

Ensuciándose de arcilla su rostro húmedo, Burani Yediguéi subió del fondo de la zanja llorando y murmurando lastimeras palabras. Kalibek llevó el bidón del agua para que el anciano pudiera lavarse.

Luego, arrojaron un puñado de tierra cada uno y empezaron a llenar la tumba al resguardo del viento. Primero a paletadas; luego, Zhumagali se sentó al volante y empujó la tierra con la excavadora. Finalmente, pusieron también, a paletadas, el montón de tierra sobre la tumba...

El milano colablanca continuaba planeando sobre ellos, observando la nube de polvo y el puñado de hombres que estaba haciendo algo raro en el despeñadero de Malakumdychap. Observó una animación especial entre ellos cuando en lugar de la zanja empezó a crecer una montaña de tierra fresca. Y el perro pardo, después de estirarse, se levantó también bajo el remolque y empezó a rondar junto a los hombres. ¿Quería quizá algo? Sólo el viejo camello, adornado con caparazón de borlas, continuaba masticando imperturbablemente su rumia moviendo sin cesar las mandíbulas...

Al parecer, los hombres se disponían a partir. Pero no, uno de ellos, el amo del camello, abría las manos ante su cara y todos los demás hacían lo mismo...

Se acababa el tiempo. Burani Yediguéi los abarcó a todos con una mirada larga, fija, y dijo:

—Asunto terminado. ¿Fue Kazangap una buena persona?

—Muy buena —respondieron los demás.

—¿Dejó alguna deuda? Aquí está su hijo, que se haga cargo de las deudas de su padre.

Nadie respondió. Entonces, Kalibek dijo por todos:

—No, no ha dejado ninguna deuda.

—En este caso, ¿qué dices tú, hijo de Kazangap, Sabitzhán? —se dirigió a él Yediguéi.

—Gracias a todos —respondió éste lacónicamente.

—Si es así, ¡vámonos a casa! —dijo Zhumagali.

—En seguida. Sólo una palabra —le detuvo Burani Yediguéi—. Soy el más viejo de todos. Tengo que hacer un ruego. Cuando llegue el caso, enterradme aquí, aquí mismo, al lado mismo de Kazangap. ¿Lo habéis oído? Es mi testamento, por lo tanto, entendedlo así.

—Nadie sabe, Yedik, qué pasará ni cómo será; no hay por qué pensarlo por anticipado —expresó sus dudas Kalibek.

—Es igual —insistió Yediguéi—. Yo debía decirlo y vosotros debíais escucharlo. Y cuando esto ocurra, recordad que hubo tal testamento.

—¿Y qué otros grandes testamentos va a haber más? Anda, Yedik, expónlos todos de una vez —bromeó Dlínnny Edilbái deseando descargar la tensión del ambiente.

—No te burles —se ofendió Yediguéi—. Hablo en seno.

—Lo recordaremos, Yedik —le tranquilizó Dlínnny Edilbái—. Si ocurre así, haremos lo que desees. No lo dudes.

—Bien, eso es la palabra de un caballero —rezongó satisfecho el otro.

Los tractores empezaron a girar para descender del despeñadero. Llevando de la brida a *Karanar*, Burani Yediguéi caminaba al lado de Sabitzhán mientras los tractores bajaban la cuesta. Quería hablar a solas con él sobre algo que le inquietaba en extremo.

—Escucha, Sabitzhán, ya tenemos las manos libres pero nos queda algo que hablar. ¿Qué vamos a hacer con nuestro cementerio, con el cementerio de Ana-Beit? —le dijo en tono de interrogación.

—¿Qué vamos a hacer? No hay por qué romperse la cabeza —respondió Sabitzhán—. Un plan es un plan. Lo van a liquidar, a trasladar según el plan. Esa es toda la cuestión.

—No me refiero a esto. Con esa actitud, uno podría desentenderse de cualquier asunto. Tú has nacido y has crecido aquí. Te educó tu padre. Y ahora acabamos de enterrarle. Solo, en campo raso, y el único consuelo es que de todos modos está en nuestra tierra. Eres culto, trabajas en la capital del distrito, y gracias a Dios puedes entablar conversación con quien sea. Has leído diversos libros...

—Bueno, ¿y a qué viene esto? —le interrumpió Sabitzhán.

—Pues viene a que me ayudes en una conversación, a que vayamos tú y yo antes de que sea tarde, sin aplazarlo, mañana sin falta, a visitar al jefe de aquí; bien habrá en esa ciudad alguien que sea el que mande más. No es posible que allanen Ana-Beit. Porque es historia.

—No son más que viejos cuentos, compréndelo, Yedik. Aquí se deciden cuestiones mundiales, cósmicas, y quieres que vayamos a quejarnos de no sé qué cementerio. ¿A quién le importa? Para ellos eso no importa nada. Y de todos modos, no nos dejarán pasar.

—Si no vamos, no nos dejarán pasar. Pero si lo exigimos, nos dejarán. Y en caso contrario, el propio jefe puede salir a nuestro encuentro. No es una montaña, que no pueda moverse de sitio.

Sabitzhán lanzó a Yediguéi una mirada de irritación.

—Deja, anciano, esta causa perdida. Y no cuentes conmigo. A mí eso no me importa nada.

—Podías haberlo dicho. Y se acabó la conversación. ¡Pero decías que eran cuentos!

—¿Pues qué te creías? ¿Que correría a ayudarte? ¿Por qué? Tengo familia, hijos, trabajo. ¿Para qué mear contra el viento?

¿Para que desde aquí hagan una llamada y me den una patada en el culo? ¡No, gracias!

—Tu «gracias» quédatelo para ti —replicó Burani Yediguéi, y añadió iracundo—: ¡Una patada en el culo! ¡O sea, que sólo vives para tu culo!

—¿Pues qué creías? ¡Así es precisamente! Para ti es muy sencillo. ¿Quién eres tú? Nadie. Pero nosotros vivimos por el culo, para que nos caigan en la boca las cosas más dulces.

—¡Vaya, vaya! Antes temíais por vuestras cabezas y ahora, según se ve, por vuestros culos.

—Entiéndelo como quieras. Pero no me vengas con tonterías.

—Está claro. ¡Terminó la conversación! —cortó Burani Yediguéi—. Da el convite funerario, y después, si Dios quiere, no volveremos a vernos más.

—Lo que convenga —se crispó Sabitzhán.

Así se separaron. Mientras Burani Yediguéi montaba en el camello, los tractoristas le esperaban con los motores en marcha, pero él les dijo inmediatamente que no se entretuvieran, que siguieran adelante tan de prisa como pudieran, pues los estaban esperando para el convite funerario, mientras que él, montado, podía ir campo a través y viajaría por su cuenta.

Cuando los tractoristas hubieron partido, Yediguéi se quedó allí para decidir qué debía hacer.

Ahora estaba solo, en completa soledad en medio de Sary-Ozeki, con la excepción del fiel perro *Zholbars*, que al principio se había precipitado tras los tractores en marcha, pero después había vuelto corriendo al comprender que su amo ya no llevaba el mismo camino. Pero Yediguéi no le prestó atención. Si el perro se hubiera marchado a casa, él no se habría dado cuenta. No estaba para esas cosas. El mundo era áspero. No podía ahogar en su persona la quemazón espiritual, el vacío deprimente e inquietante que sentía después de la conversación con Sabitzhán. Este abrasador vacío se abría en él como un dolor incalmable, como una brecha de parte a parte, como el desfiladero, en el que sólo había frío y oscuridad. Burani Yediguéi se arrepentía, se arrepentía de verdad, de haber entablado aquella conversación, de haber arrojado en vano las palabras al viento. ¿Era acaso Sabitzhán un hombre al que valiera la pena acudir en demanda de consejo y de ayuda? Había alimentado esperanzas. «Es culto —se había dicho—, ilustrado, le será más fácil encontrar un lenguaje común con aquellos que son como él». ¿No le habían educado en diferentes escuelas e institutos? Quizá le educaron para que se convirtiera en lo que era. Quizá en alguna parte había alguien muy astuto, como un diablo, que invirtió muchos esfuerzos en Sabitzhán para que éste se convirtiera en Sabitzhán y no en cualquier otro. En realidad, Sabitzhán mismo contaba y describía con todos los pelos y señales aquel absurdo de los hombres controlados por radio. «¡Se acerca —decía— esa época!» A lo mejor, ese ser invisible y todopoderoso ya le estaba controlando por radio a él...

Y cuanto más pensaba en ello el anciano Yediguéi más ofendido se sentía y menos solución encontraba ante esos pensamientos.

—¡Eres un *mankurt*! ¡El más auténtico *mankurt*! —murmuró encolerizado, odiando y compadeciendo a Sabitzhán.

Pero no estaba en absoluto dispuesto a aceptar lo sucedido, comprendía que debía hacer algo, emprender alguna acción, para no quedar reducido al más triste sometimiento. Burani Yediguéi comprendía que si cedía, aquello sería una derrota ante sus propios ojos. Presintiendo que habría que hacer algo a despecho del evidente resultado del día, de momento no podía decirse con exactitud cómo había de empezar y cómo había de enfocar el asunto para que sus pensamientos y sentimientos con respecto a Ana-Beit llegaran a oídos de aquellos que efectivamente podían cambiar la orden. Para que llegaran y tuvieran algún efecto, para que los convencieran... Pero ¿cómo conseguirlo? ¿Adónde ir? ¿Qué emprender?

Sumido en esas reflexiones, Yediguéi miró a su alrededor, montado en *Karanar*. Le rodeaba una estepa silenciosa. Las sombras precrepusculares se introducían subrepticamente en los barrancos de arena roja de Malakumdychap. Hacía tiempo que los tractores habían desaparecido en la lejanía y habían dejado de oírse. La juventud había partido. El último de los que conocían y conservaban en la memoria el pasado de Sary-Ozeki, el anciano Kazangap, yacía ahora en el despeñadero, bajo el fresco montículo de tierra de una tumba solitaria, en medio de la inabarcable estepa. Yediguéi imaginó que, poco a poco, aquel montículo se iría aplanando y extendiendo, que se fundiría con el color de ajeno de la estepa y sería difícil, si no imposible, distinguirlo en aquel lugar. Así resulta ser: nadie sobrevive a la tierra, nadie escapa a la tierra...

El sol se hinchó y aumentó de peso al final del día, descendiendo bajo su insoportable peso cada vez más cerca del horizonte. La luz del astro que se iba cambiaba de minuto a minuto. En el seno de la puesta de sol se engendraba imperceptiblemente una oscuridad teñida con el azul crepuscular y con el brillo dorado del espacio iluminado.

Después de reflexionar y estudiar la situación, Burani Yediguéi se decidió a regresar de nuevo a la barrera, al paso hacia la zona. No se le ocurrió ningún otro medio. Ahora, cuando el entierro quedaba atrás, cuando ya nadie ni nada le ataba y podía confiar en sí mismo en plena medida, hasta donde alcanzaran las fuerzas que le habían concedido la naturaleza y la experiencia, podía permitirse actuar por su cuenta y riesgo como considerara necesario. Ante todo quería conseguir, obligando al servicio de guardia, que le llevaran aunque fuera bajo escolta ante el jefe máximo, y si era necesario, obligar a éste a acudir a la barrera a escucharle, a escuchar a Burani Yediguéi. Entonces se lo contaría todo cara a cara...

Todo estaba ya pensado y Burani Yediguéi decidió actuar sin dilaciones. Tenía intención de presentar, como motivo directo, el deplorable caso del entierro de Kazangap. Decidió con firmeza mostrarse insistente en la barrera, exigir un pase o una audiencia, empezar por ahí, obligando a los guardas a comprender que insistiría en su petición hasta que le escuchara el jefe más alto y no un Tansykbáyev cualquiera...

Hizo acopio de ánimo.

—¡Taubakel! ¡Si el perro tiene un amo, el lobo tiene un dios! —se animó a sí mismo, y arreó con firmeza a *Karanar* dirigiéndose hacia la barrera.

Mientras, el sol se había puesto y empezaba a oscurecer rápidamente. Cuando se aproximó a la zona, reinaba ya una completa oscuridad. Faltaba media versta hasta la barrera cuando, enfrente, aparecieron claramente visibles los faroles del puesto de guardia. Allí, sin llegar hasta el centinela, Yediguéi se apeó. Bajó deslizándose desde la silla. El camello no tenía papel en aquel asunto. ¿Para qué aquel estorbo? Además, según qué jefe fuera podría no querer hablar con él diciendo: «Anda, lárgate de aquí con tu camello. ¡De dónde habrá salido ése! No vas a tener ninguna audiencia», y no le permitiría entrar en el despacho. Sobre todo, Yediguéi no sabía cómo terminaría su empresa, si tendría que esperar mucho tiempo el resultado, de manera que lo mejor era presentarse solo y dejar de momento a *Karanar* trabado en la estepa. Podría pastar.

—Oye tú, espérame un momento, voy a ver qué pasa y qué giro toma eso —refunfuñó dirigiéndose a *Karanar*, aunque sobre todo para mantener su propia firmeza.

De todos modos, tuvo que obligar al camello a tenderse para sacar de las alforjas las maniotas y prepararlas.

Mientras Yediguéi manipulaba a oscuras con las maniotas, reinaba un silencio tan inconmensurable que podía oír su propia respiración, el palpito y el zumbido de algunos insectos en el aire. Sobre su cabeza se había encendido una enorme cantidad de estrellas que habían aparecido de pronto en el puro cielo. Había un silencio muy grande, como a la espera de algo...

Incluso *Zholbars*, acostumbrado al silencio de Sary-Ozeki, mantenía una tensa alarma y gimoteaba. ¿Qué habría en aquel silencio que no le gustaba?

—¡Sólo falta que ahora vengas tú a metérteme entre piernas! —manifestó descontento su amo.

Luego pensó: «¿Dónde dejo al perro?». Y durante un rato estuvo pensándolo mientras manejaba las maniotas del camello. Estaba claro que el perro no se quedaría atrás. Aunque le echara, de todos modos no se marcharía. Presentarse como peticionario con un perro tampoco daba prestancia. Aunque no se lo dijeran, se reirían de él. «Mirad —dirían—, viene un anciano a defender unos derechos y no le acompaña nadie, sólo un perro». De modo que era mejor ir sin perro. Y entonces Yediguéi decidió atarle con las riendas largas a los arreos del camello. Que estuvieran juntos, en una sola atadura, el perro y el camello, mientras él se ausentaba. Con esta intención llamó al perro:

—¡*Zholbars!* ¡*Zholbars!* ¡Ven aquí! —y se inclinó para ajustar el nudo a su cuello.

Y entonces, sucedió algo en el aire, algo se movió en el espacio con creciente tronar volcánico. Y allí mismo, muy cerca, en la zona del cosmódromo, se levantó como una columna en el cielo la vivísima chispa de una amenazadora llama. Burani

Yediguéi retrocedió con espanto, el camello dio un salto chillando... El perro, lleno de terror, se arrojó a los pies del hombre.

Era el lanzamiento del primer cohete-robot militar de la Operación Anillo, de protección transcósmica. En Sary-Ozeki eran exactamente las ocho de la tarde. Tras el primer cohete se precipitó hacia el espacio el segundo, tras éste el tercero, y después otro, y otro... Los cohetes partían para el lejano cosmos donde depositarían alrededor del globo terráqueo un cordón continuamente activo, para que nada cambiara en los asuntos terrenos, para que todo siguiera como era...

El cielo se caía sobre la cabeza abriéndose en penachos de ardiente llama y de humo... El hombre, el camello y el perro, tres seres sencillos, huyeron enloquecidos. Dominados por el terror, corrían juntos temiendo separarse, corrían por la estepa implacablemente iluminados por gigantescos resplandores de fuego...

Pero por mucho que corrieran, era una carrera sin moverse del sitio, pues cada nueva explosión les cubría de la cabeza a los pies con un incendio de luz que lo abarcaba todo y con un estruendo demoledor...

Y ellos corrían, el hombre, el camello y el perro, sin volver la cabeza, y de pronto a Yediguéi le pareció que sin saber de dónde había aparecido a su lado un pájaro blanco, el que surgiera en otro tiempo del pañuelo blanco de Naiman-Ana cuando cayó de la silla atravesada por la flecha de su propio hijo *mankurt*... El pájaro blanco volaba rápidamente junto al hombre chillando en medio del estruendo de aquel fin del mundo:

—¿Quién eres? ¿Cuál es tu nombre? ¡Recuerda tu nombre! Tu padre fue Donenbái, Donenbái, Donenbái, Donenbái, Donenbái, Donenbái...

Y su grito sonó aún largo rato en las cerradas tinieblas...

Unos días después, llegaron de Kyzyl-Ordá a Boranly-Buránnny las dos hijas de Yediguéi, Saule y Sharapat, con sus maridos e hijos, pues habían recibido un telegrama sobre la muerte de Kazangap, el anciano de Sary-Ozeki. Fueron a recordar su memoria y a testimoniar su aflicción, y al propio tiempo a pasar un par de días con sus padres, pues no hay mal que por bien no venga.

Cuando toda la tropa bajó del tren y se presentó en el umbral de Yediguéi, éste no se hallaba en casa. Ukubala corrió a su encuentro, y llorando y abrazándolos, besando a los niños, sin saciarse de gozar de su presencia, no hacía más que decir:

—¡Gracias a Ti, Señor! ¡Cómo se alegrará vuestro padre! ¡Qué bien que hayáis venido! ¡Y habéis venido todos juntos, os habéis reunido y habéis venido! ¡Pero cómo se alegrará vuestro padre!

—¿Y dónde está papá? —preguntó Sharapat.

—Volverá al atardecer. Ha partido esta mañana hacia el buzón de Correos, a ver al jefe. ¡Tiene muchos asuntos allí! Luego os contaré. Pero ¿qué hacéis ahí de pie? Estáis en vuestra casa, hijos míos...

En aquellas tierras, los trenes continuaban yendo de oriente a occidente y de occidente a oriente...

Y a ambos lados del ferrocarril se encontraban, en aquellas tierras, enormes espacios desérticos, el Sary-Ozeki, las tierras Centrales de las estepas amarillas.

Cholpon-Atá, diciembre de 1979-marzo de 1980.



KIRGUIZ CHINGUIZ AITMÁTOV nació el 12 de diciembre de 1928 en la aldea de Sheker, situada en una pintoresca llanura del curso alto del Talas.

De niño vivía con su abuela y se impregnó de las costumbres transhumantes del pueblo kirguiz. Sus padres estudiaron en una escuela rusa. El padre, activista del partido bolchevique desde 1917, cayó en las purgas estalinistas de 1937.

Aitmatov estudió en la escuela del pueblo y se educó en ambas lenguas, kirguiz y ruso. De 1943 a 1945 trabajó como secretario del Sóviet e inspector de impuestos en la aldea. En 1948 finalizó los estudios en la Escuela Técnica de Zooveterinaria, convertida más adelante en Facultad de Zootécnica del Instituto Agrícola de Kirguizia, donde trabajó como zootécnico.

Inició su actividad literaria en 1952 cuando el periódico publicó su relato «Dziuyo, el vendedor de periódicos». De 1956 a 1958, Aitmatov cursó estudios superiores en el Instituto de Literatura Gorki de Moscú. Fue redactor de la revista *Literaturni Kirguizstán*, trabajó de periodista en Frunza y, después de aparecer su relato «Cara a cara» (*Oktiabr*, 1958 número 3), comenzó a publicar en las revistas literarias moscovitas y se convirtió en uno de los autores de *Novy Mir*. Su primera obra importante es el cuento *Yamila* que apareció en la URSS en 1958 y que alcanzó enseguida una amplia difusión, incluso fuera del país. En 1959 ingresó en el PCUS.

En los años siguientes escribió una serie de cuentos: «El primer maestro», «El campo materno», «Mi pequeño álamo de pañuelo rojo», etc., reunidos en el libro *Cuentos de las montañas y de las estepas*, que fue galardonado con el premio Lenin en 1963.

Desde 1967 es miembro de la redacción de las revistas *Novy Mir* y *Literatúrnyaya Gazeta*.

En los cuentos «Adiós Gulsary» (1966) y «La nave blanca» (1970), Aitmátov se muestra como un escritor innovador, maestro en el sutil retrato psicológico.

En 1975 escribió *Las grullas tempraneras*, relato sobre la infancia difícil durante la guerra, sobre la formación del carácter del niño. En 1977 se publica su relato *El perro que corre junto al mar*, sobre la vida de los nivji, una pequeña etnia de las orillas del mar de Ojotsk. En 1980 apareció la novela *Un día más largo que un siglo* y en 1986 *El salario de Abdias*.

Chinguiz Aitmátov ha sabido compaginar su rica labor literaria con una dilatada actividad política y social que, como su obra, ha girado en torno a su pueblo y ha estado dedicada a la defensa de los valores humanos y de la cultura. Sus grandes temas están íntimamente unidos a su Kirguizia natal y el centro de su obra lo ocupa un personaje —ya sea hombre o mujer, muchacho o anciano— sacudido por los vientos del destino, contra los que lucha. Sus relatos o novelas están poblados de hombres de su tierra y contruidos sobre su querido paisaje estepario de Asia Central. Pero tanto por su estilo versátil como por sus inagotables registros, Aitmátov no puede encerrarse en el ámbito de lo local: la penetración de su mirada lo convierte en un escritor que supera el marco de lo nacional para disolverse en el campo de los valores, los sentimientos y las preocupaciones de la humanidad.

Notas

[1] *Taman*: basta. (N. del T.) <<

[2] *Jaibán*: bestia. (N. del T.) <<

[3] *Naimano*: pueblo o tribu oriental. (*N. del T.*) <<

[4] *Koketai*: diminutivo cariñoso y al propio tiempo apelativo desdeñoso y condescendiente. (*N. del T.*) <<

[5] *Arstán, Zholbars, Boribasar*, significan respectivamente león, tigre y perro lobo.
(N. del T.) <<

[6] *Beibak*: desdichada. (N. del T.) <<

[7] *Taubakell*: a por todas. (N. del T.) <<

[8] *Kulak*: campesino rico y explotador. (N. del T.) <<

[9] *Karakalpaca*: habitante de la estepa de Asia Central del mismo nombre. (*N. del T.*)
<<

[10] «*Máxim*»: así se llamaban los vagones habilitados para el transporte de personas.
(*N. del T.*) <<

[11] Se es dueño del ganado por la gracia de Dios. (*N. del T.*) <<

[12] *Sirttan*: ser superior, por ejemplo: superhombre, superperro, superlobo... (N. del T.) <<

[13] *Agai*: maestro. (*N. del T.*) <<

[14] *Torki*: tribus nómadas del sur de Rusia, de los siglos XII al XIII. (*N. del T.*) <<

[15] «Soy la camella desamparada que ha venido a olfatear el olor de la piel de un camellito rellena de paja.» (*N. del T.*) <<

[16] Zholamán está formado por dos nombres: zhol, camino, y amán, salud. Significa «ten salud por el camino», o sea, «buen viaje». (*N. del T.*) <<

[17] *Tailak*: camello joven. *Atan*: camello adulto. (*N. del T.*) <<

[18] *Shisha*: astilla de madera con que se atraviesa el labio superior de los camellos.
(*N. del T.*) <<

[19] *Vlasovista*: partidario del general blanco Vlášov que colaboró con los alemanes y formó un ejército ruso contra los soviéticos. (*N. del T.*) <<

[20] «Queridos amigos», en lengua kazaja. (*N. del T.*) <<

[21] *Sótnik*: jefe de escuadrón. Más tarde, con los zares, teniente de cosacos. (N. del T.) <<

[22] *Yurta*: tienda de los nómadas. (*N. del T.*) <<

[23] *Kumýs*: bebida fermentada preparada con leche de yegua. (*N. del T.*) <<

[24] En mongol, «Salud». (*N. del T.*) <<

[25] *Zhaík, Yaík*: distintas denominaciones del río Ural. (*N. del T.*) <<

[26] «¡Echo mucho de menos a *pápika!*» (N. del T.) <<

[27] *Talgak*: antojo. (N. del T.) <<

[28] *Kaimancha*: joven camella. (*N. del T.*) <<

[29] *Nin*: hermano menor, paisano. (*N. del T.*) <<

[30] Amplia, ancha. Así llamaban los kazajos antiguamente al río Ural. (*N. del T.*) <<

[31] *Dombra*: instrumento musical kazajo de dos cuerdas. (N. del T.) <<

[32] *Zhyrau*: bardo de la estepa. (*N. del T.*) <<

[33] *Bechara*: desgraciado. (*N. del T.*) <<

[34] *Mulha*: sacerdote musulmán. (*N. del T.*) <<

[35] *Basmachi*: bandido revolucionario durante la guerra civil en Asia Central. (N. del T.) <<

[36] *Kumbez tumba. (N. del T.) <<*

[37] *Gazik*: marca de automóvil. (N. del T.) <<

[38] «Nosotros, somos nosotros, hijo. No nos dejan pasar al cementerio. Haz algo, ayúdanos, hijo.» (*N. del T.*) <<

[39] «¡No te basta con la carretera! ¡No te basta con la tierra! ¡Yo te escupo!» (*N. del T.*) <<